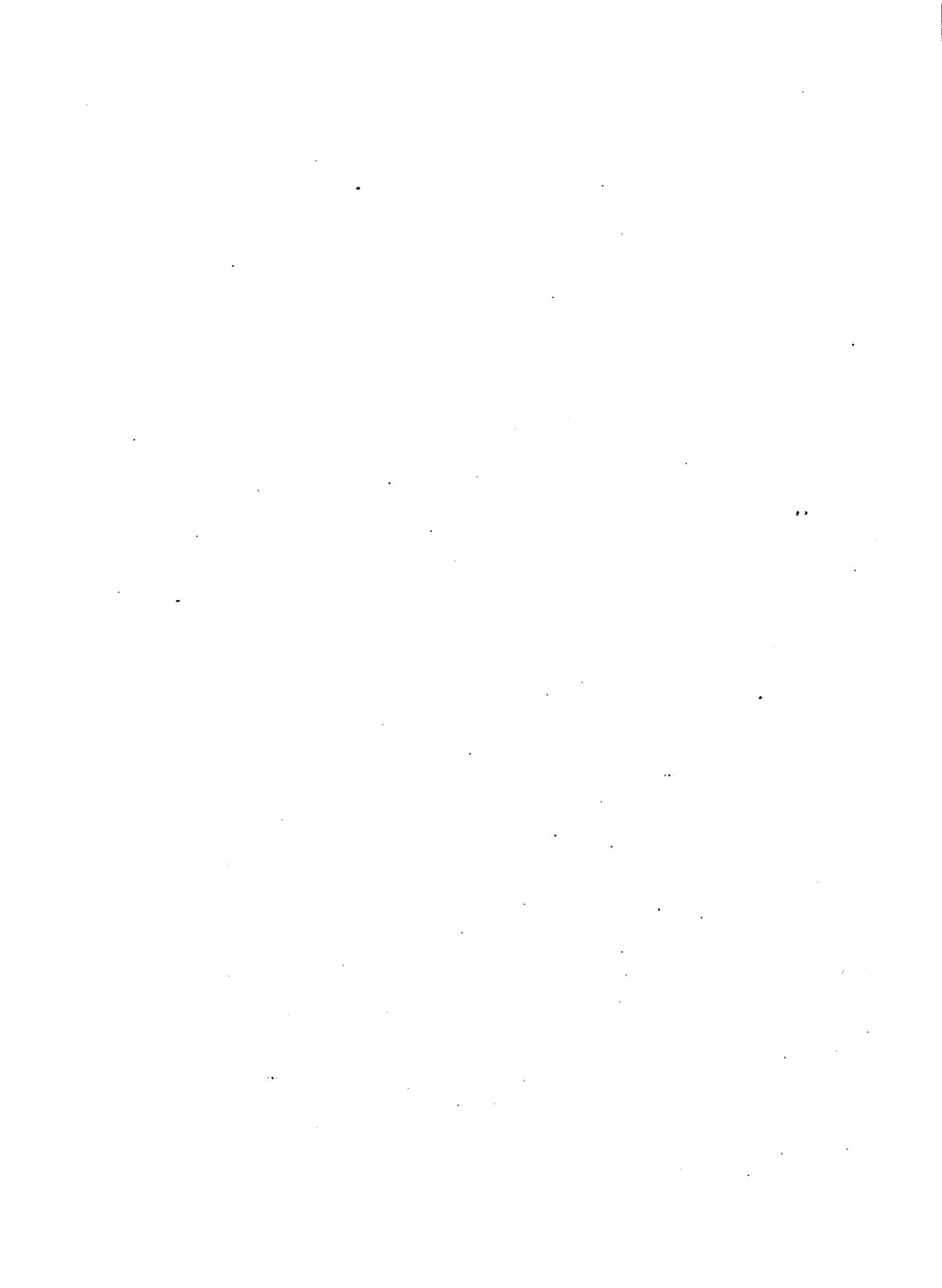


Y HOPPER

UN SIGLO DE  
EVOLUCION

JC491  
G7  
1917









CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA  
BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLÓGICOS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES DE LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL

VOLÚMENES PUBLICADOS

- SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD, por Roberto Agramonte.  
LAS FUERZAS SOCIALES, por Oscar Álvarez Andrews.  
EL FORMALISMO SOCIOLÓGICO, por Leandro Azuara Pérez.  
INTRODUCCIÓN A LA PSIQUIATRÍA SOCIAL, por Roger Bastide.  
PRINCIPALES FORMAS DE INTEGRACIÓN SOCIAL, por L. L. Bernard.  
LOS INDÍGENAS MEXICANOS DE TUXPAN, JALISCO, por Roberto de la Cerda Silva.  
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA REGIONAL, por Manuel Dieguez Junior.  
CARACTERES SUDAMERICANOS, por Roberto Fabregat Cúneo.  
LA SOCIOLOGÍA CIENTÍFICA, por Gino Germani.  
ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA SOCIAL, por Gino Germani.  
EUTHANASIA Y CULTURA, por Juan González Bustamante.  
UNIVERSIDAD OFICIAL Y UNIVERSIDAD VIVA, por Antonio M. Grompone.  
LAS RELACIONES HUMANAS DEL TRABAJO, por Alberto Guerreiro Ramos.  
SOCIOLOGÍA DE LA MORTALIDAD INFANTIL, por Alberto Guerreiro Ramos.  
LA INDIA Y EL MUNDO, por Sylvain Levy.  
LA CRISIS UNIVERSITARIA EN HISPANOAMÉRICA, por Roberto Mac-Lean y Estenós.  
LA EUGENESIA EN AMÉRICA, por Roberto Mac-Lean y Estenós.  
SOCIOLOGÍA EDUCACIONAL EN EL ANTIGUO PERÚ, por Roberto Mac-Lean y Estenós.  
LA TECNOLOGÍA Y EL ORDEN SOCIAL, por Paul Meadows.  
EL PROCESO SOCIAL DE LA REVOLUCIÓN, por Paul Meadows.  
PRESENTACIONES Y PLANTEOS, por José Medina Echavarría.  
EL PROBLEMA DEL TRABAJO FORZADO EN LA AMÉRICA LATINA, por Miguel Mejía Fernández.  
ENSAYO SOCIOLÓGICO SOBRE LA UNIVERSIDAD, por Lucio Mendieta y Núñez.  
TEORÍA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES, por Lucio Mendieta y Núñez.  
URBANISMO Y SOCIOLOGÍA, por Lucio Mendieta y Núñez.  
VALOR SOCIOLÓGICO DEL FOLKLORE, por Lucio Mendieta y Núñez.  
LOS PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD, por Lucio Mendieta y Núñez y José Gómez Robleda.  
LAS CLASES SOCIALES, por Lucio Mendieta y Núñez.  
DEMOCRACIA Y MISTICISMO, por Djâcir Menezes.  
LA SOCIOLOGÍA DE LOS OPÚSCULOS DE AUGUSTO COMTE, por Evaristo de Moraes Filho.  
EL MUNDO HISTÓRICO-SOCIAL, por Juan Roura Parella.  
TEMA Y VARIACIONES DE LA PERSONALIDAD, por Juan Roura y Parella.  
PERIODISMO POLÍTICO DE LA REFORMA EN LA CIUDAD DE MÉXICO (1854-61), por María del Carmen Ruiz Castañeda.  
ELEMENTOS ECONÓMICO-SOCIALES DEL CAPITALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, por Massimo Salvadori.  
LA APARICIÓN DEL COMUNISMO MODERNO, por Massimo Salvadori.  
LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XX EN ITALIA, por Massimo Salvadori.  
ESTRUCTURA MENTAL Y ENERGÍAS DEL HOMBRE, por Pitirim A. Sorokin.  
ESTRATIFICACIÓN Y MOVILIDAD SOCIAL, por Pitirim A. Sorokin.

LA REVOLUCIÓN SEXUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, por Pitirim A. Sorokin.

MÉTODOS CIENTÍFICOS DE INVESTIGACIÓN SOCIAL, por Pauline V. Young.

LAS IDEOLOGÍAS A LA LUZ DE LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO, por Armand Cuvillier.

LA UNIVERSIDAD CREADORA, por Lucio Mendieta y Núñez.

INSTITUCIONES DE PROTECCIÓN A LA INFANCIA EN MÉXICO, por María Luisa Rodríguez Sala.

LA SITUACIÓN ECONÓMICO-SOCIAL DEL VOCEADOR EN LA CIUDAD DE MÉXICO, por Emma Salgado.

TÉCNICAS ESTADÍSTICAS PARA INVESTIGADORES SOCIALES, por Oscar Uribe Villegas.

DECÁLOGO Y PROGRAMA DEL APRENDIZ DE SOCIÓLOGO, por Alfredo Poviña.

LA CRIMINALIDAD EN LA REPÚBLICA MEXICANA, por Alfonso Quiroz Cuarón.

SOCIOLOGÍA DEL CONFLICTO, por Jessie Bernard.

CAUSACIÓN Y VIDA INTERNACIONAL, por Oscar Uribe Villegas.

ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS. Volumen Primero (Sociología General).

— Volumen Segundo (Sociología General).

— Volumen Tercero (Sociología Criminal).

— Volumen Cuarto (Sociología de la Educación).

— Volumen Quinto, Tomo Primero (Soc. de la Economía).

— Volumen Quinto, Tomo Segundo (Soc. de la Economía).

— Volumen Sexto, Tomo Primero (Sociología Rural General).

— Volumen Sexto, Tomo Segundo (Soc. Rural de México).

— Volumen Séptimo, Tomo Primero (Sociología Urbana).

— Volumen Séptimo, Tomo Segundo (Sociología Urbana).

— Volumen Octavo, Tomo Primero (Sociología del Derecho).

## UN SIGLO DE REVOLUCIÓN



CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA

# Un Siglo de Revolución

POR

FELIKS GROSS Y REX D. HOPPER

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
MÉXICO, D. F.

JC 491  
67



INVESTIGACIONES  
SOCIALES

Derechos reservados conforme a la ley

*Copyright by* Instituto de Investigaciones Sociales  
Universidad Nacional

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## INTRODUCCIÓN

La lucha por el poder es un fenómeno universal. Típicamente, el poder político se trasmite en dos formas básicas: violenta y no-violenta. En el mundo occidental, se necesitaron siglos enteros para que pudiera desarrollarse el deseo de aceptar una transferencia democrática, no violenta, del poder. Ha requerido todavía más tiempo el hacer extensivo este modelo de conducta política a muchas otras partes del globo. En una transferencia democrática no violenta del poder, se carga el acento en la persuasión, en la negociación, en la mediación y en la transacción o compromiso políticos. Dentro de tales procedimientos, se necesitó mucho tiempo para desarrollar las técnicas adecuadas para la obtención del consenso. Los hombres tuvieron que aprender a reconocer los derechos de la minoría, a crear un clima político de disciplina voluntaria. Pero, la transferencia democrática no violenta del poder no es el único tipo de transferencia pacífica. Incluso una tiranía puede transferirse en forma no violenta, y de hecho, los regímenes autocráticos se han perpetuado en esa forma, sobre la base de los derechos dinásticos.

Por otra parte, durante siglos los oprimidos y explotados lucharon por su libertad así como en favor de mejores condiciones sociales y económicas. La fuerza y la violencia fueron recursos a los que se recurrió más frecuentemente en la historia como únicos medios para conseguir tales fines. De este modo, para mencionar sólo unos cuantos jalones democráticos de la historia, la transferencia violenta del poder fue instrumental tanto en la Revolución Francesa como en la Americana. La fuerza y la violencia, sin embargo, han sido usadas —y especialmente en nuestros tiempos— para transferir el poder de una democracia a una autocracia o a un régimen autoritario. Una gran parte de la historia está llena con el registro de las transferencias violentas. Es una crónica de imposición del poder por la fuerza sobre pueblos nativos y extranjeros.

En los países democráticos, los estudiosos de la política han dirigido su atención especialmente a la transferencia pacífica del poder; a los mecanismos de pesos y contrapesos; al comportamiento institucional de los parlamentos, y a los sistemas de control al través de los cuales se limita el poder. Esto era de esperar, en cuanto la experiencia democrática enfoca

su atención sobre países en los cuales se plantean problemas de transferencia pacífica y democrática. En consecuencia, tales estudiosos malinterpretan la histórica política de los países no democráticos en muchas ocasiones, en cuanto tienden a proyectar su modo de pensar acerca de sistemas que son enteramente diferentes. Como resultado de esto, fracasan en cuanto se trata de analizar por completo el significado y la importancia de la captura y consolidación del poder dentro de los sistemas totalitarios.

Las revoluciones —claro está— han sido estudiadas muy cuidadosamente y por mucho tiempo. Sin embargo, los estudiosos de la revolución han centrado su atención en su mayor parte en los desarrollos subyacentes de tipo social, económico y político que condujeron al estallido revolucionario. En otras palabras, se han estudiado las causas de las revoluciones. El difícil análisis de las fuerzas sociales, de las luchas de clase, de las ideologías políticas y de las crisis han constituido los rasgos más notables de esas valiosas contribuciones.

La dirección u orientación y el énfasis de este estudio es diferente. A pesar de que la importancia de los cambios sociales, económicos y políticos que condujeron a la revolución no son como para desestimarse, la atención ha de concentrarse aquí en la exploración de las acciones sociales, o sea, en las acciones y técnicas que condujeron a la captura del poder, y, más específicamente, en las que condujeron a la transferencia y consolidación violenta de éste, y en las formas en que las gentes han luchado en contra de la autocracia apoderándose del poder. En otras palabras, el foco de nuestro estudio se refiere a la forma en que se captura o aprehende el poder y a la forma en que es derrocado un gobierno autocrático o democrático. El énfasis está en el *cómo* o sea, en cómo se planea, cómo se hace, cómo se traduce en acción práctica todo esto.

El término "revolución" tiene muchos significados y ha sido usado en varias formas. Por revolución social entendemos generalmente un cambio profundo en la estructura económica y política de la sociedad. En este estudio nos interesa la revolución política, o sea, la transferencia violenta del poder. Algunas de esas transferencias están conectadas con revoluciones sociales. Cuando es esto lo que ocurre, hablamos de "revolución desde abajo". Sin embargo, hay transferencias violentas de poder que no implican necesariamente cambios más profundos de la estructura social o de los sistemas económicos y políticos básicos. En tales casos, podemos hablar de "revoluciones desde arriba". Fundamentalmente, podemos distinguir dos tipos de transferencia violenta del poder: revolución desde arriba (o desde la cima), y revolución desde abajo (desde la sima). Una revolución

desde abajo es un movimiento espontáneo de masas que se desarrolla lentamente bajo la forma de un largo proceso revolucionario que explota súbitamente en un momento que se conoce como precipitante o ignición revolucionaria. Una revolución desde abajo es, en buena parte, el resultado de la desorganización social, de una inquietud prolongada, y, usualmente, una violenta lucha de clases. La revolución desde arriba es una captura del poder, captura por un grupo de hombres armados en la cima misma del poder. Esta captura se realiza al través de la que se hace del gobierno o de instrumentos de poder tales como los medios de comunicación masiva, las armas, los transportes, las estaciones de energía, y los símbolos de poder del tipo de los edificios gubernativos de la capital. La Revolución de 1905, la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia, así como la Revolución Francesa de 1848, fueron revoluciones desde abajo, movimientos producidos por condiciones de profunda inquietud e insatisfacción social, económica y política entre las masas trabajadoras. Las revoluciones latinoamericanas en las cuales un grupo de oficiales apoyados por unos pocos regimientos se han apoderado de la capital por la fuerza, son típicas de las revoluciones desde arriba. En el desarrollo temprano de la teoría revolucionaria rusa, la revolución desde abajo se consideró como de tipo francés, en tanto que la revolución desde arriba se consideraba como de tipo español, o como revolución militar.

Otros tipos de captura violenta del poder son sólo variantes de estos dos. Entre esos subtipos se encuentra la aprehensión combinada del poder y la revolución palaciega. Una captura combinada contiene elementos tanto de las revoluciones desde arriba como de las que se realizan desde abajo. En otras palabras, en un momento de inquietud, un grupo de hombres armados se apodera del gobierno y de los instrumentos del poder. Una (captura) revolución palaciega es una transferencia violenta del poder dentro de la super-élite gobernante. En una revolución tal, la estructura social, el sistema económico social, generalmente permanece incambiado según ha ocurrido frecuentemente en los países latinoamericanos. Por el contrario, la revolución desde abajo representa un levantamiento mucho más formidable desde el ángulo social, político y económico.

El estudio de un partido político o de un grupo político que está tratando de apoderarse del poder o de consolidarse en él ha sido reducido a cuatro elementos principales: 1) la organización (el aparato); 2) la ideología; 3) el modelo de acción, y 4) las condiciones objetivas. El estudio de la organización es el estudio de la estructura del partido político, su disciplina y su jefatura. La organización por sí sola no puede existir sin

objetivos o sin ideología. Es la ideología la que integra a los grupos, la que contiene los objetivos que constituyen la esencia misma de la existencia grupal. Berle indica justamente el que la fuerza política es básicamente una ideología rodeada de un aparato. Sin embargo, el aparato u organización trata de poner en acción la ideología. En otras palabras, un partido político tiene una ideología definida que determina en muchos aspectos el modelo de sus acciones o sea, su estrategia y su táctica. El patrón de acción puede ser revolucionario o democrático. Con mucha frecuencia el que el patrón sea revolucionario o democrático dependerá de condiciones objetivas. Las condiciones objetivas son la suma total de relaciones sociales, económicas y políticas en que opera el movimiento. Aquí tenemos problemas tales como el de la estructura de clase y el de las tensiones de clase, el sistema político (ya sea democrático o tiránico) y el trasfondo o los antecedentes culturales e históricos de la nación.

El foco de nuestro estudio se encuentra en los patrones de acción y en los tipos principales de revolución. Sin embargo, los otros elementos, como la organización del partido, su ideología y, sobre todo, las condiciones sociales y económicas ni son subestimadas ni descuidadas. Podemos enfatizar de nuevo que el problema de la estructura de clase, de las tensiones entre las clases, son de importancia primaria en el estudio de las revoluciones desde abajo que son espontáneas; en forma semejante, las tensiones entre las diferentes nacionalidades, entre conquistadores y conquistados, son de parecida importancia. En ocasiones, el lector se sorprenderá de que no se dedique espacio suficiente a la descripción de estos últimos problemas, pero subrayaremos de nuevo que nuestro énfasis ha de cargarse sobre los patrones de acción, y también sobre el estudio de los procesos sociales conectados con la revolución desde abajo. En este último caso, por supuesto, las tensiones crecientes entre los grupos étnicos o entre las clases han recibido bastante énfasis, pero la discusión no se ha limitado, con todo, a estos problemas.

Es muy interesante, con todo, señalar que, sea cual fuere el tipo de revolución, las técnicas empleadas en la captura y consolidación del poder son sorprendentemente semejantes. De este modo, las revoluciones en Europa y en Mesoorienté muestran el uso de los mismos tipos básicos de técnica. Incluso las revoluciones latinoamericanas revelan semejanzas esenciales.

Es prácticamente imposible referirse a todas las revoluciones que han ocurrido en nuestro "siglo de revoluciones". En consecuencia, hemos decidido concentrar nuestra atención en el movimiento revolucionario ruso y en algunas de las manifestaciones de la revolución mexicana. Para un

estudioso de la sociedad, el movimiento revolucionario ruso ofrece un amplio período de desarrollo, una teoría política extensa y mucha experiencia. La continuidad de las tendencias revolucionarias, la repetición de los procesos sociológicos de la estrategia y sus cambios, los efectos de la teoría sobre los patrones de acción y, a la inversa, la influencia de ciertos procesos y cambios sociales sobre una teoría extensa y particular de tipo político y revolucionario, son de singular interés. Es una gran lección dentro de la sociología de la política, para el presente y para el futuro. Puede ayudarnos a entender el futuro desarrollo de la política y guiarnos en cuanto al modo de actuar. En un cierto sentido puede considerarse como un laboratorio enorme, aun cuando también trágico. Las ideologías de libertad y de lucha, los sacrificios no registrados ni relatados que se realizaron en nombre de la libertad, terminaron durante un cierto tiempo en el derrocamiento de una autocracia y en el establecimiento, en lugar suyo, de otra dictadura.

En la Primera Parte, discutimos el marco general, teórico, de referencia: el significado sociológico del poder; su significado en cuanto valor cultural; su relación con la personalidad, y su relación con condiciones sociales, económicas y políticas. Más aún, los problemas de los instrumentos de poder, los tipos básicos de revolución, las técnicas de apropiamiento del poder y las condiciones bajo las cuales los hombres se ven obligados a intentar la captura del poder son otros tantos temas que se examinan en dicha primera parte. Un cierto número de revoluciones ocurridas en Latinoamérica, en Alemania, en Italia, en China, en Polonia y en Francia se utilizan con propósitos ilustrativos y comparativos.

La Segunda Parte representa la aplicación del marco teórico de referencia elaborado en la Primera Parte, al análisis de un movimiento revolucionario en particular: la revolución encabezada por Francisco I. Madero y conocida entre los historiadores como la Segunda Revolución Mexicana. Esta sección del estudio se proyectaba en términos de un análisis comparativo de movimientos revolucionarios ocurridos en Argentina, Colombia, República Dominicana, México y Nicaragua. Sin embargo, consideraciones de espacio, así como la convicción de que un análisis más detallado de la captura del poder en una sola situación histórica en Latinoamérica sería de mayor valor con propósitos comparativos, determinó la selección del movimiento mexicano.

La Tercera Parte, está dedicada al estudio del desarrollo tanto de la estrategia como de la táctica revolucionarias durante un período considerable. Durante este período, los tipos principales de revolución (tales

como la revolución desde abajo y la revolución desde arriba) se produjeron, recurriendo finalmente los revolucionarios al terror que era una variante de la revolución desde arriba. Esta parte concluye con el examen de dos revoluciones: la revolución desde abajo de febrero de 1917 al través de la cual se estableció por primera vez un sistema democrático en Rusia, y la revolución de octubre de 1917 en que se estableció una dictadura comunista mediante un apoderamiento o captura combinada del poder desde arriba y desde abajo (la revolución de octubre fue más bien un golpe desde arriba: una confusión general fue, en el caso, el sustituto de una revolución desde abajo).

En la Cuarta Parte, se considera la lucha contra del poder detentado, se hace un examen un tanto extenso de los movimientos subterráneos, de la emigración política y del problema de la democracia y del uso de la fuerza.

Se reconoce, por supuesto, que los problemas normativos (o sean los problemas que son el resultado de juicios conflictivos de valor) son de importancia primaria en todas las luchas políticas. Al través de todo el libro, hemos tratado de esos problemas en una forma tan empírica y tan objetiva como nos ha sido posible, aun cuando nuestras simpatías hayan estado siempre del lado de quienes combatieron la autocracia y la dictadura. Sin embargo, el último capítulo del libro, en el que se hace referencia a los problemas de uso de la fuerza y de la violencia en una sociedad democrática está escrito teniendo como trasfondo los supuestos proporcionados por los valores e ideales propios de los autores.

Puesto que los materiales disponibles son numerosos, el problema que hubo de enfrentarse consistió en una selección adecuada de los hechos. Muy naturalmente éstos tuvieron que elegirse tomando en cuenta el punto de vista del tópico básico. En consecuencia, algunos episodios o acontecimientos han sido descritos con mucho detalle aun cuando un historiador pudiera considerarlos como de interés secundario. Otros hechos y acontecimientos sólo se han mencionado o han sido incluso omitidos, aun cuando un historiador pudiera considerarlos como de primordial importancia.

Más aún, en sociología, como en las ciencias naturales, los hechos relevantes pueden observarse desde una cierta distancia o desde cerca, y ambos enfoques tienen sus méritos. Por ejemplo, cuando observamos un árbol desde cierta distancia, podemos registrar cuál es su forma; en cuanto nos acercamos, podemos ver la forma de sus hojas, etc. En forma semejante, podemos tomar una flor y aumentarla en diez o veinte diámetros o

bien podemos disecar el ovario de una flor y aumentarlo en trescientos. En cada uno de estos casos, tratamos de diferentes aspectos o niveles de realidad, dentro del mismo universo de datos. En cada caso, la realidad es diferente, siendo el mismo el universo. En este sentido, podemos hablar de una pluralidad de realidades, todas diferentes pero todas ciertas. En una forma semejante, en las ciencias sociales, tratamos diferentes aspectos de la realidad, dependientes de que observemos los fenómenos sociales desde una cierta distancia o de que lo hagamos desde cerca y con gran detalle. La observación desde una cierta distancia puede brindarnos una buena imagen del interjuego de fuerzas sociales, de tensiones y de conflictos. Puede producirse una comprensión de la estructura social o de amplios desarrollos históricos. Sin embargo, una aproximación puede proporcionarnos un mejor entendimiento de la personalidad de un individuo o de algún sector de una estructura social. En forma semejante, si disecamos un episodio muy corto, como la precipitación de un movimiento revolucionario, podemos estudiar un momento de desintegración total de un Estado.

En el presente estudio, se aplicaron tanto el punto de vista macroscópico como el microscópico en el análisis de las acciones sociales. En otras palabras, ciertos acontecimientos, como el Domingo Sangriento de enero de 1905, el momento de ignición de la revolución, los principios del poder revolucionario, se han discutido con mayor detalle. Otros acontecimientos, otros hechos, otros períodos, fueron tratados desde una cierta distancia y en una forma muy general. Las conexiones que se daban entre hechos íntimamente relacionados son estudios que se refieren al espacio de un día o dos, o incluso a un espacio de un corto número de horas. En otros casos, hemos visto la revolución a distancia, al través de una especie de "telescopio sociológico". Acontecimientos divididos por semanas, meses e incluso décadas se analizaron dentro de un esfuerzo encaminado a obtener una perspectiva adecuada. Tales cambios en cuanto al enfoque se realizaron con el propósito definido de proporcionar una mejor comprensión de problemas que son bastante complejos.

Unas palabras acerca del término "revolución". Esta palabra tiene muchos significados. Arthur Hatto remonta el concepto de levantamiento y de revolución a los tiempos de la historiografía griega y muestra cuál ha sido el desarrollo de su significado al través de las edades. Los griegos no conocieron el término *revolución*. Algunos de los historiadores empleaban dos palabras —cambio y levantamiento (*metabole kai stasis*) para una acción violenta la última. Pero, en ocasiones emplearon otras palabras

(*neoteridsein* "innovar"). No tenían una experiencia de una revolución clásica como la francesa de 1789.<sup>1</sup>

La mayoría de los sociólogos prefiere usar el término revolución para lo que en este libro se ha llamado "revolución desde abajo", movimiento espontáneo, resultante de un largo proceso social.<sup>2</sup> La revolución desde arriba —afirman— no es revolución, sino que solamente es un golpe.<sup>3</sup> Una revolución se produce solamente si da resultados manifiestos en profundos cambios sociales, especialmente institucionales y es producto de desintegración de un antiguo sistema. Sin embargo, la "revolución palaciega" recibe tal denominación por esos mismos autores y, sin embargo, la revolución palaciega es sólo una variante de una revolución desde arriba.

El libro se refiere a las revoluciones desde el ángulo de la transferencia violenta del poder. Las expresiones "revolución desde arriba", "desde abajo", "revolución palaciega" fueron y son usadas por los revolucionarios rusos. La revolución desde arriba, en un cierto sentido corresponde al concepto de "golpe". Sin embargo, es más amplia. Estas denominaciones han sido usadas asimismo por políticos que han tenido que

<sup>1</sup> Arthur Hatto, "Revolution, an Enquiry into the Usefulness of an Historical Term" en *Mind*. Edinburgh, Vol. LVIII, 1949. Revista trimestral de Psicología y Filosofía, págs. 495 y ss.

<sup>2</sup> De acuerdo con Edwards, una revolución real es un cambio lento, pacífico y que generalmente pasa inadvertido. El hecho de que las clases gobernantes no deseen reconocer los hechos de las revoluciones —agrega ulteriormente— provoca los estallidos violentos. Lyford P. Edwards, *The Natural History of Revolution*. Chicago, 1927, p. 2. Sin embargo, habrá que reconocer que una lucha por el poder puede ocurrir sin una revolución, en el sentido de Edward le da al término, en tanto que diferencias profundas de actitud, de valor, de estructura clasista y de relaciones socio-políticas pueden subsistir durante largos períodos sin ningún cambio en la estructura del poder existente. Así, por ejemplo, los comunistas en Hungría han sido capaces de mantener su posición por más de ocho años en contra del deseo de grandes sectores de las masas. Los valores de la mayoría de la gente han sido contradictorios y hostiles con respecto a los de la clase gobernante, cuyos miembros han mantenido el poder político en sus manos mediante el control de elementos tales como el ejército y la policía. En octubre de 1956, el debilitamiento del sistema potencial liberó y dio expresión violenta a esas diferencias en forma de revolución.

En forma semejante, antes de la guerra, Horthy y su burocracia combinada con una aristocracia, gobernó al pueblo, a pesar de las profundas diferencias valorativas y no obstante la oposición del campesinado y de los trabajadores. El régimen de Horthy, con todo, políticamente, fue mucho menos opresivo.

<sup>3</sup> George S. Pette, *The Process of Revolution*, Nueva York, 1938, hace la clasificación siguiente: "revolución palaciega", golpe de estado, insurrección, gran revolución acompañada por un golpe de estado.

enfrentarlas y vérselas con las consecuencias de una transferencia violenta, o por aquellos otros que han tenido que preparar quizás tales operaciones. Un vocero británico, al justificar la invasión de Egipto en octubre de 1956, acusó al gobierno de Nasser de preparar un cierto número de "revoluciones palaciegas" en varios reinos árabes. Las denominaciones tienen una aceptación amplia y general. ¿Por qué o para qué cambiarlas entonces? Los decembristas y los populistas, los social-demócratas y los revolucionarios sociales empleaban estas designaciones y otras parecidas (como la de "revolución militar"). Las expresiones, hasta cierto punto, son técnicas y "operativas". Por haber sido utilizadas durante décadas, tienen significado definido, que corresponde a hechos reales, a acciones sociales realmente ocurridas y que así se planearon y definieron, por lo cual lo más prudente es conservarlas en vez de cambiarlas.

Se ha hecho, con todo, una distinción entre revolución social y revolución política. Una revolución social implica un cambio fundamental de condiciones políticas, sociales o económicas, así como un cambio de valores. La expresión "revolución política" se emplea para designar la transferencia del poder. Estas distinciones son puramente analíticas. Las revoluciones políticas son, muy frecuentemente, pero no siempre, sociales, y las sociales son políticas. Una revolución desde abajo es muy probable que sea una revolución social. La dificultad aquí es semántica, pero estos términos, tal y como han sido definidos y explicados pueden tener aceptación general en nuestro discurso.

La bibliografía sobre el tema de la revolución es muy extensa. Razones prácticas —como el problema del espacio— no nos permiten agregar una bibliografía extensa, y una que fuere limitada no tendría objeto. Sin embargo, hemos citado un cierto número de fuentes y, en un cierto sentido, esta es una especie de substitutivo. En ciertas porciones de este libro, el lector encontrará citas extensas; su propósito es el de ilustrar la hipótesis y asimismo el hacer que el lector se familiarice, en una forma directa y mediante muestras con los escritos teóricos y con la descripción de los hechos que proporcionan los observadores.



## RECONOCIMIENTOS

El Profesor Gross desea testimoniar su gratitud a los siguientes editores y autores por el permiso que le concedieron para que citara sus publicaciones.

The Political Philosophy of Bakunin. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1953.

The Gandhi Sutrats; The Basic Teachings of Mahatma Gandhi arreglados por D. S. Sarma. Te Devin-Adair Co., New York, 1949;

The Philosophy of Mahatma Gandhi por Dhirendra Mohan Datta. University of Wisconsin Press;

The First Russian Revolution, 1825, The Decembrist Movement por Anatole G. Mazour (permiso de la University of California Press).

A Little Brown & Co., por Apostles of Revolution por Max Nomad.

A Appleton-Century-Crofts, Inc., por The Catastrophe por Alexander F. Kerensky.

A Ginn & Co., por Social Causation por R. M. MacIver.

A Yale University Press por The Great Russian Revolution por Victor Chernov (traducido por P. L. Mosely).

A The Macmillan Company por The Russian Revolution. New York, 1935 por William H. Chamberlain.

A International Publishers Co. por Lenin, Collected Work, Toward Seizure of Power, History of the Civil War in USSR editado por M. Gorky et. al y Strategy and Tactics.

A Harvard University Press por A Documentary History of Chinese-Communism por Conrad Brandt.

A la Free Europe Press Division del Free Europe Committee por el discurso de Matyas Rados: "The Way Out of our People's Democracy" (introducción por Paul Fabry), y por Robert Gabor, The Organization and Strategy of the Hungarian Workers' (Communist) Party.

Citas de "U.S. News World Report" un semanario noticioso independiente publicado en Washington. Copyright 1953 United States News Publishing Corporation. Citas del New York Times, enero 22 de 1905, Russia Reviewed "How Beria Hesitated and Lost" por Harrison Salisbury, septiembre 21 de 1954, junio 18 de 1953, abril 6 de 1954.

A Bookman Associates Inc. A Skeptics & Political Dictionary por Max Nomad; traducciones de Piotr L. Lavrov Gistorichiskiia Pisma, Fuentes para la Historia, Brooklyn College, Departamento de Historia, Fragmento de L. Trotsky, La Historia de la Revolución Rusa, por permiso de Natalia Sedova-Trotsky; a Carnegie Endowment for International Peace por citas de The End of the Russian Empire de Michael Florinsky, publicado por la Yale University Press 1931; citas de Associated Press de despachos de enero de 1905 y 1953.

El Profesor Hopper desea dejar constancia de su agradecimiento hacia los muchos especialistas de la historia latinoamericana que han hecho labor de abrir brecha, prerequisite necesario para el análisis sociológico de cualquier movimiento revolucionario. Se siente especialmente obligado con el Profesor Crane Brinton por su estudio *The Anatomy of Revolution* (W. W. Norton. New York, 1938) y con el Profesor Bytton P. Edwards por su análisis de vanguardia intitulado *The Natural History of Revolution* (The University of Chicago Press. Chicago, 1927) así como: con el Profesor Harry Bernstein por su excelente trabajo sobre *Modern and Contemporary Latin America* (J. B. Lippincott. New York, 1952); con el Profesor Charles C. Cumberland por su historia definitiva de *The Mexican Revolution: Genesis under Madero*. (The University of Texas Press. Austin, 1952), y con el Profesor Staley R. Ross por su estimulante estudio biográfico acerca de *Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy* (Columbia University Press. New York, 1955).

Los autores desean, en forma conjunta, expresar su agradecimiento al Doctor Lucio Mendieta y Núñez, Director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien tuvo a bien acoger este trabajo entre los que constituyen su Biblioteca de Ensayos Sociológicos, proporcionándole así el amplio público de los estudiosos e investigadores latinoamericanos así como de los hispano-parlantes, y a la Profa. Ángela Müller Montiel y al Prof. Óscar Uribe Villegas, quienes se encargaron de la traducción, por haber hecho posible la publicación de este trabajo en lengua española.\*

Sólo debe de añadirse que el Profesor Gross es el autor de los capítulos I, II y III y de las Partes Tercera y Cuarta, y que el Profesor Hopper escribió el capítulo IV y la Segunda Parte.

\* Las responsabilidades de la traducción se reparten como sigue: Cpts. I-III (OUV), IV (AMM), Segunda Parte (AMM). Cpts. XI-XIV (OUV), XV (AMM), XVI (OUV), XVII (AMM), XVIII y XIX (OUV).

## PRIMERA PARTE

### *EL MARCO DE REFERENCIA: SIGNIFICADO SOCIOLOGICO DEL PODER*

#### CAPÍTULO I

#### PODER, SOCIEDAD Y CULTURA

*El Poder como un Valor.*—El poder es uno de los elementos clave de la política. Es un fin por sí mismo, para quienes están obsesionados por la voluntad de poder, pero es solamente un medio para los idealistas. Es un bien supremo para algunos, pero mal extremo para otros. Como valor, sigue siendo elemento clave, piedra de toque de la política y de las personalidades políticas. Como valor-actitud o como urgencia es fundamental para la psicología social de la política, y problema fundamental de las ideologías y de los movimientos políticos.<sup>1</sup>

El problema del poder es también un problema de libertad. La relación entre libertad y poder es un dilema básico para una constitución democrática. Un aumento en el poder del Estado ¿implica necesariamente limitaciones a la libertad personal?, o bien ¿el incremento en la libertad individual impone restricciones y limitaciones al poder del Estado? Éstos son dos de entre los muchos problemas perennes que se han debatido durante siglos; problemas de índole puramente académica, según algunos afirman, pero que en realidad no son meramente académicos.

El concepto, la filosofía del poder y la fuerza, es parte de la cultura total y de su desarrollo histórico; es un resultado de condiciones sociales, económicas y políticas, tanto como una resultante de factores propios de

<sup>1</sup> Bertrand Russell analiza sus aspectos sociales en *Power*. Allen & Unwin. London, 1938. Véase también Harold D. Lasswell, *World Politics and Personal Insecurity*. Charles E. Merriam, *Political Power*. T. V. Smith, *Power and Conscience* (los tres de Free Press), Glencoe, Ill., 1950. Para una penetrante discusión contemporánea y una moderna teoría del poder, véase: Robert Strausz-Hupe: *Power and Community*. Praeger. New York, 1956. La bibliografía sobre este tema es muy extensa.

las personalidades. Dentro de cada nación, dentro de cada cultura, podemos encontrar una gran variedad de ideologías políticas, pero cada una de ellas está influida, en una o en otra forma, por el *ethos* nacional. En cuanto a filiación política, un inglés puede elegir entre conservadurismo, liberalismo y socialismo; sin embargo, sea cual fuere su elección, la misma tendrá siempre un cierto tinte de cultura británica. En la misma forma, aun cuando los británicos, franceses, españoles partidarios del socialismo compartan muchos valores, ideas y opiniones, ciertos elementos de su ideología diferirán a causa de las diferencias existentes entre las culturas nacionales respectivas, así como en las condiciones sociales, económicas y políticas de sus países.

En consecuencia, los conceptos de "poder", "fuerza", "violencia", varían de nación a nación, en cuanto las actitudes que hacia ellos se desarrollan lo hacen a través de variadas experiencias políticas y sociales. De este modo, la filosofía del poder que se ha desarrollado entre estadounidenses, británicos y suizos, difiere de la alcanzada en Rusia, en Alemania o en algunos otros estados europeos continentales.

*Filosofía de la fuerza y del poder.*—En Rusia, la teoría política ha llegado a desarrollos extensos: el poder y el uso de la fuerza han llegado, a considerarse o bienes supremos o supremos males. Para el Zar, lo mismo que más tarde para Lenin ó para Stalin, el poder y la fuerza eran buenos en grado sumo. Konstantin P. Pobiedonostsev, defensor y filósofo del siglo XIX que luchaba en favor de la autocracia teocrática rusa,<sup>2</sup> veía en la autocracia, en la ortodoxia y en el dogmatismo, valores positivos, considerando, en cambio, al parlamento, a la democracia y al liberalismo entre las "grandes mentiras de nuestro tiempo". Cuando a principios de siglo se propusieron algunas reformas políticas, Pobiedonostsev arguyó, en nombre de la religión, que el zar no tenía ningún derecho para debilitar ninguno de los poderes que la Providencia le había concedido.<sup>3</sup> En contraste con Pobiedonostsev, Tolstoi hizo una denuncia del poder, de la fuerza y de la violencia en cuanto males:

"Aun cuando el poder haya sido ganado auténticamente, quienes lo poseen no son en forma alguna diferentes a los demás hombres y, sin em-

<sup>2</sup> Thomas Garrigue Marayk, *The Spirit of Russia, Studies in History, Literature and Philosophy*. Traducido del alemán por Eden and Cedar Paul. Allen and Unwin, London, 1919, 197-207. Véase también Constantin Pobiedonostsev, *L'autocratie Russe*. Payot, Paris, 1927.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 204.

bargo, no están más dispuestos que los demás a subordinar sus propios intereses a los de la sociedad. Por el contrario, teniendo el poder necesario para hacerlo así, a su disposición, se muestran más dispuestos que los demás a subordinar los intereses públicos a los propios.

"Por otra parte, la verdadera doctrina cristiana, al hacer de la ley del amor una regla sin excepciones, abole igualmente la posibilidad de cualquier violencia y no puede, en consecuencia, sostener, sino condenar, a cualquier Estado fundado en la violencia." <sup>4</sup>

Pobiedonostsev se encontraba en la extrema derecha. En la extrema izquierda se encontraban los anarquistas (Berdiaeff llamó anarquismo a una ideología rusa), quienes consideraban el poder como padre y madre de todos los males sociales. El Estado, como foco del poder, constituía el principal villano y su mortal enemigo. Su meta era una sociedad sin Estado: una federación de comunas carente de instrumentos compulsivos, carente de policía y de ejército. Michael Bakunin, el Karl Marx del anarquismo, decía:

"Si hay un demonio en la historia, ése es el principio del poder. Es este principio, junto con la estupidez e ignorancia de las masas, sobre las que se basa siempre, y sin las cuales nunca podría existir, el que por sí solo ha producido todas las desgracias, todos los crímenes y todos los hechos más vergonzosos de la historia. E inevitablemente este elemento maldito debe de encontrarse como un instinto natural en cada uno de los hombres, sin exceptuar a los mejores. Todos traen dentro de sí los gérmenes de ese apetito de poder." <sup>5</sup>

"Toda teoría lógica y sincera acerca del Estado se encuentra fundada esencialmente en el principio de *autoridad* —o sea, en la idea eminentemente teológica, metafísica y política de que las masas, *siempre* incapaces de gobernarse por sí mismas, deben someterse siempre al yugo benévolo de una sabiduría y de una justicia que, en una o en otra forma, se les impone desde arriba." <sup>6</sup>

Bakunin se enfrentaba así al viejo dilema de los medios y de los fines. El poder y el Estado son males y, por lo tanto, para él se justificaban la fuerza y la violencia en cuanto medios de destruir al Estado. Consecuen-

<sup>4</sup> Conde Leon Tolstoi, *The Kingdom of God is Within You*. Cassell Publishing Co., 1894, p. 102, 167.

<sup>5</sup> G. P. Maximoff, ed., *The Political Philosophy of Bakunin: Scientific Anarchism*. Free Press, Glencoe, Ill., 1953, 248. Reproducido con permiso de los editores.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 33

temente, el uso de la fuerza y del poder, considerados como medios, era bueno y útil.

Una contradicción aún más profunda es la que sostenían los populistas rusos o *rarodniks* bajo los últimos zares. Su movimiento databa de la segunda mitad del siglo, y no es fácil reducir a unas cuantas frases los fines políticos de los diferentes grupos constituyentes del mismo o identificados con él. En ciertos períodos, los anarquistas tuvieron influencia sobre ellos, pero por lo general los populistas estuvieron más cerca de los demócratas socialistas, puesto que su finalidad consistía en transformar a Rusia en una república democrática y socialista.

Con todo, la autocracia rusa no proporcionaba ningún instrumental para una lucha abierta y legal hacia ese fin. La fuerza, considerada bajo la forma de revolución, era la única alternativa, y por ello el terror y la violencia se utilizaron como medios de obtención de la democracia. A este respecto, es útil distinguir fines valorativos y actitudes. La democracia populista fue una meta valorativa; sin embargo, la lucha revolucionaria cotidiana modeló sus actitudes en el sentido del poder y de la violencia. La facción de los populistas recurrió a la violencia a pesar de que las metas que se deseaba alcanzar estuvieran constituidas por una limitación del poder y por la misma abolición de la violencia.

En marcado contraste, Lenin, Stalin y los otros comunistas, no fueron nunca Hamlets atrapados por un dilema ético: ellos aprobaban la fuerza y la violencia ilimitadas como vías hacia el poder, como caminos para apoderarse de él, para consolidarlo y mantenerlo. La libertad quedó relegada hasta el final del milenio mismo, o sea hasta aquellos días felices en los que el Estado, según sus concepciones, habrá de desaparecer. Para la generación siguiente la promesa consistía en la dictadura. Los populistas, y ulteriormente los revolucionarios sociales, aprobaron el uso de la fuerza a falta de una democracia y mientras ésta no llegase a existir, pero, una vez lograda la democracia, esperaban que se aboliera la violencia y se limitara el poder. Lenin y Stalin adoptaron una postura opuesta, sosteniendo que precisamente en ese momento debería de regir un poder irrestricto.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Las opiniones de Lenin y de Stalin acerca del poder pueden consultarse fácilmente en *Dictatorship and the Proletariat*. International Publishers. New York, 1936, volumen denso de contenido que incluye un cierto número de extractos de sus escritos. Véase Lenin, *Left-Wing Communism: An Infantile Disorder*, p. 42; Lenin, *State and Revolution*, citado en la misma obra, pp. 66-7. *Collected Works*. Edición rusa, Vol. XXVI, p. 286, citado también en pp. 49-50; *The Dictatorship of the Proletariat*. *Ibid.*, p. 39. Joseph Stalin, *Leninism*, Vol. I, pp. 226-9, 270-4, citado también en p. 54 de la misma.

La ideología fascista y nazi presentaba como anhelada meta la idea de un poder ilimitado puesto en manos de un dictador o "jefe" que personificara al Estado. La fuerza y la violencia eran dignas de aprobación y constituían parte esencial de su programa, y el terror, por su parte, constituía un método de gobierno. O sea, que si hemos de decirlo brevemente, el uso de la fuerza por los privilegiados en contra de los no privilegiados se convirtió en principio guía de estas tendencias.<sup>8</sup>

Dentro de la filosofía de Gandhi —quien personificó más que ningún otro la filosofía política de una parte substancial de la India—, contra lo que ocurría dentro de las filosofías autoritarias, el poder y la fuerza se consideran como males y no como metas valiosas o como "bienes". Gandhi rechazó el uso de la fuerza como arma de lucha y el resultado de su filosofía fue la táctica de la falta de violencia. El enfoque de Gandhi de los problemas del poder y de la política fue esencialmente de carácter moral. La fuerte influencia de Tolstoi y de Thoreau le dio universalidad a su ideario.

"No debo de engañar al país. Para mí, no hay política sin religión. . . ; no la religión de los supersticiosos y de los ciegos, la religión que odia y pelea, sino la religión universal de la tolerancia. La política sin la moral es cosa que debe de evitarse."<sup>9</sup>

"Hay, entonces, un estado de anarquía ilustrada. En tal Estado, cada uno es su propio gobernante. Se gobierna a sí mismo a modo de no ser nunca un obstáculo para su vecino. . . Pero el ideal nunca se realiza totalmente en la vida. De ahí la afirmación clásica de Thoreau de que el gobierno mejor es el que menos gobierna."

Si volvemos la vista a los ingleses y a los estadounidenses, encontraremos un tercer conjunto de valores y actitudes hacia el poder. En las filosofías de Locke, de Mills, de Jefferson, de Madison, de Adams y de Acton, el poder es el mal; pero un mal que el hombre tiene que usar, puesto que vivir en una sociedad y en un Estado requiere un apoyo para las leyes y para la defensa del país. Un cambio progresivo requiere de un orden, y es esto lo que ocurre con el ejercicio de los derechos cívicos. La tiranía fue abolida por la fuerza. Pero el poder, siendo un mal, tuvo que usarse para contener, y hubo de ser limitado una vez establecida la democracia.

<sup>8</sup> William Ebenstein, *Man and the State: Fascism, War, Dictatorship*. Benito Mussolini. Reinhart, New York, 1947, p. 309. Adolph Hitler, *Mein Kampf*. Houghton Mifflin Company. Boston, 1933, pp. 73, 186, 266.

<sup>9</sup> D. S. Sarma, *The Gandhi Sutras* (las enseñanzas básicas de Mahatma Gandhi). Davin-Adair Company. New York, 1949, p. 153.

Los jefes e ideólogos de la revolución estadounidense hicieron contribuciones filosóficas y prácticas importantes en sus estudios acerca del poder. Pensaban que el poder es peligroso y que, por lo mismo, tenía que ser controlado y balanceado. Su enfoque era racionalista, empírico y no emocional. Sus esfuerzos representaban una especie de labor ingenieril en cuanto trataban de resolver los problemas de un mecanismo complejo. Hay en ellos poco de Gandhi,<sup>10</sup> de Bakunin, de Lenin o de Machiavelli. Los teóricos continentales (y su contribución fue, por supuesto, fundamental) estaban interesados en ideas de libertad, y supieron desarrollarlas, pero mostraron mucho menor interés en los problemas de su aplicación. El hiato entre la promesa y la realidad fue la debilidad eterna de las visiones políticas europeas. Los filósofos políticos estadounidenses se interesaron primordialmente en los métodos de aplicación al través de los cuales se pudiera pasar del principio general correspondiente al dominio de las ideas al campo de la realidad. Puesto que la potencia era la fuerza, el problema consistía en crear un mecanismo para controlar y para humanizar esa peligrosa energía. A pesar de ser ésta la política, no debiera de identificársela, por supuesto, con la conducta política real. La tradición política estadounidense tiene también una corriente subterránea de violencia.

Los problemas de limitación del poder y de relación entre libertad y autoridad fueron esenciales para la filosofía política británica. Como en el caso de los estadounidenses (que eran revolucionarios británicos) el enfoque de la libertad se hacía al través de o como limitación del poder. Tales eran los puntos de vista de John Stuart Mill en su ensayo *On Liberty*. En forma semejante, la discusión de Lord Acton acerca de la libertad es una expresión de los peligros del poder más que de las bendiciones de la libertad. Harold Laski, jefe, en su tiempo, del Partido Laborista Británico y notable político científico, también reconoció la necesidad de una cualidad coercitiva del poder, en una forma empírica, pragmática.<sup>11</sup> En último análisis, dice Laski, el Estado "está construido con base en la capacidad de su gobierno para realizar con éxito su supremo poder coercitivo".<sup>12</sup>

Los escritos de Lenin y de Stalin están consagrados en gran parte al problema de determinar la forma en que ha de conseguirse el poder, y un

<sup>10</sup> Dhriendra Mohan Datta, *The Philosophy of Mahatma Gandhi*. University of Wisconsin Press. Madison, 1953, p. 139.

<sup>11</sup> Harold Laski, *The State in Theory and Practice*. Viking Press. New York, 1955, p. 1.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 11.

poder ilimitado, como un medio de establecer un Estado fundado en la violencia y en el terror. Jefferson, Adams, Madison, Acton y Mills tenían intereses completamente diferentes: su preocupación consistía en determinar la forma de limitar el poder, de proteger a un individuo en contra del poder del Estado y en contra de las potencialidades que tal poder pudiera tener. Gandhi se enfrentó al dilema de buscar la reconciliación de la no-violencia con la necesidad de utilizar el poder. Para él, la no-violencia se convirtió en una técnica para alcanzar el poder sin recurrir a la fuerza. Una vez libre la India, sin embargo, surgió de nuevo el problema de ¿cómo administrar el poder sin la fuerza?; la dificultad de dicha posición se puso de manifiesto cuando el mismo gobierno de la India que había ganado la independencia al través de la no-violencia, tuvo que emplear la fuerza. Un estadista que usara el poder ilimitado sería: un villano político para Acton; un político astuto para Hitler, un loco político para Lenin o para Mussolini. Esto sugiere que el mismo símbolo —poder— es enfocado en forma distinta por cada uno de ellos; que ese mismo símbolo tiene diferentes significados; que refleja diferentes personalidades; que es reflejo, asimismo, de diferentes condiciones sociales y económicas.

*El Individuo y la sociedad.*—Las variantes de interpretación del poder no pueden explicarse en términos de una sola causa: obviamente, los valores nacionales constituyen un elemento importante en la modelación o configuración de las actitudes que se asumen frente al poder, pero esas actitudes pueden cambiar con las cambiantes condiciones socio-económicas y, por otra parte, esas actitudes hacia el poder varían también de acuerdo con las ideologías y los tipos de personalidad. Como todas las actitudes, las políticas son un resultado del impacto de la sociedad sobre el individuo y del que dejan los individuos sobre la sociedad.

Dentro del marco de referencia que proporciona este amplio concepto de interacción entre los individuos y la sociedad, debemos tratar de analizar las causas de que se produzcan variaciones de actitud hacia el poder, en términos de diferencias en: 1, los valores de la cultura nacional.—2, las ideologías políticas.—3, las relaciones sociales, económicas y políticas dinámicas. 4, las personalidades. Estas variables son importantes no sólo por ser el poder una parte del espectro solar de la política, sino por serlo también de la personalidad y de la ética del hombre. Una actitud de un hombre hacia el poder —hacia el uso de la violencia y de la fuerza— proporciona la base indispensable para enjuiciar su ética, para juzgar de sus enjuiciamientos morales y de su sistema de valores. A semejanza de lo que ocurre

en las ciencias naturales, en las ciencias sociales la distancia entre un observador y los hechos que observa afecta la percepción. Del mismo modo, las inferencias basadas en diferentes grados de magnificación y de distancia o alejamiento entre el observador y lo observado, así como configuraciones variables de detalles y aspectos de integración, conducen a diferentes niveles de abstracción.

Los conceptos que sobre el poder tenga un individuo, nos proporcionan una imagen de su "personalidad política", o sea, de su relación con respecto a la sociedad y respecto de otros individuos. Desde este ángulo, podemos ver en detalle las dimensiones y la extensión de su personalidad autoritaria o no autoritaria. Desde otros ángulos y desde distancias mayores, podremos ver menos detalles, pero tendremos un contexto más amplio, puesto que podremos observar mayor número de manifestaciones de la interacción entre el individuo y su sociedad. Podremos ver la forma en que, por ejemplo, las potencialidades inherentes a los futuros dictadores de Alemania y de Rusia fueron moldeadas por los valores y por la sociedad nacional, y la forma en que los individuos se rebelaron contra ambos. Podremos ver la forma en que actúa el individuo autoritario, y bajo qué condiciones definidas —sociales, económicas y políticas— llega a triunfar. Podremos ver la forma en que los individuos influyen en las ideologías y el modo en que fueron influenciados por ellas en cuanto al uso del poder.

*El Poder y los valores nacionales.*—El problema de la cultura nacional y especialmente el de los valores nacionales es extenso y controvertido. No es fácil fijar características y semejanzas nacionales. Un opositor de la hipótesis de la existencia de valores nacionales comunes podrá encontrar siempre grupos de gentes con valores que difieran de los identificados como típicamente nacionales, pero, a pesar de estas limitaciones, el concepto de patrón cultural no puede desecharse tan apresuradamente: hay evidencia suficiente de que corresponde a la realidad social, aun cuando no pueda definírsele en forma precisa a causa de la multivalencia nacional. El concepto de "patrón cultural" es realmente importante para el análisis de las actitudes asumidas frente al poder. Los profetas de la autocracia fascista nunca tuvieron tanto apoyo entre las masas de la Gran Bretaña como entre las de Alemania. Nunca llegaron a reclutar cohortes numerosas, como puede testimoniarse el que los grupillos de escasos camisas negras británicos del Oxford Circle y de Trafalgar Square nunca llegaron a constituir una masa pujante, regimentada, uniformizada, que marchara por las calles

respondiendo, con el rítmico golpear de las pesadas botas, al mandato de un *Führer*. La tradición, los valores nacionales y la educación británicos que se desarrollan dentro de un proceso democrático, pueden explicar en parte estas diferencias. La nación alemana enfatizaba mucho los valores disciplinarios, de gobierno fuerte, de sumisión al *Befehl* (al Orden) y patrones de conducta que se habían desarrollado en Alemania durante los años de gobiernos fuertes de emperadores, cancilleres de hierro y miembros de la casta militar. Estas tradiciones alemanas favorecieron la aceptación de un sistema autoritario de poder.

Las ideas de Tolstoi acerca de la no violencia no cambiaron el curso de la historia rusa, pues si bien tuvo muchos admiradores en Rusia, sus conceptos no cambiaron ni la conducta de la autocracia ni la táctica de la revolución. Las ideas de Tolstoi-Gandhi tuvieron, sin embargo, éxito en la India, en donde el concepto de la falta de violencia se adecuaba a los valores nacionales de las masas, resultando efectivo en contra de una autoridad no autocrática, colonial, ya que también importa señalar que los británicos, en la India, se mostraban mucho más reacios a hacer uso de la violencia que sus contrapartes rusos, según lo demuestra el hecho de que ni el zar ni Stalin hayan ahorrado violencias al tratar a sus "súbditos".

Estos ejemplos —por ciertos que puedan ser— representan una visión simplificada. Los valores nacionales no son sólidos, macizos, de una sola pieza: hay diferencias y contradicciones dentro de cada cultura, precisamente por el hecho de que hay grupos opuestos dentro de toda sociedad. Quizás el concepto de Gordon Allport<sup>13</sup> acerca de la curva en forma de J pueda ayudar a aclarar el punto. En su discusión de las diferencias étnico-culturales, el reconocimiento de los comportamientos típicos de diferentes grupos étnicos es de enorme importancia; pero, al mismo tiempo, dentro del grupo étnico, las diferencias también son reconocibles; así, por ejemplo, señala que, aun cuando el lenguaje que se usa por lo general en los Estados Unidos de América sea el inglés, un tanto por ciento de la población inmigrante conserva aún el lenguaje de su "vieja patria". En forma análoga, se supone que los católicos deben de asistir a la misa dominical, pero hay algunos que no lo hacen. En los Estados Unidos de América, las representaciones teatrales principian a tiempo y se desarrollan de acuerdo con un programa; el énfasis en la puntualidad es considerable, pero, con todo, hay gentes que no son puntuales. Sobre estas bases, Allport sugiere el que los

<sup>13</sup> Gordon W. Allport, *The Nature of Prejudice*. Addison-Wesley Publishing Co. Cambridge, Mass., 1954, p. 95.

patrones éticos pueden representarse por una curva jotiforme o de forma de J, cuya rama mayor representaría a quienes se conforman con el patrón, en tanto que la rama corta correspondería a quienes no se sujetan a él.

La curva en J puede utilizarse para ilustrar los valores compartidos por la gente dentro de una misma cultura nacional; así, por ejemplo, el concepto del valor "libertad" en la Gran Bretaña puede representarse por un histograma: en cuanto los partidos laborista, conservador y liberal están de acuerdo en un principio en algunos, aunque no en todos los límites que han de imponerse al poder, puede decirse que comparten este valor y representan la rama mayor de la distribución en J, pero una minoría muy débil de totalitarios forma la rama izquierda, más bien corta (o, si se prefiere, una rama derecha) de la curva en J.

Podríamos extender el concepto de Allport a otros diagramas en los cuales la curva en J se convertiría en una curva en U o en una curva en V. Así, por ejemplo, después de la primera guerra mundial, Alemania era una nación de opiniones divergentes y frecuentemente extremistas. El valor "poder" y la actitud hacia el mismo de los partidos democráticos (de los demócratas sociales, de los demócratas, de los centristas católicos) eran diferentes de los correspondientes al monárquico y nacionalista *Stahlhelm*, a los de los nazis, a los de los comunistas. Se trataba de una curva en U o en V, más que de una en J, con los partidarios del autoritarismo balanceando a los partidarios de la democracia. ¿Es correcto hablar, entonces, de una actitud característicamente nacional hacia o frente al poder, en un país donde se presenta tal división? Parece que sí, a pesar de todo. El pasado —la historia— tiene un poderoso impacto sobre las generaciones presentes.<sup>14</sup> Fue la historia alemana la que pesó sobre las generaciones de la República de Weimar; era una historia llena de contradicciones, rica en tradiciones de un poderoso movimiento laboral democrático, pero también dentro de la que generaciones enteras se habían educado en las ideas y en las tradiciones del nacionalismo, del racismo, del folklore bélico y militarista.

El concepto de poder democrático en Alemania se forjó como implemento pragmático en la experiencia real. El gobierno democrático en el poder enfrentó las organizaciones y los partidos de derecha tanto como los

<sup>14</sup> Alexis de Tocqueville, en *Old Regime and the French Revolution*, subraya el significado de la historia, del pasado, sobre el desarrollo de las instituciones y de los conceptos revolucionarios. Es de interés el que Karl Marx, en *The 18 Brumaire of Louis Napoleon*, enfatice que el hombre no hace su propia historia conforme le place, sino de acuerdo con circunstancias que vienen del pasado. La tradición pesa sobre las nuevas generaciones.

extremistas políticos. Estos partidos fueron un resultado del desarrollo y de las condiciones de Alemania. De este modo, el gobierno puso a prueba sus conceptos y sus técnicas de poder democrático en una sociedad llena de contradicciones políticas sociales y económicas; los conceptos y las técnicas se moldearon en una situación real, en un conflicto de fuerzas socio-dialécticas; los valores abstractos del poder se tradujeron en formas de comportamiento, y los patrones de comportamiento no hicieron otra cosa que convertirse en expresivos de los conflictos. La interacción social moldeó los conceptos de poder sostenidos tanto por los amigos como por los enemigos de la democracia y, en consecuencia, la oposición dialéctica de aquellos dos valores opuestos de poder fueron el resultado de una experiencia alemana.

Una tradición favorable a la solución de las diferencias mediante transacciones influye también en la determinación de las características de la lucha resultante de tales contradicciones. Así, por ejemplo, en ciertos períodos, los demócratas estadounidenses pueden favorecer un incremento del poder federal, en tanto que los republicanos pueden mostrarse favorables a un fortalecimiento de los gobiernos de los estados como medio de encontrar un equilibrio para el poder federal, pero tales diferencias de opinión no pueden compararse con las contradicciones existentes entre nazis y demócratas por lo que se refiere a los problemas del poder. Los demócratas y los republicanos coinciden por lo que se refiere a los derechos cívicos en la noción fundamental de que es necesario limitar el poder. La falta de acuerdo entre ellos no destruye los valores políticos básicos, en tanto que una transacción con el fascismo sí los destruiría.<sup>15</sup>

A pesar de que el poder político no es el único tipo de poder, los valores nacionales dominantes, por lo general, encuentran expresión en otras instituciones sociales: la iglesia, la escuela y la familia. Así, por ejemplo, la familia alemana es más autocrática, en tanto que la familia estadounidense tiende a ser más democrática y liberal; en una familia alemana, la posición del padre y su poder son fuertes, y su autoridad es casi absoluta sobre los hijos, cosa ampliamente aceptada. En una familia italiana, la jerarquía es importante, en cuanto el padre detenta el poder y los privilegios y el hijo mayor tiene más poder y autoridad que los hijos menores; en una situación

<sup>15</sup> Max Weber carga el acento en el significado que tiene la clase para el desarrollo de actitudes específicas hacia el poder. Véase *From Max Weber* (conforme se cita) Parte II, pp. 180-264, especialmente p. 233 ss. Karl Marx sostenía que las relaciones económicas determinan las relaciones de poder (*Wirtschaftsverhältniss als Machverhältniss*).

como ésta, el sitio de la madre es específico: proporciona el elemento de ternura y amor, sirviendo de contrapeso a la autoridad paterna. En una familia estadounidense, el marido y la mujer comparten el poder familiar; los hijos también tienen poder y participan en las decisiones al través de las conversaciones familiares. La familia también es liberal, ya que los hijos más jóvenes disfrutan de mayores privilegios que los mayores; sin embargo, tan pronto como maduran, se igualan sus posiciones. De este modo, los conceptos de poder que se encuentran en cualquier cultura impregnan a la sociedad y encuentran expresión en muchas de sus instituciones básicas. Puede notarse asimismo que, dentro de estas situaciones, la distribución del poder sigue haciéndose conforme a una curva jofiforme; así, por ejemplo, no es en todas las familias alemanas en donde la autoridad del padre permanece incólume, así como no todas las familias estadounidenses son igualitarias y tolerantes.

Los valores que se discuten no son simples conceptos abstractos; se expresan en acciones sociales y forman patrones abiertos de comportamiento. Tiene que vérselos, por ejemplo, en la política de un gobierno o en los actos disciplinarios de un padre, ya que éstas son cosas observables y las hipótesis que se hagan acerca de ellas son verificables. Tampoco están limitados o restringidos los valores a las naciones; algunos son compartidos por agregados culturales más amplios, como pueden serlo los países de la tradición occidental. Y existen algunos que parecen ser universales. Herbert Spencer señalaba en su *Ethics* que el altruismo que se expresa en la actitud de una madre hacia sus hijos es universal. Pero los valores universales se expresan en una gran variedad de formas en las diferentes culturas, con lo cual se demuestra que la universalidad y la variabilidad de una cultura se reflejan en sus valores.

La libertad es un ejemplo especialmente bueno de valor universal general, aun cuando el anhelo de libertad se exprese en una gran variedad de formas, tanto dentro de las sociedades como entre ellas. Nadie desea tener las manos encadenadas; a nadie le gusta ser víctima de la explotación y del abuso, e incluso la tendencia hacia el poder autocrático es sólo un deseo de libertad ilimitada para un hombre, el autócrata, a expensas de la libertad de los demás; en tal caso, es una expresión autística, antisocial, egoísta, de esta necesidad. De este modo, la lucha entre el poder y la libertad —ambos, conceptos universales— se manifiesta en diferentes tipos de actitud, así como en diferentes valores en las diversas nacionalidades y personalidades.

*Las ideologías y las condiciones sociales y económicas.*—Las concepciones del poder sostenidas en forma nacional (incluidas todas las contradicciones que pudieran contener) se expresan en las ideologías políticas; sin embargo, lo atractivo de estas ideologías depende de las condiciones dinámicas, económicas, políticas y sociales de aquellos a quienes se dirigen. El cambio de estas condiciones puede producir un cambio en las opiniones relativas al poder, así como también puede provocar cambios en otros valores. Esto es así porque todos estos elementos no constituyen bloques separados entre sí, sino que se encuentran interrelacionados y en continua interacción.

El *status* de un individuo dentro de una clase puede influir también en sus actitudes frente al poder. Un miembro de la nobleza en una sociedad medieval, o un miembro de la burocracia en un estado prusiano tienen puntos ganados en el incremento del poder en virtud de o gracias al grupo al que pertenecen; en forma análoga, un oficial alemán compartía el interés de su casta en el poder del ejército dentro del Estado alemán. Estos ejemplos muestran la forma en que las relaciones sociales y económicas influyen en las actitudes y en los valores individuales con respecto al poder.<sup>16</sup>

De este modo, la influencia cultural sobre la personalidad no puede reducirse solamente a los valores nacionales; junto a ellos, importan en la conformación del concepto y de la valoración del poder, las ideologías políticas, las relaciones de clase, las condiciones dinámicas económicas, sociales y políticas y, finalmente —pero no en grado menor— la poderosa influencia de la religión. Todos estos factores se encuentran en una continua interacción. La religión influye en las condiciones sociales, económicas y políticas y, a su vez, es influida por ellas. El valor “poder” está íntimamente relacionado con nociones como las de “jerarquía”, y como los conceptos religiosos de la jerarquía y de la disciplina impregnan las instituciones seculares, moldean el concepto general de dominio y sumisión. Incluso los ritos religiosos pueden convertirse en elementos importantes de control social. La institución medieval de la ex-comunión, que eliminaba a un individuo del libre ejercicio y de la participación en los ritos grupales, fue una importante fuente de poder, y debe de haber modelado las actitudes y las ideas de una comunidad. Por otra parte, el cristianismo y el judaísmo influyeron

<sup>16</sup> Los complejos de inferioridad —por otra parte— que buscan la superioridad, pueden llevar a varias formas de dominación. Véase Alfred Adler, *Understanding of Human Nature*. New York, 1928. *Individual Psychology*, Humanities Press. New York, 1951.

grandemente en la idea de restringir el poder; en el concepto de limitación de la autoridad real —incluso de la autoridad del pueblo— por una ley superior del tipo de los Diez Mandamientos. El concepto de un poder superior al gobernante temporal ya contiene una limitación del poder, y una restricción en el uso del control social. Las ideas democráticas de la filosofía de las leyes naturales probablemente puedan vincularse, en sus orígenes ideológicos, con estas limitaciones inherentes.

El papel significativo del elemento nacional en la conducta política también debe de mencionarse. El movimiento nazi en Alemania y la adoración del poder ilimitado por muchos alemanes educados no pueden explicarse solamente en términos de los factores que hemos mencionado hasta ahora. Las reacciones humanas son a menudo inesperadas, y las tensiones emocionales que a veces aparecen en la historia no son fácilmente referibles a sus orígenes.

*Personalidad.*—A pesar de que el poder, en cuanto valor, puede diferir de una cultura a otra, y de una a otra ideología, el poder, como necesidad psicológica, se encuentra en todas las sociedades, ya que, sin él, ninguna sociedad puede existir. El poder se ejerce tanto en una comunidad como en una familia; el problema estriba en determinar *cómo* se ejerce, y, en esto, podemos encontrar diferencias de personalidad y de grupo.

Un gran maestro de la psicología política, Alfred Adler, considera el poder como una necesidad humana básica, que puede encontrarse en el niño que domina a sus padres y a aquellos que lo atienden; por ser considerado como un ser desvalido, el niño pide y recibe servicios y comodidades de continuo, e impone continuamente su voluntad. Los primeros años formativos, de acuerdo tanto con Adler como con Freud, son de primerísima importancia para el desarrollo de la personalidad. Es entonces cuando la familia del niño y sus compañeros, su grupo de juego, conforman sus relaciones de poder. De este modo, dentro de cada sociedad y dentro de cada cultura, encontramos diferencias de personalidad y diferencias grupales en la actitud y en los sentimientos frente al poder.

Diferentes ideologías acerca del poder atraen a diferentes tipos de personas; así, por ejemplo, una filosofía de no-violencia atrajo a Gandhi, pero resultó repelente para Lenin. Parecería que tales diferencias surgen, por lo menos en parte, de diferencias en la estructura de la personalidad. Esto explicaría por qué razón Tolstoi y Bakunin —el primero un anarquista cristiano y un profeta de la no violencia, y el último un anarquista y un par-

tidario de la violencia (como medio hacia su ideal de ausencia estatal) —, aun cuando hayan vivido en niveles sociales análogos en cuanto miembros de la misma clase aristocrática y hayan sido nutridos en la misma religión ortodoxa, respondieron a ideologías divergentes.

El terror y la no violencia atraen y requieren diferentes personalidades, diferentes experiencias y diferentes valores. Un cambio en la ideología del poder de un movimiento político e incluso un cambio de táctica, pueden tener su impacto en el proceso por el cual los miembros se lanzan al movimiento. Cuando en 1878 los populistas de Rusia cambiaron de táctica porque sus esperanzas de cambio al través de un movimiento de masas se había frustrado, la nueva táctica del terror individual atrajo y requirió de diferentes personalidades. Peter Lavrov, uno de los espíritus conductores del movimiento populista, escribió lo siguiente acerca de este cambio:

“El año de 1878 introdujo en el movimiento revolucionario una crisis que condujo a un cambio completo tanto en la división del partido en varias secciones, como en sus relaciones respectivas. Las formas de actuar se modificaron; el tipo revolucionario cambió. Los defectos y las virtudes tan característicos de las personas más prominentes en el movimiento hace algunos años dejaron sitio a defectos y virtudes totalmente diferentes, que son las que caracterizan el movimiento revolucionario ruso de estos días.”<sup>17</sup>

Stepniak escribió con respecto a sus contemporáneos:

“Un cambio notable del tipo revolucionario data de este período. El revolucionario no era ya lo que había sido cinco años antes. Por entonces no se había revelado por ningunos actos concretos, sino al través de un constante meditar acerca de ellos, por la repetición que se hacía de que las balas son mejores que las palabras, por alimentar proyectos sanguinarios que hicieron que su espíritu adquiriera tal disposición. De este modo se formó el hombre. Y el gobierno hizo cuanto estuvo de su parte para desarrollar más aún estas nacientes tendencias suyas y obligarlo a traducirlas en actos.”<sup>18</sup>

Cambio de actitud hacia la violencia y hacia la fuerza fue éste, que se reflejó en un cambio del tipo revolucionario y en cambios de conceptos y de valores.

Un jefe quieto y pacifista de Francia puede haberse unido a un movimiento subterráneo —cuando los nazis ocuparon Francia— y puede haber

<sup>17</sup> Peter Lavrov, Introducción a Stepniak (S. M. Kravchinskii), *Underground Russia*. Charles Scribner's Sons. New York, 1892.

<sup>18</sup> Stepniak, *Underground Russia*. Scribner's Sons, 1892, p. 33.

cambiado sus valores de no-violencia por otros valores de fuerza en contra del conquistador alemán. Si Francia hubiese permanecido libre, hubiera vivido toda su vida como ciudadano pacífico, molesto por la violencia de cualquier clase. Un cambio en las condiciones políticas puede producir un fuerte impacto sobre el individuo hasta el grado de alterar sus actitudes y valores y, en consecuencia, su personalidad. Precisamente fue esto lo que ocurrió durante la segunda guerra mundial bajo el impacto de la ocupación.

La ética sigue siendo una fuerza social muy potente y una guía de las decisiones. La lucha en contra de la opresión fue, en su mayor parte, una lucha revolucionaria ante la que el sistema feudal y posteriormente el régimen colonial hubieron de rendirse. Muchos de quienes emprendieron esta lucha pertenecían a las clases privilegiadas, y se movieron más bien por motivaciones éticas que por interés económico.

Un individuo realiza elecciones morales. Dentro de los límites impuestos por la sociedad y por potencialidades innatas, hay un elemento de elección y voluntad en el que el poderoso factor de los juicios morales individuales intervienen. En este punto, la discusión se aproxima a los límites impuestos por la metodología y por la disciplina elegidos por nosotros. El problema del libre albedrío frente al determinismo es un debate interminable e insoluble. Sin embargo, sin una fuerza moral y una protesta moral —podemos decirlo con certeza— la historia se presentaría como un mecanicismo inhumano.

En términos de comprobación científica, es difícil —si es que es posible— probar en forma definitiva que una experiencia singular dada haya sido una de las causas de determinada actitud frente al poder. Peter Kropotkin fue un anarquista que se opuso a cualquier autoridad, y especialmente a la autoridad del Estado. Creía firmemente que el hombre es bueno por naturaleza y que las instituciones destruyen su bondad. De niño, Kropotkin amó a su madre, que era tierna y afectiva y se opuso a la autoridad de su padre, quien más bien le disgustaba; su madre murió cuando Kropotkin era muy joven (aún en sus años formativos) y el nuevo casamiento de su padre dio como resultado la ruptura de vínculos con muchos de los parientes de Pedro. Estos hechos, citados en las memorias de Kropotkin, sugieren que las experiencias de la niñez temprana pueden haber contribuido a formar sus actitudes y sus opiniones acerca de la naturaleza humana. En forma análoga, la rebelión contra su padre moldeó actitudes que se reflejaron más tarde en contra del zar y de la autocracia. (Las experiencias de la niñez temprana pueden haber contribuido a formar sus actitudes y sus opiniones

acerca de la naturaleza.) En cuanto a las experiencias de la niñez de Lenin puede señalarse que las mismas proporcionan otra ilustración al respecto: su hermano, un populista revolucionario, fue ejecutado en la temprana juventud de Lenin, y el joven Lenin supo que había sido colgado en una prisión zarista; esta experiencia traumática puede haber sido un factor en el desarrollo de la inmisericorde actitud vindicativa de Lenin hacia todo lo que olía a "clase gobernante". Los hechos relativos a la infancia de Kropotkin y de Lenin, así como a sus períodos juveniles, son ciertos, pero ¿podemos probar que influyeron en la formación de sus respectivas cualidades? Puede ser que hayan existido otras experiencias traumáticas o puede ser que no haya habido ninguna otra. Una hipótesis de este tipo es útil en tanto recordemos que, hoy por hoy, hay que utilizarla sólo en forma tentativa y con toda clase de precauciones. El Dr. P. M. Yap, psiquiatra de la Universidad de Hong Kong, sostiene que la enfermedad mental de Hung Hsui Ch'uan, jefe de la rebelión de Taiping en la última parte del siglo pasado circunscribió su libertad de elección por lo que se refiere a ideología, mediante una "modelación peculiar de la mente". Fue "víctima de cierta compulsión psíquica, y de ciertas ideas fijas que, junto con un cambio de personalidad, dieron como resultado su temprana perturbación mental".<sup>19</sup>

Varias escuelas psicológicas han pretendido explicar la tendencia hacia el poder o el anhelo de poder. Harold Laswell (*Psychopathology and Politics*, Chicago, 1930) aplicó un marco de referencia freudiano. C. S. Bluemel (*War, Politics and Insanity*, Denver, 1950) atribuye esta proclividad hacia el poder autoritario, a tendencias obsesivo-compulsivas, y considera un deseo apasionado de ejercer la jefatura como un rasgo de una personalidad anormal. A. H. Maslow ("The Authoritarian Character Structure", *Journal of Social Psychology*, XVIII, 1943, 401-11) ve primariamente en una personalidad autoritaria un reflejo, que se produce en el individuo, de todas las fuerzas ambientales que siempre han obrado sobre él.

Erich Fromm (*Escape from Freedom*, New York, 1941) combina un marco psicológico de referencia (freudiano hasta cierto punto) con uno sociológico, en tanto que Gustave Bychowski (*Dictators and Disciples, from Caesar to Stalin*, New Yorw, 1948) combina un enfoque histórico con uno freudiano, que enfatiza el impacto del pasado (la agresividad feudal del carácter alemán y el sentimiento de superioridad e importancia propia. T. W. Adorno (*The Authoritarian Personality*, New York, 1950) también

<sup>19</sup> P. M. Yap, "The Mental Illness of Hung Hsiu-Ch'uan, Leader of Taiping Rebellion", *Far Eastern Review* (1954), p. 287.

aplica un marco freudiano de referencia, y sugiere que el problema de los patrones totalitarios de conducta dentro de la política es un reflejo de una estructura autoritaria de la personalidad. Las relaciones jerárquicas autoritarias paterno-filiales pueden llevarse a las experiencias infantiles y a los procesos de aprendizaje.

La "proclividad hacia el poder", de Alfred Adler, representa un anhelo básico de dominación sobre el ambiente; un proceso compensatorio de interjuego de los sentimientos de inferioridad-superioridad. Un individuo con sentimientos de inferioridad consigue sus anhelos de superioridad al través de sus intentos por dominar.

Muchos psicólogos subrayan correctamente la importancia de la estructura familiar sobre la formación de una personalidad autoritaria. Debe señalarse, sin embargo, que la familia es sólo una de varias instituciones sociales, y que hay otras que también influyen en el desarrollo de una personalidad autoritaria.

En la interpretación freudiana de la personalidad autoritaria y del apetito de poder, el problema de la figura del padre y de la rebelión en contra de la autoridad desempeña un papel principal. Algunos escritores infieren la intervención del complejo de Edipo. Algunas interpretaciones freudianas estrechas, con su énfasis muy marcado en el complejo de Edipo y en la transferencia, no están sujetas a verificación, puesto que son estimaciones subjetivas, azarosas o aleatorias en cuanto proposiciones conceptuales y, a pesar de que esas interpretaciones psicológicas monocausales son interesantes y hábilmente elaboradas, el problema real es mucho más complicado.

Aceptar una sola explicación como base de un método definitivo de análisis, equivale a dar por saldado el problema prematuramente, antes de haberlo examinado por completo.

El estudio clínico difiere de la inquisición histórica y es ajeno a las finalidades de este libro; sin embargo, un cierto número de intentos hechos en esta dirección por los psiquiatras es, con todo, de interés y de primordial importancia. Debemos repetir que la interpretación no es una verificación científica y que la interpretación explicativa de hechos históricos sugiere tan sólo una hipótesis y no un hallazgo concluyente.

A pesar de que algunas características de la personalidad son innatas, parece ser que la personalidad resulta moldeada en proporción considerable por las experiencias de la primera infancia. La familia, el grupo de juego y algunas experiencias vitales singulares (como la de haber presenciado

una batalla, una huelga, un accidente) pueden tener una gran importancia en la formación de la personalidad. Algunas de las potencialidades desarrolladas en tal forma jamás se activarán a no ser por el impacto de ciertas realidades sociales. Es muy posible que en América hayan nacido Hitlers y Stalins potenciales, pero es seguro que habrán tenido que orientar sus potencialidades dictatoriales por otros canales, dadas las condiciones pacíficas, políticas y económicas de la sociedad americana, de tal modo, que o bien se pueden haber convertido en neuróticos frustrados, o pueden haber orientado su deseo de poder en otros sentidos: conducir un automóvil de 350 caballos, de los que sólo se necesita un 10 % para obtener una velocidad de 50 millas por hora, con lo cual habrán adquirido el sentimiento de poder sobre la máquina, sobre el camino, sobre la velocidad.

*Multivalencia.*—Una personalidad multivalente es inconsistente y opera no sobre uno, sino sobre varios sistemas valorativos a menudo contradictorios. Tales individuos oscilan entre un cierto número de grupos que tienen sistemas valorativos contradictorios y se rinden fácilmente ante el valor del grupo. Pueden pertenecer a un cierto número de grupos, y es fácil imaginar el caso de un alemán que fuera miembro de un sindicato y de una organización de veteranos, el cual, naturalmente, podría constatar que los valores de los dos grupos diferirían entre sí, por lo que, al desempeñar un papel social en el sindicato y otro con los antiguos soldados imperiales, algunas veces seguiría uno y en otras ocasiones el otro sistema de valores y las normas de conducta correspondientes, y enfrentaría difícilmente el problema de conciliar los dos sistemas; bajo presión, gradualmente se desplazaría hacia el patrón autoritario. Sólo las personalidades fuertes tienen la capacidad para enfrentarse valerosamente a tales diferencias y decidir por sí mismas lo que es correcto, o elegir de entre los valores y patrones de comportamiento que resultan de los papeles conflictivos que es necesario jugar en la sociedad contemporánea, uno determinado.

Las naciones, como los individuos, son ambivalentes por estar compuestas por individuos, muchos de los cuales también son ambivalentes. Los alemanes han sido, como nación, mucho más ambivalentes que los británicos, y de ahí que incluso un alemán, bajo una mayoría democrática, siga siendo temido por sus vecinos, en cuanto éstos saben que puede cambiar. Sin embargo, los británicos que forman parte de una mayoría socialista, pueden desplazarse hacia los conservadores sin que este cambio implique ninguna modificación en conceptos básicos de libertad y de poder.

Una persona puede expresar su creencia en los valores democráticos y

no actuar, sin embargo, hacia sus vecinos y con respecto a su propia familia sino en una forma autoritaria. ¡Con cuánta frecuencia en los partidos o en los sindicatos democráticos los jefes ejercen poderes dictatoriales y no quieren oír hablar siquiera de disidentes! Esto puede observarse incluso en las universidades, en las facultades que favorecen sólo a los individuos que siguen los métodos aprobados de investigar y de enseñar. Los valores que un individuo profesa y por los que aboga públicamente, pueden entrar en conflicto con sus normas reales de comportamiento. Tal personalidad se encuentra en conflicto con su propia ideología.

La historia registra casos de numerosas personalidades multivalentes que han estado colocadas en sitios elevados. Así, por ejemplo, Catalina de Rusia era liberal y progresista en su correspondencia y en sus conversaciones con los filósofos franceses y, a pesar de todo, fue opresiva y autoritaria como gobernante del amplio imperio ruso. En forma un poco atenuada puede decirse lo mismo con respecto al rey de Prusia, Federico el Grande: las opiniones que expresaba ante los filósofos eran contradictorias en relación con su comportamiento político.

*Interrelaciones.*—A pesar de todas las dificultades que implica el estudio de las interrelaciones del individuo con la sociedad, tal análisis ayuda y posibilita un entendimiento de las diferencias de actitud frente al poder. En la Gran Bretaña de 1917, Lenin cuando más, hubiese desempeñado el papel de un histérico impertinente en la Cámara de los Comunes. En los Estados Unidos de América, en 1945, Trosky hubiese sido escuchado por una multitud selecta de descontentos en un departamento helado de Greenwich Village. En los Estados Unidos de América del año de 1850, Tolstoi hubiese sido otro Thoreau, pero, en 1950, hubiese sido escuchado tan sólo por pequeños grupos de pacifistas; en India, sin embargo, hubiera podido ser otro Gandhi. Hubo Lenins y Hitlers antes de que estos hombres surgieran, pero sólo en ciertos momentos históricos, en ciertas sociedades, pudieron desempeñar los papeles que desempeñaron. Si Lenin hubiese nacido cincuenta años antes, hubiese desempeñado un papel inferior como subordinado de Bakunin —quizás hubiese sido un Tkachev o un Nechayev—. En forma parecida, ha habido grandes momentos revolucionarios en la historia de Europa, como en 1945, momento de la liberación, en el que no hubo un gran caudillo que captara la imaginación de las masas con la idea de la unión europea.

Sólo ciertos tipos de hombre; sólo ciertas personalidades, son capaces

---

de manejar un golpe militar o de convertirse en jefes de una revolución histórica. Pero la captura del poder no se produce al azar; debe de haber una personalidad y una sociedad que posean actitudes específicas hacia el poder y la violencia para que se produzcan tales acciones precisamente en los momentos críticos del cambio social, cuando las tensiones políticas, sociales y económicas aumentan. Los sistemas políticos opresivos y explotadores tienden a crear condiciones dentro de las cuales la violencia es el único medio de cambio. En tales circunstancias, la violencia puede ser aprovechada por un individuo o por un pueblo que previamente la han aborrecido.



## CAPÍTULO II

### INSTRUMENTOS DE PODER

La lucha por el poder no ha sido la única fuerza social que registra la historia. La cooperación y el gobierno, al través de la ley, han co-existido y continúan coexistiendo en Europa con patrones de conflicto y de dominación; pero la historia política podría volver a escribirse poniéndola en términos del más vigoroso de los impulsos políticos humanos: el poder. Desde la aparición de la organización tribal, con un jefe y un consejo en calidad de autoridades, los hombres han luchado por el derecho o el poder de determinar la conducta de los demás. Es cierto que en las culturas primitivas colocadas en un nivel tribal —tanto como en una sociedad moderna— la cooperación fue y ha sido de principalísima importancia como relación social, pero la historia europea y la de las civilizaciones orientales (ésta en grado superior) han registrado —con todo— muchos episodios de conquista, de dominación y de pugna por el poder. El propósito de la conquista ha sido el poder —y el poder en cuanto fin por sí mismo o el poder como medio de regir y asegurar privilegios económicos y sociales, o como medio de imponer determinadas ideologías.

Los hombres han ejercido control unos sobre otros al través de ciertos instrumentos de poder bien definidos: 1, las armas; 2, los territorios; 3, los implementos; 4, las ideas; 5, el dinero. La lucha por el poder puede ser observada, registrada, examinada, analizada, como pugna al través de la cual los individuos y los grupos buscan apoderarse de estos elementos, pudiendo observarse cómo, si en ocasiones los conquistadores han controlado sólo uno o unos cuantos de ellos, en otras ocasiones han llegado a poseer un número mayor de tales elementos, habiendo incluso otras en que los han poseído todos. Sin embargo, el primero de ellos —las armas— siempre ha constituido un elemento crucial. Las armas han sido elemento clave para el control político, y así lo reconocía Niccolo Macchiavelli, para quien “no es razonable suponer que quien está armado obedezca de buena gana a quien no lo está, o el que hombres desarmados o carentes de armas permanezcan a salvo entre sirvientes armados”.

La distribución del poder se desplaza en la historia conforme los instrumentos de poder cambian de manos —ya sea entre dinastías o ya entre clases, pudiendo ejemplificarse la forma en que el poder se desplaza mediante la historia paralela del desplazamiento del control sobre los establecimientos militares.

*Los Instrumentos de poder en los tiempos medievales.*—En los tiempos medievales los nobles poseían la mayor parte de las tierras y una proporción muy elevada de las armas,<sup>1</sup> pudiendo decirse que en Polonia y en Rusia tenían casi un monopolio de clase sobre las tierras hacia los siglos xvi y xvii, lo cual les daba un control completo sobre el campesinado. Los siervos trataron de librarse del yugo en una larga serie de revueltas, trágicas y fallidas en todos aquellos casos en que no se había llegado a dominar la técnica militar, según ocurrió en las montañas de Suiza o mucho más tarde —en condiciones y de acuerdo con patrones culturales y políticos completamente distintos—, en las estepas de Ucrania.

El control de los sistemas de irrigación o de los manantiales puede proporcionar elementos de poder parecidos, ya que, quien controle los suministros de agua, controlará al campesino que no puede sobrevivir sin agua, según lo ejemplifican abundantemente la antigüedad y muchos estados orientales. “La ejecución de ciertas funciones vitales para la agricultura (y, en forma primaria, el manejo en gran escala de la irrigación y de la defensa en contra de las inundaciones) implicaba un sistema coordinado y autocrático de controles sociales, políticos y económicos”, que hace que el propio Wittfogel llame a los Estados despóticos y semi-gerenciales de la sociedad oriental “sociedades hidráulicas”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El señor feudal tenía *dominium directum* —propiedad de la tierra, mientras que el campesino tenía sobre algunas tierras *dominium utile*— el derecho a usar de la tierra. Los siervos estaban obligados a trabajar durante un cierto número de días en la tierra de los señores, teóricamente a cambio de protección.

<sup>2</sup> Karl A. Wittfogel, “Russia and Asia”, *World Politics*, II (Núm. 4, julio de 1950), pp. 445 ss.

En un nivel tecnológico primitivo, los grandes sistemas de irrigación se construían mediante una extensa fuerza de trabajo y mediante un aparato burocrático militar fuertemente coercitivo. La “agricultura hidráulica” constituyó un sistema hacendal basado en un control de aguas más amplio y de dirección gubernativa. Esto condujo —según Wittfogel— al “despotismo oriental”, puesto que toda la economía podía ser controlada por el Estado y por la fuerza militar en forma muy fácil. Sociedades de este tipo surgieron en la antigua Mesopotamia, en Egipto, en la costa de Perú y en Mesoamérica. Véase *Science Monographs*, Pan-American Union, Washington, D. C., 1955 (contribuciones de J. H. Steward, R. M. Adams, D. Collier, A. Palerm, K. A. Wittfogel, R. L. Beals).

Debido a que los habitantes de los burgos y de las villas retenían el control sobre implementos y armas, pudieron permanecer libres en tiempos medievales, ya que los habitantes de los poblados podían defender sus ciudades en contra de sus señores y reyes y en contra de los enemigos extranjeros. Los talleres y los implementos de trabajo les pertenecían; podían ganarse la vida como hombres libres. La agricultura no era su profesión principal y la tierra no constituía su principal medio de sostenimiento; de ahí que los habitantes de las ciudades tuviesen una participación en el poder y hayan sido capaces de conservar su libertad y el control sobre las ciudades.

Durante la época medieval, la Iglesia dominaba en el campo de las ideas y los estados feudales proporcionaban un brazo secular dispuesto a reforzar tal control. El monopolio del poder sobre las ideas y el dogma religioso proporcionaron a la Roma medieval poder sobre los hombres. Por su parte, la fusión de la iglesia y del estado en la Rusia zarista le dieron a la autocracia de los zares poder sobre las mentes y sobre los actos de sus súbditos.

La aparición y crecimiento de la democracia suiza es una historia de lucha en contra de un monopolio del poder ejercido sobre tres áreas vitales: las armas, las tierras y las ideas. La tierra fue defendida en forma efectiva por los campesinos libres que lucharon en contra de las incursiones de la nobleza extranjera. Hacia fines del siglo XIII, los suizos introdujeron lo que puede considerarse como un servicio militar general de carácter obligatorio, consistente en que todo ciudadano capaz, en que todo burgués, en que todo campesino en posesión de sus propias armas, debía saber usarlas contribuyendo a la defensa del territorio.<sup>3</sup> El territorio montañoso, por su

Las formas democráticas de comunidades aldeanas de Asia indican que la hipótesis no puede hacerse extensiva a tal variedad de cultura. Más aún, la necesidad de irrigación puede haber conducido a formas cooperativas de agricultura. La cooperación voluntaria puede resolver el problema de una "civilización hidráulica". Sin embargo, es un hecho histórico el que la necesidad de la irrigación en gran escala en muchos países creó condiciones de despotismo.

<sup>3</sup> De acuerdo con Beukema, la Edad Media proporciona algunos, pero pocos ejemplos, de conscripción. Los siervos a quienes se utilizó en ocasiones, no luchaban por una causa común —no tenían interés ideológico, social o político en estas guerras. Suiza constituyó una excepción. En 1921, "tres cantones forestales, Uri, Schwyz y Unterwalden—, descubrieron en el deber universal de servir, los medios para defender su independencia en contra de enemigos considerablemente fuertes". Todo varón de más de dieciséis años podía ser llamado al servicio; el incapacitado físicamente pagaba una contribución. Quienes se evadían eran considerados como descastados o proscritos. Suiza creó un ejército basado en la participación de los ciudadanos. Atenas, aun cuando

parte, hacía que tanto las armas pesadas como las habilidades ecuestres o no pudieran ser utilizadas o, de serlo, no pudieran utilizarse con plenitud y efectividad; en estas condiciones, en cuanto resultaban con mucho inútiles armas y habilidades de los pretendidos invasores, los suizos pudieron enfrentarse con éxito a los caballeros armados extranjeros. Por otra parte, los suizos poseían la tierra por cuya defensa luchaban. Además, la Reforma les liberó en grado muy considerable del peso de una jerarquía religiosa. O sea, en otras palabras y en resumen, que el pueblo de Suiza tenía control sobre su tierra, sobre sus armas, sobre sus ideas, y que aprendió a defenderlas en contra de la ambición de los conquistadores extranjeros.

*Desarrollo de las armas de fuego y cambio en las técnicas militares.*— Las técnicas militares cambiaron con el desarrollo de las armas de fuego. Las armaduras y la caballería pesada se volvieron anticuadas, desplazándose el énfasis hacia las nuevas armas, hacia la infantería, hacia la artillería. En forma parecida, el castillo dejó de representar el papel que le había correspondido, en cuanto el cañón lo volvió anticuado, debiendo desarrollarse por ello mismo un nuevo medio defensivo: el fuerte. Pero la infantería, la artillería, los fuertes, no fueron dominio de la nobleza. Un ejército profesional —un ejército de *condottieri*— surgió en las repúblicas italianas en tanto que en el continente europeo en general aparecían ejércitos permanentes de *mercenarii*; ambos, ejércitos de soldados para quienes la guerra era una profesión, un oficio; ejércitos que eran llamados por diferentes estados que les pagaban sus servicios; ejércitos cuyos *condottieri* controlaban las armas y que, con frecuencia, se apoderaban de las repúblicas.

hiciera del servicio militar un deber, excluía a un 80% de su gente, y Roma a sus *proletarii*. Herman Beukema, "The Social and Political Aspects of Conscription: Europe's experience", en Jessie D. Clarkson and Thomas C. Cochran, Editores: *War as a Social Institution*. Columbia University Press, 1941, p. 116.

La habilidad política de los suizos; su sistema federal combinado con sus capacidades militares les dieron tempranamente la independencia. Hacia finales de la época medieval, Suiza era ya un Estado independiente. No todos los campesinos, sin embargo, eran libres. En el Cantón de Berna estuvieron subordinados a las clases urbanas gobernantes. Las tensiones sociales no dejaban de ser comunes. En una revolución en Zurich en 1336, los artesanos expulsaron a los patricios y se apoderaron del control de la población. (Véase *Cambridge Medieval History*.) En forma análoga, la tolerancia y el pluralismo en materia de religión fue resultado de un desarrollo largo y revolucionario. La revolución calvinista fue intolerante hacia quienes se apartaban de la doctrina. Servet fue ejecutado por repudiar la Trinidad. El desasosiego anti-calvinista creció. Sin embargo, la Reforma condujo eventualmente a un pluralismo religioso y a la tolerancia religiosa

El paso siguiente consistió en la aparición de un poder militar permanente hacia fines del siglo xvii. En el siglo xviii, los ejércitos altamente perfeccionados, formados mediante reclutamiento —tales eran los de Luis XIV y Federico el Grande— reemplazaron a la antigua caballería y a los mercenarios. Los mercenarios, y ulteriormente los ejércitos permanentes, estaban equipados y pagados con fondos del tesoro estatal que procedían de los impuestos, con lo cual el dinero se convirtió en elemento estratégico. Los impuestos eran controlados por la corona y no por la nobleza, lo cual explica que, al surgir los ejércitos mercenarios, el poder se desplazara de la nobleza hacia la corona, surgiendo el despotismo ilustrado. Los ejércitos quedaron bajo el control del rey, cuya influencia política aumentó. Pasaban de este modo los tiempos en que la nobleza defendía al país y, por lo menos en teoría, estaba obligada a proteger a los campesinos, recibiendo suntuosamente en pago por sus servicios militares tierras y laboreo por parte de siervos a quienes oprimían inmisericordes; pasaban de tal modo los tiempos de predominio absoluto de la nobleza, pues si bien sus privilegios subsistieron, su función militar original desapareció y, al desplazarse hacia los ejércitos profesionales permanentes, se desplazó su poder hacia la corona en la misma forma en que dicho desplazamiento se había producido, concurrentemente con la aparición y el ulterior monopolio de las armas de fuego. El monarca ilustrado pero absoluto que controlaba armas de fuego e instrumentos militares —del tipo de Federico el Grande— era ahora quien sostenía al campesinado. Los monarcas de tal tipo consideraron conveniente debilitar la posición de la nobleza y, en tal forma, fortificar su propio poder.

*Surgimiento de los poderes militares.*—Los ejércitos permanentes, basados en el reclutamiento de soldados, hicieron que los ejércitos de los *condottieri* y de los *mercenarii* profesionales pasaran a la historia. Ahora, escribe Clausewitz, “el poder militar se basaba en el reclutamiento y en el dinero”.<sup>4</sup>

Los ejércitos permanentes establecieron un sistema militar nuevo, eficiente y altamente disciplinado. El rey todopoderoso —“*l'Etat c'est Moi*”— conservó firmemente el control de las tropas y de las armas. Los ejercicios y los castigos severos condicionaron a los siervos uniformados para que respondieran como autómatas.<sup>5</sup> Los soldados se convirtieron en autómatas

<sup>4</sup> Karl von Clausewitz, *On War* (traducido del alemán por O. J. Matthias Jolles). The Modern Library, New York, 1943, p. 578.

<sup>5</sup> Disciplina, un mecanismo de sumisión frente a las decisiones de una autoridad,

que mataban. La disciplina basada en una aceptación inmediata y acrítica de las órdenes sujetaba toda la máquina militar al control absoluto y total de la cabeza comandante. Ahora, el rey y sus generales tenían el monopolio de las armas: los soldados comían, dormían y mataban según iban tirando uno y otros de las cuerdas adecuadas. No era ése un ejército ideológico, movido por las pasiones y por el celo que en ellos despertara una ideología, según ocurrió con los cruzados o con los ejércitos de las revoluciones, sino, pura y simplemente, una máquina bélica al servicio de una dinastía. Los soldados eran tan sólo los engranajes de un mecanismo gigantesco que no estaba sometido a ningún control democrático. Tal era el caso de Prusia.

*Instrumentos de poder en la Revolución Francesa.*—Del otro lado del Rin, en Francia, la Revolución Francesa destruyó un sistema despótico, en tanto que la Revolución Americana destruía un gobierno extranjero. Los jacobinos se apoderaron del control de armas e ideas. La guillotina fue argumento de convencimiento en las disputas con sus oponentes, pero, a pesar de ello, nunca tuvieron éxito en cuanto a establecer un control completo sobre el ejército. La Revolución Francesa les dio a los soldados dignidad, metas e ideas. Una jefatura militar nueva, joven y bien dotada, delineó la táctica revolucionaria. Un ejército masivo entusiasta, unido por una ideología común, con un sentido misional, ansioso de luchar por la libertad, fue el resultado del cambio revolucionario y de su jefatura. El ejército controló las armas y equilibró la influencia de los jacobinos. “La guerra se convirtió súbitamente en asunto del pueblo”, escribía Clausewitz, un testigo contemporáneo, estudioso y observador próximo del impacto de la Revolución Francesa sobre el ejército. Un soldado se consideraba a sí mismo como un ciudadano personalmente interesado en el triunfo del ejército. La suya era una armada, el suyo era un ejército ideológico, en tanto que las fuerzas imperiales y reales hostiles seguían siendo dinásticas.

Tal era el “ejército del pueblo” que llegó a manos de Napoleón Bonaparte, quien, en el momento oportuno se apoderó del monopolio del poder. Napoleón no sólo heredó de la Revolución un ejército disciplinado

es un fenómeno universal y puede observarse en la familia, en el Estado o en la tribu. Hay muchos tipos de disciplina, cada uno de los cuales refleja los sistemas sociales y políticos de una sociedad. La disciplina en una democracia es, por supuesto, diferente de la disciplina en una sociedad militar como Esparta. Max Weber delineó una historia de la disciplina. Véase: *From Max Weber: Essays in Sociology*, traducida, editada y con una introducción, por H. H. Gerth y C. Wright Mills. Oxford University Press, New York, 1946, pp. 253-64, “The Meaning of Discipline”.

y entusiasta de tipo "ideológico" del que su personalidad carismática canalizó las lealtades, sino que personificó cuanto quedaba del espíritu revolucionario y conservó ardiendo el fuego del entusiasmo. Bonaparte se apoderó de las armas y, a continuación, del poder.

*Instrumentos de poder en las democracias.*—Uno de los hechos-clave de la democracia ha llegado a serlo el control del ejército, puesto que, sin dicho control, todo el sistema de pesos y contrapesos resultaría inútil. En las repúblicas latinoamericanas, la transferencia del poder está determinada a menudo por el ejército. Por excelentes que sean los documentos constitucionales, los oficiales de la mayoría de las repúblicas sudamericanas han preferido frecuentemente una decisión mediante la violencia a una realizada por medios constitucionales. Francia, con sus dos Napoleones, puede proporcionar otro ejemplo de los problemas de la democracia y del control del poder militar. Una vez que un sistema militar se ha establecido como autoridad independiente, como autoridad superior o como elemento incontrolable, los peligros de la captura o aprehensión del poder se ponen de manifiesto. En Alemania y en algunos de los Estados centro-europeos y del oriente de Europa de la preguerra (1919-1939), los ejércitos adquirieron un estatuto independiente y pudieron adoctrinar a la nación acerca de su papel superior. El concepto de "secreto militar" o el secreto relativo a los presupuestos militares se utilizaron con frecuencia para ocultar el juego del poder.

Apoderarse de las armas es una de las claves de la transferencia violenta del poder. Por el contrario, el control del ejército por las autoridades civiles representativas es fundamental para cualquier orden democrático. Los padres de la democracia estadounidense fueron realistas y entendieron la función política del armamento. En junio 12 de 1776, en el Bill of Rights de Virginia, el principio democrático de control sobre las armas y sobre el ejército se expresaba ya ingenuamente del modo siguiente:

"Una Milicia bien regulada, compuesta por el Cuerpo del Pueblo, entrenada para las armas, es la defensa apropiada, natural y segura de un Estado libre; los Ejércitos permanentes deben de evitarse en tiempos de Paz, como peligros para la Libertad. En todo caso, lo militar debe de estar estrictamente subordinado a, y gobernado por el poder civil."

En forma análoga, los jefes de la Revolución estadounidense entendieron los peligros del monopolio de las ideas, y reconocieron que la libertad religiosa y la elección inteligente y libre de las ideas son condiciones básicas para la libertad política. Leemos en el mismo Bill of Rights de Virginia:

“La Religión o el Derecho que debemos a nuestro Creador y la manera de cumplirlo, pueden ser dirigidos sólo por la Razón y la Convicción, y no por la Fuerza o por la Violencia; por lo tanto, todos los Hombres tienen iguales títulos al libre Ejercicio de la Religión, de acuerdo con los Dictados de la Conciencia.”

La joven República puso las armas bajo el control ciudadano (milicia) y lo sujetó a cuerpos electos, representativos. La libertad religiosa, enfatizada con la separación entre el Estado y la Iglesia, proscribía el monopolio de siglos sobre las ideas religiosas. Éstas eran condiciones básicas de la libertad, revalorizadas y ulteriormente fortificadas por el Bill of Rights de 1791. Para los soldados americanos y británicos, la subordinación a la autoridad civil es obvia, contra lo que ocurre en la mayoría de los ejércitos del continente europeo.

Los instrumentos estratégicos del poder quedaron bajo control democrático y, en esa forma, la libertad de la población blanca no esclava pudo asegurarse; pero se necesitaron tres generaciones para abolir la esclavitud: el poder del blanco sobre la gente de color.

Los totalitarios modernos se han apoderado: en primer término, de las armas; después, de los implementos, de la tierra, de las ideas y del dinero. Los bolcheviques fueron los primeros en establecer el patrón del poder total. La organización y captura de los “medios violentos” era esencial para su estrategia. No es sólo el número de hombres y las armas de fuego lo que cuenta, sino el dinamismo de los grupos, sus técnicas y habilidades en el uso de la violencia, así como sus valores y actitudes frente a su utilización de tales medios. Un grupo de hombres, que actúe con determinación y sepa cómo utilizar sus capacidades para la violencia con el fin de obtener la parálisis social y la sumisión de la sociedad puede, en ciertas situaciones, ser mucho más efectivo que un grupo mayor, sumiso y pasivo.

Los bolcheviques organizaron sus propios medios de violencia: los rojos. Mussolini estableció su propia milicia: un ejército privado. La milicia fascista, tras la conquista del Estado, le dio un asidero seguro de todo el aparato estatal. Hitler, con mayor crueldad, siguió las huellas de Mussolini.

Los modernos países totalitarios controlan a las masas mediante el control de los instrumentos del poder, y mediante una manipulación psicológica. El control de las armas es principalísimo para una dictadura. . . Por supuesto, la captura de los medios violentos se realiza a menudo al través de un movimiento revolucionario de masas; al través de un levantamiento de masas armadas inadecuadamente, en el momento de desinte-

grarse el Estado, no obstante lo cual, durante el proceso de consolidación del poder, las armas son capturadas por el pueblo.

*Instrumentos de poder en los regímenes totalitarios.*—Una vez que el Estado es capturado por los totalitarios, se establece un complejo aparato político: un aparato de control político, que toma el nombre de policía de seguridad (en una democracia, el concepto y la función de la policía son muy diferentes) o SSSA; esta organización, después del ejército, se apodera del control total de las armas. En vez de la subordinación a las autoridades civiles democráticas, todo el aparato es asido firmemente por las manos de los dictadores. Pronto se le concede una posición privilegiada al aparato burocrático, en forma de salarios más elevados, de mejor vestido y mejores habitaciones. Las ideas compartidas y el rango privilegiado funden a los dictadores y al aparato en un mismo molde.

Contra lo que ocurre en una dictadura, los elementos estratégicos del poder se encuentran separados en una democracia, estando, además, difundidos y balanceados. Antes que nada, el control monopolístico de las ideas es contradictorio con el concepto mismo de democracia y, en consecuencia, la democracia deja esta área a la libre elección de sus ciudadanos. La separación del poder en ejecutivo, judicial y legislativo, proporciona elementos de interdependencia mutua de las tres ramas del poder, brinda un cuidadoso sistema de pesos y contrapesos, y da como resultado un sistema sutil de limitación del poder. El control de los medios violentos se difunde cuidadosamente y se coloca bajo un control continuo de cuerpos representativos elegidos democráticamente. El ejército está sometido a la rama ejecutiva del gobierno, pero su presupuesto depende del legislativo.

La revolución industrial proporcionó elementos estratégicos de poder desconocidos en la Revolución francesa. Todo el sistema actual de transportes —ferrocarriles, vehículos motorizados, aeroplanos—, junto con los medios de comunicación de masas —la prensa, el radio, la televisión—, han hecho que la sociedad moderna resulte interdependiente en una forma cada vez mayor. La captura de estos nuevos instrumentos, de estas nuevas máquinas, puede invalidar instantáneamente al gobierno que se encuentra en el poder, en cuanto la televisión y el radio pueden utilizarse para difundir el temor y el terror entre las masas.

La estrategia y la táctica de la captura violenta del poder por los totalitarios, en líneas generales, siguen siendo las mismas. La finalidad consiste en capturar o apoderarse del Estado, no del gobierno; <sup>6</sup> una vez capturado

<sup>6</sup> Curzio Malaparte, *Coup d'Etat, The technique of Revolution*, E. P. Dutton and

---

el Estado, el gobierno se encuentra desvalido y tiene que ceder. Capturar el Estado, apoderarse de las armas, es de primerísima importancia; después, el ataque se dirige contra los otros instrumentos estratégicos del poder. Las experiencias del pasado pueden servir de guía para la defensa de las democracias en el futuro.

Co., New York, 1932, p. 43, le acredita a Trotsky esta estrategia en la Revolución de Octubre de 1917.

### CAPÍTULO III

#### TIPOS DE TRANSFERENCIA DE PODER

*Proyecciones de nuestros conceptos.*—Entre las naciones que han aceptado los modelos democráticos occidentales, la transferencia del poder es un proceso pacífico y ordenado, que se realiza de acuerdo con reglas definidas, rigurosamente sancionadas. Al través de las elecciones, emerge una “mayoría”, y esta “mayoría” decide técnicamente todo lo referente a la nueva administración, al nuevo gobierno y a los individuos que habrán de administrar la autoridad que se les otorga. El partido y su élite tienen, por supuesto, una influencia importante en la selección de los candidatos. Con todo, un voto mayoritario —la “voluntad del pueblo” que se haya registrado— es un requisito para la transferencia del poder al nuevo gobierno, aun cuando las designaciones hayan sido hechas por una élite política.

El concepto de voluntad popular y, en consecuencia, el de “mayoría”, es parte esencial de toda la ideología democrática de transmisión del poder, y tiene importancia práctica en cuanto a su aplicación.

Estamos tan acostumbrados a la transferencia pacífica del poder al través de técnicas “mayoritarias”, que con mucha frecuencia suponemos que éste es el patrón dominante, si no es que el generalmente aceptado, de transferencia en todo el mundo. Nos molesta, así, saber de formas de transferencia violenta del poder en otros países. Una vez que tal transferencia se ha realizado y que el poder se ha consolidado, el cambio se interpreta en términos de una “mayoría” o de un “consenso de los gobernados”. Una vez que una dictadura ha establecido un rudo y firme control sobre el país, los analistas comienzan a argumentar: “Debe de existir una porción considerable del pueblo que apoye a ese gobierno, pues en otra forma no funcionaría, no podría operar”. En otras palabras, debe de haber, por lo menos, “algún tipo de mayoría” o alguna especie de “mandato del pueblo”. Ésto no es cierto. Los gobiernos pueden mandar sobre masas pasivas sin apoyo popular considerable o substancial; pueden gobernar al través de la inercia y de la coerción. Para este tipo de gobierno, puede bastar con el respaldo que le preste un estrato social muy reducido. Dicho estrato puede

estar constituido por las élites privilegiadas, por una burocracia, por la policía, por el ejército, por un partido, por trabajadores de choque —según ocurre actualmente en la Unión Soviética—, o puede estar constituido por una combinación de burocracia, policía, ejército, partido e iglesia, según ocurre en el caso de la España de Franco. Esto difiere radicalmente de las situaciones abarcables con los conceptos democráticos de “mayoría”.

O sea, si hemos de decirlo brevemente, que proyectamos nuestra experiencia política, o lo que pudiéramos denominar como nuestra cultura política (o los aspectos políticos de nuestra cultura), a condiciones diferentes. Diferentes experiencias históricas, relaciones sociales, políticas y económicas diferentes, así como personalidades diferentes han producido distintos tipos de transmisión del poder.

*Tipos de transmisión no violenta del poder.*—El hecho mismo de transmitir o transferir el poder tiene un valor y una filosofía subrayantes. En las civilizaciones modernas, la fuerza, de por sí, no basta para constituir una ideología completa o satisfactoria de transferencia o consolidación del poder. El historiador italiano Guglielmo Ferrero<sup>1</sup> enfatizó la necesidad que hay de “legitimar” el poder. Aunque parezca extraño, ésta es una necesidad general. Incluso Hitler tuvo que justificar la violencia haciendo un llamado o apelando al “interés de la nación alemana”, o sea a una especie de “inmoral” principio moral.

La legitimidad de la transferencia dinástica del poder se basa en las leyes del país, en las leyes de la herencia, e históricamente, este concepto ha recibido su justificación al través de la aceptación de una dinastía como resultado de la acción de la voluntad y de la gracia de Dios. La separación de la Iglesia y del Estado hizo que este concepto resultara insostenible. La legitimidad democrática, basada en el concepto de mayoría y en el de consenso del pueblo tiene un amplio trasfondo filosófico, en la filosofía de la ley o derecho natural, en escritos de filósofos políticos franceses, ingleses y americanos de los siglos xvii, xviii y xix.

El concepto de legitimidad forma parte de la filosofía de la transferencia del poder.

En términos generales, podemos distinguir entre una transferencia violenta y una transferencia no violenta del poder. La transferencia no violenta puede ser: dinástica, autoritaria o democrática. La transferencia dinástica —uno de los tipos más antiguos de transferencia pacífica— ha

<sup>1</sup> Guglielmo Ferrero, *The Principles of Power*, traducido por Theodore R. Jaekel. E. P. Putnam's Sons. New York, 1942.

conducido a la consolidación del poder en manos de unas cuantas familias y de una élite hereditaria. Dicho tipo de transferencia se desarrolló desde muy pronto en Egipto, en China y en las sociedades orientales, en las que era el patrón generalmente aceptado de transferencia. Una transferencia tal corresponde a una específica estructura social, económica, política e ideológica.

La transmisión autoritaria del poder se ha desarrollado en los tiempos modernos. Ordinariamente va subseguida o se encuentra asociada con la violencia, especialmente en el estadio de consolidación. La muerte de un dictador no significa necesariamente el fin de la dictadura. Tras la muerte de Lenin, el poder le fue transmitido a Stalin, y después de su muerte a Malenkov. En este caso, la transferencia del poder fue pacífica: la consolidación implicó la violencia. Después de la muerte del semi-dictador polaco, el poder se transmitió pacíficamente a su sucesor Smigly-Rydz. La ideología de la transferencia depende del credo autoritario: "bienestar del proletariado", en el primer caso, "intereses de la patria", en el último, forman la base ideológica de la transferencia. En ambos, sin embargo, hay por lo menos un esfuerzo o un intento de crear una impresión de que se cuenta con el apoyo popular. Esto ayuda a reforzar la transferencia ideológicamente, al través de la aparente deferencia que se muestra a los conceptos democráticos de "soberanía del pueblo", de "consenso de los gobernados", de "acuerdo con la mayoría".

Los países escandinavos, Suiza, los Estados Unidos de América, los miembros de la Comunidad Británica de Naciones, han desarrollado formas manejables y eficientes de transferencia democrática y pacífica del poder, al través de las técnicas electorales. Estas técnicas se encuentran bien desarrolladas y, aunque complejas y difíciles, trabajan eficientemente y han proporcionado un mecanismo eficaz de cambio social continuo. El dinamismo de un cambio social altamente acelerado, tan característico de las sociedades occidentales, se ha canalizado en este mecanismo de transferencia del poder.

Contra lo que sucede en el caso de Rusia, el estudio y la teoría de las transferencias violentas no ha atraído mucho la atención de los teóricos británicos y estadounidenses o de los filósofos políticos, porque la comprensión y el perfeccionamiento del proceso pacífico y democrático ha sido y es de primerísima importancia y de significación práctica. Ha contribuido a un patrón de comportamiento político, favorable a ciertas personalidades adecuadas para la transferencia política del poder. Un alto grado de habilidad, de capacidad para negociar, para llegar a una transacción, y un

disgusto definido frente a los métodos violentos es lo que se requiere en esos casos.

*Transferencia violenta.*—El proceso que consiste en apoderarse violentamente del poder requiere habilidades específicas que difieren, por supuesto, de las que se encuentran implícitas en una transferencia pacífica. En 1952, Batista se apoderó de la República de Cuba en su totalidad —cinco millones de individuos—, valiéndose de una junta de unos 15 ó 20 hombres. “Lo hice con capitanes y subtenientes”, dice modestamente. Llegó a Campo Columbia el 10 de marzo de 1952 a las 2.43 a. m. Una hora diecisiete minutos después tenía el control de todos los puestos militares de Cuba.<sup>2</sup> Batista debe haber tenido el “conocimiento del cómo” apoderarse del poder. Lo había hecho una vez, anteriormente, en 1933. Después de todo, se tiene que saber cómo hacerlo, y Batista tenía ciertamente sus habilidades y sus trucos.<sup>3</sup>

Cómo se transfiere el poder por medios violentos; cómo es capturado el poder es lo que constituye el tópico principal de nuestro libro, y en este punto sería apropiado enfocar nuestra discusión hacia el análisis de la captura violenta del poder y de su consolidación.

En ciertas culturas políticas —como, por ejemplo, en determinadas áreas de Latinoamérica—, la captura violenta del poder se acepta y se prevé como patrón de transferencia. Durante una vida, e incluso durante un solo año, los cambios violentos en el control político no constituyen una rareza. Similarmente, en ciertas ideologías y movimientos políticos, una transferencia violenta del poder se considera como deseable, y, una vez que

<sup>2</sup> *New York Times*, marzo 11 de 1952.

<sup>3</sup> Batista fue un héroe de la revolución de 1933. Antiguo escribiente público, se volvió a alistar en el ejército con el rango de sargento en un puesto de escribiente de tribunal. Vio los juicios de varios revolucionarios que fracasaron, desde muy cerca. Hombre quieto, con buen sentido de observación, Batista aprendió en el tribunal, al través de las declaraciones de los testigos, el cómo y el porqué del fracaso de las revoluciones en contra de Machado. Quizás haya sido durante este período en el que cuajaron sus ideas y sus planes. El tribunal era su laboratorio, pero, además de esto, poseía conocimientos militares y era un buen orador. Su operación fue muy sencilla. Los sargentos, persuadidos por el Sargento Batista, arrestaron a los oficiales en Campo Columbia. La noticia se esparció rápidamente a otros puestos militares y pronto quedó instalado un nuevo presidente con la ayuda de Batista. Supongo que los sargentos habrán sido ascendidos a oficiales. Para más detalles, véase: “Batista: Gobernante de Cuba”, *Review of Reviews*, 91: pp. 48-51; junio de 1935. “Cuba Libre”, *Atlantic Monthly*, 152: pp. 416-21; octubre de 1953. “Downfall of Machado”, *Current History*, 39: pp. 14-21; octubre de 1933.

triunfa, recibe la aprobación de quienes participan de tales ideologías y movimientos.

Bolivia tuvo 178 cambios revolucionarios o violentos de gobierno durante el período comprendido entre su independencia en 1825 y el año de 1952. Eran, por regla general, revoluciones desde arriba o revoluciones palaciegas. A pesar de toda esa violencia, Bolivia no tuvo sino hasta 1952 una verdadera revolución social capaz de cambiar la estructura social y las condiciones generales sociales, económicas y políticas del país. Antes de la revolución de 1952, un ingreso anual de un potentado del estaño en el país era superior al ingreso total que recibiría durante varios años el gobierno nacional. El término revolución tiene varios significados. Ha sido usado por los revolucionarios para identificar una transferencia violenta del poder. En este sentido limitado, revolución significa un cambio en la distribución del poder político. En un sentido amplio, sin embargo, una revolución se identifica con cambios fundamentales sociales, económicos y políticos que pueden lograrse por medios pacíficos. Los países latinoamericanos han tenido muchos partidos revolucionarios, pero pocos de entre ellos han tenido una verdadera revolución social en su sentido más amplio. Los americanos de los Estados Unidos de América no ven con agrado los partidos revolucionarios, pero están orgullosos de *la* Revolución.

En ocasiones, la captura o transferencia violenta del poder es la única vía de cambio, la única forma que se presenta como posible en la lucha contra la tiranía. Tal ocurre en el caso de la lucha en contra de gobiernos totalitarios o autocráticos en la cual no hay alternativa de cambio pacífico. La guerra era el único medio efectivo en contra de los conquistadores nazis que estaban consolidando su poder mediante el exterminio y el esclavizamiento de las naciones. La autocracia zarista tampoco dejó abiertas vías para un cambio pacífico intentado por sus oponentes. Las condiciones sociales y políticas obligaron a que la jefatura y los movimientos se orientaran por el rumbo de la revolución y de la violencia.

El que la tiranía puede no dejar abierta hacia la libertad sino la puerta de la revolución fue algo de lo que se percató y a lo que le encontró justificación Thomas Jefferson, con quien coincidieron los representantes de los 13 estados originales de los actuales Estados Unidos de América, quienes votaron unánimemente la Declaración de Independencia de julio 4 de 1776, calzándola con sus firmas. En ella se asienta:

“Que siempre que cualquier forma de gobierno se vuelva destructora de estos fines, es un derecho del pueblo el alterarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno.”

De este modo, se estableció la legitimidad de una revolución democrática en contra de la tiranía. Pero la aprobación se otorgó sólo a la revolución que se produce en una situación única de tiranía, cuando las leyes del pueblo son violadas y la voluntad popular ya no puede expresarse por el conducto de la política; cuando un gobierno se vuelve destructor de todas las finalidades igualitarias, de los derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Este concepto no forma parte del patrón usual de comportamiento político; es una medida de seguridad para el caso de una catástrofe política.

Lafayette ¿no tomó en préstamo esta idea de sus amigos estadounidenses? El 20 de febrero de 1790, Lafayette proclamó en la Asamblea Nacional que "cuando la opresión hace necesaria una revolución, la insurrección es el más sagrado de los deberes". La idea, sin embargo, se encontraba implícita en el *Contrato social* de Rousseau (publicado en 1762) y es probable el que se haya discutido y formulado con anterioridad. El derecho a la revolución es una idea que creció en esos tiempos revolucionarios, y fue compartida por muchos.

No sólo la opresión real pudo hacer necesaria la revolución, sino que también pudo hacerla indispensable la tiranía de la revolución misma, según ocurrió en el caso del régimen jacobino. El régimen, sin embargo, terminó bajo el imperio de las leyes de su tiempo por decisión de la Convención Nacional del 9 y 10 de Termidor de 1794, que determinó la caída de Robespierre.

En otros casos, la desintegración del Estado, los crecientes antagonismos de clase, la gran desigualdad en la distribución económica, los sistemas económicos opresivos, han producido condiciones en las cuales una transferencia violenta del poder tenía que aparecer como un atajo hacia el cambio.

En este punto volveremos nuestra atención hacia las técnicas y formas de captura y consolidación violenta del poder.

*Tipos de transferencia violenta del poder.*—Las revoluciones, las rebeliones, los golpes de Estado, los conflictos, marcan la historia de nuestra civilización. La repetición misma de estos acontecimientos indica que su aparición está presidida por causas que tienen un alto grado de semejanza y que son inducidas por ciertas condiciones. Por supuesto, existen diferencias —y diferencias significativas—, pero las semejanzas de estos acontecimientos y sistemas repetitivos de acciones sociales son notables. Forman el meollo de un estudio sociológico de captura del poder.

Podemos distinguir cuatro tipos principales de transferencia del poder:

1. Revolución desde abajo (revolución desde la sima).
2. Revolución desde arriba (llamada también revolución desde la cima, captura del poder o golpe de estado).
3. Captura combinada (una combinación de ambas —de la revolución desde abajo y de la revolución desde arriba).
4. Revolución palaciega.

*Revolución desde la cima.*—La historia ofrece sólo unas cuantas técnicas de captura del poder —de hecho sólo dos o una combinación de estas dos—, una desde abajo, al través de las masas, y otra desde arriba, por un grupo de hombres armados que se apoderan del poder en el pináculo. Los conceptos de revolución desde la cima y de revolución desde la sima, son conocidos ya en el primer cuarto del siglo pasado para los teóricos del movimiento revolucionario ruso, conocido más tarde como el de los “decembristas”. Llamaban a la revolución desde abajo el “tipo francés de revolución” y a la revolución desde arriba el “tipo español”. En el primero tienen que ver las masas populares, como ocurre en la propia Revolución francesa o en la de febrero de 1917 de los rusos. La revolución desde arriba o captura del poder se realiza ordinariamente por un grupo pequeño y bien organizado (dentro del patrón hispánico y latinoamericano, por un grupo militar) de los centros estratégicos del poder y de la decisión. El primer movimiento táctico es casi siempre, por regla general, la captura de los medios de violencia, de los establecimientos militares o de policía. Una vez que una fuerza militar o policíaca suficiente es controlada por los grupos revolucionarios, otros instrumentos de poder —intercambios telefónicos, oficinas postales, redes radiales y ferrocarriles— también son capturados. La burocracia, en su totalidad, en cuanto por entrenamiento, es pasiva y sumisa y constituye una masa acostumbrada a obedecer órdenes, cae más o menos pronto bajo control. El principio muy simple de “Ud. no puede hablarle a un fusil” actúa eficientemente. Los medios de violencia son puntos clave de la captura.

La captura de Cuba por el coronel Batista en 1952 comenzó por la captura de barracas militares en La Habana y, en menos de dos horas, la totalidad de los establecimientos militares había sido ganada. Las guardias provinciales fueron tomadas por llamadas telefónicas de larga distancia. Simultáneamente se produjo el ataque en contra del palacio presidencial.

En varias naciones en que se produce la captura del poder desde la cima, las condiciones sociales y económicas pueden ser, por supuesto, diferentes. Sin embargo, el patrón de las acciones —la estrategia del golpe— tiene una asombrosa semejanza en todas las longitudes y latitudes. Las técnicas de la captura del poder desde la cima en Egipto fue notablemente similar a la aplicación de este patrón de acción en Latinoamérica. El control de los medios de violencia —de las armas— constituyó la clave del mismo. La captura del poder en Egipto por los jefes militares —Nasser y Naguib— en 1952, puede servir como ejemplo de ello.

Los rumores de una acción militar próxima provocaron la re-programación del golpe que se transfirió del 24 al 23 de julio de 1954.<sup>4</sup> A las 11 p. m. del 22 de julio, el sistema egipcio de radiodifusión fue capturado por la Junta.<sup>5</sup> Al mismo tiempo, el ejército comenzó a patrullar las calles de El Cairo.<sup>6</sup> Tres o cuatro horas más tarde, entre 2 y 3 a. m. del 23 de julio, 3,000 soldados y 500 oficiales, con tanques y fusiles, convergían en el suburbio de Heliópolis en El Cairo y marchaban hacia el cuartel general de la División General del puente Kowbeh.<sup>7</sup>

El plan no era complejo; se trataba tan sólo de capturar puntos estratégicos clave dentro del establecimiento militar; después, en reemplazar a oficiales de alto rango cuyas simpatías fuesen dudosas con un personal cuidadosamente seleccionado. El Cairo fue dividido en cuatro sectores. Un grupo de oficiales y de dos reclutas fue asignado a cada una de las secciones. Cada uno de estos grupos contaba con un jeep y con un carro cerrado para trabajo pesado para encargarse de arrestar a todos los oficiales de su sector. Pequeñas bandas de hombres elegidos rodeaban las barracas militares con objeto de evitar que los oficiales leales pudiesen ponerse en contacto con las tropas alojadas en esas barracas. Las tropas estaban, entonces, en manos de los oficiales revolucionarios (que se denominaban a sí mismos "oficiales libres") y ni siquiera se percataron de que estaban participando en el golpe de Estado. Los soldados únicamente obedecieron órdenes, y eso fue todo. Los instrumentos del poder —el sistema egipcio de radiodifusión, la red telefónica, la terminal ferrocarrilera de El Cairo y el cuartel general del ejército egipcio— fueron capturados por la infante-

<sup>4</sup> Mohammed Naguib, "A King is Deposed", Ed. D. D. Duncan, *Life*, vol. 33, agosto 25, 1952, pág. 108.

<sup>5</sup> "Coup d'Etat in Egypt: Cairo with the Army in Control". *Illus. London*, vol. 221. Agosto 2, 1952, pp. 166-7.

<sup>6</sup> "Gen. Naguib Mohammed's Coup d'Etat", *London Times*, julio 24 de 1952.

<sup>7</sup> "Egyptian Cabinet Formed of Independents", *London Time*, julio 25 de 1952.

ría, ayudada por carros armados. Los tanques dominaban los puntos estratégicos de la ciudad. Los aeropuertos de El Cairo fueron sitiados por la infantería y los carros armados. *El Times* de Londres informaba el 25 de julio de 1952:

“Los cabecillas del movimiento se instalaron en la Sede del Cuartel General y enviaron tropas a rodear los establecimientos de otras fuerzas. Otras tropas fueron apostadas en centros principales de El Cairo y en el edificio de teléfonos, el Banco Nacional y las oficinas de gobierno. El nuevo mandó estableció contacto con oficiales de las embajadas británica y estadounidense en El Cairo. El Encargado de Negocios Británico y el Embajador estadounidense estaban ahí, y fueron informados de que el movimiento era un asunto puramente interno, y que el Ejército Egipcio no toleraría ninguna intervención extranjera.”

A las 7 a. m. del 23 de julio, el plan se había realizado con éxito. A las 7.15, una transmisión radial informaba al pueblo de Egipto de lo que había ocurrido, señalando la corrupción, venalidad e inestabilidad del gobierno como razones para la revuelta.<sup>8</sup> Esa misma tarde, a las 4 p. m., o sea a las veinticuatro horas de haber tomado posesión Hilay Pasha fue removido y Aly Maher colocado como primer ministro.<sup>9</sup>

El 26 de julio de 1952 se realizó el último movimiento, que cierra el ciclo del golpe, realizado con la abdicación y la expulsión del Rey Faruk, quien dejó Egipto ese mismo día a las 6 p. m.

Las acciones militares costaron dos muertos y seis heridos. Sin embargo, más tarde se informó que el número de muertos entre el 23 de julio y el 26 del mismo mes ascendieron a 20.

Los actos mismos de captura del poder requirieron unas cinco horas (de las 2 a las 7 a. m.). Pero si contamos las horas transcurridas desde el primer acto —captura de la radio egipcia— entonces podemos decir que el golpe requirió ocho horas. De este modo, se necesitaron de cinco a ocho horas y unos 3,500 soldados y oficiales para apoderarse de un reino de 18 millones. El golpe principal se orientó hacia la captura de los instrumentos y ulteriormente de los símbolos de poder. Probablemente sólo unos pocos centenares de oficiales se hayan percatado del verdadero propósito de la acción político militar.

El golpe de noviembre de 1948, en Venezuela, requirió sólo treinta minutos durante los cuales el ejército rebelde, jefaturado por Pérez Jiménez,

<sup>8</sup> “Perfect Performance”, *Time Magazine*, vol. 60, agosto 4, 1952, pp. 25-6.

<sup>9</sup> “Egyptian General Takes over in Coup; Picks New Premier”, *New York Times*, julio 24, 1952.

nez y por otros oficiales se apoderó de todos los edificios importantes de la capital y de la intersección de la misma (*Times*, diciembre 6 de 1942). La captura de capital por la junta mató la república democrática. Las provincias se rindieron fácilmente. De este modo, se necesitó de media hora en Venezuela, de poco más de una hora en Cuba (77 minutos) y de cinco a ocho horas en Egipto, para capturar un Estado de muchos millones de habitantes, moderno o semi-moderno.

En algunas repúblicas latinoamericanas, este tipo de transmisión del poder es tan frecuente que se han desarrollado especiales pesos y contrapesos frente a él. En los Estados Unidos de América, una ideología legal prevé el equilibrio de poder y el sistema de contención. Una demostración abierta, o el uso de la fuerza física orientadas a equilibrar el poder de una rama del gobierno, no son necesarias ni posibles. Incluso es difícil de imaginar. El poder se equilibra mediante una maquinaria legal, que opera con éxito, gracias al patrón democrático institucional de comportamiento de los gobernantes y de los gobernados. En muchas de las repúblicas latinoamericanas, los militares juegan a menudo una partida política, y el ejército es el instrumento de cambio. El ejército es también el foco a partir del cual se desencadena el golpe contra el gobierno, y desde el cual se logra la captura del poder. Los presidentes pueden elevarse o caer en las elecciones nacionales, pero el núcleo del ejército permanece estable, y los jefes del ejército a menudo se muestran reticentes en cuanto a dar pleno reconocimiento a las autoridades civiles. De ahí que haya necesidad de ganarse a las fuerzas militares o de crear un elemento del control de las armas: por la policía o por los ejércitos privados, o bien por ciertos sectores del ejército (por ejemplo, el equilibrio de la marina mediante una fuerza aérea leal al gobierno). En 1954, el Presidente de Guatemala, cediendo a presiones comunistas, hizo un esfuerzo fallido para equilibrar el ejército mediante un ejército privado, la milicia campesina.

Un esfuerzo más burdo consiste en intentar ganarse el ejército. Esto puede lograrse ponderando el prestigio del ejército, otorgándole privilegios crecientes y remuneraciones mayores. Hay otras alternativas, como la de invocar la influencia de un gobierno poderoso que mantenga vínculos de amistad. Tales tipos de equilibrio del poder se desarrollan en países en los que es la violencia más que los procedimientos legales y democráticos la que gobierna el modo de cambiar el poder.

La infiltración es ordinariamente el estadio que precede a la captura efectiva del poder. Los elementos estratégicos del poder sufren una infiltración por los miembros de la junta. En Latinoamérica esto ocurre ordi-

nariamente dentro de los establecimientos militares. Durante la segunda guerra mundial y después de ella, los partidos comunistas de Europa central y oriental siguieron tácticas definidas. Primero, con el apoyo de la diplomacia y del ejército soviéticos, llegaron a controlar el ejército y la policía de Polonia, Checoslovaquia y otros países. El paso siguiente consistió en la infiltración en todo el aparato de la policía, del radio, de la prensa y del ejército. En forma semejante, se capturó la jefatura de los sindicatos. Una vez que controlaron lo más elevado de los puestos de mando, los comunistas colocaron a sus agentes o a sus miembros en posiciones clave en los escalones inferiores y en los centros provinciales. Ésta fue una de las técnicas de infiltración. Después de este estadio, en un momento apropiado en el que las condiciones sociales y políticas resultaban ventajosas (los tiempos y los ritmos son de la mayor importancia), el golpe se dirigía a la captura total, con una manipulación simultánea de las fuerzas sociales. La captura de centros físicos y simbólicos del aparato gubernativo constituía el paso siguiente. Después de 1945, los golpes comunistas se hicieron artificialmente "capturas combinadas". Claro está que, con frecuencia, es muy difícil trazar una línea precisa entre los diferentes tipos.

Los siguientes estadios pueden distinguirse en la captura del poder desde la cima: 1, formación de una junta; 2, extensión de un control inicial secreto sobre ciertos centros, como el alto mando del ejército o de la policía; 3, infiltración ulterior en la armada o en la policía y en otros instrumentos estratégicos del poder, como los sistemas de comunicación para las masas, el sistema hidráulico y las estaciones de energía eléctrica; 4, golpe decisivo y captura de instrumentos y símbolos de poder y de gobierno del tipo de edificios de los diferentes ministerios, del parlamento y de otros; 5, captura y control del aparato burocrático; 6, consolidación del poder; 7, eliminación de los opositores.

Por supuesto, el anterior es un patrón muy burdo que presenta muchas variantes. Básicamente, el patrón consiste en una serie de acciones, o sea, en un sistema de estrategia y de táctica. La táctica está constituida por acciones aisladas que se dirigen al logro de un objetivo de largo alcance (objetivo estratégico): la aniquilación del gobierno que se encuentra en el poder y la captura del Estado.

*Temor y Revolución desde la Cima: el 18 Brumario.*—El temor es un azote psicológico que obliga a las masas a someterse. El temor es engendrado por una imagen de peligro. El peligro puede ser real, aun cuando en la mayoría de las veces no lo sea. El reinado terrorista de Robespierre

se hizo mediante el temor. Los ciudadanos estaban poseídos pánicamente del temor a la guillotina y los jacobinos fustigaron al pueblo con un reinado de terror, presentándole el aspecto continuo de peligro: "¡La Patria está en peligro; la República se encuentra en peligro!" El peligro representa el temor. El peligro justifica la violencia, y la violencia engendra a su vez el temor, el cual, por su parte, da como resultado la violencia y la agresión.

El ser humano normal, medio, es incapaz de soportar el temor por mucho tiempo. Bajo la opresión del temor, un individuo busca una escapatoria. Muchos escaparon del terror en tiempo de Hitler recurriendo al suicidio. Al estallar la Revolución de febrero de 1917, un ministro zarista se presentó en el cuartel general de los revolucionarios y les pidió que lo arrestaran. Prefirió la prisión al temor —ésta fue su escapatoria del temor. Sin embargo, con mayor frecuencia, el temor conduce a la sumisión y a la identificación con el poder. En otras palabras, el temor puede conducir, ya sea a la participación en el poder, o al sometimiento con respecto a él.

El temor y el ejército fueron los dos grandes aliados de Napoleón Bonaparte cuando se apoderó del poder en su memorable golpe de estado del 18 Brumario. El 18 Brumario de Napoleón Bonaparte fue una revolución desde arriba. La estrategia fue simple. Los dos cuerpos legislativos —los Consejos— desempeñaban en el período del Directorio un papel de grandísima importancia. Los Consejos eran dos —el de los Ancianos y el de los Quinientos—. El plan consistía en apoderarse de los Consejos y en obligarlos a reconocer un Consulado, con Napoleón Bonaparte como gobernante virtual o en dispersar a los Consejos. De este modo, el plan consistió en apoderarse de puntos estratégicos de París y entretanto trasladar a los Consejos a un suburbio y ahí dispersarlos u obligarlos a someterse en cuanto los legisladores resultaban indefensos, desenraizados de la base revolucionaria constituida por el pueblo de París. Con ayuda de sus dos aliados: el ejército y el temor, y, sobre todo, con ayuda de su hermano, Bonaparte triunfó hábilmente en su revolución desde la cima.

Inmediatamente después de su regreso triunfante de Egipto, Bonaparte comenzó a hacer los planes para su golpe. Después de un terror prolongado o después de una larga revolución, llega un período de fatiga, y el clima político general conduce a la sumisión. Napoleón, con su gloria, era el hombre de la hora. Estableció vínculos estrechos con Sieyès y, por supuesto, con su hermano Luciano (los corsos tienen fuertes sentimientos y lealtades familiares). Luciano y Sieyès ocupaban posiciones estratégicas decisivas en ambos Consejos. Luciano presidía el de los Quinientos. Se

llegó a un acuerdo entre ellos, de acuerdo con el cual, tras la captura del poder, Sieyès, Ducos y Napoleón Bonaparte compartirían el poder como Cónsules.

Por aquel tiempo se hablaba —o, por mejor decir, había rumores— de que los jacobinos, rama radical de la revolución, se encontraban nuevamente en actividad, y de que conspiraban y hacían planes. Ésa era una gran oportunidad para hacer que naciera el temor. Ante los Consejos podía presentarse un peligro imaginario: los jacobinos. El peligro produciría temor y justificaría el empleo de métodos enérgicos. El temor daría como resultado la búsqueda de un padre y de un defensor y, consiguientemente, produciría la sumisión.

Los conspiradores anunciaron que los jacobinos planeaban un ataque en contra de los Consejos. Se manejó convenientemente el peligro imaginario y se produjo el temor. No todos los miembros de los Consejos, pero sí muchos de ellos, fueron presa de un sentimiento de inseguridad y temor. ¿A quién confiar la defensa de los símbolos de la República? Por supuesto al glorioso vencedor de Aboukir y de las Pirámides, al gran soldado, Bonaparte. Bonaparte inmediatamente se apoderó de los puntos estratégicos de París. Sus fieles y devotos regimientos, que habían servido bajo sus órdenes en Italia recibieron la misión de esta importante tarea preparatoria. Pero París aún constituía el corazón de la revolución. Apoderarse del poder en París era una perspectiva riesgosa: el pueblo de París podía levantarse; los soldados, bajo el impacto de los jefes democráticos y republicanos, podrían dudar en cuanto a apoderarse de los Consejos, símbolo supremo de "Libertad, Igualdad y Fraternidad". Las masas aún estaban vivas y dispuestas a responder al grito de batalla que reclamaba: "¡Muerte a los Tiranos!"

De ahí que el gran defensor de la República, Bonaparte, así como sus socios, sugirieran el que los Consejos se trasladaran a St. Cloud. En ese suburbio, distante por aquel entonces de París, estarían seguros frente a cualquier ataque jacobino. Los Consejos decretaron el traslado. De este modo, Bonaparte apareció ante el venerable Consejo de los Ancianos diciendo: "Ciudadanos, representantes, la república estaba a punto de perecer. Vuestro decreto la ha salvado. Ayudado por todos mis compañeros de armas aquí reunidos en torno mío, encontraré los medios de evitar los esfuerzos de sus enemigos... Nada en la historia hay que se asemeje al siglo XVIII, y nada en este siglo hay que se parezca a su terminación. Tendremos la república. La tendremos fundada sobre una genuina libertad, La tendremos, lo juro, en mi nombre y en nombre de mis compañeros de

armas.”<sup>10</sup> Fue un discurso conmovedor que apaciguó a los diputados, en tanto Napoleón se alistaba ya para apoderarse del poder. Los Consejos fueron trasladados a St. Cloud y fueron protegidos excelentemente, sin duda alguna por sus devotos dragones y granaderos.

En St. Cloud, los Consejos continuaron sus debates. Incluso se sugirió el que se creara una comisión encargada de estudiar el peligro jacobino y la manera de evitarlo. Pronto, sin embargo, se presentó el verdadero peligro, la verdad desnuda. El temor de los diputados se convirtió en valor y heroísmo, pero ya era demasiado tarde. Sin armas y sin apoyo, rodeados por soldados que penetraron a las salas del Consejo, estaban a merced de Napoleón. Entonces principió de nuevo la oratoria, y se oyeron gritos de “¡Abajo el tirano, proscribidle!” “¡Abajo el dictador!” “¡Constitución o Muerte!”

“¡El Consejo de los Quinientos ha sido disuelto!”, proclamó Luciano, presidente del Consejo y traidor al mismo. “Granaderos, ¡adelante!”, gritaban los oficiales.

Los granaderos entraron y dispersaron a los diputados. Esto constituyó la muerte de la Primera República. Bonaparte se apoderó del poder.

*La Revolución desde abajo.*—En tanto que la característica esencial de las primeras etapas de la “revolución desde arriba” consiste en la captura del control sobre los medios de ejercer violencia, o sea en apoderarse de *las armas*, en el caso de una revolución desde abajo —y por lo menos en sus primeras etapas—, es esencial contar con *las masas*. En la segunda etapa, las armas adquieren primordial importancia. La revolución desde abajo se basa en movimientos de masa, en la actuación del pueblo en contra del gobierno existente, en contra del Estado, en contra del sistema socio-político.

La gran revolución francesa, la revolución estadounidense, las revoluciones francesa, alemana y austríaca de 1848, la revolución rusa de febrero de 1917 fueron revoluciones desde abajo. Existen muchas causas de estas revoluciones, y las causas, por sí solas, merecerían no un capítulo, sino un volumen entero. Tendencias políticas, ideológicas o religiosas, ideas que hacen un llamado directo a ciertos intereses de las masas, pueden apoderarse de la imaginación de las gentes y moverlas a la acción en tiempos de presión emocional. La explotación económica y la opresión política, los cambios socio-económicos y los crecientes antagonismos de clase son

<sup>10</sup> Citado por M. A. Thiers, *History of the French Revolution* (edición inglesa), London, 1838, vol. 5, p. 424.

causas básicas, pero incluso en este caso una ideología guía por lo menos a algunos de los jefes y tiene amplia resonancia popular. Es difícil —si es que es posible— encontrar una revolución desde abajo que sea el resultado de la acción de una sola causa. No sé de ninguna revolución que carezca de una ideología. Ordinariamente, los agentes causales son múltiples, complejos y mutuamente interactuantes. En todo caso, las revoluciones desde abajo reflejan cambios profundos sociales y culturales, y muy especialmente cambios y desintegraciones de valores. La captura del poder desde arriba no es siempre el resultado de cambios igualmente profundos. Una crisis social, política o económica puede, sin embargo, proporcionar un clima favorable para una revolución desde arriba.

La transferencia del poder por captura en una república latinoamericana ordinariamente no produce sino un desplazamiento en el nivel más alto. La *élite* del ejército y la burocracia gobernante se desplazan, pero la estructura social existente queda inafectada en una buena proporción. Incluso la maquinaria gubernativa sufre cambios muy limitados. La "circulación de las élites" de Pareto se restringe en tales casos a los grupos superminoritarios: a la jefatura intelectual, política y económica. Dentro del juego comunista, el grupo super-minoritario stalinista desempeñó un papel de prominente importancia. Sin embargo, cuando en Checoslovaquia se logró la captura del poder a través de un golpe —en forma análoga a como había ocurrido en otros países satélites— la *élite* fue desplazada y la situación de clase se alteró profundamente. La revolución desde abajo, del tipo de la Revolución francesa, da como resultado cambios en la estructura social y produce una circulación de las élites; en tales casos, no sólo las "super-élites", sino las élites mismas, en general, son reemplazadas y se altera la estructura clasista.

El término *élite* se refiere a un pequeño grupo privilegiado por contraste con la mayoría carente de privilegios. En este sentido, una revolución democrática va acompañada de un cambio de la *élite* que se encuentra en el poder, la cual se transforma en una jefatura de iguales ante la ley, elegidos y sujetos a control y responsabilidad frente al electorado.

En tanto que la captura del poder es el resultado de una cuidadosa preparación y de una conspiración de un grupo organizado, una revolución desde abajo resulta de procesos sociales, económicos y políticos mucho más profundos y fundamentales. Los cambios ideológicos forman parte de estos procesos. Las grandes revoluciones de este tipo no son producidas por un plan previo concebido por un grupo de dirigentes políticos. La jefatura, sin embargo, en cuanto reconoce la tendencia, simpatiza con ella y posee

las habilidades necesarias puede, por algún tiempo, cabalgar sobre el oleaje revolucionario, como ocurrió en el caso de la revolución de 1848. Alexis de Tocqueville reconoció la prominente importancia de las fuerzas sociales, económicas y políticas en una revolución desde abajo, y, asimismo, el significado de las masas más que de la jefatura. Acerca de la revolución de 1848, escribió:

“Sería un gasto de tiempo el tratar de descubrir cuál fue el secreto que produjo acontecimientos de este tipo. La revolución que se realiza por medio de un levantamiento popular, por lo general se anhela de antemano más que se premedita. Quienes blasonan de haberlos urdido, no han hecho sino volverse hacia ellos para relatarlos. Surgen espontáneamente a partir de una enfermedad general de las mentes de los hombres, llevados bruscamente a etapas críticas por circunstancias fortuitas e invisibles. Por lo que se refiere a quienes los originan o los conducen, ellos ni originan ni conducen nada; su único mérito es análogo al de los aventureros que han descubierto la mayoría de los países desconocidos; simplemente tienen el valor de seguir caminando mientras el viento les impele.”<sup>11</sup>

De Tocqueville odiaba las masas. Es riguroso en su enjuiciamiento de la Revolución de 1848, en cuanto ve detrás de ellas la “mente enferma” del populacho, más que condiciones deplorables de vida. Asimismo, minimiza el papel de la jefatura. Pero, a pesar de todas sus disensiones, de su temor frente a las masas desenfrenadas, de su falta de simpatía por los carentes de privilegios, de sus prejuicios, continúa viendo en ella una revolución social y no el acto planeado de unos cuantos.

En el primer estado, casi es un “viento el que impele” a los jefes de la revolución desde abajo. Los jefes revolucionarios experimentados hablan en un lenguaje profesional de “la presión de las masas”. El levantamiento de Varsovia de 1944 terminó en derrota y la lucha costó tremendos sacrificios. Millares de miembros de la resistencia democrática polaca perecieron y el movimiento subterráneo se debilitó. Más tarde, en ciertos círculos de emigrados se suscitó el problema de si no hubiese sido mejor no haber iniciado ningún movimiento. Desde el punto de vista pragmático, Varsovia la hubiera pasado mejor sin su heroica defensa. Los edificios, las bibliotecas, los museos no hubiesen sido destruidos o dañados y, sobre todo, las pérdidas humanas hubiesen sido mucho menores, incluso en el caso de que se hubiese producido un nuevo frenesí nazi. En entrevistas personales, los jefes del levantamiento de Varsovia indicaron necesidades políticas y es-

<sup>11</sup> *Recollections of Alexis de Tocqueville*, London, 1948, p. 36.

tratégicas, pero subrayan una y otra vez: "Tuvimos que iniciar el levantamiento; la presión desde abajo era demasiado fuerte. La gente lo hubiese iniciado por sí misma. Había esperado cinco años ese momento. No se puede iniciar un levantamiento sin la voluntad y el entusiasmo de abajo." La presión era tan fuerte, que los jefes se vieron obligados a acatar la voluntad del pueblo. Un soldado subterráneo es distinto de uno que forma parte de un ejército regular. Las órdenes no pueden hacerse cumplir si no se cuenta con su voluntad, con su cooperación activa.

Al principio, la revolución es desencadenada por las masas. Después de una victoria, sin embargo, en los mismos estadios iniciales de institucionalización de la Revolución y de consolidación del poder, la jefatura desempeña un papel fundamental. La selección de los jefes se decide en vista de las principales corrientes de la revolución, de sus razones y finalidades esenciales. El dominio y las capacidades necesarias para guiar esta corriente, pueden canalizar a la revolución hacia otros fines predeterminados. En veces, sin embargo, la corriente se convierte en un torrente que desborda sus cauces y que barre con las masas y con la jefatura que encuentra a su paso.

La dialéctica de un proceso revolucionario tiende a incrementar las diferencias sociales y políticas dentro del grupo insurgente, y a llevar la pugna a la élite revolucionaria. En este estadio, la jefatura puede alejarse de los *tribunos* del pueblo que influyen en el ánimo de las masas, para acercarse a los *manipuladores* que son quienes manejan los hilos y mueven las palancas de la máquina compulsiva. El poder se desplazó de Dantón a Roberpierre; del hombre del pueblo a quien se encargaba de manejar la guillotina; de Kerensky a Lenin, del hombre del parlamento al amo del partido, organizador de la máquina terrorística. El manipulador sabe como manejar el "aparato"; designa a "sus hombres" para puestos clave; lanza a un grupo contra otro; es usualmente rudo, incapaz de moderación, y tiene, por lo general un avasallante deseo de poder.

Pero no es esta la única lógica de la revolución. La revolución de las colonias inglesas en América conservó a sus jefes durante el período de consolidación, y el desplazamiento se produjo de los jefes militares y de los filósofos políticos a los legisladores y administradores. Casos similares pueden encontrarse en las historias de las otras revoluciones.

Debemos dedicar ahora unas cuantas frases a algunas variantes de la revolución desde abajo. Una *rebelión* es un movimiento espontáneo, un estallido popular, carente de una ideología y de una organización elaboradas y, por lo tanto, tiene por lo general una vida corta. De este tipo

fueron las rebeliones de esclavos en América, y los levantamientos del campesinos de la Rusia zarista. La *revolución "no violenta"* de Gandhi fue posible solo gracias al apoyo de las masas. En este sentido, fue una variante de revolución desde abajo, una revolución que tuvo una ideología elaborada y una organización eficiente. Pero, la táctica de Gandhi condujo al uso de la fuerza. La fuerza de la táctica de Gandhi radicaba en su técnica. La fuerza policiaca británica estaba educada para enfrentarse a la violencia. La violencia, dentro del sistema valorativo británico era un acto ilegal. Pero ¿cómo combatir la no-violencia? Ni la policía ni los administradores británicos pensaron en términos de luchar en contra de un comportamiento *pasivo*, ni éste violaba los valores británicos básicos. O, más simplemente, dichos valores no sabían enfrentarse a ella. Sabían cómo combatir la fuerza con la fuerza, pero ni estaban entrenados ni tenían la preparación psicológica adecuada para luchar en contra de una resistencia pasiva. Este tipo de técnica podía tener éxito solamente en relación con un grupo cultural específico. Es difícil que hubiese funcionado con éxito frente a los nazis.

La *guerra civil* es una variante de revolución desde abajo, o una captura combinada del poder. En una guerra civil, un ejército que representa un segmento disidente importante del pueblo choca contra otro ejército leal al gobierno en el poder. Tal fue el caso de la Guerra Civil de los actuales Estados Unidos de América. Una *insurrección* es semejante. En este caso, el ejército regular o subterráneo —un ejército que se basa en una lealtad y una disciplina libremente aceptadas— apoyado por el pueblo, se rebela usualmente en contra de un régimen extranjero, según ocurrió en el caso de las insurrecciones polacas.

*Captura combinada.*—El tercer tipo de transmisión violenta del poder es una "captura combinada" o sea, una revolución desde arriba combinada con una revolución limitada desde abajo, o una captura del poder desde arriba, dentro de esta última revolución desde abajo. La captura bolchevique del poder en octubre de 1917 tuvo ese carácter. Al apoderarse del poder en San Petersburgo ciertos grupos armados, los bolcheviques tuvieron algún apoyo en las calles de la ciudad, pero eran, sin embargo, una minoría dentro de la nación, y poseían asimismo sólo una minoría dentro de la Asamblea Constituyente. Técnicas semejantes son las que se han utilizado para lograr diferentes finalidades ideológicas. La captura del poder por Perón fue un apoderamiento de tipo combinado. Controlaba las fuerzas policiacas y tenía gentes que le apoyaban en el ejército. Se ganó asimismo

la lealtad de muchos trabajadores y sindicatos de Argentina y con estos elementos se apoderó del poder.

Joseph Pilsudski en Polonia estaba respaldado por una parte considerable del ejército al dar el golpe de 1926. El golpe se dio en nombre de las reformas ideológicas democráticas y socialmente progresistas. Por esta razón atrajo a los laboristas demócratas, a porciones del partido socialista polaco, a los sindicatos, obteniendo asimismo el apoyo crucial de las uniones ferrocarrileras. La revolución se ganó asimismo una parte apreciable del ejército, y, muy especialmente, a los oficiales liberales. Con estas tropas, avanzó hacia la capital en tanto que los trabajadores ferrocarrileros entraban en huelga. La huelga de los ferrocarrileros paralizó a las fuerzas del gobierno. Las tropas de Poznam, en la porción occidental de Polonia, leales al gobierno, quedaron detenidas camino de Varsovia. Entretanto, los soldados de Pilsudski capturaron el puente sobre el Vístula, corazón estratégico de la capital con lo cual se aseguraba un acceso al Belvedere, símbolo de la presidencia. Una acción en contra de la cima se combinaba con el apoyo de los trabajadores organizados y con una parálisis en los transportes. El presidente de la República dimitió, y, con ello, terminó la Guerra Civil.

Las formas de captura nazi y fascista del poder, tienen un interés especial. Ambas, en un cierto sentido, pertenecen al tipo de "capturas combinadas". Ambas desarrollaron medios de violencia particulares: la milicia fascista en Italia, las tropas de asalto en Alemania. Estos movimientos tuvieron apoyo de masas desde abajo, y su jefatura combinaba técnicas de manipulación de masas y de captura del poder desde arriba. El golpe fascista, sin embargo, fue mucho más una operación desde la cima, que un movimiento espontáneo de masas. Fue el rey de Italia el que le pasó el poder a Mussolini. En Alemania, fue Hindenburg, presidente del Reich quien le entregó el gobierno a Hitler en cuanto los partidos de derecha otorgaron una mayoría parlamentaria al gobierno de coalición de Hitler. Desde abajo, los nazis aterrorizaban a la oposición, manipulaban a las masas, desplegaban fuerza y violencia, mandaban en las calles por medio del temor y de las cahiporras. Desde arriba (dentro del parlamento y de otros cuerpos legislativos) paralizaban la operación de las ramas legislativa y ejecutiva del gobierno. La transferencia del poder fue formalmente legal, como en el caso de la transferencia del poder en el caso de Mussolini; sin embargo, se utilizaron técnicas de fuerza y violencia. Mussolini y su "cuasi-marcha" sobre Roma, tuvo algo de un "cuasi-golpe" aun cuando haya sido el rey quien le transmitió el poder en un acto formal.

¿Fue ésta una captura combinada? Por lo menos, fue una variante de ella. Las tácticas de desorganización política, los movimientos desde abajo se combinaron con un apoderamiento desde arriba, aun cuando este último pueda describirse como una aprehensión de poder realizada mediante el recurso a un mecanismo legal.

En la mayor parte de los casos, los constructores de una captura combinada carecen de un verdadero apoyo por parte de las masas, característico de las grandes revoluciones, en cuanto son, más bien, manipuladores de masas. El patrón es más complejo; requiere de diferentes habilidades, y carece de la claridad o de la simplicidad de diseño de los otros dos patrones principales. Más aún, tiene una lógica propia.

Las condiciones favorables a una captura combinada destinada a tener éxito reflejan a menudo una profunda inquietud social; un estado avanzado de desorganización y de crisis. Una vez que el poder es capturado, los cambios sociales se identifican y quienes se encuentran en ese momento en la silla, favorecen aquellos cambios que se orientan en la dirección por ellos deseada.

*La revolución palaciega.*—La revolución palaciega se produce dentro de la super-élite gobernante y a menudo se asocia con la violencia. La estructura política y social del país puede quedar inafectada de momento, aun cuando puede cambiar con posterioridad. El baño de sangre hitleriano de junio de 1934 fue una revolución palaciega. Hitler ordenó el asesinato de Gregor Strasser y de Ernst Roehm así como de un cierto número de miembros del frente Strasser-Roehm. Dentro de la élite nazi, Strasser y Roehm jefaturaban el Frente Negro, un grupo de oposición. La estructura política y social no fue afectada fundamentalmente por la purga. La élite, e incluso la super-élite no cambió, como en el caso de las revoluciones latinoamericanas realizadas desde arriba. La caída de Mussolini ofrece otro ejemplo de revolución palaciega. En 1943, Italia pasaba por una etapa crítica. La inquietud se extendía entre la clase trabajadora de las fábricas en tanto que la insatisfacción comenzaba a hacer su aparición en el ejército. La Italia fascista estaba perdiendo la guerra. Había sido Mussolini quien había conducido a los fascistas y quien había sido instrumento para el acceso de Italia al Eje; ahora era responsable de la catástrofe. Mussolini seguía controlando la milicia fascista y el partido. La conspiración en su contra surgió en aquellos puntos inalcanzables para los ojos y oídos del dictador: en el palacio real. Entre los iniciadores, se encontraba el Rey, Victor Manuel, y los comandantes del ejército. El Rey y los generales

controlaban ampliamente al ejército y a porciones de la policía. Mussolini controlaba al partido y a la milicia fascista.

La oposición se desarrolló dentro de la jefatura de los *fascisti*. Entre febrero y julio de 1943, se hicieron planes para arrestar a Mussolini. Varios días antes del golpe, el Rey convocó secretamente al mariscal Pietro Badoglio y le ofreció la jefatura política de Italia.

Entretanto, se reunía el Gran Consejo de los *fascisti*. Sus miembros representaban la jefatura suprema del partido. En este consejo, Mussolini fue criticado severamente por la oposición. De acuerdo con las informaciones, los miembros de la oposición iban armados, probablemente en espera de un zafarrancho durante la reunión. Pero, el final no fue éste. La resolución presentada por la oposición invitaba claramente "al gobierno a que rogase a su majestad el rey... el que asumiese... la suprema iniciativa de la jefatura que nuestras instituciones le asignan".<sup>12</sup> Esto constituyó un movimiento importante, pero no fue todavía el golpe decisivo. Pronto Mussolini, deseoso de fortificar su propia posición, se reunió con el Rey en Villa Savoia. Mussolini, el maquiavélico, fue derrotado por un golpe florentino hábilmente preparado por el partido del Rey de acuerdo con los modelos del maestro Niccolo. Después de una corta conversacin, Mussolini abandonó la villa y caminó hasta su carro. Su camino estaba bloqueado por un capitán de la policía, quien le saludó elegantemente diciéndole: "Su Majestad, el Rey, me ha pedido que os acompañe para protegeros de la multitud." Mussolini le siguió, y el capitán le condujo a una ambulancia de la policía. Mussolini dudó un momento, pero el capitán le tomó por el brazo y le ayudó a entrar. Este fue el final. La radio de Roma transmitió la noticia al mundo. De hecho, fue el rey quien puso fuera de combate al dictador. Los medios fueron simples —un capitán de policía fiel, una ambulancia de la policía y una cárcel privada. El Profesor Brunelli escribe: "La caída, no sólo de un hombre, sino de un régimen que, de acuerdo con sus adherentes se suponía que habría de durar un siglo y extenderse por el mundo, se realizó en el lapso de unas cuantas horas y sin tragedia, de tal modo que pareció como un milagro inesperado."<sup>13</sup>

La liquidación de Lavrenti Beria, jefe de la GPU, en 1953 fue asimismo una revolución palaciega. Beria controlaba la GPU que era crucial dentro de la super-élite comunista. Después de la muerte de Stalin, se convirtió en uno de los hombres más poderosos de la Unión Soviética. La

<sup>12</sup> Monelli, Paolo, *Roma*, 1945, pp. 217 ss. También Badoglio, Pietro, *The Fall of Mussolini*, New York, Farrar, Straus, 1948.

<sup>13</sup> Ignacio Brunelli, *Un Dittatore Fallito ed I Sui Complici*, Bologna, 1952.

facción de Malenkov-Jukov liquidó finalmente a Beria y a sus asociados. Las famosas purgas estalinistas de 1936 hicieron cortes más profundos, fortificando un poder dentro de la élite y de la super-élite comunista mediante una exterminación virtual de la oposición.

*Las Revoluciones rusas.*—El movimiento revolucionario ruso ofrece un singular campo de estudio de la teoría y de la aplicación de la captura del poder y de la lucha en contra de una autoridad despótica. Un continuo histórico de más de un siglo sugiere un cierto número de experimentos en cuanto a estrategia y táctica revolucionarias.

El continuo histórico resulta ventajosísimo en cuanto muestra que todos los movimientos revolucionarios se encuentran mutuamente interrelacionados. Los intentos del pasado, fallidos a menudo, influyen en las generaciones revolucionarias más jóvenes en cuanto a selección de nuevas teorías con respecto a la estrategia revolucionaria y por lo que se refiere a nuevos patrones de acción. De este modo, una cierta lógica conecta a todos los experimentos revolucionarios en cuanto cada uno de los precedentes determina los subsecuentes. Los decembristas fallaron en su primer intento de revolución desde arriba. El movimiento siguiente o sea el populista intentó la aplicación de otra técnica: la revolución desde abajo. Cuando ésta falló, el péndulo se movió hacia el otro extremo. La elección lógica era una revolución desde arriba que, en esta ocasión asumió un nuevo modo de expresión: el terror. El fracaso parcial del terror hizo que el péndulo volviese a desplazarse, y los revolucionarios o, por lo menos una parte de ellos, se volvieron nuevamente hacia una revolución desde abajo. Esta última hizo su aparición en 1905 y en febrero de 1917. El golpe de octubre de 1917 —que fue una captura combinada del poder— derrotó a la joven democracia rusa. En consecuencia, el péndulo de la estrategia revolucionaria rusa oscila entre la revolución desde arriba y la revolución desde abajo.

Un estudioso de la sociología de la política encuentra en este continuo un cierto número de variantes de todos los tipos principales de transmisión revolucionaria del poder. Cada caso está contenido en un período histórico definido. Cada uno de ellos es un laboratorio sociológico y un caso de estudio. La reconstrucción de esos patrones de acción nos dan la oportunidad de realizar un análisis *ex post facto* de una teoría revolucionaria y de su aplicación.

La tendencia secular revolucionaria sugiere seis tipos ideológicos y períodos estratégicos principales.

I.—El Período Decembrista — La Revolución desde arriba. — El movimiento decembrista comenzó en la segunda década del siglo XIX y terminó con la abortada revolución de 1825. Los decembristas representaban las ideologías liberales y democráticas de oficiales militares y de aristócratas. Una revolución militar desde arriba constituía su técnica de apoderamiento del poder.

II.—El Primer Período Populista.—La Revolución desde abajo.—El movimiento populista se originó en 1860 y el primer período duró, más o menos, hasta 1874, hasta la “migración hacia el pueblo”, un intento de revolución de las masas. Puesto que la revolución desde arriba había fallado en 1825, la lógica de la revolución populista sugirió una técnica opuesta: una revolución desde abajo. El intento del movimiento populista —movimiento agrario socialista de estudiantes y jóvenes intelectuales fuertemente influido del anarquismo ruso temprano— falló como había fracasado el movimiento decembrista.

III.—El Segundo Movimiento Populista — Una Revolución al través de la intimidación terrorista.—Este período principia hacia 1878 y su fase intensiva continúa hasta 1905. La estrategia del mismo es una variante de revolución desde arriba. El terror —“terror central”— se dirigió en contra del emperador y de los oficiales superiores. La meta estratégica consistía en desorganizar el Estado y forzar a los gobernantes a entregar su poder autocrático. Puesto que la revolución desde abajo había fallado en 1874, el terror, como variante de una revolución desde arriba surgió como elección lógica de una estrategia revolucionaria. La ideología de los populistas se desplazó en forma notable hacia el socialismo ético, en tanto que la influencia anarquista declinaba considerablemente. Las organizaciones revolucionarias se modificaron también. Durante el primer período populista prevaleció un sistema “federalista”. “Círculos” locales, independientes y autónomos, se conectaban laxamente con un comité central. Ahora, en cambio, las organizaciones revolucionarias se volvían fuertemente centralizadas y multifuncionales. La jefatura central se hizo poderosísima; los miembros tuvieron que sujetarse a una reserva o secreto y a una disciplina muy estrictos, etc. Las asociaciones revolucionarias tenían un cierto número de funciones —la acción terrorista y la propaganda entre el campesinado, entre los obreros y entre los estudiantes. Cada función requería de diferentes talentos y especialidades.

IV.—El Período Socialista.—La Revolución desde abajo.—A principios del siglo XX, las ideas socialistas comenzaron a penetrar entre los miembros de la clase media rusa y entre las clases laborantes. El Partido Social

Revolucionario continuó dentro de las tradiciones de la ideología populista, y los social demócratas emergieron como una nueva fuerza ideológica. La estrategia del terror individual comenzó a declinar conforme las teorías de un levantamiento popular se volvían más influyentes. El punto culminante se alcanzó en 1905 en que una revolución espontánea desde abajo movió a grandes masas populares. La huelga industrial se convirtió asimismo en clave de la revolución de masas.

V.—El Período Democrático.—Una Revolución desde abajo.—En febrero de 1917, una revolución espontánea desde abajo, carente de planeación y que no era conducida por partidos revolucionarios derrocó a la autocracia. Por poco tiempo —hasta octubre de 1917— y por primera vez en la historia, los movimientos políticos tuvieron total libertad de expresión en Rusia.

VI.—El Período Comunista.—Una Captura Combinada del Poder.—En octubre de 1917, los bolcheviques se apoderaron del poder mediante un golpe combinado. La jefatura de los bolcheviques se aprovechó de la confusión y desintegración generales del Estado. En este momento crítico, los comunistas se apoderaron de los instrumentos del poder. Se establecieron firmemente en esta forma una dictadura y la técnica de captura combinada del poder que en lo subsecuente habían de utilizarse tan ampliamente.

En lo que sigue, la discusión se enfoca primariamente sobre la estrategia y la táctica revolucionarias, sobre las teorías de captura del poder y su aplicación. Obviamente, esos patrones estratégicos y tácticos de acción se dirigen al logro de ciertas metas ideológicas y de ciertos objetivos axiológicos. Sin embargo, nuestra atención, en lo sucesivo, ha de orientarse hacia los patrones o normas de acción. Cuando introducimos metas valorativas es porque determinaron en parte la dirección de la acción política. Más aún, las acciones políticas no se planean en un vacío social, sino dentro de condiciones sociales, políticas y económicas definidas.

Un historiador estudia acontecimientos únicos que ocurren dentro de la sociedad humana; el sociólogo estudia aquellos que se repiten. El patrón de las acciones políticas de transferencia violenta del poder posee este carácter repetitivo. De ahí que esto constituya un campo de lo que puede denominarse dinámica política de grupo: un estudio de la dinámica de los grandes grupos, enfocada desde los ángulos del control social y del poder político.

## CAPÍTULO IV

### CUANDO LOS HOMBRES ALCANZAN EL PODER

Debemos recordar que los hombres no solamente desean el poder; tienen que ejercerlo. Las condiciones mismas de la vida en conjunto dan por resultado la necesidad de tomar e imponer decisiones encaminadas a proteger los intereses de los miembros de la sociedad, quienes —a su vez— deben obedecerlas.

Esta necesidad ha hecho que todas las sociedades hayan especificado las condiciones y los procedimientos con arreglo a los cuales debe ejercerse el poder. En las sociedades relativamente estables, el deseo del poder se satisface y su transferencia se logra a través de los canales culturalmente prescritos, es decir, por medios que casi nunca son violentos.

Sin embargo, en determinadas condiciones, estos procedimientos se alteran, y los hombres recurren a medios violentos para lograr el poder, en circunstancias cuyo análisis ha de ser el que nos ocupe aquí principalmente.

*Golpe de Estado y revolución.*—Desde el principio debemos hacer notar que los hombres logran el poder en condiciones muy distintas. Un grupo de condiciones es el que se presenta en el golpe de Estado o “revolución palaciega”; éste, aunque se caracterice por el empleo más o menos grande de la violencia, no representa una amenaza a la ideología básica y al sistema de valores del orden existente; simplemente es un procedimiento por medio del cual una facción del grupo dominante quita el poder a otra facción. Aunque use de la violencia, de todos modos es un procedimiento culturalmente aprobado en las sociedades en que se emplea.

Como tal, el golpe de Estado raras veces es instrumento de un significativo cambio social.

Una revolución representa un estado de cosas totalmente distinto. Como el golpe de Estado, la revolución se caracteriza por el ejemplo de la violencia, pero el movimiento revolucionario se diferencia esencialmente del golpe de Estado por cuanto es un ataque directo a los fundamentos mismos de la sociedad en la cual brota. De acuerdo con las palabras de Lasswell, repre-

senta "un cambio rápido y extenso en la composición y vocabulario de los pocos que dirigen".<sup>1</sup> Es un esfuerzo para lograr el poder por medios que no se aprueban culturalmente. Como tal y por lo menos hasta el presente, ha sido el instrumento de los cambios sociales más significativos que registró la historia.

¿Cuáles son pues las circunstancias que empujan a los hombres a apoderarse del poder para lograr sus objetivos revolucionarios? La evidencia sugiere que, por lo menos, tres grupos de condiciones cuentan como prerrequisitos para la germinación de este movimiento. Dedicaremos nuestra atención al primero de estos grupos.

*Cuna de la revolución.*—Estas consideraciones se basan sobre el presupuesto que consiste en considerar a la revolución como un fenómeno natural. En otras palabras, se supone que háy un proceso revolucionario que pertenece en gran parte al mundo en que vivimos. Sea cual fuere la influencia que se asigne a los factores supernaturales, tenemos que reconocer que las revoluciones son hechas por los hombres. Aunque no es más que una suposición, debemos admitirla, si queremos tener la esperanza de comprender y poder hacer algo respecto a los catastróficos eventos característicos de dichos movimientos.<sup>2</sup>

Podemos comenzar por decir con un apriorismo aparente, que las revoluciones se incuban entre personas inquietas y descontentas. Sin embargo, esta observación solamente es apriorística en un sentido muy superficial. Aunque puede ser verdad que "todo el mundo sabe esto", también es cierto que existen profundas diferencias de opinión acerca del significado y naturaleza del hecho.

¿Qué es lo que sugiere el estudio comparativo de las grandes revoluciones históricas, acerca de la naturaleza de la inquietud y del descontento que se encuentran en la raíz de los movimientos revolucionarios?

En primer lugar, la inquietud y el descontento resultan de una condición a la que se puede describir adecuadamente con el término "frustración". En el contexto del análisis que se haga del proceso revolucionario,

<sup>1</sup> Lasswell, H. D., *World Politics and Personal Insecurity*, Nueva York, MacGraw Hill Book Co., 1935, p. 3.

<sup>2</sup> Véase Hopper, Rex D., "El Proceso Revolucionario", *Revista Mexicana de Sociología*, mayo-agosto de 1949, para una descripción algo detallada de la naturaleza del proceso revolucionario. Aquí nos ocuparemos solamente de analizar las características más salientes de la constelación de condiciones socio-psicológicas que sirven típicamente como medio de cultivo para los movimientos políticos revolucionarios.

esto significará que se ha desarrollado una situación en la cual la sociedad está organizada de tal manera que no puede satisfacer las esperanzas y aspiraciones de mucha gente. Esto puede ocurrir de los dos modos siguientes: primero, el fracaso puede deberse al hecho de que muchas personas no pueden realizar valores que tienen en común con una minoría que sí los realiza, o segundo, puede resultar del hecho de que las actitudes de muchas personas hayan cambiado y ahora desean algo distinto a los valores que les ofrece el *statu quo*.

En cualquiera de los dos casos se trastorna el orden social y el deseo de un cambio resulta estimulado por estas divergencias. Puesto que resulta evidente que cierto grado de frustración se encuentra presente en todas las sociedades, resulta importante localizar en forma más precisa el punto hasta el cual puede extenderse esta frustración; y la gente puede sufrirla, antes de que la misma pueda convertirse en un pre-requisito de la actividad revolucionaria. Posteriormente trataremos este problema pero, por el momento, interesa mucho indicar la importancia germinal de la frustración.

En segundo lugar, las pruebas sugieren que la condición general de la frustración puede descomponerse analíticamente en ciertos elementos componentes típicos. Hay, por decirlo así, "una historia natural de la frustración". La gente forzada a vivir en condiciones tales que le obligan a reprimir sus deseos, o sea, bajo condiciones en las que, por mucho tiempo, no puede conseguir lo que quiere, desarrolla lo que se ha llamado "una actitud mental negativa", es decir, una especie de actitud de disgusto.<sup>3</sup>

Si esta actitud mental negativa no es combatida por los que están en situación de dictar las decisiones políticas, dicha actitud produce, a su vez, algunas manifestaciones típicas. Hasta ese momento, la inquietud y el descontento han sido psicológicos, es decir, subjetivos y ocultos; pero después, tienden a manifestarse abiertamente, a difundirse en forma de conducta inquieta, a la que se ha aplicado el término "milling".<sup>4</sup>

Este concepto, tomado del lenguaje de los rancheros, se utiliza para describir un tipo de interacción que se produce entre varias personas y que es muy semejante a la intranquilidad que se observa en un rebaño o en el ganado. En el nivel humano, es el resultado de una vaga inquietud, por una parte, y de una confusión con respecto a los objetivos por la otra. La difusa naturaleza del descontento hace imposible que se proyecte nin-

<sup>3</sup> Para una excelente descripción véase Edwards, L. P., *The Natural History of Revolution*. Imprenta de la Universidad de Chicago. Chicago, 1927, p. 30.

<sup>4</sup> Blumer, Herbert. *A New Outline of the Principles of Sociology*. Nueva York, Barnes & Noble, p. 171.



gún plan de acción, y hace que la conducta, en esta etapa, adquiera caracteres de desorganización.

Hay una tercera etapa en la historia natural de la frustración. Ya que no se combaten las condiciones responsables de la frustración, la conducta inquieta que acabamos de describir produce una incidencia creciente de "conducta anormal". En este caso, la atención debe enfocarse hacia el concepto de aumento. Lo que han observado quienes han hecho estudios sobre los movimientos revolucionarios es el hecho de que las primeras etapas de dicho movimiento haya un notable aumento en la manifestación de ciertos tipos de conducta que siempre se encuentran en cualquier sociedad. En la literatura sobre la revolución, el aumento de formas anormales de conducta, tales como el crimen, el vicio, la locura y el suicidio se han mencionado con gran frecuencia; sin embargo, la evidencia sugiere que el descontento y la intranquilidad continuadas por mucho tiempo, también pueden dar como resultado el que aumenten las manifestaciones propias de una intensidad anormal del interés político, del sentido moral, del celo religioso y de la devoción.

Dejaremos aquí esbozado el panorama general de esa inquietud y ese descontento en el que pueden germinar los deseos revolucionarios y pasaremos a considerar que aunque estas condiciones son prerequisites necesarios para la aparición del deseo de apoderarse del poder, no son suficientes para asegurar el que dicha acción habrá de producirse. Para que se hagan efectivos estos síntomas preliminares de revolución y para que se inicie un movimiento revolucionario, la inquietud y el descontento, deben popularizarse entre los que se encuentren psicológicamente preparados para participar en el movimiento.

Es decir, "los hombres anónimos de la multitud deben conocerse entre sí". Sus reacciones negativas hacia los factores básicos de su situación, deben ser compartidas y difundidas; la inquietud que estaba oculta, endémica y esotérica, debe hacerse abierta, epidémica y exotérica; el descontento hasta entonces no coordinado e individual, debe enfocarse adecuadamente y hacerse colectivo.

La popularización tampoco ocurre automáticamente; por el contrario, es en su mayor parte el resultado de la labor de un agitador. En relación con la anterior discusión sobre frustración, intranquilidad y descontento, parece ser que hay dos tipos de agitadores que corresponden a los sectores que ocupan en el continuo *frustración-intranquilidad-popularización*. El primer tipo trabaja en situaciones en que la gente no obstante sentirse frustrada, considera que esta forma de vida es inevitable, consistiendo en este caso, la función del

agitador en hacer que la gente discuta y se rebele contra su forma de vida. Crea intranquilidad, y, de ahí que el agitador sea por lo general un tipo tranquilo y digno, que remueve a la gente no por lo que hace, sino por lo que dice. Estos líderes potenciales siempre se encuentran presentes en cualquier sociedad, pero nunca ejercen una influencia decisiva, a menos que la situación se caracterice verdaderamente por la frustración. Además, estos líderes funcionan en las primeras etapas del desarrollo de un movimiento revolucionario y solamente se les reconoce como líderes, después de la revolución.

El segundo tipo de agitador capitaliza la labor de sus predecesores: encuentra al pueblo ya despierto, inquieto y descontento, pero demasiado tímido para actuar, o ignorante de lo que tiene que hacer; de ahí que la función del agitador consista en intensificar, libertad y encauzar las tensiones que la gente experimenta. En resumen, es, principalmente, un instrumento para la popularización de la inquietud. De ahí que este agitador sea de tipo diferente: excitable, inquieto y agresivo. Son éstos jefes que aparecen posteriormente en los movimientos revolucionarios y que nos son más familiares.

Finalmente, la frustración, la intranquilidad y el descontento, no sólo deben popularizarse sino que la popularización debe realizarse en un grupo estratégicamente importante. Es una falacia muy difundida el creer que las revoluciones estallan en sociedades en donde las masas, por encontrarse frustradas están desde luego dispuestas a una acción drástica. La evidencia sugiere otra cosa, y esto nos lleva a la consideración del segundo grupo de condiciones necesarias para el desarrollo de actividades revolucionarias.

*Los retadores.*—Hace apenas unos momentos, indicamos que se pensaba que las revoluciones eran obra de las masas sin privilegios; anteriormente observamos que era muy importante localizar definitivamente al grupo en el cual la frustración, la intranquilidad y el descontento pueden generar el deseo de apoderarse del poder. En ningún momento, más que en éste, en el esfuerzo para comprender el proceso revolucionario, será más importante aprender a separar los hechos de la ficción.

¿Quiénes son quienes dirigen un reto contra el *statu quo*? ¿Y qué los lleva a actuar? Las masas no son, ciertamente, las retadoras; es posible que se sientan frustradas, inquietas y descontentas, pero no es su papel histórico el tomar la iniciativa para traducir estos síntomas socio-psicológicos en acción política. Por lo tanto, cuando hablamos de una revolución desde arriba o revolución desde abajo, debemos recordar que “arriba” y “abajo”,

se refieren a distintas jerarquías en el poder más bien que a la pirámide de clases; es decir "arriba" o "abajo" se refieren a elementos del grupo dirigente, más bien que a la población total.

Además, hay un acuerdo bastante general acerca del proceso a través del cual se desarrolla el grupo retador, aunque su evolución haya sido descrita de diversas maneras y el grupo en sí haya recibido diversos nombres. Sin embargo, en cuanto nos resolvemos a cortar la maleza semántica, comienza a surgir una imagen relativamente clara.

Lo primero que hay que notar es lo que sucede a las relaciones entre las "clases" en una sociedad pre-revolucionaria. Es evidente que la estratificación social y los agrupamientos de clase han sido rasgos inherentes a todas las estructuras sociales conocidas, así como que estas agrupaciones desarrollan sentimientos de desconfianza, disgusto y desprecio mutuos. Esto es común, aun a las sociedades más estables. Pero, en las sociedades amenazadas por las revoluciones se ha notado que "los odios de clase aumentan y se exacerban en grado notable. .: Las distinciones de clase no se ven como barreras que los inteligentes, ambiciosos o valientes pueden cruzar, sino como privilegios antinaturales e injustos, establecidos por hombres malvados en contra de la intención expresa del Todopoderoso; en contra ya sea de Dios, de la Naturaleza o de la ciencia".<sup>5</sup>

La esencia en esta descripción es importante; es decir, resulta significativo notar los cambios en actitudes y aspiraciones reflejadas en el hecho de que a las distinciones de clase reconocidas hasta entonces como naturales llega a considerárseles, de pronto como barreras antinaturales, injustas y contrarias a la naturaleza misma de las cosas. En esta forma sutil, las divisiones de clase evolucionan hasta convertirse en antagonismos de clase, y se crea un grupo revolucionario potencial.

¿Por qué se produce este cambio? ¿Quiénes lo sufren? La respuesta a la primera pregunta debe buscarse en tres acontecimientos relacionados que se desarrollan en torno del sentimiento de antagonismo de clase y que lo convierten en el síntoma principal de la futura revolución.

El primero de estos acontecimientos ha sido notado por quienes han estudiado el problema cuidadosamente, pero ha sido pasado por alto por muchos otros: consiste en el hecho de que las distinciones de clase se convierten en barreras debido a que ha habido un notable aumento en la riqueza, el conocimiento y el poder de los "grupos oprimidos" en la sociedad en cuestión. Es decir, que la frustración, la intranquilidad y el des-

<sup>5</sup> Brinton, Crane. *The Anatomy of Revolution*, Nueva York, W. W. Norton, 1940, pp. 52-79.

contento se convierten en medio de cultivo de posibles acciones revolucionarias en las sociedades que prosperan y no en las que declinan; o sea, en resumen, que las actitudes revolucionarias germinan en:

1. Sociedades ricas con gobiernos empobrecidos.
2. Sociedades en las que los gobiernos empobrecidos han iniciado reformas económicas como medios para aumentar sus ingresos, pero no han eliminado los demás factores que contribuyen a la intranquilidad.
3. Sociedades en las que el incremento de la riqueza y del conocimiento entre las clases oprimidas aumentan sus deseos y exigencias, haciendo que, por lo mismo, aumente su sentido de frustración.
4. Sociedades en las que el aumento en la riqueza del conocimiento y del poder entre las clases oprimidas hace que finquen una esperanza en el cambio en lugar de hacerles desesperar de él.

Otro segundo acontecimiento significativo corre parejas con el que acabamos de mencionar: los antagonismos de clase se intensifican debido a que a la sociedad la caracteriza el hecho de que el poder económico no confiere ni poder político ni distinción social.

“Los antagonismos sociales parecen alcanzar su máxima fuerza cuando una clase ha obtenido la riqueza pero ha sido o se siente excluida, al mismo tiempo, de las más altas distinciones sociales y de las posiciones en que se disfruta el poder político en forma evidente... Mucho antes de Marx y mucho antes de la *Oceana* de Harrington, los hombres prácticos sabían que el poder político y la distinción social son el resultado de poder económico. En donde la riqueza no puede comprar todo... todo lo de este mundo... a cualquier precio, podemos decir que hay un síntoma preliminar, bastante seguro, de una revolución.”<sup>6</sup>

La tercera faceta del síntoma principal en los antagonismos de clase consiste en que se crea una situación en la cual los hombres capaces son excluidos de las carreras de mayor prestigio debido a la clase a que pertenecen. Esta actitud, que a veces es mencionada como “bloqueo de las carreras a los talentos”, y otras como la “interrupción a la circulación de la *élite*” y que critica un escritor como caso en el cual “a un gran número de personas socialmente útiles se les priva de los debidos honores, dignidades, prestigio, rango social y poder político... mientras que a un grupo reducido de

<sup>6</sup> Brinton, *op. cit.*, pp. 78-79.

personas sociales inútiles se les otorga todo esto en superabundancia", es condición anotada en casi todos los casos de grandes sociedades históricas pre-revolucionarias. Nunca se ha expresado mejor este resentimiento de los postergados que con las palabras de Simón Bolívar, el líder criollo de la lucha independentista latino-americana:

"Nunca fuimos virreyes, ni gobernadores, sino por razones excepcionales; arzobispos y obispos, raras veces; embajadores, nunca; militares, sólo subordinados; nobles, sin privilegios; nunca fuimos ni magistrados ni financieros, y, difícilmente, mercaderes. Todo esto tuvimos que aceptarlo en oposición directa a nuestras instituciones."<sup>7</sup>

Hasta ahora, hemos bosquejado lo que sucede en las sociedades en que germina un deseo revolucionario de apoderarse del poder. Pero también necesitamos saber quiénes son las personas que reaccionan en esta forma ante las situaciones bosquejadas. Creemos que la respuesta se encuentra en el concepto de *marginalidad*. Cuando se emplea como instrumento analítico, el término designa una posición marginal o periférica con referencia a las áreas vecinas de participación. En la situación a que nos referimos, esto significa una posición marginal con referencia a los grupos vecinos en la estructura social y en la jerarquía del poder. Más específicamente, significa que la frustración, intranquilidad, descontento, resentimiento y antagonismo serán más profundos y amargos en el grupo cuya posición en la estructura social sea más marginal.

En relación con las condiciones que estamos estudiando, esto significa que los deseos revolucionarios son generados en el grupo cuya marginalidad es más intensa. En este caso, debemos considerar como grupo marginal aquel al que se define en función de estas condiciones; es decir, cuando se le considera como grupo cuyos miembros son marginales debido a que, a pesar del notable aumento en su conocimiento, riqueza y poder, se les niega el poder político y la distinción y, en consecuencia, quedan excluidos de las carreras de mayor prestigio; condiciones por las cuales es de ellas de donde salen también los líderes revolucionarios. En otras palabras, la presencia de un grupo marginal numéricamente significativo, económicamente poderoso e intelectualmente informado, resulta un prerrequisito básico para el desarrollo de un movimiento político revolucionario. Éste es el grupo de donde salen los que desafían al *statu quo*.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Blanco-Fombona, R. *Cartas de Bolívar*, Sociedad de Ediciones Louis Michael. Buenos Aires, 1942, p. 141.

<sup>8</sup> Para una discusión muy reciente de este fenómeno, desde un punto de vista filosófico, véase el artículo de Walter Lippmann, titulado "The Adversaries of Liberal Demo-

*La Fe Revolucionaria.*—Como indicamos anteriormente, hay un tercer grupo de condiciones necesarias para la generación de un deseo revolucionario y la determinación de apoderarse del gobierno, grupo de condiciones al que nos podemos referir en el rubro de “aparición de una fe revolucionaria”.

El nombre mismo que se da a esta característica de las sociedades prerrevolucionarias sirve para sugerir dificultades en su evaluación exacta. Acostumbrados como estamos a vivir en un mundo de objetos materiales y asuntos prácticos, estamos mal preparados para admitir e investigar seriamente la afirmación de que “es absolutamente necesaria una dinámica de clase genuinamente espiritual y religiosa” para empujar a los hombres a emprender cambios revolucionarios en su forma de vida. Pero los hechos históricos apoyan esta afirmación. El estudio comparativo de los procesos revolucionarios ha demostrado que, por muy maduros que estén los tiempos para la acción, los hombres no actúan si no tienen una fe revolucionaria que los guíe, ya que, por lo menos hasta ahora, no lo han hecho.

La fe que los mueve y los lleva a desafiar los derechos de quienes tienen el poder, se desarrolla por un proceso que ha sido bosquejado en otra parte pero que es demasiado complejo para ser discutido aquí.<sup>9</sup>

Debemos conformarnos con tres observaciones referentes a la significación de la fe revolucionaria en la realización de cambios revolucionarios en el orden social.

Primero, es importante recordar que todas las sociedades están sostenidas por un conjunto de creencias: por una ideología o un mito que sirve para explicar y justificar la naturaleza de la sociedad. Aunque los detalles de la relación entre ideología y estructura social, no son totalmente claros, sí resulta evidente que ningún orden social puede sobrevivir a la pérdida de la fe en los principios cardinales del *statu quo*, especialmente notable entre los miembros del grupo marginal que acabamos de describir.

Además, la crítica contra la naturaleza y la dirección del régimen existente es fase de un proceso por medio del cual un grupo crítico forja un nuevo conjunto de creencias que sirven para justificar el reto que se preparen a lanzar.

Finalmente, la nueva fe revolucionaria, cuando ha sido forjada al calor

cracy” (Los Adversarios de la Democracia Liberal) aparecido en *The Atlantic*, marzo de 1955, pp. 44-49. Este artículo se tomó de un libro del autor recientemente publicado y titulado *The Public Philosophy*.

<sup>9</sup> Hopper. *Op. cit.* Véase también “El Mito Social en la Dinámica de la Revolución”. *Revista Mexicana de Sociología*, mayo-agosto, 1946.

de ese largo período de discusión al que se ha llamado "guerra de panfletos", lo mismo que su predecesora, contiene cuatro elementos típicos.

El elemento básico en la fe revolucionaria es la convicción de que lo que los revolucionarios quieren hacer se logrará porque sus deseos están de acuerdo con la "naturaleza de las cosas". Cómo ha sido expresada formalmente esta fe en la rectitud esencial de su curso de acción, es otro asunto que, relativamente, tiene menos importancia. La creencia apasionadamente sostenida de que ejecutan la voluntad de Dios, cumplen la ley moral, obedecen las leyes de la naturaleza o actúan de acuerdo con el "proceso dialéctico" ha servido, por separado o en combinación, para empujar a los hombres a apoderarse del gobierno en interés de los objetivos revolucionarios.

Una segunda característica de la fe revolucionaria se encuentra en el hecho de que representa un esfuerzo sistemático para establecer las normas de un nuevo orden social. "De las innumerables críticas hechas al estado de cosas existente, y de las igualmente innumerables esperanzas de lograr que las cosas sean como debieren ser, surge un nuevo ideal."<sup>10</sup>

Además, la especificación bosquejada en las normas, representa una forma de vida que, para los que tienen fe en ella, es realizable en un futuro próximo. Sólo para un espectador cínico o para quien lo contemple situándose en perspectiva histórica, resultará ser el "mito social" revolucionario, una mera utopía, pues para los intelectuales que lo han forjado y para los fieles que lo aceptan, esta ideología es la quintaesencia de la realidad.

Finalmente, la fe revolucionaria tiene el poder de curar, salvar, transformar y convertir a todos los que se adhieren a ella, en vista de que sus devotos creen que representa una forma de vida mejor, que no sólo es imaginable, sino posible.

"Es capaz de realizar una completa transformación en los deseos, pasiones e ideas de quienes la aceptan... Es el poder al que se refiere uno comúnmente cuando se habla de la 'conversión religiosa' o del 'poder de salvación'. El mito social es el 'poder de salvación', generalizado hasta incluir muchos fenómenos a los que comúnmente no se les da la designación de religiosos... Es fe, no razón... 'Esta es la victoria que cubrirá la tierra', dijo el apóstol, 'nuestra fe'."

Edward concluye: "la historia de toda gran revolución es un comentario a este texto".<sup>11</sup>

Estas son, por tanto, las condiciones socio-psicológicas que empujan a los hombres a apoderarse del poder para lograr objetivos revolucionarios. Recurren a la violencia porque no pueden lograr la transferencia del poder por ningún otro medio.

<sup>10</sup> Brinton, *op. cit.*

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pp. 91-92.

## SEGUNDA PARTE

### *EL LOGRO DEL PODER EN LA SEGUNDA REVOLUCIÓN MEXICANA*

#### CAPÍTULO V

##### PRELUDIO A LA REVOLUCIÓN

*Fundamentos de la lucha por el poder.*—Se recordará que, como introducción a este análisis de cómo germinó el deseo de lograr el poder, presentamos algunas concepciones del poder, y señalamos los elementos del mismo así como los medios a través de los cuales se transfiere. ¿Qué es lo que revela este análisis cuando se aplica al caso de la lucha secular orientada a la creación de una estructura social demográfica en México?

Con referencia a la primera de estas consideraciones, puede decirse que México se ha desarrollado dentro de la tradición cultural que considera que el poder es a la vez necesario y útil. Además, dentro de esta tradición, al poder se le ha concebido en una forma personal y jerárquica. México fue conquistado y estructurado por miembros de la escuela europea de pensamiento mencionada anteriormente, la cual consideraba el poder desde un ángulo autoritario y como un bien positivo más que como mal necesario. Estos conceptos son de importancia crucial para comprender la lucha larga y penosa que se ha desarrollado en México por el poder, entre las fuerzas autoritarias atrincheradas en sus puestos y las nacientes tendencias democráticas.

Uno de los axiomas de la tradición cultural hispánica era que la tierra, las armas, los instrumentos, el dinero y las ideas deberían estar bajo el control de la élite aristocrática. Como corolario, se suponía que los individuos de las masas populares habían nacido para ser súbditos y obedecer, y no para controlar sus propios destinos.

Las consecuencias de este tipo de ideas se intensificaron en la Nueva España, en donde un puñado de conquistadores recibieron el derecho de ejercer autoridad sobre grandes territorios y sobre sus habitantes indígenas.

Durante todo el período colonial, el poder estuvo siempre en manos de los "gachupines", o sea de los nativos de España, y toda la estructura administrativa estaba destinada a mantener las cosas en esta situación. El principio básico de la corona española, de supervisión estricta y el control monopolista, servía muy bien a este propósito. Lo mismo puede decirse del sistema de propiedad de las tierras conocido como "encomiendas". Este sistema se desarrolló primero entre los moros dominados, y sirvió para que los españoles tuvieran siempre mano de obra muy barata. Cuando fue exportado a la Nueva España, proporcionó a los terratenientes control sobre los indios a quienes se obligaba a pagar tributo. La modificación posterior que sufrió la encomienda, o sea el "repartimiento", no fue sino una forma más de trabajo forzado, que se introdujo como subterfugio para acallar las críticas suscitadas por los excesos cometidos por los encomenderos.

La lucha de 1810 por la independencia no constituyó un ataque a fondo dirigido en contra de estos principios básicos o contra las instituciones centrales de la tradición cultural de la colonia. Fue más bien una lucha por el poder entre los gachupines y los criollos. La revolución de 1810 fue un esfuerzo, por parte de los criollos para participar en la estructura del poder, y no un esfuerzo para reestructurarlo o rechazarlo. Como no podían lograr la participación en el ejercicio del poder de ninguna otra manera, se vieron literalmente obligados a declarar su independencia a fin de poder salir de la condición de ciudadanos de tercera clase que ya les resultaba intolerable. Después de haber logrado su independencia, los criollos o americanos, no hicieron más que ocupar las posiciones que en el poder tenían los gachupines, y las cosas siguieron casi igual que antes. La encomienda repartimiento se convirtió en hacienda; el trabajo forzado en deudas que engrilletaban a los peones, y el latifundismo siguió firmemente atrincherado en México.

Es un hecho muy significativo que el primer esfuerzo serio para introducir las concepciones democráticas del poder en México, se haya debido a un indio, Benito Juárez. Durante los años de su mandato (1857-71), se emprendieron reformas vigorosas y profundas encaminadas contra los privilegios especiales de que disfrutaban los grupos selectos, destinadas a ampliar la base y a fortalecer los fundamentos para el ejercicio del poder por un número mayor de ciudadanos. Aunque este esfuerzo abortó, marca el principio de un movimiento que ni siquiera los 35 años de dictadura porfiriana (1876-1911) pudieron detener por completo. La semilla que Juárez sembró fue regada y cultivada por Francisco I. Madero. Y fue Lázaro Cárdenas quien levantó la cosecha.

Las concepciones centrales de la tradición hispánica mencionada al principio de este capítulo, determinaban los medios a través de los cuales se transfería el poder en México, pues no sólo se suponía que el poder era algo bueno, sino que, además, se creía que nunca se podía lograr por medios que no fueran violentos. Debía siempre ser detentado.

A veces se ha sugerido que la trasmisión no violenta del poder no sólo se logra en los países democráticos, sino también en los regímenes dinásticos autoritarios. Esto parece contradecir la anterior generalización, pero, la contradicción es sólo aparente, pues debemos tener en cuenta que en las organizaciones dinásticas y autoritarias, el poder no se trasmite, sino que se entrega. El ejercicio del poder permanece siempre dentro del grupo dirigente, y no se hace más que pasarlo a otro miembro del grupo designado. Es evidente que estas "trasmisiones" pueden llevarse a cabo sin violencia. Sin embargo, cuando una dinastía o un régimen autoritario es desafiado por otro con la esperanza de vencerlo, o sea cuando se realiza una verdadera trasmisión del poder, la fuerza y la violencia se desatan.

Así pues, por tradición, la trasmisión del poder en México se ha visto afectada por la detentación desde arriba. Desde que Cortés se apoderó del poder, hasta la rebelión de Porfirio Díaz las cosas sucedieron en esta forma. Generalmente, esas detentaciones y las posteriores consolidaciones de poder han sido logradas por medio de la violencia y siempre han sido acompañadas por demostraciones de fuerza, como en el caso de los golpes de estado, que parecen endémicos en una parte de Latinoamérica.

También en este aspecto fue la administración de Juárez la que inició un esfuerzo genuino para dar bases y lograr la institucionalización de los medios no violentos de trasmisión del poder. Pero, como en el caso anterior, fue muy poco lo que pudo lograrse durante la vida de Juárez. El propio Juárez subió gracias a la Revolución de Ayutla (1855), con la cual se derrocó a Santa Anna, "dictador perpetuo" según sus propias palabras. Esta revolución ha sido considerada como el hecho más significativo en la historia de México, después de la consumación de la independencia, precisamente porque sus dirigentes se habían comprometido a establecer un programa de reformas, encaminado a desarrollar las instituciones democráticas según objetivos que constan en la Constitución de 1857.

No tardó en desarrollarse una oposición muy seria, y Juárez sólo pudo mantenerse en el poder a través del uso de la fuerza durante la guerra de sirvió para colocar al pelele Emperador Maximiliano sobre un trono mexicano muy inseguro y si bien Juárez se vio obligado a huir para conservar su derecho a gobernar y consolidar su poder en las elecciones de 1867,

aunque con el lastre de las disputas de las facciones entre sus propios partidarios, siguió haciendo vigorosos esfuerzos para implementar el programa de reformas y fue reelecto en 1871.

Pero el peso de la tradición hispánica era muy grande. Porfirio Díaz, el futuro dictador, organizaba ya una prematura rebelión contra Juárez, cuando éste murió en 1871. Aunque fracasó en esta vez, Díaz esperó su oportunidad y, cuando salió derrotado en las elecciones de 1879, volvió a levantarse en armas, esta vez con éxito. El resultado fue el largo intermedio de la dictadura porfiriana. Durante más de treinta años los fundamentos establecidos por Juárez permanecieron estáticos, esperando a los constructores de la Revolución Mexicana.

*Retroceso a la Dictadura.*—Porfirio Díaz surgió por primera vez en la escena de la política mexicana como guerrillero republicano que luchaba en las montañas de Oaxaca durante los últimos años del Imperio de Maximiliano.

Con este carácter, fue colaborador de Juárez y de los demás caudillos del movimiento que destronó al pretendiente austríaco a una corona europea.

Empujado por una ambición terrible, Díaz quiso llegar a la presidencia en la primera oportunidad (1871). Cuando Comonfort renunció en 1867, Juárez le sucedió en la presidencia. La primera elección debería efectuarse en 1871, siendo los candidatos Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. La elección resultó empatada y cuando, de acuerdo con la ley, las cámaras dieron el voto de decisión en favor de Juárez, Díaz no tardó en rebelarse, Juárez murió antes de que se aclarara la situación, y Lerdo de Tejada quedó como presidente, a falta de otro. Díaz continuó sus esfuerzos para apoderarse por la fuerza de lo que no había podido conseguir mediante el voto, pero al fin fue obligado a aceptar la decisión.

Sin embargo, el haber fracasado en el logro de su objetivo por un margen tan estrecho, sólo le sirvió para aumentar su deseo y fortificar su ambición. En las elecciones de 1876 se presentó nuevamente como candidato, y fue derrotado nuevamente y como en ocasiones anteriores, no aceptó su derrota. Esta vez, logró su objeto, pudo apoderarse de la presidencia y logró consolidar su posición. A excepción del período de 1880 a 1884, durante el cual el Gral. Manuel González sirvió de figura intermedia, Díaz ocupó la silla presidencial de 1876 a 1911. ¿Cómo pudo atrincherarse de esta manera en el poder?

Es evidente que Díaz tenía un control absoluto sobre uno de los ele-

mentos necesarios para detentar el poder: las armas. Es decir, controlaba los medios necesarios para el uso efectivo de la fuerza. Esto lo demuestra el hecho de que llegó al poder por medio de una revuelta contra su oponente triunfador en la campaña electoral. Después de haber logrado el poder por medios violentos, pudo consolidar su posición en parte a través del control continuo de la fuerza. Con rara habilidad, pudo combinar esta fuente de poder con la necesidad de servir los deseos de grandes grupos de intereses, utilizando a los mestizos como oficiales superiores en el ejército. Como él era general, pudo conservar y aumentar el control que tenía sobre el ejército, a través de todos los años de su dictadura. Y, cuando su poder fue amenazado, la amenaza no provino del campo militar.

A todos los medios de fuerza de que disponía por medio de los establecimientos militares regulares, Díaz añadió una invención propia: "los rurales". Los rurales fueron un prototipo de las modernas tropas de asalto; constituían una organización policiaca nacional cuya finalidad era establecer el orden y la obediencia a las leyes. Con característica habilidad, Díaz logró su objetivo reclutando a los rurales de entre los mismos bandidos. Como agentes de la ley y el orden, los rurales cumplieron muy bien su cometido y aun sobrevivieron a la caída de su fundador. Eran también un cuerpo muy útil para la supresión y, en caso necesario para la eliminación de revolucionarios potenciales. No hay duda de que Díaz dio paz y seguridad relativas a un país que, como México, desde que obtuvo su independencia, había sido sacudido por tres revoluciones de gran importancia, que había sido saqueado por los bandidos y había soportado cerca de cien golpes de estado y otros levantamientos menores. Pero tanto la historia comparativa de la revolución como los hechos de la historia de México demuestran que el control de los medios de fuerza por sí solo no es suficiente para asegurar la conservación del poder.

¿Qué otra cosa hizo Díaz? Primeramente, procuró controlar la economía de la nación, por medio del manejo del dinero, las tierras y los instrumentos ya mencionados en nuestra discusión sobre los elementos del poder. Es bien sabido que Díaz llevó a México a un período de notable desarrollo económico, y, según dice Cumberland:<sup>1</sup>

"Las líneas ferrocarrileras, que en 1876 eran insignificantes, llegaban a más de 15,000 millas en 1910. Durante el mismo período, las importaciones y exportaciones aumentaron casi diez veces, con una balanza comercial

<sup>1</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: Genesis Under Madero*, Texas University Press. Austin, Texas, 1952, págs. 6-7.

favorable la mayor parte del tiempo. El beneficio de los metales preciosos aumentó cuatro veces, la producción de petróleo se convirtió en una gran industria; se construyeron cientos de fábricas textiles; en los estados del Sur surgieron ingenios azucareros y se iniciaron numerosas industrias, más pequeñas, pero muy importantes. La prosperidad de la época se reflejó en la relación favorable que existía entre la deuda nacional y los ingresos nacionales, y en la situación del crédito exterior. Los bonos mexicanos en los mercados extranjeros se vendían con premio; la deuda nacional bajó tanto que a principios de 1900 era la más reducida de toda la historia del país; los ingresos aumentaron más de diez veces y las reservas se acumularon anualmente. La situación financiera interior y exterior del gobierno mexicano, bajo la dirección de la dictadura, era muy firme."

Así, pues, la rebelión que obligó finalmente a Díaz a exiliarse y que rompió el control que tenía sobre los asuntos de México, surgió paradójicamente en una sociedad "próspera" desde el punto de vista económico. La prosperidad material, por sí sola, no basta para detener la acción revolucionaria; Díaz y su grupo ejercían un control efectivo sobre la situación económica. La revolución contra su régimen fue dirigida por individuos prósperos. Hubo otros factores, además de los económicos, que ayudaron al dictador a conservar su posición, y fueron los cambios que se efectuaron en estos otros factores los que contribuyeron a su caída. Aquí encontramos otro ejemplo de la gran habilidad de Porfirio Díaz para mover los diversos elementos del poder. En este caso, podemos observar la forma en que utilizó una ideología, admirablemente adecuada a sus propósitos, como base de un programa que estaba muy bien adaptado a las demandas de los grupos de intereses económicos, cuyo apoyo necesitaba. Él era un positivista convencido y, como dice Bernstein, "no hay un principio que aparezca tan claramente en todo el medio siglo en que se proyectó la influencia de Porfirio Díaz, como el positivismo". Esta liga con el positivismo lo llevó a la doctrina de que la "ciencia significa progreso" a la posición de que "el principal objetivo del gobierno era tomar medidas para hacer de México un país próspero bajo un gobierno de orden".<sup>2</sup>

La forma particular de bienestar material que se presenta generalmente como principal contribución del régimen de Díaz al desarrollo de México estaba últimamente relacionada con las suposiciones positivistas. Lo mismo puede decirse de las acciones específicas del gobierno que hicieron posible dicha prosperidad y que sirvieron para fortificar su posición.

<sup>2</sup> Harry Bernstein, *Modern and Contemporary Latin-America*, New York, J. B. Lippincott, Co., 1952, págs. 92-101.

Por ejemplo, la creencia de que la esperanza para el futuro descansaba en el desarrollo de la "ciencia y la tecnología", hizo que Díaz concediera particular atención a la explotación de los recursos naturales y que fomentara la industrialización. De ahí nació su decisión de abrir México a la "invasión" de los capitales y la técnica extranjeros —especialmente de los Estados Unidos de América, país que constituía un buen ejemplo de la doctrina de que el desarrollo tecnológico y la prosperidad material aseguran la estabilidad política y el prestigio nacional.

Las concesiones de tierras, las exenciones de impuestos, los subsidios y otros medios parecidos atrajeron a tal cantidad de extranjeros que pronto constituyeron éstos la clase más importante y favorecida de la sociedad mexicana. Este grupo constituyó un apoyo muy fuerte del Régimen de Díaz, ya que de él obtenían todas sus ventajas.

Todo esto dio por resultado lo que un observador llamó la "europeización de México".<sup>3</sup> Los negocios y la industria de México cada vez estaban más ligados a los intereses americanos y europeos. Además, lo que era más importante, todo el programa gubernativo estaba enfocado hacia el hecho de que los comerciantes e industriales avanzaban rápidamente a ocupar posiciones de importancia cada vez mayor en la estructura social del país.

La administración de Díaz tuvo el mérito de crear "la primera época comercial en la historia de México".<sup>4</sup> Así, pues, como veremos más adelante, esta "europeización de la vida mexicana estaba inteligentemente dirigida a asegurar a Díaz el apoyo de los grupos de criollos" (tanto de los antiguos criollos que eran los hacendados, como de los nuevos criollos, o sean los comerciantes e industriales).

Otra medida administrativa, la centralización del poder en manos de un fuerte ejecutivo y un vigoroso gobierno federal, a expensas de los intereses regionales, constituyó otro componente esencial de la orientación positivista. Dos formas específicas de acción aumentaron el poder del gobierno en forma muy considerable: la primera, la centralización del control sobre el sistema de bancos en manos del régimen. Bajo la dirección de José Ives Limantour, ministro de Finanzas, se formó un nuevo código comercial y se estableció el Banco de México. De esta manera, se redujo la fuerza económica de las legislaturas estatales y los tribunales locales; virtualmente se abolieron los bancos estatales y se dio al gobierno nacional

<sup>3</sup> Andrés Enríquez Molina, *Los Grandes Problemas Nacionales*, México, 1909.

<sup>4</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 95.

el control sobre la estabilidad de la moneda. Hasta los partidarios del porfirismo admiten que este nuevo poder fue usado en beneficio de intereses especiales cercanos al gobierno, pero afirman que esta acción era necesaria y benéfica. Una de las formas de favorecer a los allegados fueron las concesiones dadas a personas influyentes para fundar bancos fuera de la capital. De esta manera, Díaz consolidó su poder sobre el dinero.

La segunda acción específica se encuentra en lo referente a la tributación. En este campo, el gobierno federal intensificó su poder sobre la economía nacional, por medio de una enmienda constitucional que abolió los impuestos de ventas y las alcabalas entre los estados, que servían para que éstos obtuvieran una gran parte de sus ingresos.

El poder de cobrar dichos impuestos pasó de los estados al gobierno federal. Con esto ganó mucho la clase comercial e industrial, cada vez más poderosa, que de esta manera quedó más obligada con el régimen de Díaz.

El resultado final de la política económica del porfirismo estuvo en completo acuerdo con el sueño positivista de una sociedad gobernada por una élite privilegiada. Al proseguir su curso la dictadura, la vida económica de México quedó principalmente bajo el control de un pequeño grupo de comerciantes y financieros criollos, "quienes dominaban completamente el dinero y el crédito, controlaban las concesiones más lucrativas y pronto se convirtieron en árbitros de la prosperidad de los mexicanos".<sup>5</sup>

Durante la última década del siglo XIX, y bajo la dirección del suegro de Porfirio Díaz, este grupo se organizó formalmente y pronto tomó el nombre de "Los Científicos", como indicio de su propósito básico. De esta manera, los criollos, antiguos y recientes, se convirtieron en el núcleo del edificio de poder creado por Díaz.

Hasta ahora nuestra discusión ha demostrado hasta qué punto consolidó Díaz su poder a través del control de los medios para ejercer la fuerza y a través del desarrollo de la vida económica, en una dirección que resultaba favorable a los intereses de los grupos más poderosos de la nación. Una tercera causa de su fuerza se encuentra en el hecho de que Díaz y sus colaboradores sabían con precisión lo que querían y lo que querían lo querían con fuerza; o sea, que la política y programas del régimen se proyectaban sobre el fondo de una filosofía integral o ideología técnicamente conocida como positivismo. No es una suposición, sino un hecho comprobado, el que el positivismo proporcionó el fundamento ideológico

<sup>5</sup> Cumberland, *op. cit.*, p. 9.

sobre el que se desarrolló la época porfirista. Su influencia sobre la política del gobierno precede a la misma dictadura, y puede encontrarse su origen en la labor del notable educador D. Gabino Barreda. Barreda era discípulo de Comte, el fundador del positivismo, y creía firmemente en su doctrina. Cuando regresó a México, decidido a poner en práctica la nueva doctrina, fue designado por Juárez para organizar y dirigir la Escuela Nacional Preparatoria. Por este medio, Juárez quiso debilitar la tendencia firmemente conservadora de la Universidad Nacional. La maniobra tuvo éxito y la influencia de Barreda sobre su generación fue profunda. Díaz y la mayoría de sus colaboradores, o habían sido discípulos directos de Barreda, o estaban muy influidos por él.

Así, pues, el positivismo fue el "mito social" de la época porfirista. Como tal, tuvo las características básicas a que nos referimos anteriormente que requiere la fe sobre la que se apoya un movimiento social. En consecuencia, transformó lo que podía haber sido simplemente otra rebelión o golpe de estado en un movimiento genuino que no sólo pudo lograr el poder, sino consolidar su posición para conservarlo durante casi medio siglo. No podría exagerarse la influencia del positivismo durante el desarrollo de la dictadura de Díaz. Igualmente veremos después cómo la debilidad y la vacilación en la motivación ideológica contribuyeron de manera fundamental a la caída del régimen.

Llegamos ya al estudio del factor fundamental y final dentro del análisis de la conservación y consolidación del poder logrado por el porfirismo: la forma notable en que el dictador pudo satisfacer durante tanto tiempo los deseos y las peticiones de los grupos de intereses sobre los que descansaban su continuo ejercicio del poder. A este respecto, debemos recordar que el control de elementos de poder tales como la tierra, las armas, los instrumentos, el dinero, las ideas, resulta secundario frente a la fuente básica de todo el poder social que es el pueblo. En un sentido real, todo poder social, representado por la capacidad para tomar y aplicar decisiones efectivas, es un poder delegado. Esto resulta cierto aun cuando el derecho para ejercer el poder sea inicialmente detentado. Naturalmente que nunca participa todo el pueblo en el proceso de delegación del poder, pero siempre es verdad que la posesión del poder por un jefe o por un grupo dirigente, cualquiera que sea la forma en que lo haya logrado, es una función delegada por ciertos grupos e intereses estratégicamente importantes. Ya hemos discutido el problema de la rebelión que hay entre la estructura de clases o grupos de intereses de una sociedad y la germinación del deseo y

la determinación de apoderarse del poder.<sup>6</sup> La elevación y caída del porfirismo es un ejemplo de ello, muy instructivo de lo que decimos.

La estructura social del México del siglo XIX constaba principalmente de tres grupos: criollos, mestizos e indios. A éstos debe agregarse un pequeño grupo de extranjeros, cuyo número e importancia aumentaría grandemente bajo la administración porfirista. Numéricamente, los mestizos constituían el grupo más numeroso; los criollos el menos numeroso y los indios cerca de un 35 % del total. Pero lo que nos interesa no es el tamaño relativo de los grupos, sino la cantidad comparativa de poder que ejercían y que estaban en condiciones de delegar.

Desde este punto de vista, es incuestionable que los criollos eran los más poderosos; a cierta distancia, le seguían los mestizos; los indios carecían virtualmente de poder.

Sobre este fondo resulta interesante observar la forma en que el porfirismo trató a estos grupos: podía ignorar a los indios, ya que carecían de todo poder, y así lo hizo. Además, aceptó la noción muy difundida por entonces de que los indios eran incapaces de participar en la vida política de la nación.

En relación con esta actitud hacia el grupo mestizo, numéricamente preponderante, es importante recordar que la administración de Juárez había hecho honestos y vigorosos esfuerzos para incorporar tanto al indio como al mestizo a la estructura política del país.

Aunque en realidad estos esfuerzos tuvieron muy poco éxito con los indios, los mestizos sí avanzaron hacia el centro de las actividades y adquirieron mayor significación política. Díaz no pudo ignorar este hecho cuando ascendió al poder. Aunque se sentía naturalmente inclinado a favorecer a los criollos, no podía arriesgarse a ignorar el apoyo político potencial que residía en casi el 50 % de la población, especialmente cuando representaba a un grupo que había sido despertado e inspirado políticamente por sus predecesores. Por eso empleó a los mestizos, especialmente como administradores federales, gobernadores de los estados y oficiales superiores en el ejército. Se calcula que hacia 1910, el 70 % de la clase media mestiza estaba ya empleada en el gobierno.<sup>7</sup> No es, pues, de extrañar el que los ataques contra el porfirismo no hayan surgido de este segmento del grupo mestizo.

Puesto que el grupo criollo constituía la fuente de poder de la que dependía principalmente el porfirismo, Díaz procuraba satisfacer sus intereses de una manera bastante astuta. Los criollos tenían en común su

<sup>6</sup> Ver capt. IV.

<sup>7</sup> Francisco Bulnes, *El Verdadero Díaz y la Revolución*, pp. 42-43.

admiración por todo lo europeo y su preocupación por la buena opinión de los países extranjeros. También estaban unidos en su actitud de desdén hacia los elementos mestizos e indígenas de la población. Ya hemos visto cómo la ideología del porfirismo resultaba atractiva para este grupo, y cómo llegó a convertirlo en un apoyo seguro. Además, Díaz procuró atraerse a cada una de las tres subdivisiones principales del grupo criollo. Los criollos clericales se oponían principalmente a las medidas anticlericales de la administración de Juárez; Díaz los apaciguó dándoles a entender que no tenía intención de imponer las llamadas leyes de Reforma. Por eso la jerarquía católica estuvo siempre de acuerdo con la dictadura porfirista.

Los "antiguos criollos" eran los que provenían de las antiguas familias españolas. Puesto que gozaban ya de una participación política completa y de gran prestigio social, lo que principalmente les preocupaba era la protección de sus intereses económicos. Casi todos eran hacendados, y su apoyo se logró dejándoles el control total de sus latifundios, sin que nadie les molestara.

Los "nuevos criollos" eran familias de origen europeo que ascendieron a un plano importante durante el gobierno de Juárez y, sobre todo, a través del episodio de Maximiliano. Eran advenedizos en la política, lo mismo que en el comercio y la industria. Con verdadero talento, Díaz respondió a su deseo de tener participación en la política, nombrándolos representantes diplomáticos y concediéndoles otras posiciones semejantes, principalmente honoríficas. Pero como sus intereses básicos eran de carácter económico, Díaz se aseguró poder ejercer el poder que le habían delegado, otorgándoles concesiones especiales bastante lucrativas. Los nuevos criollos fueron los banqueros, los financieros, los industriales y los concesionarios del nuevo programa económico; muchos, lo mismo que los antiguos criollos, lograron prestigio social y ventajas económicas adquiriendo haciendas. Su posición social y económica estaba segura bajo la dictadura y, por lo tanto, los criollos no tenían motivo para condenar la falta de libertad política y sí, en cambio, suficientes razones para apoyar al régimen.<sup>8</sup>

La forma en que Díaz se ligó con estos diversos grupos constituye la explicación básica de la larga duración de su régimen. El lema de su administración "Pan y Palo" (concesiones a los partidarios y represión de los contrarios), dio buenos resultados. Mientras logró mantener esta estructura de intereses cuidadosamente equilibrados, fue invulnerable. Para poder explicarnos su caída debemos examinar los cambios que se efectuaron en la naturaleza de esta estructura.

<sup>8</sup> Cumberland, *op. cit.*, p. 6.



## CAPÍTULO VI

### DÓNDE SE GESTÓ LA REVOLUCIÓN

*Génesis de la Revolución.*—Hemos llegado a la investigación de los comienzos de la segunda Revolución Mexicana, llamada así porque la lucha que se inició en 1910 fue literalmente una renovación del conflicto que produjo el movimiento de independencia de 1810.

Los hechos históricos salientes son bastante claros. El movimiento encabezado por Francisco I. Madero culminó en una rebelión y en el derrocamiento del largo régimen de Díaz. Sin embargo, en menos de dos años, Madero fue asesinado, y pareció como si el movimiento hubiese abortado. Sin embargo, si se considera la perspectiva histórica, resulta evidente que el ascenso y la caída de Madero constituyeron la génesis de una revolución, más bien, que su fracaso. Los años comprendidos entre 1913 y 1920 fueron una especie de interludio revolucionario, durante el cual el movimiento creó nuevos líderes y reunió fuerzas para continuar la lucha. Bajo la presidencia de Obregón (1920-24) el movimiento se puso de nuevo en marcha. Aunque hubo altas y bajas subsecuentes, la tendencia general desde entonces apuntó directamente hacia la administración de Cárdenas y la realización total de la Segunda Revolución.

El objeto de nuestro estudio consiste en la interpretación de estos hechos históricos bien conocidos en relación con la génesis de la revolución y con las condiciones bajo las cuales germinó el deseo de lograr el poder. Consecuentemente, estudiaremos algo más que los hechos discretos y específicos generalmente tratados por los historiadores, como "causas" de esta otra revolución particular. Hemos fijado nuestra atención sobre los rasgos que caracterizan la génesis de la revolución que los estudios comparativos del proceso revolucionario han mostrado que son recurrentes y típicos en aquellas características con las que se pueden relacionar los acontecimientos de cualquier revolución determinada y de los cuales estos hechos históricos son manifestaciones específicas.

En resumen, nos proponemos examinar la historia de los comienzos de la Segunda Revolución Mexicana, dentro del marco teórico de referen-

cia del capítulo titulado "Aparición del deseo de apoderarse del poder" (Cap. IV). Dicho examen abarca una investigación doble de: 1, las condiciones de la dictadura porfirista que sirvieron para estimular el deseo de rebelión, y 2, Madero y su movimiento como respuesta a estas condiciones.

Anteriormente sugerimos que los hombres son empujados a la rebelión cuando existen tres conjuntos de condiciones: primero, indicamos que el armáxico de la revolución se encuentra en el desarrollo de descontento e inquietud bastante extendidos; sin embargo, agregamos que esta inquietud y este descontento se agudizan en cuanto factores que empujan a la revuelta social, sólo cuando se extienden al pueblo que se encuentra en una posición marginal con referencia a la estructura social y a la jerarquía de poder de la sociedad. Finalmente, agregamos que los hombres deben creer profundamente en la necesidad y en la posibilidad de la reforma antes de llegar a reunir el valor suficiente para rebelarse. ¿Qué es lo que encontramos cuando un análisis de este tipo se aplica a la caída de Porfirio Díaz y al ascenso de Francisco I. Madero?

Ya hemos explicado que la clave del poder de Díaz consistía en su habilidad para servir a los intereses de grupos que, siendo suficientemente fuertes, hubieran podido derribarlo. Ahora sugerimos que un error suyo a este respecto fue el factor principal que preparó la situación dentro de la que había de producirse su caída. Hay cinco puntos específicos que nos demuestran que el porfirismo fue el principal responsable de su propia caída.

Primero: el fracaso personal de Díaz. No supo en qué momento, o a quién de sus partidarios debería transferirle el poder, a fin de evitar que éste cayera en manos de sus enemigos. No hay duda de que en los últimos años de su administración, el dictador había perdido la notable agudeza que lo había ayudado a mantenerse en el poder durante tanto tiempo. Cometía errores palpables de uno o de otro tipo: no quería dejar el poder a pesar de su avanzada edad; no podía identificarse ya correctamente con los grupos cuyo apoyo necesitaba si quería continuar en el poder y todo esto era un indicio muy claro de que Díaz se había convertido en un estorbo para su propio régimen. Algunos atribuyen estos errores al proceso de envejecimiento (ya era "un viejo cansado"); pero es más probable el que su gobierno prolongado haya llegado a crearle un falso sentido de seguridad. Es más probable todavía que, con el paso del tiempo, habiendo perdido sus buenos consejeros, haya contado sólo con colaboradores de segunda clase. En cuanto había levantado su poder sobre la base del favoritismo personal, Díaz desconfiaba cada vez más de la gente a la que no

conocía desde hacía ya mucho tiempo. No supo incorporar la "sangre nueva" a la jerarquía de poder y esto es condición típica de sociedad revolucionaria y síntoma temprano de posibles dificultades. De acuerdo con esto, fueron varios los motivos que hicieron que Díaz decayera como caudillo; pero, aun así, su decadencia no pasa de ser un factor negativo en cualquier explicación de la caída de su régimen.

La pérdida de la habilidad que había poseído es menos importante que el hecho de que sus consejeros, especialmente los científicos, hayan permitido que continuara al frente del gobierno. Seguramente que no habían dejado de pensar en aprovecharse de él, o aun en conspirar para derrocarlo, si fuere necesario. No fue el temor, sino el error del juicio, lo que los perdió. Quizás también ellos, que habían envejecido junto con su jefe, habían perdido ya la capacidad para comprender la mecánica del movimiento de los hechos a los que tenía que enfrentarse, y esto a pesar de su gran devoción por la ciencia.

El fracaso de los científicos para sostener la tendencia ideológica de los primeros años del régimen de Díaz fue el segundo factor importante que contribuyó a su caída. Los científicos eran un pequeño grupo de criollos, nuevos ricos, organizados bajo la dirección de Manuel Romero Rubio, suegro del dictador. Representaban exactamente lo que indica su denominación: eran mexicanos positivistas que se proponían aplicar los principios científicos a los problemas de la administración pública. Evidentemente no había nada de siniestro en este objetivo como tal, y durante muchos años, desde que se introdujo en México la doctrina positivista, y de que aparecieron los científicos como sus exponentes organizados, la tendencia fue considerada con beneplácito.

Sin embargo, el significado que tenía el positivismo para los científicos, cuando pudieron hacer su traducción en cuanto filosofía política y programa de acción, es algo completamente distinto. Según lo expresaron a través de su partido político, la Unión Liberal, el grupo tenía la convicción básica de que la sociedad debe ser regida por las clases superiores y para beneficio de las mismas. Como corolario de esta convicción, vieron con desconfianza a quienes consideraban inferiores: a las masas mestizas e indígenas. Una característica particularmente infortunada de ellas fue su excesiva admiración por todo lo extranjero, y los privilegios, exagerados que la administración concedió a los intereses extranjeros. Esto fue lo que le hizo perder el apoyo de todos aquellos que participaban en el creciente espíritu nacionalista que se desarrolló a fines del siglo XIX.

Los científicos también estaban convencidos y lograron convencer a

Porfirio Díaz de que el bienestar nacional y su propia prosperidad eran sinónimos. A medida que transcurría el tiempo se afianzaban en su determinación de controlar el gobierno durante toda la vida de Díaz y de asegurarse dicho control después de su muerte. Aunque inicialmente habían creído en cierto tipo de democracia limitada (con el sufragio restringido desde luego a las clases superiores), después se convirtieron en francos partidarios de la dictadura, ya que era la forma de gobierno que mejor protegía sus intereses. Esta creencia se vio robustecida a causa de que algunos miembros de su propia clase que no habían sido admitidos al círculo interior de los científicos, habían comenzado ya a discutir su influencia en la administración. En vísperas de la revolución, los partidarios de Díaz estaban divididos en dos fracciones: los pro-científicos y los anticientíficos, violentamente opuestas entre sí. Así, pues, los científicos tenían más interés en conservar el poder para sí mismos, que en emplear los principios científicos en interés del pueblo, y se enredaron tanto en esta lucha personal, que permanecieron ciegos ante las realidades políticas que los rodeaban sin comprender los síntomas de peligro. Para ellos, la revolución en ciernes no era más que una lucha de facciones, entre los miembros de la clase superior. Mientras tanto, en todos los sectores sociales crecía el odio contra ellos. En resumen, que aunque seguían controlando a Díaz, habían perdido a muchos de sus más fieles partidarios. Resulta exacto decir que los científicos arrastraron a Díaz en su caída y no Díaz a los científicos.

El no haber podido conservar el apoyo de los mestizos fue el tercer elemento que contribuyó al colapso del gobierno de Díaz. Este fracaso puede considerarse como una receta más de la torpeza de los científicos, pues fueron ellos los que influyeron sobre el anciano dictador para que éste aumentara sus favores a los criollos a expensas de los mestizos. Inevitablemente, el equilibrio de beneficios que Díaz había establecido en los primeros años de su gobierno, se trastornó. El descontento que esto provocó se vio intensificado por el hecho de que en cuanto los mestizos constituían el grupo en que más se habían difundido las doctrinas del nacionalismo, se sentían profundamente ofendidos por verse desplazados en los consejos del dictador por los criollos europeizados.

Otro fracaso de la dictadura fue que no pudo obtener el apoyo del grupo cada vez más numeroso de trabajadores industriales. Evidentemente, la doctrina de que el desarrollo de la ciencia y de la tecnología es sinónimo de progreso, significaba que se estimularía la industrialización en México. Sin embargo, parece que los abogados de la industrialización de

las zonas subdesarrolladas no comprenden que dicha industrialización significa aumento en la habilidad, la riqueza, el poder y la organización, por parte del trabajo organizado. Esperan siempre que las industrias se desarrollen fincándose sobre la explotación del trabajo barato, sin que los trabajadores "se salgan de su lugar" y se vuelvan molestos. Los acontecimientos de México no fueron una excepción a esta regla. Tanto los criollos antiguos como los nuevos, o sean los industriales y los terratenientes, querían conservar sus antiguas fuentes de trabajo barato, dominando a la gran masa de peones indios y mestizos, analfabetas y miserables. Pero no podían seguir teniendo sometidas a esas masas y, además, progresar. Aunque los primeros esfuerzos para organizar a los obreros, al principio del régimen porfirista tuvieron poco éxito, y a pesar de que los grupos favorecidos de la sociedad mexicana se preocupaban muy poco por las condiciones de vida de la clase trabajadora, llegó el momento en que había que enfrentarse a estos problemas. Sin embargo, ni Porfirio Díaz, ni los científicos parecieron comprender nunca la necesidad de incorporar a los trabajadores industriales a la estructura de poder de la nación.

Finalmente, y lo que es más grave, el gobierno de Díaz no pudo seguir sosteniendo su política agraria. Detrás de este problema se encuentra "el problema de la tierra", que a su vez estaba profundamente enraizado en el sistema de propiedad de la tierra introducido en México por los conquistadores, quienes a su llegada encontraron en la población indígena una vida comunal que contrastaba profundamente con las ideas españolas sobre la posesión de la tierra, e inyectaron los principios feudales de la "encomienda" y el "repartimiento", elementos básicos de la "hacienda" que posteriormente habían de convertirse en características económicas de México. La relación entre estos dos sistemas de propiedad de la tierra había de perjudicar a la nación durante muchos años.

Durante los tres siglos de dominio colonial, el latifundismo (o sea la economía basada en la posesión de grandes extensiones de tierra) se convirtió en la forma dominante de propiedad de la tierra en México. Aun cuando dejó muy deprimidos la agricultura y el trabajo agrícola, el sistema no se sometió a serio examen sino hasta la época de la lucha por la independencia, y aun entonces sólo por una minoría muy reducida de los jefes revolucionarios. No fue sino hasta la época de Juárez cuando el gobierno emprendió honestamente la tarea de actuar de acuerdo con la convicción de que el latifundismo y la democracia no pueden coexistir y de que una estructura social democrática requería una base diferente. Las leyes de la Reforma y la Guerra de Reforma fueron los medios a través de los cuales

el gobierno de Juárez trató de lograr dicho objetivo. El movimiento de Reforma, encaminado a romper el sistema de haciendas en favor de un sistema de propiedades individuales más reducidas, tuvo dos consecuencias de importancia para nuestro estudio. Por una parte, aumentó notablemente el número de rancheros, o pequeños terratenientes, generalmente mestizos, y esa forma de propiedad —el rancho— quedó superimpuesta a la hacienda y al ejido. Los rancheros constituían uno de los grupos a quienes Díaz cortejó durante los primeros días de su consolidación en el poder, y cuyo apoyo perdió posteriormente por seguir los consejos de los científicos. Por otra parte, el sistema de las haciendas, que había continuado funcionando, se extendió más y surgió un nuevo tipo de hacendado, el nuevo criollo, que casi siempre había conseguido sus tierras por medio de la confiscación y distribución de las propiedades de las facciones políticas derrotadas en la guerra de Reforma y durante el gobierno de Maximiliano. Este grupo llegó a ser uno de los principales apoyos de la administración porfirista.

Éstos eran los elementos que constituían la posesión de la tierra cuando Díaz llegó al poder. ¿Qué política agrícola formularon él y los científicos con el fin de tratar a estos diferentes grupos? En primer lugar, en su entusiasmo por el progreso tecnológico, no concedieron la importancia debida al hecho de que México era y seguiría siendo, durante mucho tiempo, un país predominantemente agrícola. Por lo tanto, cometieron el error de no hacer casi nada para mejorar ni el volumen de la producción agrícola ni las condiciones de vida de los trabajadores del campo. Los aumentos de producción que se presentaron como consecuencia de las innovaciones tecnológicas se agotaron a través de las exportaciones de los criollos extranjerizados y reportaron muy pocos beneficios a los indios y mestizos.

Aún más desastroso resultó el programa legislativo formulado por esa administración. Como indicamos anteriormente, la política agrícola del período de Juárez iba aumentando en contra de los grandes terratenientes, de los antiguos criollos y de la Iglesia, y no contra los ejidos de los indios. Precisamente debido a que la política de Juárez tenía una orientación democrática, las tierras indígenas quedaron exentas de las medidas dictadas en las Leyes de Reforma. Pero las leyes agrícolas resultaron ser una espada de dos filos. Mientras eran administradas por hombres de buena voluntad, llenaban muy bien su función deliberada y sistemática de la población agrícola indígena y mestiza. Primero se lanzó una serie de decretos por medio de los cuales se podía disponer de las tierras ejidales. Se suponía que la tierra pasaba a manos de un proletario indígena, pero era frecuente que dicha posesión pasara a manos de los que tenían mayor habilidad para

hacerse de propiedades, y entonces el indio, despojado, se veía obligado a buscar trabajo en las tierras de algún hacendado.

Otro medio por el que se favoreció el latifundismo fue la aprobación de varias leyes de mensuramiento. De acuerdo con ellas, los individuos y las compañías deslindadoras de las tierras nacionales podían apropiárselas. De esta manera, los indios y mestizos perdieron millones de hectáreas.

La última ley de deslindamiento de tierras, dictada en 1884, presenta una interesante variedad de esta práctica. De acuerdo con dicha ley, cualquier extensión de terrenos cuyos títulos de propiedad no fueran claros podía ser declarada del dominio público y puesta en venta según el precio que se le fijara. Para dar una apariencia de justicia a esta ley, se especificaba que el que la comprara tenía derecho de prioridad para adquirirla. Sin embargo, toda la estructura legal y financiera estaba destinada a favorecer a los grandes terratenientes, y el pequeño propietario raras veces podía reunir el dinero necesario. Por estos medios, tanto los aldeanos como los rancheros quedaron privados de grandes extensiones de terreno. Se calcula que casi dos y medio millones de acres de tierras cultivables fueron adquiridos en esta forma.

El resultado neto de esta medida gubernativa fue sorprendente. Hacia 1910, al iniciarse la revolución, aproximadamente el 85 % de la tierra estaba controlada por un 1 % de las familias. Además, los nocivos efectos económicos de esta centralización se intensificaron por el trato que se daba a los peones que habían sido desposeídos de sus tierras y arrojados a las haciendas. En una palabra, los dueños de las plantaciones y los capataces los trataban como a esclavos, y esto era lo que eran en realidad, aunque no por definición legal.

Los efectos que esta política agraria tuvo sobre la estructura del poder del régimen de Díaz fueron diversos. De los trabajadores agrícolas no surgieron protestas efectivas, pues, aunque descontentos, oprimidos y explotados, no se rebelaron. En cuanto a las clases superiores, los antiguos criollos y los clérigos se sentían satisfechos, aun cuando no eran entusiastas partidarios del régimen, y no protestaban porque sus posesiones estaban intactos. Los nuevos criollos y los extranjeros, que eran los principales beneficiarios del programa agrícola, siguieron siendo los más decididos partidarios del régimen.

Las protestas verdaderamente importantes vinieron de los humanistas e intelectuales, cuya indignación se despertó ante la despiadada explotación de los trabajadores agrícolas e industriales. De entre ellos surgieron los jefes para las masas amorfas de peones, y bajo su dirección se

inició la campaña de agitación y propaganda. Como veremos posteriormente, este ataque representó una falta de apoyo en un momento crucial para la estructura de poder. Significó que los ácidos de la teoría intelectual y de la preocupación moral corroían los fundamentos ideológicos de la Dictadura.

Sobre este fondo surgió y se desarrolló la inquietud y el descontento. A través de un proceso tan lento e imperceptible como el de la enajenación, los principios del descontento se encuentran muchos años antes de que se considerara posible un movimiento de resistencia o de rebelión. En las primeras etapas del movimiento (hacia 1890), las peticiones de reformas en favor de los intereses nacionales se dirigían hacia las clases superiores y dirigentes. Algunas de estas sugerencias eran proposiciones de mejoramiento relativamente moderadas para que se establecieran mejoras políticas dentro del marco general de referencia de la estructura social existente. Otras, de naturaleza mucho más drástica, pedían cambios básicos en el *status quo*.

La labor de hombres como Roberto Esteva Ruiz, Juan Pedro Didapp y Francisco Bulnes, puede considerarse como típica del primer punto de vista. Esencialmente, se sentían indignados por la forma y los medios que Díaz y sus consejeros habían empleado para apropiarse del país como si fuera su propiedad personal. Su programa consistía en un gobierno de leyes y orden, basado en el libre ejercicio de la franquicia y de una representación adecuada. Ésta fue una manifestación primitiva de lo que posteriormente había de tomar forma en el movimiento encabezado por Madero, bajo el famoso lema "Sufragio Efectivo y no Reección".

El segundo punto de vista estuvo representado vigorosamente por Heriberto Frías, Alberto Santa Fe, Wistano Luis Orozco y los hermanos Flores Magón, Enrique y Ricardo. La novela de Heriberto Frías, intitulada *Tomochic* (1892), se inspira en las depredaciones del gobierno sobre las personas y las tierras de los indios tarahumaras en el estado de Chihuahua. El autor dice que la causa de los indios debería convertirse en el núcleo de una fuerte nación mexicana. El que el tema era popular en su época, queda demostrado porque el libro alcanzó cinco ediciones durante los años que duró aún el general Díaz. Santa Fe, al través de su obra sobre *La Revolución social*, se convirtió en uno de los primeros difusores de las teorías políticas radicales de la Europa del siglo XIX. Orozco acusó a la administración de haber descuidado a las masas y alegó que la miseria en que vivían era tanto una responsabilidad moral del gobierno como una necesidad económica; propuso la distribución de las tierras públicas y la

repartición de las grandes haciendas, cuyo tamaño enorme impedía un uso eficiente de todas las tierras.

El más importante y más efectivo de todos estos conductores fue Ricardo Flores Magón. Desde el momento en que por primera vez atrajo la atención nacional en 1892 hasta que su movimiento sindicalista fue suplantado por la Confederación Regional Obrera Mexicana (organizada en 1918 por Luis Morones), fue una fuerza dominante dentro del joven movimiento obrero mexicano e hizo mucho para que su importancia aumentara hasta adquirir carácter nacional. Desde 1902 había comenzado a convocar a una convención de Clubes Liberales, en la cual presentó acusaciones directas en contra del presidente, razón por la cual fue arrestado. Organizó un partido político y publicó un periódico, la *Regeneración*, como medio de propaganda. Inspirado por el sindicalismo, pensó que los objetivos que buscaba podrían prolongarse mejor a través de uniones obreras que por medio de actividades políticas. En forma concreta, pidió una revisión del sistema de propiedad de la tierra en interés de los indios y los peones. Para los trabajadores industriales pedía mayores salarios, mejores condiciones de trabajo y una jornada más corta, defendiendo la huelga general y el *boycot* como instrumentos para lograr esos objetivos. En toda su carrera, Flores Magón estuvo sujeto a las más duras persecuciones y pasó un gran período en el exilio. A pesar de estas penalidades, permaneció fiel a su objetivo como propagandista y agitador que buscaba lograr una revolución. Su papel queda sintetizado en el título que puso a uno de sus artículos, "Sembrando ideas", ya que en realidad fue eso: un sembrador de ideas. Ricardo Flores Magón tiene una gran significación, por cuanto su propaganda iba dirigida no a las clases superiores, y a los intelectuales en representación de los trabajadores, sino a éstos mismos, como representantes de sus propios intereses.

A fines de siglo se notó un gran aumento de los periódicos semanarios, pequeños y baratos, escritos para las clases trabajadoras y con duras críticas hacia el gobierno. Esta difusión de propaganda dio muy buenos resultados, pues a través de ella un estado psicológico encontró expresión verbal. Unió a los individuos dispersos en una sola conciencia y los transformó en una unidad, preparándolos para la acción.

Esta acción no se hizo esperar mucho tiempo. Los primeros sindicatos comenzaron a aparecer en la última década del siglo XIX. El primer conflicto obrero violento estalló en Cananea con la huelga de los mineros del cobre, en 1906. Aparte de las demandas comunes relacionadas con salarios, horas y condiciones de trabajo, los mineros pedían también que mexicanos

y estadounidenses tuvieran los mismos salarios, cuando hicieran el mismo trabajo, y que hubiera por lo menos un 75 % de mexicanos en las minas. La huelga fue sofocada con la fuerza bruta y sus dos principales figuras. Manuel Diéguez y Esteban Calderón Baca, fueron aprehendidos. Resulta significativo el que, poco después de la huelga, Ricardo Flores Magón, entonces en el exilio, publicara su primer manifiesto para convocar a una rebelión contra el gobierno. También es significativo que los dos mineros, Diéguez y Calderón Baca, participaran posteriormente en el movimiento revolucionario como generales del ejército de Carranza.

La huelga de Cananea fue seguida por muchos disturbios, incluyendo numerosos intentos abortados de levantamientos revolucionarios. En medio de una atmósfera de creciente resentimiento por parte de los trabajadores y de represión intensificada por parte de los patrones, los huelguistas de varios centros obreros hicieron un llamamiento al gobierno para que interviniera como árbitro en las disputas. Díaz accedió a esta petición y dio a entender a los líderes obreros que la decisión sería en su favor. Pero lo que hizo fue apoyar a las compañías de casi todos los puntos. Los hombres de la fábrica de Río Blanco, en Veracruz, respondieron con un estallido de violencia, en que hubo motines y saqueos. El gobierno intervino inmediatamente y las tropas federales mataron y ejecutaron a cientos de huelguistas antes de dominar los disturbios. Estas feroces medidas hicieron desaparecer el peligro de futuras huelgas, pero la falsedad y la brutalidad de la administración sólo sirvieron para aumentar la hostilidad de los trabajadores, que cada vez se alejaban más del régimen. Además, el gobierno, que no se daba cuenta de la importancia estratégica del creciente movimiento obrero, había puesto involuntariamente los fundamentos del indigenismo y el paternalismo obrero que posteriormente han caracterizado las etapas subsecuentes de la historia mexicana.

Dejaremos aquí la somera discusión de la forma en que la administración de Díaz se alejó de los grupos de cuyo apoyo dependía.

A este respecto debemos recordar dos cosas: primero, debe tenerse presente que no alegamos que el fracaso de Díaz y de los científicos en cuanto a percatarse de que se alejaban de los grupos que componían la estructura social de la nación fuera el único y ni siquiera que haya sido el principal factor que le hizo caer del poder; por el contrario, sostenemos que los cinco errores que hemos discutido dieron por resultado a que se desarrollara un típico almácigo de descontento en el cual las decisiones para lograr el poder por medios violentos fermentaron y se reprodujeron. Tampoco decimos que la inquietud y el descontento fueran las causas di-

rectas de la germinación de la conducta revolucionaria. Todo lo que sugerimos es que dichas condiciones fueron prerequisites necesarios para cualquier intento de cambiar el poder. Pero tuvieron un papel pasivo, que consistió en permitir y no en ordenar. Tuvieron que presentarse otros factores antes de que Francisco I. Madero pudiera desatar la revolución de 1910 por medio de la publicación de su Plan de San Luis Potosí.

*Voces contra la dictadura.*—Un factor más en la secuencia causal de la conducta revolucionaria fue la aparición de un grupo marginal. Como ya indicamos, dicho grupo se forma en cualquier sociedad que se caracteriza por tres conjuntos de condiciones íntimamente relacionados.<sup>1</sup>

Primero, el grupo marginal, se produce cuando los miembros de un grupo explotado siguen siendo explotados y discriminados, aun después de haber logrado una notable mejoría en su condición económica y educativa. Segundo, cuando existe una separación entre el poder económico y el poder político marginal a causa de que su creciente importancia económica no va acompañada de una ampliación similar en su poder político y en prestigio social. Tercero y último, los grupos marginales aparecen cuando los hombres de capacidad son excluidos de las posiciones de prestigio en la vida pública, sencillamente a causa del grupo o clase al cual pertenecen. Es un hecho muy importante el que este grupo marginal llega a infectarse del descontento e inquietud que caracteriza a las sociedades prerrevolucionarias. De estos "hombres marginales" es de donde ha salido la dirección para la acción revolucionaria.

Así llegamos a plantearnos las siguientes interrogantes: ¿Se encontraba presente uno de estos grupos marginales en la sociedad mexicana durante los últimos días del gobierno porfirista? De ser así, ¿quiénes lo componían?

La discusión que presentamos anteriormente sobre la forma en que Díaz perdió el poder nos facilita el camino para hallar una respuesta. La administración porfirista falló justamente en esto: produjo un grupo marginal y creó el apoyo intelectual necesario para el mismo. En otras palabras, la política de Díaz y de los científicos estaba fatalmente calculada para crear las condiciones bajo las cuales se forma un grupo marginal.

La renuencia de Díaz para ocupar a personas distintas de sus antiguos consejeros de confianza y la determinación de los científicos de conservar el poder significó que solamente el sector procientífico del grupo de los nuevos criollos y de los inversionistas extranjeros podía tener una parti-

<sup>1</sup> Véase el Capítulo IV.

ción importante en la estructura de poder de la administración. Los viejos criollos, los clérigos, los nuevos criollos anticientíficos, los mestizos y los indios quedaban excluidos. Los antiguos criollos y los clérigos no fueron empujados hacia una posición marginal porque sus intereses no se vieron amenazados por la administración. En forma similar, y por injusta que parezca, las colocó en una posición marginal porque no tenían ningún deseo de participar en la administración. En este sentido, sus intereses no se sintieron amenazados. Pero, como ya dijimos, la exclusión de los nuevos criollos anticientíficos y mestizos los colocó en una situación marginal, porque, como hombres de capacidad que tenían grandes deseos de compartir el poder político, se encontraban discriminados, solamente por pertenecer a un grupo o clase distintos.

Además, desde la época de Juárez los mestizos ciertamente habían vivido en las otras dos condiciones que conducen a la marginalidad. Representaban más o menos la mitad de la población, y continuaban siendo objeto de explotación, a pesar de haber obtenido el derecho a alguna consideración como ciudadanos y tenían un sentimiento de estar al margen de los acontecimientos al perder bajo el gobierno de los científicos la situación que habían logrado con Juárez y durante los primeros años del porfiriato. Con el transcurso del tiempo, resultó evidente el que su creciente importancia económica no estaba de acuerdo con su posición política o social. Esto se aplica principalmente al grupo de trabajadores industriales que crecía muy rápidamente. El gobierno de Díaz tuvo muchas oportunidades para hacer que este grupo se integrara dentro de la estructura de poder de la nación; pero no quiso hacerlo deliberadamente. Es muy posible que esta administración comprendiera muy bien que su política obrera y agraria la separaría de los elementos mestizos de la población. Lo que no tuvo en cuenta por el hecho de que la mayor importancia económica del grupo hacía que esta continua discriminación no sólo resultara indebida, sino virtualmente imposible. Esto no podía dar otro resultado que la determinación para derrocar al gobierno.

Los nuevos criollos y los mestizos anticientíficos fueron dos factores importantes del grupo marginal que se formó bajo la dictadura. Un tercer elemento, del que Francisco I. Madero es un buen ejemplo, estuvo representado por los humanitarios e intelectuales que habían sido rechazados por la administración. Como criollo, Madero se irritaba ante el carácter no representativo del gobierno, lo cual pensaba remediar por medio del principio de "sufragio efectivo y no reelección". Como humanitario, se mostraba indignado por las injusticias que se acumulaban sobre las sufridas

masas. Aunque pudo estar equivocado, de todos modos fue sincero en su creencia de que las reformas políticas efectivas eran un prerrequisito necesario para las reformas económicas y sociales. De cualquier manera, fue un miembro representativo de un grupo muy influyente que había sido empujado a una posición de marginalidad frustrada de la política de la administración, y que cada vez aumentaba sus ataques sobre la misma.

Así, pues, no fue un "accidente histórico" el que los caudillos de la segunda Revolución Mexicana surgieran de estos elementos de la población. Su dirección fue función de la marginalidad en que habían sido colocados. La verdad de todo esto queda demostrada por la analogía histórica. En la primera Revolución Mexicana, tampoco fue accidental que casi todos los caudillos fueran criollos. También ellos constituían un grupo marginal en ese período y su dirección fue también función de su marginalidad. En el siglo intermedio, surgió un nuevo grupo marginal para exigir una participación inmediata en la estructura de poder de la nación. Los mestizos habían reemplazado a los criollos. La dramática significación de la administración de Juárez consistió en haber reconocido la aparición de dicho grupo y en haberse esforzado por hacer algo para resolver sus necesidades. Por el contrario, la tragedia de la dictadura de Díaz fue que, bajo la influencia de los científicos, olvidó su primitiva política de acercamiento hacia los mestizos, quiso hacer retroceder las tendencias históricas puestas en movimiento por Juárez y discriminó a aquellos a quienes su predecesor había dado participación en el gobierno. Al hacerlo así, hizo revivir el proceso de formación de un grupo marginal, y preparó el camino para su propia caída. En un sentido profundo, el colapso de su régimen fue "así de sencillo". En un sentido profundo, la explicación del mismo no es mucho más compleja.



## CAPÍTULO VII

### ASPECTOS IDEOLÓGICOS Y DE JEFATURA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

En un capítulo anterior intitulado "Cuando los hombres alcanzan el poder",<sup>1</sup> indiqué que era ingrediente necesario para que surgiera la determinación de apoderarse del poder lo que ahora se llaman popularmente "consideraciones ideológicas". Anteriormente este tema se hubiera tratado bajo el título de "creencia o fé". Pero, como ya dijimos en el artículo anterior, en el análisis crítico de los movimientos revolucionarios, comenzamos apenas a reconocer el terreno y todavía nos mostramos un poco reacios a admitir la importancia capital de dichos factores.

Sin embargo, la evidencia obliga a reconocer el hecho de que cada sociedad está sostenida y apoyada por un conjunto de creencias acerca de cómo debe ordenarse la vida social. Y lo que es más importante, tal parece que ninguna sociedad puede sobrevivir a la falta de fe en sus soportes ideológicos, y que tampoco puede emprenderse la tarea de la reconstrucción social sino hasta que se ha forjado un nuevo conjunto de creencias.

Lo anterior subraya la significación de un "síntoma-clave" que frecuentemente se descubre cuando la cercanía de una revolución es evidente. Se ha observado que los levantamientos revolucionarios han sido precedidos por un período relativamente largo de conflicto ideológico agudo y profundo. Este conflicto se crea porque una cantidad considerable de personas cuyas opiniones, expresadas en discursos y escritos, influyen sobre el pensamiento de sus partidarios, se infectan de descontento sobre las condiciones de su sociedad e inician un proceso de evaluación crítica de sus supuestos y valores básicos. A sus ataques responden los interesados en defender el *statu quo*.

Si el período de discusiones que así se inicia ha de contribuir a un futuro levantamiento revolucionario, ha de convertirse en lo que se ha llamado "transferencia de adhesión de los intelectuales", y que consiste en que en el curso del debate sobre los males de la sociedad, los

<sup>1</sup> Se trata del cuarto capítulo de la Primera Parte.

llamados "intelectuales" pierden la fe en la ideología de su sociedad y, a través de un proceso de crítica y reflexión, desarrollan un nuevo conjunto de creencias hasta el cual transfieren su apoyo.<sup>2</sup>

La nueva fe forjada así al calor de la discusión y del debate, a semejanza de su predecesora decadente, debe tener cuatro características:

1. Afirmar la convicción de que lo que los revolucionarios potenciales quieren hacer, lo deben hacer, porque en cierta forma se encuentra de acuerdo con la naturaleza de las cosas.

2. Representar un esfuerzo para establecer una especie de norma del nuevo orden social.

3. Presentarse como una forma de vida considerada como realizable en un futuro próximo.

4. Tener el poder de transformar las vidas de los que creen en ella.

Si el tiempo y el espacio lo permiten, un estudio de la historia ideológica de la Revolución Mexicana resultará muy útil, pero también bastará una breve recapitulación.

La Revolución Mexicana de 1810 fue lo mismo que otros levantamientos semejantes en toda la América Latina, una fase de la conmoción social representada por las revoluciones americana y francesa y por los esfuerzos abortivos de revolución realizados en la Península Ibérica durante los primeros años del siglo XIX. No empequeñece a ninguno de los movimientos específicos el indicar que todos tenían las mismas fuentes ideológicas. Todos se proyectaron en defensa del postulado de que el poder y la soberanía deberían ser arrancados a los monarcas y concedidos al pueblo.

En México, lo mismo que en otras partes, este rompimiento con el pasado ideológico fue precedido por un largo período de discusión que culminó en la típica transferencia de adhesión por parte de los intelectuales. La siguiente es una excelente reseña del mencionado proceso:

"Al iniciarse el siglo XVII, los criollos y mestizos habían llegado a considerarse como un grupo aparte, y daban ya muestras de un fuerte espíritu nacionalista. Este grupo resintió profundamente el comentario del mar-

<sup>2</sup> Para un análisis de este aspecto del proceso revolucionario consúltese Edwards, L. P.: *The Natural History of Revolutions*. Imprenta de la Universidad de Chicago, 1937, pp. 36-63. Brinton, Crane: *The Anatomy of Revolution*, W. W. Norton, 1938, pp. 52-63, y Hopper, Rex. D.: "El proceso revolucionario", *Revista Mexicana de Sociología*, mayo-agosto de 1948. (\*) Publicado también en español por el Fondo de Cultura Económica.

qués de Croix cuando, como virrey de la Nueva España replicó a las críticas hechas al decreto de expulsión de los jesuitas, diciendo que 'los vasallos del rey habían nacido para callar y obedecer'. Como no podían hacer otra cosa, los criollos y mestizos, 'se callaban y obedecían' por lo que se refería a la oposición abierta. Pero clandestinamente, alegaban y discutían mucho. Todas estas discusiones, el espíritu de inquietud que dominaba, el sentimiento de resistencia que se notaba en todas partes y hasta los levantamientos que se realizaban eran los indicios reveladores de oposición contra el régimen establecido, y de un profundo deseo de que cambiaran las cosas.

"Precisamente eran los grupos de criollos y mestizos los que formaban las clases intelectuales en la Nueva España... A pesar de los grandes esfuerzos de la Inquisición, la emancipación intelectual, que era consecuencia necesaria de la emancipación política, seguía progresando. Los intelectuales mexicanos estaban inquietos y muy poco satisfechos; en todas partes se notaba una acre fermentación que no tardó mucho en estallar en rebelión abierta...

"Naturalmente que este estado de ánimo afectó profundamente a la literatura mexicana, cuyo carácter fue casi totalmente político. Todo el mundo hablaba y escribía ya en favor, ya en contra, de los decretos del régimen establecido: proclamas, edictos, manifiestos, discursos, llovían sobre la cabeza del pueblo. Los prosistas se dedicaron casi exclusivamente a los asuntos políticos y la poesía asumió un carácter que era de esperarse en una atmósfera tan cargada de conflicto." <sup>3</sup>

Hacia mediados del siglo xviii, todo un grupo de hombres estaban dedicados con todo empeño a minar los fundamentos mismos del régimen colonial con sus vitriólicos ataques. El filósofo Benito Díaz de Gamarra, el físico, José Antonio Alzate, el jurista y geólogo Francisco Javier Gamboa, el astrónomo Joaquín Velázquez de León, el arqueólogo Antonio León Gama, el matemático José Ignacio Bartolache y el botánico José Mocino, eran los dirigentes del asalto. Como indica González Peña, éstos fueron los que abrieron el camino de la nueva orientación intelectual. "Con la introducción de la filosofía de la Europa del siglo xviii, ya fuera a través de los libros o de los individuos que habían estudiado en Europa y regresaban a la colonia, las aspiraciones que habían estado en la mente de los hombres durante mucho tiempo comenzaron a tomar forma, y un nuevo día alboreó." <sup>4</sup>

Los primeros años del siglo xix vieron el auge del período de dis-

<sup>3</sup> González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura Mexicana*, p. 121.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, pp. 151-52.

cusión. En todas las zonas del pensamiento, continuaba la batalla, y hombres como Agustín Fernández de San Salvador —un publicista por realista—, Francisco Severo Maldonado —un escritor que cambió de bando en más de una ocasión—, Fernando Teresa de Mier —un revolucionario que adquirió fama como artista de la escapatoria debido a su habilidad para salir de las reales cárceles— y José Fernández de Lizardi, mejor conocido por su nombre de pluma de “El Pensador Mexicano”, fueron notables protagonistas en esta lucha.

Todo esto condujo a la prematura proclamación de la Independencia hecha por el Cura Miguel Hidalgo, el 16 de septiembre de 1810. A su famoso Grito de Dolores: ¡Viva la Independencia! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!, respondió una lluvia de folletos, algunos firmados, pero la mayoría anónimos, los cuales eran:

“Generalmente en forma de diálogo, artificio de que se servía el autor para decir lo que quería por medio de personas imaginarias. A veces hablaba por boca de un sacerdote, o podía tratarse de una conversación entre una mujer, su marido y un soldado. Los realistas se mostraban especialmente ingeniosos en sus esfuerzos para hablar al pueblo. He aquí algunos títulos de los folletos que lanzaron: ‘Cartas patrióticas de un padre a su hijo referentes a la conducta que debe observar hacia los sediciosos insurgentes; Un ensayo cristiano-político acerca de la necesidad de impedir la difusión de la discusión; Un mensaje a los indios acerca de lo mucho que deben a los españoles; y, finalmente, el título de un ataque directo sobre el Cura Hidalgo: Historia de un Nuevo Duelo, representada por esos valientes locos, Don Quijote y Sancho; un diálogo poético entre un patrón y su criado, destinado a mostrar cuán peligroso es el actual movimiento revolucionario y cuán ridículos son los esfuerzos de Hidalgo y sus compañeros.

“En la prensa, la batalla continuó también al lado de la aparición de numerosos periódicos semanales de corta duración. Los revolucionarios fundaron una revista titulada *El Ilustrador Americano* y los realistas contestaron con *El Verdadero Ilustrador Americano*. Otros periódicos importantes fueron *El Pensador Mexicano*, editado por Joaquín Fernández de Lizardi, y una publicación fundada por Carlos María de Bustamante, titulada *Juguettillos*.”<sup>5</sup>

Aunque México ganó la lucha militar por su independencia, el conflicto ideológico permaneció vivo. El Primer Congreso Nacional que se reunió en la ciudad de México en 1822, con el fin de determinar la for-

<sup>5</sup> *Op. cit.*, parte III, caps. 1-3.

ma de gobierno para la nueva nación, fue una mezcla de fuerzas profundamente opuestas, todas presentes para imponer sus términos irreconciliables. En estas circunstancias, cualquier esperanza de construir una estructura social democrática quedó sumergida bajo las olas del faccionalismo y la reacción. Muchos mexicanos de la época seguramente habrían estado de acuerdo con Simón Bolívar cuando dijo que los que habían servido a la revolución "habían arado en el mar". La nación tuvo que soportar el absurdo imperio de Agustín de Iturbide (1822-23) y veinte años de dictadura de Antonio López de Santa-Anna (1834-54), antes de que los objetivos de la revolución recibieran nuevamente el sincero apoyo de una efectiva dirección. Las Leyes de Reforma, de la época de Juárez (1854-72) proporcionaron la base legal para un programa destinado a hacer posible que México ocupara su lugar entre las naciones que habían sufrido las revoluciones democráticas de 1776 y 1789. Mucho se había ganado, pero nuevamente las aspiraciones democráticas fueron sepultadas bajo la oligarquía de la dictadura de Díaz (1873-1910).

La orientación ideológica antidemocrática del régimen administrativo de Díaz es tan bien conocida que no es necesario discutirla. Lo interesante a este respecto es el hecho de que la caída inminente del régimen de Díaz fue pronosticada por el constante aumento de los ataques que se le lanzaban a principios del nuevo siglo. Impensadamente, el dictador mismo contribuyó a la intensificación de las discusiones políticas con la famosa entrevista que concedió a James Creelman, un periodista americano. En dicha entrevista, Díaz afirmó categóricamente su determinación de retirarse cuando terminara su período, y alentó la formación de un partido de oposición. Cualquiera que haya sido la idea de Díaz al conceder dicha entrevista, los contrarios a su régimen le tomaron la palabra. El resultado fue una verdadera inundación de publicaciones sobre temas políticos. Al ir tomando forma, la oposición ideológica pudo dividirse en tres grupos principales cuyas posiciones hay que describir más que señalar.

El primer grupo, generalmente designado como el de los liberales, estaba compuesto por quienes se oponían a la administración de Díaz, principalmente por causas políticas. No acataban las bases mismas de la economía política mexicana como habían quedado establecidas en la Constitución de 1857; su resentimiento y sus ataques se dirigían contra el gobierno por su fracaso en la realización y aplicación de lo indicado en dicho documento, especialmente lo relativo a los procedimientos políticos democráticos; más específicamente, se oponían al hecho de que Díaz y sus partidarios se mantuvieran indefinidamente en el poder, impidiendo drás-

ticamente la participación en los asuntos del régimen de todo elemento exterior y ahogando cualquier posibilidad de oposición efectiva. Para ellos, el lema de Díaz de "Pan y Palo" no era suficiente. En su mayoría la dictadura los había proveído suficientemente de pan. Y no tenían motivo de queja en ese aspecto. Pero ni siquiera el "largo garrote" de Díaz pudo reprimir completamente su deseo de tener voz en el gobierno. Juan Pedro Didapp y su famosa obra *Explotadores políticos de México*, es representativo de este grupo ideológico. Tenían la firme convicción de que las reformas políticas eran prerequisite necesario para las reformas socio-económicas. Su inspiración ideológica les venía del constitucionalismo, el igualitarismo y el individualismo desarrollados en los siglos XVIII y XIX en Inglaterra y en los Estados Unidos de América. Sus aspiraciones fueron finalmente canalizadas por la dirección de Madero y su famoso lema, "Sufragio Efectivo y No Reelección".

El segundo grupo, generalmente caracterizado como "el de los radicales", estaba formado por los hombres cuyas críticas al gobierno se basaban principalmente en consideraciones económicas. Encontraban que las proposiciones de mejoramiento que hacían los liberales resultaban completamente inadecuadas. Consideraban que era una ingenuidad conceder la prioridad a las reformas políticas, pues de acuerdo con su punto de vista, debían tener preferencia las reformas económicas básicas. Para ellos, el sufragio efectivo y la no reelección tenían poco atractivo como lema de combate. El combate ideológico que habían emprendido con los defensores del *statu quo* era gustado por el anarquismo, el sindicalismo y el socialismo de la Europa continental. Este grupo encontró a su primer dirigente efectivo en Ricardo Flores Magón, quien estableció los fundamentos de los movimientos radicales obreros del más reciente período de la historia de México.

El tercer grupo, a veces designado como "el de los intelectuales", estaba formado por los que se oponían a las limitaciones teoréticas y filosóficas del régimen de Díaz. En términos estereotipados, se trataba de una lucha entre el materialismo científico y el idealismo humanitario. Con mayor exactitud, puede decirse que era un conflicto entre quienes consideraban al hombre como un medio y los que lo consideraban como un fin en sí mismo. Y, más exactamente aún, era una lucha ideológica entre los que se interesaban por utilizar la ciencia y la tecnología para mover a las masas de hombres hacia el servicio de sus propios valores (a los cuales atribuían validez científica) y los que querían despertar apoyo humanístico, o cósmico, o divino.

Típico de la primera etapa de esta lucha fue el debate sobre el problema de los derechos naturales del hombre. Los principales protagonistas fueron Ignacio M. Altamirano y Telesforo García. El primero, cosa notable, era un novelista indígena que, a la edad de catorce años, aún no sabía leer. Posteriormente logró una educación formal, principalmente en el Instituto de Toluca, y, durante la administración de Juárez, fue una de las principales figuras de su programa constructivo y un hábil exponente de su posición ideológica. Para este hombre, la doctrina de los derechos naturales resultaba lógica. Contra él se declaró un expatriado español, el teórico positivista más hábil de su época y el principal autor del programa ideológico del régimen de Díaz. Para este hombre, la concepción de los derechos naturales era una quimera tonta.

Altamirano fue el último gran defensor de la época de Juárez antes de que sus objetivos democráticos quedaran sepultados bajo la prosperidad económica y la estabilidad política de la dictadura. Pero el éxito mismo del régimen de Díaz dio por resultado el desarrollo de un nuevo grupo de opositores intelectuales. Hasta Justo Sierra, que sirvió bajo el régimen de Díaz como ministro de Educación, era muy tibio en su defensa del positivismo, y mucho se preocupaba por restaurar la importancia que debía concederse a los valores humanísticos cuando no humanitarios.

Con la aparición de Antonio Caso y sus discípulos las fuerzas anti-positivistas impulsaron el desarrollo de un defensor intelectual muy capacitado. Frente a él, se levantaba el último gran positivista, apologista de la dictadura, Porfirio Parra.

Por muy capacitados que fueran, Parra y sus discípulos estaban mal preparados para enfrentarse a este nuevo y vigoroso ataque intelectual. Primeramente eran, por decirlo así, viejos, y estaban desilusionados. Algo mucho más significativo que un período de veinticinco años separaba a Gabino Barreda, fundador del positivismo en México, de Porfirio Parra. Barreda, había regresado del extranjero con el entusiasmo y la devoción de un apóstol del positivismo. Pero él veía en el positivismo un instrumento al servicio de los valores democráticos y humanitarios que eran los postulados por la época de Juárez. Aunque mucho se esforzó por debilitar la influencia de la Iglesia sobre la educación, y, en consecuencia, para fortalecer la llamada secularización de la vida mexicana, nunca cometió el error de utilizar el positivismo para racionalizar la sustitución de una forma de autoritarismo por otra. Parra, por el contrario, concebía el positivismo como un sistema teórico que exigía que, en nombre de la ciencia, se negaran las mismas cosas que Comte el fundador, y Barreda,

el discípulo, tenían más interés en proteger; la dignidad y el valor del ser humano. En manos de Parra, el instrumento se había convertido en un Frankenstein. Directa o indirectamente, Parra utilizaba el positivismo para racionalizar el autoritarismo, para cuya destrucción había sido creado. De acuerdo con su interpretación, el positivismo no era ya la inspiración de un movimiento destinado a liberar la mente humana y servir a la humanidad. Se había convertido, simplemente, en apología de un régimen decrepito y dictatorial.

Además, los porfiristas estaban profundamente divididos entre sí en dos grupos contrarios. Básicamente, la división se debía a que unos eran pro-científicos y otros anti-científicos. Y los puntos habían llegado a personalizarse. Los científicos, deseosos de conservar el monopolio que tenían del control, después del retiro o de la muerte del dictador, apoyaban a Ramón Corral como posible sucesor. Estos corralistas se enfrentaban a un grupo de partidarios y simpatizadores de Díaz que no habían tenido la buena suerte de ser admitidos dentro del círculo exclusivo de los científicos. Deseosos de quitarles el control, se oponían resueltamente a Corral y apoyaban al General Bernardo Reyes para ocupar el puesto de Díaz. Reyistas y Corralistas estaban tan ocupados en planear que les quedaba poca energía para combatir en la lucha ideológica básica que se les venía encima. Como indica Bernstein, el punto álgido en la lucha ideológica se alcanzó hacia 1906. "Tantos estudiantes, maestros, intelectuales y reformadores se volvían esperanzados hacia los objetivos más puros del idealismo, que el sol del positivismo comenzó a declinar y a ponerse entre sus sombras."<sup>6</sup>

En medio de esta guerra panfletaria, surgió Francisco I. Madero. Su aparición en la arena de los debates políticos fue precedida por un período de indecisión relativamente largo, y por la necesidad de romper la fuerte oposición de su familia. Sus motivos para iniciar una lucha que había de terminar en su asesinato se explica —en gran parte, al menos— con una revisión de su desarrollo ideológico. Hijo mayor de uno de los grandes terratenientes criollos, recibió la educación típica de los hijos de su clase. Después de haber tenido un tutor en su casa, pasó un año en una escuela de jesuitas en Saltillo y otro año en una escuela católica de Baltimore; a la edad de catorce años salió a educarse a Francia. Ya desde esa tierna edad, había revelado algo de la calidad de los impulsos emocionales que serían factores

<sup>6</sup> Bernstein, Harry, *Modern and Contemporary Latin America*. J. B. Lippincot. Nueva York, p. 111.

motores de su carrera como revolucionario. Había quedado profundamente impresionado por su estancia con los jesuitas y decidió que quería tomar las órdenes, por ser éste "para él, el único camino de salvación".<sup>7</sup> Pero el año que pasó en la escuela de Maryland fue suficiente para disuadirlo; reaccionó en forma tan negativa ante la vida religiosa de la escuela, que llegó a dudar de su catolicismo y adquirió una profunda antipatía por los sacerdotes lo mismo que por la institución religiosa, que posteriormente dio origen a su decidida posición anticlerical.

Con esta preparación, Madero fue a Francia, en donde pasó cinco años estudiando y viajando. Lo mismo que otros compatriotas criollos, Madero quedó favorablemente impresionado por la vida francesa. Sin embargo, al contrario de otros muchos y por razones que debemos dejar sin explicar, no se europeizó. Por el contrario, utilizó su estancia en el extranjero para comparar y establecer un contraste entre la vida en Europa y las condiciones de su país. A pesar de su juventud, se sentía profundamente interesado en la política, y aprovechaba cualquier oportunidad para participar en discusiones con otros acerca de las deficiencias de la organización política en los países latinoamericanos. Se convenció de la superioridad de la democracia como forma de vida, y de lo ventajoso que resultaría formar una estructura política democrática en México. Así pues, desde la principios de su vida, comenzó a formular su filosofía personal.

Un tipo de experiencia totalmente distinto también contribuyó a estructurar la ideología de Madero. Se convirtió al espiritismo, y el hecho de haber servido a la causa toda su vida comprueba lo sincero de su convicción. No hay la menor duda de que la decisión posterior de Madero de dedicarse a la política se derivó de un sentido de responsabilidad y dedicación, que se desarrolló en él a causa de sus creencias. En sus escritos dice esto repetidas veces con toda claridad. Por ejemplo, cuando se encontraba ocupado sentando los fundamentos de lo que resultó ser su desafío al poder de Díaz, afirmó su fe con estas palabras:

"El estudio filosófico que he realizado me ha llevado a la convicción de que en este mundo hemos sido creados para trabajar por su progreso; si pensamos sólo en nosotros mismos y solamente deseamos el progreso para nosotros, descuidando al resto de la humanidad, nuestro egoísmo nos aislará de los demás. . . Esta es la gran obra que persigue el espiritismo y a la cual le invitamos para que se una: la liberación de la humanidad por medio de la escuela y la ciencia, de modo que

<sup>7</sup> Madero, "Mis Memorias", *Anales del Museo Nacional*, p. 9.

una vez libre y con inteligencia ordenada, pueda comprender las revelaciones del espiritismo... y liberarse para siempre del dominio de los instintos bestiales y del materialismo.”

Esta fue la fe que se apoderó de un rico criollo, hacendado, de apariencia insignificante y que lo transformó en un líder devoto que llegó a decir a su padre: “La fortuna no significa nada... desde que llegué a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no hay más tranquilidad que la de la conciencia y ésta la lograré solamente cumpliendo con mi deber.”<sup>8</sup>

Madero volvió a México en 1892, y después de unas vacaciones de verano pasadas en el rancho de su familia, cerca de Parras, fue a pasar un año en la Universidad de California, en Berkeley. Lo mismo que durante su estancia en Francia, dedicó este año a su preparación, destinada para capacitarlo para su futura posición de terrateniente y hombre de negocios. Regresó de este viaje a fines del verano de 1893, y a los veinte años de edad, cargó con la responsabilidad de dirigir las haciendas de su familia en la región de San Pedro de las Colonias, Estado de Coahuila.

Así comenzó el período de la vida de Madero como hacendado, que duró quince años. Durante éstos, la orientación ideológica que hemos bosquejado se manifestó en dos formas: primeramente, era muy activo y tenía gran éxito como terrateniente progresista. Su éxito personal se manifiesta en el hecho de que ganó mucho dinero en un período de tiempo relativamente corto. Pero aún más significativa fue la dirección que asumió para promover el desarrollo de la región. Sus intereses en este aspecto eran muy amplios y le dieron oportunidad para usar del conocimiento científico y de las habilidades tecnológicas cuyas virtudes predicaba.

Una segunda manifestación de su filosofía vital puede observarse en las relaciones con sus inquilinos y con las masas humanas que poblaban su región. Movidado por su ideal de “liberación de la humanidad por medio de la escuela y la ciencia” inició toda clase de proyectos caritativos, educativos, económicos y aun médicos destinados al mejoramiento del pueblo. Su educación formal lo había preparado bien para dirigir los aspectos técnicos de la agricultura. Sin embargo, sus años de estudio habían resultado menos útiles como preparación para la dirección en otros aspectos. Como dice un autor, “sus años de educación formal... deben ser conside-

<sup>8</sup> Las frases anteriores son citadas por Cumberland en su obra *Mexican Revolution*, Texas University Press, Austin, 1952, p. 34. Para una excelente discusión de las relaciones de Madero con el movimiento espiritista, consúltese Ross, Stanley R., *Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy*, Columbia University Press. Nueva York, 1955, pp. 8-9, 17-19.

rados de preparación más que de educación... Virtualmente, su única preparación intelectual consistía en la convicción de la eficiencia de la democracia anglosajona, su aceptación entusiasta del igualitarismo galo y su reacción positiva ante la importancia concedida por el espiritismo al bienestar y al progreso humanos.”<sup>9</sup>

Éste es un curioso comentario; todas esas convicciones son adquiridas y sin embargo, son valiosas o válidas por esa razón. Su educación formal, dependiente de los juicios personales de valor, la abandonó en calidad de presa fácil para toda clase de tendencias y aún charlatanerías, como democracia, igualitarismo, espiritismo y homeopatía; también puede decirse que su misma estrechez lo dejó relativamente libre de la tradición cultural autoritaria, dogmática e influida por la clase, que de otra manera habría adquirido. Pero dejando a un lado estos juicios de valor, importa sobre todo considerar el hecho de que estas convicciones adquiridas (por ejemplo, sus creencias democráticas y espiritistas) fueron el factor esencial en su transformación de terrateniente convencional en un reformador apostólico. Y esto, él mismo lo admite.<sup>10</sup>

Así pues, en esencia, los años transcurridos entre 1893 y 1905 representan un período de transición. De las dudas e indecisiones, de la búsqueda y los tanteos de estos años, salió la posición ideológica que, formulada desde 1904, no llegó a publicarse sino hasta fines de enero de 1909. Esta tardanza fue debida —en parte— a una espera del momento propicio, pero, principalmente una lucha para dominar la oposición de la familia a la publicación de las ideas sostenidas por el heredero.

Desde 1906, Madero se había sentido profundamente impresionado por la obra de los periodistas independientes que se oponían al régimen de Díaz. Considera esta agitación periodística necesaria e importante y predecía que tendría éxito al cabo de unos cuatro años.<sup>11</sup>

La corriente de discusiones desatada por la entrevista de Creelman fortaleció la impresión de Madero de que el país estaba ya maduro para la reforma. Llegó a creer que había llegado el momento de publicar sus propias ideas y, unos dos meses después de la entrevista comenzó a concretar su posición política en un libro. Aparentemente el trabajo quedó terminado

<sup>9</sup> Ross, *op. cit.*, p. 10. Es un excelente libro nuevo. En el primer capítulo se trata adecuadamente el medio familiar de Madero y sus años formativos.

<sup>10</sup> Madero *Mis Memorias*, lo mismo que en toda su correspondencia, donde se encuentran amplias pruebas de este hecho.

<sup>11</sup> Madero hizo esta profecía en una carta dirigida a Márquez, C. V., fechada el 24 de agosto de 1906 y cuya copia se encontró en sus *Archivos*.

hacia octubre de 1908, puesto que en el prólogo aparece esa fecha. Hacia diciembre, el libro ya había sido impreso, pero el autor aún luchaba para conseguir la aprobación de su familia para su distribución. Su padre finalmente le concedió el permiso el 22 de enero de 1909, y el libro fue lanzado a la circulación poco tiempo después. Como las elecciones presidenciales serían en el siguiente junio, la oportunidad resultaba magnífica. La forma en que fue recibido el libro es prueba que la convicción que el autor tenía en cuanto a que había llegado el momento de iniciar un amplio movimiento de oposición era fundada; en efecto, se vendieron varias ediciones del libro, y las ideas que contenía se convirtieron en la base de la organización política, con lo cual su autor logró la posición de dirigente a la que se sentía llamado por la Providencia.

*La sucesión presidencial en 1910* llegó a ser como la Biblia de la segunda Revolución Mexicana. No vamos a tratar ni de los méritos literarios ni de la exactitud histórica del libro. Los primeros no son muchos, y, en cuanto a la segunda, frecuentemente es dudosa. Lo que nos preocupa es lo que revela el libro acerca de la orientación política de su autor, y el impacto que sus ideas hicieron en su época.

En este aspecto, la obra es importante porque revela la fe humanitaria y democrática de Madero. En un resumen del período colonial, criticó amargamente la explotación deliberada del pueblo, que consideraba característica de los tres siglos de dominación española. Igualmente, denunció la continua explotación y los medios violentos empleados para lograr el poder, que caracterizaron a los cien años de luchas continuas para lograr una verdadera independencia con respecto al anticuado sistema de valores del colonialismo. Tomó a Antonio López de Santa Anna, como el despreciable prototipo de los caudillos que frustraron el desarrollo de un México democrático. Con el mismo espíritu, el Congreso y la Constitución de 1857 y la obra de Benito Juárez, fueron considerados como esfuerzos constructivos para sostener la "fe que había en él" y en cuyos términos Madero valoraba el curso de la historia de México. Finalmente, criticaba al régimen de Díaz debido a la forma en que había bloqueado e impedido la "liberación de la humanidad" en México.

La misma fe inspiró otra forma de acercarse al mismo conjunto de problemas. Madero lanzó un vigoroso ataque contra el absolutismo, basando sus argumentos en la suposición teórica de que el poder absoluto actúa nocivamente tanto sobre quienes lo ejercen como sobre quienes están sujetos a él. Y también en este caso, el régimen de Díaz resultaba tristemente

culpable debido a los pecados que había cometido en nombre del absolutismo.

Finalmente, el libro presenta las proposiciones prácticas de Madero para una reforma. Tenía la creencia de que Díaz quería permanecer en la presidencia o, por lo menos, permanecer en el poder, asegurando la elección de un pelele como vice-presidente. Madero predijo que Díaz nombraría nuevamente a Ramón Corral como su compañero de planilla, con una visión que resultó muy acertada. La única alternativa aparente era el general Bernardo Reyes, pero se le oponían *los científicos* que rodeaban a Díaz. Según Madero, cualquiera de estos dos que hubiera sido sucesor de Díaz habría significado una intensificación de la política absolutista de la dictadura. Esta convicción fue la que llevó a Madero a formular el precepto de la "No Reección" en su plataforma. Su horror al absolutismo inspiró el "Sufragio Efectivo" de su famoso lema. Así pues, en nombre del grito de batalla, "Sufragio Efectivo y No Reección", Madero propuso la organización de un partido antirreeleccionista. Tenía la idea de que el partido, reunido en convención, funcionara como medio para seleccionar un candidato de quien se supiera que era partidario de la Constitución de 1857. Si el Gobierno permitía al partido que presentara candidatos y que hubiera elecciones libres, mucho se habría adelantado aunque se perdieran las elecciones. En el caso de que las elecciones fueran bloqueadas o estorbadas de alguna manera, de todos modos, la oposición se habría convertido en un grupo organizado y con conciencia.

Esta es la historia ideológica del hombre destinado a ser el jefe de las primeras etapas de la Segunda Revolución Mexicana. ¿Por qué se atrevió este hombre a desafiar el poder organizado de la dictadura de Díaz? Primero porque él, lo mismo que muchos de sus compatriotas, había perdido la fe tanto en la ideología como en la integridad del antiguo régimen. Victoriano Agüeros, director del periódico *El Tiempo*, dio una expresión clásica a esta pérdida de la fe cuando se negó a responder al llamado de Madero para enlistarse en la lucha, diciendo: "Ya no tengo fe ni en nuestros hombres ni en nuestro país. Trabajo sin fe, sin esperanza, sólo para cumplir un deber."<sup>12</sup>

Pero si eso hubiera sido todo, no hubiera habido Revolución, o, de haberla, Madero, como Agüeros, no hubiera sido el jefe. Pero eso no fue todo, pues Madero no sólo había perdido la antigua fe, sino que había encontrado una nueva. No hay la menor duda de que fue el poder de arras-

<sup>12</sup> Citado por Ross, *op. cit.*, p. 45.

tre de la nueva fe el que lo llevó a abandonar las comodidades de una existencia que podría haber disfrutado toda su vida, para inmolarla en el altar de la Revolución. Explícitamente lo dice en las explicaciones que dio a su padre para convencerlo de que debía aceptar la dirección del movimiento de oposición:

“Y yo, que debo representar un papel de importancia en esa lucha, puesto que he sido elegido por la Providencia para cumplir la notable misión de escribir ese libro, que reconozco en mi entusiasmo y fe la ayuda del cielo, y que soy reconocido por el jefe en este país por todos los que quieren luchar, me siento cohibido, como si una gran fuerza detuviera mi brazo y me inutilizara para la lucha.”

Y cuando al fin le dieron el permiso, exclamó: “Ahora no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege.” Esta es una declaración típica del tipo de líder revolucionario, profeta reformador, cuya labor consiste en popularizar el movimiento llamando a la gente para que lo siga en una aventura cuyos rasgos generales puede delinear, pero cuyos medios de lucha siguen siendo para él artículo de fe. Madero declaró también esto con toda claridad. Explicó que si hubiera sido guiado solamente por la razón nunca hubiera iniciado el movimiento en contra de fuerzas tan poderosas, y con esto indica que completó la razón con la fe. Después agregó que, aunque es la fe la que inspira grandes sacrificios, no se trata de una fe ciega, sino de una fe “que sabe cómo descubrir los grandes destinos de las naciones y percibir la mano misteriosa de la Providencia que, solícitamente guía a los pueblos”.

Es bastante fácil explicarse el consentimiento de Madero para asumir la dirección del movimiento que derrocó al régimen de Díaz. Pero es mucho más difícil explicar su atracción sobre sus partidarios. Cumberland trató de formular dicha explicación en este pasaje:

“Cualquier movimiento contrario a Díaz debía dirigirse a los trabajadores, a los mecánicos, a los rancheros, a muchos hacendados, a muchos financieros, a los intelectuales, a los comerciantes y a quienes tenían ambiciones políticas frustradas. El jefe de dicho movimiento tendría que ser un hombre de una familia respetable; debía tener una buena educación; ser relativamente desconocido políticamente; tener tendencias liberales, pero tener ligas con el grupo conservador y, sobre todo, debía tener valor y suficiente colorido para estimular

la imaginación del pueblo. Con este jefe un movimiento revolucionario podía ir muy lejos. Se encontró dicho jefe en la persona de Francisco Indalecio Madero, un joven criollo, hacendado de Coahuila.”<sup>13</sup>

Como todas las buenas especificaciones para un puesto, esto se escribió después de ocurridos los hechos. Es decir, Madero triunfó en su movimiento contra Díaz, dicho movimiento atrajo a los grupos indicados y la gente respondió a las características personales indicadas. Pero aún quedan sin respuesta las siguientes cuestiones: 1) ¿Por qué un movimiento triunfante dependía de la atracción de esos grupos particulares? y 2) ¿Por qué era necesario que su jefe poseyera dichos atributos particulares? Aunque en el pasaje mencionado no se encuentran respuestas para estas preguntas, un cuidadoso análisis de su contenido, nos ofrece tres pistas interesantes.

*Primero:* Se sugiere que el jefe de un movimiento que lograra triunfar contra Díaz debía ser políticamente desconocido, valiente y lleno de colorido. Virtualmente, todos los que han escrito sobre Madero, de una manera o la otra, hablan de su candor, de su sinceridad, de su integridad, de su patriotismo. Es decir, atestiguan el hecho de que poseía precisamente las cualidades que los mexicanos no encontraban en los dirigentes políticos de la administración de Díaz. Desilusionados por la codicia egoísta de los que estaban en el poder, los políticamente descontentos anhelaban un hombre en quien poder creer. Todo esto es un buen ejemplo de la “falacia del hombre bueno o malo” tan característica de las sociedades prerrevolucionarias.<sup>14</sup>

Díaz y *los científicos*, a los ojos de sus contrarios, eran hombres malos que se habían apoderado del gobierno. Lo que había que hacer era echarlos y poner hombres buenos. ¡Madero era ese hombre! No hay duda de que poseía las cualidades que se le atribuían. Pero no las monopolizaba. Otros líderes revolucionarios potenciales, tales como Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata, también eran sinceros, valientes y llenos de colorido. Sin embargo, no pudieron ser los jefes de la revolución triunfante. Así pues, cuando mucho, podemos decir que este factor es una parte necesaria, pero no una explicación suficiente de la elevación de Madero al poder.

También se sugiere que un movimiento contra Díaz para triunfar debería atraer a una gran variedad de grupos específicos. A primera vista,

<sup>13</sup> Cumberland, *op. cit.*, págs. 28-29.

<sup>14</sup> Véase Hopper, *op. cit.*, pág. 273 y nota 7.

la lista parece una colección miscelánea. Sin embargo, cuando se examina en términos de conjunto de la teoría que ahí se utiliza, resulta evidente que había dos características comunes a todos estos grupos: una era su marginalidad: gente tan disímbola desde otros ángulos, como los obreros, los mecánicos, los rancheros, muchos hacendados, financieros, intelectuales, comerciantes y ambiciosos políticos frustrados, que quedaban ligados por la posición marginal en que los había colocado el régimen de Díaz. No sólo se dirigió a este grupo de marginales sino que era uno de ellos. El hecho de que simbolice su resentimiento, sus esperanzas y aspiraciones es de una gran importancia para explicar su aparición como jefe revolucionario.

Finalmente, los grupos mencionados en el pasaje que acabamos de citar, tienen otro atributo que los unifica: estaban compuestos principalmente de mestizos. Aunque esta composición era más característica de algunos grupos que de otros, (por ejemplo, los obreros, los mecánicos y los rancheros), podía observarse suficientemente en todos ellos como para justificar el que se llame la atención sobre el significado de este hecho. Como ya indicamos con algún detalle, los mestizos eran el grupo marginal que tenía más ambiciones políticas frustradas en toda la estructura social mexicana. A la luz de esto, resulta de la mayor importancia el que los autores comenten regularmente que la niñez de Madero, lo mismo que sus experiencias como hacendado lo hicieron más representante del grupo de mestizos que del de los criollos en el cual había nacido. Éste es, pues, otro factor de la mayor importancia para explicar el que se haya convertido en jefe aceptado del movimiento revolucionario.

En resumen, Madero tenía arrastre como jefe revolucionario porque era un representante cándido, sincero, valiente y patriota del grupo mestizo del período, el cual hasta entonces, había sido heterogéneo y marginal.

Para este autor, el pasaje que acabamos de analizar pasa por alto el factor más significativo que se encuentra en la ascensión de Madero al poder: su posición ideológica relativamente adecuada. Creía apasionadamente que era conveniente desarrollar una estructura social democrática en México y tenía el programa para poner por obra este objetivo. Es cierto que Madero ha sido agriamente criticado precisamente en este punto. Se alega que era demasiado ingenuo e idealista para triunfar como dirigente político. También se ha sugerido que era superficial e irrealista al creer que se necesitaban las reformas políticas como base para reformas socio-económicas posteriores. Hasta el punto en que estas críticas son justificadas, representan la sabiduría del que viene después. Desde el punto de vista

de la era de Cárdenas, es fácil decir lo que Madero debería haber hecho 25 años antes. Sería más adecuado preguntar si lo que se logró en la época de Cárdenas se hubiera podido lograr en 1910. Creemos poder afirmar que no se hubiera podido lograr por entonces. Seguramente no había ambiente para proposiciones de reformas socio-económicas radicales. Y el hecho de que hombres como los hermanos Flores Magón y Maximiliano Bonilla no hubieran podido conseguir un apoyo efectivo para sus programas más drásticos, da base para suponer que el país no estaba dispuesto a aceptar más de lo que Madero ofrecía. Por el contrario, su éxito al organizar un movimiento que logró el poder, constituye una base para la hipótesis de que su posición ideológica y el resultante programa político constituía apreciaciones bastante exactas de la situación. Aun la repetida observación de que no había nada nuevo en lo que proponía, o sea, que eso ya se había dicho antes, le era favorable. No era un teórico doctrinario que buscara algo original que decir: era un ciudadano devoto que trataba de diagnosticar los males de su país. Los sucesos que se realizaron entre la publicación de su libro (enero de 1909) y su ascensión al poder (mayo de 1911) indican que se acercó mucho a la meta. El hecho de que sus contrarios hayan considerado necesario asesinarlo, tanto como el caos que siguió a su muerte, sirven para fortalecer la impresión de que la suya era la voz auténtica de las aspiraciones de una lucha de cien años por lograr la independencia.



## CAPÍTULO VIII

### ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONAL

Nuestra discusión sobre la génesis de la revolución trazó una secuencia socio-psicológica en la que vimos cómo el descontento con las condiciones de la sociedad dio por resultado el deseo de mejorarlas y la forma en que este deseo llegó a convertirse en determinación. Ahora debemos considerar el proceso al través del cual un estado mental se convierte en movimiento social organizado y, en el caso nuestro, en movimiento político. Los movimientos de esta clase se originan cuando el deseo de reforma se transforma en la determinación de efectuar la transferencia del poder político del grupo dominante al grupo opositor. Sin embargo, es raro que se inicie como un esfuerzo deliberadamente planeado para transferir el poder a través del alto violento de los instrumentos de poder. Esta caracterización conviene de manera muy exacta al movimiento de Madero.

*Orígenes del movimiento.*—Ya hemos visto la forma en que la juvenil sensibilidad de Madero floreció en el deseo de servir a su país y maduró en la determinación de participar activamente en los negocios políticos. Ahora debemos concentrar nuestra atención en tres puntos: 1) la forma en que Madero pudo organizar un movimiento político sobre la base de su determinación individual; 2) el proceso a través del cual llegó a la decisión de que era necesario apoderarse del poder y 3) los medios que empleó. Es decir, debemos analizar la forma en que Madero popularizó el descontento, inició el movimiento y lo levantó hasta convertirlo en una estructura organizada capaz de alcanzar el poder y de ponerlo en ejercicio.

Aunque la jefatura política de Madero era previsible si se considera su preocupación por el pueblo y por los principios democráticos, al iniciar el movimiento político, se mostró suficientemente prudente. Diversas pruebas hay que parecen sugerir que ya desde antes de cumplir treinta años, el joven hacendado pensaba intervenir en la política, pues pasaba largas horas con sus colaboradores cercanos, discutiendo y analizando los principales problemas del país, lo cual parece haber sido para él prerequisite

indispensable para cualquier decisión. Las resoluciones en embrión resultantes de esas discusiones cristalizaron en una actuación bajo el impacto de las pruebas cada vez más numerosas de que la administración porfirista ni iniciaría reformas democráticas ni toleraría la oposición. Madero se sintió particularmente afectado, durante los años de 1902 y 1903 por los terribles ataques dirigidos contra los grupos de oposición, en los que se encontraban amigos íntimos y parientes suyos. Cualquier esperanza de que el retiro o la muerte de Díaz podrían mejorar la situación, quedó borrada por una maniobra administrativa realizada en junio de 1904. La maquinaria de Díaz aumentó el período presidencial a seis años; restauró el puesto de vicepresidente y no tardó en hacer que lo ocupara un ardiente científico y leal porfirista: Ramón Corral. De cualquier manera, los científicos permanecerían en el poder y así quedaba asegurada la perpetuidad del régimen.

Frente a este hecho consumado, Madero llegó a la conclusión de que el poder del gobierno central seguiría orientándose hacia la supresión de cualquier esfuerzo para mejorar las condiciones políticas, pero, el carácter desesperado de la situación convenció a Madero de la necesidad de un movimiento de reforma sincero, cuidadosamente planeado y bien dirigido.

A partir de 1904, centró su atención en la organización de dicho movimiento. El Madero que se dedicó entonces a la dirección política, era ya un hombre formado: sabía que era lo que quería hacer y la manera de hacerlo. En términos de táctica política, pensó que un ataque directo contra el gobierno nacional en esa época, estaba condenado al fracaso. Consecuentemente, su campaña comenzó a desarrollarse en un nivel local. Fue, por decirlo así, un movimiento de desarrollo lento, y en este aspecto fue muy atinado.

*Fundamentos del movimiento.*—Con el propósito deliberado de enfrentarse a la administración porfirista, las fuerzas de Madero empezaron a intervenir en las elecciones locales y estatales. Las elecciones municipales en el pueblo de Madero, San Pedro de las Colonias, fueron elegidas para el ensayo preliminar. Como siempre, la maquinaria del gobierno estorbó el proceso electoral, y las fuerzas de la oposición fueron derrotadas. Madero y sus partidarios habían aprendido por experiencia propia que el éxito en política exigía algo más que candidatos honrados y buenas intenciones.

Pero nada los detuvo, y comenzaron sus preparativos para presentar candidatos en las próximas elecciones del Estado de Coahuila. Inevitable-

mente, los dos principales candidatos para la gubernatura eran hombres de Díaz. En consecuencia, la primera unidad organizada del movimiento, destinada a derrocar a la dictadura, se formó para enfrentar a estos candidatos. El grupo se fundó en octubre de 1904, y fue denominado "Club Democrático Benito Juárez". Madero fue su primer presidente y, como tal, inmediatamente inició una campaña para ganar el apoyo popular. Dos periódicos, "El Demócrata" y "El Mosco", fueron establecidos principalmente con los fondos reunidos por Madero. También trató de ampliar la base de su campaña y de evitar posibles cargos de intenciones radicales asegurándose la ayuda de su familia, aunque esto no lo logró sino en forma parcial. Los miembros de mayor edad de su familia, apenas pudieron contener la oposición a sus esfuerzos, pero sus hermanos menores, Gustavo y Alfonso, le apoyaron. A pesar de la continua oposición por parte del gobierno, el proceso que debería de convertir el deseo y la determinación individuales de Madero en un movimiento general, siguió desarrollándose: se establecieron otras unidades políticas independientes, y, a fines de 1904, ya se había logrado suficiente apoyo para convocar a una convención. Fiel a su orientación básica, Madero tuvo la esperanza de organizar la convención de acuerdo con la tradición de la política americana, para asegurarse que los electores tendrían voz efectiva en el trazo de la plataforma política y en la designación del candidato. El 5 de febrero de 1905, se eligió como fecha para la convención.

En este punto, Madero tuvo que enfrentarse a un problema táctico muy importante, creado por la filiación política de los candidatos a gobernador. Un candidato, Miguel Cárdenas, que desde luego que era porfirista (que de otro modo no hubiera podido tener el puesto), deseaba reelegirse; a esta reelección se oponía Andrés Garza Galán, también partidario de Díaz, líder político del Estado, y partidario de Ramón Corral, el vicepresidente. Corral estaba formando su propia maquinaria política, en anticipación de las elecciones nacionales de 1910, pues quería estar listo para el caso de que Díaz se retirara o se muriera. El segundo candidato, Frumen- cío Fuentes, el hombre impuesto por Garza Galán y por Corral, también era partidario de Díaz y esperaba obtener su apoyo para derrotar a su contrincante. El tercer candidato, Dr. Dionisio García Fuentes era un verdadero opositorista (independiente) cuya candidatura había sido propuesta por los maderistas.

Desde que se inició la campaña, se vio con claridad que Cárdenas sería reelecto si los votos de los independientes se dividían. Esto significaba que Fuentes debía hacer la lucha para obtener el apoyo de los inde-

pendientes, aunque su candidatura fuese esencialmente colaboracionista; también significaba que Madero debía arriesgarse a colaborar con los partidarios de Fuentes, con la esperanza de atraerlos a su partido.

El resultado fue que ni Fuentes ni Madero lograron sus propósitos. Las primeras etapas de las negociaciones entre los dos grupos fueron relativamente sencillas. Se llegó rápidamente a un acuerdo para celebrar una convención conjunta, el 21 de mayo de 1905, en lugar del 5 de febrero como lo habían propuesto los maderistas; los dos partidos establecieron designados por los clubes opositoristas de todo el Estado, la fuerza del desde luego sus representaciones para la convención: los delegados serían voto de cada delegado dependería de la población total de la zona en que estuviera situado el club.

Después de haber llegado a un acuerdo sobre estos dos puntos, se produjo un agudo conflicto al tratar de seleccionar la sede de la convención. Las fuerzas de Fuentes, que lo que buscaban era la bendición del porfirismo, propusieron que se celebrara en la ciudad de México; los maderistas, como genuinos opositoristas, no aceptaron y propusieron que la convención se celebrara en el Estado de Coahuila. El propio Madero insistió mucho sobre este punto; pero, en el curso de las negociaciones, cedieron sus representantes ante el comité y se acordó que la convención se celebrara en la ciudad de México.

Según demuestran los datos obtenidos, la sede de la convención, a la que tanto se había opuesto Madero, en realidad influyó poco sobre los trabajos de la misma; en cambio, la base para elegir a los representantes —sobre la que Madero no había hecho objeción alguna— resultó el principal error táctico. Fuentes fue designado, sencillamente, porque sus delegados provenían de zonas más pobladas y pudieron derrotar a los maderistas, con lo cual resultó que el candidato oficial de la convención no era en modo alguno representante del nuevo movimiento opositorista, cuyos miembros se habían concentrado en los clubes políticos recientemente organizados.

Nuevamente, Madero se vio obligado a revisar su táctica. En lugar de retirarse de la convención y de la campaña, prefirió apoyar la candidatura de Fuentes, y ésta fue una decisión prudente, pues de haberse retirado, hubiera abortado el incipiente movimiento democrático. Madero estaba convencido de que con la elección de Fuentes había pocas esperanzas de mejoramiento en la administración del Estado, y el apoyo que le prestó fue una maniobra táctica más que una aceptación de sus principios. La intención de Madero era trabajar desde adentro a fin de obligar a

Fuentes a convertirse en lo que no era, o sea en el candidato de un movimiento opositor independiente.

La táctica de Madero —como parte de su esfuerzo para lograr el poder— es digna de atención. Su fe en el proceso democrático lo obligaba a utilizar medios no violentos. En sus esfuerzos para forzar la mano de Fuentes, trataba de hacer dos cosas; *primera*, conducir la campaña sobre el principio de la “no reelección” y, de esta manera, hacerla verdaderamente opositora, con lo cual, esperaba poder separar a Fuentes del porfirismo y elegirlo, a pesar de la oposición del dictador. Si triunfaba, Fuentes tendría que sentirse responsable de la defensa de los principios que habían servido para elegirlo; *segunda*, procuró asegurarse una mayoría independiente de once diputados en la legislatura del Estado, objetivo obtenido a través del dominio de los clubes políticos en algunas ciudades del Estado.

Una vez lograda la mayoría legislativa, los maderistas iniciaron una vigorosa campaña en favor de Fuentes. Pronto se vio claramente que la maquinaria administrativa del Estado haría todo lo posible por eliminar a este nuevo grupo independiente. Las persecuciones y arrestos estaban a la orden del día, pero los independientes no se amilanaron y es razonable pensar que la táctica de Madero habría triunfado en una campaña genuina. La derrota que siguió no fue causada por un error la táctica política, sino por la abyecta sumisión de los candidatos oficiales.

Se recordará que Fuentes había contado siempre con aprovechar su amistad con Ramón Corral para obtener la bendición de Díaz. Cuando el dictador anunció finalmente que apoyaría nuevamente a Cárdenas, Fuentes se inclinó ante la decisión e hizo todo lo que pudo para terminar la campaña. El partido embrionario representado por los “Clubes Democráticos” de Coahuila, quedó virtualmente sin candidato.

En esta crisis, se manifestaron nuevamente las cualidades de Madero para la dirección política. Por encima de las protestas de Fuentes, convocó a una reunión de los presidentes de los clubes independientes del Estado para discutir la política futura. Cuando se celebró esta reunión, en Torreón, Madero trató de obligar a Fuentes a asumir una posición de verdadera dirección a renunciar en favor de un candidato que quisiera dirigir la situación. Fracasó en ambos intentos. Aunque los representantes estaban en favor de que continuara la campaña para salvar su prestigio, aceptaron la condición de Fuentes de que él seguiría siendo el candidato; de que esta candidatura no sería más que nominal y de que la campaña se limitaría a un esfuerzo para asegurar una votación el día de las elecciones.

En estas condiciones, las elecciones no fueron más que una pantomima y Miguel Cárdenas fue declarado vencedor. Como era de esperar, las autoridades locales y federales se movieron rápidamente para aplastar la estructura del movimiento independiente, cerrando los periódicos "El Demócrata" y "El Mosco" arrestando a sus directores o haciendo que los mismos tuvieran que huir a los Estados Unidos de América. Madero se salvó solamente porque las órdenes de arresto que se habían dictado en su contra fueron revocadas por Porfirio Díaz, como una medida política.

Al fracasar los esfuerzos de Madero y Fuentes para llegar a un arreglo según todas las apariencias, el movimiento opositor quedaba liquidado.

Nuevamente, Madero probó estar a la altura de las circunstancias. En vez de sentirse abatido por el fracaso de la campaña de Coahuila, cobró nuevos bríos. La derrota le convenció de que el régimen solamente podría ser desplazado al través de un ataque en todo el territorio.

Su primer impulso fue organizar un movimiento nacional, pero, después de analizar la situación y de escuchar el consejo de sus colaboradores, desistió. El factor tiempo, fue elemento primordial en su decisión. Las próximas elecciones presidenciales no se celebrarían sino hasta 1910, y todos comprendieron que con esa anticipación no podrían organizar un partido y sostenerlo hasta entonces para ese objetivo específico.

En este punto, Madero tomó otra de sus prudentes decisiones estratégicas. Resolvió utilizar los años que faltaban para las elecciones, organizando una campaña de agitación y propaganda a fin de crear el ambiente social en que debería enraizar y prosperar el movimiento nacional. En resumen, se dedicó a la tarea de popularizar la existencia de un partido efectivo de oposición.

Con bastante astucia, Madero llegó a la conclusión de que sería más conveniente trabajar al través de otras personas que estaban ya en el terreno político, que presentarse como jefe de otro grupo independiente. Su táctica básica buscó proporcionar apoyo moral, intelectual y financiero a los diversos movimientos antiporfiristas en todos sus aspectos, excepto en uno, ya que Madero estaba aún sinceramente convencido de que no era conveniente una rebelión armada como medio para derrocar a Díaz. Esta convicción se basaba en una apreciación muy realista de la situación política del momento. Madero reconocía que el régimen de Díaz era aún suficientemente fuerte como para reprimir cualquier intento de revuelta.

Después de rechazar la técnica de la violencia armada, Madero se dedicó a apoyar los diversos movimientos independientes, e hizo todo lo que pudo para colaborar en la "guerra de folletos" que se hacía contra el *status*

*quo*. Uno de los grupos que más merecieron su atención en esa época fue el Partido Liberal, encabezado por los hermanos Flores Magón. Las relaciones de Madero con este grupo resultan particularmente interesantes porque revelan cuál era su orientación ideológica y cuál su técnica política. Apoyó decididamente su propaganda, convencido de que contribuía grandemente a popularizar los sentimientos antiporfiristas y a desarrollar la conciencia nacional necesaria para la oposición. Debido a su gran interés y a su preocupación por el bienestar de la clase laborante, mostró también gran simpatía por los esfuerzos que se hacían para organizar a los trabajadores industriales. Tampoco se opuso a las huelgas que organizó en diversas partes del país el Partido Liberal Mexicano, pues consideraba que estas actividades eran características legítimas de la campaña de agitación y propaganda que él promovía.

Sin embargo, al tomar forma el programa del Partido Liberal Mexicano, Madero comenzó a desconfiar de su estrategia y de sus tácticas. Se opuso a la elección de los Estados Unidos de América como base de operaciones, basándose en que una campaña genuinamente democrática debería dirigirse dentro del país. Además, sospechaba que el grupo en realidad estaba planeando una revolución. El carácter cada vez más violento e indiscriminado de la propaganda del partido hizo que se alejara más de Madero. Cuando los miembros de este grupo se le acercaron para obtener su apoyo para una revuelta armada, rompió con ellos. Debe hacerse hincapié en que esta ruptura no fue causada porque Madero no estuviera de acuerdo con los objetivos básicos del partido, sino porque no podía aceptar sus métodos. Los hechos subsecuentes le dieron la razón. Como parte de la campaña de popularización de Madero se cuenta, en forma muy importante, la atención que dedicó a las figuras públicas colocadas en sitios estratégicos, y, entre ellas, muy especialmente a los periodistas influyentes. Nuevamente nos ocuparemos de los objetivos y no de los hombres, así como de la estrategia y de la táctica que se observa en sus relaciones.

Madero realizó su labor en gran parte por medio de cartas, en las que discutía el "estado de la nación" con hombres que sabía que estaban en oposición.

Esperaba convencerlos de que los años que precedían a la elección presidencial deberían dedicarse a agrupar a todos los opositores en un partido efectivo; en un partido leal a ciertos principios y no a un jefe, el cual tendría dos objetivos básicos: lograr que el poder ejecutivo cambiara de manos, y promover la aparición de una legislatura verdaderamente representativa. Finalmente, este partido debería ser dirigido por hombres inte-

gros, de importancia nacional, siendo incansable en los esfuerzos que realizaba para conseguir que miembros de este calibre actuaran como jefes.

Las consideraciones anteriores nos explican cuál fue la concepción de Madero sobre la táctica que habría que emplear. Aunque el "martirio político" constituye una importante tradición en la cultura mexicana, Madero no lo consideraba técnica valiosa. No pensaba que un objetivo pudiera lograrse con mayor facilidad exagerando la oposición que encontraba. En consecuencia, aconsejaba que no se lanzaran ataques precipitados y que no se provocara a las autoridades para lograr persecuciones y aprehensiones innecesarias, pues por el contrario, la labor de base debería asumir la forma de una discusión de los principios y no de un ataque contra las personas. Estaba convencido de que por estos medios, él y sus partidarios podrían preparar el terreno, sembrar la semilla, cultivar las plantas y levantar la cosecha del ascenso al poder.

*El Movimiento Nacional.*—Fue hasta 1908 cuando Madero concedió toda su atención a su programa de agitación y propaganda, en forma efectiva. Dirigió sus esfuerzos hacia la obtención de jefes adecuados para el partido de oposición y se dedicó a una tarea de convencimiento entre los independientes influyentes a fin de hacerles percatarse de que era posible lanzar al partido en las próximas elecciones presidenciales. Pero repentina, y casi inadvertidamente, se encontró con la oportunidad de lanzar una campaña nacional para conseguir miembros para el partido. El acontecimiento crucial fue la entrevista concedida por Díaz al periodista estadounidense James Creelman.

Díaz había tenido a la nación sobre ascuas durante muchos años. Desde 1904, en que se afianzó en el poder, extendiendo su período presidencial a seis años y eligiendo a su sucesor para el caso de que muriera estando en el poder, se desconocía su intención para las elecciones de 1910 y todo se resolvía en conjeturas. A medida que se aproximaba la época de la campaña, la especulación crecía. Si Díaz muriera o renunciara durante los meses que le quedaban de gobierno, sería sucedido por el vicepresidente Ramón Corral, hijo predilecto de los científicos. Pero si permanecía en el puesto hasta el final de su período ¿qué sucedería? ¿Se retiraría al fin? o ¿entraría nuevamente a jugar en las elecciones? Si entraba como candidato ¿volvería a elegir a Corral como vicepresidente? o ¿cedería al fin ante la presión del numeroso grupo de partidarios anticientíficos que lo rodeaban? Y, aparte del carácter que asumiera la lucha dentro del grupo administrativo, ¿permitiría que se organizara un partido de oposición, La discusión sobre

este punto se intensificó después de la entrevista de Creelman en la cual Díaz negó categóricamente su intención de entrar nuevamente como candidato afirmando, en cambio, su deseo de permitir la creación de un partido de oposición. Cualquiera que haya sido la intención de Díaz al hacer estas declaraciones, lo cierto es que constituyeron un error táctico de gran magnitud. No hizo sino intensificar la competencia para lograr un puesto, la cual ya era muy ruda entre sus partidarios. Además dio a la oposición la oportunidad que estaba esperando. El país se vio inundado por una oleada de discusiones políticas.<sup>1</sup>

Algunos de estos problemas quedaron resueltos cuando, el 30 de mayo de 1908, Díaz, contradiciéndose a sí mismo, anunció que entraría nuevamente como candidato. Esta decisión tenía dos significados: 1) que la lucha principal en la próxima campaña giraría en torno de la designación del vicepresidente y 2) que la suerte de los movimientos de oposición dependía de la sinceridad de las protestas de Díaz, de que les concedería garantías. Aunque el torrente de discusiones desatado por la entrevista Creelman, dio nuevo ímpetu a la campaña de Madero, éste se abstuvo prudentemente de cualquier modificación estratégica, hasta que el gobierno hiciera el primer movimiento. Una vez que el dictador declaró cuáles eran sus intenciones, Madero consideró que había llegado el momento de intensificar sus esfuerzos. Pensó que los independientes debían cogerle la palabra al presidente y aprovechar la ventaja que se les ofrecía.

Uno de los motivos más importantes que dirigieron los actos de Madero, fue el descontento y la intranquilidad crecientes que se observaban en todo el país. Para Madero, esto indicaba que se necesitaba un cambio, y que esta necesidad la satisfaría la revolución en caso de no quedar satisfecha por algún programa pacífico como el que él proponía. Consecuentemente, pensó que había llegado el momento de ampliar el campo de actividades de su grupo.

Aunque lo principal era formar una opinión pública favorable, para emprender esta tarea, se necesitaba también estructura de organización. Madero encontró una buena oportunidad para iniciar la creación de dicha estructura en las elecciones para gobernador en su estado de Coahuila. Tuvo la idea de que la campaña en este Estado podría utilizarse como campo de prueba para la primera unidad estatal de su proyectado partido nacional. Además, las actividades de la organización en el Estado servirían de propaganda para que en otros Estados se formaran unidades seme-

<sup>1</sup> Para el estudio de esta campaña en relación con la ideología de la Revolución, véanse páginas anteriores.

jantes. Aunque los jefes políticos de Coahuila no aceptaron de muy buena gana el ser utilizados como conejillos de Indias, Madero se salió con la suya. También obtuvo el triunfo en otro de los puntos a discusión: la selección de la sede de la convención. Por la misma razón por la que en la convención anterior Madero se opuso a que se eligiera como sede la ciudad de México, en esta ocasión se declaró en favor de esta sede. En vista de que la campaña local, que Madero no tenía ningunas esperanzas de ganar, no serviría esencialmente más que como medio de propaganda para el movimiento nacional, la organización del partido de oposición debería efectuarse en la capital.

Además de esta intervención directa en la campaña para elegir gobernador en su Estado, Madero seguía también de cerca el desarrollo de las campañas políticas en otros Estados. En todos los casos, se mantenía en contacto con los jefes locales, y trataba de aprovechar los acontecimientos políticos para insistir sobre la necesidad de organizar un partido nacional de oposición. Así comenzó Madero la reorganización estructural del movimiento, tarea que resultaba indispensable a causa de las derrotas que había sufrido anteriormente.

Después de buscar un mínimo de organización, Madero dedicó su atención a la tarea de crear una opinión pública que le sirviera de apoyo. Hubo dos hechos que contribuyeron mucho en favor de sus esfuerzos. El primero, fue la publicación de su libro *La Sucesión Presidencial* en 1910, obra que ya discutimos en cuanto presentación de la ideología del movimiento maderista.<sup>2</sup>

Nuestro interés aquí se centra sobre su importancia como instrumento de propaganda, en lo que resultó asombrosamente efectivo. Se vendió muchísimo y las ediciones subsecuentes aparecieron con modificaciones que las hacían aún más efectivas entre los diversos grupos de oposición que iban surgiendo despertados por la entrevista que James Creelman había hecho al general Díaz.

La segunda contribución a la campaña de Madero fue el manifiesto público lanzado por el Centro Antireeleccionista de México, de reciente formación, a mediados de junio de 1909. El manifiesto fue publicado en un diario y circuló ampliamente en forma de folleto. Basándose en la posición política que quedaba detalladamente explicada en el libro de Madero, resultó un documento muy sutil y de gran efectividad. Dejaba muy poco margen de ataque contra los maderistas, aún para los partidarios de Díaz, "y sin embargo contenía mucho material para estimular el pensamiento y

<sup>2</sup> Ver capítulo correspondiente.

la actividad opositora. Este documento fue cuidadosamente escrito para ofender a pocos, pero atacar a muchos".<sup>3</sup>

Una vez preparado el terreno, Madero estaba ya listo para conceder más atención a la construcción estructural del partido. Casi simultáneamente con la publicación de su libro, se dedicó a formar la organización del partido en Coahuila. Una vez que lo logró, estableció un centro de organización de alcance nacional. Debe recordarse que el movimiento de oposición aun no había cuajado debidamente; por eso, cuando Madero comenzó a establecer clubes políticos en la ciudad de México, encontró que el terreno ya estaba ocupado por el Centro Organizador del Partido Democrático. Para evitar que la fuerza del movimiento se desperdiciara en una duplicación inútil, inició acostumbrado y cuidadoso análisis de la situación.

Madero se sentía inquieto por la aparición hasta cierto punto repentina y subrepticia del "grupo de oposición". Ya se había realizado una labor básica suficiente para la iniciación de un movimiento genuinamente independiente, y hubiera sido una tragedia que fracasara por la ineptitud de los jefes. Además, Madero tenía razones para pensar que el llamado "Partido Democrático" era una trampa deliberada, sospecha que confirmaron los acontecimientos subsecuentes. El Partido Democrático "no era otra cosa que un organismo administrativo para minar cualquier impulso efectivo del principio 'Sugrafio efectivo, no reelección' ". Era un movimiento para anular los movimientos anticorralistas y anticientíficos, encauzándolos hacia la candidatura del general Reyes.

En estas circunstancias, Madero se movió rápidamente para organizar un verdadero partido de oposición. Como siempre, procedió bajo la dirección de una estrategia claramente definida. Como no parecía haber posibilidades de presentar ningún candidato efectivo para la presidencia, Madero excluyó dicho puesto del campo de batalla político. Sus objetivos principales podrían lograrse, siempre que hubiera elecciones razonablemente honradas, en los otros puestos nacionales y estatales. De cualquier manera, estaba convencido de que la presencia de un partido independiente, activo y bien organizado, serviría para el desarrollo de los procesos democráticos en México. Tácticamente, continuó favoreciendo las medidas que presentaran en forma clara los principios democráticos y opositoras del movimiento, pero que también hicieron disminuir, hasta donde fuera posible, el peligro de una persecución de los miembros del partido por parte de la poderosa maquinaria porfirista.

Una vez bosquejado su programa, Madero transfirió la sede de sus ac-

<sup>3</sup> Cumberland. *Op. cit.*, pág. 64.

tividades de Coahuila a la capital. A su llegada a la ciudad sufrió una nueva decepción, como jefe, en todas partes encontró temor, indiferencia y apatía, aun entre los hombres en quienes más confiaba para que le apoyaran. Pasó los meses de marzo y abril de 1909 esforzándose por revivir el decaído interés de sus partidarios y por reunir las fuerzas desorganizadas del partido. Logró un éxito importante al conseguir que Emilio Vázquez Gómez se uniera a los maderistas. Cuando Vázquez Gómez anunció que se había adherido al partido, pidió que se proclamara el principio de rotación del poder, a través de elecciones libres, mismo que Madero había predicado desde mucho tiempo antes. Con esto no hacía más que expresar los puntos de vista de un grupo cada vez más numeroso que formaba el núcleo del partido naciente.

Esta declaración de Vázquez sirvió para estimular la primera reunión convocada para iniciar las tareas de organización política. Esta reunión se celebró más o menos a mediados de mayo y dio por resultado el establecimiento del Club Central Antirreeleccionista. Se nombró un comité directivo, se discutieron los objetivos, y se nombró una comisión que debería preparar el primer proyecto de declaración de principios del partido.

En la segunda reunión, celebrada unos cuantos días después, se presentó y se ratificó dicho proyecto. Presentaba una posición que estaba totalmente de acuerdo con las ideas de Madero, y pedía una campaña activa en favor del lema "sufragio efectivo, no reelección", reuniones políticas en todo el país y la integración de clubes locales organizados después de un partido antirreeleccionista nacional.

Después de haber decidido lo que querían y la forma en que se proponían lograrlo, el comité ejecutivo tomó las medidas encaminadas a la formación de la estructura del partido; primeramente, cambiaron el nombre de su organización, llamándola Centro Antirreeleccionista de México; después eligieron un comité ejecutivo permanente que debería estar al frente del partido durante un año. Después se lanzó un manifiesto en el que se le dio a conocer al público cuál era el propósito del grupo y quiénes lo formaban. Finalmente, fundaron un periódico llamado "El Antirreeleccionista", que aunque comenzó como semanario, pronto se convirtió en diario y fue recibido como instrumento continuo de propaganda en favor del principio de no reelección.

De esta manera, se popularizaron y se organizaron en una estructura política el deseo y la decisión individuales de Madero. Publicados la función del partido y los nombres de sus funcionarios, se tenía dado el primer paso hacia la institucionalización. El nuevo movimiento seguía su curso.

## CAPÍTULO IX

### LA POPULARIZACIÓN DEL MOVIMIENTO

Para que el movimiento antirreeleccionista enraizara en todo el país, era necesario renovar la campaña de popularización y de estructuración; requisito indispensable éste, puesto que, en esa época, México era, en lo político, un verdadero campo de batalla. Además de los grupos, había cuatro grandes organizaciones que se oponían a los antirreeleccionistas: la más antigua de ellas, era, desde luego, la que apoyaba la reelección de Díaz y de Corral, y la cual, no obstante su antigüedad, no se había estructurado formalmente sino hasta el 9 de febrero de 1909. De cualquier manera, el Partido Reeleccionista, representaba a los científicos y a los corralistas que, desde mucho tiempo atrás constituían la médula de la administración porfirista. En seguida, venía el Partido Liberal Radical de los hermanos Flores Magón. En tercer término, estaban los reyistas, quienes se caracterizaban principalmente por su oposición a los científicos y a Corral, aun cuando dicha oposición provenía menos de los principios que de la ambición del general Reyes para ser presidente. En vista de que el camino más seguro para llegar a la presidencia era ser nombrado vicepresidente —a causa de la avanzada edad del dictador— los reyistas eran reeleccionistas, pero anticorralistas. Aunque llegaron en tercer lugar en cuanto al tiempo, los reyistas fueron los primeros en lograr una organización nacional con dirección efectiva. En consecuencia, los corralistas los consideraron como la amenaza más seria contra el *status quo*. Finalmente, también había que contar con el llamado Partido Democrático.<sup>1</sup>

El movimiento antirreeleccionista fue arrojado en medio de este remolino de fuerzas en conflicto. Para sobrevivir, tuvo que aumentar su propaganda, y todo el peso de esta tarea cayó sobre el centro recién creado en la ciudad de México. Afortunadamente, los principales miembros ya habían previsto cuál sería el curso de los acontecimientos y estaban preparados para hacerles frente. Madero quedó en libertad para realizar la campaña

<sup>1</sup> Véase capítulo correspondiente.

por todo el territorio nacional, mientras que los demás concentraban sus esfuerzos en el Distrito Federal.

En los tiempos anteriores al radio y a la televisión, el trabajo de propaganda se hacía a base de viajes. Madero inició desde luego su campaña, y el 18 de junio de 1909, él y sus partidarios salieron de la ciudad de México, iniciándose así la primera gira de oposición que alguien se atreviera a organizar durante los treinta años de dictadura porfirista. La gira no se hacía sin ninguna orientación, puesto que Madero y sus partidarios y consejeros habían elaborado un plan estratégico para recorrer toda la nación en una serie de cuatro giras: dos, anteriores a la proyectada convención del partido, y dos cuando ésta estuviera próxima a celebrarse. El propósito básico de las giras era el de luchar contra la tiranía y el de alentar la democracia con el lema de "sufragio efectivo, no reelección".<sup>2</sup>

En el primer viaje, en el que se pensaba cubrir un total de seis estados orientales, fueron visitadas siete ciudades,<sup>3</sup> y, en general, puede decirse que la gira tuvo un éxito notable. Grandes multitudes asistieron a las reuniones públicas y se enteraron de las doctrinas de los independientes. Se organizaron clubes políticos en la mayoría de las ciudades visitadas, los cuales se convirtieron en nuevos centros de agitación y de organización. Otro resultado muy importante consistió en el hecho de que Madero pudo enlistar en su movimiento a varios individuos muy capaces como jefes o conductores, entre quienes destacaba José María Pino Suárez, muy conocido ya por ser el principal opositor en la Península de Yucatán, y quien estaba destinado a convertirse en presidente de la convención antirreeleccionista que se celebraría al año siguiente.

Madero aprovechó esta gira, no sólo para enseñar, sino también para aprender. En la división del trabajo que establecieron él y Palavicini, Madero insistía constantemente en la necesidad de reformas políticas, mientras que su colega analizaba los problemas sociales y económicos que afligían al país. Por este medio, se aprovechó muy bien el talento de ambos, y cada uno de ellos tuvo la oportunidad de distinguirse en los que conocía mejor.

Esta gira —que duró un mes— se cerró triunfalmente con una gran reunión de masas celebrada en Monterrey, Nuevo León, la cual resultó más

<sup>2</sup> Desde el punto de vista técnico, las deficiencias de Madero como orador fueron la causa de que eligiera como compañeros de viaje a personas que podían ayudarle en este sentido, como era el caso de Félix F. Palavicini, de Roque Estrada y de Emilio Vázquez Gómez.

<sup>3</sup> Tabasco no fue visitada, y el trabajo de organización en dicho estado quedó en manos de José Ma. Pino Suárez, un abogado yucateco que encabezaba el movimiento antirreeleccionista en la península de Yucatán.

notable aún debido a que el General Reyes era el gobernador del estado y Monterrey, la capital, era, desde luego, un baluarte de los reyistas. Además, una reunión similar reyista del Partido Democrático, que debería de haberse celebrado en la mañana del mismo día en que se realizó la reunión maderista, fue suspendida por órdenes de Ramón Corral. Evidentemente, la administración seguía creyendo que la verdadera amenaza provenía del movimiento reyista. De ahí que los maderistas pudieran hacer que adelantaran sus planes, viendo con satisfacción que nadie les molestaba. La táctica de Madero estaba dando resultado: había podido realizar una vigorosa campaña de oposición e iniciar la organización de un movimiento nacional sin despertar las sospechas o la persecución de sus enemigos políticos, y esto constituía un éxito considerable.

Mientras tanto, la estructura del partido continuaba desarrollándose. Después de terminar su primera gira, Madero dedicó gran parte de su tiempo a la organización de clubes opositoristas en el propio Estado, en tanto que en todo el país comenzaban a fundarse asimismo clubes similares. La matriz, en la capital, se mostraba especialmente activa en el perfeccionamiento de la organización. Había dos clases de miembros a los que se consideraba como un buen material. Los miembros activos constituían un grupo perfectamente seleccionado que asumió la responsabilidad de formular la plataforma política y de participar en forma personal, directa, en la labor del Centro; eran ellos los únicos que podían ser electos para puestos directivos, pues éstos según las reglas debían ocuparse por personas idóneas y no por más de un año, debiendo haber una rotación de personas en los mismos. Los miembros pasivos eran los que simpatizaban con la causa anti-rreeleccionista y, al enlistarse, manifestaban su conformidad de votar por los candidatos del partido y de participar en las manifestaciones del mismo. Aunque estas reglas se aplicaban solamente a la unidad que funcionaba en la capital, se esperaba que podrían aplicarse también a los clubes de los Estados. El centro que funcionaba en la capital aprobó los reglamentos a los que había de sujetarse la próxima convención del partido, los cuales habían sido preparados por Madero y por Toribio Esquivel Obregón, durante el verano de 1909, y los cuales reflejaban claramente la experiencia táctica obtenida por Madero en la campaña de Coahuila de 1905. La convención democrática de Madero, naturalmente le llevó a proponer que los candidatos del partido fuesen elegidos por una convención representativa, que habría de celebrarse después de que se publicaran con suficiente anticipación la fecha y el sitio de reunión. Además, pensaba que en esa convención deberían de estar representados todos aquellos que tuvieran un

interés activo en el movimiento antirreeleccionista, y no la población total, y que los delegados deberían de identificarse cuidadosamente a fin de impedir el que se filtraran extraños. Estas medidas fueron las que rigieron la convención del 15 de abril de 1910.

El desarrollo de la organización del partido sufrió la influencia de dos acontecimientos distintos, pero íntimamente relacionados. El primero fue la rápida decadencia del movimiento reyista. Por razones que no nos detendremos a analizar, el General Reyes había quedado virtualmente eliminado de la campaña política hacia fines de agosto de 1909. De esta manera, el porfirismo —una vez liquidada la amenaza reyista— podía prestar toda su atención al creciente movimiento antirreeleccionista. La eliminación de Reyes coincidió con una grave enfermedad de Madero, que de agosto a diciembre de 1909 tuvo que restringir seriamente sus actividades políticas, puesto que tuvo que pasar en cama el primer mes, y que trasladarse a Tehuacán en octubre para pasar una convalecencia de cinco semanas. Estos dos acontecimientos estorbaron seriamente el desarrollo del movimiento opositor.

El general Reyes, al ausentarse en agosto de 1909, se negó a prestar una dirección efectiva a su brillante candidatura. En un plazo de dos meses, quedó completamente borrado como adversario político, al aceptar un encargo del gobierno en Europa. Mientras tanto, el porfirismo intensificó sus esfuerzos para aplastar el movimiento de Madero. En diversos estados fueron eliminados sus jefes por medio de la intimidación o del encarcelamiento, y pronto se extendió la desmoralización en sus filas. Un golpe más fue el constituido por la clausura del periódico del partido, el "Antirreeleccionista", cuyo equipo fue destruido, dispersándose a su personal.

Este acto no sólo paralizó el movimiento de propaganda del partido, sino que también produjo una división entre Madero y Félix Palavicini, director del periódico. El gobierno tomó como pretexto para cerrar el periódico su afirmación de que contenía un artículo sin firma en el que se expresaban ideas que resultaban una traición a la patria. Madero acusó a Palavicini de haber cometido un error al publicar ese artículo, y Palavicini, inmovilizado por la actitud del gobierno, y descorazonado por las críticas de Madero, perdió interés en la lucha y dejó de participar en la campaña.

Con la clausura del periódico y la subsecuente desmoralización de los antirreeleccionistas, casi se perdió también la participación de José Vasconcelos, otro de los miembros principales del personal del periódico. Vasconcelos estaba convencido de que la revolución era la única esperanza que les quedaba de triunfar y amenazó con separarse del movimiento si Madero

insistía en sus principios de campaña política apegada estrictamente a la ley. Sin comprometerse en una discusión de procedimiento revolucionario frente a procedimiento legal, y sin despreciar los riesgos, Madero pudo convencer a Vasconcelos para que permaneciese con él.

Fue una desgracia que Madero se viera obligado a enfrentarse a la persecución del gobierno y a la desmoralización interna mientras estaba enfermo; pero, estas circunstancias le dieron una nueva oportunidad para demostrar su capacidad de jefatura. Es indudable que sin él el movimiento se hubiera desintegrado. Sin embargo, a pesar de su enfermedad y de las muchas dificultades a las que tuvo que enfrentarse, pudo reunir a sus vacilantes partidarios y seguir adelante con el movimiento. Aunque no pudo prever su enfermedad, sí anticipó, en cambio, la decadencia del movimiento reyista y el consiguiente aumento en la persecución contra los maderistas. Y, no sólo lo previó, sino que hizo todo lo posible para estar preparado para esta eventualidad; de ahí que no se haya asustado al presentarse la crisis.<sup>4</sup>

Aún débil por su enfermedad, interrumpió su estancia en Tehuacán para trasladarse a México, en donde hizo toda clase de esfuerzos para reanimar a sus vacilantes partidarios. Específicamente, se dedicó a lograr la libertad de quienes estaban en la cárcel, y a proseguir la elaboración de los planes para la próxima convención nacional, precisamente cuando parecía no haber esperanzas de que se celebrara. Durante las cinco semanas que pasó convaleciendo en Tehuacán, Madero continuó desarrollando titánicos esfuerzos tendientes a impedir el colapso de la organización del partido, orientándose dichos esfuerzos en varios sentidos: primero, en el de la correspondencia que sostenía para reanimar a los tibios, tratando, por todos los medios posibles, de despertar nuevamente su interés y su valor, contando entre las personas a quienes logró salvar para el movimiento José Vasconcelos, cuya casi desertión hemos mencionado ya; segundo, sus esfuerzos se orientaron en el sentido de tratar de reducir la persecución del gobierno contra el movimiento opositor, puesto que dicha reducción era indispensable para que el partido pudiese sobrevivir. La más segura de las esperanzas de éxito en este sentido descansaba en José Ives Limantour, íntimo amigo de la familia, miembro principal del gabinete de Díaz y líder de los científicos. Sus esfuerzos sirvieron de poco desde cualquier punto de vista básico, pero, como un favor especial, por su amistad con la familia, obtuvo el que mandase libertar a unos cuantos maderistas que habían sido aprehendidos. A partir de ese momento, Madero comprendió que no podía

<sup>4</sup> Ross. *Op. cit.*, pp. 67-9.

esperar mucha consideración tanto de parte de los porfiristas en general como de los científicos particularmente.

Sus esfuerzos para probar los motivos y los actos futuros de Limantour provocaron más dificultades entre Madero y su familia. Su abuelo le reprendió duramente por su audacia de enfrentarse al gobierno. Su padre le exhortó a recordar sus responsabilidades para con una madre inválida y frente a los intereses económicos de la familia. Como ya sabemos, todo esto era historia vieja: en mayor o menor grado, Madero tuvo que luchar contra la oposición de sus mayores al través de toda su carrera política; esta nueva hostilidad, agregada a todas las dificultades que tenía ante sí el movimiento, le produjo muchos disgustos, y sólo un hombre decidido como él pudo sobreponerse a esta situación. Como Madero estaba decidido, no sólo utilizó el tiempo que pasó en Tehuacán para recuperar el terreno perdido, sino que también se trazó su camino para el futuro.

Madero regresó a la capital a principios de diciembre de 1909, y desde luego comenzó a poner por obra su programa. Después de reanimar a sus partidarios asegurándoles que el partido podría resistir la renovada persecución del gobierno, los condujo hacia las etapas finales de preparación para la convención que se decidió se celebrara el 15 de abril de 1910, habiéndose publicado la información completa sobre la misma desde el 15 de diciembre de 1909, o sea, cuatro meses antes de su celebración.

Aprovechando el hecho de que el Partido Nacionalista Democrático había quedado acéfalo al ser eliminado Reyes, Madero concertó una serie de reuniones, destinadas a atraer a dicho grupo hacia su órbita. Teniendo en cuenta que tanto los antirreeleccionistas como los miembros del Partido Nacionalista Democrático compartían el sentimiento anticorralista, y considerando que Reyes ya no podía considerarse como candidato de oposición, existía una base firme para la cooperación entre los dos grupos, y los esfuerzos de Madero en este sentido tuvieron un éxito considerable.

Después de haber reanimado a su amenazado organismo, Madero se dedicó a continuar la campaña de popularización que había quedado interrumpida por su prolongada enfermedad. El 19 de diciembre de 1909 salió de la ciudad de México, en el segundo viaje de su campaña, que fue el más largo. Con excepción de un solo mes que pasó en su rancho de San Pedro, todo el tiempo, —hasta la celebración de la convención nacional, a mediados de abril— lo pasó recorriendo el país. Durante esos cuatro meses, visitó doce estados y veintidós ciudades en las zonas central, occidental y noroccidental del país. En vista de que ya no contaba con la colaboración de Félix Palavicini, que fue quien más le ayudó en su primer viaje, Madero eligió

a Roque Estrada, para que lo acompañara. Estrada, abogado muy conocido en Guadalajara, que era un centro de gran importancia política, se convirtió en uno de los jefes más devotos e importantes del movimiento y le permaneció fiel durante todo el período revolucionario.

Durante la primera etapa del viaje, se organizó la campaña en los estados de Querétaro, Jalisco, Colima, Sinaloa, Sonora y Chihuahua. Desde el punto de vista de la labor de popularización y organización del sentimiento antirreeleccionista, vale la pena mencionar varios puntos. Primero, la recepción que se les hizo en las ciudades que visitaron confirmó la idea que tenía Madero de que contaban con el apoyo de la nación. A pesar de que la reacción fue diversa en las distintas localidades, podía descubrirse un entusiasmo básico en la forma en que el pueblo recibía el mensaje central de los maderistas. El partido había hecho muy bien en elegir como base el lema de "sufragio electivo y no reelección". En torno de este objetivo, podían reunirse muchos elementos que en otros sectores diferían entre sí. Si la estrategia del partido se hubiera concentrado sobre la necesidad de reformas socio-económicas, se habría desintegrado en esta etapa de su desarrollo. Posteriormente podía hacerse hincapié sobre ese punto, y fue así como sucedió.<sup>5</sup>

La gira tuvo también gran valor en un segundo aspecto en cuanto les proporcionó a los maderistas un indicio claro de lo que podían esperar del gobierno. Como sucede siempre, el entusiasmo creciente por el programa antirreeleccionista, creció paralelamente a la creciente oposición de los defensores del porfirismo. En todas partes se encontró oposición, pero ésta resultó especialmente dura en Sonora. Ramón Corral era nativo de ese estado, y sus partidarios dominaban el gobierno local. Al acumularse los incidentes peligrosos y desagradables, dos cosas quedaron perfectamente claras: 1) las fuerzas de Díaz encabezadas por Limantour y por Corral, no

<sup>5</sup> Según la opinión del autor, la dirección que se imprimió a la campaña fue en el sentido de una elección deliberada y no en el de un "partidarismo de clase". Hay abundantes pruebas de que Madero reconocía y sentía los problemas socio-económicos elementales de su país. Comprendía que había que resolver estos problemas para que México pudiera lograr una estructura social democrática, pero pensaba que resucitar las orgías de violencia armada que caracterizaron a la época anterior a Díaz no serviría sino para frustrar cualquier solución a los problemas socio-económicos como lo había demostrado ampliamente la horrible historia de obtención del poder al través de la insurrección y de la rebelión. En la estrategia revolucionaria de Madero se encontraba como punto central la convicción de que el aceptar el principio de la transferencia constitucional y ordenada del poder era el núcleo de la estructura social democrática y un prerequisite necesario para la solución de otros problemas. Aunque Madero no ha podido verlo, México, a partir de 1910 ha corroborado ampliamente sus ideas.

tenían ninguna intención de permitir que se desarrollara una campaña genuinamente independiente, y 2) el trato que se aplicaba a los maderistas era una muestra del gobierno que tendría México si el régimen continuaba en el poder. Estas experiencias les resultaron muy útiles para futuros planes.

La represión violenta por parte del gobierno de México le dio a Madero otra excelente oportunidad: la de demostrar el valor y la habilidad de su jefatura. Continuamente, Madero y Estrada demostraron que el valor nacido de sus convicciones les hacía invulnerables a la intimidación, y, como resultado de esto, numerosos partidarios ameritados (como Manuel Bonilla, de Sinaloa, Benjamín Hill, y José María Maytorena, de Sonora, y Abraham González, de Chihuahua) se unieron al movimiento.

La visita de Madero a la ciudad de Chihuahua, produjo otro acontecimiento de importancia en esta primera etapa de la segunda gira. Poco después de su partida, Abraham González le notificó que los clubes políticos, en votación secreta, habían elegido a Madero como candidato presidencial. Esta fue la primera ocasión en que Madero se presentó como posible candidato para la presidencia, papel que él no eligió, sino que le fue impuesto por la fuerza de la opinión pública.

El mes que pasó en su rancho de San Pedro le sirvió para reponerse de la fatiga de los viajes, pero no cesó en sus actividades políticas. La labor para hacer que el movimiento llegara al pueblo se seguía realizando en forma continua. Por otra parte, Madero tenía que enfrentarse también con dificultades internas, surgidas por las discusiones referentes al candidato que se había de designar para la vicepresidencia: Toribio Esquivel Obregón se había autodesignado: él era el vicepresidente del centro de la ciudad de México y probablemente el líder antirreeleccionista por Guanajuato. Para un hombre que espera ser designado candidato, había adoptado una actitud curiosamente dilatoria y la labor de organización de los clubes antirreeleccionistas en su estado se encontraba considerablemente retrasada. Madero mandó a Roque Estrada a Guanajuato con el fin de reanimar el vacilante interés de Esquivel en el Partido. Estrada no tuvo éxito en su misión y, desde ese momento, Esquivel se convirtió en un lastre para el movimiento. En vista de que las diferencias entre él y Madero se ampliaban cada vez más, Esquivel comenzó a realizar una labor de franco obstructionismo y finalmente se olvidó tan completamente del movimiento que aceptó un puesto en el gabinete de Huerta, el traidor que asesinó a Madero.

Otro posible candidato a la vicepresidencia era el Dr. Francisco Vázquez Gómez. Era el candidato de Madero, quien personalmente lo había

hecho ingresar en el partido, cometiendo con ello uno de sus mayores errores, pues el doctor tenía más interés en el prestigio de un puesto importante que en los principios del partido antirreeleccionista. Por aquella época él era el médico personal de D. Porfirio, y es extraño que Madero haya podido llegar a creer que algún día podría convertirse en antirreeleccionista sincero. Su hermano Emilio, aunque miembro del partido, se convirtió después en un ardiente porfirista. Las simpatías porfiristas de los hermanos Vázquez Gómez fueron causa de fricciones constantes en las filas de los maderistas, y estorbaron mucho la labor del centro de la ciudad de México.

A pesar de estas fricciones internas, los jefes del partido pudieron continuar con su campaña de popularización y agitación. El órgano del partido, "El Antirreeleccionista" había resuscitado en otro periódico, "El Constitucionalista". Entre los demás periódicos que ya apoyaban al movimiento se encontraba "México Nuevo", publicación que había sido pro-reyista con anterioridad.

Madero contribuyó personalmente en forma muy importante a esta guerra de publicaciones. Poco antes de reanudar sus viajes políticos, publicó un pequeño libro en el que especificó nuevamente los principios y el programa del movimiento antirreeleccionista. Además de esta re-afirmación, Madero declaró que el establecimiento de dichos principios "no sería sino un medio para lograr otros objetivos más importantes". Tanto el contexto como las declaraciones específicas indican claramente que dichos objetivos no eran otros que los de realizar reformas socio-económicas.<sup>6</sup>

Los jefes del partido instaban a Madero para que renovara su campaña de acercamiento al pueblo. Por eso, a fines de marzo de 1910, acompañado por sus partidarios, salió de la ciudad de México, para lo que sería la segunda parte de su segunda gira. Roque Estrada lo acompañó otra vez como ayudante principal, y en esta gira recorrieron siete ciudades situadas en seis de los estados centrales.

Dentro del conjunto de la estrategia y de la técnica de campaña, este viaje de un mes al través de los estados del centro produjo numerosos hechos de importancia. Al acercarse la fecha de la convención, Madero com-

<sup>6</sup> Ross, *Op. cit.*, pp. 91-2 tiene grandes citas de la obra *El Partido Nacional Antirreeleccionista*. Indica también que su publicación fue la afirmación de la fe profunda de Madero más que una hábil maniobra política. Añade que, ya desde antes, Madero se había declarado en favor de las reformas socio-económicas básicas, y presenta pruebas al respecto, cuando cita estas palabras: "Estoy plenamente de acuerdo en que la división de la propiedad contribuirá grandemente al desarrollo de la agricultura y de la riqueza nacionales. Y, aún más, creo que la división de la propiedad será una de las bases más firmes de la democracia."

prendió que debía de aceptar su responsabilidad como candidato evidente para la presidencia; en consecuencia, comenzó a presentarse no sólo como el jefe reconocido del partido, sino también como un candidato presidencial en potencia; de ahí que, además de discutir, como era habitual, los principios del antirreeleccionismo, agregara algunas consideraciones sobre la política que, a su juicio, debería caracterizar a la próxima administración. Con sus declaraciones políticas, Madero levantó una verdadera tolvanera. En un discurso en Durango, dio la impresión de que aprobaba las prácticas del gobierno de Díaz de pasar por alto las medidas anticlericales de las Leyes de Reforma expedidas durante el período de Juárez, y esto provocó en sus oyentes una reacción muy desfavorable. La dificultad surgió más del hecho de que hubo una ruptura en la comunicación que de cualquier disimulo por parte de Madero. Su religiosidad, aunque algo excéntrica, era hecho muy conocido, pero también lo era su anticlericalismo recalcitrante y la posición que adoptó en su discurso estaba plenamente de acuerdo con estos dos hechos. Madero estaba de acuerdo con la política de conciliación religiosa seguida por el gobierno de Díaz, pero, por razones muy distintas de las que movían al dictador. En opinión de Madero, las características anticlericales de las Leyes de Reforma iban encaminadas a combatir el conservatismo y el eclesiastismo; consideraba que habían cumplido su cometido y que el poder político de la Iglesia había sido destrozado, al mismo tiempo que se había asegurado el derecho de libertad religiosa; por lo tanto, fiel a sus convicciones democráticas, pensaba que si seguían imponiendo reglamentos anticlericales, esto constituiría una infracción al derecho elemental de libertad de creencias y de cultos, de acuerdo con la conciencia y con las convicciones personales propias. Aunque es posible que Madero haya expresado su opinión sobre este punto en forma demasiado vehemente en esa época, estaba desde luego en lo justo en cuanto a la comprensión teórica de la relación que debe de existir en una sociedad democrática entre la religión y la cultura. De cualquier manera, cuando la posición de Madero quedó aclarada, la tempestad se aplacó sin consecuencias.

En este viaje se descubrió también un creciente y profundo entusiasmo por la causa, a pesar de la intervención oficial, así como de la timidez paralizante de algunos de los jefes del partido. En diversos sitios, los viajeros fueron recibidos con gritos de alegría, aún cuando las autoridades habían prohibido la celebración de reuniones. Aún en Guanajuato, en donde Toribio Esquivel Obregón había hecho todo lo posible para sofocar el entusiasmo popular y suprimir la organización de clubes, resultó evidente que muchas personas simpatizaban profundamente con los maderistas. Y los

clubes antirreeleccionistas se organizaron con éxito en León y en la ciudad de Guanajuato.

Finalmente, los acontecimientos de la gira pusieron de manifiesto un rasgo que había de convertirse en el talón de Aquiles de Madero. Como veremos posteriormente, en algunos puntos cruciales de su carrera, Madero se equivocaba profundamente al juzgar a los hombres. Durante esta gira, cometió uno de esos graves errores de juicio. En Aguascalientes, algunos de sus partidarios lo criticaron acremente por no haberse enfrentado a las actividades porfiristas de Emilio Vázquez Gómez; pero Madero no comprendió el peligro que entrañaba la presencia de este hombre que posteriormente había de ser figura central en los diversos planes que habían de idearse para menoscabar su autoridad. Una situación semejante, más excusable, con todo, surgió en el caso de Toribio Esquivel Obregón, con respecto al cual Madero se formó un juicio bastante exacto, en cuanto vio que el hombre era un oportunista y un obstruccionista y quiso romper con él cuando se percató de que pretendía estorbar las visitas a León y Guanajuato. Sin embargo, no obró de acuerdo con su juicio, y permitió que lo disuadiera Estrada, obteniendo como resultado el tener que seguir soportando la labor obstruccionista de Esquivel Obregón.

*La Convención Nacional.*—Había llegado el momento de recoger los resultados de un año de agitación y propaganda. En el curso de sus dos giras, Madero había visitado 17 estados y 26 ciudades de importancia, para no mencionar sus altos en el camino. En todas partes había pronunciado discursos, había ganado adeptos y lo que era más importante, había dejado organizados clubes políticos. El paso siguiente consistía en lograr que estas unidades tan distantes entre sí, se relacionaran, a fin de organizarlas para constituir un partido verdaderamente nacional. En resumen, el movimiento estaba listo para celebrar su convención.

Consecuentemente, la convención se reunió, como se había previsto, el 15 de abril de 1910, y tuvo tres aspectos muy importantes para nuestro estudio: en primer lugar, representó la culminación de un programa de planeación política que había comenzado casi seis años antes, cuando los acontecimientos obligaron a Madero a reconocer que el régimen de Díaz solamente podría ser derrocado al través de una campaña larga y cuidadosamente dirigida por grupos independientes bien organizados. Él se había dedicado deliberadamente a la tarea de crear una opinión pública que apoyara este movimiento, y la convención fue testimonio elocuente de su éxito.

En los años intermedios uno de los problemas más difíciles con que tropezó Madero fue el de la oportunidad; o sea que, puesto que su objetivo consistía en organizar un movimiento de oposición genuino y constitucional y no otra revolución frustrada, tuvo que cuidar de que la campaña no se desarrollara con demasiada rapidez. Los acontecimientos subsecuentes demostraron que la convención se celebró "en el momento más oportuno". En relación con el tema de la oportunidad, estaba la necesidad de impedir el que las energías del movimiento se dispararan. Durante años, a causa de las maniobras de Díaz y de Corral en junio de 1904 y nuevamente después de la entrevista de Creelman, en febrero de 1908, se habían formado pequeños grupos de partidarios en torno de los hombres que tenían ambiciones políticas, y cuya ambición inmediata era el puesto del vicepresidente Corral, pero cuyo objetivo final era la presidencia. Solamente dos de estos grupos se desarrollaron para constituir organizaciones de importancia: el Partido Democrático y el Partido Nacionalista Democrático. Como ya dijimos, el primero era solamente una conspiración de los corralistas para infiltrarse dentro del movimiento opositorista.

Los elementos genuinamente opositoristas de este partido pronto se pasaron al movimiento de Madero, dejándolo relativamente impotente. El segundo, o sea el Partido Nacionalista Democrático, era la organización nacional de los elementos pro-reyistas y constituían una verdadera amenaza tanto para el régimen de Díaz como para los maderistas. Madero trató varias veces de unirse con este grupo, pero tuvo muy poco éxito en un principio. Finalmente, cuando logró este propósito, su éxito fue inesperado y se debió principalmente a la situación del momento. Fue la época en que Madero se dedicó a sentar los fundamentos del partido antirreeleccionista y cuando, de acuerdo con sus predicciones, Reyes quedó eliminado como contrincante político, aceptando una misión en Europa que le confirió Díaz hacia fines de 1909. Así pues, cuando se celebró la convención, el Partido Nacionalista Democrático dispuesto ya a aceptar la nueva invitación de Madero, accedió a participar en la convención, habiendo elegido a sus delegados de la misma manera que los que representaban a los diversos clubes de los antirreeleccionistas. El conjunto de delegados estuvo compuesto por unos doscientos hombres, de los cuales solamente quince fueron enviados por el Partido Nacionalista Democrático.

La convención tuvo también un gran significado porque constituyó un éxito de la organización del movimiento antirreeleccionista. Se eligió un comité ejecutivo nacional para dirigir los asuntos de la convención y para organizar y vigilar la próxima campaña. Bajo su dirección, el Centro Anti-

reeleccionista de México, junto con sus clubes afines en toda la nación se convirtió en el Partido Nacionalista Antirreeleccionista. Al elegir a Madero y a Francisco Vázquez Gómez como candidatos y al trazarse la plataforma política del partido, la determinación personal de Madero de iniciar un movimiento de reforma se convirtió en un movimiento social organizado que tenía como objetivo declarado la reconstrucción política del país.<sup>7</sup>

La plataforma que presentó el partido fue algo más que una simple explicación del lema "Sufragio Efectivo, No Reección". Desde luego contenía esta explicación en forma muy completa, pero, además, expresaba en términos concretos la voluntad de mejorar las condiciones socio-económicas de las masas.

Finalmente, los acontecimientos relacionados con la convención fueron una advertencia de los sucesos futuros. Cuando se vio claramente que la convención se realizaría en un ambiente de entusiasmo creciente, los reeleccionistas iniciaron una serie de movimientos obstruccionistas que culminaron en un intento de encarcelar a Madero, por un falso cargo de robo.<sup>8</sup>

Madero recibió aviso de que iban a aprehenderlo y se ocultó, habiendo permanecido oculto hasta el momento en que se presentó ante la convención para aceptar su candidatura. Aunque por razones que se desconocen, no se arrestó a Madero al salir de su escondite, esta amenaza le sirvió para confirmarle en su idea de que el régimen de Díaz no entregaría el poder pacíficamente.

Esta convicción se fortaleció por el resultado de un movimiento conciliador de Madero hacia Díaz que se produjo mientras se reunían las sesiones de la convención. El incidente ha sido adornado con algunos detalles de opereta, puesto que ocurrió mientras Madero permanecía oculto: por medio de los buenos oficios del gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, se arregló una entrevista con Díaz, y aunque no se sabe exactamente lo

<sup>7</sup> La evolución de la estructura del partido queda revelada con los nombres y fechas que siguen: Club Central Anti-Reeleccionista de México (19 de mayo de 1909); Centro Antirreeleccionista de México (Mayo 22 de 1909); Partido Nacionalista Antirreeleccionista (Abril 15-7 de 1910), y Partido Constitucionalista Progresista (julio-agosto de 1911). Este último partido surgió como sucesor del Partido Antirreeleccionista después de que el grupo había logrado su propósito de derrocar a Díaz. Se pensó que este nuevo nombre indicaba mejor el propósito del movimiento. En la época en que se introdujo este cambio, un grupo disidente, encabezado por Francisco Vázquez Gómez se negó a aceptar el nuevo lema del partido, y continuó luchando como organización antimaderista bajo el antiguo nombre de Partido Nacionalista Antirreeleccionista.

<sup>8</sup> Véase Ross, *Op. cit.*, p. 79, para un resumen bastante extenso de este intento para atacar a Madero y al Partido Antirreeleccionista.

que sucedió en dicha entrevista que duró una hora, sí se sabe que Madero salió de ella con el convencimiento de que la revolución era el único medio por el cual podrían lograr sus objetivos; además, la impresión que le produjo el aspecto senil del dictador, le hizo llegar a creer que la revolución podría triunfar.

Preocupado por esta alarmante perspectiva, Madero sintió gran alivio cuando cambió la actitud de sus parientes hacia el movimiento. Impresionados por la respuesta entusiasta de la convención, varios miembros de su familia le escribieron a Madero para felicitarlo, con lo cual quedaba de manifiesto que por fin aprobaban sus actividades políticas lo cual no obstó para que ulteriormente se encontrara todavía con diferencias de opinión sobre la mejor solución que se debería dar a determinados problemas, sin que por ello hubiera de volver a luchar con la indiferencia u hostilidad de su familia hacia su causa.

*La campaña posterior a la Convención.*—Perfeccionada la organización nacional, y con las elecciones nacionales a sólo dos meses de distancia, los antirreeleccionistas tuvieron que renovar su vigorosa campaña de popularización. A la luz de los acontecimientos subsecuentes, es importante notar que algunos de los jefes del partido, intimidados por las medidas represivas del gobierno, se oponían a que se reanudara la lucha activa. Es igualmente significativo el hecho de que, cuando la mayoría autorizó otra gira por los estados, se indicó que el Dr. Vázquez Gómez, a quien se había designado como candidato a la vicepresidencia, debía de quedarse en la capital.<sup>9</sup>

Después de haber logrado la autorización de la mayoría para renovar la campaña, y tras una serie de mítines muy concurridos en la ciudad de México, Madero y su grupo salieron de la capital a principios de mayo, en un viaje de dos semanas, para recorrer cuatro estados y visitar nueve ciudades de importancia. Regresaron a la capital a mediados de mayo, y salieron nuevamente el 3 de junio para visitar las capitales de San Luis Potosí, Coahuila y Nuevo León. La gira terminó violentamente cuando Madero y Estrada fueron arrestados en Monterrey a principios de junio.

En el término de un año, su agresiva campaña destinada a popularizar

<sup>9</sup> En vista de que el Dr. Vázquez Gómez era casi desconocido fuera de la capital y de que era necesario presentarlo al pueblo, esta decisión resulta muy curiosa. Tomando en cuenta su táctica dilatoria subsecuente, esta acción sugiere que no tenía gran entusiasmo por la causa antirreeleccionista. Es otra prueba más de que Madero se había equivocado seriamente al juzgarlo.

la causa antirreeleccionista, había llevado a Madero a recorrer 22 de los 27 estados, y a visitar 33 ciudades de importancia. México nunca había presenciado un esfuerzo tan sostenido y sistemático para llevar un mensaje a la nación. La campaña había producido muy buenos resultados: Madero había dado a conocer su nombre por todo el país, al través de su constante propaganda del lema "sufragio efectivo, no reelección", mereciendo el nombre de "Apóstol de la Democracia" que le han aplicado sus admiradores.

Después de la convención, Madero prosiguió abiertamente su campaña como candidato de su partido y como su jefe reconocido; cuanto hacía y decía adquiría la mayor importancia, resultando por lo tanto de interés, señalar el cambio profundo de táctica que caracterizó a las últimas semanas de la campaña. Hemos de recordar que había pasado muy poco tiempo desde la entrevista de Díaz y Madero, de la cual salió éste con la convicción de que solamente una revolución podía romper el poder de la dictadura. Evidentemente durante la campaña iba poseído de esta convicción, pues todo lo que hacía parecía encaminado a incitar al pueblo a rebelarse. Sus mensajes llegaban a una masa de revolucionarios en potencia, como lo comprueba el entusiasmo de la multitud que lo esperaba para aclamarlo en todas las ciudades de su recorrido.

El régimen de Díaz no conocía sino una forma para dominar la creciente amenaza de los maderistas: medidas represivas más enérgicas. En las primeras etapas de la campaña, el propio Madero se vio libre de toda molestia, ya que el gobierno empleaba la táctica de ir contra los jefes locales, después de que Madero había celebrado una de sus estruendosas reuniones de masas. Sin embargo, en vista del entusiasmo y del ardor que subsiguieron a la campaña realizada después de la convención, las fuerzas de Díaz se arrojaron directamente sobre Madero. Sus intenciones quedaron al descubierto cuando Juan Orci —uno de los hombres del gobierno— siguió al grupo de Madero al salir de la ciudad de México en la última etapa de su campaña, y si bien no estorbó el mítin que Madero y Estrada celebraron en San Luis Potosí, porque utilizaron como plataforma uno de los carros de ferrocarril y si en Saltillo intervinieron pero sin éxito, el proceso llegó a su climax con el arresto efectuado en Monterrey, por cargos que Orci inventó por órdenes de sus superiores. Aunque se acusó a Madero y a Estrada de haber incitado al pueblo a la rebelión con sus discursos de San Luis Potosí, el propósito de este arresto fue el de retirar de la circulación a los jefes antirreeleccionistas, hasta que pasaran las elecciones.

Otro aspecto del contra-ataque del gobierno fue la supresión total de la prensa maderista poco antes de las elecciones. Los esfuerzos del gobierno

para ahogar a la oposición en todo el país, fueron tan completos, que ya habían sido encarcelados más de cinco mil maderistas, cuando se celebraron las elecciones preliminares a mediados de junio, llegando su número aproximadamente a 60 mil cuando se celebraron las elecciones finales unas dos semanas después. Entre los detenidos, además de Madero y Estrada, se encontraban varios miembros del comité ejecutivo nacional del partido.

Estos actos supusieron que la administración desconocía hasta tal punto los sentimientos de la nación que no se daba cuenta de que el lema "Pan y Palo" ya no servía para los partidarios que se habían reunido en torno de Madero en el Partido Nacional Antirreeleccionista. Tampoco comprendían Díaz y los científicos que su teoría de "poca política y mucha administración", ya no podía servirles de pantalla para manejar los asuntos nacionales de acuerdo con sus propios intereses. El movimiento antirreeleccionista había removido la pantalla, y una gran parte del público se percataba ya de la necesidad de una acción organizada en contra de la dictadura. Para que el régimen hubiera podido evitar la revolución y seguir en el poder, hubiera sido indispensable que llegara a un arreglo sincero y realista con los maderistas, pero esto era algo a lo que los jefes del gobierno no estaban dispuestos en ninguna forma.

Si las medidas represivas de la administración de Díaz pueden considerarse características del gobierno de las sociedades pre-revolucionarias, lo mismo ocurre con las reacciones del grupo rebelde que se mostraba cada vez más inquieto.<sup>10</sup> Todas las fuentes de información concuerdan en que la inquietud estaba muy extendida y en que se iba convirtiendo en una verdadera epidemia. La misma dureza con que el gobierno trató a la oposición política es una prueba del temor que el régimen sentía ante la inquietud reinante. El Comité Ejecutivo del Partido Antirreeleccionista se encontraba preocupado por la posibilidad de que hubiese una oleada de levantamientos en represalias por las medidas que había tomado el gobierno, y dio los pasos necesarios para impedirlos.

Madero, más que nadie, se preocupó por evitar la revolución —en determinado momento— hasta donde fue posible; pero no estuvo nunca dispuesto a evitarla a costa de perder la oportunidad de derrocar al decrepito porfirismo. Al comprender que la revolución era inevitable, Madero quiso asegurarse de que estallaría en el momento oportuno. Es decir, que no debería permitirse, a menos que en las próximas elecciones, las fuerzas de Díaz revelaran claramente su falta de voluntad para permitir la transferencia del poder al través de los medios constitucionales.

<sup>10</sup> Véanse páginas anteriores.

Los esfuerzos de Madero y de sus colaboradores tuvieron éxito en lo relativo a impedir un levantamiento prematuro bajo la bandera del Partido Nacional Antirreeleccionista. En consecuencia, la inquietud y el resentimiento se desalojaron por canales menos peligrosos, como fueron una serie de intentos esporádicos de rebelión, dispersos por todo el país. Uno de dichos intentos, el del 4 de junio en Valladolid, coincidió con el mítin final de la campaña realizado en Monterrey, y fue uno de los pretextos que se pusieron para el arresto de Madero y de Estrada. Unos cuantos días después, el 8 de junio, a uno de los jefes locales antirreeleccionistas de Sinaloa se le provocó hasta hacerlo rebelarse contra sus perseguidores, liquidándosele entonces rápidamente mediante la aplicación de la ley fuga. También hubo un intento abortado de rebelión por parte del Partido Liberal de Flores Magón, para iniciar una tercera rebelión en contra de la odiada dictadura. Durante los meses siguientes, hubo otros intentos aislados de revolución.

Mientras tanto, después de haber sido arrestados en Monterrey el 6 de junio, Madero y Estrada fueron trasladados a San Luis Potosí el 21 de junio, día de las elecciones primarias. Ahí se quedaron en la cárcel hasta que fueron puestos en libertad un mes después, estando bajo vigilancia, y con órdenes de no salir de la ciudad. Según la opinión equivocada del gobierno, con este arresto quedaba solucionada la situación. Ya habían pasado las dos elecciones. Díaz y Corral habían sido declarados electos y todo lo que faltaba era que el sometido Congreso certificara el resultado de las elecciones.

Pero Díaz, Corral y sus partidarios no habían calculado bien cuál era el poder de los maderistas. Parecía que el movimiento estaba a punto de desintegrarse: el jefe no podía salir de San Luis Potosí, en donde se vigilaban todos sus movimientos; el Comité Ejecutivo Nacional se había quedado invalidado por el arresto de sus miembros principales; miles de partidarios languidecían en las cárceles. Parecía asegurada la continuación del reinado de los científicos. Sin embargo, durante el tiempo que estuvieron en la cárcel, Madero y Estrada no dejaron de conferenciar con los pocos colegas que aún estaban libres.

Naturalmente, al salir en libertad, lo primero en lo que pensaron fue en protestar en contra del resultado de las elecciones. Era evidente que las elecciones habían sido fraudulentas y había motivo para nulificarlas y convocar a nuevas elecciones, pero, Madero estaba más convencido que nunca de que el porfirismo nunca permitiría una expresión honrada de la opinión opositora. Sin embargo, no quiso dirigir la revuelta contra el gobierno

hasta que se hubiesen agotado los medios legales de protesta. Por eso convenció al escaso personal que quedaba en el Comité Ejecutivo para que realizara una investigación general de los resultados de las elecciones, con el fin de descubrir las irregularidades. Todo el verano se pasó en esta labor, y los resultados convincentes de la misma fueron presentados ante el Congreso bajo la forma de tres amplios estudios que llevaban las fechas de 1º, 8 y 23 de septiembre. Se explicó al Congreso que había pruebas abrumadoras del fraude electoral, y se le pidió que autorizara nuevas elecciones. Como era de esperar, nadie hizo caso de las pruebas presentadas, y el 4 de octubre, Díaz y Corral fueron declarados oficialmente electos. Como un gesto final de orgullosa autoridad, los diputados peleles simultáneamente se negaron a admitir al único diputado antirreeleccionista a quien el comité electoral le había reconocido la credencial. Con estos actos, el gobierno cerró la puerta a cualquier posibilidad de arreglo. Los maderistas habían hecho todo lo posible para lograr —por medio de las elecciones— la expresión de la opinión pública acerca de quién había de ejercer el poder político; habían hecho asimismo todo lo posible para lograr una transferencia pacífica de ese mismo poder político. Habían fracasado, y ahora tenían ante sí un terrible dilema: o aceptar los resultados evidentemente deshonestos de la elección, o provocar la revolución. En vista de su sincera oposición frente al prolongado paternalismo del régimen de Díaz no había sino una decisión posible; pero, al iniciar los planes para la rebelión, nadie podía acusarles de haber dejado sin explorar todas las alternativas de transmisión pacífica del poder que les quedaban. La táctica que emplearon demostraba a las claras que su principal preocupación era el constitucionalismo y no simplemente el logro y ejercicio del poder.

Como todo el mes de septiembre se había dedicado a las fiestas destinadas a celebrar el Centenario de la Independencia, Madero consideró que no debería iniciar su movimiento durante dicho período, y utilizó el tiempo pensando en la manera de escapar de San Luis Potosí.

Todo le salió como lo había planeado. El 6 de octubre, con la complicidad de un ferrocarrilero, se escondió en un tren que iba a la frontera con los Estados Unidos de América, y el 7 de octubre ya estaba a salvo del otro lado de la línea fronteriza. Entonces se le reunieron sus partidarios en San Antonio, donde también estaban los jefes antirreeleccionistas que habían huído desde antes. Así se dio el primer paso para apoderarse del poder por medio de la fuerza.

## CAPÍTULO X

### EL ASALTO AL PODER

La campaña para capturar el poder que le fue literalmente impuesta al movimiento antirreeleccionista por la miopía del régimen, nos interesa desde el ángulo de la estrategia y de la táctica empleada: 1) en las operaciones militares, y 2) en las maniobras políticas.

*La campaña militar.*—Desde el punto de vista de la estrategia militar, la iniciación de una revuelta armada contra el gobierno, resultaba absurda. La entrada de Madero a México, el 14 de febrero de 1911, había sido precedida por dos fracasos militares. De acuerdo con los planes originales, la revolución debería de iniciarse el 20 de noviembre de 1910. Se esperaba que los levantamientos ocurrieran en centros estratégicos muy distantes entre sí y que Madero cruzaría el Río Bravo un poco abajo de Eagle Pass, para asumir el mando de 300 hombres, destinados a capturar la ciudad-clave de Porfirio Díaz. Pero, el gobierno federal tuvo conocimiento de estos planes y los hizo fracasar. Cuando Madero y nueve de sus compañeros llegaron al río, no se encontraron con la esperada fuerza de 300 hombres, sino sólo con 11 encabezados por el tío de Madero. ¡Mal comienzo!

Se pensó que el 5 de febrero podría realizarse un segundo intento de retorno de Madero como comandante de las fuerzas insurgentes. Los éxitos obtenidos en Chihuahua por los rebeldes a quienes mandaba Pascual Orozco, hicieron concebir la esperanza de tomar Ciudad Juárez. Como anticipación de su regreso a México, en medio del éxito militar, Madero entró a El Paso, ciudad situada junto al Bravo; pero hubo de sufrir un nuevo engaño, puesto que Orozco salió derrotado, encontrándose el propio Madero abandonado en la frontera, como comandante ausente de un ejército en retirada.

Finalmente, de manera ignominiosa, Madero tuvo que huir de las autoridades estadounidenses que pretendían arrestarlo, entrando a territorio mexicano el 14 de febrero. Contaba con una fuerza de unos 130 hombres, a quienes se unió un pequeño contingente mandado por José de la Luz

Blanco. Este grupo, prácticamente pequeño, tenía el propósito de desafiar el poder de los rurales de Díaz y del ejército federal compuesto por 30,000 hombres. Y lo peor de todo era que estas fuerzas revolucionarias no contaban sino con un solo individuo con preparación militar como oficial. A pesar de estas terribles desventajas, la revolución triunfó en sólo tres meses.

En buena parte, el éxito de Madero en su lucha por lograr el poder puede explicarse en términos de la estrategia y de la táctica empleadas en la campaña militar. Según se estableció en el Plan de San Luis, la estrategia general de los revolucionarios iba encaminada a convertir su misma debilidad en fuerza. Cualquiera que haya sido el total de sus fuerzas al comenzar la campaña, el contingente insurgente estaba formado por bandas relativamente cortas de individuos muy dispersos, que formaban unidades comandadas por dirigentes locales, los cuales eran personas que habían sido importantes en el desarrollo del movimiento nacional antirreeleccionista. Si se considera que tanto Madero como la mayoría de los otros dirigentes importantes se encontraban en el exilio, puede comprenderse que no haya habido oportunidad para establecer un mando centralizado y unificado, y que, en estas circunstancias, resultara imposible pensar en un ataque frontal.

Consecuentemente, Madero y sus consejeros proyectaron una campaña de guerrillas. Se procuró conservar y se conservó una comunicación regular y constante entre el cuartel general establecido en San Antonio y los dirigentes cuyas unidades estaban luchando sobre el terreno, durante el período de planeación. El plan general, en su aspecto final, señalaba una cadena de levantamientos locales en todo el país. De esta manera, las fuerzas federales tendrían que dispersarse. Simultáneamente, Madero entraría al territorio mexicano por Chihuahua o Coahuila, para tomar el mando de las fuerzas insurgentes que ahí se hubiesen concentrado. Para dividir e inmovilizar al enemigo, las operaciones militares se dirigirían contra las ciudades pequeñas en que estaban estacionadas las fuerzas federales. Mientras tanto, se cortarían las líneas de comunicación y transportes, especialmente entre las capitales de los estados y las ciudades fronterizas importantes, preparándose de esta manera el ataque sobre ciudad Porfirio Díaz o sobre Ciudad Juárez, poblaciones fronterizas-clave, al través de las cuales los revolucionarios podrían importar los abastécimientos que tanto necesitaban. Se suponía que al iniciarse la campaña se provocarían grandes deserciones en el ejército federal, y que, de esta manera, se acortaría notablemente el período de violencia. Se eligió el 20 de noviembre para iniciar el ataque.

Como ya dijimos, el triunfo de esta táctica fue precedido por dos intentos frustrados. Además, los revolucionarios se equivocaron en sus pre-

visiones referentes a que las fuerzas federales se pasarían a su bando. Pero, esos mismos fracasos sirvieron para poner de manifiesto la base firme y segura sobre la que descansaba la estrategia general de los revolucionarios. Después de cada fracaso en un ataque en gran escala sobre alguna de las ciudades clave fronterizas, las bandas revolucionarias podían dispersarse tranquilamente y reasumir su táctica guerrillera, con la que ya antes habían acosado a los federales. Fue así como los dirigentes locales de los rebeldes pudieron mantener viva la revolución a pesar de la falta de las figuras principales y de su movilización constante.

Hay que admitir que fue una gran ayuda para la campaña militar de los maderistas la ineficiencia característica del régimen porfirista. Lo mismo que otros gobiernos semejantes en todas las sociedades prerrevolucionarias, el gobierno federal daba exteriormente la impresión de seguir siendo eficiente y poderoso pero, de hecho, no era sino una sombra de lo que había sido. La estrategia y la táctica de los federales eran tan mal elegidas e ineficaces como realistas y eficaces resultaban las de los revolucionarios. Esto explica el que el gobierno no haya podido aprovechar las numerosas oportunidades que tuvo para llegar a un arreglo con el movimiento antirreeleccionista. También explica el que no se pudieran implantar medidas efectivas de represión, la existencia de una moral tan baja y de una eficiencia tan grande como eran las del ejército por entonces. El tan cacareado poder militar del ejército federal no existía sino en el papel; aunque las tropas no se pasaban a los revolucionarios, tampoco luchaban con entusiasmo. A lo cual debe de agregarse que los oficiales tenían una preparación y una actuación muy deficientes.

Estas impresiones sobre la estrategia general de las fuerzas contendientes quedan confirmadas al examinar los principales hechos militares de esta campaña de seis meses. Es asombroso ver que de unas ocho o diez campañas militares importantes, los revolucionarios no ganaron más que una: la captura de Ciudad Juárez el 10 de mayo de 1911. Pero, aún en sus victorias, se manifestaba claramente la debilidad crítica del ejército federal. En Casas Grandes —por ejemplo— los federales ganaron la batalla cuando los defensores —que eran menos que los atacantes— recibieron refuerzos inesperados y los insurgentes se espantaron ante el ataque por sorpresa. A pesar de que las fuerzas enemigas estaban completamente desmoralizadas y de que el propio Madero estaba indefenso y era fácil de capturar, el comandante federal no supo aprovechar sus ventajas, no obstante haber tenido tiempo suficiente para hacerlo. Y también en la derrota, pudo observarse la fuerza esencial del ejército rebelde. Aunque había sufrido grandes pér-

didias —incluyendo la captura de Eduardo Hay, que era un jefe de importancia, y el hecho de que el propio Madero hubiese quedado ligeramente herido— las fuerzas rebeldes pudieron reorganizarse. Aunque parezca paradójico, Madero salió de esta derrota con más fuerzas y con más seguridad en la dirección del movimiento. A pesar de que la batalla de Casas Grandes fue una derrota para los insurgentes, marcó el punto crucial para el éxito de la causa anti-reeleccionista.

En forma similar, las maniobras que precedieron al sitio y a la captura de Ciudad Juárez indican claramente en qué grado tan considerable diferían en eficacia de mando los dos grupos. Después de la derrota de Casas Grandes, Madero, junto con Orozco, Villa, José Garibaldi y Raúl Madero, estableció su cuartel general en un sitio admirablemente elegido, cerca del lago Bustillos. El grupo insurgente se había debilitado con la captura de Eduardo Hay y el retiro de Rafael Aguilar —que era el único militar preparado de todo el personal de Madero, y que se retiró por considerar que la táctica y la estrategia de los rebeldes eran inadecuadas. A pesar de estas pérdidas, prosiguieron los planes de ataque sobre Ciudad Juárez. Según la estrategia del combate, se fingió un ataque sobre la ciudad de Chihuahua, para distraer a las fuerzas federales; después se iban a cortar las líneas de comunicación y transporte que tenía Chihuahua, y, finalmente, al completar el aislamiento de las tropas federales en la ciudad, las fuerzas rebeldes atacarían Ciudad Juárez.

Los planes eran buenos y dieron resultado; según los informes que empezaron a circular, la capital del Estado iba a ser atacada por una fuerza de 3,000 hombres. El gobierno reaccionó llevando tropas de Casas Grandes y desguarneciendo otros puntos que constituían la clave de la defensa de Ciudad Juárez (en donde no quedó más que el comandante con 700 hombres); además, se envió una batería de artillería desde México, y se despachó al general Lauro Villar —comandante en jefe del ejército— para defender Chihuahua. En resumen, el alto mando federal hizo exactamente lo que querían los rebeldes que hiciera. Al cabo de dos semanas de haber iniciado este plan, las fuerzas revolucionarias se habían movido hacia el norte, a través de un territorio virtualmente libre de adversarios, y, para el 18 de abril, ya tenían sitiada a Ciudad Juárez. Con esto, quedó sellada la condena del porfirismo. Aunque la ciudad no capituló sino hasta el 10 de mayo, este retraso no se debió a fallas militares, sino a consideraciones políticas que discutiremos después,

Mientras tanto, como sucedía siempre, este movimiento destinado a capturar un puerto de entrada en la frontera fue acompañado por la in-

tensificación en la actividad de las guerrillas. De acuerdo con la fraseología de los historiadores del momento, el país estaba inflamado por la revolución. Desde Sonora hasta Yucatán, las bandas revolucionarias desplegaban gran actividad, recogiendo asiduamente la jugosa cosecha de inquietud y descontento sembrada y cultivada durante la campaña de agitación y popularización. El gobierno federal se sentía desesperado e impotente ante esta oleada de rebelión.

Además, con la rendición de Ciudad Juárez y la consiguiente posibilidad de conseguir por vez primera abastecimientos militares adecuados, hubo un enorme aumento en las fuerzas revolucionarias. Por primera vez, el gobierno tuvo que enfrentarse a grandes ejércitos en vez de a pequeñas bandas de rebeldes. La fase estrictamente militar de asalto al poder había llegado a término con plena felicidad.

*Maniobras políticas durante la campaña militar.*—Las maniobras políticas que acompañaron a la campaña militar destinada a conquistar el poder, tienen un interés especial. Poco después de reunirse con los colegas revolucionarios que le habían precedido en el exilio en San Antonio, Madero tomó ciertas medidas que indican claramente cuáles eran sus intenciones. Por ambiguas que hayan sido sus declaraciones públicas, sus acciones indicaban a las claras que tenía toda la intención de encabezar una rebelión. Sin embargo, los dirigentes revolucionarios comprendieron que era estratégicamente necesario para ellos evitar toda violación pública de la hospitalidad de los Estados Unidos de América, teniéndose mucho cuidado en cuanto a asegurarles tanto al gobierno como al público de ese país que no se haría nada contrario a las costumbres y a las leyes internacionales.

Las sutilezas de los procedimientos diplomáticos no requerían un gran cuidado con referencia a los objetivos del movimiento. Se anunció franca y explícitamente, que el objetivo del Partido Antirreeleccionista era el establecimiento y desarrollo de la democracia política en México. Estas declaraciones iban muy de acuerdo con los deseos que se habían despertado en el país al través de la campaña política, y sirvieron para mantener vivas las esperanzas revolucionarias. También estaban muy de acuerdo con los valores más queridos de los ciudadanos estadounidenses y, por lo tanto, fortalecieron al movimiento, haciendo posible el que sus dirigentes pudieran residir en su territorio. En general, estas declaraciones iniciales representaron un movimiento táctico muy inteligente.

Después de que en esta forma se hubo protegido al movimiento de cualquier interferencia exterior por parte de los Estados Unidos de América, la

atención se volvió rápidamente hacia la formulación explícita de la "plataforma ideológica de la revolución". Así fue como, compuesto con ratificaciones de los artículos de fe revolucionaria que habían guiado al movimiento hasta entonces, y con algunas adiciones que resultaban necesarias en vista de que se proyectaba la rebelión armada, se formuló el documento que se conoce como Plan de San Luis Potosí. La gran deuda de la revolución para con Madero se revela nuevamente en el hecho de que el primer proyecto de Plan fue elaborado por él solo. Después el proyecto se sometió a un grupo de cuatro o cinco de los jefes principales para su preparación final, y, aunque se introdujeron algunos cambios, los principios básicos permanecieron sin sufrir alteración. Aun cuando el documento fue preparado en San Antonio durante el mes de octubre y aunque se le haya distribuido a principios de noviembre, por razones tácticas, se lanzó como si hubiese sido redactado en San Luis Potosí (en donde Madero había estado preso desde mediados de junio hasta que escapó el 6 de octubre), con fecha 5 de octubre de 1910. El Plan contenía el primer llamado que el movimiento antirreeleccionista lanzaba explícitamente para la revuelta, y la fecha que se fijaba en él para la misma era el 20 de noviembre.

No hay necesidad de estudiar en detalle el contenido del Plan de San Luis. Para nuestros propósitos, hay tres características del documento que deben considerarse como más importantes. Primera: era una buena medida estratégica y constituía una explicación del documento el hecho de que comenzara con una recapitulación de la historia del movimiento antirreeleccionista, destinada a mostrar las razones por las cuales la revuelta era inevitable. Se indicaba con todo cuidado que los maderistas habían hecho todo lo posible por lograr una transferencia pacífica del poder por medios políticos, y se subrayaba que si los antirreeleccionistas hacían un llamado a la revolución era sólo porque resultaba evidente que el gobierno no permitiría una expresión honrada de la opinión del electorado.

La segunda característica importante del Plan reside en las provisiones que expresaban claramente los objetivos democráticos básicos de la revolución. Un cuidadoso análisis de los postulados políticos del Plan revela claramente que no se trataba de la declaración de un simple aventurero que ambicionaba el poder. Fue una afirmación de procedimientos, derivada de los principios directivos de un genuino movimiento destinado a construir un México más democrático.

El tercer punto importante, que ha sido muy discutido, es el que se refiere al problema agrario. El que el documento contenga un párrafo en que se pide que se devuelvan o se paguen las tierras adquiridas ilegal-

mente, es una prueba de que el movimiento de los maderistas no estaba totalmente desprovisto de objetivos socio-económicos. Pero, también es un hecho innegable que hay muy pocos rasgos capaces de sugerir que ya se tenía una visión profunda del problema de la tierra por lo que se refiere a la verdadera naturaleza del mismo. Esta negligencia aparente ha dado origen a la siguiente cuestión: la falta de proposiciones detalladas referentes a los problemas de la tierra y del trabajo ¿se debió a ignorancia, a indiferencia, a convencimiento, o a consideraciones estratégicas?

Toda la historia del desarrollo personal y político de Madero contradice el cargo de que era ignorante o indiferente ante las necesidades de las clases trabajadoras. Además, también queda demostrado, con bastante claridad, que su actitud hacia los problemas socio-económicos provenía de una profunda convicción de que la reforma política y administrativa debía de proporcionar la base para las necesarias reformas sociales y económicas. Debemos reconocer que es perfectamente permisible atacar la convicción de Madero referente a la prioridad que concedía a las reformas político-administrativas, y de que es posible presentar argumentos fáciles para apoyar la tesis de que Madero era un idealista ingenuo y ciego, por no haber emprendido en 1910 las reformas que Obregón, Calles y Cárdenas pudieron realizar en el lapso comprendido entre 1920 y 1940. Pero, para ser completamente exactos, resulta también necesario indicar que los impacientes y severos críticos de Madero, invariablemente han pasado por alto el hecho de que las bases de los éxitos posteriores llegaron a ponerse durante los años de 1904 a 1913. Durante esa época, se desarrolló una opinión pública que favoreció el uso de la técnica política y se manifestó contraria al empleo de los medios violentos en la lucha por conquistar el poder. Más concretamente, fue durante esos años cuando se realizaron profundos cambios de actitud en los terrenos cruciales de los problemas agrarios y de trabajo, cambios que fueron capitalizados, una vez que los maderistas llegaron al poder. Por ejemplo, durante el período de Madero, llegaron a establecerse "los conceptos fundamentales de la restauración ejidal y de la expropiación como técnica para la reforma agraria". También debe concederse a la administración maderista crédito por haber iniciado los procesos al través de los cuales el gobierno mexicano llegó a ser una fuerza activa y políticamente poderosa. . ." El gobierno mexicano llegó a ser considerado como defensor y protector del trabajo. . ." y "se estableció la norma para el futuro desarrollo en este sentido. . ." Resulta hipótesis razonable pensar que todo esto fue resultado de la convicción de Madero de que las reformas políticas, acompañadas por un programa de educación científica, tecnológica y

socio-política, podrían constituir la base para el desarrollo de una estructura social democrática en México.<sup>1</sup>

Desde un punto de vista socio-psicológico, Madero tenía razón al sostener que dichos cambios de actitud "no podían ser tan rápidos... no podían ser producidos por una revolución, ni por leyes, ni por decretos". El lograr dichos cambios en menos de diez años fue un éxito notable. Según esto, es posible documentar la tesis de que la actitud de Madero hacia los problemas socio-económicos era originada por sus convicciones y no por ignorancia o indiferencia. Hay otro postulado que puede sacarse también en conclusión, aunque no se desprenda abiertamente de los datos históricos: el Plan de San Luis Potosí era mudo o callaba por completo por lo que se refiere a los problemas agrarios y laborales por razones estratégicas. Como ya hemos demostrado, el apoyo al movimiento antirreeleccionista provenía de grupos muy heterogéneos, cuya única característica de unidad era la posición marginal en que se encontraban sus miembros en cuanto se trataba de individuos que habían quedado excluidos de toda participación en la estructura de poder de la nación. Hubiera sido muy difícil que estos grupos hubieran permanecido unidos en torno a cualquier otra posición ideológica o programa político que no hubiera sido el presentado por los maderistas. Si desde entonces hubieran emprendido la tarea de establecer planes detallados para las reformas agrarias, sus partidarios se hubieran dividido en una multiplicidad de facciones contrarias, cada una con una versión particular de las reformas necesarias. Similarmente, cualquier intento de establecer un programa en beneficio de los trabajadores industriales hubiera tenido el mismo efecto, como lo demuestra el fracaso de Ricardo Flores Magón, con su programa explícito y radical de reformas obreras. Por el contrario pudo obtenerse y se logró movilizar un amplio apoyo para la sencilla proposición de que "la tiranía nos oprime de tal manera que se ha vuelto intolerable", y en pro de "un sufragio efectivo y no reelección", como lemas para quebrantar el poder de dicha tiranía.

Es posible que Madero haya sido más astuto de lo que él mismo pensaba cuando trazó el Plan de San Luis, aunque su conducta, en las etapas posteriores del movimiento, no apoye tal suposición. De cualquier manera y, por cualquier razón, las medidas que hay en dicho plan sobre los problemas obreros y de la tierra, resultaban estratégicamente adecuadas para la situación política de la época.

Otra faceta interesante del aspecto político de la campaña para lograr el poder es la táctica que empleó Madero para tratar con su familia. Como

<sup>1</sup> Las breves citas son de Cumberland, *Op. cit.*, pp. 291, 228.

ya lo dijimos, Madero era muy apegado a su familia, y muy consciente de las responsabilidades que tenía frente a ella. Le han criticado mucho por haber permitido que sus relaciones familiares tuvieran tanta influencia sobre el movimiento revolucionario. ¿Hasta qué grado y en qué forma influyeron dichas relaciones en la dirección de la campaña? No hay duda de que los miembros de más edad de la familia Madero hicieran todo lo que estuvo en su mano para disuadirlo de participar en política. También es cierto que, durante muchos años, debió de luchar contra el peso de su continua oposición. La poca ayuda que recibió de sus familiares fue en forma de concesiones otorgadas de mala gana más que en la forma de apoyo directo. No fue sino hasta que se le designó candidato a la presidencia, el 15 de abril de 1910, cuando los jefes de su familia dieron su apoyo entusiasta a las actividades políticas de ese miembro inquieto. Aunque nunca volvió a tener razones para dudar del apoyo sincero de su familia, Madero se enfrentó constantemente al hecho de que la mayoría de sus parientes eran totalmente conservadores tanto en su orientación política como social y económica.

Cualquier apreciación del papel que representó la familia Madero en el movimiento revolucionario, debe de tomar en cuenta el hecho de que dicha influencia fue más negativa que positiva. A excepción de unos cuantos de sus miembros más jóvenes, los demás no deseaban en modo alguno la revolución. Tampoco intentó nunca la familia utilizar la revolución en su provecho. Más bien, fueron arrastrados en su mayoría a este movimiento, por su profundo sentido de lealtad familiar, cuando se percataron de que Francisco dependía de ellos, especialmente por lo que se refería al apoyo financiero.

Sin embargo, aunque esta participación haya sido por abstención principalmente, no dejó de ser considerable dentro del movimiento revolucionario. Pero, aún así, el grado en que influyó sobre dicho movimiento es cosa distinta. Es evidente que la administración porfirista pensó siempre que podría dominar a Madero al través de su familia. Poco después de que había estallado la revolución, el gobierno tomó una serie de medidas tendientes a arruinar a los Madero. Se cobraron los préstamos, se cancelaron las fuentes de crédito y se cerraron los canales normales de comercio. Aunque la mayoría de las personas allegadas a Madero habían huído a San Antonio, Gustavo se había quedado en México, siendo arrestado al acusársele de manipulaciones financieras dudosas para ayudar a la revolución. Además, a medida que la revolución crecía, el gobierno se sentía más desesperado, y trataba de utilizar a los miembros de la familia Madero en negocia-

ciones para asegurar los arreglos más favorables posibles. Madero tuvo que luchar con estas maniobras durante toda su campaña.

Nuestro interés actual se enfoca en dos interrogantes: 1) ¿en qué forma se enfrentó Madero a dichas presiones? y 2) ¿dichas presiones fueron, en realidad, causa de que se desviara de un curso de acción que posiblemente hubiera seguido en otras condiciones? El papel que representó la familia en los problemas financieros de la revolución proporciona ilustraciones muy interesantes.

El movimiento revolucionario resultaba absurdo desde el ángulo financiero, en la misma forma en que se le había considerado absurdo desde el ángulo militar. De todos los jefes de dicho movimiento, solamente Madero era rico. Pronto se vio claramente que si se quería organizar una revuelta armada, sería la familia de Madero la que tendría que financiarla. Y así lo hizo. Gustavo fue nombrado agente financiero de la revolución, y bajo su dirección se reunieron todos los fondos de que pudo disponer el movimiento. Aunque la posición financiera de los revolucionarios siempre fue precaria, Gustavo, por medios que no siempre resultaban muy claros, se las arregló siempre para que no se hundiera. Esta responsabilidad financiera tan grande empujó a la familia Madero a tratar de influir sobre la política revolucionaria en tres formas: en primer lugar, sus actividades han sido la causa del que se haya hecho repetidamente la acusación de que los intereses comerciales estadounidenses prestaron ayuda financiera a la revolución (aunque las llamadas "pruebas" de esta intervención no son más que afirmaciones sin base y cargos hechos por personas que no participaron en dichas negociaciones, hay razón para pensar que algunos de los miembros mayores de la familia Madero habrían recibido con gusto dicha ayuda).

También es concebible —aunque no demostrable— que trataron de influir sobre Francisco I. Madero para que obrara en este sentido. Por otra parte, es bien sabido que, tanto durante la revolución, como después de haber logrado el poder, Madero rehusó enfáticamente todas las ofertas de ayuda financiera que iban acompañadas de peticiones de pago en forma de concesiones. El hecho de que, durante el tiempo en que gobernó, no diera ninguna concesión, y, el hecho adicional de que los intereses estadounidenses no se sintieran en forma alguna satisfechos con su administración, constituyen pruebas adicionales de que no triunfó ningún esfuerzo hecho para "comprarlo".

Aunque no es posible probar que hayan sido los intereses comerciales estadounidenses los que movieron la revolución e influyeron en su estrategia y en su táctica, podemos suponer que el deseo de la familia para lograr

el apoyo de los capitalistas estadounidenses puede haber sido uno de los factores que movieron a Madero para evitar siempre cualquier incidente fronterizo. Sin embargo, es más fácil explicar esta actitud en términos de la admiración que sentía por los Estados Unidos de América, de su deseo de lograr el reconocimiento del pueblo estadounidense y de su preocupación por no pecar de ingrato respecto a la actitud neutral que había observado el gobierno de los Estados Unidos de América. En resumen, podemos llegar a la conclusión de que los esfuerzos de su familia en este sentido casi no lograron nada. Lo más que pudieron conseguir fue mitigar ligeramente la agresividad de la táctica empleada a lo largo de la frontera.

Un segundo aspecto de la influencia de la familia Madero en los asuntos financieros es mucho más importante. Sus grandes compromisos financieros indudablemente les hacían desear que terminara la revolución, aun cuando se tuvieran que sacrificar sus objetivos básicos. Aunque Madero se sentía muy limitado por estas presiones, nunca sucumbió a ellas. Durante los días de prueba de fines de 1910 y principios de 1911, los jefes de la revolución quedaron virtualmente agotados, y el propio Madero, agotados sus recursos económicos, tuvo que remendarse él mismo el calzado.<sup>2</sup>

Además de estas dificultades, la familia insistía con él para que abandonara la Revolución, y Gustavo, el genio financiero del movimiento, se encontraba en la cárcel. A pesar de este negro panorama económico, Madero, aunque desalentado y a veces vacilante, se aferró a su determinación de proseguir con la revolución hasta el fin. Según dijo en esta época: "Mi obligación consiste en considerar los intereses de la patria por encima de los intereses familiares y por sobre mis propios afectos."<sup>3</sup>

En íntima relación con todo lo anterior, se encuentra la intervención de la familia Madero en las negociaciones que marcaron el final de la revolución. Era natural que su deseo de ver terminada la revolución les moviera a buscar y a acoger favorablemente cualquier intento para negociar la paz. En consecuencia, tanto antes como después de la captura de Ciudad Juárez por las tropas maderistas, los miembros de la familia se mostraron muy activos en todo lo relacionado con la negociación de un arreglo entre las fuerzas contendientes. Los detalles de estos esfuerzos por influir en la política revolucionaria serán discutidos posteriormente. Por lo pronto, subrayaremos que las presiones económicas fueron responsables, en parte, de la participación de la familia en los procesos de negociación. Como

<sup>2</sup> Cumberland, *Op. cit.*, p. 125. Ross, *Op. cit.*, pp. 129, 130-1.

<sup>3</sup> Citado por Ross, *Op. cit.*, p. 118; de una carta al Dr. Francisco Vázquez Gómez, fechada el 17 de octubre de 1910, que se encontró en los archivos de Madero.

veremos posteriormente, la calidad de la dirección de Madero durante los últimos días de la revolución es un tema que ha sido apasionadamente discutido. Sin embargo, cualquiera que sea el juicio que emitamos acerca del "compromiso de Ciudad Juárez", y a pesar de la vigorosa intervención de los miembros principales de la familia Madero, no hay pruebas definitivas de que los actos de Madero hayan sido dictados por su familia; o sea, que sus acciones estaban completamente de acuerdo con su filosofía general, y con la política que siempre había sostenido. Es cierto que cometió serios errores en lo referente al juicio que se formó de algunas personas en este punto de su carrera revolucionaria, pero, dichos errores no fueron causados porque hubiese cedido ante su familia, sino que fueron el resultado de su política constante y de la táctica que siempre empleó. Así, llegamos a la siguiente conclusión: aunque dependía completamente del apoyo financiero de su familia para sostener la revolución y, por lo tanto, estaba sujeto a los esfuerzos que ésta hacía para influir sobre la política del movimiento, Madero pudo dominar a sus parientes hasta lograr su apoyo económico sin comprometer seriamente su concepción política.

La estrategia y la táctica que empleó Madero en sus tratos con los Estados Unidos de América, constituyen un tercer aspecto de la campaña política para lograr el poder. A este respecto, conviene recordar que Madero era un genuino admirador y amigo del pueblo estadounidense y de sus instituciones, actitud que naturalmente era el resultado de sus convicciones democráticas genuinas. También conviene recordar que era intensamente "mexicano". Desde su juventud, le había preocupado el hecho de que su patria no hubiera logrado un desarrollo paralelo al de otros países que también habían participado en los grandes movimientos democráticos de fines del siglo XVIII y de principios del XIX. Tenía un profundo deseo de remediar esta situación. Sin embargo —y este hecho tuvo gran importancia para los acontecimientos posteriores— Madero no tenía ninguna intención de permitir que su país siguiera siendo la mano del gato de la política internacional, que era lo que había sido durante el régimen de Díaz. Así pues, aunque tenía grandes deseos de cimentar las buenas relaciones con los Estados Unidos de América, quería que dichas relaciones se establecieran sobre la base de la dignidad y del prestigio de ambos países.

Afortunadamente, cuando a principios de la revolución Madero huyó a Texas en busca de seguridad, su actitud amigable y conciliadora encontró eco en la actitud del gobierno estadounidense. Durante muchos años, los intereses comerciales estadounidenses habían sido protegidos por el régimen de Díaz y, naturalmente el apoyo de dichos intereses a la dictadura

se reflejaba en el apoyo concedido a la misma por el gobierno estadounidense. Sin embargo, a fines de 1909, la situación cambió: los grandes intereses estadounidenses que había en México y con ellos el gobierno de los Estados Unidos de América, se mostraron indiferentes ante la suerte del gobierno porfirista. Este cambio se reflejó en el discurso inaugural de Henry Lane Wilson, nuevo embajador de los Estados Unidos en México, en el que dijo con toda claridad que su gobierno ya no miraba a la dictadura con ojos favorables. En resumen, este cambio de actitud por parte de los Estados Unidos de América se debió a que Díaz y los científicos habían comenzado a cultivar los intereses europeos a expensas de los intereses estadounidenses.

Este cambio de actitud fue una bendición para la incipiente revolución. Madero y sus partidarios comprendían muy bien que su movimiento fracasaría si se oponían a él los Estados Unidos de América. La indicación de que el "coloso del Norte" había retirado su apoyo activo a la dictadura fue una victoria para Madero.

Pero, hay una cosa clara: Madero no buscó la intervención estadounidense en su provecho. En su opinión, la lucha por el poder en México era un problema doméstico entre una dictadura tiránica, que deseaba mantener al pueblo en condición de tutelaje político y un movimiento encaminado a lograr la madurez política. Todo lo que pedía al pueblo y al gobierno estadounidense era comprensión. En efecto, sus esfuerzos iban dirigidos a lograr que el gobierno estadounidense se mantuviera neutral y, al mismo tiempo, a formar una opinión pública favorable a la causa revolucionaria. Dentro del marco de referencia de este objetivo básico, Madero esperaba también lograr dos cosas: 1ª organizar y abastecer a las fuerzas revolucionarias sin interferencia de las autoridades estadounidenses, y, 2ª obtener el reconocimiento de su gobierno provisional.

Para lograr estos fines, Madero no perdió oportunidad para reiterar su admiración y amistad hacia el pueblo estadounidense. Además, durante su estancia de cuatro meses en los Estados Unidos de América tuvo mucho cuidado de no hacer nada que constituyera un desafío abierto para la hospitalidad y neutralidad de dicho país. Y, al regresar a México para hacerse cargo de la campaña militar, tuvo siempre mucho cuidado de evitar incidentes fronterizos que pudieran predisponer en su contra a la opinión pública estadounidense y forzar una intervención de dicho país. También aseguró repetidamente que el gobierno provisional —si era reconocido por los Estados Unidos de América— asumiría la responsabilidad de todos los acuerdos tomados por el régimen de Díaz antes de que estallara la revolu-

ción (20 de noviembre de 1910) e indemnizaría a los ciudadanos de los países que reconocieran a su gobierno, por cualquier daño que sufrieran.

En todo esto, Madero tuvo bastante éxito. Aunque su petición de que se reconociera al gobierno provisional no fue atendida, porque era evidentemente prematura, el gobierno de los Estados Unidos de América, a pesar de que siguió un curso de estricta neutralidad diplomática y legalista pudo demostrar siempre su simpatía para el movimiento maderista.

En otras palabras, Madero trató tan hábilmente el delicado problema de las relaciones con el gobierno de los Estados Unidos de América que, al lograr que éste se colocara en una posición neutral, obtuvo un verdadero triunfo.

Las relaciones de Madero con el régimen de Díaz constituyen el tema cuarto y final de nuestro análisis de su estrategia y de su táctica política en la campaña para lograr el poder.

Ya hemos examinado el curso de la campaña militar, y hemos hecho notar la ineptitud de la estrategia y de la táctica del gobierno. Después de haber fracasado en su intento de aplastar a la revolución por la fuerza, la administración había recurrido a las maniobras políticas, con la esperanza de lograr, por medio de la intriga y de la corrupción, lo que no había podido conseguir por la fuerza. El Congreso fue obligado a aprobar una ley que colocaba bajo la jurisdicción militar a todos aquellos a quienes se acusaba de atentar contra los medios de transporte y comunicación, las plantas eléctricas, etc. Se especificaba que los culpables convictos serían sentenciados a la pena de muerte. La ley era claramente anticonstitucional y así lo declaró Madero, pero no le hicieron caso. Luis Cabrera, hizo un comentario más agudo, cuando observó que esta ley resultaba inútil para detener la revolución. Los hombres que habían recurrido a la violencia para lograr el cambio social no era fácil que se desanimaran porque se substituyera la justicia civil por la militar. Este es un gesto típicamente inútil de un régimen decrepito. Salvo por los comentarios que hemos mencionado, los revolucionarios no hicieron caso de la ley.

Hubo una segunda estratagema del gobierno que resultó igualmente inútil. Díaz y sus consejeros seguían con la ilusión de que los revolucionarios podrían ser comprados mediante una distribución de favores políticos. Más específicamente, se creía que Madero había iniciado la revuelta por oponerse al gobernador de Chihuahua, y que podrían aplacarlo nombrando nuevos gobernadores para reemplazar a los impopulares gobernantes de algunos estados-clave. En consecuencia, se sacrificó a los gobernadores de Chihuahua, Puebla y Yucatán en aras de las conveniencias políticas, aunque,

desde luego, sin resultado. La revolución iba encaminada a resolver problemas básicos, no a conseguir favores políticos.

Para entonces ya era evidente, aún a los ojos del arrogante círculo interno del porfirismo, que había que hacer algún movimiento decisivo para pacificar al público revolucionario. Aprovechando el próximo regreso de Limantour que había ido a París,<sup>4</sup> el gobierno le convirtió en figura central de lo que pensaban que sería un programa de cambios básicos en la política y en la estructura del gobierno. Su llegada a México fue aprovechada para hacer grandes demostraciones y, poco después, se produjeron dos cambios aparentemente decisivos: una reorganización del gabinete y una propuesta de introducción de reformas básicas.

La reorganización del gabinete se realizó durante la última semana de marzo de 1910. Limantour y el ministro de guerra, conservaron sus puestos, y, superficialmente se tuvo la impresión de que el nuevo gabinete obedecía más a Limantour que a Díaz. Cualquiera que haya sido la esperanza o la intención del gobierno, pronto se puso de manifiesto que este cambio de gabinete no era sino un gesto destinado a presionar al público, más que un intento serio para resolver las dificultades de la nación. Aunque los nuevos miembros eran personas capaces, no estaban ideológicamente capacitados para resolver los problemas de su época, y el propio Limantour se quejaba de que Díaz continuara teniendo en sus manos el poder. Aproximadamente una semana después de los cambios realizados en el gabinete, Díaz —como de costumbre— se presentó personalmente ante la sesión inaugural del período regular de sesiones del Congreso. Ante la sorpresa de los asistentes, el presidente propuso combatir a la revolución aceptando sus postulados. Punto por punto, todas las reformas que propuso fueron tomadas del programa formulado por el movimiento opositor. El gesto era demasiado claro. No había nada ni en su historia personal ni en la historia de la administración suya que hiciera pensar que Díaz tenía fe, verdaderamente, en los cambios que proponía. Su discurso fue una maniobra política, casi ingenua, para hacer que abortase la revolución, en cuanto le robaba sus fines; pero la maniobra fracasó. Al presentar un programa que no podía comprometerse sinceramente a cumplir, Díaz reveló a la nación o que su administración carecía de programa propio o que no deseaba revelar cuáles eran sus verdaderos objetivos. En cualquier caso, su error dejó al partido de oposición como dueño absoluto del terreno.

<sup>4</sup> Limantour, Secretario de Hacienda, uno de los principales miembros del gabinete y jefe de los científicos, había ido a Europa en un esfuerzo por restaurar los débiles cimientos de la administración porfirista.

Tras éste, el gobierno cometió otro error, que resultó patético: sacrificó al vicepresidente Corral, con la esperanza de que, al eliminarlo como posible sucesor de Díaz se aplacaría la jauría revolucionaria. El hecho se disfrazó pidiéndole al Congreso que concediera a Corral una licencia por enfermedad. A principios de abril, el vicepresidente salió para Europa y, por lo tanto, estaba ya "en el exilio" cuando llegó el final, el 21 de mayo de 1911.

En cuanto estas medidas públicas y dramáticas no dieron el resultado esperado de contener a la revolución, el gobierno recurrió a la intriga. Lanzó una serie de "pacificadores" a quienes eligió de entre los miembros de la familia, de entre los amigos de Madero y de sus familiares, para que actuaran como intermediarios. La estrategia consistía en detener a la revolución en un punto cercano ya a sus objetivos, aprovechando el conocido deseo de algunos de los miembros de la familia Madero de detener el desgaste de sus recursos financieros. Había la esperanza de que Madero no pudiera resistir la presión de sus parientes.

De este modo, todo el período de noventa días, comprendido entre la entrada de Madero a México y la caída de Ciudad Juárez se caracterizó por los continuos esfuerzos que se hicieron para llegar a un acuerdo con los revolucionarios sobre una base semi-oficial. No es necesario que presentemos una lista detallada de las personas y los acontecimientos relacionados con estas conferencias.<sup>5</sup> Dichas conferencias se celebraron en ciudades tan distintas entre sí como Corpus Christi (Texas), Nueva York, San Antonio y Ciudad Juárez.

Es necesario aclarar que, en esta etapa, dichos sondeos, aunque dirigidos por el gobierno, no eran oficiales. Tampoco lo fue la participación de los representantes revolucionarios. Madero ni autorizó las reuniones ni intentó impedir las. Sabía que se celebraban y las aprobaba en el sentido de que consideraba muy comprensible que sus parientes y amigos quisieran encontrar la manera de terminar la lucha.

¿Qué esperaba obtener el gobierno por medio de estas reuniones semi-oficiales? Un análisis del curso de las negociaciones sugiere lo siguiente:

1. Básicamente, el gobierno perseguía el objetivo característico de todas las dictaduras, que no están interesadas sino en conservar el ejercicio del poder, con el propósito acostumbrado (es decir, en su propio interés) creyendo equivocadamente que éste también constituye lo mejor para el país.

<sup>5</sup> En la obra de Ross, se presentan excelentes síntesis de estas negociaciones. *Op. cit.*, pp. 155-63, y en la de Cumberland, *Op. cit.*, pp. 134-7, 145-8. Estas dos obras ofrecen también bibliografías de documentos directos.

Las negociaciones no revelan, en ninguno de sus puntos, una comprensión por parte del gobierno, de la legitimidad de las demandas de la oposición.

2. Por lo tanto, los representantes del gobierno se preocupaban mucho por conservar en sus puestos a los hombres-clave. Específicamente, esto significaba la determinación de rechazar cualquier demanda en el sentido de que renunciara Díaz, Corral, o Limantour. El régimen comprendió la necesidad que había de conservar el control sobre la sucesión al poder. En caso de que Díaz dejara las riendas del gobierno, querían que fuera de acuerdo con sus propias condiciones, y de tal manera, que quedara asegurada la continuidad de su política. De ahí la negativa rotunda a considerar cualquier renuncia, hasta que se vieron obligados a hacerlo por la lógica inexorable de los acontecimientos. Y, aún entonces, trataron de ganar tiempo. Cuando Corral fue desalojado de su puesto, se le concedió un permiso de ocho meses por enfermedad, con la intención evidente de reinstalarlo en caso de que el gobierno pudiera dominar la revolución.

3. Finalmente, el gobierno trataba de que cesaran las hostilidades sin comprometerse básicamente, ni respecto a la dirección ni por lo que se refiere al programa. Normalmente, el uso de la fuerza era el método preferido por la administración porfirista y, a este respecto era experta; pero, a medida que se extendía la revolución, se veía claramente que el gobierno iba perdiendo la campaña militar. De ahí sus desesperados esfuerzos por lograr un armisticio en condiciones vagas. El gobierno sabía muy bien que su única esperanza era la intriga. Si las hostilidades continuaban, el régimen estaba liquidado. Si aceptaba la proposición alternativa básica de los revolucionarios —unas elecciones honradas— también perdería el poder. Decididos a continuar con el mando, los funcionarios gubernativos no tenían otro recurso que el de tratar de sobornar a la oposición. La resolución honrada de los problemas era un camino que les estaba vedado.

¿En qué forma reaccionaron los maderistas ante estos esfuerzos? Un análisis de los actos de sus representantes sugiere lo siguiente:

1. Hasta que lograron un control adecuado de la situación militar, los revolucionarios se cuidaron de no caer en ninguna trampa que los comprometiera a hacer cesar las hostilidades. Más o menos una semana después de su derrota en Casas Grandes (6 de marzo de 1911) Limantour conferenció en la ciudad de Nueva York con Francisco Madero padre, con el Dr. Francisco Vázquez Gómez y con Gustavo Madero. Limantour logró hábilmente comprometer al padre de Madero y a Vázquez Gómez para que cesaran las hostilidades y, sin comprometerse él en nada, los hizo aceptar una agenda de bases posibles de negociación que podrían discutirse durante

el armisticio. Los revolucionarios se salvaron de cometer este error gracias a la vigorosa oposición de Gustavo y por lo que Limantour llamó posteriormente "la obstinación" de Francisco I. Madero (el hijo), para negarse a cooperar.

2. Desde el principio, y a pesar de ciertas vacilaciones patentes por parte de su jefe, los revolucionarios insistieron en que se aceptara su demanda de la renuncia de Díaz y de Corral como prerrequisito indispensable para cualquier negociación. Esta demanda fue presentada repetidas veces con toda claridad.

3. Cuando los revolucionarios comprendieron que podrían capturar Ciudad Juárez en el momento que quisieran (a partir del 18 de abril) consintieron en posponer el ataque por 24 horas (20 de abril) a fin de que los intermediarios no oficiales pudieran ponerse en contacto con el gobierno federal de la capital. Los jefes revolucionarios, a pesar de estar bajo la presión constante de estos individuos y también de Vázquez Gómez —presión para que se llegara a un armisticio— siempre se opusieron a esta sugestión. Permanecieron firmes en cuanto a pedir la renuncia de Díaz como base de cualquier negociación.

Los contactos entre los emisarios dieron por resultado el que se llegara a los "arreglos" que pedían los revolucionarios. El gobierno presentó proposiciones que diferían muy poco de lo que Limantour había propuesto en las conferencias de Nueva York, pero había una diferencia muy importante. Lo que antes se había ofrecido como base de discusión, sin ningún compromiso por parte del gobierno, ahora eran los términos que este aceptaba y para los cuales buscaba el acuerdo de los revolucionarios. Después de haber logrado el arreglo que deseaban, los revolucionarios aceptaron un período de armisticio (abril 22 a 27), durante el cual habrían de continuar las discusiones.<sup>6</sup>

Se ha especulado mucho sobre el hecho de que en estos acuerdos no se

<sup>6</sup> En la conferencia de Nueva York, se presentaron las siguientes proposiciones: renuncia de Corral; amnistía para los revolucionarios; renuncia de diez gobernadores y cuatro miembros del gabinete y designación de individuos antirreeleccionistas para sucederlos, y aceptación del principio "sufragio efectivo, no reelección". El acuerdo del 22 de abril incluía los siguientes puntos: renuncia de Corral; amnistía para los prisioneros políticos; renuncia de catorce gobernadores y cuatro miembros del gabinete y su reemplazo por partidarios de la revolución; aceptación del principio de "sufragio efectivo, no reelección"; retiro de las tropas federales de los estados de Coahuila, Chihuahua y Sonora y reemplazo de las mismas por fuerzas revolucionarias; reconocimiento por parte del gobierno de algunas comisiones concedidas por el mando revolucionario y especificación de que la designación del nuevo ministro de Relaciones Exteriores estaría sujeta a la aprobación previa de los antirreeleccionistas.

incluía la renuncia de Díaz. También se ha dicho que no se presentó esta demanda a causa de la influencia de "la familia Madero".<sup>7</sup>

Quizás sea así, pero, puede decirse que se ha exagerado la importancia de dicha omisión. Los revolucionarios operaban desde una posición fuerte, y tanto ellos como sus contrarios lo sabían muy bien. Según han demostrado repetidamente las experiencias anteriores, y según lo demostraron nuevamente los hechos posteriores, la insistencia en la renuncia de Díaz habría servido solamente para estancar las negociaciones. Además, su retiro era de cualquier manera inevitable en fecha próxima. Los revolucionarios aprovecharon inteligentemente el punto, logrando un acuerdo que les concedía el control en la designación de Ministro de Relaciones Exteriores, lo cual era de gran importancia ya que, con la renuncia de Corral y el eminente retiro de Díaz, el próximo presidente sería, automáticamente, el ministro de Relaciones Exteriores. En este punto, los revolucionarios se comportaron con gran habilidad.

A esto se agregó otra ganancia muy importante. El reconocimiento de la fuerza revolucionaria quedó claramente establecido en dos puntos: el que establecía la evacuación de las tropas federales y su reemplazo por fuerzas revolucionarias, y la aceptación de la demanda de que el ejército federal reconociera algunas de las comisiones que se habían otorgado a los oficiales revolucionarios.

Los términos en que arreglaron el primer armisticio Madero y sus colaboradores no indican en modo alguno actitud de debilidad o de vacilación. Seguramente que la estrategia de la dirección revolucionaria —que ya había triunfado en las operaciones militares— había logrado también colocar a la oposición en una postura desfavorable en el campo de batalla político.

Las conferencias que se celebraron durante el período de armisticio fueron las primeras en las que participaron representantes oficiales de los partidos contendientes. También fueron las primeras en las que intervino Madero directamente. Desde luego que la base para las negociaciones fueron los términos establecidos en la conferencia del 22 de abril. Madero preparó un conjunto de instrucciones para sus representantes, en las cuales, tomando como base el acuerdo anterior, se agregaban dos puntos que resultaron de una conferencia preparatoria (la renovada petición de la renuncia de Díaz y la provisión de que De la Barra fuera nombrado presidente interino). Madero especificaba también su propia renuncia como presidente provisional del gobierno revolucionario. El hecho de que se insistiera

<sup>7</sup> Ross, *Op. cit.*, p. 160.

nuevamente en la renuncia de Díaz resultó un obstáculo infranqueable. En estas circunstancias, el representante del gobierno tomó el único camino que le quedaba: se retiró de las negociaciones, y terminó el período de armisticio sin que se hubiera logrado nada en cuanto a un acuerdo formal.

A pesar de haber fracasado aparentemente, las negociaciones demostraron que los revolucionarios tenían el control de la situación. La renuncia de Díaz y de sus colaboradores en cuanto a dejar las riendas del gobierno significaba, simplemente, que los revolucionarios tendrían que tomarlas por la fuerza, puesto que no lo habían conseguido al través de las negociaciones.

Sin embargo, los actos del gobierno, al día siguiente de haberse roto las negociaciones, indicaban que quizás los revolucionarios podrían lograr sus objetivos sin emplear la violencia. El 7 de mayo, después de una prolongada reunión con su gabinete, el presidente Díaz anunció que se retiraría cuando tuviera la seguridad de que este paso no llegaría a producir la anarquía en el país. Sólo una vez, anteriormente, había hecho dicho ofrecimiento, en un gesto político evidentemente falto de sinceridad, cuando aún no tenía que enfrentarse a un movimiento de oposición fuerte y bien organizado. La última oferta —aunque iba envuelta en términos vagos— se hacía en condiciones muy diferentes, y sirvió para que los revolucionarios sintieran el deseo de reanudar las negociaciones. Madero concedió a sus tres representantes el carácter de comisión permanente de paz, y les dio instrucciones de que permanecieran en El Paso, listos para tratar con el gobierno si se presentaba la ocasión.

Nunca se ha sabido cuáles fueron las verdaderas intenciones de Díaz al anunciar su voluntad de retirarse del gobierno, ya que el curso de los acontecimientos fue alterado profundamente por uno de esos “accidentes de la historia” que fue la captura de Ciudad Juárez.

El mismo día en que Díaz hizo esa declaración, Madero informó a sus tropas de su decisión de levantar el sitio y retirarse hacia el sur, a pesar de las objeciones de algunos de sus oficiales. Agregó que pronto les sería imposible marchar sobre la ciudad de México y disfrutar de una victoria completa. Como parte de este cambio en los planes de campaña, ordenó también a José Garibaldi que dirigiera sus fuerzas sobre Sonora, en donde debería convertirse en el núcleo de un ejército bien organizado.

Ese día, antes de que Garibaldi pudiera cumplir la orden de salir rumbo a Sonora, y cuando el grueso del ejército revolucionario comenzaba su retirada hacia el sur, estalló repentinamente el fuego en los puestos avanzados de los contrincantes. A partir de ese punto, y hasta que Madero au-

torizó la reanudación de las hostilidades (unas cinco horas después del choque inicial) nadie sabe qué fue lo que sucedió en realidad. Se sabe que Madero pasó esas horas intermedias haciendo esfuerzos vanos por detener las hostilidades y asegurar al comandante federal que el ataque no era una traidora violación de sus proposiciones anteriores. También se sabe que los informes sobre la batalla, que han hecho que Madero adquiriera un aspecto un tanto ridículo, se basan en noticias que no son imparciales y, por lo tanto, no deben de tomarse en cuenta.

De cualquier manera, una vez que Madero notificó oficialmente al General Navarro que había ordenado un ataque general, la caída de la ciudad resultaba consecuencia natural. El comandante federal se rindió a las 9 a. m. del día 10 de mayo. Sea cual haya sido la participación de Madero en estos acontecimientos, la posesión de la ciudad fue de un beneficio enorme para los revolucionarios.

De este modo, el movimiento tuvo una "capital", aumentando notablemente el prestigio de la causa revolucionaria. También proporcionó acceso fácil a los recursos financieros, y dotó de un puerto de entrada a los abastecimientos adquiridos por compra o préstamo en los Estados Unidos de América. Finalmente, el éxito de Ciudad Juárez, desencadenó una oleada de triunfos revolucionarios en todo el país. La dictadura había llegado a su fin.

El mismo día de la caída de la ciudad, el gobierno preguntó cuáles eran los términos básicos para negociar la paz que exigían los revolucionarios. Como era de esperar, en la respuesta no se hizo otra cosa que reiterar las especificaciones que se habían presentado anteriormente y, al día siguiente —11 de mayo— se reanudaron las negociaciones sobre esa base. El resultado era ya evidente desde el principio, y los observadores que participaron en las negociaciones así se lo hicieron saber a sus superiores; pero el gobierno volvió a detener el curso de las negociaciones. No fue sino hasta el 15 de mayo cuando se reanudaron las negociaciones, y el 17 de mayo, Madero envió por telegrama a Díaz las condiciones para la paz; ese mismo día, el dictador anunció que aceptaba las condiciones. Desde el ángulo estratégico, es interesante notar que hasta que Díaz aceptó incondicionalmente dicha propuesta (incluyendo su promesa de que tanto él como Corral renunciarían a fines de mes) fue cuando los revolucionarios declararon un armisticio final de cinco días.

En la noche del 21 de mayo, se firmó el Tratado de Ciudad Juárez por los comisionados oficiales para tratar la paz. En dicho tratado no figuran todas las demandas presentadas en el curso de las negociaciones. Sin

embargo, dichas demandas —especialmente las que se refieren a las medidas reformistas propuestas por los revolucionarios— ya habían sido aceptadas, y el gobierno interino adquirió la responsabilidad de ponerlas en práctica. El propio tratado contiene cinco puntos principales:

- 1º La renuncia de Díaz y de Corral en el término de un mes.
- 2º La designación de León de la Barra como presidente interino, responsable de la celebración de elecciones generales.
- 3º La designación del gobierno interino como responsable de la formulación y desarrollo de un programa que satisficiera los deseos del pueblo.
- 4º La proclamación de una amnistía general, incluyendo el acuerdo para licenciar a las fuerzas revolucionarias.
- 5º La indemnización de las pérdidas causadas por la revolución.

¿Qué puede decirse a modo de evaluación de la táctica y de la estrategia empleadas en los aspectos políticos de la campaña para lograr el poder? La dirección de los asuntos en el terreno ideológico, en los tratos con los miembros mayores de la familia Madero y la interrelación con el gobierno de los Estados Unidos de América, ya ha sido examinado, y no es necesario que repitamos aquí lo que ya hemos dicho. No nos queda sino analizar la estrategia y la táctica empleadas en estas negociaciones con el régimen porfirista.

Es evidente que, en un sentido fundamental y pragmático, las negociaciones dieron buenos resultados; es decir, produjeron la transferencia del poder de la dictadura a los revolucionarios. Esto era lo que se pretendía lograr con la campaña. En este proceso, las tres figuras principales del antiguo régimen, Díaz, Corral y Limantour, fueron obligadas a expatriarse. Indiscutiblemente la campaña logró su objetivo básico y, por lo tanto, después de las negociaciones, los críticos no pudieron atacar sino la forma en que se había logrado dicho objetivo: demasiada influencia de la familia, excesivas vacilaciones con respecto a la suerte de Díaz y de Limantour, extremada indecisión con respecto al sitio de Ciudad Juárez. Este tipo de críticas puede hacerse a un lado por su poca importancia, porque han sido expresadas por personas que, de todos modos, hubieran criticado a Madero, sea cual fuere lo que hubiera hecho.

El cargo de acuerdo con el cual fue un arreglo el Tratado de Ciudad Juárez, en el cual se vendió al movimiento revolucionario, es mucho más serio. Esta crisis fue presentada en forma elocuente y sincera por algunos

colegas revolucionarios como Luis Cabrera y Venustiano Carranza, y ha sido repetida por Ross en su reciente tributo a Madero como "Apóstol de la Democracia".<sup>8</sup> Lo que parece haber, en el fondo de estas objeciones, es una oposición contra Madero por no haber querido suplantar una dictadura por otra.

Hay algo muy importante a lo que no se le presta atención en este tipo de crítica. Entre los simpatizadores de la democracia, había, entonces como ahora, personas que creían devotamente en los objetivos democráticos, pero que pensaban que las correspondientes prácticas democráticas deberían esperar, para ser aplicadas, una generación más, hasta que el "pueblo estuviera preparado para ellas". Francisco I. Madero no era de estas ideas. No sólo creía en la democracia —hecho que ninguno de sus biógrafos serios ha puesto en duda— sino que, además, pensaba que la práctica de la democracia en México debería de iniciarse de cualquier manera, y tenía un apasionado deseo de iniciar el proceso en vez de justificar su continua demora. En este sentido, no se le puede acusar de ser un "gradualista", despectivo epíteto que con frecuencia se aplica al llamado "reformador" por el llamado "revolucionario".

Pero, en otro sentido, Madero sí era gradualista. Comprendía que el desarrollo de una estructura social democrática, de "un medio político", y de un sistema institucional adecuado para los cambios democráticos que preconizaban los revolucionarios era un acontecer y no un objetivo que pudiera lograrse por medio de un *fiat* complementado con un golpe de Estado. Además, pensaba que por donde debía de comenzarse, lógicamente, era por la práctica de la democracia para la formación de las instituciones sociales —no como condición suficiente, sino como etapa necesaria para el logro de una estructura social democrática.

Guiado por estas convicciones, inició su movimiento y dirigió sus campañas políticas. Y, cuando la experiencia le demostró que la trasmisión del poder no podría lograrse de ninguna otra manera, tuvo el valor de emplear la fuerza, porque comprendió que en las circunstancias dominantes, el poder tenía que ser arrebatado, antes de ser ejercido. Nunca olvidó los propósitos por los cuales, contra su voluntad, se decidió a iniciar una campaña para lograr el poder, y fueron dichos propósitos los que guiaron sus negociaciones en Ciudad Juárez.

Todo esto impone la conclusión de que Madero —aunque indudablemente sincero, bien intencionado e idealista— era tan ingenuo como para no poder impulsar a la revolución hacia su victoria completa y comprome-

<sup>8</sup> *Op. cit.*, pp. 338-30.

tiendo sus objetivos en Ciudad Juárez, y entregando así a los reaccionarios "una revolución muerta" se hiciera merecedor de reproches? Esta severa crítica no se encuentra respaldada ni por los hechos históricos, ni por lo que sabemos del proceso revolucionario.

Al enjuiciar los actos de Madero, debemos indicar nuevamente que la estrategia y la táctica, tanto de los aspectos militares como políticos de su campaña para lograr el poder, consiguieron los objetivos perseguidos en dicha campaña: dieron como resultado el que los revolucionarios entraran en posesión de los elementos o instrumentos del poder. Dinero, armas, instrumentos, ideas, hombres y tierras, quedaron hasta tal punto bajo su control, que les resultó posible apoderarse del gobierno. En este sentido inmediato y pragmático, la revolución triunfó. Las dificultades subsecuentes se relacionaron con la forma en que se ejerció el poder más que con el fracaso en cuanto a conseguirlo, o sea, que se debieron a dificultades internas en la dirección revolucionaria, y no a fallas del Tratado de Ciudad Juárez.

En segundo lugar, tanto la experiencia histórica como la teoría social confirman la elección de Madero en cuanto al punto en el cual debería de iniciarse el proceso de cambio revolucionario. Ya sabemos que la historia de las revoluciones demuestra que estos movimientos son iniciados "por un grupo marginal numéricamente importante, con poder económico y con desarrollo intelectual" que exige el derecho de *un poder político efectivo*. Ya demostramos que dicho grupo existía en México en los últimos años del porfiriato. Madero no podía haber dirigido de ninguna otra manera a los elementos descontentos que había en su época. La demanda de poder político era la única necesidad generalmente aceptada. Esto puede haber sido un error, desde un punto de vista doctrinario, pero era lo que quería el pueblo, y nosotros nos ocupamos aquí de lo que en realidad se hizo con respecto a esta necesidad básica, más que de lo que debió de hacerse.

Además, el logro del poder político, en el sentido del derecho para ocupar puestos políticos y así controlar el proceso político del país es siempre el objetivo *inmediato* de la revolución. De hecho, es el único objetivo que puede asegurar el uso de la violencia. Cualesquiera que sean los objetivos de largo alcance de la revolución, estos solamente se logran después de que ha transcurrido bastante tiempo.

En el caso de México, cualesquiera que hayan sido las necesidades más urgentes y revolucionarias que se atribuyan al pueblo en esa época (presumimos que éstas pudieran ser: reformas agrarias, problemas laborales y, en general, democracia económica), nada de lo que se estampó en el Tratado

de Ciudad Juárez podía asegurar la satisfacción de dichas necesidades. Madero tuvo razón al sostener que estos objetivos —muy laudables— solamente podrían lograrse al través de una administración democráticamente orientada, dedicada a los intereses del pueblo. Los hechos subsecuentes confirman este juicio. Fue él quien tomó las primeras medidas que habían de posibilitar la política seguida durante la administración de Cárdenas.<sup>9</sup> El hecho de que en dicho tratado no exista un programa completo y detallado de reformas agrarias e industriales no es prueba de que no se haya comprometido a la revolución. El tratado fue, lo que debió haber sido: un instrumento destinado a transferir el poder a los revolucionarios en condiciones que les permitieran elegir a las personas que debieran de ejercerlo.

Hay un tercer punto que queremos discutir aquí en relación con las severas críticas que se han hecho al tratado. Un cuidadoso análisis de los acontecimientos, apoya la tesis de que Madero no era ni idealista ni ingenuo al resistir a los gestos dictatoriales y a las medidas extremas en esta etapa de la revolución. Es posible que sus motivos hayan sido idealistas; es decir, que sus propios esfuerzos para explicar y justificar sus acciones pueden haber estado cubiertos por un manto de lenguaje idealista, y pueden haber sido guiados por emociones sentimentales, pero, los *motivos* de sus actos, y el *valor* de los mismos (cuando se juzgan teniendo en cuenta las exigencias de la situación política en que se realizaron) son problemas susceptibles de separación.

Cuando se juzga en esta forma el Tratado de Ciudad Juárez, comienza a adquirir caracteres de realismo político. Por una parte, los elementos des-

<sup>9</sup> El principio revolucionario básico de "sufragio efectivo, no reelección" se ha convertido en parte vital de la tradición política mexicana. Madero fue el primer presidente mexicano que fue asesinado, y eso porque quiso iniciar y poner en práctica dicho principio. Alvaro Obregón también fue asesinado —el último de los presidentes mexicanos a quien se ha asesinado— porque trató de violar dicho principio. Además, recientemente, se provocó una fuerte reacción en la opinión pública cuando se habló de modificar la Constitución a fin de que pudiera gobernar durante un segundo período Miguel Alemán. Vicente Lombardo Toledano (dirigente del izquierdista Partido Popular) declaró que, en caso de que se tomara esa medida por parte de los partidarios de Alemán, su grupo propondría a Lázaro Cárdenas como candidato para la reelección. Esto provocó el que el "gran viejo" de la Segunda Revolución Mexicana pronunciara su categórica reafirmación del principio de no reelección. Los otros tres partidos políticos (el Partido Revolucionario Institucional, el Partido Acción Nacional y el Partido Nacionalista Mexicano) hicieron una declaración semejante (*Tiempo* XXVIII, N<sup>o</sup> 687, julio 4, 1955, pp. 3-8). Este número lleva como portada una fotografía del Lic. Ángel Carbajal, Secretario de Gobernación y Jefe de la Comisión Federal Electoral, y se cita una frase de él que dice que, "en México, el sufragio es la Revolución". (Véase también *Time*, LXIV, N<sup>o</sup> 3, 18 de julio de 1943, p. 31.)

contentos que se habían unido al movimiento revolucionario ya estaban cansados de que mandara un solo hombre y así lo decían repetidamente. Si Madero se hubiese establecido como una réplica de Díaz, la revolución se hubiera dividido mucho más rápidamente de como se escindió.

Por la misma razón, las repetidas sugerencias según las cuales Madero debería de haber liquidado completamente a los elementos partidarios de Díaz que habían quedado en la escena política, no se adapta a las realidades políticas. Es cierto que, aunque las fuerzas de Madero habían destruido al gobierno de Díaz, no habían acabado con "su pensamiento y su psicología, sus creencias y su filosofía".<sup>10</sup>

Lo que no se toma en cuenta es el hecho de que, por mucho que se hubieran exagerado la violencia y el derramamiento de sangre, no se habría podido lograr dicha liquidación. Una de las cosas que se han establecido firmemente al estudiar el proceso revolucionario es que los cambios de actitud no se logran matando o desterrando a los opositores. Para poder utilizar este método, hubiera sido necesario que los maderistas se convirtieran en porfiristas; que hubieran aceptado la filosofía y la técnica de sus opositores. La "victoria completa", a ese precio, hubiera sido una derrota completa.

En resumen, nosotros sugerimos que Madero, al recurrir a "un gobierno de compromiso" aceptaba un riesgo bien calculado. Esta aceptación se hacía necesaria por dos razones muy importantes: primera: era una verdadera exigencia de uno de los objetivos básicos de la revolución, compartido por todos los revolucionarios; aunque había algunos que, después de haber logrado el poder, se mostraban demasiado ansiosos de ejercerlo y no aceptaban las medidas dilatorias acordadas en Ciudad Juárez. Segundo: se reconocía el hecho de que aún existía oposición, la cual no podía ni debería ser eliminada por medio de purgas, y que, por lo tanto, había que negociar con ella en un nivel político. . No había nada idealista en todo esto; todo ello era, esencialmente, práctico desde el ángulo político. Si se hubiera procedido en otra forma, se habría traicionado a la revolución. Quizás la Segunda Revolución Mexicana haya comenzado con Madero porque él, lo mismo que Juárez, no sólo creía en la democracia, sino que estaba dispuesto a asumir los riesgos que acarrearía su práctica.

Si el tratado de Ciudad Juárez no resultaba deficiente en los aspectos estratégicos mencionados anteriormente, en cambio, contenía dos errores trágicos de grandes consecuencias, aunque su significación haya sido exagerada considerablemente por quienes ven las cosas desde lejos. Nos referi-

<sup>10</sup> Cumberland, *op. cit.*, p. 150.

mos a las medidas relacionadas con: 1) la renuncia de Madero al puesto directivo, y la designación de León de la Barra como presidente provisional del gobierno interino, por una parte, y 2) la desmovilización de las fuerzas revolucionarias. Estas dos provisiones causaron posteriormente grandes trastornos durante la época en que el movimiento revolucionario se reforzó por consolidar el poder.

La medida relacionada con la presidencia provisional, fue un error en el que todos participaron. Nadie protestó cuando Madero —por propia iniciativa— introdujo esta cláusula en la que especificaba su renuncia. No se sabe si le movió a hacer esto la influencia de Vázquez Gómez para proteger a De la Barra, o su propio deseo de llegar a la presidencia por elección y no por designación. Es posible que hayan influido las dos razones, pero, desde el punto de vista táctico, esa renuncia fue un error; cualesquiera que hayan sido sus faltas, Madero proporcionó al movimiento revolucionario la unidad que poseía. Aunque su popularidad no fuera unánime, sí era muy fuerte y muy extendida. Si hubiera asumido la presidencia provisional, no se hubiera contravenido el principio de no reelección, ni hubiera resultado menos atractivo como candidato en la elección especificada en el Tratado de Ciudad Juárez. Por el contrario, su presencia a la cabeza del movimiento hubiera aumentado desde luego la fuerza del gobierno interino. La conclusión es evidente: fue éste un error de juicio táctico por el cual Madero carga con la principal, o con la única responsabilidad.

El hecho de que se haya designado a De la Barra como sucesor de Madero en la presidencia provisional fue obra de Vázquez Gómez. Pero, nadie se opuso resueltamente a esta sugestión, a pesar de que los servicios que había prestado De la Barra al porfirismo debían haber servido de advertencia a los revolucionarios. De cualquier manera, su designación fue un grave error que nadie consideró, en cuanto nadie previó sus consecuencias.

La medida referente a la desmovilización de las fuerzas revolucionarias fue un error más perdonable. Después de todo, los revolucionarios habían ganado la fase militar de la lucha por el poder, y era muy natural que asumieran el mando del ejército regular de la nación. ¿Para qué querían dos ejércitos? Tanto el sentido común como los ideales del movimiento indicaban que se debía de librar al país del tremendo desgaste representado por la existencia de dos grandes ejércitos en campaña.

Además, en este punto no había motivo para dudar de que el ejército federal se mantuviera leal al nuevo gobierno. Aunque no pueda asegurarse que el ejército apoye siempre al gobierno en la política mexicana tampoco es segura su traición.



TERCERA PARTE  
*EL DESARROLLO DE LA ESTRATEGIA  
REVOLUCIONARIA RUSA*

CAPÍTULO XI

EL PERÍODO DECEMBRISTA

*La revolución militar desde arriba.*—La tendencia revolucionaria se inició con una revolución desde arriba. La revolución no fue una revolución de masas. Fue una revolución de oficiales y poetas humanitarios y aristocráticos, de jefes ambivalentes y de soldados disciplinados. La revolución fracasó.

Por la época en que se producían las revoluciones francesa y americana, hacía su aparición en Rusia una ideología progresista y democrática. Esto no constituía, sin embargo, sino una tendencia intelectual carente de organización política. Unas cuantas décadas más tarde, toda una red de sociedades secretas cubría el amplio territorio ruso. Dedicadas a la causa de una revolución democrática, esas sociedades recibieron ulteriormente el nombre de decembristas. Este capítulo narra la historia de su estrategia y de su táctica.

*El trasfondo social y político.*—Las guerras napoleónicas tuvieron un fuerte impacto sobre los soldados rusos y muy especialmente sobre los oficiales. Mediante un avance coronado por el éxito, el ejército ruso se desplazó dentro del corazón mismo de Europa, poniéndose en contacto y sufriendo la influencia de la Francia democrática post-revolucionaria. Las ideas americanas —de constitución, de federalismo, de derechos civiles— agitaron a los jóvenes oficiales en forma mucho más profunda de lo que se piensa en los Estados Unidos de América.<sup>1</sup> Cuando los ejércitos regresaron

<sup>1</sup> El ejemplo de una república libre y próspera —los Estados Unidos de América— se repite frecuentemente en los escritos de los decembristas. Véase E. Dvoichenko-Markov, "Jefferson and the Russian Decembrist". *The American Slavic and East European Review*, Vol. IX, N<sup>o</sup> 2, abril de 1950. pp. 162-168.

a Rusia, el impacto adverso de la realidad rusa tuvo un efecto revolucionario. En Europa occidental los campesinos ya eran libres. El auto-gobierno o, por lo menos una democracia rudimentaria se encontraban en ascenso por la misma época por la que los Estados Unidos de América tenían ya un gobierno democrático ordenado. La aldea rusa, después de las guerras napoleónicas pasaba por dificultades económicas; en las ciudades, el desarrollo del comercio y de la industria se veía impedido por la autocracia. Todas las esperanzas de reformas democráticas y liberales que se tuvieron al advenimiento del emperador Alejandro I, pronto se vieron frustradas, volviendo a entronizarse la autocracia. Las condiciones del campesinado eran desesperantes. El siervo ruso era en realidad un esclavo que se encontraba por completo a merced de su amo. El siguiente "cuadro" puede dar una de las mejores ideas de lo que eran los sentimientos de los jóvenes oficiales que regresaban a su país.

"Desde Francia, regresamos a Rusia por mar. La Primera División de la Guardia desembarcó en Oranienbaum y escuchó el *Te Deum* del Arzobispo Drzhavin. Durante la oración, la policía azotaba sin misericordia a la gente que intentaba acercarse a las tropas alineadas. Esto nos produjo la primera impresión desfavorable a nuestro regreso a la patria... Finalmente, apareció el Emperador, acompañado por la Guardia en un hermoso alazán, con una espada desenvainada que estaba dispuesto a bajar ante la Emperatriz. Le veíamos complacidos. Pero, en ese mismo momento, casi bajo su caballo, un campesino cruzó la calle. El Emperador aguijoneó a su caballo y salió corriendo con la espada desenvainada hacia el campesino que huía. La policía atacó en seguida a éste con sus porras. No dábamos crédito a nuestros ojos y nos alejamos, avergonzados de nuestro querido zar. Esa fue mi primera desilusión a su respecto; involuntariamente me recordó a un gato que se transforma en una belleza y que, sin embargo es incapaz de ver un ratón sin lanzarse a perseguirlo".<sup>2</sup>

El decembrista Michael Fonvizin escribía:

"Durante las campañas en Alemania y en Francia nuestros jóvenes conocieron la civilización europea que les produjo una fuerte impresión. Pudieron comparar así cuanto habían visto en el extranjero con lo que tenían que enfrentar a cada momento en su patria: esclavitud de la mayoría de los rusos; crueles tratamientos de los subordinados por los superiores; toda clase de abusos por parte del gobierno; una tiranía general. Todo esto agitaba a los rusos inteligentes y provocaba en ellos el sentimiento patriótico."

<sup>2</sup> Citado por Anatole G. Manzour, *The First Russian Revolution, 1825. The Decembrist Movement*. University of California Press, 1937, p. 55.

Contra este trasfondo general, las organizaciones revolucionarias comenzaron a desarrollarse entre los jóvenes oficiales y entre la aristocracia. Los principios pueden remontarse a 1814,<sup>3</sup> pero la primera asociación permanente, La Unión de Salvación, fue fundada en febrero de 1816 en San Petersburgo. De este modo nació una sociedad revolucionaria secreta que más tarde había de convertirse en parte del movimiento decembrista (que tuvo su nombre a partir de la revolución abortada de diciembre de 1825).<sup>4</sup>

Un estudio de los movimientos políticos y especialmente de los movimientos revolucionarios, sugiere la existencia de siete sectores principales que considerar. A pesar de que es difícil confinar todos los tipos de movimientos políticos a estos sectores solamente, pueden servir como un esbozo destinado a obtener una orientación general:

- I. Las condiciones sociales, económicas y políticas. Este es el suelo que da vida a las plantas políticas, o el que causa su decadencia.
- II. La organización de los movimientos políticos, o sea su "aparato".<sup>5</sup>
- III. La ideología: objetivos y valores de la organización.
- IV. La teoría de las acciones sociales, estrategia y táctica, y los supuestos teóricos de las acciones que deben de realizarse con objeto de conseguir tales fines. En tanto que la ideología señala los fines, las acciones sociales corresponden al concepto de medios.
- V. La aplicación práctica de la teoría de las acciones sociales. En tanto que la ideología y la teoría de las acciones sociales representan ideas, la aplicación tiene que ver con los hechos, o sea, con el problema de la forma en que opera la teoría.
- VI. La personalidad de los jefes y miembros del movimiento.
- VII. La actitud del pueblo, de las masas.

<sup>3</sup> Véase Ludwic Kulckcki, *Rewolucja Rosyjska* (en polaco, La Revolución Rusa) Lwow, 1909, I. p. 88.

<sup>4</sup> En tanto que Mazour traducía el nombre de la Sociedad como Unión de Salvación, o como la Sociedad de los Hijos Verdaderos y Fieles de la Patria, en el Informe Oficial de la Comisión de Investigación, publicado en San Petersburgo en 1826, en la página 10, recibe el nombre de "Unión de Seguridad de los Verdaderos y Fieles Hijos de su País". Por simplicidad, usaremos la designación "Unión de Salvación".

<sup>5</sup> Adolf A. Berle Jr., *Natural Selections of Political Forces*. University of Kansas Press. Tres elementos esenciales en un estudio de un partido político: la ideología, el aparato (la organización partidaria, la estructura) y el modelo de acción. El estudio de la estrategia y de la táctica comunista (Parte III) —se reduce principalmente esos tres elementos.

En este libro nos ocuparemos en forma primaria —aunque no única— de la teoría de las acciones sociales; de la estrategia y de la táctica de los movimientos revolucionarios, de la contra-ofensiva y de la consolidación del poder capturado. Todos estos problemas se encuentran —con todo— necesariamente interrelacionados.

*La Organización: Las asociaciones secretas y la forma en que se desarrollaron.*—La organización decembrista originaria —la Unión de Salvación— era una sociedad secreta semejante a las sociedades secretas contemporáneas que tanto se han extendido en la Europa occidental post-revolucionaria (y de las que son ejemplos la *Tugenbund* alemana, los *carbonari* italianos y las logias masónicas). La Unión de Salvación era un reflejo de estas tendencias europeas occidentales. Era ésa la época en que las asociaciones políticas eran complejas y altamente ritualistas. Esto era cierto en la Constitución de los decembristas, organización de valores igualitarios y democráticos. La influencia feudal y religiosa penetraba profundamente las formas de este tipo de asociación a pesar de su ideología democrática. La Constitución política de los Estados Unidos de Norteamérica y, en menor grado la francesa, realizaron lo que puede denominarse “secularización formal” de los organismos políticos. De esta manera, los rituales políticos se simplificaron y se eliminaron.

Los miembros de la Unión de Salvación se clasificaban como Hermanos, Hombres y Boyardos. De entre los últimamente mencionados, se elegían los Mayores o Directores. Posteriormente (en 1818) la Constitución fue modificada, y la Unión de Salvación se transformó en la Unión del Bienestar. Los objetivos de la sociedad no eran ya puramente políticos. Los miembros se preocupaban asimismo de campos distintos del político, como el filantrópico, el educativo, el de la justicia, el de la economía nacional. Hubo altas y bajas en el desarrollo de la Unión. La idea, sin embargo, se extendió rápidamente irradiando de las guarniciones militares de Rusia, paradójicamente gracias al zar.

En 1820, los soldados del famoso regimiento Semenovsky se amotinaron. La causa del motín fue la rudeza y el cruel tratamiento sufrido por los soldados sujetos a un comandante psicópata. El zar, en lugar de hacer dimitir o castigar al coronel comandante, ordenó que el regimiento fuese dispersado por toda Rusia. Al través de los partidarios del decembrismo existentes entre los oficiales del regimiento Semenovsky, las ideas del grupo se extendieron ampliamente por todo el imperio. Una Asociación Norteña nació en el norte, surgiendo una contrapartida suya en el sur. Los decembristas tenían contactos con organizaciones polacas semejantes, así como con

otros grupos, "Los Eslavonianos Unidos".<sup>6</sup> Sin embargo, pronto surgieron hondas discrepancias ideológicas.

Los decembristas formaban una sociedad secreta. No se trataba de un movimiento de masa, ni de una organización subterránea de masas como ocurría con la red insurrecta polaca (ésta habría de establecerse 40 años después, en 1863). Las ideas decembristas tampoco se filtraron entre las masas, a pesar de que sus objetivos consistían en libertar al campesinado de la servidumbre y en introducir los derechos cívicos. Las sociedades decembristas eran asociaciones de intelectuales y de aristócratas de mente liberal y democrática; sus miembros incluían a algunos de los mayores poetas rusos. En contraste, existían entre los eslavonianos unidos, oficiales empobrecidos de rango inferior. La mayoría de los decembristas eran hombres de gran riqueza y prestigio; eran una élite revolucionaria o, lo que pudiera denominarse una vanguardia revolucionaria. Como resultado de la revolución abortada, 579 personas fueron acusadas, de entre las cuales 456 (o sea el 79 %) eran militares; 72 (o el 12 %) funcionarios civiles; 51 (9 %) nobles sin posición oficial y sacerdotes, doctores, hijos de comerciantes, personas sin profesión definida, y personas de las "clases bajas".<sup>7</sup> Entre las 120 personas sentenciadas hubo 2 generales, 13 coroneles, 10 tenientes coroneles, 8 príncipes, 3 condes y 3 barones.<sup>8</sup> Estas cifras proporcionan una ilustración de la estratificación social de esta primera sociedad revolucionaria pura de amplitud nacional.

*La ideología.*—La ideología de los decembristas era humanitaria y democrática. Sus metas políticas eran blancos directos de acción revolucionaria. Estaban de acuerdo en ciertos valores humanitarios y democráticos: mayor libertad individual, libertades cívicas, una constitución, y la abolición de la servidumbre.

Los decembristas estaban divididos en sus opiniones. Las divergencias más fuertes surgieron y se desarrollaron entre las asociaciones surianas y las norteñas. El espíritu de las asociaciones moderadas norteñas era Nikita Muravieff, en tanto que Pavel Pestel, el teórico radical, conducía a la sociedad sureña mucho más radical. Muravieff, un oficial de la guardia, hijo de un curador de la Universidad de Moscú era constructivo y capaz. "Este hombre vale lo que toda una academia", decía el decembrista Lunin. Pes-

<sup>6</sup> Mazour, pp. 58 ss., 64-161; Wolkonskion *Die Dekabristen*, Zurich, 1916, pp. 18-25. Kulczycki, pp. 85-137. Informe de la Comisión de Investigación, pp. 8-84.

<sup>7</sup> Cifras de las fuentes originales. Wolkonskij, p. 345.

<sup>8</sup> Citado por Wolkonskij, p. 346, de Rosen, *Sketches of a Decembrist*. St. Petersburg, 1907.

tel, un comandante de regimiento a los 27 años, héroe de la batalla de Borodino, era hijo del gobernador de Siberia. "Como comandante del ejército o como miembro de un gobierno, será excelente en todas partes", era la opinión que tenía de él el Conde Wittgenstein, de quien era ayuda de campo. Pestel, decía:

"De mis ideas de monarquía constitucional a las de una república me vi arrastrado principalmente por los siguientes temas de lógica. Los trabajos de Destut de Tracy en francés me impresionaron en forma muy considerable. Prueba él que toda forma de gobierno en la cual el Estado se encuentre encabezado por una persona, particularmente si esa persona disfruta de derechos hereditarios, terminará inevitablemente en el despotismo. Todos los periódicos y escritos políticos han glorificado tanto el crecimiento de la prosperidad en los Estados Unidos de América adscribiendo la causa a su forma de gobierno que me parece que esto es una prueba de superioridad de una república."<sup>9</sup>

Muravieff proponía una monarquía constitucional; Pestel estaba en favor de una república. En tanto que en la Constitución de Muravieff, el estatuto de propiedad de un ciudadano era de particular importancia en la elección para un oficio o puesto, Pestel insistía en un igualitarismo, y en una generalidad de los derechos políticos. Muravieff, sin embargo, era federalista. En su plan, dejaba al emperador una autoridad, aun cuando limitada, semejante a la ejercida por el Presidente de los Estados Unidos de América. Todo el país debía ser dividido en estados unidos por vínculos federales. "Un extenso territorio y un gran ejército", escribía en su Constitución "representan un obstáculo para que ciertas naciones sean libres; las que no tienen esas rémoras sufren de debilidad. Sólo una forma federal o aliada de gobierno puede resolver este problema, satisfacer todas las condiciones y combinar la grandeza de una nación con la libertad de sus ciudadanos".<sup>10</sup> Pestel, por el contrario, se oponía a la forma federalista. En su credo, *Russkaya Pravda* (*La Justicia Rusa*) o, como se traducía en los documentos zaristas oficiales, el *Código Ruso*, insistía en que la futura república rusa debía retener un Estado altamente centralizado. Si bien admitía el que a Polonia debía de concedérsele la independencia, era inexorable con respecto al que toda las otras nacionalidades debían de ser asimiladas; de que debían de transformarse en rusas. Algunas nacionalidades —los caucasicos, por ejemplo— deberían ser obligados a recolonizar en el in-

<sup>9</sup> Véase M. M. Kovalevsky, "Russkaya Pravda Pestelya" *Minuvshiy Gody*, enero, 1908. Núm. 1. San Petersburgo. Traducción inglesa citada antes, por Mazour, p. 109.

<sup>10</sup> Traducción por Mazour, p. 93.

terior de Rusia. Es muy interesante el que, como una de las soluciones alternativas al problema judío, proponía el que se apoyase la idea de un Estado Judío "en alguna parte de Asia Menor".

Muravieff, en la Constitución, garantizaba a todo ciudadano el derecho de formar asociaciones y uniones, sin necesidad de permiso de las autoridades. La República de Pestel prohibía la formación de asociaciones de cualquier tipo. "Cualquier tipo de asociación, abierta o secreta, debe de ser enteramente prohibida", escribía en su Justicia Rusa. "Las asociaciones del primer tipo (abiertas) son inútiles en cuanto sus actividades tienen que ver con problemas que ya son de incumbencia del gobierno. Por otra parte, las últimas (secretas) serán dañinas en cuanto tengan que ver con problemas que no puedan ser revelados". Pestel creía que el gobierno de su "República" resolvería todos estos problemas, y que proveería al bienestar del individuo y aseguraría sus libertades cívicas.

En forma suficientemente sorprendente, Pestel sugiere una policía política secreta extensa, reclutada de entre los mejores ciudadanos para espiar a los demás y para proteger al Estado en contra de una posible actividad subversiva. Ésta era una proposición peligrosa, pero, después de todo, Pestel era un principalista hasta cierto grado, y eso implica inconsistencia y contradicciones.<sup>11</sup>

*Teoría de las acciones sociales: estrategia revolucionaria.*—La pregunta a la que había que darle respuesta era el problema de las acciones sociales:

<sup>11</sup> Mazour (pp. 97-116) da una excelente presentación crítica de las opiniones de Pestel y de Muravieff, y también de sus escritos. Para un informe comprehensivo acerca de la ideología decembrista, véase Kulczycki, pp. 138-175; véase también, M. Dovnar-Zapolsky, *Idealy Dekabristov* (Los ideales de los decembristas), Moscú, 1907; *Memuary Dekabristov* (Memorias de los decembristas), Kiev, 1906, editado por Dovñar-Zapolsky. El trabajo de Dovnar-Zapolsky sigue siendo básico en este campo. Michael Wolkonskij, *Die Dekabristen*. Artemis Verlag. Zurich, 1946, tiene una buena selección de fuentes traducidas al alemán, con una extensa introducción. Wolkonskij suministra una corta bibliografía selecta. *Krasnyi Arkhiv*. vol. 13, 1925, dedicado al movimiento decembrista, contiene valiosos materiales de fuentes y artículos. M. V. Nechkina, *Dvishenye Dekabrystov*. Moscú, 1955. 2. vol. La presentación de las opiniones de los grupos sureños y norteños por la comisión oficial de investigación es de interés. Consúltese para ello la nota al pie de las páginas 46-47 del Informe de la Comisión. Selecciones extensas de la Justicia Rusa de Pestel y de la Constitución de Muravieff existen en traducción alemana. Véase Wolkonskij, pp. 112-123, 136-146. El principal trabajo de Pestel se llama en ruso *Russkaya Pravda*. Pravda, en este contexto no es fácil de traducir al inglés, significa sobre todo la Verdad, y así lo traduce Wolkonskij. El término tiene también un significado legal, en el sentido de Justicia y de Código; fue utilizado por Mazour en el primer sentido, y en el último por la comisión oficial.

en otras palabras, el de la estrategia y el de la táctica revolucionarias: cómo enseñar las finalidades, cómo apoderarse del poder, cómo apoderarse del Estado y establecer la deseada democracia rusa.

El temor al terrorismo revolucionario; el espectro de la guillotina y de las multitudes frenéticas frenaron a los revolucionarios humanitarios rusos desde el principio. Ellos estaban tratando de resolver el problema de cómo hacer una revolución sin terror, sin multitudes, sin fagonazos, sin guillotinas, sin injusticias. Pestel, teórico y maestro de táctica, decía ulteriormente: "Los terribles acontecimientos de la Revolución Francesa me obligaron a buscar medios de evitar tales calamidades". Esperaba establecer una administración vigorosa inmediatamente después de la revolución a fin de evitar con ello un oleaje de atrocidades.<sup>12</sup>

Los decembristas eran estudiosos de la historia de la revolución. Temían la repetición del "tipo francés" de revolución, con sus pugnas internas, con su terror, con su miseria, con su caos. Los movimientos revolucionarios españoles, sin participación de las masas, pero también sin terror de masa ni levantamiento social, tenían un atractivo mayor para ellos.<sup>13</sup>

La repetición de unos cuantos conceptos que ya han sido discutidos será útil para un análisis ulterior de los conceptos decembristas de captura del poder. Los conceptos básicos de estrategia y táctica en una revolución, pueden presentarse en cáscara de nuez, mediante dos fórmulas: la revolución desde la "cima" y la revolución desde la "sima". La revolución desde la cima o desde lo alto es un golpe, una aprehensión o apoderamiento del poder en el pináculo mismo del sistema de poder. En esta forma, la transferencia del poder —teóricamente por lo menos— puede realizarse sin que haga intervenir a las masas en la acción. De esto eran típicas las revoluciones latinoamericanas, indudablemente influídas por las tradiciones españolas. Un grupo militar —una "junta"—, una asociación secreta de oficiales del ejército, se apodera del poder en la cima misma, al través de un golpe de fuerza. La transferencia del poder se realiza así al través de un golpe que paraliza el control del gobierno, primero sobre las fuerzas armadas, y después sobre otros instrumentos de poder. La lealtad de las fuerzas armadas y de la policía, se transfieren a la junta militar. El gobierno, privado de lo que pueden denominarse "medios de violencia" se encuentra invalidado y se ve obligado a rendirse.

<sup>12</sup> Acerca de la afirmación original de Pestel, véase G. A. Kuklin, *Materialy Istorri Revolutsionnava Dvisheniia V Basi* (Materiales acerca de la historia del movimiento revolucionario ruso). Gêneve, 1905, I (1800-1854), p. 51.

<sup>13</sup> Kulczycki, pp. 145 ss.

Por el contrario, la revolución desde abajo tiene una estrategia y una táctica que se basan en las acciones de las masas. El problema mayor consiste en organizarlas, en inflamarlas para la acción, a pesar de que las fuerzas formidables liberadas en esta forma, más o menos pronto hayan de salir fuera de control.

Los decembristas eligieron una revolución desde arriba. En una de las reuniones Bestuchev-Rumin explicaba: "La revolución militar representa empezar el descontento entre el ejército. Una vez que el ejército se encuentra listo para la revolución, es fácil derribar el régimen monárquico". En la discusión, enfatizó la superioridad del tipo español de revolución no sangrienta sobre el tipo francés. Es suficientemente interesante el que los participantes en esta reunión eran miembros de los eslavos unidos, preocupados hondamente del aspecto humanitario de la revolución. Uno de ellos señaló "Debemos evitar el que llegue a derramarse una sola gota de sangre humana".<sup>14</sup> Los eslavos unidos favorecían una base masiva de acción revolucionaria, aun cuando también enfatizaran la importancia del elemento militar.<sup>15</sup> El temor hacia el terror; el temor hacia los medios que pudieran destruir los fines, fue profético. Cuando el terror se presentó un siglo después, fue producto de los disparos de escuadrones y pelotones zaristas y comunistas y, en proporción mucho menor, crueldad espontánea de las masas.

Los jóvenes oficiales decembristas estaban bien familiarizados con los problemas de la mecánica revolucionaria, y con la estrategia y la táctica de la revolución. Sus discusiones acerca de la estrategia y de la táctica revolucionarias se enfocaban en los dos tipos de revolución: la Gran Revolución Francesa (revolución desde abajo), y la Revolución Española de 1823 (revolución desde arriba).

<sup>14</sup> M. W. Dovnar Zapolskij, *Tainoe Obschchestvo Dekabrystov* (Asociación Secreta de los Decembristas. Moscú, 1906, pp. 159 ss. "...Bestushev explicaba: 'la revolución militar representa principiar la inquietud por el ejército. Una vez que el ejército está listo, es fácil derribar una monarquía". Aquí Bestushev tuvo una oportunidad de presentar la superioridad de una revolución militar sobre una revolución que principia en la muchedumbre. No apoyaba esta última. Decía de los Eslavos del Sur: "Tenemos en mente dos revoluciones, primero la francesa, que principió con la muchedumbre y que, por lo tanto, dio por resultados todos aquellos terribles abusos, y la segunda, la española, que principio favorablemente, pero le dejó el poder al rey. Nosotros procederemos en forma distinta. Aún en el año décimosexto, el Príncipe Trubetskoi fue enviado por nuestra asociación al exterior, y esto fue confirmado... La revolución deberá estar casi libre de derramamiento de sangre. Rusia entera espera el feliz cambio" (tal y como lo cita Dovnar Zapolskij, arriba).

<sup>15</sup> Kulczycki, pp. 122-123.

*La Lógica del Movimiento Decembrista.*—La revolución decembrista tuvo su lógica. La elección de una revolución desde arriba no fue accidental. Los miembros de las asociaciones secretas eran oficiales y pertenecían a la alta aristocracia de Rusia. En la escala social jerárquica del siglo XIX en Rusia, se encontraban en la cima misma. El contacto con la gente era raro, y se producía sólo en su papel social de superiores de siervos y de soldados. Los decembristas no tuvieron ni tiempo ni habilidad para influir en forma directa sobre masas populares amplias. Simpatizaban con ellas, pero, a causa de su propio *status* y de su papel o función, se encontraban separados de ellas. Los decembristas diferían de las masas incluso en el lenguaje; ellos hablaban la lengua del ruso educado y, además, empleaban las ideas y la lengua francesa. Su modo de vivir era diferente de la vida sencilla del campesinado. Los jefes del movimiento revolucionario eran oficiales de alta graduación que difícilmente podrían haberse acercado al pueblo y que no sabían como ganárselo para una revolución. Los eslavos unidos, por otra parte, y en contraste con los partidarios de la revolución desde arriba, apoyaban el principio de la participación de las masas. Eran de rango social y militar inferior, y su contacto con el pueblo era, por lo tanto, más íntimo que el de los otros grupos.

La Revolución Decembrista fue una revolución de aristócratas e intelectuales que buscaban objetivos democráticos. Esos hombres, en cuanto oficiales, estaban acostumbrados a dar órdenes. Estaban familiarizados con el mecanismo militar. Estaban acostumbrados en la rutina diaria a que las órdenes dadas por los oficiales tenían que ser obedecidas: los soldados marchaban, corrían y disparaban según se les ordenaba. Estudiosos ávidos de la historia y de las revoluciones, los decembristas sabían que las revoluciones militares tenían éxito. La disciplina militar nunca había fallado. Era natural que una estrategia basada en la captura del poder, y en las premisas que conocían, les atrajese. Una revolución desde arriba correspondía también a su situación dentro de la estratificación clasista. Era una revolución de un grupo disidente dentro de una clase social que conocían y en la que podían confiar.

El origen social de los decembristas y sus antecedentes militares no fueron los únicos determinantes en la elección de una revolución desde arriba como estrategia revolucionaria y como táctica revolucionaria. Sus valores también influyeron en su elección. Los decembristas eran humanitarios. Esperaban evitar el derramamiento de sangre y el terror. Con esta finalidad en mente, la captura del poder desde la cima, planeada por técnicos militares profesionales, les parecía una propuesta no sanguinaria, un

cambio humanitario. El problema consistía en reconciliar revolución y orden, obtener el máximo de libertad con el mínimo de violencia. Era un dilema de medios y fines: un dilema perenne de la libertad rusa. Vieron la respuesta a todos esos problemas en la revolución militar desde arriba, una revolución condenada irremediablemente al fracaso por falta de decisión y de jefatura.

*El Golpe: Diciembre de 1825.*—Divididos como estaban, los decembristas tenían una ideología y fines valorativos. Poseían objetivos políticos que no siempre resultaban enteramente claros, pero estaban de acuerdo por lo que se refiere a las libertades cívicas y a una forma democrática de gobierno. Más aún, tenían una teoría de la acción social, una teoría revolucionaria de la estrategia y de la táctica. ¿En qué forma se tradujo esta teoría a la realidad?

El tiempo de actuar se presentó después de la muerte del zar Alejandro Primero. Para ventaja de la estrategia revolucionaria, el tiempo se eligió correctamente. El corto interreino fue necesariamente un período de confusión. El problema del sucesor de Alejandro era de la mayor importancia para las gentes. No era claro si la corona pertenecía a Constantino o a Nicolás que era el hermano menor.

Por entonces, los miembros de la Sociedad Norteña tenían reuniones y discusiones continuas. La reunión decisiva se realizó el 13 de diciembre. La captura del poder se decidió el 14.<sup>16</sup> Las reuniones eran entusiastas pero confusas. Los planes eran indefinidos. Se prestaba escasa atención a importantes detalles tácticos. Se decidió poner en marcha una "revolución militar" o una "revolución de tipo español". En otras palabras, la estrategia y la táctica básicas eran las de una "revolución desde arriba". El primer paso consistía, por supuesto, en apoderarse de las armas. Este instrumento de poder, en parte, era controlado ya por los oficiales decembristas de la jefatura. Se decidió ulteriormente capturar los símbolos del poder: el Palacio de Invierno, sede de los zares, la Fortaleza de Pedro y Pablo, y el Senado, y obligar al Senado a proclamar un manifiesto en el que se reconociera un gobierno provisional.<sup>17</sup> El borrador del manifiesto se encontró

<sup>16</sup> Fuentes extensas permiten incluso hoy una reconstrucción detallada de la reunión de diciembre 13. Dvornar-Zapolsky, en sus *Memoirs of Decembrist*, contiene un relato hecho por el Príncipe Trubeskoi. Para una traducción alemana de este relato véase Wolkonskij, pp. 214-220, y también el Informe de la Comisión de Investigación, pp. 106-123.

<sup>17</sup> El Senado fue establecido por Pedro el Grande en 1711 como autoridad provista de funciones judiciales y administrativas. Sin embargo, su importancia declinó ulteriormente y se convirtió principalmente en un cuerpo judicial.

posteriormente entre los papeles del Príncipe Trubeskoi. Sus autores anunciaban el establecimiento de un gobierno provisional. El gobierno permanente habría de establecerse tras las elecciones. Este manifiesto estipulaba más adelante que la servidumbre y la nobleza serían abolidas y que la igualdad, un amplio auto-gobierno de asamblea nacional, los derechos cívicos y un cierto número de reformas democráticas habrían de introducirse. El príncipe Sergei Trubeskoi fue electo por los revolucionarios como Dictador.

El 14 de diciembre, algunos de los regimientos comandados por los decembristas, tomaron posiciones en la plaza del senado como se había planeado. Las tropas fieles al futuro zar Nicolás, tomaron las posiciones opuestas. Sin embargo, toda la acción careció de jefatura y el dictador Trubeskoi simplemente no se apareció, afirmándoles a sus amigos que no se había sentido bien. Los decembristas se quedaron indecisos. Hubo momentos en los cuales, de acuerdo con el propio relato del zar, hubieran podido capturar al propio Nicolás. Pero no hubo ni decisión ni mando. Los regimientos amotinados no cargaron. Se produjeron algunos disparos, pero no se ordenó ningún ataque y no hubo intento alguno de apoderarse de los símbolos y de los instrumentos del poder o esfuerzos para realizar el plan. En vano el zar envió representantes para negociar un acuerdo o una rendición. El fuego de la artillería de los regimientos zaristas terminó con la abortada revolución. Los decembristas se retiraron desordenadamente.

Los regimientos que se encontraban bajo comando decembrista en Rusia del sur, se movilizaron asimismo para la acción. Sin embargo, se encontraban estacionados en áreas rurales. No había en ellas centros estratégicos ni instrumentos importantes de poder. La acción revolucionaria de San Petersburgo era la única que tenía oportunidades de éxito.

El movimiento decembrista fue una revolución típica desde arriba, puesto que fue una acción de una sociedad secreta, carente de amplio apoyo por parte de las masas, dirigido en contra de los instrumentos y símbolos del poder. Los soldados en el episodio de San Petersburgo no iban impulsado por ideas democráticas, igualitarias y revolucionarias. No estaban informados acerca de las metas de la revolución, sino que simplemente obedecían órdenes. Los oficiales decembristas recurrieron a los soldados para rehusar el juramento de lealtad a Nicolás. La Corona, afirmaban, pertenecía al Gran Duque Constantino, hermano mayor del zar fallecido. Algunos dijeron a los soldados que habían sido engañados: que la última voluntad del zar muerto no se había hecho pública. Proclamaron que en su testamento el zar había abolido la servidumbre y había reducido el servicio

militar a 15 años. Estas noticias, completamente falsas, se esparcieron rápidamente.<sup>18</sup>

Sergei Wolkonskij escribió posteriormente en sus memorias que los soldados obedecieron a los oficiales parcialmente por estar entrenados en la disciplina y en la obediencia de las órdenes que se les daban, y en parte por la confusión reinante. Gritaban "¡Viva la Constitución!" Pero muchos tenían la impresión de que la palabra se derivaba de "Constantina" y se refería a la esposa del Gran Duque Constantin Pavlovich.<sup>19</sup>

Los decembristas sureños, sin embargo, hicieron un llamado a los soldados mediante frases propagandísticas democráticas y republicanas. Anunciaron la abolición de la servidumbre e incluso persuadieron al capellán del ejército a que leyese un nuevo catecismo que en forma de preguntas y respuestas sencillas combinaba las creencias religiosas con un credo democrático y republicano antizarista.

*Las masas.*—En las masas no hizo presa el movimiento desembrista que no tuvo un apoyo masivo importante. La esencia del plan maestro consistía en apoderarse de parte del ejército (los medios de violencia) y con este instrumento de poder, capturar otros instrumentos y símbolos. Una organización revolucionaria —no una rebelión o brote temporal de descontento de las masas— les era posible a las clases superiores que disfrutaban de libertad, de ocios y que, a causa de su rango, podían formar una asociación secreta para protegerse en contra de una destrucción prematura. Su alto rango les protegía de la policía. Pero los campesinos y la gente del pueblo no era suficientemente ilustrada como para participar en una revolución democrática... Las clases inferiores no habían sido educadas en las ideas democráticas. El monopolio de las ideas estaba en manos de la clerecía ortodoxa. Los campesinos se habían rebelado muchas veces, pero no habían sido aún capaces de desarrollar ni una organización ni una ideología.

En San Petersburgo, el día del levantamiento, sin embargo, se sintieron movidos por cierta simpatía hacia los revolucionarios. El espíritu de rebelión impregnó a la multitud. Era una rebelión espontánea indescrip-

<sup>18</sup> Relato del decembrista Bestushev, en Michael Wolkonskij, p. 185.

<sup>19</sup> Furst Sergei Wolkonskij, *Die Dekabristen*, traducido del ruso por R. von Campenhausch, Riga, 1926. Sin embargo, Kajovsky, un decembrista, escribió acerca de este incidente en una carta al zar (fecha el 24 de febrero de 1826) "... No es cierto. Es una invención divertida. Sabíamos demasiado bien el significado de una constitución, y teníamos una palabra que hubiera desgarrado igualmente los corazones de todas las clases: LIBERTAD". Para una traducción de esta carta, véase Mazour, p. 277.

tible en contra de una autoridad opresora, o quizás, en contra de cualquier clase de autoridad.

Un episodio descrito en fuentes oficiales zaristas es de particular interés:

“En un determinado momento, la muchedumbre, ligeramente inclinada al disturbio, y desviada por el ejemplo del desorden había estado apedreando a las tropas desde detrás de las cercas y desde las esquinas, arrojándoles trozos de leña y piedras; ahora, varios individuos de la clase inferior comprados con dinero y alcohol, comenzaron a correr abiertamente hacia los rebeldes. . .

En una de las andanadas disparadas por los insurgentes el caballo del Emperador cayó haciéndole caer. El emperador vio con asombro que la muchedumbre que estaba cerca de él y a cuyos componentes no había podido persuadir antes de que se cubrieran la cabeza, comenzaban a ponerse sus gorras y a mirarle con un aire un tanto insolente. “¡Descúbranse!” gritó, con involuntaria severidad. En un momento todas las cabezas quedaron descubiertas y la multitud se alejó de él apresuradamente. Instantáneamente la plaza quedó desierta, poniéndose guardias a la entrada de las calles, confiadas a piquetes de caballería”.<sup>20</sup>

Este incidente requiere una explicación un tanto extensa. En Rusia, como en Polonia y en Hungría, incluso hasta principios del siglo xx, el símbolo de la sumisión y de la subordinación consistía en descubrirse la cabeza. Un campesino o un ciudadano que pasaran frente al edificio de una iglesia debían quitarse el sombrero o la gorra. Un siervo, al hablarle a un noble debía permanecer ligeramente inclinado con su gorra de piel en la mano. La sociedad de la Europa continental era y aún está altamente estratificada. Esta estratificación social estaba y sigue siendo reforzada continuamente mediante un sistema elaborado de símbolos y de patrones de comportamientos sociales. Se concede gran importancia a quien es la persona que hace el saludo inicial, pues se espera que lo haga la persona de rango inferior. En siglos anteriores, al través de tipos de vestido y de los colores empleados en ellos (púrpura o rojo) reservados para los de rango superior, se reforzaba la estratificación social. El miembro de las clases o estados inferiores era entrenado desde su niñez para que respetara no sólo a la persona de *status* superior, sino a sus símbolos. La historia de Guillermo Tell tiene su trasfondo socio-psicológico.

El patrón de comportamiento requerido del pueblo frente a este sím-

<sup>20</sup> Baron M. Korff, *The Accession of Nicholas I*, p. 243. La hostilidad del pueblo se recoge en otras fuentes.

bolo de *status* superior, era un patrón de sumisión. De este modo, un siervo estaba obligado continuamente a desempeñar el papel de siervo: un papel de humillación y de sumisión diarias. En consecuencia, un siervo desarrollaba una reacción que casi tenía calidad de reflejo condicionado, aún cuando quizás la expresión "asociación de ideas" resulte una descripción más apropiada de lo mismo. Un campesino o un artesano se comportaban como un siervo; como un hombre dispuesto a recibir órdenes, que descubre su cabeza ante otro hombre en un gesto de sumisión simbólica.

Ahora podemos regresar a nuestro incidente. El zar no tenía conocimientos psicológicos. Pavlov aún no había nacido. El zar, con todo, tenía —y perdonen los psicólogos la desviación bergsoniana— intuición: su experiencia previa le había enseñado algo acerca del mecanismo de la sumisión simbólica. En cuanto el zar vio a los trabajadores y artesanos con sus gorras puestas, renuentes a quitárselas, percibió inmediatamente el peligro. La gente no hace revoluciones en un helado diciembre con sus sombreros en la mano y la cabeza descubierta como si estuviera en la iglesia. Una vez removidas las gorras de piel ante el caballo del zar y sus doradas charreteras, el reflejo era el de la sumisión.

Para sorpresa mía, he encontrado que un incidente casi idéntico se registró en los primeros días de la revolución de febrero de 1917. El General Ivanov le vociferó a un soldado rebelde "¡De rodillas!", —y el soldado cayó de rodillas— imitándole los otros. El condicionamiento social y psicológico seguía siendo efectivo en 1917, y debe de haberlo sido antes. Se necesitó de una revolución para cambiar un patrón de comportamiento político.

Los jefes revolucionarios se convirtieron en sujetos criticables para los historiadores de mentalidad democrática. Sin embargo, debe de importar más entender su comportamiento que criticarlos. Su falta de decisión fue resultado de condiciones complejas. El temor, como siempre, existía. ¿Qué ocurriría en caso de fracasar? Las rebeliones en contra de los zares eran cruelmente suprimidas en Rusia. Una mera sospecha bastó para que Ivan el Terrible empalara a viejos amigos y leales súbditos. Los oficiales, a causa de su entrenamiento militar, habían sido educados en la lealtad y defensa del zar. Rebelarse contra él constituía un riesgo mayor, y el temor desempeñaba su parte en ello.

La falta de decisión probablemente era también un reflejo de las personalidades de los jefes. Hay dos problemas adicionales que merecen mencionarse por lo menos. Parece que los jefes de los decembristas —y especialmente los del norte— no eran hombres que tuvieran un fuerte complejo

de poder. Eran idealistas; estaban consagrados a los principios más que al poder. Su papel era dual y contradictorio, y, por lo mismo, implicaba una ambivalencia psicológica. Eran generales, coroneles, capitanes del ejército imperial, orgullosos de sus regimientos. Eran soldados capaces, sujetos a fuertes lealtades. Eran aristócratas con fuertes vínculos en la corte del zar; eran condes, barones y príncipes. Sus hermanos, sus primos y ellos mismos conocían la personalidad del zar. Como clase, pertenecían a la aristocracia, y nunca se separaron o disociaron de esa clase. En su vida diaria, su papel social o sea aquel en el que habían sido educados, era el de una clase superior de la sociedad rusa. Pero, por otra parte, eran revolucionarios y desempeñaban un papel hostil a la aristocracia, lo cual constituía un papel contradictorio. La revolución que encabezaban iba en contra de aquellos con quienes habían estado asociados en múltiples ocasiones. Tenían que pelear la revolución dentro de sí mismos.

En ciertos casos particulares, ciertos sectores de la aristocracia, organizan una revolución en contra de los privilegios y del gobierno de su clase. Este fue el caso del movimiento decembrista.

## CAPÍTULO XII

### EL PRIMER PERÍODO POPULISTA<sup>1</sup>

*La Revolución desde abajo.*—La tendencia revolucionaria tenía una lógica propia. La revolución “desde arriba” fracasó en 1825. Un intento de revolución desde abajo hecho en 1874 también dio por resultado un fracaso. En 1825, los decembristas trataron de apoderarse de los instrumentos y de los símbolos del poder actuando desde arriba —desde el gobierno. En 1874, los populistas trataron de apoderarse del poder desde abajo—, desde las masas. Los decembristas eran oficiales e intelectuales, nobles carentes de un apoyo de parte de las masas. Los populistas eran intelectuales y estudiantes que, en forma análoga, carecían de apoyo de las masas. Los decembristas, dentro de la estratificación social contemporánea se encontraban en la cima de la escala, muy cerca de la cúspide que trataban de capturar. Los populistas pendían en forma insegura de la mitad de la escala, entre las masas y las clases gobernantes. En términos de niveles sociales y culturales, se encontraban más cerca de la cúspide y más lejos de las masas. En términos de simpatías y de sentimientos estaban en favor del pueblo y en contra de la burocracia gobernante.

*Precursores de los populistas: el Nihilismo.*—El movimiento populista de los primeros años de la sexta década dio como resultado una inquietud intelectual y social prolongada. La horca de los jefes decembristas difícilmente podía constituir la respuesta adecuada para los problemas serios y profundos que confrontaba Rusia. Durante las décadas tercera y cuarta, los intelectuales continuaron con sus críticas. El valor y la capacidad de análisis de su sociedad constituía una cualidad eminente de escritores contemporáneos como Peter Chadayev en los años treinta y Alexander Herzen una década después. Ambos tuvieron mucha influencia en la Rusia de sus días.

Por aquella época, las ideas socialistas comenzaron a influir en un cierto número de círculos de debates. Las ideas de Charles Fourier, el so-

<sup>1</sup> Las fuentes quedan registradas en las notas del capítulo siguiente.

cialista utópico francés se apoderaron de la imaginación de los "Petrashevsky". Estos grupos de debates se reunían en la casa de Michael Petrashevski en San Petersburgo, y ahí, en las discusiones, se delineaban planes para una sociedad democrática, libre de autocracia, y libre de injusticia y explotación sociales. El final de la "conspiración Petrashevsky" se produjo en 1849 cuando sus miembros fueron arrestados.

El fermento intelectual de 1850 y de 1860 se reflejó en los escritos y en las ideas de los nihilistas. Es cierto que no puede definirse con mucha facilidad el nihilismo como que un contemporáneo como Alexander Herzen lo encontraba difícil, en grado comparable a como cuarenta años más tarde había de encontrarlo Alphons Thun, el historiador, y del mismo modo en que Thomas Masaryk que había de escribir cuarenta años después de Thun había de quedarse sin dar una respuesta sencilla, pero podemos considerar al nihilismo como una tendencia intelectual, como una protesta de una generación joven en contra de la hipocresía de la vida de las clases medias y superiores: un motín intelectual en contra de una forma de vida. El ensayo literario y la novela se convirtieron en armas poderosas para este movimiento de protesta. La familia de clase media fue criticada amargamente por Nicolas Chernyevski en su novela *¿Qué hay que Hacer?*, y la novela se convirtió en un texto standard en el que la generación joven basaba sus ideas progresistas. Los ensayos y artículos de Dmitri Pisarev, extremo negativista y crítico de la sociedad contemporánea se leían ampliamente. Pisarev sufrió enfermedades mentales y en dos ocasiones intentó suicidarse.

Los nihilistas adoraban la ciencia y la objetividad. Intelectualmente seguían el utilitarismo y el materialismo. Rechazaban los dogmas religiosos, y mostraban hacia las teorías científicas el celo y la dedicación de un monje medieval hacia sus conceptos religiosos. Los nihilistas estaban divididos entre sí. Sus teorías oscilaban del relativismo extremo a los más vigorosos y definidos valores éticos. Sin embargo, los relativistas mismos seguían prácticamente una valoración ética absoluta en sus críticas de sus contemporáneos y de la sociedad. El nihilismo era una tendencia de la joven generación: una revolución de los jóvenes en contra de sus padres.

*Los orígenes del populismo.*—El nihilismo tuvo su participación en la influencia ejercida sobre el crecimiento ideológico del movimiento populista, especialmente al principio. Pero, el populismo no era un nihilismo político. El nombre "nihilismo", sin embargo, se utilizó ulteriormente para identificar a los populistas, a los "narodniki" y, en general, al movimiento

revolucionario ruso. Ideológicamente, el populismo derivó mucho a partir del nihilismo original —especialmente en cuanto a su sistema de valores. Sin embargo, se reflejó alguna influencia de lo que podemos denominar “nihilismo filosófico” en ciertas facciones populistas.

En Rusia y entre los socialistas, a los populistas no se les llamó nunca nihilistas. La distinción entre los nihilistas y los populistas se reconocía plenamente. En algunos países europeos occidentales los revolucionarios eran distinguidos con el nombre de nihilistas más que populistas, lo cual probablemente haya contribuido en gran escala a la confusión de ambos movimientos.

A mediados de siglo, los “círculos” estudiantiles se multiplicaron en las ciudades rusas. De esos círculos nació y se desarrolló el populismo (*narodniki*) y el futuro movimiento agrario socialista de Rusia. Los “círculos” eran pequeños grupos, a menudo de entre quince y veinte personas, que se reunían periódicamente en casas particulares a discutir algunos problemas vitales, de carácter socio-político. Los grupos comprendían generalmente amigos y colegas universitarios, y tenían cierto tipo de organización rudimentaria, aunque ésta haya sido más bien de tipo informal. Los “círculos” eran populares en Rusia y en Polonia. Algunos de estos grupos tenían una orientación filantrópica y humanitaria, en tanto que otros tenían una orientación política.

La emancipación del campesinado en 1861 y las actuaciones políticas relativamente liberales de Alejandro II produjeron nuevas esperanzas, pero también nuevas desilusiones. Los estudiantes de mentalidad idealista y la juventud en general, esperaban reformas mucho más definidas, y una democratización mucho más avanzada de la vida política. En 1861, una publicación subterránea *Velikorus* (El Gran Ruso) hizo su aparición en San Petersburgo. *Velikorus* era una expresión de fermentación social, y también de tendencias políticas manifiestas entre ciertos grupos ilustrados de las clases altas. Se imprimía en una imprenta subterránea localizada en el mismo edificio que alojaba al estado mayor ruso. La sociedad secreta responsable del periódico estaba constituida por un grupo de oficiales y de intelectuales. Sus ideas, tal y como se expresaban en *Velikorus*, eran constitucionalistas y democráticas, pero no socialistas. Sus principales demandas consistían en que se introdujese un régimen legal en Rusia y se aboliera la autocracia. Pedían el que se convocara a una asamblea constituyente y se introdujese el auto-gobierno, y llegaron a pedir una auto-determinación de las nacionalidades y una reforma agraria. Parece que algunos nihilistas se encontraban implicados directamente en la publicación de *Velikorus*.

Chernyshevski se acreditaba como iniciador, editor y jefe.<sup>2</sup> El mismo primer número contiene también una proclama a la "Joven Generación" fuertemente radical por el tono. La proclama enfatizaba el auto-gobierno y los derechos políticos y económicos de las comunidades campesinas, pidiendo con urgencia la nacionalización de las tierras. Terminaba con un llamado para la organización de "círculos". De este modo, comenzando con el primer número, se pusieron de manifiesto dos tendencias: la moderada y la radical. El *Velikorus* tuvo una amplia influencia sobre la juventud rusa, y preparó el terreno para el desarrollo populista.

En 1862-1863, un grupo revolucionario conocido como "Tierra y Libertad" (*Ziemia i Volya*) se organizó. El nombre derivaba del órgano del grupo: "¿Qué es lo que la Gente necesita?: Tierra y Libertad". La tierra era la respuesta al problema económico; la libertad lo era para el político,

*La ideología populista.*—La organización de los *narodniki* tuvo una vitalidad desusada. Después de revoluciones que no se veían coronadas por el éxito y del arresto de sus miembros, éstos desaparecían, sólo para reaparecer pocos años después bajo nombre distinto, pero con la misma ideología y las mismas tradiciones. Los supervivientes formaron un nuevo grupo que atraía a nuevos miembros jóvenes. Cada reaparición presentaba personalidades y principios semejantes bajo el nombre general de *narodniki* que se transformaría después en *narodnovoltsy*, para convertirse finalmente en los revolucionarios sociales.

Los populistas fueron una de esas raras organizaciones políticas que tuvieron influencia considerable no sólo sobre la política sino también sobre la cultura rusa. Al través de toda su existencia, los continuadores de los *narodniki* actuaron abiertamente durante solo unos cuantos meses en 1917 de febrero a noviembre época en la que los bolcheviques se hicieron dueños de la situación. La mayor parte de su actividad antes y después fue dirigida desde el exilio y desde el subterráneo. Pero, en cuanto ideología, el populismo ruso siguió siendo una de las tendencias más fuertes y genuinamente democráticas en lo cultural y en lo político.

<sup>2</sup> El texto original de *Velikorus* con la comunicación al zar Alejandro II se reimprimió en una colección de fuentes: *VL Burtsev, Za Sto Liets (1900-1896)*, London, 1897. Para las fuentes documentales acerca del movimiento populista, véase también S. N. Valk, ed. *Arkhiv "Zemla i Volya" i "Narodnoi Volyi"*. Bibl. Journala "Katorga i Sylka". Moscú, 1930. Para un trasfondo general, véase T. Masaryk, *op. cit.*, Hans Kohn, *The Mind of Modern Russia*. Rutgers U. Press, 1955. J. Kucharzewski, *Origins of Modern Russia*. Polish Institut. New York, 1948. El último contiene muchos hechos, es rico en información, pero sostiene una tesis definida, crítica para los movimientos políticos rusos.

En los años de emancipación campesina e inquietud nacional en Polonia, entre 1861 y 1863, las ideologías políticas modernas de Rusia comenzaron a crecer en el árbol del populismo. Básicamente los narodniki eran socialistas democrático-agrarios. Malentendidos y malinterpretados por los extraños, se les ha presentado en forma ultrasimplificada como un movimiento "terrorista" y "nihilista". La imagen correspondiente debe de ser mucho más compleja.

Es un axioma generalmente aceptado entre los historiadores —y especialmente entre los historiadores europeos— el que quien estudie acontecimientos, personalidades e ideas debe de encontrarse remoto en el tiempo con respecto al período que le interesa. Un estudioso de la historia debe de escribir acerca del pasado remoto —de un pasado suficientemente remoto como para que obtenga una perspectiva adecuada— y utilizar todas las fuentes documentales que en otra forma pudieran seguir siendo inaccesibles en cuanto arrumbadas en los archivos. Hace unos dos mil años, Flavio Josefo, el historiador de la guerra judía, objetó este principio. Un estudioso de los movimientos sociales puede objetarlo en forma mucho más enérgica. Los documentos no constituyen evidencias únicas. La experiencia humana y la evidencia humana son, a menudo, de mucho mayor importancia. Esto es especialmente cierto por lo que se refiere a un estudio histórico-sociológico de tendencias políticas y sociales. El conocimiento personal y la comprensión de las personalidades, conversaciones, discusiones y observaciones directas combinadas con la evidencia documental pueden dar una visión mejor para entender las motivaciones políticas y las ideologías. En ocasiones, sin este contacto directo con el período es difícil si no es que resulta imposible, entender el problema.

Los historiadores del período populista que procedían de movimientos semejantes —según era el caso de Kulczycki— entendieron el movimiento y las varias tendencias en forma mucho más adecuada. Algunos de los otros historiadores eran externos a él, críticos y escépticos, pero no prejuzgados. Finalmente, ha habido otros que han confundido las tendencias, que han pasado por alto la variedad de las facciones y las diferencias de motivación y que han enfatizado sólo una fase —el terrorismo— subrayando también los elementos negativos de la ideología.

El socialismo democrático y agrario ruso se desarrolló a partir de la ideología de los populistas. En Rusia, el viejo patrón de propiedad comunal de la tierra sobrevivió y se le conocía como *mir* o como *obschina*. En el sistema del *mir*, toda la aldea controlaba la tierra. La tierra, sin embargo, se dividía periódicamente entre las familias, haciendo reajustes de

acuerdo con los cambios ocurridos en su tamaño. El origen de esta institución es muy oscuro. Algunos de los historiadores rusos —Chicherin y Miliukov, por ejemplo— afirman que el mir fue, más que de origen eslavo, de origen extranjero. Los populistas lo creían de origen eslavo. De cualquier modo, el mir se convirtió en un poderoso mito social de los populistas, simbólico de la amplia imagen social de la democracia agraria y socialista rusa. Se le consideraba como una institución de la que podría hacerse derivar la regeneración de la aldea rusa, y como una base de una economía agraria. El campesino fue idealizado por los populistas, quienes vieron en él un elemento de la futura regeneración rusa. La teoría socialista también configuró su concepto de sistema industrial del futuro. La mayoría de los populistas, sin embargo, no fueron marxistas y no creyeron tampoco en el materialismo económico. Para muchos, los elementos idealistas —sobre todo las ideas y la ética— eran primordiales. Ahí se encuentra la futura área de pugna ideológica entre las tendencias marxistas y populistas. Sin embargo, los socio-demócratas marxistas también emergieron del populismo. En los primeros períodos co-existían diversas tendencias.

El populismo estaba bajo la influencia muy fuerte de escritores libertarios, socialistas y democráticos, especialmente Alexander Herzen, Nicolas Chernyshevski, Peter Lavrov, Nicolás Mijailovski, los anarquistas Peter Kropotkin, Mijail Bakunin y muchos otros. La revista *Kolokol* (La Campana) de Herzen, publicada en el exilio, en Londres, se leía ampliamente en Rusia. Era un abridor de surcos, que cortaba la tierra para las ideas socialistas nuevas y elaboradas. Chernyshevski —filósofo social y novelista— era adorado por los estudiantes universitarios, especialmente durante los primeros días del populismo. Lavrov —sociólogo— propuso una teoría del subjetivismo y el positivismo; estableció distinciones entre historia, sociología e ideales sociales, y fue el teórico de una especie libertaria de socialismo, en tanto que Mijailovski —sociólogo y filósofo— fue un exponente de un fuerte individualismo dentro del socialismo. Mijailovski desarrolló teorías de cooperación y de progreso; se opuso al darwinismo social de Spencer y de la sociología contemporánea que servía al *status quo*. Mijailovski, socialista ético, puede considerarse como un idealista puesto que reconocía la importancia primordial de las ideas en el cambio social. En este sentido, se oponía a Marx. Los marxistas —como Plejanov— ridiculizaron después el idealismo de los populistas. Kropotkin, como Mijailovski, enfatizaba la importancia de la cooperación en el cambio social. Mijailovski acentuaba el significado de la cooperación en el cambio social, pero además, proponía una teoría anarquista de una sociedad libre

de los vínculos de una organización compulsiva: el Estado. Bakunin fue un oráculo de pan-destrucción de todas aquellas instituciones sociales y políticas que, de acuerdo con él, eran instituciones de opresión y de explotación. En tanto que los sociólogos y teóricos europeos —ya se haya tratado de Marx, de Spencer o de Glumpowicz— proponían teorías del conflicto, los teóricos rusos estudiaban y desarrollaban teorías de cooperación humana. El elemento común en todos esos primeros socialistas o anarquistas rusos quizás haya sido su gran interés y su énfasis en la cooperación social.

En la novena década, la controversia entre los narodniki y la rama extrema marxista se hizo candente. Ideológicamente, los narodniki (populistas) eran más flexibles y tenían mayor amplitud de opiniones que los bolcheviques o que los círculos extremos marxistas ortodoxos. El federalismo constitucional y los derechos cívicos en la Rusia democrática del futuro fueron siempre los factores principales incluidos en el programa político. La tierra, afirmaban, debe de nacionalizarse. Su concepto de nacionalización era diferente del de colectivización. La nacionalización significa que la tierra pertenece a la nación, al pueblo, directamente a la comunidad aldeana y no al gobierno. El concepto de propiedad pública de los medios de producción no era rígidamente dogmático. Es interesante el que Marx y Engels expresaron fuertes simpatías por este movimiento.<sup>3</sup>

El movimiento socialista británico —especialmente el fabianismo— nunca fue dogmático. Por el contrario, se apresuraba a criticar varias teorías socialistas y a desarrollar conceptos propios. Su principal interés estaba en las ideas que realmente podían operar, y que habrían de mejorar las condiciones de la clase trabajadora de Inglaterra. El enfoque constructivo de los fabianos era un resultado de las personalidades incluidas en el movimiento y también de las relaciones económico-sociales y de las condiciones políticas de Gran Bretaña. Gracias a la democracia constitucional, los fabianos tuvieron un amplio campo de actividades. Pudieron proponer reformas, participar en las elecciones e influir en los sindicatos.

El trasfondo de los populistas de Rusia era diferente. Eran de puntos de vista más amplios que los bolcheviques o que los anarquistas marginales. Altamente éticos, eran, en general, ideológicamente menos flexibles que los socialistas europeos no-marxistas. El sistema zarista no ofrecía oportunidades para las actividades constructivas como la Gran Bretaña contemporánea. Los populistas no pudieron influir en un movimiento laboral o

<sup>3</sup> Véase *Narodnaya Volkya* (Voluntad del Pueblo), Núms. 8-9, febrero 5 de 1882. También publicado en la colección *Literatura Partii Sotsialno-Revoliutsonnoi Narodnoi Volii*. Taller del Partido Revolucionario Social, 1905.

en el sindicalismo simplemente porque no existían en Rusia. Un parlamento ruso en el que hubieran podido proponerse esos planes era inexistente. La única realidad llegó a serlo la revolución, la pugna, la destrucción.

El trabajo constructivo era posible; con todo, en el dominio de las ideas. Ahí la imaginación podía trabajar sin restricciones. Ahí las amplias visiones podían desarrollarse y diseñarse planes fascinadores en las discusiones interminables sostenidas en cuartos llenos de humo, ante vasos de te. No un estado mejor, sino un estado ideal, o una comunidad humana perfecta era lo que constituía la meta. Los populistas eran hombres prácticos en la estrategia revolucionaria. Sabían como poner en marcha una imprenta subterránea y un establecimiento revolucionario militar subterráneo. La victoria de la revolución social, con todo, era una meta distante, no un problema práctico de un sistema operativo que pudiera resolverse de inmediato. Por lo tanto desarrollaron esquemas abstractos en sus discusiones y en un esfuerzo por hacerlos lógicamente perfectos avanzaron hacia niveles superiores de abstracción, cada vez más apartados de las condiciones reales. El campesino ruso se convirtió en un concepto ideal. El mir se convirtió en una institución económica operante, base del futuro avance económico. La naturaleza humana era perfecta: las instituciones autocráticas eran responsables de todo el mal, y en cuanto estas fueran eliminadas, el problema desaparecería con ellas. Las finalidades perfeccionistas fueron también el resultado del hecho de que no había oportunidad, en la realidad, para mejorar las condiciones, o para trabajar con el pueblo en una forma constructiva. De este modo, las ideas llegaron a ser más importantes que las posibilidades de realización. Después de las frustraciones y desilusiones de la "migración hacia el pueblo" la tendencia se hizo más realista. Pero, algunos de los teóricos, continuaron con sus ejercicios lógicos, con su dogmatismo acostumbrado.

Los populistas eran idealistas. Su ideal era la sociedad perfecta: una sociedad de justicia social y de libertad e igualdad. La mayoría de ellos eran hombres cuyas normas éticas eran excepcionalmente altas.

*Las semillas de las ideologías anarquistas y bolcheviques.*—Las organizaciones populistas tuvieron sus grupos marginales y satélites. Los grupos marginales estaban constituidos por quienes disentían dentro de la organización, y los cuales en veces ganaban importancia mientras en otras declinaban. Los satélites formaban círculos revolucionarios separados. Se oponían y criticaban la jefatura más moderada del partido populista social-revolucionario. En momentos de crisis, los marginales se separaron para formar grupos

satélites propios. Entre la parte cordial del movimiento y los marginales o satélites, las diferencias fueron a menudo profundas e irreconciliables. Los satélites y marginales representaban un cisma político. Como ocurría con los antagonismos de los cismas religiosos rusos, los antagonismos de los cismas políticos fueron violentos e irrefrenables.

A pesar de que los anarquistas eran marginales en 1870, ejercieron una influencia poderosa. Ulteriormente, se convirtieron en satélites. Los precursores de los comunistas —podemos llamarlos “jacobinos”— también fueron satélites. El corazón, los satélites y los marginales aún tenían en común una finalidad: el derrocamiento del zar. *Cómo hacerlo y qué habría de seguir* eran preguntas a las que respondían en formas muy diversas los diferentes grupos, atestiguando con sus diferentes respuestas las hondas diferencias de opinión existentes entre ellos.

La corriente anarquista —al través de las poderosas personalidades de Bakunin y de Kropotkin— era una fuerza vigorosa en el movimiento populista de hacia 1870. La ideología básica de la rama bakuninista del anarquismo se revolvía en torno de la destrucción del Estado, al cual se consideraba como causa de todos los males sociales. El Estado, pensaban los anarquistas, debía de ser reemplazado por una federación de comunas libres en las cuales los hombres pudieran vivir y trabajar libres de toda compulsión; libres del poder del Estado. Para Bakunin, el objetivo del primer estadio de las revoluciones consistía en la destrucción del gobierno presente.

Un joven discípulo de Bakunin, Sergei Nechayev llevó este credo al extremo de la pan-destrucción y propuso una teoría de maquiavelismo revolucionario. Nechayev era un hombre de gran energía. Ejerció lo que sus contemporáneos llamaron “una influencia hipnótica” sobre sus asociados. Él mismo no dudó en matar a uno de sus colegas, miembro disidente de su grupo.<sup>4</sup> Este joven estudiante jefaturó al grupo anarquista maquiavélico extremo designado como “La Justicia del Pueblo” (*Narodnaya Rosprava*). En sus escritos abogaba por la pan-destrucción como ideal. Nechayev, sin embargo, no causó honda impresión entre los anarquistas. Fue repudiado por las filas de los populistas. Sentenciado a veinte años de prisión, murió en la Fortaleza de Pedro y Pablo.

Su *Catecismo del Revolucionario* es un documento significativo sobre la estrategia de la destrucción. El Catecismo justifica incluso los medios más maquiavélicos. Algunos extractos traen a la mente muchas de las prác-

<sup>4</sup> Esta historia de Nechayev y el infortunado “círculo estudiantil”, una historia del asesinato de un disidente y de teoría maquiavélicas es el tema de la obra de Dostoyevsky, *Los Poseídos*.

ticas comunistas de hoy. Tanto Lenin como Stalin fueron productos de "Nechayevshchina".

Nechayev firmó el catecismo y es considerado como autor de este documento original. Es interesante el que las fuentes históricas parezcan indicar que el autor verdadero fue el teórico anarquista y filósofo Bakunin, en tanto que Nechayev parece haber sido sólo un practicante prominente del mismo.

El Catecismo del Revolucionario asienta:<sup>5</sup>

"... El revolucionario desprecia cualquier clase de doctrinarismo, y ha renunciado a la pacífica búsqueda científica, dejándolos para futuras generaciones. Sólo conoce una ciencia: la ciencia de la destrucción. Para éste, y sólo para este propósito estudia la mecánica, la física, la química y posiblemente la medicina. Con este propósito estudia día y noche la ciencia viviente de los seres humanos, sus caracteres, sus situaciones, y todas las condiciones del presente sistema social en sus varios estratos. El objeto no es sino uno: la destrucción más rápida posible de ese innoble sistema.

"Desprecia la opinión pública. Desprecia y odia el código de moral de los días corrientes con todas sus motivaciones y manifestaciones. Para él cuanto ayude al triunfo de la revolución es ético; cuanto lo impida está fuera de la ética y es criminal..."

*Estrategia y táctica; migración hacia el pueblo. Revolución desde abajo.* ¿Cuál era, entonces, la estrategia de los populistas? En 1870, se organizaron nuevos grupos populistas y se llamaron "Chaikovtsy" derivando el suyo del nombre de su jefe. Se echaron a cuestras un extenso programa educativo en favor de los obreros de San Petersburgo y de otras ciudades. Nunca fueron muy numerosos: incluyendo a los participantes presentes en las reuniones eran unos mil. En una conferencia de 1873, decidieron actuar. Su elección fue una revolución "desde abajo" conocida más tarde como una "migración hacia el pueblo". Los revolucionarios sociales planearon emigrar hacia las aldeas, disfrazados de campesinos para ganar al campesinado para la revolución. Los planes eran muy elaborados. La propaganda y la persuasión se encontraban entre los medios principales. Reconociendo la fuerte adhesión del pueblo al zar, estuvieron de acuerdo en que ni le atacarían ni criticarían la religión ni las costumbres.

¿Por qué eligieron una revolución "desde abajo"? Su comprensión de un movimiento revolucionario, la forma que adquirió la organización, su

<sup>5</sup> Reimpreso por permiso de Max Nomad, *Apostles of Revolution*. Boston, 1939. pp. 228, 231.

ideología, todo resultaba de la posición socio-económica de los revolucionarios mismos. Los miembros del "Chaikovtsy" eran, con pocas excepciones, miembros de las clases superior y media como los otros populistas. Pertenecían a una clase conocida en Rusia y en Polonia como la "Intelligentsia" —o sean las clases educadas que trabajan y que ganan su vida gracias a su intelecto. Los estudiantes, los profesionistas, los escritores, los estudiosos y los servidores civiles se consideran miembros de la intelligentsia. Muchos de los jefes —Kropotkin, por ejemplo— pertenecían a la más alta aristocracia rusa. Sin embargo, los aristócratas populistas no incluían tantos jefes militares como los decembristas. La mayoría de los populistas eran estudiantes, algunos eran comerciantes, y otros, oficiales. No controlaban ningún instrumento de poder que pudiera considerarse importante. No controlaban regimientos como los decembristas. En cuanto a estratificación social, se encontraban entre el pueblo por una parte y el gobierno y la alta burocracia por otra. Puesto que eran adversos al terrorismo, que se produjo después, la única técnica lógica para ellos era una revolución "desde abajo". Más aún, la ideología populista estaba enraizada en la adoración del campesinado. De ahí su confianza en que al campesino podría ganársele para una causa que le era cercana; para una causa que él mismo personificaba.

El tipo de organización elegido y preferido por "Chakovtsy" no podía utilizarse en una revolución "desde arriba". La juventud rusa por aquel tiempo, después de experimentar las organizaciones centralistas de Nechayev se volvió hostil hacia las células revolucionarias. Reaccionaron fuertemente contra la "Nechayevschina". En consecuencia, se formaron "círculos" —o grupos pequeños de gentes conectadas laxamente sin una fuerte disciplina— tradicionales rusos. Estos "círculos" sobrevivieron hasta principios del período terrorista. Thun, un historiador contemporáneo, indica que existía mucha debilidad en la organización del movimiento. Atribuye asimismo el fracaso prematuro de la empresa a la falta de técnicas subyacentes o subterráneas de comunicación y organización.<sup>6</sup>

Los revolucionarios jóvenes e idealistas migraron hacia las aldeas. El campesinado ruso, sin embargo escuchaba difícilmente sus argumentos. Unos pocos campesinos pudieron ser ganados, pero los campesinos, en su mayoría se mostraron indiferentes e incluso hostiles. No confiaban en los jóvenes estudiantes de la ciudad que "habían migrado hacia el pueblo". Eran ex-

<sup>6</sup> Véase Thun, Alphons, *Geschichte der Revolutionares Bewegung in Russland*. Duncker & Humboldt, Leipzig, 1883, pp. 109 ss.

traños hacia los que sentían desconfianza semejante a la que les inspiraban los nobles. Sus manos eran blancas y limpias, y los toscos vestidos podían ocultar difícilmente su origen. Sus hábitos alimenticios, sus bebidas y sus patrones de comportamiento eran diferentes. Los campesinos lenta, muy lentamente, llegaron a desconfiar del zar. Pero, la desconfianza de la gente de las ciudades era mayor aún. Los volantes y los folletos que hacían circular los revolucionarios eran entregados al sacerdote de la aldea o al funcionario público para que los leyeran.<sup>7</sup> Morozov, el futuro terrorista teórico, cuenta la historia de un revolucionario que trató de convencer a los campesinos de los méritos de la democracia agraria. "La tierra debe ser distribuída entre los campesinos" les decía. "¡Dios mío! —exclamó el muzhik— contrataré braceros y no haré nada."

Un estudiante de la "sociología operativa" puede encontrar en este movimiento algunos detalles interesantes. "La Migración hacia el Pueblo" idealista como era, fue realizada por estudiosos serios de la revolución. Muchos revolucionarios eligieron como áreas en las que trabajar las provincias en torno del Volga y otras en las cuales habían ocurrido levantamientos en siglos pasados, especialmente durante el 17, el 18 y el 19, en la creencia de que esas áreas podrían responder mejor a la propaganda revolucionaria.

El intento de revolución desde abajo —la migración hacia el pueblo— fracasó miserablemente. Unos dos mil participantes fueron arrestados. Fue un movimiento revolucionario campesino de la inteligencia sin arraigo en los campesinos.

*Las masas: el campesinado.*—Las rebeliones fueron fenómenos familiares en Rusia durante siglos. Bajo Nicolás, de 1828 a 1854, hubo 547 rebeliones campesinas.<sup>8</sup> Pero incluso 500 de ellas fueron sólo rebeliones y no revoluciones. Una rebelión es un estallido en contra de la explotación, un acto de violencia, usualmente en contra de una opresión muy extensa. Una rebelión, sin embargo —lo repetimos— no es un movimiento organizado. Carece de estructura permanente, de un aparato, y de una ideología. Es sólo un movimiento esporádico que dura un tiempo muy corto y que generalmente, aun cuando no siempre, se encuentra limitado a un área circunscrita. Los campesinos rusos, explotados, oprimidos, con quienes se cometían abusos ("nación golpeada" según Muraviev Amuraski, gobernador ilustrado de Siberia), se rebelaron contra la nobleza, contra los burócratas,

<sup>7</sup> Véase Thun, pp. 112, 113.

<sup>8</sup> Citado por Kulczycki, II, p. 212, del artículo de Paul Milikov in *Brokahus Encyclopaedia*. Vol. 32. Este artículo y sus cifras fueron citados frecuentemente en los documentos populistas subterráneos.

pero no contra el zar a quien reverenciaban. Era para ellos un padre y un jefe religioso.

Nadie ha brindado mejor pintura del campesino ruso que Alexander Herzen, uno de los padres del populismo ruso. En un ensayo en forma de carta dirigida al historiador francés Jules Michelet, escrita el 21 de septiembre de 1851, decía:<sup>9</sup>

“...El nombre del zar inspira al pueblo un sentimiento supersticioso; no es el zar Nicolás a quien el pueblo reverencia; es la idea abstracta, el mito; en la imaginación popular, el zar representa un vengador temido, la encarnación de la verdad, una providencia terrestre...”

“Fuera del zar, sólo el clérigo puede tener influencia en la Rusia ortodoxa. Sólo los clérigos representan a la Vieja Rusia en los círculos gubernamentales: el clérigo no se rasura y en esto permanece de parte del pueblo. El pueblo escucha confiadamente a los monjes. Pero los monjes y los altos clérigos, preocupados exclusivamente con la vida de ultratumba, se ocupan poco del pueblo. Los sacerdotes han perdido su influencia a causa de su voracidad, de su embriaguez y de sus conexiones con la policía. Aquí, nuevamente el pueblo respeta la idea no al individuo...”

“Fuera del zar y de los clérigos todos los elementos del gobierno y de la sociedad son completamente extraños, completamente hostiles para el pueblo. El campesino se encuentra, literalmente fuera de la ley. No tiene acceso a la justicia y toda su participación en el estado de asuntos existente se limita con el impuesto doble que pesa sobre él y que paga en trabajo y sangre. A pesar de todo, ha entendido instintivamente, que toda la administración está establecida no para ventaja suya, sino en su perjuicio, y que la tarea del gobierno y de los terratenientes consiste en obtener de ellos mayor trabajo, más reclutas y más dinero. En cuanto comprende esto y se encuentra dotado de una mente ruda y flexible, les engaña en todas partes y en todo...”

Los campesinos, la intelligentsia y la burocracia formaban diferentes clases históricas en Rusia por aquella época. Vivían en diferentes épocas históricas. Los estudiantes se encontraban adelantados en dos siglos, con respecto a los campesinos, como que leían a Darwin y a Comte. Los populistas de 1874 fueron, como los decembristas, dirigentes que carecían de masas que les siguieran. Trataron de aplicar una estrategia revolucionaria diferente, pero también fracasaron.

<sup>9</sup> Reproducido en Alexander Herzen, *My Past and Thoughts*. Trad. por C. Garnett, Londres. Vol. VI, p. 225.

La historia de los Narodniki, los populistas, puede resultar extraña para algunos pero sigue teniendo fascinación para muchos. Es la historia de debates ideológicos interminables de largos ensayos y artículos sociológicos, de proyectos constitucionales, de planes políticos, sociológicos y económicos, de crónicas de arrestos y ejecuciones, asesinatos y rebeliones.

Sin embargo, los debates sobre conceptos políticos abstractos y acerca de ideas que tenían pocas oportunidades de éxito por aquella época son de gran significado dentro de nuestra perspectiva histórica. Fue por esa época cuando los conceptos de estrategia y táctica revolucionaria fueron analizados cuidadosamente y quedaron establecidos en una teoría revolucionaria rusa.

\* \* \*

Hasta aquí, ninguna de las revoluciones que han triunfado desde abajo, ha sido realizada sólo por la intelligentsia carente de apoyo en las otras clases. En las revoluciones triunfantes, la intelligentsia apareció como grupo "complementario" aliado con otros grupos, clases; con los obreros industriales (siglos XIX y XX en Europa), con el campesinado (en la Revolución Mexicana), o con una clase media dinámica (Revolución Francesa). En el caso de una revolución desde arriba, ha sido necesaria la alianza con el ejército.

Los intelectuales fueron, en todos estos casos, ideólogos y organizadores. La ideología integró grupos políticos haciéndoles formar una asociación coherente, y extendió la amplitud vital del movimiento. Algunos movimientos —como el populismo— se prolongaron en esta forma y abarcaron la vida de varias generaciones (durante 60 y hasta 100 años). Es de este modo como hay que reconocer la importante participación de las ideas en el movimiento revolucionario.

La insatisfacción moral de los intelectuales y la oposición violenta frente al *status quo*, ha sido frecuentemente un síntoma de inquietud revolucionaria.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Crane Brinton, en su *Anatomy of Revolution* llama a este fenómeno "deserción de los intelectuales".

## CAPÍTULO XIII

### EL SEGUNDO PERÍODO POPULISTA

*El terror individual: revolución por el temor.*—La revolución “desde abajo” o la “revolución por medio de la propaganda” fracasó. ¿Qué era lo que había que hacer entonces? De nuevo, las experiencias pasadas y las condiciones sociales y políticas abrieron un cierto número de alternativas adicionales, y crearon su propia lógica.

Puesto que la revolución “desde abajo” había fracasado y una revolución desde arriba era imposible, era indispensable desarrollar nuevas técnicas de lucha. Los revolucionarios estaban demasiado lejos de la cima como para poder apoderarse, en el pináculo mismo, del poder. Las alternativas que se les ofrecían: 1) Hacer un intento continuado de educación y de ilustración con el fin de que la nueva generación realizara una revolución democrática y socialista; 2) volverse a los medios legales de acción social en un esfuerzo para reformar a Rusia, utilizando las instituciones políticas existentes; 3) emprender nuevos tipos de lucha que pudieran conducir a un cambio revolucionario. La respuesta estaba en la tercera alternativa: el terror individual. En un cierto sentido, el terror individual es una variante de revolución desde arriba.

*Se inicia el terror.*—El autocrático zar Alejandro II tenía ciertas inclinaciones liberales. Las reformas liberales habían avanzado, por lo menos al principiar su reinado. Sin embargo, él mismo era tan ambivalente como el país que gobernaba. El país se encontraba solicitado por los reaccionarios extremistas que servían de apoyo a la autocracia, y por las tendencias revolucionarias radicales. Los liberales —procedentes, en su mayoría, de las clases superiores ilustradas— eran débiles, en tanto que las masas se mostraban pasivas e indiferentes. No existía un mecanismo constitucional de cambio social y político. La única persona que hubiera podido realizar tales cambios hubiera sido el zar autocrático, Alejandro II. Alejandro dio algunos pasos en esta dirección para, en seguida, abstenerse, asustado por el intento de asesinato de los insurrectos. La personalidad del zar

era un espejo que reflejaba la situación dividida del país. La creación de un mecanismo apropiado para la realización de cambios políticos y de reformas que pudieran aliviar un tanto tensiones políticas más que económicas mediante una canalización al través de cauces de no violencia, era algo imperativo. Esto lo entendieron los liberales y reformadores, algunos de los cuales, en ciertas ocasiones —según ocurrió con Melikov— tuvieron influencia considerable en el gobierno. Sin embargo, ninguno de ellos tenía influencia suficiente con el zar. Los revolucionarios (el núcleo central de los populistas) estaban dispuestos a llegar a una transacción en favor de una democracia constitucional federalista, solución que, por aquel entonces, resultaba utópica.

No sólo la teoría, sino que también la situación que se estaba desarrollando rápidamente, condujeron a la expansión de las acciones terroristas. El gobierno, alarmado por el crecimiento de la actividad revolucionaria, recurrió a persecuciones y arrestos. Asesinatos, atentados contra la vida del zar o de los altos funcionarios públicos eran hechos frecuentes. Existía ya ahí el patrón terrorista. El remedio usado en contra de este patrón anormal consistió en la retaliación, que no resolvía el problema. Las causas de descontento era de un carácter mucho más serio. Los arrestos y las sentencias de muerte o los trabajos forzados en Siberia dieron como resultado una reacción por parte de los revolucionarios hacia 1878. Estas reacciones de oposición fueron de un carácter espontáneo y carente de organización; eran actos individuales de agresión resultantes de las frustraciones políticas. Un método, una técnica con un cuerpo de teoría, habían de hacer su aparición en corto tiempo.

En 1878, una mujer, Vera Zazulich, disparó contra el rudo prefecto de policía de San Petersburgo, General Trepof, hiriéndolo. Trepof fue inmisericorde con los prisioneros políticos. Vera Zazulich, en su defensa, señaló las condiciones opresivas que prevalecían en Rusia, y sus argumentos resultaron convincentes para los jurados que la absolvieron, tras de lo cual Vera Zazulich huyó hacia el exterior con objeto de evitar que la volvieran a arrestar. En el mismo año, hubo disparos en Odessa, en cuanto un grupo de revolucionarios se defendieron frente a quienes querían arrestarles. Uno de los arrestados, Kovalsky, fue sentenciado a muerte. Los revolucionarios advirtieron al jefe de la policía secreta de la tercera sección, General Mezentieff que si Kovalsky era ejecutado tendría que pagar con su propia vida. Dos días después de la ejecución de Kovalsky, Mezentieff era apuñaleado por Sergi Kraythinsky (Stepniak) (quien posteriormente se convir-

tió en autor y novelista muy conocido) en pleno día, en la avenida principal de San Petersburgo, Nevski Prospekt. Se arrestó a millares de gentes, pero Stepniak logró escapar al extranjero. En 1879, el Príncipe Kropotkin, Gobernador de Kharkov y pariente del revolucionario Peter Kropotkin fue asesinado después de haber ordenado un rudo y brutal tratamiento de los prisioneros políticos.<sup>1</sup> La respuesta del gobierno consistió en arrestos y trabajos forzados. Las cárceles se llenaron, y las sentencias de muerte se multiplicaron. Los revolucionarios respondieron a cada sentencia de muerte con el terrorismo.

Lo que se empezaba a desarrollar es difícil de entender en cuanto se enfoca la transmisión del poder en términos de principios democráticos. El terror en las calles de las ciudades rusas, y el fracaso de la "revolución desde abajo" tuvo su impacto sobre la ideología y sobre la estrategia y la táctica de los grupos revolucionarios.

Grandes grupos de Narodniki perdieron su fe en que un cambio en la política de Rusia pudiera obtenerse por un movimiento masivo del campesinado. "Narodnaya Volya" o "La Voluntad del Pueblo", nuevo vocero subterráneo oficial del partido revolucionario, expresaba su opinión en su primer editorial: "Las ilusiones políticas han destruido a las naciones, y también pueden destruir a los partidos políticos... La imagen del *mujik* (o campesino) eran tan "color-de-rosa" ante los ojos del propagandista, como la imagen del zar —el "padrecito"— ante los ojos del *mujik*".<sup>2</sup> La elección tenía que hacerse entre continuar la propaganda y la educación o extender el terror. Y se aplicaron ambas cosas en la estrategia de los años subsecuentes.

<sup>1</sup> Konni Zilliacus, *The Russian Revolutionary Movement*. Dutton and Company. New York, 1905, da una historia más detallada de esas acciones. Un cierto número de memorias de los revolucionarios rusos proporcionan fuentes abundantes acerca del movimiento populista, de sus personalidades, de la estrategia del mismo, así como de la sociedad contemporánea rusa. Podemos mencionar aquí las memorias de Kropotkin (véase adelante), de Vera Figner, *Memoirs of a Revolutionist*, New York, 1927, de V. L. Debagorii-Mokriyevich, *Ot Buntarstva k Terrorizmu* (Del motín al terror), Moscú, 1930, M. Yu Aschenbrenner, *Voyennaya Organizatsia Narodnyi Volyi* (Organización militar de la Voluntad del Pueblo), Moscú, 1924. Un cierto número de memorias de contemporáneos del movimiento se encuentran en la colección *Revolutsionnoy Dvishenys Rossii v Memuarach Sovremennikov* (El Movimiento Revolucionario en las Memorias de los Contemporáneos). Moscú. Decisión original del Comité Central de la Voluntad del Pueblo que resuelve el asesinato del zar, publicada en *Da Zdrastvuyet Narodnaya Volya*. París, 1907. Para fuentes documentales acerca de los populistas, véase el periódico histórico *Byloye* (correo).

<sup>2</sup> *Narodnaya Volya*. Octubre de 1879, No. 1 (*Od Redaktsii*) "De los Editores".

En 1874-75, se organizó el "Segundo Movimiento de Tierra y Libertad". Los grupos constituyentes estaban de acuerdo por lo que se refiere a la estrategia de la revolución "desde abajo". El establecimiento de un nuevo sistema político —afirmaban— podía realizarse por los pueblos mismos. Esta organización ya mostraba especialización por lo que se refiere a varias funciones revolucionarias. Una organización revolucionaria de ese tipo se denomina "funcional" o "multifuncional". Se creó una sección especial para que actuase entre los obreros y otra para que lo hiciera entre los campesinos. La función de una de las secciones de la organización consistía en desquebrajar el funcionamiento del gobierno, liberar a los prisioneros y armar a las gentes para su auto-defensa. Esta sección abrió el camino para una organización terrorística.

En un Congreso de "Tierra y Libertad" realizado en 1879, el partido se escindió a causa del problema de la acción directa y del terrorismo. Los partidarios de la acción directa, se llamaban a sí mismos "La Voluntad del Pueblo", mientras que el partido que ponía énfasis en la educación y en la propaganda (aunque mostrara también alguna inclinación terrorista) se denominaba a sí mismo "División Negra" (*Chornyj Pierediel*). Una de las causas de la división consistió en que se entabló una discusión acerca de la forma y estructura de la organización, que en un partido terrorístico y secreto diferían de las de un partido y de un país democrático. Para sobrevivir, bajo condiciones extremadamente difíciles, un partido tenía que ser capaz de ajustar su forma de organización a las circunstancias: tenía que estar centralizado, ser altamente disciplinado y funcional, y desarrollarse bajo reglas de un secreto estricto. Los primeros partidos populistas fueron círculos más bien autónomos y laxos que formaban una federación. El nuevo partido tenía por lo menos tres grados de secreto. En la cúspide no había sino 500 miembros (de acuerdo con Kulczycki), pero había muchos "simpatizantes" no organizados entre los obreros y entre los jóvenes, quienes daban su apoyo moral al partido, aun cuando no estuviesen vinculados con "Tierra y Libertad".<sup>3</sup>

La "Voluntad del Pueblo" constituyó nuevamente una organización pequeña y bien trabada, y no un movimiento de masas. Los miembros de esta organización no era, en su mayoría, ni campesinos ni obreros; era un partido de la *intelligentsia*. Hacia fines de 1870, las ideas populistas y socialistas comenzaron a penetrar entre los trabajadores, formándose algunas sociedades secretas de obreros, en forma separada.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Kulczycki, *Op. cit.*, II, p. 390.

<sup>4</sup> Conocidas como la Unión Nortefía de los Trabajadores Rusos.

En agosto de 1879, el Comité Ejecutivo sentenció a muerte al Emperador. En marzo de 1881, fue asesinado por los revolucionarios. Inmediatamente después del asesinato, el Comité Ejecutivo envió una especie de carta de condolencia acompañada de demandas políticas al nuevo zar. Esta carta histórica, de gran celebridad, es un documento extraordinario. Un grupo de jóvenes, después de un acto terrorístico, proseguían su actividad política, tratando de negociar un cambio, para lo cual se dirigieron a Alejandro III en su calidad de Emperador, con lo cual sostenían implícitamente que una monarquía constitucional podría constituir una transacción aceptable. La carta analizaba las condiciones sociales, políticas y económicas, y los objetivos del movimiento revolucionario. La carta representaba las opiniones del núcleo principal de los revolucionarios, o sea, su posición oficial. Reflejaba tanto las personalidades como las ideologías. Las demandas eran puramente políticas: un sistema democrático, parlamentario; la transformación de Rusia en un Estado constitucional-democrático que, en su concepto, podría proporcionar los mecanismos indispensables para realizar reformas sociales ineludibles. La forma de la carta es cortés y respetuosa: se trata de una proposición "de hombre a hombre". La proposición fue desatendida.

La carta de los revolucionarios<sup>5</sup> era conciliatoria. La vía para la transacción quedaba abierta por parte suya. Sin embargo, en cuanto no se atendió la propuesta, se abrió el camino para un pandemio.

"Majestad, el Comité Ejecutivo comprende claramente la postración mental que debéis estar experimentando. Sin embargo, considera que no debe —ni por un sentimiento de delicadeza— diferir la siguiente declaración. Hay algo que es más elevado aún que un legítimo sentimiento humano, y ese algo es el deber hacia nuestro país; deber al que cada ciudadano debería de sacrificar su propio ser, sus propios sentimientos, e incluso los de los demás. Impelidos por este imperioso deber, nos dirigimos a vos sin demora, por cuanto el curso de los acontecimientos que nos amenazan con terribles convulsiones y con ríos de sangre en el futuro, no admiten aplazamiento posible.

"La sanguinaria tragedia del canal Catalina no fue acontecimiento puramente aleatorio, y a nadie le pudo sorprender. Después de cuanto ha ocurrido durante los últimos diez años, parecía algo inevitable, y en ellos estriba su profunda significación, que debe entender claramente aquel a quien su destino ha colocado a la cabeza de un Estado.

<sup>5</sup> Esta carta circuló ampliamente en ruso y traducida a otros idiomas. Reproducida por Stepniak, *Underground Russia*. Charles Scribner's Sons, New York, 1892, pp. 313 ss.

“Solamente un hombre totalmente incapaz de analizar la vida del pueblo puede calificar como crímenes individuales o incluso como los de una ‘banda’ acontecimientos tales. Durante una década entera, hemos visto que el movimiento revolucionario, no obstante lo tenaz de la persecución, y a pesar del sacrificio que el gobierno del último zar hiciera de todo —de la libertad, de los intereses de toda clase de gentes así como de la industria, para no decir nada del sacrificio de su propia dignidad personal— y no obstante, en una palabra, todas las medidas adoptadas para suprimirlo, el movimiento revolucionario continúa creciendo. Las mejores fuerzas del país, los hombres más enérgicos y deseosos de sacrificarse en Rusia, se adelantan para formar en sus filas. Durante tres años enteros, se ha sostenido una guerra desesperada entre el movimiento mismo y el gobierno.

“Vuestra Majestad admitirá que al Gobierno del último Emperador no se le puede acusar de ‘falta de energía’. El inocente y el culpable han sido ahorcados por igual; las prisiones, al igual que las provincias más remotas, se encontraban llenas de condenados. Los dirigentes eran hechos prisioneros y colgados por docenas.

“Sólo había dos salidas para esta situación: o bien una revolución que no podía evitarse ni prevenirse mediante condenas a muerte, o la abdicación espontánea de la suprema autoridad en favor del pueblo, a fin de que éste ayudase en el trabajo del gobierno.

“En interés del país, y con objeto de evitar un gasto inútil de energías y de talento, así como los terribles desastres que acompañan siempre a la revolución, el Comité Ejecutivo se dirige a Vuestra Majestad y le aconseja que elija la última parte de la alternativa. Estad seguro de que, en la proporción en que el poder supremo deja de ser arbitrario, y en el grado y medida en que os mostréis resuelto a realizar sólo lo que la voluntad y la conciencia del pueblo prescribe, podréis libraros de vuestros espías, que deshonran al gobierno, confinar a vuestras escoltas a sus cuarteles, y quemar los instrumentos de tortura que desmoralizan al pueblo.

“Entonces, el Comité Ejecutivo suspenderá espontáneamente su propia actividad, y las fuerzas que ha organizado se desbandarán y se dedicarán al trabajo fructífero de la civilización, de la cultura y del bienestar del pueblo.

“Una lucha pacífica de ideas tomará el sitio de la violencia, que es mucho más repugnante para nosotros que para vuestros servidores, y a la que nos hemos visto compelidos a recurrir sólo por necesidad.

“Nos dirigimos a Vuestra Majestad haciendo a un lado el prejuicio y la desconfianza inspirados por el pasado. Queremos olvidar que soís el

representante de ese poder que ha burlado al pueblo y que le ha causado tantas injurias. Nos dirigimos a vos, en cuanto conciudadano y en cuanto hombre honrado.

“Esperamos que el resentimiento presente no habrá de suprimir ni el sentimiento del deber ni el deseo de escuchar la verdad.

“No os imponemos ninguna condición. No os consideréis ofendido por nuestras proposiciones. Las condiciones que se necesitan para que el movimiento revolucionario le deje el sitio a un desarrollo pacífico, no dependen de nosotros; las que han hecho que dicho movimiento ocupe el lugar de dicho desarrollo pacífico no han sido creadas por nosotros, sino por los acontecimientos. Las condiciones para el cambio, de acuerdo con nuestra opinión, deberían basarse en dos estipulaciones:

“Primera: una amnistía general para todos los ofensores políticos, puesto que no han cometido crimen alguno sino que han realizado simplemente su deber como ciudadanos.

“Segunda: convocar a los representantes de todo el pueblo para examinar las mejores formas de vida social y política, de acuerdo con las necesidades y deseos populares.

“Sin embargo, consideramos necesario señalar el que la legalización del poder por la representación del pueblo puede lograrse sólo si las elecciones son perfectamente libres. Las elecciones deberían de realizarse de acuerdo con las siguientes condiciones:

“Primera: los diputados deberán ser electos por todas las clases, sin distinción, de acuerdo con el número de habitantes.

Segunda: No habrá restricción de ninguna clase por lo que se refiere a electores o diputados.

“Tercera: las elecciones y la agitación electoral serán perfectamente libres. El Gobierno deberá otorgar, por tanto —en calidad de regulaciones provisionales—, hasta que se convoquen las asambleas populares:

- a) Completa libertad de prensa.
- b) Completa libertad de expresión.
- c) Completa libertad de reunión pública.
- d) Completa libertad de discurso electoral.

“Estos son los únicos medios al través de los cuales Rusia podrá entrar en la senda de un desarrollo pacífico y regular. Decláramos solemnemente, ante el país y ante el mundo, que nuestro partido se someterá incondicionalmente a la Asamblea Nacional que se reúna de acuerdo con las bases puestas por las condiciones anteriores, y no ofrecerá oposición al Gobierno que la Asamblea Nacional sancione.

“Ahora, Majestad, decidid. La elección os corresponde. Nosotros, por nuestra parte, sólo podemos tener la esperanza de que nuestro juicio y vuestra conciencia os sugerirán la única decisión que puede estar de acuerdo con el bienestar de Rusia, con vuestra propia dignidad y con vuestros deberes hacia el país.”

El Comité Ejecutivo.

Marzo 10 (23), 1881.

Impreso en la oficina de la *Narodnaya Volya*.

Marzo 13 (23), 1881.

*La teoría del terror individual.*—La principal función del terror individual consistió en intimidar y desorganizar el gobierno mediante el temor. Los pasos siguientes consistían en la captura del poder y en el cambio social y político. El terrorista Stepniak elaboró la teoría en 1892:<sup>6</sup>

Una victoria inmediata, espléndida y decisiva como la obtenida por una insurrección es totalmente imposible mediante el terrorismo. Pero, es más probable otra victoria: la del débil frente al fuerte, la de los “mendigos” de Holanda frente a los Españoles. En una lucha en contra de un enemigo invisible, impalpable, omnipresente, el fuerte es vencido no por medio de sus armas, sino mediante la continua extensión de su propia fortaleza que, finalmente, le deja exhausto, y exhausto en un grado mucho mayor de aquél en que lo hubiese dejado una derrota.

Tal es, precisamente, la posición de los partidos beligerantes en Rusia.

Los terroristas no pueden derribar al gobierno. No pueden arrojarlo de San Petersburgo y de Rusia, pero, en cuanto lo han compelido, durante tantos años como han pasado a que lo descuide todo y a no hacer otra cosa que no sea pelear con ellos, forzándolo a hacerlo durante años y años, harán que sus posiciones resulten insostenibles. “El prestigio del Gobierno Imperial ha recibido ya un golpe del que será muy difícil que se recupere. Un Emperador que se encierra en una prisión por temor al terrorismo no es, ciertamente, una figura como para inspirar admiración.

Acerca de esto puedo citar muchas cosas que circulan como rumores en el ejército y entre el pueblo.

El temor era el medio al través del cual tenía que realizarse el cambio. El énfasis se cargaba sobre los elementos psicológicos más que sobre los elementos físicos, aún cuando llevara implícito la destrucción física de los individuos. El Terror puede ser utilizado por un Bruto o por un

<sup>6</sup> Stepniak, *Underground Russia*. Charles Scribner's Sons. New York, 1892, p. 257.

Mussolini; por revolucionarios idealistas o por totalitarios rudos y hambrientos de poder. Es una especie de guerra fría revolucionaria, y puede realizarse en varios niveles y con diversos grados de intensidad. La técnica se emplea con varios propósitos, en la misma forma en que una estrategia militar determinada puede ser utilizada por los totalitarios para la conquista o por un estado democrático para su propia defensa. El terrorismo fue el arma de los populistas que pelearon contra de un poder autocrático con objeto de establecer un Estado ruso democrático. Los revolucionarios reconocieron el peligro social del terror. La mayoría de ellos deseaban un sistema democrático. ¿Cómo podían, entonces, justificar sociológicamente el terror?

Stepniak,<sup>7</sup> lo explicaba en términos de una desproporción de fuerzas:

“... La desproporción entre las fuerzas materiales de que disponía el partido revolucionario y las del gobierno era demasiado grande como para que esas demostraciones pudiesen ser otra cosa que sacrificios voluntarios de la flor de la juventud rusa al Moloch Imperial. Entre nosotros, una revolución, o incluso un levantamiento de alguna importancia como el de París, es absolutamente imposible. Nuestros poblados constituyen solamente una décima parte del total de habitantes, y la mayoría de ellos son sólo grandes aldeas separadas entre sí por grandes distancias. Los poblados que son realmente tales, o sea, por ejemplo, los que tienen entre 10,000 y 15,000 habitantes, constituyen sólo un 4 ó 5 % de toda la población, o sea, en total entre tres y cuatro millones. Y el gobierno, que tiene bajo sus órdenes el contingente militar de toda la población —o sea 1.200,000 soldados—, puede transformar las cinco o seis poblaciones principales, únicos sitios en los que es posible cualquier movimiento, en verdaderos campos militares, que es lo que en realidad son.

El teórico terrorista extremado fue Nicolás Morozov, quien parecía más un profesor universitario o un compositor, y ese mismo fue el carácter de Tkachev. Las opiniones de Morozov merecieron una fuerte desaprobación por parte de “La Voluntad del Pueblo”. La mayoría rechazó su teoría, rehusándose incluso a publicarla.<sup>8</sup> Consecuentemente, Morozov, con el apoyo de Tkachev, publicó el folleto en el extranjero, con el título de *Lucha Terrorística*. Este librito fue un documento académico acerca de la teoría del terror.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Stepniak, *Op. cit.*, p. 32.

<sup>8</sup> Véase Kulczycki, p. 352, y Thun, p. 200.

<sup>9</sup> A este folleto se le ha considerado como una rareza bibliográfica. Se publicó en Londres en 1880. Kulczycki proporciona un resumen de este trabajo. Partes del mismo

En la misma forma en que son pocas las fuerzas de la naturaleza —escribía Morozov— y de que, no obstante, aparecen en muchas formas, un movimiento revolucionario aparece en la historia en muchas formas. Primero, puede vérselo en los grandes levantamientos campesinos. Al ser suprimidos éstos en forma cruel, la escena se traslada de las áreas rurales a las ciudades. Las ciudades han ofrecido la combinación de una acumulación de trabajadores y la existencia de calles estrechas, materiales excelentes para luchar detrás de las barricadas. Este nuevo tipo de guerra, con nuevas técnicas y nuevas tácticas, ha abierto un período de revoluciones que pueden ser coronadas por el éxito.

En la Rusia contemporánea, afirmaba Morozov, las áreas tremendas de planicies ilimitadas no favorecen los levantamientos campesinos que pueden tener probabilidad de éxito. Por otra parte, las ciudades —decía— son pocas y el número de trabajadores no es muy grande. Por lo tanto, la revolución en las ciudades causaría pocos daños al gobierno. Consecuentemente, la pugna revolucionaria en Rusia tenía que tomar una nueva forma: el movimiento terrorístico de la *intelligentsia*.

Escribía Morozov en su *Lucha Terrorística*:

“... Los terroristas rusos tienen que enfrentar dos problemas muy serios e importantes:

”1. Deben aclarar la teoría de la lucha terrorística que hasta hoy cada quien ha interpretado según le place. Tanto como predicar el socialismo,

se reprodujeron en Kuklin, *Itogi Revoluttionnavo Dvishenia y Rossii*, Ginebra, 1903. El folleto de Morozov se reimprimió en una colección de documentos, publicación de aniversario de la Voluntad del Pueblo: *Da Zdratvuyet Narodnaya Volya*. París, 1907. El Editor de esta publicación política oficial enfatiza, sin embargo, el que las opiniones de Morozov no representan la postura del jefe de los populistas. En una nota al pie de este artículo (p. 14) indica que el jefe y el teórico humano de esta organización, que sacrificó su vida en forma voluntaria —Shelyabov— se oponía a Morozov y lo consideraba como una excepción. Los editores comentan, sin embargo, que las opiniones de Morozov eran muy representativas de una mayoría de los terroristas por aquel entonces (1880). Si éste fue el caso o no, es difícil decirlo. Es verdad que Shelyabov, ante la corte, asumió una postura diferente y generalmente se opuso a Morozov.

En 1944, Morozov celebró en Moscú su nonagésimo aniversario. Desde 1880, Morozov hizo contribuciones al campo de la química, de la astronomía, de las matemáticas, de la astronomía, de las matemáticas, de la historia y de la filosofía. Miembro prominente de la Academia Soviética de Ciencias, Morozov sobrevivió milagrosamente a las guerras, a las revoluciones y a las purgas stalinianas. Véase K. Morozova, *Nikolai Morozov*, Akademia Nauk, USSR, 1944. Este ensayo contiene una extensa bibliografía de los trabajos de Morozov, que comienzan con la poesía y con la teoría del terror. Morozov fue uno de los más prominentes científicos soviéticos.

es necesario predicarles esta lucha a aquellas clases de la población que se encuentran más cerca de los partidos revolucionarios actuales por lo que se refiere a simpatías, tradiciones y hábitos. La propaganda es posible aún dentro de las presentes condiciones caóticas. Sólo cuando se haga esto, será posible que los terroristas adquieran el fresco vigor para una lucha tesonera y extensa.

"2. El Partido Terrorista debe mostrar en la práctica la necesidad de los objetivos que persigue como metas. Debe presionar *inmisericorde* mediante un sistema de terror continuo; castigar al gobierno por cada uno de sus ataques a la libertad. Debe de conseguir su desmoralización, su desorganización y su debilitamiento. El Partido debe de incapacitar al gobierno y hacerlo impotente para tomar cualquier clase de medidas destinadas a suprimir ideas y actividades dirigidas en contra del bienestar del pueblo.

"Mediante estos dos caminos, el Partido hará que se vuelva tradicional su modo de luchar y aniquilará cualquier despotismo en el futuro.

"Sólo el futuro ha de mostrar la forma en que los terroristas actuales resolverán sus dos problemas. Pero creemos firmemente que el movimiento terrorista superará todos estos obstáculos y que, con el triunfo de sus hazañas, mostrará a su oposición, en forma plenamente satisfactoria, el que su método es el plan primordial para este tipo de lucha. . ." <sup>10</sup>

Los populistas eran humanitarios e idealistas. Lucharon por los derechos humanos y cívicos. ¿Cómo hombres como éstos, que profesaban la santidad de la vida, justificaban una ideología de terror y de muerte?

En primer término, el terror se presentaba como apropiado sólo para las condiciones del despotismo ruso. Ésta era la posición oficial de los populistas democráticos. Cuando el Presidente Garfield fue asesinado, *La Voluntad del Pueblo* expresó su profundo desprecio por el terrorista americano. El terror se justificaba bajo la tiranía rusa, bajo la que no era posible encontrar otros medios de combate, según afirmaban, siendo en cambio horrendo en un país libre. La violencia podía aplicarse sólo en contra de la violencia y no en contra de un gobierno democrático.<sup>11</sup>

El historiador y populista ruso Nicolás Burtsev consignó la posición oficial del movimiento en *Narodnovolets* (Núm. 2, 1897):

"... Seremos los primeros en cesar completamente la lucha terrorista en cuanto el gobierno, en forma honrada, muestre su deseo de abandonar sus actuales formas de actuación política. Estamos en favor del terror, con

<sup>10</sup> Reproducido en Kuklin, *Itogi* (adiciones), p. 181.

<sup>11</sup> *Narodnaya Volya*, Núm. 7-8, citado por Thun. *Op. cit.*, p. 201.

todo, no porque nos guste, sino sólo porque, a nuestro juicio, no hay otro método posible de lucha en contra del gobierno en este momento; método que, sin la ayuda del terror, pueda obligar al gobierno a hacer concesiones. Siempre que surja la posibilidad de un gobierno honrado que crea en su propia política —independiente de los Pobedonostsevs—, e incluso uno surgido bajo la presión de liberales afiliados a Boris-Melikov<sup>12</sup> y que profese abiertamente, con garantías suficientes, el arribo de una nueva era para Rusia —de una era de desarrollo—, nosotros, como Stepniak, ‘aplaudiremos la adopción de los medios pacíficos’ y nos oponemos al terrorismo, en la misma forma en que nos oponemos a él en las naciones libres.

“Contamos como condiciones indispensables de una lucha política que pueda tener éxito: libertad de prensa, de asamblea; libertad individual.. Con estas condiciones como puntos de discusión, iremos tan lejos como sea posible en el sentido de nuestros ideales sagrados, pero sin utilizar el terror...”<sup>13</sup>

Ésta era la posición oficial. Los extremistas presentaban diferentes teorías. Trataban de “radicalizar” a los radicales. Morozov afirmaba que el terrorismo obligaría al gobierno a que diera una constitución. Incluso en una monarquía constitucional, las leyes y los derechos humanos podrían ser violados. En tal caso, el terrorismo podría aplicarse para combatir las violaciones, a menos que se concediera una libertad completa.<sup>14</sup> Zeliabov, el jefe de *La Voluntad del Pueblo*, se opuso decididamente a las opiniones de Morozov. Fue ejecutado en relación con el asesinato del zar Alejandro II.

Los problemas éticos seguían siendo problema serio para los revolucionarios.<sup>15</sup> Los métodos terrorísticos fueron adoptados en Polonia, en donde se desarrolló una lucha nacional y social en contra del zar ruso (o sea, extranjero), y no en contra, simplemente, de un zar cualquiera. La lucha tuvo ahí carácter *nacional*, así como características sociales y políticas. Los polacos recurrieron a una tradición insurreccionista; estaban peleando en contra de un conquistador extranjero, y esto era, moralmente, una meta generalmente aceptable.

<sup>12</sup> Conde Boris-Melikov, liberal conservador, cuyo gobierno, tras el asesinato del zar, se denominó “dictadura del corazón”. Trataba de realizar una administración más leve, más liberal.

<sup>13</sup> De un artículo en *Narodovolets*, Núm. 2 (1897), por Vladimir Burtsev, “Is it not True that Terror is Being Practiced but is not Mentioned”.

<sup>14</sup> Véase Kulczycki, p. 354, y Thuh, p. 200.

<sup>15</sup> Los problemas éticos fueron discutidos por Grigorii Nestroev, en *Pages of a Maximalist*, y también por Victor Chernov y otros. Véase Masaryk, *op. cit.*, pp. 368 ss

En el caso de los populistas, la situación era diferente. El zar no era un conquistador. Stepniak, en un folleto, *Muerte por Muerte*, justificaba el terror como la ética del desquite. En una novela, *Memorias de un Nihilista*, reitera el que la única respuesta de los revolucionarios ante la violencia es la violencia misma.

Los teóricos revolucionarios desarrollaron varios tipos de terror individual. El terror central estaba dirigido en contra de la cabeza del gobierno y en contra de los funcionarios superiores del Estado. El terror industrial (sugerido en alguna ocasión por la Porción o Partición Negra) se dirigía en contra de los magnates industriales. El terror agrario se aplicaba en contra de los grandes terratenientes. Los Revolucionarios sociales de *La Voluntad del Pueblo* respaldaban el terror central.

*Terror de masas.* El temor ante el terror de masas, ante el desquite de las masas, fue compañero inseparable de muchos revolucionarios rusos. Ya los decembristas preveían, con temor y ansiedad, los peligros de las ejecuciones en masa. Los *narodniki* abogaban por el uso del terror individual dirigido en contra de personas determinadas, identificadas con el régimen odiado. Desde el último cuarto del siglo pasado, las teorías del terrorismo de masa han sido desarrolladas por los individuos más que por los grupos. Aparecieron entonces nuevos jacobinos: los Tkachev, los Netchayev, para quienes la revolución representaba, sobre todo, la violencia.

El terror individual se empleó en la desorganización del gobierno; en la captura del poder y en la realización del cambio social y político. La función del terror individual consistió en conseguir el poder; la función del terror de masas habría de consistir en mantener y consolidar el poder. En tanto que el terror individual se dirigía solamente en contra de los individuos, el terror de masa se utilizaba en contra del pueblo, en contra de un grupo designado (como una clase, como una raza o como una nación). El propósito del terror de masa consistía no solamente en gobernar por el temor, aun cuando ésta haya sido una de sus funciones, puesto que una función igualmente importante era la de exterminar a una clase o a una nación.<sup>16</sup>

La reciprocidad es sólo una de las fuentes de la moralidad. Fuentes su-

<sup>16</sup> I. N. Steinberg, en su *In the Workshop of the Revolution*. Rinehart, New York, Toronto, 1953, p. 145, le acredita a Lenin el uso del término "exterminación". Steinberg, miembro del Partido Social Revolucionario (Narodniki), era Comisario de Justicia en un gobierno de coalición con Lenin, cuando éste último era jefe del gobierno. Steinberg se opuso terminantemente al uso del terror.

periores lo son la caridad y la compasión. Tolstoi dio una respuesta propia a la crisis nacional en términos de compasión. Repudió la violencia y la mortandad, sea que fuesen causadas por los revolucionarios o por el zar. Dijo de los terroristas: "Sus actos son tan inmorales y crueles como los de los gobiernos. Por lo tanto, como los gobiernos, son la causa del odio, de la bestialidad y de la corrupción." Pero sus demandas de no-violencia no pudieron encontrar eco en revolucionarios que habían desarrollado ya un patrón político de violencia.

El núcleo democrático de los populistas consideraba el terror como un mal medio, y propuso límites para su uso. Pocos extremistas, sin embargo, fueron los que consideraron como un método político permanente o como un método de consolidación del poder. Éste era un peligroso concepto jacobino, adoptado más tarde por Lenin, Trotsky, Stalin y los gobernantes comunistas. Los populistas se opusieron fuertemente al terror de masas. Una vez ganada la victoria, decían, el pueblo debe decidir consensualmente y no a través de la violencia. Guardaron su palabra. Cuando, tras la revolución de 1917, los revolucionarios sociales compartieron responsabilidades con Alexander Kerensky en su gobierno provisional, hicieron esfuerzos heroicos para aplicar el régimen legal en situaciones revolucionarias. A diferencia de ellos, Tkachev abogó por el uso del terror de masa. Los comunistas, con Trotsky y Lenin, se opusieron al terror individual, pero abogaron por el terror de masa —control social mediante el temor y la violencia<sup>17</sup>—, que asimismo aplicaron.

\* \* \*

El temor se extiende con mucha rapidez, y a menudo paraliza la voluntad de resistencia del populacho. Los efectos del temor sobre la sociedad pueden observarse en situaciones más simples que la revolucionaria.

<sup>17</sup> El anarco-sindicalista francés Georges Sorel fue uno de los teóricos más prominentes de la fuerza y la violencia en la lucha de clases. Sorel favorecía el uso de la violencia y rechazaba el terror. De acuerdo con Sorel, la fuerza debería de emplearse en la lucha de clases como una táctica para conseguir un objetivo de clase, en forma análoga a como un jefe militar trata de conseguir un objetivo bélico. Sin embargo, el terror en contra de las clases vencidas es inmoral, brutal e inhumano. Sorel se oponía al jacobinismo; no era un admirador de Robespierre, criticaba a Juarès, el socialista francés, por la apología que hacía de éste y del período de terror de la Revolución Francesa, que algunos han denominado "el terror creador". Las simpatías históricas de Sorel estaban con aquellos que estaban tratando de ganarse a la opinión pública en contra del reinado del terror. Véanse *Reflexions sur la violence*. París, ed. 1946, p. 157...

Hace unos cuantos años, un joven fue asesinado en Brooklin. Había dado a la policía un indicio acerca de un asaltante de bancos. Varios días después le dispararon hiriéndolo mortalmente. Nunca se aprehendió a los asesinos. El caso fue ampliamente difundido por la prensa metropolitana de Nueva York. Un día después de que aparecieron los encabezados respectivos, les pedía a los estudiantes de mi clase de sociología de la Facultad de Brooklin que se pusieran vestidos apropiados y visitaran varios cafetines de la parte de la población en que se había realizado el asesinato. Tenían que escuchar las conversaciones referentes al caso, y entrevistar a los patrones y a los meseros. Toda la sección estaba aterrorizada. La reacción variaba desde "No era asunto suyo el haber interferido" a "Si no se hubiese inmiscuido en los asuntos de otro, nada le hubiera ocurrido". Por supuesto, la investigación fue superficial, y no se la puede considerar como concluyente, pero los resultados mostraron, con todo, que la mayor parte de quienes habían sido entrevistados trataban de asegurarse de que nada les ocurriría si se estaban quietos. De este modo, se sentían inseguros frente al asesino desconocido. Habían matado a un hombre, y una sección entera de una metrópoli estaba aterrorizada.

La aplicación del terror de masa, combinado con los medios de comunicación para las masas desarrolladas durante nuestro siglo, constituyen un arma poderosa de consolidación del poder. A través de los periódicos, de los anuncios y, ahora, gracias a la ayuda del radio y de la televisión, el anuncio de las ejecuciones hace que el temor se esparza como reguero de pólvora. El temor que se apodera de las masas paraliza al pueblo, obligándolo a someterse o a cooperar con quienes tienen el control de las máquinas destructivas. Sólo unos cuantos tienen el valor de resistir. Sin embargo, la historia ofrece excepciones, como pueden serlo las de unos poderosos movimientos subterráneos capaces de contrarrestar el terror.

El terror de masa se ha empleado muchas veces para consolidar y mantener el poder, y son múltiples y variadas las instituciones y los grupos que lo han utilizado con variedad de fines. La Inquisición española fue un instrumento de esta clase utilizado por la Iglesia católica. Calvino también hizo uso de la hoguera como mecanismo de terror en contra de los unitarios. Y los jacobinos de la Revolución Francesa recurrieron a la guillotina en contra de los no-jacobinos. Después de la caída de la Comuna de París, en 1871, el terror de masa fue dirigido por las fuerzas francesas reaccionarias de "Versailles" en contra de los trabajadores franceses. Lenin lo utilizó en contra de los no-comunistas, y lo esgrimió en contra de clases en-

teras. Lo mismo puede decirse por lo que se refiere a Mao. De Stalin fue uno de los instrumentos más expeditos. Los nazis lo introdujeron con refinamientos mecánicos en la exterminación de los anti-nazis, demócratas, socialistas, judíos, polacos, rusos.

Quienes controlaban la maquinaria nazi de destrucción declaraban: "Ustedes tienen que morir, porque están equivocados; nosotros tenemos la razón." Eventualmente, ¿quién tiene la razón? ¿El partido, la clase, la religión que controla los medios de ejecución? Los hornos crematorios y las hogueras son controlados por unos cuantos; nunca por naciones o clases enteras. Y esos pocos dictan los dogmas políticos o religiosos. Una vez que la maquinaria de la muerte ha sido puesta en marcha, es difícil detenerla.

*Teoría de la captura combinada del poder.* Bakunin predicaba una destrucción total, una abolición del Estado. La mayoría de los populistas abogaban por un Estado más bien débil, basado en un consenso democrático. Tkachev apoyaba la idea de un Estado dictatorial.

Peter N. Tkachev<sup>18</sup> fue un teórico magistral de la captura combinada del poder. Su meta era un Estado revolucionario, gobernado por una élite revolucionaria en una forma dictatorial. El concepto de gobierno ejercido por una minoría revolucionaria se tomó en préstamo de los jacobinos de la Revolución Francesa. En la semántica revolucionaria, a esta tendencia se le denominaba "jacobinismo" o "blanquismo". Tkachev consideraba a Robespierre como un revolucionario ideal. Contra quienes desconfiaban del poder excesivo, a Tkachev le parecía que el terrorismo había sido utilizado por Robespierre en "interés del pueblo".

La experiencia de la Europa occidental —argüía Tkachev—, especialmente bajo Napoleón III y Bismarck, señalaba el fracaso del cambio social democrático. Se necesitaba de la estrategia y de la táctica militares, especialmente en Rusia, en donde las condiciones eran aún más opresivas. La reforma social podría realizarse solamente a través de la dictadura de un partido revolucionario que representara a los sectores ilustrados de la *intelligentsia*, del proletariado y de los campesinos. Este concepto de una dictadura ejercida por una minoría selecta había de llamarse más tarde "vanguardismo". La vanguardia revolucionaria no tenía que ser elegida demo-

<sup>18</sup> Tkachev N. Piotr, *Izbrannye Sachineniya Na Sotsialno Politicheskije Temy*, 4 volúmenes, Moskva, Istorike-Revotsiennaya Bibl. 1932-33. (Trabajos Socio-Políticos Selectos). Kulczycki, *op. cit.*, pp. 213-231; Thun, *op. cit.*, pp. 200 ss.; Venturi, Franco, *Popolari Russi*. Einaudi, Roma, 1954, pp. 635-698. Karpovich M. M., "A forerunner of Lenin: Peter Tkachev"; *Review of Politics*. Notre Dame, 1944, v. 6, pp. 336-350.

cráticamente, sino que tenía que comprender a un pequeño grupo descentralizado que asumiera la jefatura. Su gobierno habría de realizarse por medio de una violencia desenfrenada y continua; por un terror de masa. Sólo a través de la violencia y de la dictadura podría destruirse el egoísmo y, por lo tanto, introducirse la libertad y la igualdad.

Tkachev era un "maximalista" y criticaba a todo. Él era el único Mesías, y su teoría constituía el único evangelio. Tkachev, como Nechayev, representaba un dogmatismo revolucionario extremo y un perfeccionismo: una lógica como para poner los pelos de punta. Y fue la suya una tendencia que dejó una impronta considerable en el pensamiento revolucionario ruso y, especialmente, en el comunismo. Nadie, fuera de Tkachev y de un puñado de seguidores dentro de su grupo satélite, era suficientemente radical; nadie era amigo del pueblo. Tkachev presentó sus ideas en *Campana de Alarma* (nabat), publicada en el exilio en Londres, en 1875-78. Éstas son sus palabras:

*La organización de la fuerza revolucionaria.* "... Si la siguiente tarea práctica y alcanzable por los revolucionarios consiste en un ataque violento en contra del poder político existente, con el propósito de capturar el poder, es lógico que todos los esfuerzos de un partido verdaderamente revolucionario deberán tender a la realización de dicha tarea... De aquí que la conspiración parezca ser uno de los medios principales y más expeditos —si no es el único medio— de los orientados hacia una revolución violenta... Pero quienquiera que reconozca la necesidad de una conspiración, debe de reconocer la necesidad de una organización disciplinada de fuerzas revolucionarias...

"La organización recomendada por los utopistas revolucionarios rechaza cualquier subordinación o centralización, reconoce sólo vínculos federativos entre grupos revolucionarios autónomos que actúan independientemente. Tal organización no satisface ninguno de los requerimientos de una organización militante. No conduce a actuaciones rápidas y decisivas; abre amplio campo para la enemistad y las disputas mutuas, así como para toda clase de dudas y de transacciones; siempre se encuentra restringida o limitada en sus movimientos; no puede, con estricta consistencia, adherirse a ninguna clase de plan común, y sus actos no pueden estar dotados nunca de armonía o de unidad."

"En cuanto no es militante, no puede ser, consecuentemente, revolucionaria. Más aún, es anti-revolucionaria, a causa de su principio básico, de carácter puramente burgués, o sea a causa del *principio del individua-*

lismo, que coloca a la *persona* por encima de la sociedad, al individuo por encima del todo, al egoísmo por encima de la *autonegación*.”<sup>19</sup>

Tkachev fue el maestro de la teoría de la captura combinada del poder. El ataque —declaraba— debería dirigirse en contra del principal instrumento de poder: el gobierno central. El ataque debería de combinar la explotación de la inquietud de las masas en la revolución desde abajo, con una revolución desde arriba.

“Después de que hayan formado una organización militante con la finalidad fundamental de apoderarse del poder político, los revolucionarios no deben de olvidar, ni por un momento, que la esperanza de éxito es completamente imposible sin el apoyo directo o indirecto del pueblo.

“A partir de este momento, las actividades revolucionarias del partido, hasta el advenimiento de una revolución violenta, deben de tener un carácter dual del tipo del que tendrán después de la revolución: deben apoderarse del poder desde arriba, y fomentar la revuelta popular desde abajo. En el grado y medida en que se encuentren ligadas más estrechamente estas actividades, se alcanzará más pronto la finalidad buscada. Un levantamiento popular local que no vaya acompañado de un ataque simultáneo a los centros de poder no tiene oportunidades de éxito, justamente en la misma forma en que un ataque contra el centro de poder y su captura por manos revolucionarias que no vaya acompañado de un levantamiento popular (aun cuando sólo sea local) no puede rendir resultados positivos y firmes sino en circunstancias extremadamente favorables.

“El partido revolucionario nunca debe perder de vista que debe de ser unívoco en cuanto a la elección de los medios que conduzcan a la realización de las metas importantes de la revolución. Sólo así podrá alcanzar sus objetivos: sólo entonces podrá una organización manifestar vigor efectivo en cada una de sus ramas. En grado considerable, el éxito de una causa depende de la distribución apropiada de las funciones necesarias entre los miembros de un partido revolucionario. Cada revolucionario debe tomar a su cargo sólo el trabajo que pueda desempeñar. Por lo mismo, consideramos completamente inadecuado el que se entrene a todos los revolucionarios en actividades semejantes. Es absurdo mantener que los revolucionarios deben ocuparse con los preparativos de una revolución en forma análoga a como es absurdo insistir en la necesidad de que todos ‘se acerquen al Pueblo’.

<sup>19</sup> “Organisatsia Revoliutsionnych Sill”, aparecido en *Nabat*; reproducido en Kuklin, *op. cit.*, pp. 78 ss. El texto completo del “Programa del Periódico” (Programma Journala), que contiene también la “Organization of the Rev. Forces”, fue reproducido en Tkachev, *Izbrannyye*. Vol. III, p. 227.

"Preparar la revolución no es tarea de los revolucionarios. Se las preparan los explotadores, los capitalistas, la policía, los conservadores, los liberales, los progresistas, etc. Los revolucionarios sólo deberían usar y sacar ventaja de los elementos evolutivos existentes, que la historia desarrolla, y de los cuales nace la vida económica del pueblo... Los revolucionarios no preparan, sino que 'realizan' la revolución."<sup>20</sup>

Tkachev rechazaba la idea de una lucha no violenta en favor de la realización de reformas sociales a través de instituciones parlamentarias y democráticas, y no habría de hacer ninguna concesión. Maestro de Lenin en estrategia, aun cuando sin quererlo, fue un escritor capaz, carente de seguidores (no eran más de doce los jóvenes que le seguían, según afirmar Thun, un historiador contemporáneo). Era un joven revolucionario de café, de veintinueve años, cuando desarrolló su teoría de la captura o aprehensión combinada del poder. Unos años más tarde, moría en un manicomio. Toda su teoría apareció en unos papeles de un oscuro emigrado de Londres y, actualmente, son necesarios tenacidad y esfuerzo para encontrar un ejemplar de la misma o una reimpresión temprana. Probablemente su circulación haya sido menor que la que podría tener un periódico estudiantil estadounidense. Lenin y otros comunistas combinaron en sus teorías el maquiavelismo revolucionario de Nechayev con las ideas de Tkachev acerca de la aprehensión y consolidación del poder.

Un grupo de prominentes populistas rusos (Kravchinski, Stepniak, Stefanovich, Vera Zazulich y otros) afirmaba: "no puede haber nada en común entre los revolucionarios sociales rusos y los editores de *Nabat*".

*La estructura del Partido Revolucionario.* Hacia los años sesenta, Lavrov desarrolló la teoría de un partido, en tanto que Tkachev, una década después, sugería una organización centralista revolucionaria. De este modo, en la segunda mitad del último siglo, el dilema de un partido federalista frente a uno centralista aparece como uno de los problemas clave de la política revolucionaria rusa durante las ocho décadas siguientes. En el período temprano —cuando la influencia de los anarquistas era aún considerable y la idea de una revolución desde abajo era objeto de planes— la teoría dominante era la de una federación partidista. Un partido federalista (el problema se discute en la porción correspondiente al principio del Terror) es una unión de grupos, laxamente organizada. El comité central es débil y se permiten diferencias sustanciales de opinión ("faccionalismo"). Las decisiones las toma la organización local más que el comité

<sup>20</sup> Citado de "Organización de las Fuerzas Revolucionarias".

central. Un partido centralista se encuentra bien integrado, basado en una fuerte y estricta disciplina de partido, dotado de un comité central todopoderoso y de una jefatura colocada en un pináculo. En una asociación así, se imponen límites rígidos a las diferencias de opinión. Los objetivos políticos se encuentran claramente definidos, y todo el dinamismo, toda la energía del partido, se orientan hacia la meta revolucionaria: el derrumbamiento del gobierno que se encuentra en el poder (por aquel entonces, una autocracia). Lavrov, uno de los pensadores demócratas y socialistas más prominentes, durante el primer estadio del movimiento populista se refiere ya a los problemas vitales de un partido revolucionario:

"... ¿Qué puede hacer un individuo en contra de una masa de individuos unidos firmemente, cuando muchos de ellos, separadamente, son tan fuertes como ese individuo único que lucha solo?

"Pero ¿cómo se ha realizado la historia? ¿Quién la ha puesto en movimiento? Individuos aislados que luchan. ¿Cómo lo han conseguido? Lo hicieron, y tuvieron que hacerlo, por la fuerza... Frente a las formas sociales, el individuo es, en efecto, impotente, y su lucha contra ellas carece simplemente de sentido cuanto no puede actuar con fuerza. Pero la historia muestra que esto es posible y que incluso éste es el camino natural a través del cual el progreso se realiza en la historia. De este modo, debemos plantear y resolver el problema de: ¿cómo están conectados los débiles individuos dentro de una fuerza social?

"'El soldado no se encuentra solo en el campo', dice un viejo proverbio, y el individuo que se enfrenta a la sociedad con una crítica de las formas sociales y con un deseo de que la justicia encarne en ellas, es una unidad sin fuerza, algo insignificante, por supuesto; pero, con todo, individuos similares son los que han creado la historia, convirtiéndose ellos mismos en una fuerza, y llegando a ser quienes han movido a la sociedad. ¿Cómo lo han hecho?

"El tiempo del sufrimiento y de los sueños inconscientes ha pasado ya; el tiempo de los realizadores heroicos y de los mártires fanáticos, del gasto de fuerzas ajeno al cálculo y el tiempo de los sacrificios inútiles, ha pasado. Llega el tiempo de los trabajadores calmados, conscientes; el tiempo de los golpes calculados, del pensamiento estricto y de la actividad paciente y oportuna...

"De este modo, la organización de un partido es necesaria para la victoria, pero con objeto de que ese partido sea un organismo vivo, es igualmente necesario que haya una sujeción de los órganos al todo, y que los órganos tengan vitalidad. Los partidos están formados por aliados que

piensan; por aliados convencidos y enérgicos: ellos entienden claramente las razones que les han hecho agruparse; valoran firmemente sus convicciones independientes; están firmemente resueltos a hacer todo lo posible para el triunfo de sus convicciones. Sólo en estas condiciones pueden esperar escapar a los dos peligros que les amenazan: el de acabar por separarse y el de caer en el estancamiento. . .

"Pero un partido social no es un partido de estudiosos de gabinete. Lucha por la verdad y por la justicia en formas concretas. Tiene en mente un mal definido de los que existen en la sociedad. Si éste es realmente un mal, entonces derivan muchos sufrimientos del mismo, sintiéndose toda la enormidad de ese mal, pero sin entenderse claramente ni sus causas ni los medios de lucha para combatirlo. . .

". . . De este modo se ha organizado el partido. Su gozne está constituido por un pequeño número de hombres perfeccionados, reflexivos, enérgicos para quienes el pensamiento crítico es inseparable de la acción. En torno suyo se encuentran los hombres de la *intelligentsia*, menos perfeccionados. El suelo real del partido se encuentra en sus aliados inevitables, en los grupos sociales que sufren el mal para cuyo combate se ha organizado el partido. El establecimiento de una distinción entre lo que es esencial y lo que no es esencial en las opiniones individuales define por igual la libertad de acción dentro del partido y su tolerancia hacia el exterior.

"Más allá de los límites de lo que no es esencial, cesa la libertad de acción de los miembros del partido y su tolerancia hacia las personas que le son ajenas. Cualquier miembro del partido que rebese esos límites deja de ser miembro del mismo, para convertirse en enemigo. Cualquier persona de fuera que difiera de él en problemas esenciales es, en forma análoga, su enemigo. . .

"De este modo, se desarrolla una fuerza social que pasa de un individuo solitario y débil, en primer término como simpatía a otros individuos; más tarde, a una cooperación carente de organización, hasta que se organiza un partido para darle a la lucha dirección y unidad. . ." <sup>21</sup>

Tkachev pertenecía a los primeros teóricos del "vanguardismo", y su ensayo sobre la Organización de un Partido Social Revolucionario delinea la estructura de un partido centralista y vanguardista. "La organización de un partido social revolucionario —escribía Tkachev— es el primer paso hacia el logro de la revolución social." Rechazaba el faccionalismo y las diferencias de grupo, y abogaba por una disciplina cuasi-militar dentro de

<sup>21</sup> Piotr L. Lavrov, *Gistorichrskii Pisma*. San Petersburgo, 1906, pp. 79-148, traducción inglesa en *Source Book for History*. Brookling College, New York, 1949, pp. xix-18.

una organización revolucionaria. Un partido revolucionario, afirmaba ulteriormente, requiere unificación e integración, y no diversificación y diferenciación".<sup>22</sup>

Todo el problema de una estructura sociológica apropiada para un partido político debe de considerarse dentro del contexto de la situación social y política contemporánea.

Un partido federalista y democrático puede operar con éxito en una democracia. Tal partido, sin embargo, no puede sobrevivir mucho tiempo como organización subterránea en una autocracia que prohíba las organizaciones políticas. Más aún, el patrón de las acciones determina la estructura del partido. En otras palabras, la función del partido está íntimamente ligada a su estructura.<sup>23</sup> La ideología, la estructura del partido y los modelos o patrones de acción se encuentran mutuamente interrelacionados y son interdependientes. Una organización secreta centralista, dirigida desde un único centro de decisión es más efectiva en una acción terrorística revolucionaria directa que una laxa asociación de grupos. No es por accidente por lo que la lucha terrorística —el modelo terrorista de acción— necesitó en 1879 de una transformación de la organización previamente federalista de los populistas en una de tipo centralista.

Sin embargo, este problema es mucho más importante en cuanto no es puramente académico ni se limita tan sólo al problema de una lucha revolucionaria. Una organización centralista de los populistas del segundo período luchó por la libertad y la democracia. La misma forma (y no el contenido) del partido no fue necesariamente democrática. Los jefes no podían elegirse mediante una votación libre: la organización era secreta. En consecuencia, los jefes se seleccionaban dentro de una pequeña vanguardia gobernante, en tanto que los miembros de las organizaciones estaban sujetos a una fuerte disciplina.

Este patrón, bastante interesante, se ajustó al sistema general de valores y al patrón de instituciones de las clases gobernantes contemporáneas. El estado era autocrático; la familia, de acuerdo con la ideología dominante, era fuertemente patriarcal e incluso autoritaria; la escuela tenía una disciplina cuasi-militar. El patrón sociológico dominante de la sociedad y los tipos de lucha que hicieron su aparición, obligaron a los grupos revolucionarios a conformarse con patrones que odiaban y los cuales trataban

<sup>22</sup> Tkachev, "Organisatsia Sotsial-Revolutionoi Partii", *Nabat*, Núm. 7-8, 1876, *Izbrannie*, Vol. III, p. 285.

<sup>23</sup> Para una teoría de la fuerza política ver capítulos subsiguientes.

de destruir incluso a costa de sus vidas. Más aún, esta semejanza de estructura hizo que las acciones fuesen más efectivas.

Esto fue cierto, asimismo, en otros países de Europa oriental. Al través de toda esta área, en grado menor o mayor, el centralismo y el gran poder de los jefes se convirtieron en rasgos importantes de otros partidos políticos. La tradición subterránea no fue la única causa, a pesar de todo. Esta tendencia hacia el centralismo puede notarse incluso en ciertas áreas que no tienen ese pasado. Podría sugerirse una hipótesis, según la cual el sistema general de valores y el patrón de instituciones sociales, como la familia, la escuela, el gobierno, se refleja parcialmente en la estructura de los partidos políticos.

En ocasiones, sin embargo, es posible filiar las tradiciones subterráneas remontándolas a sus antecedentes. En el partido socialista polaco, Casimir Puzak, que fuera en un tiempo jefe de las secciones de lucha del partido, favorecía un partido rígidamente organizado, fuertemente disciplinado y que, por lo menos en parte, debería ser un partido de cuadros, en tanto que Zygmunt Zulawski —quien había actuado políticamente en Polonia del Sur bajo una monarquía constitucional austro-húngara— favorecía un partido democrático de masas. La ideología de Zulawski era jeffersoniana, y sus críticas y su énfasis en los peligros del poder, así como sus opiniones, eran los que pueden encontrarse en Acton (aun cuando es dudoso el que haya estado en contacto con los escritos de Acton, que era un autor desgraciadamente poco conocido en el Continente).

*Tipos de personalidad y de motivación.* El objetivo de los revolucionarios era el cambio social, pero el camino hacia el cambio social pasaba a través de la aprehensión o captura del poder. ¿Cuáles eran los motivos, y cuáles las personalidades implicadas? Algunas de las respuestas las consigman novelas, tratados eruditos y memorias personales.<sup>24</sup>

Las motivaciones y las personalidades difirieron en diferentes períodos. Es una sobre-simplificación la que consiste en colocar a todos los revolucionarios en una sola categoría; pero es asimismo difícil clasificarlos en tipos específicos. Sin embargo, ciertos rasgos de la personalidad y ciertos tipos de personalidad son distinguibles, aun cuando sigan siendo en buena

<sup>24</sup> Podemos mencionar libros de Turguenev, Dostoievsky, Stepniak, Brzowski, Zeromski, Strug, Danilowski y muchos otros. Stepniak, en *Underground Russia* presenta algunas semblanzas de personalidades, en tanto que I. N. Steinberg, en *The Workshop of the Revolution*. Rinehart, New York, Toronto, 1953, cita "cinco tipos de revolucionarios rusos": el rebelde en sí, el revolucionario científico, el esteta revolucionario, el revolucionario por compasión, el revolucionario por amor.

parte hipotéticos o no pueda hacerseles entrar muy fácilmente en un sistema riguroso.

Pueden encontrarse dos tipos como polos opuestos: los santos, o sea los idealistas heroicos, y quienes tienen hambre de poder, o sean los ambiciosos. Los idealistas se encontraban en mayoría; los ambiciosos constituían, en cambio, una pequeña minoría. El idealista y el ambicioso se reúnen a menudo en un mismo ser y habitan en una sola persona como el proverbial Dr. Jekyll y Mr. Hyde. En algunos casos raros, esta hambre de poder ha sido de naturaleza casi patológica. Ha sido un apetito de dominación de los miembros de una organización, según ocurrió en los casos de Nechayev y de Lenin, que son dos representantes de la personalidad fuertemente ambivalente.<sup>25</sup>

El idealista heroico constituía, entre los populistas, el tipo dominante. Era el estudiante joven y éticamente insatisfecho; el héroe de las novelas, que se unía a la organización para luchar en contra de la injusticia, de la desigualdad, de la explotación. El nihilismo fue una revuelta de la juventud en contra de la falsedad de la vida diaria; fue una lucha por la verdad, y especialmente por la verdad científica, orientada en contra del oscurantismo y de las supersticiones raras. El populismo fue una revuelta en contra de todos los males de la sociedad; en contra de la injusticia y de la autocracia; fue un movimiento de protesta social.

Stepniak, un revolucionario y asimismo una especie de sociólogo de la Rusia subterránea escribió: "Sin embargo, no era ése un movimiento político. Parecía más bien un movimiento religioso, y tenía todo el carácter contagioso y absorbente de uno de este tipo. La gente no sólo trataba de alcanzar un objeto práctico preciso, sino también de satisfacer un sentimiento interno del deber, una aspiración hacia su propio perfeccionamiento moral."

<sup>25</sup> Max Nomad, un sociólogo de los movimientos revolucionarios, interpretó la motivación del movimiento populista como una combinación de múltiples factores. Uno de ellos fue una protesta de la inteligencia declassada, sublimada por una visión de la emancipación de las masas postergadas. La jefatura —como en cualquier movimiento revolucionario— tenía anhelos de poder. Ambas necesidades —señala Nomad— eran subconscientes y, por lo tanto, la racionalización moral era sincera. Los catilinas —la inteligencia insatisfecha del movimiento fascista— tenían también un interés de clase de desarraigados, así como el apetito del poder. Sin embargo, eran cínicos y se encontraban desprovistos de sentimientos altruistas. Sus valores eran diferentes y sus objetivos opuestos a los fines morales de la humanidad.

A quien esto escribe, le parece, sin embargo, que una elección moral no puede reducirse siempre a una sublimación. Puede ser que la sublimación se produzca, pero además la motivación ética puede ser también independiente y mucho más poderosa.

El hombre no sólo vive de pan. Las grandes ideas y las grandes visiones le dan un sentido a la vida. La Rusia zarista no podía proporcionar tales ideas a los estudiantes y a la gente educada que estaban luchando por satisfacer valores éticos. El concepto de martirio constituía una parte de la cultura rusa y de las tradiciones religiosas de Rusia. El idealista heroico aceptaba el auto-sacrificio y el martirio como un deber. Las vidas de los oprimidos eran de mucho mayor importancia que su propia vida. Este enfoque se encuentra mucho más próximo de la ética judeo-cristiana y, a pesar de todo, muchos de estos idealistas eran ateos; ateos que llevaban en sí la impronta de las grandes religiones.

En un cierto sentido, los populistas fueron una expresión rara de la gran tendencia ética que se originó en el Mediterráneo oriental y que se esparció por Europa occidental. Los principios judeo-cristianos se manifestaron con frecuencia en forma de protestas en contra de la injusticia social. El complejo de culpa, que surge de esta tendencia ética, formaba parte del concepto de pecado. Los populistas jóvenes eran principalmente estudiantes, hijos de nobles y de ciudadanos de buena posición. Observaban la miseria y la humillación del campesino, la pobreza y las muchas horas de trabajo del obrero no especializado. Por contraste, sus vidas cómodas no podían menos que parecerles ajenas a la ética. Los sentimientos de culpa y la incomodidad moral, la injusticia circundante y la opresión acumulada, les hicieron levantarse en una forma de protesta moral.

La ideología revolucionaria ordinariamente se conforma entre los intelectuales y en la clase superior altamente especializada de los obreros. En esta última categoría, los pintores bien pagados se encontraron siempre a la vanguardia de los movimientos laboristas europeos. Los populistas formaban una *intelligentsia* insatisfecha moralmente, de orientación revolucionaria.

En los tiempos medievales, el caballero representaba todas las virtudes de la nobleza. Por supuesto, esas virtudes se aplicaban sólo a las clases privilegiadas: el campesino se encontraba fuera del código del honor. Gran Bretaña ha tenido y tiene su caballero ideal, auto-controlado, honorable, en quien se puede confiar, maestro del *understatemen*, cuya modestia y decencia tienen general aprecio. Los rusos de la última parte del siglo XIX nos proporcionaron el tipo ideal del revolucionario: un intelectual, un bohemio que se dedicaba a servir los más altos principios. No podía encontrarse ciertamente detrás de un escritorio o en un taller, dentro de una ocupación regular; más bien, era un hombre de *status* misterioso; un héroe de novela, lector ávido de teorías sociales; escritor y orador; teórico y hombre

dé acción; cliente de los cafés; soldado rendido de la libertad; carente de profesión real con la que ganar para vivir.

Muchos de los revolucionarios populistas desarrollaron ciertos rasgos psicológicos comunes. Los terroristas, en particular, desarrollaron un grupo distinto de rasgos. Una vez en el exterior, sanos y salvos, algunos —si no es que la mayoría de ellos— no pudieron resistir el sentimiento de aislamiento que les sobrecogía en un mundo libre de absolutismo. Los problemas cotidianos de una vida regular dentro de un Estado democráticamente ordenado les parecían triviales y huecos en comparación con los grandes ideales y con el heroísmo de sus luchas pasadas. Algunos de los valores eran diferentes. El dinero, para un populista, nunca fue fuente de prestigio. Sus vidas personales eran simples y ascéticas, mucho menos cómodas que las de un obrero suizo o estadounidense altamente calificado y, asimismo, mucho menos regulares que las de éstos.

Muchos otros —incluso quienes eran anarquistas como Kropotkin— desarrollaron respeto y admiración hacia las democracias occidentales. Algunos abandonaron el pasado, echaron raíces en países nuevos y empezaron una vida quieta de duro trabajo, ganando a menudo fama tanto en la ciencia como en la política.

No todos ellos pudieron adaptarse a las nuevas condiciones, a la rutina de la vida diaria y a una jornada regular dentro de una oficina. Por el resto de sus vidas, siguieron siendo en el exterior bohemios dedicados a una causa. Su complejo de mártir, y sus fuertes sentimientos éticos, no les permitían olvidar el pasado, abandonar los grandes ideales, dejar de servir a los valores humanos supremos. Se siguieron reuniendo en torno de vasos (y nunca tazas) de té, para discutir largamente y jugar al ajedrez. Siguieron siendo espíritus heresiacos eternamente resistentes a la autocracia.

*El experimento en el terrorismo.* El período terrorista fue un experimento social; un experimento de sociología política. Aislaremos ahora el terrorismo en cuanto sistema de acciones sociales, y analizaremos sus efectos sobre la sociedad. La historia servirá como fuente de materiales empíricos. En las ciencias naturales, asimismo, los hechos son materia del pasado.

Los actos espontáneos y aislados de terrorismo fueron frecuentes en el siglo XIX en Rusia. El período de terror organizado, sin embargo, comenzó en 1879 y duró cuarenta años. Los terroristas mataban a los gobernadores y a los prefectos de policía; mataban al zar e hicieron intentos de asesinato, llegando en ocasiones a asesinar a los primeros ministros. En

1881, lanzaron una bomba dentro del carruaje del zar Alejandro; en 1904, en el carruaje del primer ministro Plehve. Las autoridades respondieron pronunciando sentencias de muerte, enviando a la cárcel y al exilio en Siberia. Millares de individuos fueron enviados a la salvaje Siberia y por millares se contaron asimismo quienes hubieron de padecer prisión. De cada una de las muertes, los revolucionarios se vengaron mediante el terror. Desde 1878, los revolucionarios penetraron en la maquinaria policiaca y empezaron a desorganizar el sistema desde dentro, ganando información acerca de la forma de actuar de la policía. La policía secreta —la temida Ojrana, precursora de la GPU— penetró, a su vez, las filas y la jefatura de los revolucionarios.

A fines de siglo, el jefe del partido revolucionario, Azev, preparó los actos terroristas más espectaculares. Azev era un agente policiaco, un agente provocador (provocador en el habla revolucionaria). Se convirtió en jefe de todas las actividades terrorísticas, en jefe de los militantes del partido social revolucionario. Antes de aceptar esta posición, para la que había sido seleccionado por los revolucionarios, pidió el permiso del jefe de la Ojrana o policía política, Gerasimov, el que, a su vez, se lo pidió al primer ministro Plehve. Plehve dio su consentimiento. Fue precisamente Azev quien planeó, organizó y dirigió el asesinato del primer ministro Plehve. Éste se realizó, por supuesto, con el consentimiento de la policía política. El verdadero papel de Azev fue revelado a los revolucionarios por el jefe de la policía Lopuchin, una vez retirado. Tras dejar París, informó al historiador ruso Burtsev de esta fantástica historia.<sup>26</sup>

En nadie se podía confiar. La policía secreta estaba infiltrada de revolucionarios; los revolucionarios, impregnados por la policía secreta. El caos y el desorden se seguían de ello, y un caos en el cual el asesinato se convertía

<sup>26</sup> Boris Nikolayevski, *Istoria Odnovo Predatelja Terroristy i Politicheskaja Politsia*. Berlín, Petropolis, 1932; *Koniets Azefa*, Leningrado, 1926. (También en traducción alemana.)

La historia de la penetración de agentes provocadores a las organizaciones revolucionarias ha sido registrada por el historiador y sociodemócrata ruso Boris Nikolayevski en un cierto número de monografías. Su estudio se refiere, sobre todo, a la persona del maestro provocador Azev.

Nikolayevski escribió acerca de los revolucionarios demócratas, de quienes pelearon por la democracia y en contra de la autocracia. Gerasimov, jefe de la policía política zarista desde 1905 a 1909, presentó la historia de esta penetración desde el ángulo de los defensores de la autocracia, y no como Nikolayevski, desde el punto de vista de quienes luchaban en contra de ella. Alexander Gerasimov, *Der Kampf Gegen die Erste Russische Revolution*. Berlín, 1934. En otro capítulo de sus memorias, intitulado "Conspiración bajo mis órdenes" (control), habla de su agente Azev.

en preocupación del gobierno tanto como de los estudiantes y de los trabajadores descontentos. El terror salió fuera de control y adquirió ímpetu propio. Stepniak escribía hacia fines de siglo: "La revolución —especialmente la Revolución Rusa— es un monstruo extrañamente fantástico y no es posible adivinar en dónde se detendrá." Ya no había ninguna oportunidad de detener la revolución mediante las galeras de Siberia. La tendencia revolucionaria, a principios del siglo xx era fuerte, y hacía presa en la juventud y en las clases educadas, embebiendo lentamente al pueblo. Pero, los gobernantes estaban ciegos. Hubiera sido entonces cuando debieran de haberse rendido a las demandas de un orden democrático o, por lo menos, parlamentario.

El Estado se encontraba debilitado; el gobierno, de tiempo en tiempo, era presa del pánico. *Narodnaya Volya* tenía, en su cúspide, quinientos miembros. Debilitaron el Estado zarista más de 500 rebeliones campesinas bajo el zar Nicolás. Antes de la coronación de Alejandro III, un representante de los círculos zaristas más íntimos pero de ideas liberales, llegó a Suiza y, más tarde, a París para negociar con un comité exiliado y pedirle que detuviera el terror y respetaran al zar, por lo menos, durante la coronación. Este emisario negociaba con un comité que tenía autoridad sobre sólo unos cuantos centenares de jóvenes. Y era un emisario del mismo Estado poderoso al que temía Bismarck y al que Disraeli intentó impedirle avanzar sobre los Balcanes y sobre Persia. La autocracia rusa estaba paralizada por el temor.

A pesar de que las campañas terroristas debilitaron y confundieron considerablemente al gobierno zarista, fueron incapaces de derrocarlo. El éxito había de llegar en 1917 como resultado de crisis internas, de desintegración y de guerra. Los terroristas desempeñaron su parte en el corte del árbol antes de su caída total. El terrorismo, por sí solo no hubiera bastado, pero, dentro de sus limitaciones, horripicaba por su eficiencia. Una combinación de crisis internas y de terrorismo puede ser un arma mortal. El terrorismo disparaba por la espalda y, al través de técnicas de "provocación" desorganizaba los grupos revolucionarios mismos. Liberaba de este modo fuerzas en forma imprevista.

Después de 1878, la organización centralista revolucionaria desempeñó un papel decisivo; la organización previamente laxa, federalista, no se ajustaba bien al tipo terrorista de lucha y tuvo que dejarle el campo a la forma disciplinada y altamente secreta de organización. Tal organización revolucionaria favorecía personalidades fuertes y a menudo autocráticas como Azev, quien se apoderó del poder dentro del grupo. La disciplina le aseguró

un poder extensivo en el grupo: poder de vida o muerte. La organización revolucionaria se convirtió en una meta de por sí. Aquí, de nuevo, hubo valores y actitudes que fueron consecuencia necesaria de las circunstancias revolucionarias.

Se desarrolló así una cultura política que moldeaba las mentes para una pugna más implacable, mucho menos capaz de transigir, en la cual las generaciones jóvenes, decentes y heroicas estarían mejor entrenadas para morir en una batalla trágica que para ganar dinero en un empleo regular, con muchas horas de trabajo sistemático.

Debe de establecerse una distinción entre el terror aplicado por los movimientos democráticos en contra de las autocracias, y el terror de los movimientos totalitarios que luchan por el monopolio del poder.

A pesar de los problemas de personalidad, las organizaciones terroristas que combaten a la autocracia en nombre de la democracia, en la mayor parte de los casos saben abandonar la pugna terrorista bajo condiciones constitucionales.

Polonia y Rusia, en febrero de 1917, fueron experimentos justificativos de tales supuestos. Claro está que las condiciones culturales, políticas y sociales de los polacos difieren de las de los rusos. Su lucha tuvo un carácter nacional. Polonia, sin embargo, fue repartida entre Austria-Hungría, Alemania y Rusia. En la porción rusa, a fines de siglo, la lucha terrorista principió bajo la jefatura del partido socialista polaco. Esta lucha duró hasta la independencia polaca de 1918. El partido socialista polaco también se encontraba activo en las porciones austro-húngara y alemana. En ambos casos, era un partido laborista democrático, un partido socialdemócrata que no difería de los partidos laboristas alemán y británico. El partido socialista polaco de la porción rusa tenía vínculos con sus contrapartidas en Galicia (Austria-Hungría) y Alemania. Austria-Hungría era una monarquía constitucional. Los socialistas polacos elegían a sus miembros para la dieta de la comarca (correspondiente a la legislatura local) y para el parlamento en Viena. Organizaron sindicatos, un sistema de seguridad sanitaria y cooperativa, y sus diputados hablaban y luchaban en el parlamento de Viena. La idea de terror les era ajena, en grado comparable a como lo sería para Bevin o para Spaak en los días que corren. Un sistema constitucional limitado bastaba aquí para prevenir el desarrollo del terrorismo.

El régimen zarista cayó en 1917. Después de algunos cambios, se estableció un gobierno provisional bajo Alexander Kerensky. Este gobierno encontró su apoyo más firme entre los revolucionarios sociales que eran con-

tinuadores de la *Narodnaya Volya* y que habían sucedido a los terroristas. Una vez establecida la democracia, el terror cesó inmediatamente. Los revolucionarios sociales eran defensores firmes del gobierno legal. Los representantes del anterior partido terrorista insistieron en una reforma agraria basada en las leyes y no en la violencia.<sup>27</sup>

La experiencia indica que una democracia es más inmune al terror que una autocracia. Esto es verdad de una democracia que opera convenientemente. Las organizaciones terroristas son poco frecuentes en los Estados Unidos de América; no existe ninguna de ellas en Suiza, en Gran Bretaña y en Holanda. Un asesinato aislado no indica que haya una aceptación cultural del terrorismo. La democracia ofrece vías legales y pacíficas para el cambio social. La violencia y el terror organizados han sido utilizados efectivamente por movimientos totalitarios en contra de las democracias débiles o de las democracias que atraviesan por una crisis. Una vez que se obtiene el control, el terror de masa tiene efectividad, durante cierto tiempo, en la consolidación del poder totalitario.

Históricamente hablando, el terror de masa destruyó las oportunidades que podría haber tenido el terror individual. La autocracia zarista, políticamente menos opresiva que el régimen de Stalin, no hizo uso del terror de masa, pero el terror individual organizado se aplicó en contra de los zares. Los bolcheviques conocían las técnicas de los movimientos subterráneos y, gracias a ello, destruyeron todas las potencialidades que pudieran haber existido mediante el terror de masa. El terror individual organizado de las sociedades secretas subterráneas no se desarrolló en contra de los bolcheviques y jacobinos. Continuó en contra de los zares durante dos generaciones. Hitler aplicó el terror de masa, y es muy cierto el que los demócratas alemanes no respondieron al terror de masa de Hitler mediante el terror individual.

Los últimos intentos y planes para un golpe —captura del poder desde arriba combinada con un acto terrorista— vinieron de los círculos militares liberales y conservadores, que controlaban por lo menos unos cuantos regimientos y estaban familiarizados con técnicas de violencia. Por supuesto tenían algún contacto con grupos políticos anti-nazis. Sin embargo, tanto la tradición toda como los tipos de personalidad de la democracia alemana estaban enraizados en valores que correspondían a la no-violencia. El terror de masa de Hitler mató casi instantáneamente en Alemania toda oposición

<sup>27</sup> Una presentación del impacto de la lucha terrorística y subterránea sobre personalidades específicas puede encontrarse en el capítulo referente a los "Movimientos Subterráneos de Resistencia".

activa. Un terror de masa, en países conquistados como Polonia, produjo —por otra parte— una reacción organizada en contra del conquistador extranjero, que asumió la forma de un movimiento subterráneo que aplicaba el terror individual.

Quienes aplican el terror de masa creen que sobrevivirán. Robespierre, Yagoda, Beria, Hitler, Himmler —para mencionar sólo unos cuantos de los maestros del terror de masa que registra la historia— no murieron en sus lechos. El terror sólo les proporcionó una temporal consolidación del poder; fueron removidos por varias técnicas políticas, entre las que estaba incluida la guerra. El terror de masa no produjo ni estabilidad ni regímenes de larga duración. En última instancia liberó nuevas fuerzas antagonistas que completaron su destrucción. El terror de masa es un gobierno por el temor. Y llega un momento en que el temor se convierte, en unos cuantos hombres, en valor. Es ése el momento en que el terror se vuelve en contra del déspota y se convierte lentamente en un arma mortífera. El valor crece y destruye al amo del terror de masa quien, a su vez, se vuelve loco de temor.

El fracaso de una revolución no conduce necesariamente a un colapso o a la desaparición de una ideología y de un movimiento revolucionarios. La estrategia y la táctica pueden cambiar en cuanto los pilares ideológicos básicos se mantengan en pie. Una estrategia de revolución desde abajo puede convertirse en una revolución por medio del temor, desde arriba.



## CAPÍTULO XIV

### LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA DE 1875 A 1905

*Los partidos socialistas de Rusia.*—Los principales partidos políticos de Rusia surgieron hacia fines del siglo XIX. El Partido Social Revolucionario recientemente formado era, en esencia, una reencarnación del movimiento populista. Las técnicas terroristas aún se encontraban en uso. Los objetivos ideológicos estaban constituidos por los derechos políticos y cívicos, por un gobierno representativo y un socialismo democrático agrario. En el último cuarto de siglo, el marxismo encontró partidarios en Rusia, y pronto hizo su aparición un Partido Social Democrático. En 1903, este partido se escindió en dos facciones —la de los mencheviques demócratas, y la de los bolcheviques totalitarios. A principios de siglo, la estrategia y la ideología bolchevique pueden filiarse con los discípulos vanguardistas de un “partido de revolucionarios profesionales”, la dictadura del proletariado (de hecho, la dictadura de la burocracia del partido), y el concepto de la revolución permanente. Todos estos conceptos constituían frases propagandísticas: símbolos de valor. Deberían de ser elementos importantísimos para la acción revolucionaria de los cincuenta años siguientes.

Al mismo tiempo, el gobierno zarista, en un intento por contrarrestar tales acciones, organizó uniones.<sup>1</sup> Y las clases educadas comenzaron asimismo a organizar sus partidos constitucionalistas moderados.

*Los revolucionarios sociales.*—Los finales del último siglo marcaron una coyuntura en las tendencias políticas de Europa oriental y de Rusia. Casi todos los principales partidos políticos surgieron por aquel entonces: los partidos socialistas, los movimientos campesinos, los partidos nacionalistas, y los partidos formados por minorías nacionales, del tipo de la Bund socialista y de los Sionistas. Eran, por supuesto, prolongaciones de movimientos anteriores, y desarrollos de esos mismos movimientos. No se-

<sup>1</sup> Se hicieron dos intentos para negociar un acuerdo con los terroristas. Las negociaciones se realizaron en París entre algunos de los pocos amigos liberales del Zar y los representantes de los populistas. Véase Kulczycki, *Op. cit.*, Vol. II, p. 483 (Edición polaca).

ría, con todo, sino hasta fines de siglo cuando deberían de dar color; cuando habían de sostener ideologías más definidas; cuando habían de adquirir una forma dinámica de organización.

Los principios o comienzo de los movimientos políticos son difíciles de determinar. Los partidos políticos continúan, por lo general, desarrollos previos, que van manifestándose lentamente a partir de ciertas situaciones políticas, sociales y económicas. Los partidos políticos rusos, que hicieron su aparición a fines de siglo, fueron un resultado de dicha continuidad. Claro está que la formación del partido se decidió en una conferencia o en un congreso, en un año determinado y en un día preciso; pero, la conferencia misma era ya un resultado de un movimiento pre-existente, que había germinado mucho tiempo antes. A menudo, es difícil precisar tales fechas y las controversias con respecto a la primacía en este respecto no son raras.

En los movimientos revolucionarios rusos, hicieron también su aparición nuevas tendencias y manifestaciones. La "Voluntad del Pueblo" continuó empleando el terrorismo. Sin embargo, fue por esta época por la que se suscitaron serias dudas. Los dilemas filosóficos de vida y muerte, de medios y fines, y el problema de si hay derecho a matar en interés de un bien supremo, tuvieron sus efectos sobre la filosofía del terror. La larga lucha terrorista de la "Voluntad del Pueblo" había reforzado el deseo de libertad de los revolucionarios. A fines de siglo, se cargaba el acento en la libertad política y en el gobierno representativo considerados como fines fundamentales y como precio de la tregua en una forma reiterada. Los demócratas sociales occidentales simpatizaban con estas luchas y con estos sacrificios heroicos. Karl Marx vio la urgente necesidad de un gobierno representativo en Rusia, y dio su apoyo a los populistas no marxistas, siendo muy interesante señalar la forma en que él mismo indicó en una de sus cartas que no debería de identificársele como marxista. Los marxistas se oponían a las teorías de los populistas.<sup>2</sup> En los primeros años de la novena década, los miembros de la "Voluntad del Pueblo", que se encontraban entonces en el exilio se reunieron para organizar el Partido Social Revolucionario<sup>3</sup> y enviaron emisarios a Rusia. Surgió un Partido Social Revo-

<sup>2</sup> Cartas al jefe populista H. A. Lopatin (1883) en Kulczycki, *Op. cit.*, II, 540-1 (Edición polaca).

<sup>3</sup> Ludwick Kulczycki, *Geschichte der Russischen Revolution*, III. Gotha, 1914, 448, coloca 1893 como fecha de organización del Partido Revolucionario en Ginebra. En 1902, varios grupos se integraron en un Partido social Revolucionario Unido (*ibid.*, p. 470) Kulczycki basaba este dato en un artículo de Netschetny, "El Partido de los Revolucionarios Sociales", publicado en *Sotsialist-Revolutioner*. No. 4, pp. 63 69. El artículo de este

lucionario Unido. En un manifiesto publicado en 1900, el comité señaló que sus principales objetivos eran: "La liberación política y económica plena de la gente trabajadora" y el traslado del "poder político al pueblo".<sup>4</sup>

La clase campesina constituía el punto focal para los primeros socialistas revolucionarios y, con ello, permanecían fieles a sus viejas tradiciones populistas. Los revolucionarios sociales, conocidos más tarde por sus siglas (SR) incluyeron en sus publicaciones una frase significativa: "En la lucha ganaremos nuestros derechos", debiendo de indicarse, para la plena comprensión de la misma que, en ruso, la palabra que corresponde a "derecho" corresponde asimismo a "ley".

Las tendencias anarquistas —tan fuertes en el movimiento populista de los primeros años de la séptima década— desaparecieron de la ideología social revolucionaria. Las tendencias libertarias, manifiestas en el énfasis puesto en la libertad considerada como valor básico, así como en la importancia concedida a la comunidad aldeana, probablemente hayan sido producto de influencias anarquistas. Sin embargo, los anarquistas organizaron sus propios grupos políticos, como se verá más adelante.

Los SR se convirtieron en el partido histórico del socialismo agrario democrático. A pesar de que su ideología era muy influyente en los Balcanes, no tenían influencia en Polonia, en donde los movimientos socialistas nativos tenían una ideología democrática social que se combinaba con un enfoque original no ortodoxo. Los Revolucionarios Sociales llamaron a sus filas y atrajeron en forma considerable a los estudiantes, a la juventud rusa, y a hombres y mujeres prominentes de su tiempo, entre quienes se encontraban Chakovsky, E. D. Brshko-Bresckovskaya y un gran número de individuos que eran tanto intelectuales como terroristas (según ocurría con gentes como Grigory Gershuni, Boris Savinkov y muchos otros).

La teoría de los Revolucionarios Sociales era una continuación de la

último estaba consagrado a hacer una historia de los orígenes del Partido. J. Martov en *Geschichte der Russischen Sozialdemokratie*. Berlín, 1926. p. 52, señala el de 1901 como año de iniciación del partido Social Revolucionario. Sin embargo, publicaciones y manifiestos de dicho partido pueden encontrarse desde el otoño de 1893 y 1894. El partido fue el resultado de una serie larga y complejo de desarrollos. Se formó con miembros de los agrupamientos revolucionarios tempranos. En Rusia misma, algunos de los grupos menores, ideológicamente emparentados con la "Voluntad del Pueblo" se encontraban en actividad. A tales grupos pertenecía el *Narodnoe Pravo* ("Derecho del Pueblo"), formado principalmente por jóvenes estudiantes, uno de cuyos dirigentes era Victor M. Chernov, ulteriormente jefe del partido Social Revolucionario (Véase la historia de *Narodnoe Pravo*, por V. M., en *Krasnyi Arkiv I* (1928) (282-288).

<sup>4</sup> Para el texto del manifiesto, véase Kuklin, *Itogi* (Dobavlenia), p. 122.

ideología histórica de los populistas; era una síntesis de las tradiciones de la "migración hacia el pueblo" y de los terroristas.

*Los demócratas sociales.*—La aparición del marxismo en 1880 fue un desarrollo importante de la ideología revolucionaria rusa. Posteriormente, los marxistas formaron la Democracia Social Rusa que dio origen a la rama democrática (menchevique) y a la rama autoritaria (bolchevique). No es fácil establecer las fechas precisas en que se originaron los partidos políticos. Como hemos dicho, sus principios son difíciles de trazar, en cuanto son principalmente prolongaciones o continuaciones de tendencias previas. Los Revolucionarios Sociales surgieron, en su mayor parte, de entre las filas de la vieja "Voluntad del Pueblo", en tanto que los Social-Demócratas procedían principal, aunque no únicamente, de las células de la "Partición Negra". G. V. Plejanov, que más tarde había de ser un menchevique (demócrata-socialista), se convirtió en jefe teórico del marxismo ruso de los primeros tiempos, y sus escritos ejercieron una influencia que no puede despreciarse. En 1883, la primera organización revolucionaria marxista de Rusia se formaba gracias a los esfuerzos de Plejanov, Axelrod, Vera Zazulish, Deutsch y otros. Este nuevo grupo social-democrático llamado "Liberación del Trabajo" (Osvobodsenie Truda) estaba constituido principalmente por jóvenes intelectuales.

La ideología marxista se expandió rápidamente. Los grupos y círculos social-democráticos crecieron tanto en la misma Rusia como entre los emigrados que vivían en el extranjero. Pronto aparecieron periódicos y publicaciones. Los diversos grupos social-democráticos, y grupos asimismo de carácter étnico (como la organización socialista judía: "Bund"), desempeñaron un papel prominente, alcanzando su culminación y creando el Partido Social Demócrata de los Trabajadores de Rusia en el Congreso de Minsk en 1898.<sup>5</sup>

¿Cuáles eran las diferencias entre los social-demócratas y los revolucionarios sociales? Primero que todo, las diferencias estaban constituidas por discrepancias existentes entre las filosofías básicas de ambos movimientos. Los social-demócratas marxistas basaban sus conceptos políticos en el materialismo histórico, en tanto que los revolucionarios sociales —en su mayoría— representaban un enfoque idealista, aun cuando no negaran nunca la

<sup>5</sup> Para una historia más detallada, véase: J. Martov, *Geschichte der Russischen Sozialdemokratie*. Berlín, 1926 y L. Kulczycki, *Op. cit.*, Vol. III (Edición alemana). Para detalles acerca de las diferencias ideológicas, véase: D. P. Axelrod, *Borba Sotsialitecheskich i Burzuarynch Tendetsyi V Ruskom Revol. Dvishenyu*. Ginebra, 1907. (La pugna de las tendencias socialistas y burguesas en la Revolución Rusa) Axelrod era un social-demócrata, y representaba un punto de vista definido dentro de su partido y de su facción.

importancia del factor económico para la historia. Los SR, en su enfoque de clase, seguían a los antiguos populistas, aun cuando la guerra de clases no fuera de importancia primaria para ellos. Más aún, los populistas se inclinaban hacia el campesinado y hacia la *intelligentsia* que hacia los obreros. Los SR reconocían, por supuesto, los problemas candentes de la clase trabajadora, pero sus intenciones y sus programas se dirigían al campesinado y, eventualmente, hacia la *intelligentsia*. No constituían, en forma primaria, un partido de trabajadores, ni abogaban por la primacía de una sola clase. Los demócratas sociales —muy por el contrario— se consideraban un partido de los trabajadores fabriles. Más aún, reconocían tanto el papel histórico como la primacía política del proletariado de las fábricas.

Tanto los SR como los Demócratas Sociales luchaban en favor de cambios socio-económicos y políticos profundos.

Más aún, había diferencias entre ellos, y estas diferencias se reflejaban en la táctica. En un folleto intitulado “Nuestro Objetivo” (*Nashi Zadachi*) publicado en 1902, los Revolucionarios Sociales citan: “Como medio de lucha: la actividad terrorista y la revolución de masas”, pues, a pesar de que también se utilizaban la propaganda y la persuasión, se les consideraba secundarias con el terror. Los demócratas sociales, por el contrario, no creían que pudiesen obtenerse profundos cambios socio-económicos utilizando solamente actos revolucionarios aislados como el terror individual. Creían que la liberación de la clase trabajadora de la opresión política y económica podría lograrse únicamente por los trabajadores mismos, y no al través de los heroicos actos terroristas de jóvenes estudiantes. Como se delineaba en su programa de 1898, la táctica que se proponían era suave en comparación con la de los SR:

- “a) agitación y propaganda en favor de la clase trabajadora; cuestionarios para hacer una investigación acerca de las condiciones de vida de la clase trabajadora.
- b) agitación: agitadores, volantes.
- c) propaganda: periódicos, libros, círculos.”

El principio del siglo xx marca una declinación en la influencia anarquista entre los revolucionarios rusos. Por supuesto, los anarquistas seguían teniendo algunos seguidores, pero los días de Bakunin habían pasado ya, y los llamados hechos por los anarquistas durante la revolución de 1905 tuvieron poca respuesta. La República —una república democrática— constituía la orden del día. Un gobierno democrático ordenado tenía sus atractivos: la utopía de las comunas independientes dejaba de ser así, símbolo conductor. Las diferencias de ideología que acabamos de delinear tenían

su reflejo en diferencias manifiestas en las personalidades que intervenían en los partidos respectivos. Generalmente hablando, los SR tenían enfoques más amplios y una filosofía más ambiciosa, abierta a diferencias y desviaciones en forma mucho más notable que entre los primeros populistas. Desde el ángulo filosófico, su enfoque idealista de la historia les dio un trasfondo mucho menos dogmático y ortodoxo que el de los materialistas. Los marxistas dogmáticos —entre quienes se contaban los precursores de los bolcheviques— representaban una fraternidad ortodoxa, dogmática, que reconocía la infabilidad de Marx y de Engels, en la misma forma en que los Nihilistas solían confiar plenamente en Darwin y en Haeckel. Cualquier desacuerdo tenía que ponerse en relación con una hermenéutica de las palabras de los profetas, y se convertía, por lo tanto, en una verdadera empresa religiosa. Plejanov (quien durante un período temprano estuvo del lado de Lenin apoyándole) en su discusión en contra de los populistas, argumentaba en una forma tal que en la Gran Bretaña contemporánea se hubiese considerado su argumentación como un insulto. El ala dogmática desarrolló una jerga marxista técnica que podían entender sólo quienes participaban en las discusiones; los trabajadores no podían entender las complicadas teorías expuestas, con lo cual, en sus primeros períodos, el movimiento fue —casi por completo— un movimiento de intelectuales.

Sin embargo, no todos tuvieron ni ese temple ni esa calidad. Estos pertenecían, en su mayoría, al ala extrema que había de dar origen y de la que había de desarrollarse más tarde el partido bolchevique. La mayoría de los demócratas sociales y los mencheviques eran, en cuanto a su estilo y en cuanto a su modo de expresarse, semejantes a los de la Europa occidental. Sus escritos fueron, con frecuencia, notables y brillantes. La rama extrema radical tenía también escritores aunque dogmáticos y de enfoque limitado. De este modo, entre los marxistas autoritarios empezaron a aparecer tendencias que más tarde habían de conducir a la división del partido en dos partes: los mencheviques demócratas y los bolcheviques autoritarios.

*La escisión.*—El “economismo” fue una tendencia pragmática que se desarrolló a fines de siglo entre los demócratas sociales. Las huelgas —aunque ilegales— se convirtieron en una importante arma económica del trabajador.<sup>6</sup> A pesar de las dificultades y de las persecuciones, muchas de las huelgas fueron ganadas por los trabajadores, los cuales pudieron obligar en

<sup>6</sup> Acerca de la posición bolchevique hacia los “economistas” y hacia las huelgas y el desarrollo del movimiento huelguístico en 1903, véase también Peter I. Lyashchenko, *History of the National Economy of Russia*. The Macmillan Company. New York, 1949. pp. 659 ss.

esta forma al gobierno a que alterase algunas leyes laborales. Sin embargo, las huelgas, por su carácter general, eran económicas y no políticas. Los partidos políticos tenían poca influencia —si es que tenían alguna— en esas luchas.<sup>7</sup> El movimiento político subterráneo siguió siendo movimiento de la *intelligenstia* y de los estudiantes, hipnotizados por sus propias teorías. Los “economistas” comenzaron a abogar ahora por una lucha puramente económica como vía de cambio en Rusia. Argumentaban que el cambio económico habría de producir ulteriormente los cambios políticos deseados. Se oponían igualmente al carácter centralista de la organización del partido.<sup>8</sup> Sostuvieron que la lucha de los trabajadores obligaría al gobierno a reconocer la opinión de la clase trabajadora y a conceder (incluso dentro del sistema zarista) el derecho a la huelga y a formar asociaciones y sindicatos.

Por otra parte, las ideas moderadas de los demócratas sociales occidentales —de los alemanes (como Bernstein) en particular— también tuvieron su influencia. Estos moderados propugnaban un programa “revisionista” de las metas de la lucha. Las reformas políticas más que la captura del poder y el cambio revolucionario eran las metas substitutas sugeridas por los reformistas. Los reformistas eran, en lo principal, demócratas radicales. Entre ellos se encontraban escritores y hombres de estudio afamados y capaces como Struve y Tugan-Baranovsky. Las tendencias economistas y reformistas fueron, en esta forma, indicativas de una vía más moderada.

La escisión básica entre los social-demócratas revolucionarios, fue una división de importancia histórica que habría de presentarse pronto, en tanto que las anteriores divisiones faccionales habían sido sólo cismas menores, de una importancia mucho menos considerable. El gran cisma de 1903 fue el resultado de la existencia de ideologías diferentes y de personalidades que chocaban entre sí. A diferencia de lo que ocurría con los “economistas”, el núcleo principal de los demócratas sociales proponía ideas de un socialismo democrático europeo moderno. Sin embargo, el socialismo, en su opinión, podía realizarse sólo en una democracia política: en un sistema basado en la voluntad del pueblo. El núcleo principal de los demócratas sociales se oponía a la facción economista. En consecuencia, su finalidad era la consecución del poder político.

El cisma se produjo en relación con un problema de estructura parti-

<sup>7</sup> Lipkin (seud., Tschervanin) enfatiza fuertemente el carácter económico de las huelgas. Véase V. Tschervanin, *Das Proletariat und die Russische Revolution*. Stuttgart, 1908.

<sup>8</sup> Véase Martov, pp. 41-44, y Kulczycki, *Op. cit.*, III, 389 ss.

daria. Este problema no era nuevo. Se habían aplicado dos principios en las organizaciones revolucionarias: el federalista y el centralista. Históricamente, el federalista o de autonomía era el más antiguo, y había sido seguido por grupos de los años '70 y siguientes. Los diferentes grupos eran libres y autónomos, y el comité ejecutivo central tenía mucho menos poder que aquel del que disfrutaba en el tipo centralista y más reciente de organización, en el que el comité central tenía un poder decisivo. Los miembros del partido, en el tipo centralista, estaban sujetos a una disciplina de hierro. En cambio, la "Voluntad del Pueblo" de la octava década siguió el patrón centralista. El centralismo, el secreto y la disciplina eran condiciones de supervivencia para una organización terrorística. Los demócratas sociales esperaban obtener el apoyo de las masas.

Antes de 1905, constituían aún una pequeña élite, compuesta principalmente por intelectuales y sólo por unos cuantos trabajadores. De acuerdo con esto, como base de un futuro movimiento de masas, los jefes vieron la necesidad de una forma más amplia de organización. Fundamentalmente, un movimiento democrático se basa en la libertad de discusión, y en una forma de organización que asegure a sus miembros derechos individuales así como un cierto control sobre la jefatura. Los demócratas sociales rusos moderados simpatizaban en principio con una forma democrática de organización partidaria.

*El principio "vanguardista".*—En la extrema izquierda del partido social-demócrata, Lenin propuso un pequeño partido selecto que habría de constituir la "vanguardia" de la lucha revolucionaria. Tal partido centralista selecto debería —de acuerdo con Lenin— dirigir la revolución y controlar el poder<sup>9</sup>. La dirección política y la verdadera jefatura de una revolución las proporcionaría un pequeño partido "vanguardista": un partido de revolucionarios profesionales. De acuerdo con las palabras de Lenin:

"Las organizaciones de revolucionarios deben de comprender, en primer término y ante todo, a gentes cuya profesión sea la de revolucionarios... Todas las distinciones existentes entre trabajadores e intelectuales deben de abandonarse. Una organización tal debe de ser necesariamente tan extensa y tan secreta como sea posible."

En esta forma, las masas habrían de convertirse sólo en un instrumento

<sup>9</sup> Formuló sus conceptos en "¿Qué hay que hacer?" publicado en Stuttgart en 1902. Lenin escribió: "La historia de todos los países muestra que la clase trabajadora, exclusivamente por su propio esfuerzo es capaz de desarrollar una conciencia sindicalista, tan sólo. La teoría del socialismo fue desarrollada por miembros educados de varias clases. En forma similar, las huelgas son solamente 'movimientos espontáneos' sin dirección política".

de la revolución colocado en manos de jefes auto-designados, quienes, gracias a su educación teórica pudieran proporcionar la dirección y el conocimiento técnico correspondiente a una estrategia revolucionaria. El comité central asumiría dentro del partido los papeles todopoderosos que corresponderían a generales y oficiales dentro del ejército, en tanto que los trabajadores se convertirían en soldados de la revolución. En términos de un análisis del poder, el partido selecto se apoderaría de las masas y les impondría la jefatura de hierro de una vanguardia auto-designada. Tal concepto estaba en contradicción con los principios básicos de los socialdemócratas moderados y, por supuesto, era diametralmente opuesto a las teorías de los "economistas".

El Congreso de Unificación del Partido Social-Demócrata Ruso de 1903 (paradójicamente era éste el nombre del congreso en el que se produjo la escisión) fue crucial no sólo para la historia de los demócratas sociales, sino para la historia de Rusia y del mundo entero.<sup>10</sup> "Encabezados periodísticos de hoy, historia de mañana" dicen muchos; pero ésta no es siempre una afirmación que resulte respaldada por los hechos. El Congreso de 1903 reunido en Bruselas no produjo encabezados periodísticos en aquel entonces: los delegados llegaron a un pequeño hotel, y se reunieron en un salón oscuro. Sólo la policía belga se alarmó. Los delegados eran, en su mayoría, intelectuales de clase media; lo que discutían tenía un carácter altamente teórico. Y, sin embargo, esos problemas teóricos, abstractos, tenían significación práctica, según habría de descubrirse ulteriormente cuando, en 1917 llenaron de contenido días que hicieron temblar al mundo. El primer problema clave del congreso era el planteado en términos de: un partido centralista y la dictadura del proletariado. Durante la primera reunión, el Partido Socialista Judío, Bund, dejó el Congreso. Los representantes del mismo, que hablaban a nombre de las masas judías, pedían autonomía plena en cuanto partido de los trabajadores judíos, e incluso los oponentes de Lenin votaron en contra de *un partido específicamente judío*. Este retiro fue lo que hizo posible que Lenin obtuviera la llamada "mayoría" y que asumiera la jefatura. El problema siguiente se centraba en la formulación de una estrategia. La tesis de Lenin era: "Condición esencial para la revolución social es la dictadura del proletariado", dictadura que permitiría la supresión de cualquier esfuerzo hecho por la oposición en la clase media. Este punto se encontraba en contradicción con el programa básico de una república democrática. Los delegados de la oposición se

<sup>10</sup> Para un soberbio relato del Congreso, véase Bertram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution*. Edición de Beacon Press, 1955, pp. 230-264. Martov, *Op. cit.*, pp. 83 ss.

fueron de espaldas. ¿Cómo podrían conciliarse una república democrática y una dictadura? Los "economistas" Akimov y Martynov, y los futuros mencheviques Martov y Axelrod se opusieron al grupo de Lenin-Plejanov. Las frases de doble sentido se introdujeron históricamente: "una república democrática —por supuesto— pero basada en una dictadura del comité central"; "un partido de masas —naturalmente— pero basado en una élite vanguardista"; "abolición de la pena de muerte —sin lugar a dudas— pero, con excepciones", excepciones como la ejemplificada por la insistencia de Plejanov en que se ejecutara al zar.

El problema principal giraba en torno de un partido centralista basado en principios vanguardistas. Algunos de los opositores de Lenin favorecían también un partido centralista, pero un partido que no fuese el de una élite que requiriese una sumisión total a la autoridad del comité central. Martov deseaba una base más amplia para el partido organizado y, por lo tanto, se opuso a un partido que estuviese compuesto sólo por "revolucionarios activos". El momento decisivo llegó en cuanto se trató del órgano de partido, *Iskra*. Finalmente, el grupo de Lenin ganó la mayoría sólo gracias al hecho de que algunos delegados se habían salido y a que otros se abstuvieron.<sup>11</sup> La facción de Lenin se denominó entonces el "grupo mayoritario" —*bolchevique*, en ruso—. El ala democrática aceptó la denominación menos afortunada de "minoría".

De este modo, se inició la escisión que ulteriormente habría de tener tal importancia histórica. No era mucho antes de que empezaran a aparecer teorías acerca de una "disciplina de hierro" bajo "dictadores".<sup>12</sup>

Las fuerzas democrática no se dieron por vencidas, a pesar de todo. Continuó la pugna ideológica. Axelrod y Martov jefaturaron a la oposición en contra del vanguardismo y del centralismo, luchando por tácticas que se basaran, en cambio, en las masas. Lenin representaba el principio de una organización gobernada y construida de "arriba a abajo" (centralismo), en tanto que los demócratas lucharon por una estructura que debería de construirse de "abajo a arriba" (autonomía, democracia de partido).

*La revolución permanente.*—Durante esta revolución crucial de 1905, la idea de una revolución permanente comenzó a desarrollarse hasta constituir una teoría importante. El concepto de revolución permanente —a

<sup>11</sup> "Veintidós de cuarenta y cuatro, con veintidós abstenciones, y eso después de que otros siete habían salido: tal fue la celebrada 'mayoría' (*bolshintvo*) de la que nacieron los bolcheviques" escribe Wolfe (*Op. cit.*, p. 247). Martov (*Op. cit.*, pp. 83-4) sugiere el que Lenin ganó con 24 votos.

<sup>12</sup> Véase Martov, *Op. cit.*, p. 91.

pesar del cisma stalinista-trotskista— sigue siendo el credo básico de la ideología comunista.

Generalmente, para un revolucionario, una revolución —una revolución política violenta; con uso de la fuerza física, destinada a obtener la trasmisión del poder— es un acto único, un acontecimiento excepcional que dura determinado período de tiempo. Después de la revolución violenta, se espera un período de estabilidad política. Éste es el primer paso hacia el cambio deseado de la autocracia a la democracia; de la dictadura a un régimen de derechos cívicos. A partir de entonces, el cambio social se logra sin violencia física. El concepto de revolución permanente anticipa más bien una época histórica más o menos larga de revoluciones políticas violentas, y de violenta consolidación del poder. En consecuencia, para una generación —más o menos— representa gobernar mediante un ejercicio continuo de la violencia. Dentro de este concepto, la revolución se convierte en una condición normal de la sociedad y no en un acontecimiento único. Sin embargo, se necesita de una aclaración semántica: un americano también puede hablar de una “revolución permanente”, pero, para él, este concepto representa un cambio tecnológico, económico y social fundamental, que implica una productividad superior y una distribución más justa de los ingresos dentro del sistema democrático. Implica un gobierno que se realice mediante la ley, y una ausencia de medios violentos en la trasmisión del poder político. En la teoría de Trotsky, una revolución permanente significa un cambio en la distribución del poder político, logrado por medios violentos. En vez de un régimen legal, la revolución permanente bolchevique postula un gobierno mediante la violencia (dictadura) en interés de los valores supremos de quienes carecen de privilegios. También significa —siempre que es posible— la captura violenta del poder. Sin embargo, los valores supremos los establece la burocracia del partido: los revolucionarios profesionales. En tal enfoque, la república democrática no es un fin en sí, sino un estadio hacia la dictadura política del proletariado (de los bolcheviques); una transición hacia el gobierno permanente realizado por medios revolucionarios (la dictadura y el terror).<sup>13</sup>

<sup>13</sup> El concepto fue introducido por Parvus en su introducción a un opúsculo de Trotsky, *Do Deyetnago Yanvaryá* (antes del 9 de enero), Ginebra, 1905. Parvus habla también de una “época revolucionaria” (pp. 2-3). Un ejemplar de este folleto puede consultarse en la Biblioteca Pública de Nueva York. El artículo sobre la teoría de la revolución permanente fue publicado por Trotsky en la revista polaca *Przegląd Socjalistyczny*, editada por Rosa Luxemburgo, probablemente hacia 1909. Fue reproducido a partir de un viejo manuscrito en el libro de Trotsky acerca de la Revolución de 1905

Después de la revolución de 1917, Trotsky formuló su teoría final acerca de la revolución permanente. Se basaba en la experiencia de laboratorio proporcionada por tres revoluciones rusas: la de 1905, la de febrero de 1917, la de octubre de 1917.<sup>14</sup> Definió la revolución permanente como una revolución “en la que cada uno de los estadios se encuentra anclado en el precedente, y que ha de terminar sólo con la liquidación total de la sociedad clasista”. Trotsky subrayó tres estadios en su formulación final. El segundo es el estadio de la revolución comunista misma: el establecimiento de una dictadura. El tercero reviste un aspecto internacional. La revolución nacional (rusa) es sólo un eslabón en una cadena de revoluciones internacionales permanentes. Para triunfar, la revolución rusa debe de convertirse en una revolución mundial. La economía primitiva de Rusia, de acuerdo con la teoría final de Trotsky, no estaba aún madura para el comunismo, pero, la economía europea, como un todo, y la economía mundial sí lo estaban.

El socialismo democrático postulaba un sistema mundial pluralista: una variedad de sistemas sociales y políticos que debían de extenderse por el mundo de acuerdo con la voluntad y el deseo de los gobernados. En forma semejante, la filosofía de la democracia internacional se basa en el pluralismo —en la co-existencia de una variedad de sistemas. Por el contrario, el concepto de “revolución permanente” postula un sistema monista: el comunismo para el mundo entero. A pesar de que Stalin —por razones tácticas— abogó más tarde por un “socialismo (en realidad por un comunismo) que se realizara en un solo país”, la finalidad estratégica seguía siendo la misma. La historia del gobierno estalinista evidencia el que subsistía la idea expansionista. Es importante mencionar de nuevo que la expresión “revolución permanente” se emplea también por parte de los ideólogos demócratas” pero con una significación distinta: con el sentido de “cambio tecnológico radical continuo que, a su vez, es capaz de poner en marcha un cambio fundamental económico y social orientado hacia metas democráticas de mejoramiento social permanente”.

*Los problemas ideológicos de la revolución de 1905.*—Durante los días revolucionarios de 1905, las opiniones de los bolcheviques y de los moderados —los mencheviques se estaban constituyendo aún— no estaban forjadas en forma rígida; unos y otros se mostraban indecisos, y los argumentos oscilaban continuamente. Esta situación de indecisión se pone claramente de manifiesto en el modo de pensar y en los escritos de Lenin.

(*Die Russische Revolution, 1905*, Berlín, 1923) un anexo intitulado “Unsere Meinungs-Verschiedensheiten”, en cuanto Trotsky no pudo localizar un ejemplar de *Przeglad*.

<sup>14</sup> Leon Trotsky, *The Permanent Revolution* (Edición inglesa), 1931.

Los mencheviques consideraban a la revolución como democrático-burguesa. La meta estratégica estaba constituida por una república democrática. En dicha república —en la que existiría libertad de expresión, derechos civiles y un parlamento— los demócratas sociales podrían proponer ideas y reformas. En cuanto los obreros constituían una minoría en Rusia —argumentaban los moderados— la revolución proletaria era imposible. En consecuencia, lo principal era combatir al zarismo y ganarse el apoyo de grupos liberales y democráticos para sostener esa lucha.

Trotsky (que por aquel entonces todavía era un menchevique) y Parvus, se colocaban en el otro extremo. La “revolución burguesa” podía hacerse avanzar un paso —el de la “revolución proletaria”— y el gobierno provisional de los trabajadores —social-demócrata— debería detentar el poder, entrando con ello en un período histórico de “revolución permanente”. Lenin asumió una posición intermedia entre Trotsky y los moderados. Percibió suficientemente que Rusia no estaba madura aún para un cambio socialista, y que la democracia política constituía una necesidad para el porvenir. Sin embargo —argumentaba Lenin—, las clases medias habrían de crear por sí mismas una revolución democrática.<sup>15</sup> Puesto que los trabajadores se encontraban en minoría, Lenin creía que el camino hacia una república democrática era el único que podía conducir a una revolución socialista.

Sin embargo, esas oscilaciones tempranas no distrajeron a Lenin y a los bolcheviques del meollo de su meta estratégica: la captura del poder por un grupo de revolucionarios profesionales, el establecimiento de una dictadura y —como idea tomada de Trotsky y de Parvus— una revolución continua, permanente. De este modo, por aquel entonces, las metas estratégicas de la revolución bolchevique comenzaron a enraizar. En el otro polo, se encontraban los socialistas democráticos, los mencheviques y los revolucionarios sociales con su finalidad estratégica: una república democrática.

*La teoría bolchevique de captura del poder.*—Los teóricos bolcheviques concentraron sus actividades académicas en el estudio de los problemas del poder y de la táctica que debía de emplearse para apoderarse de él. En el período comprendido entre la revolución de 1905 y la de 1917, el poder

<sup>15</sup> Lenin escribía por entonces: “... La emancipación de los trabajadores sólo podrá realizarse por los trabajadores mismos... quienquiera que trate de aproximarse al socialismo por cualquier otro camino distinto del de la democracia política, inevitablemente llegará a las conclusiones más absurdas y reaccionarias...” El trabajo principal de Lenin durante este período es: “Las dos tácticas”. Para una discusión extensa de esto, véase Wolfe, *Op. cit.*, pp. 289-298.

se convirtió en tema central. Lenin había de escribir posteriormente:<sup>16</sup> "El problema básico de la revolución es el problema del poder." Y Trotsky afirmaría: "La revolución es, ante todo, un problema de poder."<sup>17</sup>

Las oscilaciones tempranas entre los conceptos de democracia y de dictadura que se presentaron en 1905, se resolvieron finalmente en favor de una inclinación a la dictadura, incluso en casos en que el término "democracia" se utilizaba como equivalente de "dictadura democrática". Diez o doce años después, el significado histórico de esta tendencia se puso de manifiesto, y la escisión entre los totalitarios y los demócratas dentro del campo socialista se convirtió en abismática.

La escisión no era solamente problema de diferencias ideológicas. Como en las pugnas religiosas, las personalidades de los partidarios son de consideración. Los autoritarios y los demócratas representaban diferentes tipos de personalidad. La teoría bolchevique atraía a los políticamente ortodoxos, en tanto que la ideología social-revolucionaria y la menchevique impresionaban a los políticamente protestantes que se resentían de las inquisiciones de Torquemada y de Calvino.

*Uniones controladas por la policía.*—Los demócratas sociales y los revolucionarios sociales seguían siendo partidos que comprendían intelectuales y refugiados de familias burocráticas y de clase media. Antes de 1905, muy pocos trabajadores de Rusia respondieron a sus llamados. Los teóricos mencheviques —como Lipkin y Martov— tuvieron el valor y la objetividad suficientes para admitir esta situación.

Los demócratas sociales eran un partido con un programa proyectado para la clase trabajadora, pero eran pocos los trabajadores que se encontraban bajo la égida de las ideas progresistas. En un país que no había pasado por los cambios liberalizadores de la Reforma, el monopolio de las ideas se encontraba firmemente establecido en manos de la iglesia ortodoxa, la cual, a su vez, estaba controlada por el gobierno. El zar, la ortodoxia, las frases nacionalistas anti-judías, anti-armenias, anti-liberales, anti-polacas, constituían símbolos capaces de mover a las muchedumbres de Moscú, de San Petersburgo, de Kiev. El odio se utilizaba abundantemente por parte del gobierno en el mantenimiento de su control sobre las masas. Con todo, las ideas progresistas empezaron a penetrar en el pueblo, y especialmente entre los trabajadores, debilitando gradualmente las viejas influencias hasta ha-

<sup>16</sup> Lenin, *Toward Seizure of Power*. Coll. Works. Edición Americana, 1932, Vol I, p. 46 (escrito en julio de 1917).

<sup>17</sup> En *Nashe Slovo*, París, 1917. Citado por Trotsky, *Die Russische Revolution, 1905*. Berlín, 1923, p. 236.

cerlas romperse. A pesar de que la policía aún era capaz de contener ciertos disturbios anti-judíos en las calles de las poblaciones rusas, en las fábricas la influencia de la ideología zarista era inexistente. En consecuencia, el gobierno se embarcó en una política que tenía como propósito el de canalizar la inquietud en una especie de *polizei-sozialismus*. Hasta ahí las uniones de trabajadores eran ilegales en la Rusia del siglo XIX. De este modo, la policía del zar empezó a organizar uniones "legales" auspiciadas por ella misma. El padre de este sindicalismo policíaco fue uno de los oficiales de la Ojrana, S. V. Zubatov, cuyo nombre se le dio al movimiento, al que se conoció como *Zubatovschina*. En 1901, la Sociedad de Ayuda Mutua de los Trabajadores de las Industrias pudo llegar a constituirse.

Los trabajadores, educados dentro de una tradición paternalista, se adhirieron por millares a las organizaciones de Zubatov y a los sindicatos controlados por la policía, los cuales aumentaron su fuerza en forma considerable. Los sindicatos policíacos (o de auspicio policíaco, más propiamente) se concibieron con el objeto de detener la inquietud y las huelgas, pero la situación económica obligó a los trabajadores a recurrir a la huelga. En esta forma, el dinamismo de los trabajadores produjo el efecto opuesto. En el sur, las huelgas se extendieron violentamente, y la policía comenzó a perder el control sobre sus propios sindicatos. Las nuevas uniones de trabajadores fabriles rusos llegaron a convertirse en una verdadera potencia.

En vísperas de la revolución de 1905, el unionismo policíaco estaba imbuido de un espíritu nuevo. La cabeza de la Ojrana —el General Gerasi-mov— estuvo de acuerdo en cuanto a conceder la jefatura a un sacerdote ortodoxo, el Padre Gapon. Gapon obtuvo una popularidad desusada entre las masas de trabajadores rusos, en cuanto muchos de ellos eran de origen campesino y la iglesia ortodoxa y el zar constituían aún las lealtades más fuertes y los fundamentos de su ideología.

Fue Gapon quien abrió la vía para la revolución de 1905. Estaba conectado con la policía del zar, es cierto, pero no era un simple mercenario o un "agente provocador" de la policía autocrática zarista (que es como muchos lo han presentado ulteriormente), sino que era un producto de aquellas presiones ideológicas muy poderosas constituidas por la autocracia y por la ortodoxia, de una parte, y por las ideas revolucionarias, de otra. Gapon era un hombre ambivalente, cogido en el vórtice o torbellino revolucionario. Las ideas socialistas le atraían, y aún estaba tratando de servir a una autocracia. Cogido entre ambas, era inconsciente y multivalente. En ciertos períodos de su vida, fue conductor de masas; en otros, un servidor de

la policía autocrática del zar. A menudo fue —simultáneamente— revolucionario y partidario del zar. Sus sentimientos de temor e inseguridad, y su ambición personal, dieron como resultado una personalidad compleja, llena de contradicciones, como producto de las condiciones históricas en las que hubo de desenvolverse. Ideologías y valores extremos —autocracia, jerarquía, ortodoxia, dogmatismo, en un polo; libertad, igualdad, democracia, en el otro— produjeron dos tipos de cabecilla revolucionario: el primero, el de los conductores sujetos a fuertes principios; el segundo, el de los individuos ambivalentes entre quienes se encontraba Gapon.

*Partidos democráticos.*—La *intelligentsia* democrática siguió un patrón democrático-liberal. A diferencia de las masas, la ortodoxia perdió anclaje en las mentes de quienes la formaban; para ellos, el zar no era ya un héroe de novela. Desde principios de siglo (1901-1902) los grupos liberal-democráticos empezaron a pulular. Algunos de los primeros demócratas sociales se unieron a estos grupos, esperando poder encontrar una respuesta mejor a los problemas prácticos de una reforma. De este modo vemos que, al principio, los grupos secretos que se formaron se encontraban encabezados por intelectuales como el Profesor Miliukov. Poco después, habría de nacer el partido constitucional democrático (Kadets) que debería ser uno de los que desempeñara un papel histórico considerable en la lucha en pro de la democracia en Rusia.

## CAPÍTULO XV

### EL PERÍODO SOCIALISTA

*La conquista del poder desde abajo.*—En 1905, se desarrolló finalmente “una revolución desde abajo”. Fue una revolución espontánea, realizada al través de movimientos de masa en los que los principales participantes eran miembros de la clase trabajadora. La huelga política fue el arma principal de la revolución. Las huelgas atravesaron por un proceso de cambio; podría decirse que, por una mutación sociológica, las huelgas económicas se convirtieron en huelgas políticas y las huelgas políticas en huelgas generales. Los trabajadores de las zonas metropolitanas representaron el papel principal, en tanto que en el resto del país se producían huelgas de campesinos y se dejaba sentir una inquietud general. Los socialdemócratas y los social-revolucionarios eran partidos compuestos principalmente por intelectuales, organizados en pequeños comités políticos. Durante la revolución, su ideología prendió en las masas, en los obreros y en los campesinos, y ellos asumieron la dirección del movimiento.

*Una nueva arma técnica: la huelga.*—¿Cómo se inicia una revolución y cómo se le mantiene en movimiento? ¿Cómo se enciende la hoguera y se organiza la poderosa acción? Estas fueron las preguntas a las que los revolucionarios rusos trataron constantemente de responder durante medio siglo, sirviéndose de consideraciones teóricas y de lo que llamaron “práctica”, o sea, de la aplicación de la teoría. La iniciación de la revolución y su desarrollo fueron producidos “desde abajo”; se trataba de una revolución hecha por las masas.

Los populistas habían tratado vanamente de conseguir esto en 1874 en las zonas sureñas, entre los campesinos, los cuales tenían una tradición de levantamientos de labriegos y de cosacos. Lo intentaron en regiones en donde se cantaban baladas sobre el rebelde Stenka Rasin. Pero, la teoría revolucionaria y las baladas no fueron suficientes, y el fuego de la revolución no pudo conquistar la imaginación del campesinado. El esfuerzo para mover a las masas fracasó. Entonces, la “Voluntad del Pueblo” (*Narodnaya Volya*) se embarcó en la realización de actos de terrorismo. Sin embargo,

los grupos revolucionarios seguían alimentando esperanzas y, finalmente, los miembros de este grupo creyeron encontrar la respuesta en el pogrom. En 1880, una facción revolucionaria decidió que la revolución podía iniciarse y lubricarse con motines antisemitas. Una vez que los pogroms estuviesen encarrilados, las masas podrían dirigirse en contra del gobierno y las clases dirigentes. La tensión habría de canalizarse apartándola de los judíos y guiándola, como si se tratara de un proyectil moderno, contra todo el régimen. El Comité Central de los Populistas retuvo el plan. Aun cuando la proclama antisemita ya estaba preparada, no llegó a ser distribuida, y esos planes se abandonaron.<sup>1</sup>

El problema de los medios y los fines surgió en toda su cruel desnudez. Pero hay un descubrimiento empírico que resulta más importante que el hecho histórico; se descubrió que el odio constituye una poderosa fuerza política. Los motines antisemitas eran fáciles de encender y alimentar. El gobierno y la policía rusos recurrieron con frecuencia a esta técnica. Pero, después de todo, los revolucionarios nunca habían recurrido a los motines antisemitas para encender una revolución, y este caso quedó como episodio instructivo. Nuevamente se tropezó con el problema de no tener solución para iniciar una revolución desde abajo.

La respuesta se presentó hasta 1905. Desde antes de que se iniciara la revolución se habían presentado síntomas, pero éstos eran más intensos en Polonia que en Rusia misma. La huelga industrial, combinada con una manifestación o llamamiento político, constituyeron la etapa inicial. Una vez iniciada la revolución, las huelgas proporcionaron el alimento que la fortaleció y que mantuvo en movimiento a las masas.

Así, pues, a principios de este siglo se observa un cambio fundamental en la táctica revolucionaria. Por primera vez en la historia de Rusia las masas tomaron parte en una acción política, aunque de manera lenta y poco decidida. Posteriormente siguieron la dirección de las organizaciones revolucionarias.

También los campesinos despertaron. Varias huelgas agrícolas muy fuertes, organizadas por los trabajadores del campo, se extendieron por todo el país. Un congreso de campesinos, reunido en Moscú, aprobó resoluciones económicas y políticas. Finalmente, después de años de lucha, los socialrevolucionarios habían obtenido el apoyo popular; grandes masas de campesinos se identificaron con la ideología de los herederos de la "Voluntad del Pueblo". Desde entonces, los instrumentos estratégicos del poder, los símbolos del mismo y los instrumentos de decisión, se encontraban en las

<sup>1</sup> A. Thun, *op. cit.*, p. 243.

ciudades. De ahí que la huelga industrial fuese de primordial importancia. Durante medio siglo, la visión de una revolución se había vinculado con los campesinos. Pero la estrategia y la táctica de los revolucionarios pasaron de los campesinos a los obreros y del terror individual se pasó a la huelga y a las acciones de masa.

*Huelgas en Rusia.* Las huelgas no se presentaron repentinamente en 1905. Los siervos que trabajaban en las fábricas textiles habían empezado a protestar desde 1813. En sus filas se encontraban niños de ocho a doce años de edad. Desde la tercera década del siglo anterior habían comenzado huelgas, como síntoma de descontento. En 1905 adquirieron singular importancia como técnica de la lucha revolucionaria, y la ideología socialista se infiltró en la mente de los huelguistas de algunas regiones.

Las condiciones de los obreros rusos a principios del siglo XIX eran terribles. En las fábricas textiles había niños de diez años que trabajaban de quince a diecisiete horas durante el invierno y de catorce a dieciséis horas diarias durante el verano. Cualquier protesta era severamente castigada por las autoridades. Los dirigentes eran azotados hasta que morían. En los primeros años del siglo XIX las demostraciones espontáneas eran muy frecuentes. A veces, aunque no con frecuencia, las protestas de los trabajadores daban como resultado el que el gobierno impusiera algunas pequeñas modificaciones a los dueños de las fábricas<sup>2</sup> en favor de los trabajadores mismos.

En 1845 se introdujo la primera ley que consideraba las huelgas como actos criminales. Como resultado de la derrota de Rusia en la guerra de Crimea, que se complicó con la emancipación de los campesinos, comenzó de nuevo la inquietud. En 1861 estallaron varias huelgas en las ciudades.<sup>3</sup>

La última década del siglo XIX se caracterizó, según esto, por el aumento en la inquietud obrera y en el número de huelgas. En 1893, estalló una huelga importante en una fábrica textil de Yegoryevsk (Riasan). En 1894 comenzaron las huelgas y conflictos en San Petersburgo y posteriormente en Moscú, Minsk, en Vilna y en Tiflis. En 1893 fueron a la huelga los obreros de las obras Putilov. Se subsiguieron las huelgas de las fábricas de calzado, de tabaco y muchas otras. La huelga se extendió por toda Rusia. En la primavera y en el verano de 1896, lo mismo que en enero de 1897,

<sup>2</sup> Véase M. Tugan Baranovsky, *Ruskai Fabrika*, y la edición alemana, *Die Russische Fabrik* (Berlín 1898-1900). Capítulo IV. "La inquietud de los obreros en las fábricas", pp. 159 y ss. de la edición alemana. Sobre la huelga textil de 1813, véase *Krasnyi Archiv IV* (1923), 401. "La huelga de los trabajadores textiles esclavos", por Diubiuk.

<sup>3</sup> J. Martov, *Geschichte der Russischen Social Democratie*. Berlín, 1926, pp. 10-11.

las huelgas se extendieron en San Petersburgo y en otras ciudades. Eso mismo se repitió en 1898.<sup>4</sup>

Las huelgas se repitieron en noviembre de 1902 en Rostov, en donde fueron acompañadas por mítines de masas, y en julio de 1903 se extendieron especialmente por el sur de Rusia. A un conductor de tranvía se le preguntó: "¿Qué es lo que piden?", a lo que respondió: "No pedimos nada." Entonces, ¿por qué hacen la huelga?" "Ayer mataron a un huelguista y por eso no trabajamos hoy." En otro caso, un huelguista declaró: "No es posible vivir sin rebelarse. La opresión y la explotación dominan en las fábricas y en todas partes hay corrupción." Estas huelgas no siempre fueron dirigidas o inspiradas por los social-demócratas o los social-revolucionarios. Por el contrario, hay algunos informes de *Iskra*<sup>5</sup> que indican que los trabajadores frecuentemente demostraron hostilidad hacia los oradores social-demócratas y hacia sus símbolos. En realidad, las huelgas no fueron sino síntomas de un profundo descontento por las condiciones políticas y económicas existentes.<sup>6</sup>

En la Rusia zarista, los trabajadores no tenían derecho a reunirse, de elegir a sus representantes o de discutir públicamente asuntos políticos. En consecuencia, las huelgas se convirtieron gradualmente en un importante vehículo político y en una escuela de actuación social. La falta de una democracia política abrió el camino para la revolución. Las primeras huelgas fueron una preparación —una especie de "gimnasia revolucionaria"— para llegar a los días decisivos de 1905.

*La situación revolucionaria.* La revolución desde abajo se desarrolla lentamente y pasa a través de numerosas etapas.<sup>7</sup> Es un *continuum* que pro-

<sup>4</sup> J. Martov, *op. cit.*, pp. 21, 22 y 23.

<sup>5</sup> El órgano del partido socialdemócrata fue editado posteriormente por Lenin y el partido bolchevique.

<sup>6</sup> Véase V. Tscherevainin, *Das Proletariat und die Russische Revolution*. Stuttgart, 1908, pp. 15-22.

<sup>7</sup> Para una discusión de la hipótesis de que existen etapas en el proceso revolucionario, véase Rex D. Hopper, "The Revolutionary Process", en *Social Forces*, XXVIII, Núm. 3, marzo de 1950, pp. 270-279. Véase también Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution*. Prentice Hall, New York, 1952. Edwards, *The Natural History of Revolution*. Chicago University Press, 1927. Véase también Lyschenko, *op. cit.*, XXIII, "La crisis de 1900-1903 y la Depresión de 1904-1909", pp. 647 ss. Georges Sorel, en su obra *Reflexions sur la Violence*, París, 1946, establece una distinción entre una huelga general política y una sindicalista. Una huelga general sindicalista es de carácter económico; tiene por objeto lograr el poder para los sindicatos, en tanto que la huelga política, según Sorel, es el síntoma de una lucha por obtener derechos políticos. Mientras que en el primer tipo de

duce, como indica Hopper, "el tipo de cambio social que se presenta cuando los valores institucionales básicos (legalmente impuestos) de un orden social se ven rechazados y se aceptan nuevos valores.

Lo mismo que en una tendencia económica, las altas y bajas temporales forman una marejada que es predominantemente ascendente. Una "situación revolucionaria" se presenta cuando la continua intensificación de tensiones e inquietudes va acompañada de una crisis de estado. Dicha crisis puede ser provocada por una derrota en la guerra o por una depresión económica. En estas circunstancias, cualquier chispazo, cualquier incidente (al que llamamos precipitante) puede provocar la explotación. De esta manera una huelga local, combinada con una manifestación política, precipitó la revolución de 1905. En esa etapa, las lealtades y los valores políticos antiguos comenzaron a desmoronarse; el gobierno perdió su prestigio y sus órdenes fueron desobedecidas. Una nueva autoridad, revolucionaria, tomó el mando. Nuevos valores y nuevos símbolos captaron la imaginación popular. El delicado equilibrio de fuerzas sociales se vio trastornado. Las condiciones políticas, sociales y económicas entraron a un período de desequilibrio.<sup>8</sup>

En consecuencia, una revolución desde abajo es un fenómeno social muy complejo. La "situación revolucionaria" es una etapa aguda de tensiones en un *continuum* que llamamos "el proceso revolucionario". El precipitante —lo que precipita la revolución— es un punto, un momento, dentro de la "situación revolucionaria", un incidente, y es un punto social, más que matemático, puesto que dura al través de un determinado período de tiempo.<sup>9</sup>

La explotación de la revolución (incendio, precipitante) tiene su as-

huelga la clase trabajadora se opone a las clases propietarias, en el segundo las dos clases se unen en contra de un enemigo común, el feudalismo, y el elemento de clase frecuentemente se olvida.

<sup>8</sup> En la teoría de MacIver, el precipitante es un incidente menor que se presenta en un proceso social causal y da origen a un cambio dinámico.

"Aquí tenemos en resumen, el esquema para una investigación causal de cualquier evento en cualquier escala. Tenemos una situación inmediata que, por contraste con el acontecimiento saliente, es de relativo equilibrio. En otras palabras, se caracteriza por la continuidad de los procesos, más que por la rápida aparición de acontecimientos. Dentro de ella actúan fuerzas que mantienen un equilibrio relativo; pero también hay otras fuerzas que empujan hacia la ruptura de dicho equilibrio. Sin embargo, éste se conserva hasta que se presenta algún incidente, alguna oportunidad o accidente, algún pequeño trastorno local, alguna nueva idea, alguna tontería más notable; en resumen, algún precipitante o complejo de precipitantes." MacIver, R. M., *Social Causation*, Ginn y Co., 1942, p. 129.

<sup>9</sup> *Recollections*. Londres, 1948, Imprenta Harwell, pp. 39-40.

pecto psicológico importante. En todas las sociedades existe un determinado conflicto entre el individuo y la sociedad. El individuo tiene sus propios deseos y finalidades y forma sus hábitos y preferencias propios. La sociedad, en general, le impone costumbres, normas y leyes que conllevan objetivos y preferencias y que se imponen por el mecanismo de las sanciones. En consecuencia, el individuo se ve obligado a reprimir continuamente sus deseos. En el momento en que estalla una revolución se liberan repentinamente todos los deseos reprimidos. Las sanciones y presiones de la sociedad organizada se derrumban como resultado del derrumbe de valores. Los objetivos de la sociedad, impuestos hasta entonces a través del mecanismo de control social, se vienen abajo, por lo menos temporalmente. El individuo se hace la ilusión de que ahora se llenarán plenamente sus aspiraciones. Desaparece la presión y sigue un momento de gran satisfacción, aunque turbado por los temores.

Algunos canalizan la represión liberada hacia la destrucción de los símbolos del poder (las águilas de dos cabezas, pero indefensas, las insignias de los oficiales, los pomposos retratos de los emperadores o las dignas máscaras de piedra de las tumbas de los reyes).

Alexis de Tocqueville describe con habilidad, pero sin simpatía, uno de estos momentos durante la Revolución Francesa de 1848:

“Después de charlar un momento sobre la peligrosa situación, M. de Corcelles y yo fuimos a buscar a M. Lanjuinais, y los tres nos dirigimos a ver a M. Dufaure, quien vivía en la Rue le Peletier. El paseo que seguimos para llegar allá presentaba un extraño espectáculo. Apenas si se veía un alma, aunque eran ya casi la nueve de la mañana, y no se oía ni siquiera una voz humana; pero todas las pequeñas casetas de los centinelas que se encuentran a lo largo de esta larguísima avenida parecían moverse y caminar, y, de cuando en cuando, alguna de ellas caía violentamente, al mismo tiempo que los grandes árboles de la curva caían tambaleándose sobre el camino, como si lo hicieran por propia voluntad. Estos actos de destrucción eran obra de individuos aislados, que realizaban su labor silenciosa, regularmente y sin prisa, preparando de esta manera el material para las barricadas que otros habrían de levantar. Nunca encontré nada tan parecido como esto a la realización de un trabajo y, en realidad, para la mayoría de estos hombres, lo era. El instinto del desorden les había hecho amarlo, y la experiencia de otras muchas insurrecciones les había dado la práctica necesaria. No creo que en todo el curso del día me haya yo sentido más afectado que al pasar por esta avenida solitaria en la que, por decirlo así, se veían en acción las peores pasiones de la humanidad, sin que se encontrara en ello rastro de

buenas cualidades. Hubiera preferido encontrarme con una multitud furiosa, y recuerdo que al llamar la atención a Lanjuinais sobre las casetas que se removían y los árboles que caían, pronuncié la frase que desde tiempo atrás traía en los labios: 'Créame Ud., esta vez no se trata de un motín, sino de una revolución.' ”<sup>10</sup>

Se pueden encontrar ejemplos semejantes en otras revoluciones.

He aquí la forma en que se desarrolló en Rusia el proceso revolucionario entre 1901-1905: los liberales presentaron sus peticiones de reforma. Las huelgas en las fábricas, la inquietud entre los estudiantes y las manifestaciones en las calles comenzaron hacia 1902-3 y 4, indicando en esta forma que se trataba de una revolución que venía desde abajo. Los social-revolucionarios continuaron recurriendo al terror. El Ministro de Educación, Bogolepov, fue asesinado en 1901; el Ministro del Interior, Sypyagin, en 1902; el premier Plehve fue volado en pedazos por una bomba en 1904; y lo mismo sucedió con el Gran Duque Sergéi en 1905. En estos casos, el proceso revolucionario actuó a través del terror y la intimidación, moviéndose desde abajo y desde arriba. Mientras tanto, el gobierno trató de aliviar la tensión y, en diciembre de 1904, el zar dictó un *ukase* prometiendo reformas, con lo que el gobierno se volvió más liberal.

La intranquilidad y los choques fueron especialmente notables en Polonia y en el Cáucaso, ya que el problema nacionalista proporcionaba en esas regiones un elemento adicional de tensión. El Partido Socialista Polaco, al contrario de los socialistas rusos, ejercía una poderosa influencia sobre los trabajadores. Es cierto que no todos lo apoyaban, pero tenía muchos más partidarios que en Rusia.<sup>11</sup>

En octubre de 1904, los escuadrones de ataque de los PPS iniciaron una poderosa demostración de masas en la Plaza Grybov, en Varsovia. De acuerdo con las ordenes del Comité Central, se reunieron grandes grupos de trabajadores llevando banderas rojas y entonando cantos patrióticos y revolu-

<sup>10</sup> *Recollections, op. cit.*, pp. 39-40.

<sup>11</sup> Un grupo más izquierdista, "la democracia social de Polonia y Lituania (SDKPL) estaba muy cerca del partido bochevique, pero tenía mucha menor importancia, ya que no disfrutaba de tanto apoyo como el Partido Socialista Polaco, en que se combinaban las ideas de liberación social y nacional.

M. Dzieweinowski, "La Revolución de 1904-5 y, el movimiento marxista en Polonia", *Journal of Central European Affairs*, v. 12, 1953, Núm. 3, en que se discute hábilmente la ideología de la SDPKL, aunque quizás se pase por alto el hecho de que dicha organización tenía una elaborada teoría pero pocos partidarios (entre quienes estaban los estudiantes), en tanto que el Partido Socialista Polaco era un partido auténtico de las masas. Sobre el desarrollo del socialismo en Polonia, véase Feliks Gross, *The Polish Worker*, estudio de una capa social. Nueva York, 1945, pp. 107-145.

cionarios. De ahí siguió una lucha directa con los cosacos y la policía. Los cantos de los trabajadores fueron silenciados con las balas de la policía.

En este punto, la tendencia revolucionaria se conjugó con la crisis del Estado. La derrota de Rusia en la guerra ruso-japonesa de 1904 aumentó la intranquilidad y el descontento generales. La revolución de 1905 se presentó como una consecuencia de la derrota de 1904. La derrota desorganizó al Estado y creó problemas sociales y económicos nuevos que vinieron a agregarse a los existentes. La lealtad hacia el Estado se debilitó, y el gobierno, por su falta de competencia, dio origen al descontento. La corrupción y la debilidad de los gobernantes se puso de manifiesto y esta constelación de factores dio por resultado el desarrollo de la "situación revolucionaria".<sup>12</sup>

El primer ministro Witte<sup>13</sup> contempló la tendencia revolucionaria y la propia revolución desde las ventanas de sus oficinas.

"Yo asumí la tarea de regir el Imperio Ruso en mi carácter de Presidente del Comité de Ministros, en octubre de 1905. En esta época el país estaba en un estado de completa y universal confusión. El gobierno estaba formado por un cuarteto, y cuando la revolución estalló furiosamente, las autoridades se encontraron completamente paralizadas. O se cruzaban de brazos o miraban en todas direcciones, de tal manera que el gobierno y su noble portaestandarte quedaron casi completamente borrados de la existencia. Los motines se hacían cada vez más turbulentos y su fuerza aumentaba *no por días, sino por horas*. La revolución se lanzó francamente a las calles y fue asumiendo características cada vez más amenazadoras. Por su corriente se vieron arrastradas personas de todas las clases sociales.

El síntoma más notable era un sentimiento general de profundo descontento con el orden existente, sentimiento provocado por la corrupción que infestaba toda la vida social y política de Rusia. Este sentimiento fue el que unió a todas las clases de la población. Todos se unieron en una demanda de reformas políticas radicales, pero la forma en que los diferentes grupos sociales se representaban estos ansiados cambios, variaba de acuerdo con cada grupo.

Las clases superiores y la nobleza estaban descontentas con el gobierno.

<sup>12</sup> Lenin escribe en *Left Wing Communism* que una revolución resulta imposible sin una crisis nacional que afecte tanto a los explotados como a los explotadores, y alega en su obra *Collapse of the Second International*, que es imposible, sin una situación revolucionaria, resultado de una crisis nacional que afecta tanto a las clases superiores, como a las clases oprimidas y explotadas. En consecuencia, la situación revolucionario se indica a través del aumento en la actividad de las masas.

<sup>13</sup> Las memorias del conde Witte, traducidas por Abraham Yarmolinsky, Nueva York, 1921, pp. 266-7.

No les disgustaba la idea de limitar los poderes autocráticos del Emperador, pero con el objeto de beneficiarse ellos. Su sueño era una monarquía constitucional aristocrática. Los comerciantes y capitanes de industria, los ricos, deseaban una monarquía constitucional de tipo burgués y soñaban con que el capital asumiera la dirección y surgiera una poderosa raza de Rotschild rusos. La "inteligencia", o sean los miembros de las diversas profesiones liberales deseaban una monarquía constitucional que pudiera llegar a dar por resultado una república de tipo burgués de acuerdo con el modelo del Estado francés. Los estudiantes, no sólo en las universidades, sino también en las escuelas secundarias, no reconocían ninguna ley, con excepción de la que predicaban los revolucionarios extremistas y las teorías anarquistas. Muchos de los funcionarios de las diversas ramas gubernativas eran contrarias al régimen que servían, porque les disgustaba el desvergonzante sistema de corrupción, que había alcanzado proporciones gigantescas durante el reinado de Nicolás II. El *zemstvo* y los trabajadores municipales hacía tiempo que habían declarado que la salvación estaba en una constitución. En cuanto a los obreros, lo único que les preocupaba era la manera de llenar sus estómagos con más alimentos de los que hasta entonces habían consumido. Por esta razón, aceptaban cualquier plan socialista de organización del Estado. Estaban completamente bajo la influencia de los revolucionarios y prestaban su ayuda sin reservas, siempre que se necesitaba la fuerza física.

Finalmente, la mayoría del pueblo ruso, los campesinos, tenían deseos de aumentar sus posesiones y de acabar con las acciones arbitrarias de los ricos terratenientes y de la policía en toda su jerarquía, desde el gendarme hasta el gobernador de la provincia. El sueño del campesino era un zar autócrata, pero un zar del pueblo, comprometido a llevar a la práctica el principio proclamado durante el reinado del emperador Alejandro VI, o sea la emancipación de los campesinos con la tierra, aun violando los sagrados derechos de propiedad. Los campesinos no eran partidarios de la idea de una monarquía constitucional ni de los principios socialistas, tal como los presentaba el partido laborista, que hacía hincapié en la noción de que el trabajo, y especialmente el trabajo físico, es la base de todo derecho. También los campesinos estaban dispuestos a recurrir a la violencia a fin de conseguir más tierras y, en general, para mejorar su intolerable situación.

Es de notar que la nobleza estaba conforme con repartirse el pastel con la clase media.

Así, pues, en 1905 la situación en Rusia tenía todas las características de una revolución desde abajo. La tendencia revolucionaria avanzó hasta llegar

al punto de una situación revolucionaria. El descontento era general. Las condiciones sociales, políticas y económicas, combinadas con la derrota militar, habían producido en parte este clima. Pero había también otros factores importantes. Había ideologías bien desarrolladas que atraían a secciones del populacho. Organizaciones revolucionarias muy bien dirigidas, con directores dinámicos y devotos que no dejaban de moverse. El momento precipitante fue el 22 de enero de 1905, cuando estalló la revolución y se presentó dentro de esta situación general.

*El principio de la Revolución: El sangriento domingo de 1905.* En enero de 1905 estallaron las huelgas en los famosas talleres Putilov, de San Petersburgo. Estas huelgas representaban una protesta por el cese de numerosos trabajadores, y los paros se extendieron a las fábricas textiles y de otros tipos. Pronto se presentaron nuevas demandas, siendo la más notable la que pedía jornada de ocho horas de trabajo. El 18 de enero de ese año, un corresponsal del *New York Times* informaba: "El gran barrio industrial de San Petersburgo, que es el orgullo de la Rusia moderna, presenta el aspecto de un campo armado." El gobierno está aterrorizado y las calles se encuentran patrulladas por el ejército. El 21 de enero, el *New York Times* decía: "El Zar amenazado por la revolución. Las calles de San Petersburgo llenas de tropas. Peligro en otras ciudades."

El 23 de enero aparecieron en el *New York Times* los siguientes encabezados:

"Día de terror en la Capital del Zar."

"Las tropas asesinan a niños, mujeres y hombres."

"Conducidos por un sacerdote hacia la muerte."

"Los obreros obligaron a los guardias a disparar para detenerlos."

"Barricadas en las calles."

"Un general muerto y otros oficiales atacados. Las multitudes gritan: ¡Abajo el zar!"

Ésta fue la chispa; el comienzo de la revolución.

El 22 de enero de 1905 el Padre Gapon condujo a las masas de los trabajadores al palacio del Zar con una petición. Los obreros iban con sus trajes domingueros acompañados por sus esposas e hijos; algunos llevaban iconos e imágenes de los santos.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Tscherevanin escribe, sobre esta demostración, que "La petición... presentada al zar no era el acto de un pueblo en revolución. Los socialdemócratas no controlaban a las masas en esa época, y no podían ser considerados como sus dirigentes". *Op. cit.*, p. 28.

Leopold Katscher, *Russische Revolutionstagebuch*, Leipzig, 1906, nos presenta una relación diaria del desarrollo revolucionario.

Gapon pretendía entregar al Zar su petición, que era la siguiente:

"Señor:

"Nosotros, los trabajadores y habitantes de San Petersburgo, de diversas clases sociales, nuestras esposas y nuestros hijos, lo mismo que nuestros indefensos y ancianos padres, venimos hasta Ti, Señor, para buscar la verdad y la defensa. Nos hemos convertido en mendigos; hemos sido oprimidos; se nos ha abrumado con un trabajo superior a nuestras fuerzas, somos mal tratados; no se nos reconoce calidad de seres humanos; se nos trata como a esclavos que tienen que soportar su amarga suerte en silencio. Lo hemos sufrido, pero cada vez se nos empuja más por la pendiente de la miseria, la falta de ley y la ignorancia. Estamos sofocados por el despotismo y la irresponsabilidad, y ya no tenemos aliento. Ya no tenemos fuerzas, Señor.

"Hemos llegado al límite de nuestra paciencia. Ha llegado para nosotros el tremendo momento en que la muerte es mejor que continuar con nuestras intolerables torturas. Hemos dejado el trabajo y hemos declarado a los amos que no lo reanudaremos hasta que accedan a nuestras demandas. Es poco lo que pedimos; solamente deseamos aquello sin lo cual la vida no es vida, sino trabajo duro y tortura eterna. La primera petición que hacemos es que nuestros amos discutan con nosotros nuestras necesidades; pero ellos se niegan, alegando que la ley no nos reconoce el derecho de presentar esta petición. También han declarado ilegal nuestra petición de que la jornada de trabajo se reduzca a ocho horas diarias, de que arreglen con nosotros cuál debe ser el precio de nuestro trabajo, de que tomen en cuenta las dificultades que tenemos con los administradores de las fábricas, de que aumenten los salarios de las mujeres y de todos los obreros en general, a modo de que el salario mínimo sea de un rublo diario, de que se supriman las horas extras de trabajo, de que nos proporcionen atención médica sin insultarnos, de que se arreglen los talleres para que trabajemos en condiciones humanas y no encontremos en ellos la muerte por la humedad, el frío o la nieve. Todas estas peticiones, en opinión de nuestros patrones y de las administraciones de las diversas fábricas, han sido consideradas como ilegales. Cada una de nuestras peticiones es un crimen, y el deseo de mejorar nuestra condición fue considerado como una impertinencia y una ofensa para los jefes.

"Señor, aquí nos hemos reunido muchos miles de obreros, que sólo somos seres humanos en apariencia. En realidad, ni a nosotros, ni al resto del pueblo ruso se le reconoce ningún derecho humano: ni el de hablar, pensar, reunirnos y discutir nuestras necesidades para encontrar la manera de resolverlas. Hemos sido esclavizados, bajo la mirada de tus funcionarios,

con ayuda y cooperación de su parte. Todo aquél de nosotros que se atreve a levantar la voz en defensa de la clase trabajadora y de los intereses del pueblo, es arrojado a la cárcel o enviado al destierro. Por tener buen corazón y alma sensible, se nos castiga como si fuéramos criminales. Hasta compadecerse de un hombre en desgracia, un hombre torturado y sin derechos, es considerado como un crimen. Todo el pueblo —obreros y campesinos— está a merced de los funcionarios del gobierno que son ladrones de la propiedad del Estado, ladrones que no sólo no se preocupan por los intereses del pueblo, sino que los pisotean. Los funcionarios del gobierno han llevado al país a una destrucción completa; lo han arrojado a una guerra ruinoso y lo llevan cada vez más hacia su ruina. Nosotros, los obreros, no podemos opinar sobre la forma en que se gastan las enormes sumas que se nos cobran por impuestos. No sabemos cuándo ni por qué se gasta el dinero que se saca del pueblo miserable. El pueblo carece de toda posibilidad de expresar sus deseos y ahora pide que se permita tomar parte en la administración de los impuestos.

“Los obreros carecen de la posibilidad de organizarse en sindicatos para la defensa de sus intereses.

“Señor, ¿está esto de acuerdo con la ley divina, por cuya gracia reinas? ¿No es mejor para nosotros —la clase trabajadora de Rusia— morir y dejar que vivan los capitales, explotadores de la clase trabajadora, los funcionarios y ladrones del pueblo ruso? Esta es nuestra situación, Señor, y es lo que nos ha traído hasta las puertas de tu palacio...”<sup>15</sup>

Así fue cómo una huelga se convirtió en una manifestación política conducida por un sacerdote que había sido asignado por el propio gobierno a las organizaciones obreras, de acuerdo con la política rusa, la Okrana. Aun no se trataba de una masa revolucionaria; era solamente una masa de súbditos. Las demandas de la petición eran de carácter político, pero se presentaban en términos que mostraban una mezcla de sumisión al zar y de rebelión. Podía observarse la influencia de las ideas socialistas. La principal demanda de esta petición era la votación directa y secreta, y la formación de una Asamblea Constituyente. En resumen, la petición principal se refería a una democracia política y económica. Después venían las peticiones de derechos civiles, como la libertad de expresión, de prensa, de asociación, y de religión; finalmente, se pedía el derecho de huelga, salarios decentes, jornada de trabajo de ocho horas y algunas otras cosas.

Estos miles de obreros rusos, armados con sus iconos, y conducidos por

<sup>15</sup> Tomado de A. J. Sack. *The Birth of the Russian Democracy*, Oficina de Información Rusa, 1918, pp. 99-100.

su sacerdote, fueron detenidos por una muralla de soldados armados con fusiles. Se les ordenó que se dispersaran, y cuando no obedecieron, las tropas —aun contra su voluntad— dispararon contra la multitud. La blanca nieve de San Petersburgo se manchó con la sangre de los obreros y el Padre Gapon nunca presentó su petición. Pero las masas obreras se levantaron furiosas y la revolución comenzó.

Un corresponsal del *New York Times*, informó con su exactitud acostumbrada sobre los sucesos de ese 22 de enero de 1905.

“San Petersburgo, enero 22. Este día ha sido de un horror imposible de describir en esta ciudad. El ministro del interior Sviatopolk Mirsky, presentó a Su Majestad anoche, la invitación de los obreros de aparecer en el Palacio de Invierno esta tarde para recibir su petición, pero los consejeros del emperador ya habían tomado la decisión de presentar un frente firme y resuelto, y la respuesta del emperador a los 100,000 obreros que trataron de abrirse paso hasta la plaza del palacio, fue un batallón de soldados que los recibió con rifles, bayonetas y sables.

El sacerdote Gapon, dirigente e ídolo de los obreros, que con sus vestiduras doradas, llevaba en alto la cruz a la cabeza de miles de obreros por la puerta Narva, escapó milagrosamente a la descarga que abatió a cientos de personas.

Las cifras de los muertos y heridos en la Puerta Narva y en la Puerta de Moscú, en los diversos puentes e islas y en el Palacio de Invierno, varían. El cálculo más cercano habla de 500 caídos, aún cuando algunos exagerados, dicen que fueron 5,000. Muchos hombres iban acompañados por sus mujeres e hijos, y en la confusión, donde no hubo tiempo de distinguir, todos compartieron la misma suerte.

Un regimiento se rebeló.

Las tropas, con excepción del Regimiento de Moscú que arrojó las armas, permanecieron leales y obedecieron las órdenes.

Las autoridades militares dominaron todas las arterias de la ciudad. Para la madrugada, los regimientos de caballería e infantería habían controlado todos los puentes sobre el congelado Neva, la red de canales que cruza la ciudad y las garitas que conducen a la sección industrial, mientras que en la Plaza del Palacio, centro de los desórdenes, estaban acampados regimientos de dragones, infantería y cosacos de la guardia.

Alejados de los puentes y las garitas, los hombres, mujeres y niños, cruzaron el congelado río y los canales sobre el hielo, en grupos de dos o tres, corriendo hacia la Plaza del Palacio, donde estaban seguros que el Emperador los escucharía.

Pero, las entradas de las diversas calles a la plaza fueron desalojadas con cargas de cosacos. Los hombres y mujeres, enfurecidos hasta el máximo por la pérdida de sus familiares, lanzaron maldiciones sobre los soldados, cuando se retiraron.

Los huelguistas construyeron barricadas.

Muchos hombres arengaban a la multitud, diciéndole que el Emperador los había engañado y que había llegado el momento de actuar. Los huelguistas comenzaron a construir barricadas en la Perspectiva Nevsky y en otros puntos, utilizando cualquier material de que podían echar mano y aún derrumbando los postes de telégrafos.

Mientras tanto, la lucha continuaba en diversos puntos, donde los soldados seguían disparando y atacando a la multitud. Toda la ciudad era presa del pánico. Las mujeres corrían por las calles, buscando a los miembros de su familia que les faltaban; muchas barricadas fueron arrasadas por las tropas.

Hacia las 8 de la noche, las multitudes, exhaustas, comenzaron a dispersarse, dejando a los militares en posesión de la victoria. Al retirarse por la Perspectiva Nevsky, los obreros apagaron las luces.

La pequeña capilla de la Puerta Narva quedó destruída; en la isla Kaminostov, todas las luces se extinguieron.

Cualquier oficial con uniforme del emperador que era encontrado solo en el camino, era destrozado por las masas. Un general fue asesinado en el Puente Nicolás, y se capturó a una docena de oficiales, a quienes se quitaron sus insignias y sus espadas.

Las tropas no atacaron al padre Gapon.

En la Puerta Narva hubo una escena de gran dramatismo cuando el padre Gapon, con sus vestiduras doradas y llevando en alto la cruz, acompañado por dos clérigos con estandartes religiosos, se acercó a la cabeza de un grupo de 8,000 obreros.

Las tropas cerraron la entrada. Varias veces un oficial dio orden a los manifestantes para que se detuvieran, pero el padre Gapon no se detuvo. Después se dio la orden de disparar, primero con cartuchos sin bala. Se hicieron dos descargas, pero la manifestación no retrocedió. Entonces, con visible disgusto, el oficial dio la orden de disparar con balas y la siguiente descarga fue seguida por los gritos de los heridos.

Cuando los cosacos se echaron sobre la multitud, los trabajadores huyeron, dejando unos 100 muertos o heridos.

Se vio claramente que los soldados deliberadamente habían salvado al padre Gapon. Uno de los clérigos que iba a su lado resultó herido, pero

el líder escapó ileso y se escondió detrás de una barda hasta que pasaron los cosacos. Después, los trabajadores lo escondieron.

Así fue como el 22 de enero de 1905 recibió el nombre del "domingo sangriento". Inmediatamente se hicieron sentir sus efectos; nuevos valores ocuparon rápidamente el primer plano: los valores de los trabajadores.

He aquí un informe del corresponsal de *The New York Times*, sobre los sucesos del "domingo sangriento" de 1905:

"Los huelguistas, llevados a la desesperación por los sucesos de ayer, día de violencia, furor y derramamiento de sangre, se encuentran en abierta insurrección contra el gobierno. Se rumora que, de 30 a 40,000 huelguistas de Kolpino, a 16 millas de distancia, marchan armados sobre San Petersburgo."

"Los hombres están armándose con todo lo que consiguen para reanudar la lucha. Tienen pocas armas de fuego, pero están convirtiendo sus instrumentos de trabajo en armas improvisadas."

"Hay rumores de trastornos en Finlandia y, además, se habla de defeciones en el ejército. Los líderes de la huelga dicen que esperan noticias de Moscú y otras grandes ciudades, en donde las tropas no se consideran tan leales como los regimientos de guardia."

"El regimiento de Moscú, ayer, se negó a disparar sobre los trabajadores."

"Nadie sabe cuantos hombres, mujeres y niños resultaron muertos o heridos ayer por las descargas de las tropas. Algunos calculan que hubo 5,000 muertos, pero posiblemente no sean sino 500."

"El emperador se encuentra en *Tsarskoe Selo*, adonde huyó la anciana emperatriz."

"En una gran reunión que hubo anoche, se leyó el siguiente mensaje de M. Gorky:

'Queridos camaradas: Ya no tenemos emperador, la sangre inocente se interpone entre él y el pueblo. Ahora comienza la lucha del pueblo por su libertad. Ojalá y prospere. ¡Mis bendiciones para todos ustedes! Quisiera estar con ustedes esta noche, pero tengo mucho trabajo.'

Un trabajador que habló en nombre del Padre Gapon, pronunció un discurso incendiario. Hizo un llamado a los liberales para que les proporcionaran armas. La asamblea aprobó una carta en que se denunciaba a los oficiales y regimientos que habían disparado sobre los trabajadores, y otra en que se exaltaba al regimiento de Moscú que se había negado a disparar.\*

\* Citado con permiso de *The New York Times*.

Hasta el 22 de enero de 1905, el zar había sido adorado como una divinidad en toda Rusia; pero ese día, el mito de tres siglos se vino abajo. El zar, repentinamente, se convirtió en ser humano. . . pero en un ser humano despreciado, odiado.<sup>16</sup>

El trueno encontró rápidamente eco en los territorios conquistados. El 27 de enero de 1905, el Comité de Varsovia del Partido Socialista Polaco lanzó la siguiente proclama:

“¡El pueblo ruso está rompiendo sus cadenas y ha declarado la guerra para vivir o morir! Desde San Petersburgo, el movimiento se ha extendido a Moscú. Lituania ya comenzó también su lucha; Vilno y Krovno se han declarado en huelga. En estos momentos, en la iniciación de la revolución, el pueblo polaco no puede permanecer silencioso.”

“¡Camaradas. . . comencemos el ataque! ¡comencemos la huelga general! <sup>17</sup>

Los choques armados se extendieron por las poblaciones rusas y polacas. La huelga abarcó 122 poblaciones, de las cuales 78 se encontraban en territorios fronterizos, Polonia, los países Bálticos, y el Cáucaso, en donde la lucha nacional se combinaba con demandas sociales y políticas. Las otras 44 poblaciones estaban en el centro de Rusia.<sup>18</sup>

*La transformación de las huelgas y la fatiga.*—La revolución desde abajo es impulsada por el ímpetu de las masas. ¿Qué es este ímpetu? Los rusos y los polacos utilizan palabras semejantes para indicar el proceso revolucionario, *Natroyenie* y *Nastroi*. Este término no es fácil de traducir, ya que se asemeja a la palabra alemana *Stimmung* que quiere decir estado de

<sup>16</sup> Se deben unas palabras de elogio al *New York Times*. El autor comparó un importante semanario inglés con *The New York Times*, y encontró que el corresponsal y director de este periódico fueron quienes primero descubrieron el proceso revolucionario y quienes informan en detalle de la creciente intranquilidad, mucho antes del 23 de enero. Los directores no subestimaron la importancia del movimiento.

<sup>17</sup> *Polsha Partya Socjalistyczna Streik Polityczny w Krol. Polskiem*. (Partido Socialista Polaco. Huelga política en el Congreso de Polonia, Krakow, Polonia 1905), págs. 3 ss.

Sobre la revolución en Polonia, véase también la obra de Josep Pilsudski *O Rewolucji*, 1905, en la colección de obras de *Pisma Zbiorowe*, III, pp. 48 ss.

Josef Kwaitek, líder de la revolución de 1905 (PPS) escribió numerosos folletos y artículos, y lo mismo hizo Leon Wsilewski, aunque el autor de estas líneas no pudo encontrar ninguna de sus publicaciones en los Estados Unidos de América. Un miembro de la organización militar del PPS Jan Kwapinski, escribió una interesante memoria, titulada *Organizacja Bojowa* (La Organización Militar), Londres 1943, 2ª ed. Las publicaciones oficiales de aniversario de los comunistas en Polonia han deformado mucho los hechos históricos. En 1955, se publicaron libros y folletos, para el L aniversario, y la SDKPL, que representó un papel insignificante, fue presentada como la fuerza principal.

<sup>18</sup> Tscherevanin, pág. 32.

ánimo. Animo revolucionario, puede ser el equivalente más cercano. Es un impulso extraño: el entusiasmo y la voluntad de muchos individuos. Pero, este impulso no es eterno, y sus límites han quedado establecidos por numerosos factores. Primero, viene la fatiga, una fatiga psicológica que reemplaza al exaltamiento inicial, y que resulta de la acumulación de tensiones y penalidades sufridas anteriormente, durante, y después de la revolución.

Los transportes se detienen o se retardan; los alimentos escasean en las ciudades, y los precios suben. Al principio, hombres y mujeres se sienten felices de haberse librado de la rutina y de las restricciones; pero, después de semanas de permanecer ociosos, empiezan a suspirar por el ritmo diario del trabajo en la oficina o la fábrica, y por reunirse nuevamente con sus camaradas y amigos. Anhelan tiempos más tranquilos y, además, se sienten defraudados por los resultados de la revolución. De esta manera, después de momentos de exaltación, llega la crisis y comienza la reacción.

Durante la revolución de 1905, pudo observarse un interesante mecanismo revolucionario. Las tensiones comenzaron a aumentar con la huelga económica para lograr mejores condiciones de vida; esto produjo una huelga política para lograr objetivos cívicos y, a su vez, la huelga política, dio por resultado una huelga general, que abarcó muchas industrias en una gran extensión del territorio.

Las huelgas económicas y políticas fueron interdependientes. Una insignificante huelga económica local, puede ser la chispa que encienda una poderosa huelga política que pronto se extienda por todo el país como huelga general, deteniéndose el trabajo en la mayor parte de las industrias y comunidades estratégicas.

Lenin escribió lo siguiente, sobre las huelgas de la revolución de 1905:

“Una característica excepcional fue la interrelación de las huelgas políticas y económicas, durante la revolución. No puede haber duda de que la íntima conexión entre estas dos formas de huelga garantizó la gran fuerza del movimiento.”<sup>19</sup>

Las huelgas estratégicas son las que afectan los instrumentos del poder (los medios de comunicación y transporte) que son básicos para el funcionamiento diario de un estado centralista.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Lenin. Conferencia sobre la Revolución de 1905. Moscú 1950, pág. 13.

<sup>20</sup> L. Trotsky, *op. cit.*, pág. 202, cita la introducción de Engels a la obra de Karl Marx. Guerra en Francia, en la que Engels subraya la importancia de los ferrocarriles en el esfuerzo para sofocar la insurrección. Trotsky subrayó la significación específicamente revolucionaria de las huelgas de obreros en empresas tan estratégicas como los telégrafos y los ferrocarriles.

Una huelga en una imprenta de Moscú no era peligrosa, ni siquiera en 1905; pero dio origen a un paro político y estratégico: la huelga de ferrocarriles, que, a su vez, se convirtió en huelga general.

Pero, esta huelga general prolongada produjo fatiga. No sólo el gobierno se veía afectado, sino también el pueblo, los campesinos y obreros. Éstos carecían de dinero con qué sostener a sus familias. Entonces comenzaron a volver al trabajo; se acabaron los choques con el ejército, y los partidos revolucionarios quedaron sin rumbo. Las huelgas se redujeron a áreas locales, perdiendo su calidad de avalancha; no se transformaron. Pero, antes de llegar al colapso total, surgió un nuevo ímpetu, y apareció un nuevo incidente precipitante. Nuevamente hubo un estímulo que sostuvo el impulso revolucionario durante varias semanas, hasta que alcanzó otro punto de fatiga.

Una huelga general que se extiende más allá de las posibilidades de resistencia de la población, derrota a la revolución. Las penalidades de la huelga general no son la única causa de la fatiga; otro factor es la represión militar despiadada, que a veces canaliza el espíritu revolucionario empujándolo a realizar linchamientos de judíos; además de la larga duración de la lucha. En algunos casos, una huelga local no llega a convertirse en huelga general; en otros, se presenta la fatiga en una población, mientras que en otra el espíritu revolucionario conserva su fuerza. La secuencia no es siempre la misma.

El mando de la revolución, y la mayor parte de las actividades, dentro de Rusia, se concentraron en la capital, en San Petersburgo, y de ahí se difundieron por todo el país. Fuera de la capital, las actividades revolucionarias fueron, en general, mucho más débiles, con excepción de las que estallaron en las provincias conquistadas, como Polonia o el Cáucaso, en donde la revolución fue intensa y dinámica, tanto desde el punto de vista social como nacional.

Esta transformación de las huelgas fue una de las características sociológicas más importantes de las revoluciones de 1905 y 1917. En 1905, el ciclo puede descubrirse varias veces repetido; la huelga económica que se convierte en huelga política, la cual, a su vez, se vuelve huelga general; luego, se presenta la fatiga que se transforma en un casi-colapso del espíritu revolucionario hasta que llega un nuevo ímpetu, el cual, nuevamente comienza con la transformación de la huelga económica en huelga política, y luego en huelga general. La revolución de 1905 tuvo tres períodos, muy apegados a este esquema: el primero, en enero, se concentró en San Petersburgo, y el tercero, fue una rebelión armada en Moscú en diciembre.

Después de cada período se presentó la fatiga revolucionaria de acuerdo con la siguiente secuela:

A) Enero de 1905 —huelgas económicas, precipitante, huelga política, huelga general, fatiga.

B) Octubre 1905; huelgas económicas, precipitante, huelga general, huelga política, fatiga.

C) Diciembre 1905, precipitante, insurrecciones armadas (simultáneas) huelga general fracasada, contracción militar, derrota, fatiga, colapso.

Después de la revolución de enero de 1905, el punto de fatiga se presentó hacia marzo. La manifestación de los obreros el 1º de mayo fue muy débil. En este día de fiesta tradicional para un período revolucionario, no hubo manifestación en masa sino en Lodz y Varsovia, en Polonia, en donde la huelga general había tenido éxito.<sup>21</sup> Aquí continuaba el impulso, y en los períodos de fatiga se presentaban repentinamente llamas que incendiaban la situación aquí y allá. Algunas de éstas fueron verdaderas precipitantes.

En junio, los marinos del barco de guerra Potemkin, se amotinaron en Odessa, pero los soldados y marinos de otras unidades no quisieron unírseles y el motín no se extendió al gobierno. Por el contrario, se mandaron refuerzos y la insurrección de los marinos fue sofocada.

La nueva chispa estalló en octubre. Esta vez, el precipitante fue también un factor económico. Los impresores iniciaron la huelga para conseguir un aumento de salarios, especialmente por el trabajo adicional que significa la puntuación. De esta lucha insignificante por centavos y comas surgió la mecha que condujo a la revolución.

La situación era francamente revolucionaria. Durante numerosas reuniones celebradas por los impresores se incendió la chispa. Y, aunque los impresores volvieron al trabajo, los ferrocarrileros se declararon en huelga. Uno por uno, todos los ferrocarriles pararon y la huelga volvió a extenderse por toda Rusia. La huelga general de los ferrocarriles tuvo significación especial porque se trató de una huelga estratégica que paralizó el funcionamiento del gobierno. Esta vez, los jefes de la revolución se habían apoderado de un instrumento muy importante del poder. El gobierno tomó medidas extremas y dió órdenes terminantes a las tropas que participaron en los encuentros callejeros: "No ahorren cartuchos." Las demandas políticas eran ya las más importantes. El Congreso del Partido democrático Constitucional, de la clase media (*Kadetets*) expresó su solidaridad con los obreros huelguistas, pidiendo derechos civiles, una asamblea constituyente

<sup>21</sup> Tscherevanin, p. 36.

y franquicia general. De las huelgas económicas de los obreros fabriles, el proceso revolucionario transformó al movimiento en una revolución política popular. El Zar lanzó un manifiesto (El Manifiesto de octubre) concediendo los derechos civiles. El conde Witte, moderado, fue designado primer ministro; y no obstante, los síntomas de fatiga no tardaron en aparecer:

“El 19 de octubre la tranquilidad había vuelto a San Petersburgo. No había ni manifestaciones callejeras ni reuniones. . . El estado de ánimo del pueblo cambió en un momento: la intranquilidad y el entusiasmo fueron reemplazados por el desaliento. Aumentó el temor. El pueblo hablaba de los trabajadores y del *soviet* con respeto, (deben haber sido temerariamente valientes) pero sin entusiasmo. No podía esperarse nada bueno de ellos.<sup>22</sup>

En noviembre, reapareció la fatiga revolucionaria. Esta fatiga afectó aun a los delegados al concejo de obreros, al *soviet*, centro del poder. A principios de diciembre, su presidente Chrustalev, fue aprehendido. Esto constituyó un nuevo precipitante, y el proceso revolucionario entró nuevamente en movimiento. El 8 de diciembre, el *soviet* proclamó una insurrección armada en contra del gobierno. La huelga constituyó nuevamente el arma estratégica. Sin embargo, la revolución se acercaba al período de fatiga crítica. La huelga ferrocarrilera ya no era general. La línea crucial de Moscú a Petersburgo estaba ya funcionando. Los insurgentes no pudieron lograr un control total del servicio postal y ferrocarrilero, importantes instrumentos del poder. Cuando la huelga llegó a su máximo, los empleados del ferrocarril reanudaron sus labores dominados por la fatiga.

El episodio de la insurrección de Moscú es el único ejemplo importante de una revuelta armada en la propia Rusia. La lucha en los distritos en que se levantaron barricadas continuó durante muchos días, hasta el 30 de diciembre. El gobierno, después de utilizar todas sus fuerzas y todas sus armas, desde el látigo de los cosacos, hasta los cañones de la artillería, triunfó por superioridad militar. Los principales instrumentos de poder, o sean las armas, estaban en sus manos. De cualquier manera, el movimiento huelguista en Moscú, nunca fue tan poderoso como en Petersburgo. Tampoco pudieron los revolucionarios establecer los contactos adecuados con los soldados amotinados, y entonces los instrumentos del poder quedaron en manos del gobierno.

<sup>22</sup> Woytyński, *Der Erste Sturm Erinnerungen aus der russischen Revolution*, 1905-Berlín, 1931, p. 99. Sobre la inquietud agraria durante la revolución de 1905, véase *Agrarnoyè Dvisheneye* 1905, "Goda", *Archiivo Krasnyi*, Vol. 11, 12-1925, sobre la reacción en la marina y el ejército, *Flota 1905*, *Ibid.*, 1930.

Esta vez no se trató solamente de una fatiga revolucionaria, sino de un verdadero colapso. La chispa volvió a encenderse en 1917. Mientras tanto, la huelga general se extendió a Tiflis y a otras ciudades del Cáucaso. Aquí los líderes del partido social-democrático se apoderaron de los ferrocarriles. Pero se proclamó la ley marcial y los ferrocarriles fueron recuperados por el gobierno. Después del colapso de la revolución, la sección de trabajadores de Tiflis quedó sujeta a una brutal acción militar que finalmente se extendió a otras secciones de la población.<sup>23</sup>

Muchos patrones apoyaron en forma decidida al movimiento huelguista. Durante la revolución de 1905, los jóvenes de la clase media liberal en Rusia, y aun algunos de los jefes de grandes negocios, también de ideología liberal, se hallaban en un conflicto mortal con la corrompida y decadente aristocracia rusa. Este conflicto es la clave para comprender la significación histórica, tanto social como política, de la revolución rusa de 1905. Dentro de esta situación, la significación del Manifiesto de Octubre, en que se concedían derechos civiles limitados, resulta enorme, y tuvo como resultado la rápida extinción de la revolución. Las clases medias habían obtenido casi todo lo que deseaban —la promesa de derechos civiles y la Duma, que era un organismo político representativo.

*Aparición de un nuevo centro de poder.*—La revolución de octubre fue espontánea. En sus etapas iniciales careció de dirección central, pero, cuando la tuvo, el movimiento ganó en intensidad y unidad. En ese momento, comenzó el proceso de institucionalización de la revolución y, de un núcleo espontáneo y sin estructura, se convirtió en una institución social, con funciones objetivas y autoridad definidos. En 1905 se nombró al Soviet, y en octubre de ese mismo año, se puso a prueba por primera vez esta institución revolucionaria.

Se recordará que el período de octubre de la revolución de 1905 comenzó con la huelga de impresores en Moscú. La rápida marejada no tardó en arrastrar a los impresores de Petersburgo, a obreros de otros oficios y, sobre todo, a los ferrocarrileros. ¿Quién daba las órdenes? ¿De dónde salían las decisiones?

La influencia de los partidos revolucionarios subterráneos, como los social-demócratas y los social-revolucionarios era considerable; pero era siempre una influencia "exterior"; los comités socialistas se componían de intelectuales y obreros y representaban un distrito político o un movimiento nacional. La huelga era producto de los trabajadores de dentro de la fábrica. La decisión de emplazar a huelga se tomaba en las reuniones de la

<sup>23</sup> Tscherevanin, p. 108.

fábrica convocadas por los comités de huelga y por el sindicato obrero del gobierno o por los sindicatos libres subterráneos. Surgieron muchos sindicatos ilegales como la Unión Tipográfica y Linotipográfica de Moscú. Sin embargo, antes de octubre de 1905, el movimiento revolucionario, carecía de una dirección central definitiva, de una autoridad revolucionaria que integrara y dirigiera todo el movimiento espontáneo.

Las reuniones se celebraban en la Universidad y en la Escuela Tecnológica de Moscú en donde las masas de obreros se reunían para escuchar a los oradores. Hasta los cocheros decían con satisfacción a los transeúntes: "Ahí está el sitio en que se puede oír como el pueblo maldice al Zar." De hecho fue el sitio en donde nació la institución creada por los mencheviques.

El nacimiento de una institución revolucionaria tiene un interés sociológico especial. ¿Cómo comienza una institución de tal significación histórica? ¿Cómo se desarrolla? Numerosos informes de los observadores describen el nacimiento del centro de poder que dio integración al movimiento, creándole un sentido de unidad y organización y proporcionando la dirección central necesaria para su desarrollo.<sup>24</sup>

Después de la revolución de enero de 1905, el Zar designó una comisión especial, (la llamada comisión Shildovski) para que sugiriera los cambios indispensables en las relaciones industriales. Los obreros de las fábricas eligieron a sus representantes, pero la comisión Shildovski no logró nada y no tuvo ningún vínculo institucional con el Soviet. Sin embargo, se estableció un mecanismo sociológico; los trabajadores, por primera vez, eligieron a sus propios representantes ante una institución oficial. Se había creado una norma de conducta política.

En octubre de 1905, cuando comenzó el nuevo período de huelgas, los mencheviques (socialistas democráticos), discutieron acaloradamente qué tipo de representación podría expresar los sentimientos revolucionarios de los trabajadores. Dos tendencias se pusieron de manifiesto. La primera

<sup>24</sup> En la historia del Soviet, escrita por su primer presidente, Chrustalev-Nosar, se encuentra una información detallada sobre este punto. St. Peterburgo 1905 (*History of the Soviet Workers Diputies*). El capítulo escrito por A. Kosoblev ("Como comenzó el Soviet") es de interés especial (pp. 22-44). V. Woytinsky fue observador participante, lo mismo que Kosoblev y Trotsky. La relación de Woytinsky es fría, crítica y objetiva. Con una imparcialidad excepcional, describe las altas y bajas de la influencia del *soviet*; resulta particularmente interesante la descripción del momento en que se debilitó su influencia. Woytinsky era uno de los líderes más jóvenes de la revolución. Véase también, Trotsky, pp. 87 ss. y Woytinsky, pp. 75-77. La relación de Trotsky es viva, interesante y entusiasta. Sin embargo, carece de la imparcialidad y veracidad esenciales que caracterizan los informes de Tscherevanin y Woytinsky.

apoyaba decididamente el principio de autodeterminación (*samo upravleine*), defendido principalmente por Axelrod. Según esta teoría, debía instituirse una elección general democrática, en donde se elegiría una nueva autoridad representativa, una asamblea revolucionaria constituyente, que asumiría la dirección (política) y el poder. Desde luego que se convocaría a esta elección sin pedirle permiso al zar. Lo que surgiera de ahí sería una representación popular democrática, o sea, el futuro gobierno.

La segunda teoría proponía que los obreros eligieran miembros para un comité de obreros. Pero se temía —y con razón— que, de esta manera, se limitaran las posibilidades de una concepción más amplia, a saber, la de un gobierno revolucionario electo. También se presentó la sugestión de que organismos electos del cuerpo de gobierno autónomo, podrían entrar en contacto con miembros de movimientos revolucionarios de otros grupos. Bajo los auspicios de la nueva autoridad democrática, podía instituirse la elección de comités que representarían a los obreros de fábricas específicas.

En última instancia, las decisiones favorecieron a la segunda proposición, referente a que el comité de obreros era lo mejor en las circunstancias existentes. Se acordó que se eligiera un diputado por cada 500 obreros. Una fábrica que tuviera 10,000 obreros, por ejemplo, sería representada por 20 diputados.<sup>25</sup>

El 13 de octubre se reunió la primera asamblea de delegados en la Escuela Tecnológica de Moscú. Algunos de los presentes eran líderes políticos que no habían sido electos por los trabajadores.<sup>26</sup> Se proclamó la huelga general y se presentaron las demandas políticas. Al día siguiente, se reunieron nuevamente los delegados, pero esta vez provenían de 42 fábricas y 3 sindicatos; es decir, que del 80 al 90 por ciento, eran representantes genuinos. El 15 de octubre, se reunieron 226 delegados electos, en representación de 96 fábricas. Para el 17 de octubre, el comité tenía ya la suficiente fuerza para asumir la dirección del movimiento, apoyándose en diversos grupos revolucionarios.<sup>27</sup> Se publicó una proclama con peticiones en el periódico oficial *Isviestsia Sovietu Rabochich Deputatov* N<sup>o</sup> 1 (Noticias del Concejo de los diputados obreros). Así nacieron el concejo del Soviet e *Isviestia*, instituciones que habían de hacer historia.

Esta norma de conducta política —la elección de delegados en gran escala— se había extendido a toda la comisión Shidlovski. El sitio de las

<sup>25</sup> Sobre estos debates, véase Nosar, *op. cit.*, pp. 22-44 (artículo de A. Kosolev).

<sup>26</sup> Según Kosoblev, había de 30 a 40 delegados; según Woytinsky, *Op. cit.*, p. 75, había sólo de 10 a 15.

<sup>27</sup> Véase Woytinsky, *Op. cit.*, pp. 75-77, Trotsky dice que el 23 de octubre fue el día en que se formó.

reuniones y las reuniones mismas, eran ya habituales. La teoría y las formas del soviét se desarrollaron posteriormente en manos de los teóricos del partido. La fuerza del Soviet provenía del principio del consenso de los gobernados, principio extraño al gobierno zarista.

Nosar Chrustalev fue electo presidente del Soviet; era miembro de un grupo democrático socialista moderado, llamado "liberación". El concepto del Soviet fue creación de los socialistas demócratas (*mencheviques*) y después fue adoptado por los totalitarios bolcheviques o comunistas, en 1917. Esto pudo lograrse porque cualquier institución, aunque sea democrática, puede ser encaminada hacia objetivos, totalmente diferentes de los originales y aun contrarios a los mismos. Nuevos objetivos pueden desplazar a los antiguos y la institución puede utilizarse como instrumento contra los iniciadores.

*El poder dual de 1905.*—El control social pasó del gobierno al *soviét*. El poder del gobierno se basaba en la fuerza; sus órdenes eran impuestas por la policía y las autoridades. El control social del *soviét*<sup>28</sup> derivaba toda su fuerza de la aceptación voluntaria, por parte del pueblo, de las órdenes que dictaba. El soviét no poseía ningún mecanismo para imponerse, aparte del consenso de la disciplina voluntaria. El primer ministro, conde Witte, declaró: "La población obrera de San Petersburgo, casi en su totalidad, ejecuta las decisiones del soviét con sumisión completa."<sup>29</sup>

A medida que el control social del gobierno iba debilitándose, el soviét, como nuevo centro de poder, iba adquiriendo fuerza. Cambió el sentido de la lealtad del pueblo; los huelguistas y sus simpatizadores se identificaron con el soviét y su ideología. Esta identificación se realizó por medio del empleo de símbolos, manifestaciones de masas y reuniones. La bandera roja significa las ideas sociales, económicas y políticas de los partidos revolucionarios y del soviét. Era una "representación colectiva", aunque vaga, de la democracia, la justicia social y la igualdad.

También simbolizaba cualquier otro deseo que el rebelde quisiera expresar.

La aparición del "poder dual" en la situación revolucionaria rusa es de interés singular para un análisis sociológico del movimiento. El soviét dirigía la lucha en contra de la opresión y la explotación y apelaba a las masas, invocando sus problemas, sufrimientos y necesidades. Los oradores

<sup>28</sup> *Soviét* significa Consejo. Véanse también *Memoirs of Comte Witte (op. cit.) "Le Premier Soviet"*, *La Revue Hebdomadaire*, París, marzo de 1921. La reseña de Witte, nos ofrece un punto de vista "del otro lado de la barricada".

<sup>29</sup> Witte, *op. cit.*, p. 270.

y líderes del soviet hablaban el mismo idioma que las masas. Éstas obedecían al soviet y comprendían que el gobierno iba perdiendo el control. El sentido de la lealtad comenzó a desviarse hacia el soviet. Esta fuerza psicológica, aunque invisible, influyó sobre la conducta del pueblo. Fue entonces cuando aumentó la influencia de los comités socialistas, y varias secciones del pueblo comenzaron a identificarse con los lemas y símbolos socialistas. En consecuencia, el soviet consolidó el mayor movimiento de masas de toda la historia rusa. Los grupos intelectuales dejaron de ser clubes de teóricos aislados; había llegado el momento para apoderarse ideológica y psicológicamente de las masas.

El resultado de este proceso fue que la ruta hacia el poder se bifurcó, por decirlo así; un sendero conducía al soviet y el otro, al gobierno. El gobierno seguía teniendo el control del ejército, la policía y los burócratas de las provincias. El soviet contaba con la lealtad de los trabajadores, de los estudiantes y de la inteligencia. En el campo, los trabajadores también se rebelaron y se lanzaron a la huelga; su lealtad se inclinaba cada vez más hacia los comités social-revolucionarios, y sus simpatías iban hacia el soviet. Había, dentro del mismo territorio, dos centros de poder; existía un poder dual. Uno de estos centros de poder era formal, el gobierno; el otro, informal, el soviet.

Este concepto de división de los centros de poder, llegó a ser, en 1917, de importancia primordial en la estrategia revolucionaria. En la primera etapa, el centro de poder informal quedó establecido; en la segunda, se aniquiló al centro formal de poder, y, en la tercera etapa, el centro informal de poder se transformó en autoridad formal. Aunque esta diarquía apareció como un fenómeno social espontáneo y fracasó en 1905, en cambio tuvo éxito en 1917. En febrero de ese año, la Duma y el comité provisional contra el Zar desempeñaron el papel decisivo en el período de poder dual. De esta lucha surgió rápidamente el gobierno provisional democrático como centro de poder formal. En octubre de 1917, surgió una nueva lucha, cuando Lenin y Trotsky utilizaron el lema "Todo el poder para el Soviet" en contra del centro de poder formal, representado por el democrático Kerensky. En este caso, la estrategia del poder dual y la aniquilación del centro formal de poder, dio por resultado la caída de los demócratas. Los comunistas han seguido empleando esta estrategia a partir de sus experimentos iniciales, tanto en Europa como en Asia. De esta manera, la estrategia desarrollada por los revolucionarios democráticos en 1905 y en febrero de 1917, fue la misma que aplicaron los totalitarios en octubre de 1917.

En 1917, escribió Lenin:

“La situación política de Rusia, ahora, después del 17 de julio, es radicalmente distinta de la situación que había entre el 12 y el 17 de marzo. Durante ese período de nuestra revolución, que ya pertenece al pasado, existía en el Estado el llamado poder dual, que tanto material como formalmente expresaba el carácter indefinido y transitorio del poder del Estado. No hay que olvidar que el problema del poder resulta fundamental para toda revolución.”<sup>30</sup>

Ahora, volvamos a 1905. El soviét de 1905, aunque era aun un centro de poder informal, adquirió extraordinaria fuerza. El arresto de su presidente Churstalev, contribuyó a que estallara el período más violento y heroico de la revolución, los “Días de Diciembre”. El soviét delegó su poder en un comité ejecutivo que tomó en sus manos la dirección. El principio del fin se presentó a mediados de diciembre, con el arresto de los miembros del Soviet.

Cuando se apagó el dinamismo y el entusiasmo de la revolución, la lealtad del pueblo hacia el soviét, también se debilitó.

El soviét de los delegados obreros iba perdiendo terreno. Después de que terminó la segunda huelga, los delegados se reunían con menos frecuencia que antes. El espíritu vivo, el espíritu del entusiasmo revolucionario había desaparecido de las reuniones. Los delegados salían de las reuniones con el sentimiento de que la situación empeoraba. El espíritu de la revolución también abandonó al Comité Ejecutivo de los Soviets; no había mucho tiempo que era aún el corazón de la revolución, el que había podido sacudir la fortaleza del gobierno zarista. Poco tiempo antes el nombre del “comité ejecutivo” tenía una fama casi mística. Y ¿ahora?<sup>31</sup>

¿Se trataba pues, de un momento de fatiga revolucionaria? Desde luego que sí, pues el entusiasmo, el ímpetu psicológico de la revolución, se había desvanecido, y el temor y la fatiga tomaban su lugar. En este vacío, la contrarrevolución avanzó con sus bien armadas fuerzas militares. El control social voluntario del soviét iba declinando. El péndulo se inclinaba nuevamente hacia el control social impuesto, es decir, hacia el gobierno zarista. Sin embargo, este período no duró mucho: solamente 12 años.

*La ecología de la revolución.*—La ecología revolucionaria es el estudio de la relación que existe entre el espacio y la acción social en una revolución. Estos datos son de gran significación para el estudio de la técnica empleada para atrapar el poder. En un estado centralista, como Rusia, la

<sup>30</sup> Lenin, *Collected Works, Toward Seizure of Power*, vol. I, p. 43, “On Slogans”, escrito en julio de 1917.

<sup>31</sup> Woytinsky, *op. cit.*, p. 156.

sede de una revolución en la ciudad capital es de mucha mayor importancia que las tensiones revolucionarias y los estallidos esporádicos en las poblaciones de provincia. En estas estructuras políticas, la revolución en la capital, como ya lo dijimos, puede paralizar al estado. Pero en un país democrático y federal, el principio de una revolución en la capital, tiene una significación diferente, debido a la estructura de poder relativamente descentralizada.

El segundo problema ecológico de la revolución es el problema del campo y la ciudad. Una revolución en las zonas rurales, en las condiciones que dominaban en 1905, es menos peligrosa, para el centro formal del poder, que una revolución en los centros urbanos. Las numerosas huelgas y rebeliones de los campesinos, ciertamente fortalecieron la rebelión urbana, pero eran mucho menos significativas, y, sobre todo, mucho menos peligrosas, para el poder central.

El tercer problema ecológico es la distribución de las acciones revolucionarias dentro de la población o ciudad, es decir, el asalto a los símbolos del poder (como los edificios del gobierno) y a los instrumentos del poder (como los sistemas de comunicación). En 1905, los símbolos del poder no fueron arrebatados al Gobierno. La estrategia de la revolución iba dirigida hacia otros objetivos. En los días de octubre, las reuniones se celebraban en la Universidad. Los obreros de todas las fábricas se reunían en ese lugar y desde ahí se difundía su influencia sobre toda la ciudad de St. Petersburgo. Posteriormente, las reuniones se celebraron en las mismas fábricas, donde les resultaba más fácil a los trabajadores reunirse, pues no tenían que irse hasta la Universidad. Sin embargo, a causa del cambio en la distribución ecológica de las reuniones, la revolución perdió su unidad y también su carácter de revolución democrática que abarca diversas clases y grupos.

La revolución y las actividades políticas se movían del centro de las ciudades, hacia los barrios apartados. "Las reuniones en la Universidad, escribió Woytinski, correspondían a la época en que el proletariado era la fuerza directriz para la liberación de todo el pueblo. Las reuniones en las fábricas indican el comienzo del aislamiento de los trabajadores."<sup>32</sup>

*Las reacciones del Gobierno.*—Los actos de la revolución dieron por resultado violentas reacciones del gobierno zarista. Por la hostilidad que había entre ellos, los revolucionarios y la autocracia estaban atados en un mortal abrazo. Cualquier movimiento de las fuerzas revolucionarias, daba por resultado una reacción inmediata de parte del gobierno. Una ofensiva de los revolucionarios, provocaba un movimiento defensivo o una contra-

<sup>32</sup> Woytinsky, *op. cit.*, pp. 101-102.

ofensiva de las fuerzas de la autocracia. Cualquier ataque de la autocracia obligaba a los revolucionarios a la acción o a la retirada. Sus acciones eran mutuamente interdependientes.

En esta situación, el gobierno zarista utilizó cuatro técnicas fundamentales. La primera, fue la fuerza y la violencia; a pesar de las esporádicas rebeliones de los soldados, el gobierno conservó siempre el control sobre el ejército, la fuerza de policía y los cosacos. La segunda táctica consistió en un esfuerzo para canalizar la tensión popular hacia la guerra, a través de manifestaciones nacionalistas y asaltos contra los judíos. Witte, en sus memorias, admite francamente que el primer ministro von Plehve afirmó abiertamente en una conversación con el general Kuropatkin que Rusia necesitaba una guerra en que triunfara para evitar la revolución. El conflicto ruso-japonés, deseado tanto por los hombres de guerra nipones como por el gobierno ruso, fue la guerra que necesitaban, sólo en que vez de victoria trajo la derrota y no sirvió para desviar a la revolución, más que durante un período muy corto.

Los *progroms*, o asaltos contra los judíos, era un método muy antiguo utilizado como válvula de escape. Generalmente el *progrom* comenzaba con una manifestación patriótica. Se llevaban por las calles retratos del zar, se cantaban el himno y otros cantos patrióticos. Los símbolos esgrimidos eran la autocracia, ortodoxia y la Rusia indivisible. El mecanismo utilizado era la agresión. Se avivaba el odio contra los judíos, contra los polacos, contra los armenios y contra los estudiantes. Estos resultaban un símbolo muy sócorrido en este movimiento antiintelectual. Toda la manifestación terminaba en actos de violencia. Hombres y mujeres perecían en estos *progroms* que la policía ayudaba a organizar y apoyaba activamente. Los "cientos de negros" como se llamaba a los terroristas gozaban del propio apoyo del zar, quien recibió a una delegación de éstos y se puso su distintivo. Los símbolos de valor nacionalista y el etnocentrismo, junto con los odios raciales y religiosos, servían para canalizar en este sentido el ímpetu revolucionario. Como las masas rusas nunca formaron un bloque sólido que apoyara firmemente a la revolución, era posible organizar actos por separado y hacer que dichas masas se desplazaran de un grupo de valores a otro.

En todo esto, el gobierno zarista no hacía más que emplear una antigua técnica de control social, especialmente útil para tratar con grandes masas de gente analfabeta. El odio se utilizaba frecuentemente para lograr el apoyo de las masas para las guerras expansionistas, odio contra los turcos, contra los polacos, contra el "podrido" occidente. Las organizaciones reac-

cionarias extremistas formaban el aparato que canalizaba el descontento económico o político hasta convertirlo en acción de las masas. Su objetivo era el de fortalecer la autocracia y debilitar la revolución.

La tercera técnica ya ha sido discutida: organización de un sindicato de policía (los sindicatos Zubatov, encabezados en una época por Gapon). Es decir, el control social del gobierno era el que moldeaba la estructura de las masas. Se suponía que con esta técnica podrían separarse las organizaciones socialistas de las masas.

El cuarto método era la capitulación y las negociaciones. En agosto de 1905, se lanzó un decreto en que se prometía un parlamento sustituto, o cuerpo consultivo —la Duma estatal. El manifiesto de Octubre de 1905 estableció los derechos civiles. Sin embargo, en dondequiera que bulleran las fuerzas de la revolución, la autocracia se presentaba nuevamente, con su verdadero carácter y los derechos del pueblo eran nuevamente pisoteados.

*La significación sociológica y política de 1905.*—El comienzo del nuevo siglo y la revolución de 1905 tuvieron una singular importancia sociológica y política. Durante este período surgieron los principales partidos políticos de Rusia; los social-demócratas, los social-revolucionarios y los demócratas constitucionales. La división de los social-demócratas en los democráticos-mencheviques y los autoritaros-bolcheviques, tuvo una gran importancia histórica. En este período se desarrollaron también conceptos básicos de estrategia y táctica revolucionarias. Pero, sobre todo, fue esta la primera revolución rusa surgida desde abajo, la primera revolución en la cual las masas tuvieron realmente una participación activa en el cambio social. Durante esta revolución, el mito tradicional que rodeaba al zar, se derrumbó y las ideas socialistas conquistaron a sectores muy considerables de la clase trabajadora.

Para los propósitos de un análisis sociológico, la revolución de 1905 proporciona un verdadero laboratorio. El mecanismo de un movimiento de masas, la creciente oleada de huelgas, sus transformaciones y su mecánica, pueden observarse fácilmente. Surgieron los centros duales de poder y la división de la lealtad popular; los soviets hicieron su aparición en la historia. La significación de los actos revolucionarios, osciló de acuerdo con la distribución ecológica de la revolución. La fatiga de las masas siguió a la exaltación del entusiasmo revolucionario.

En esta clínica revolucionaria pueden observarse fenómenos que reaparecieron en las revoluciones de 1917. De hecho, la revolución de 1905, nos da la clave para comprender las de 1917. En una introducción a su histo-

ria de 1905, escrita después de la revolución de 1917, Trotsky dice: "La conquista del poder en 1917 no fue una improvisación, como puede creer el burgués. Esta cuestión ya había sido discutida durante una década y media y resuelta en principio."<sup>33</sup>

<sup>33</sup> Trotsky. *Op. cit.* Introducción 70.

La revolución de 1905 fue ampliamente comentada por los socialistas, liberales, demócratas y pacifistas. La respuesta fue especialmente vigorosa en Rusia. El conocido sociólogo ruso Maxime Kovalevski, escribió la obra "La Crisis Rusa", notas e impresión de un testigo, editada en París, 1906. A. Gorottseff, *Les Revolutions*, París, 1930, subrayó también la significación de la revolución de 1905. Los principales hombres de letras escribieron también ensayos sobre 1905, para no mencionar más que León Tolstoy, Maximo Gorki y Dimitri Mereshkovski. Rosa Luxemburgo, en sus exaltados discursos y artículos repitió siempre: "El proletariado ruso nos ha dado un ejemplo de cómo debe hacerse." *Obras Completas*, Vol. 4. Berlín, 1923-28.

## CAPÍTULO XVI

### EL PERÍODO DEMOCRÁTICO: LA REVOLUCIÓN DE 1917

“La revolución se presentó por sí misma, nacida en el caos del colapso zarista.”

Kerensky.

La Revolución de febrero de 1917 fue un movimiento social espontáneo, una revolución típica realizada desde abajo, un resultado de una honda crisis social y política que se precipitó a causa de una mutación de las huelgas. Las masas revolucionarias gravitaban hacia la Duma, único símbolo de poder representativo. Consecuentemente, el poder fue transferido al Comité Provisional de la Duma, conocido posteriormente como Gobierno Provisional. Pronto el Soviet emergió como un segundo centro de poder.

*La desintegración del ejército y de la policía aseguraron una victoria para la revolución desde abajo. Éste es también el momento final de desintegración del antiguo régimen.*

El gobierno democrático provisional se enfrentó a una desorganización social continua, consecuencia de una guerra larga y fracasada, del hambre y de la insatisfacción general. Las masas estaban en contra de la guerra y en favor de una reforma agraria radical así como de la socialización de la industria. El gobierno proseguía la guerra y retardaba las reformas. Esta dilación se debió con mucho a un gobierno democrático realizado por medios legales bajo condiciones adversas. Como resultado de esto, la inquietud aumentó en la capital.

El gobierno democrático enfrentaba ahora dos fuerzas antagonistas formidables: los bolcheviques izquierdistas y los partidos de derecha apoyados por unos cuantos regimientos. Una rebelión de las fuerzas izquierdistas (rebelión desde abajo) fue subseguida por un intento para apoderarse del poder, desde arriba, realizado por parte de los grupos derechistas y militares. En consecuencia, el gobierno provisional resultó debilitado en forma considerable. Entre el pueblo, la confusión y la fatiga iban creciendo en forma continua. Los bolcheviques se apresuraron para aprovecharse de la situación. En ese momento, con los grupos armados bajo su control

procedieron en contra de los instrumentos de poder y se apoderaron del Estado. Esta revolución fue una aprehensión combinada, en la cual un golpe desde arriba alcanzó mayor fuerza y potencia que el movimiento desde abajo. En su casi totalidad, las masas se mostraron pasivas y perplejas.

*El proceso y la situación revolucionarios.*—Durante un corto tiempo, la guerra había canalizado las tensiones revolucionarias por los cauces de las emociones patrióticas. La guerra se convirtió en un problema clave, pero, las organizaciones revolucionarias y los teóricos estaban divididos. Los “defendistas” aceptaban la guerra como un deber patriótico; los “pacifistas” reclamaban una paz inmediata. Finalmente, los “derrotistas revolucionarios” apoyaban la idea de transformar la guerra internacional en una guerra revolucionaria que produjese cambios políticos y sociales en beneficio de las masas de los países en lucha.<sup>1</sup> Lenin representaba la orientación “derrotista”. Su finalidad era la revolución y, sobre todo, la primera etapa de la misma: la derrota de la Rusia zarista. “La transformación de la moderna guerra imperialista en una guerra civil es el único lema proletario correcto”, escribía en relación con esto.

Los trabajadores fabriles estaban sujetos a una autoridad militar que no tomaba en consideración a la autoridad civil y que ejercía su poder conforme le placía. El gobierno se encontraba completamente corrompido y se mostraba asimismo incompetente. El hambre y la miseria eran muy extensas. Las emociones nacionalistas y patrióticas, lo mismo que la militarización de la sociedad y de la economía del país, no constituían sino salvaguardas temporales. La organización había desaparecido, y la desorganización interna de un estado corrompido resultaba cada vez más aparente conforme el proceso revolucionario reasumía su marcha implacable.

Los llamados de atención eran oídos en las cancillerías gubernativas; resonaban en los periódicos y se elevaban en la Duma estatal. La Duma era un cuasi-parlamento débil, dotado de una autoridad muy limitada que era más bien de tipo consultivo.<sup>2</sup> Conforme dijo un historiador podría considerarse a la Duma como un hijo ilegítimo del parlamentarismo europeo. Los diputados eran electos sobre la base de un censo muy complicado que les aseguraba a las clases superiores una mayoría representativa. La Duma fue un sitio en el que se pudo dejar oír la oposición y, rápidamente, se convirtió en foco de atención, esperanza e interés. Las lealtades de los soldados y de la clase media comenzaron a desplazarse hacia ella, aleján-

<sup>1</sup> Victor Chernov, *The Great Russian Revolution*, traducido por P. L. Mosely. Yale University Press, 1936, p. 116.

<sup>2</sup> Véase Florinsky. *Op. cit.*, en 4, pp. 98 y ss.

dose del trono imperial. Entre los miembros de la oposición había muchos hombres inteligentes y capaces en política y no pocos estadistas que sostenían opiniones y conceptos propios de un criterio amplio. La oposición no reconocida por el gobierno —subterránea— así como los revolucionarios y las masas, era mucho más poderosa.

La cooperación entre la Duma y el gobierno resultaba imposible. El gobierno del zar era irresponsable. En tiempos de guerra, el Ministro del Interior participaba muy seriamente en reuniones espiritualistas y ocultistas, asistiendo, en busca de consejo, a sesiones de este tipo en el que se mezclaban extrañamente la pseudo-ciencia y la magia. Los expertos en ocultismo se mostraban capaces de evocar el espíritu del zar Alejandro III, quien se presentaba amablemente y ofrecía consejo rápidamente al través de una mesa sujeta a la levitación. La zarina se encontraba bajo la influencia de un charlatán pseudo-religioso, Rasputín, cuyas indicaciones seguía escrupulosamente. El zar, por su parte, estaba dominado por la zarina. En esta cadena tan singular, el gobierno seguía las órdenes del zar, y la oposición y la crítica se consideraban una deslealtad. El Ministro de Guerra, en un discurso dirigido a una clase de oficiales que estaban a punto de graduarse, se jactaba de que en 25 años no había abierto un solo libro referente a temas militares.

Miliukov, dirigente moderado del Partido Cadete, al comentar las actividades gubernativas, preguntaba: “¿Qué es esto: estupidez, o traición?”

El embajador británico, haciendo a un lado las prácticas diplomáticas, advirtió al zar lisa y llanamente, sin ninguna formalidad, que el país estaba muy próximo a la catástrofe: “Si el Emperador continúa manteniendo en su puesto a sus consejeros reaccionarios, creo que una revolución es, según temo, inevitable”, telegrafió a Londres.<sup>3</sup>

Pero, hubo llamadas de atención mucho más serias: un murmullo formidable de las masas es un síntoma amenazante de una revolución que avanza desde abajo. El informe oficial del Departamento de Policía en octubre de 1916, permite tener una visión del temperamento revolucionario que prevalecía por entonces.

*Actitud del trabajador en víspera de la revolución.*—Una pintura interesante y muy instructiva de las condiciones y de la actitud general de los trabajadores en vísperas de la Revolución, lo proporciona el informe del Departamento de Policía correspondiente a octubre de 1916.

“En opinión de los voceros de los grupos laborales del Comité Central

<sup>3</sup> Sir George Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memoirs*. Cassel & Co., Londres, 1923, II, 18-19.

de Industrias Bélicas (dice el informe), el proletariado industrial de la capital está en los límites de la desesperación y cree que el menor agrietamiento que se produzca con cualquier pretexto, conducirá a disturbios incontrollables que producirán millares o decenas de millar de víctimas. El escenario para tales desquebrajamientos —hay que reconocerlo— está muy bien puesto: la posición económica de las masas, a pesar del inmenso aumento de salarios es angustiosa. . . Incluso en el supuesto de que los salarios hayan aumentado en un 100 por ciento, el costo de la vida se ha elevado, entre tanto, en promedio, en un 300 por ciento. La imposibilidad de obtener, incluso al contado, muchos productos y artículos alimenticios y de primera necesidad; el gasto de tiempo que representa el pasar horas enteras esperando frente a los almacenes formando cola; la creciente morbilidad debida a lo inadecuado de la dieta y lo poco sano de los alojamientos (fríos y húmedos a causa de la falta de carbón y de leña), así como otras cosas semejantes, constituyen un conjunto de condiciones que han producido tal situación que las masas de trabajadores industriales están dispuestas a abandonarse a los excesos más salvajes de un tumulto por hambre.

"A los rigores económicos hay que agregar que las 'incapacidades legales' de la clase trabajadora se han convertido últimamente en 'intolerables e insoportables'; el que se haya denegado el mero derecho de cambiarse de una fábrica a otra ha reducido a los trabajadores —de acuerdo con la opinión de los social-demócratas— a la calidad de mero ganado, bueno únicamente para ser 'asesinado en la guerra' La prohibición de cualquier clase de reuniones laborales —incluso las destinadas a la organización de tiendas cooperativas y de comedores—, la clausura o eliminación de los sindicatos, la persecución de quienes participan activamente en los fondos de beneficio para los enfermos, la suspensión de los periódicos laborales, etc., hacen que las masas trabajadoras, conducidas por elementos más avanzados y de mentalidad revolucionaria, asuman una actitud abiertamente hostil hacia el gobierno, y proteste con todos los medios a su alcance en contra de la continuación de la guerra.

"En opinión de algunos de los social-demócratas más reflexivos, los grupos de trabajadores responsables encuentran difícil evitar que las masas estallen en demostraciones que brotan de la falta de satisfacción de las necesidades y del aumento en el costo de la vida. Una frase de uno de los oradores participantes en una reunión del Fondo Benéfico para Enfermos, según la cual 'Deben Uds. terminar con la guerra si no saben cómo pelear' se ha convertido en grito de batalla de los social-demócratas de Petrogrado.

"Las relaciones íntimas entre los trabajadores de Petrogrado y el ejército indican también que la atmósfera, en el frente, es perturbadora, para no decir, revolucionaria. El alto costo de la vida y la escasez de alimentos —que sufren en primer término las esposas de los soldados— han sido dados a conocer al ejército por los soldados que regresan tras disfrutar de su licencia. Los rumores de hambre en Petrogrado, que circulan en el frente son completamente monstruosos y han invadido ya los dominios de la pura imaginación. De acuerdo con las afirmaciones hechas por los soldados mismos, el ejército cree que en la capital 'una libra de pan vale un rublo', que 'la carne se les vende sólo a los nobles y a los terratenientes, que se ha abierto 'un nuevo cementerio para quienes han muerto de inanición' y así sucesivamente. La ansiedad de los soldados por lo que se refiere a sus familias es muy legítima y comprensible, pero hay que lamentar el que aumente día con día y ofrezca campo fértil para la expansión tanto de la propaganda alemana como de la revolucionaria. Los fondos de beneficio por enfermedad se ahogan en cartas y comunicaciones de 'camaradas', dirigidas asimismo a 'camaradas' del ejército. Estas cartas están llenas de invectivas en contra de los autores de la elevación en el costo de la vida, y hablan del 'día del ajuste de cuentas' que llegará al terminar la guerra o incluso antes.

"En los talleres se oyen, con mayor frecuencia que nunca, discursos de 'derrotistas' declarados que piden 'sabotaje' de los trabajos de municiones, así como la propalación de falsas historias, y la declaración de una huelga general que alguno ha decidido finalmente se realice en octubre. Estos discursos no son atendidos siempre, pero se escuchan con algún interés. . . El problema de una huelga general duradera ha sido discutido con frecuencia y en forma reiterada en muchas fábricas y talleres, y si no encuentra un apoyo unánime es sólo porque los trabajadores están en pro de un planteamiento primordial de sus demandas económicas, en tanto que los socialdemócratas están firmemente convencidos de que la huelga general tiene que producirse necesariamente en un cercano futuro. Muchos de ellos creen que coincidirá con la propagación de la Duma, que se espera habrá de realizarse en poco tiempo.

"Los círculos revolucionarios, por lo tanto, no tienen dudas de que pronto principiará una revolución; de que sus precursores indudable ya se encuentran aquí, y de que el Gobierno se mostrará incapaz de luchar en contra de las masas revolucionarias, que son de lo más peligroso por estar constituidas en gran proporción por soldados y por antiguos soldados." <sup>4</sup>

<sup>4</sup> *Politicheskoe Polozhenie Rossii Nakanune Fevral'skoi Revolutssi v Zhandarskom*

*La desintegración del ejército.*—La incompetencia y corrupción generales del sistema autocrático afectaron al ejército. Rusia entró en guerra muy mal preparada; el ejército carecía de armas y de municiones suficientes.<sup>5</sup> Los soldados fueron al frente sin bastimentos adecuados. Estaban hambrientos, mal vestidos y, lo que es peor aún, armados en forma inadecuada. La jefatura militar era tan inadecuada como el gobierno zarista. Justamente en la misma forma en que este último era hostil a las innovaciones políticas, la jefatura del ejército se mostraba opuesta a las modernizaciones militares. La incompetencia se combinaba con una disciplina primitiva dieciochesca, y a los soldados se les trataba en forma brutal.

Desde 1916 ya existía medio millón de desertores del ejército ruso.<sup>6</sup>

De 1914 a 1917 el número calculado de muertes de las fuerzas militares rusas ascendió a 1 662 000 a 1 860 000.<sup>7</sup> En masa, los soldados desertaban del ejército. Los soldados eran muertos por millares y se rendían en masa. Ya desde el tercer mes de guerra, los informes del estado mayor eran alarmantes.

“En todos aquellos casos en los que se mataba a los oficiales, principiaban los rendimientos en masa, en ocasiones por iniciativa de los subteniente. ¿A qué morir de hambre y de frío sin botas? Nuestra artillería se encuentra silenciosa.”

A los cosacos que liberaron a quinientos prisioneros se les maldijo. Los prisioneros maldecían a sus liberadores porque no querían morir de hambre y de frío nuevamente. Se ofrecieron recompensas por la captura de los desertores: por un soldado raso, 7 hopecs, por un cabo 9, y así sucesivamente.<sup>8</sup>

El reclutamiento se dificultó. En el frente, los soldados inventaron un tipo especial de huelga:

“El comandante de la división supo de esta huelga. Fue al regimiento y no encontró un solo oficial. Estaban en algún sitio escondidos. Encon-

*Osvyashchenii*, en *Krasni Arkhiv*, XVII, 10-74. (La situación política de Rusia antes de la Revolución de Febrero) citado por Michael T. Florinsky, *The End of the Russian Empire*. Yale University Press, 1931, pp. 175-177.

<sup>5</sup> Acerca del Ejército Ruso durante la guerra, véase N. M. Golovine, *The Russian Army in the World War*. Yale University Press, 1931. Chernov, *op. cit.*, pp. 154 y ss. Florinsky, *op. cit.*, pp. 206 y ss.; *The History of the Civil War in the USSR*. Editada por M. Gorky, V. Molotov, K. Voroshilov, S. Kirov, J. Stalin. Intern. Publishers, Nueva York, pp. 41 y ss.

<sup>6</sup> *The History of the Civil War*, p. 42.

<sup>7</sup> F. Lorimer, *The Population of the Soviet Union*. League of Nations. Geneva, 1946, p. 40.

<sup>8</sup> Chernov, *op. cit.*, pp. 158, 162.

tró sólo a un sub-teniente y le obligó a encargarse del regimiento, ordenándole que atacara inmediatamente. Pero, todas las compañías se negaron a moverse, gritando: '¡Dadnos alimento, vestido y calzado, pues de otro modo, no peharemos, y todos nos rendiremos al enemigo!' La situación era seria, e incluso crítica. Si el enemigo llegaba a saberlo, nos hubiera capturado sin disparar un solo tiro. La huelga de nuestro regimiento fue subseguida por la del Regimiento Tsarevsky y la de otros regimientos de nuestra división. Dos batallones enteros de un regimiento de nuestra división se rindieron al enemigo voluntariamente. Querían que disparasen los soldados, que sacaran sus rifles, sus bombas y sus otros implementos bélicos, pero, los soldados se negaron y, además, otras divisiones se declararon en huelga, de modo que no hubo nadie para disparar, porque todos estaban en huelga. . . Y ¿cómo podían evitar la huelga, si estaban casi descalzos, hambrientos, ateridos en forma tal que partía el corazón el verles?"<sup>9</sup>

Las guarniciones de la capital estaban constituidas únicamente por batallones de entrenamiento, en tanto que los regimientos selectos que se encontraban en el frente habían sido destruidos en gran número. Los batallones de la capital aún no adquirían el hábito de responder en forma automática a las órdenes que se les daban; no se encontraban aún militarmente acondicionados y las ciudades se encontraban llenas de desertores que no tenían nada que perder con la revolución. Sólo un cambio fundamental podía ofrecer una respuesta para esta situación.

La revolución de 1905 fue, hasta cierto punto, un microcosmos de la de 1917. La guerra japonesa y la derrota fueron de dimensiones mucho menores. Los trabajadores y los campesinos se rebelaron, pero la burocracia y el ejército permanecían intactos. Aquí y allá, soldados y marineros se rebelaron, es cierto, pero en 1905 todo el sistema burocrático y todo el aparato del ejército se mantenían en operación. *En 1917, los pilares del sistema zarista —la burocracia y el ejército— se estaban desintegrando incluso antes de que los trabajadores y el pueblo de San Petersburgo se rebelaran.* Cuando al llegar los días de febrero los trabajadores se declararon en huelga, no hubo fuerzas sociales organizadas suficientemente fuertes para apoyar al régimen. Los trabajadores fueron a la huelga, la población se rebeló, los regimientos del ejército se desintegraron y se unieron a la revolución. El proceso de *anomia* (o sea de desintegración de valores) en 1917 se hizo

<sup>9</sup> L. Voitlovsky, "In the Track of War", *Campaign Notes*, 1917-17 (Leningrado, 1926), p. 251. Citado en *The History of the Civil War in USSR*. Editado por M. Gorky, V. Molotov, K. Voroshilov, S. Kirov, A. Zhdanov, J. Stalin, International Publishers. Impreso en Gran Bretaña, pp. 43-44.

más profundo que en 1905. Mucho antes de febrero de 1917, la *anomia* estaba afectando ya a los trabajadores, al campesinado, a los soldados y a una parte de la burocracia.

El descontento comenzó a expresarse al través de cantos, conversaciones, etc. Un canto tiene una significación específica en cuanto sirve de vehículo a ideas y valores al través de su mecanismo social: la música. Expresa una disposición popular particular, y dicha disposición era de rebeldía. Los cantos son hirientes y crueles, como el invierno de las planicies rusas.<sup>10</sup>

Los soldados desarrollaron su propio sistema de actuar en contra de la jefatura militar y de la guerra constituido por la desertión, la rendición, la fuga de las redadas militares y las huelgas. Por supuesto, éste fue un movimiento espontáneo, una reacción popular ante la guerra. Los partidos revolucionarios ni podían reclamar ni reclamaron crédito por ello.

*Las huelgas y el trabajo.* Después de 1905, la huelga se convirtió en un problema principal del inventario revolucionario ruso. En América y en Inglaterra, en el siglo xx, la huelga ha tenido una función económica y ni ha conducido a una revolución ni ha sido usada tampoco en la estrategia y la táctica política. La pugna puramente económica de las clases laborantes americanas e inglesas desarrolló un sistema propio. Las huelgas, el regateo o la negociación colectiva, la mediación, difieren de las técnicas de acción política. La diferencia de técnicas es observada cuidadosamente.

El Parlamento y el Congreso son, por supuesto, arenas importantes de pugna económica. Las técnicas políticas democráticas se emplean para resolver problemas económicos de gran importancia nacional. Sin embargo, la huelga, por regla general, no se usa nunca en los Estados Unidos de América en cuanto instrumento destinado a derribar en forma violenta a un gobierno, o para producir un cambio violento en el sistema político. Pero en Rusia, a principios de este siglo, fue un instrumento de lucha política. Como hemos visto, la huelga económica tiene una capacidad específica para convertirse en una huelga política y general. En consecuencia, en tanto que la clase trabajadora de los países angloamericanos desarrolló técnicas separadas y diferentes de acción económica y política, las organizaciones revolucionarias rusas y los trabajadores rusos se acostumbraron cada vez más al empleo de la huelga tanto como técnica económica, como en cuanto la misma puede ser técnica política.

La huelga se convirtió en un barómetro de tensión política y econó-

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 251. *History of the Civil War in the USSR*, p. 43.

mica. Fue el gatillo y el lubricante de la revolución. La huelga, en esta forma, se hizo multifuncional. Después de 1910 las huelgas tanto políticas como económicas aumentaron. El proceso revolucionario había principiado. Tras el estallido de la guerra, debido a la militarización general de la vida rusa y a la transformación de las tensiones domésticas en tensiones internacionales, el número de huelgas descendió súbitamente. La rígida disciplina y el patriotismo obraron como freno de mano en antigua *limousine*. En 1915 y 1916 el número de huelgas ascendió. Las huelgas económicas resultaron más frecuentes y extensas que las huelgas políticas. (Véanse los cuadros.)

La oleada creciente de huelgas, de deserciones, de rendiciones en el frente, era indicativa de la desintegración de todo el reticulado político y social. El castigo por las huelgas era severo. Para los desertores, existía el pelotón de ejecución. Las huelgas eran rotas mediante la movilización de los huelguistas más jóvenes, a quienes se enviaba al ejército, destinándose a algunos de ellos al frente, y reteniéndose a otros y sujetándoseles a una disciplina militar. Pero los trabajadores continuaron declarándose en huelga y los soldados siguieron desertando.

A principios de 1917, las señales de tormenta hicieron su aparición en las estadísticas de la revolución rusa. En enero y febrero, meses precedentes a la ignición de los días de febrero y de marzo, inmediatamente anteriores al estallido, los inspectores fabriles informaron de 1,330 huelgas, en las que participaron 676,286 trabajadores. En enero, el número de huelguistas había alcanzado casi el cuarto de millón, haciendo un 66 % de ellas demandas puramente políticas. En febrero, los inspectores fabriles informaron de la existencia de 432,000 huelguistas, de los que sólo 200,000 eran de San Petersburgo.<sup>11</sup> Los trabajadores de la capital se encontraban a la vanguardia. Los trabajadores del acero que estaban mejor pagados eran de los que se hallaban más alerta políticamente. Sus huelgas políticas entre 1914 y 1916 tuvieron predominio sobre las de carácter económico.

El 24 de enero, los moderados del grupo de trabajadores del Comité Central de Industrias Bélicas<sup>12</sup> publicó un llamado:

“La clase trabajadora y la democracia no deben de esperar más. Cada día que pasa aumenta el peligro. La eliminación resuelta del régimen auto-

<sup>11</sup> Florinsky, *op. cit.*, p. 168.

<sup>12</sup> El Comité Central de Industrias Bélicas era un comité coordinador, parte de la máquina de producción bélica. Los trabajadores de las industrias de guerra estaban representados en este comité, así como sus empleadores. Los trabajadores que estuvieron de acuerdo en ingresar al Comité eran “defendistas” del ala derecha de la sección laboral del movimiento social-demócrata.

## CUADRO I

## HUELGAS EN 1910-1916

Año	Huelgas	Huelguistas	Huelgas	Huelguistas	Huelgas	Huelguistas
	Huelgas económicas		Huelgas políticas		Total	
1910.....	214	42 846	8	3 777	222	46 623
1911.....	442	96 730	24	8 380	466	105 110
1912.....	732	175 678	1 300	549 813	2 032	725 491
1913.....	1 370	384 654	1 034	502 442	2 404	887 096
Enero-julio..	1 560	413 972	2 538	1 035 312	4 098	1 449 284
Ag.-Dic. ....	61	31 907	7	2 845	68	34 752
1915.....	819	397 259	215	155 835	1 034	553 094
1916.....	1 167	776 064	243	310 300	1 410	1 086 364

FUENTE: Florinsky, *op. cit.*, p. 165. Datos para los años 1910, 1911, 1912 y 1913, tomados de *Rabochee Dvizhenie*; v. 1917, Godu, p. 16. Los datos para los años siguientes son tomados de *Rabochee Dvizhenie, v. Godi Voini (El Movimiento Laboral durante la Guerra)*, editado por M. G. Fleer (Moskva, 1925), pp. 4, 6 y 7.

## CUADRO II

## PROMEDIO DE HUELGUISTAS POR HUELGA, 1913-1916

Año	Huelgas económicas	Huelgas políticas
1913 .....	280	485
1914, enero-julio .....	265	407
1914, agosto-diciembre .....	523	406
1915 .....	485	1 034
1916 .....	665	1 410

FUENTE: Florinsky, *op. cit.*, p. 166. Florinsky señala como fuente utilizada por él: *Rabochee Dvizhenie v Godi Voini*, p. 19.

crático y la completa democratización del país es ahora la tarea que demanda solución inmediata en cuanto problema de vida o muerte para la clase trabajadora y para la democracia. . . Para la apertura de la Duma debemos de preparar una demostración general. Que toda la clase trabajadora de Petrogrado, fábrica por fábrica y distrito por distrito, al abrirse la Duma, marche con espíritu camaraderil hacia el Palacio Tauride, para señalar las demandas fundamentales del trabajo y de la democracia. Todo el país y el ejército deben de oír la voz de la clase trabajadora; sólo el establecimiento de un Gobierno Provisional, que descansa en el pueblo, organizado para la lucha, puede sacar al país de su ceguera y librarlo de su ruina fatal, envigorizar la libertad política y guiarlo hacia una paz sobre condiciones aceptables para el proletariado ruso y para el proletariado de otros países.”<sup>13</sup>

*La Revolución desde abajo.* La ignición que precipitó la Revolución de 1917<sup>14</sup> no fue espectacular como en enero de 1905. Comenzó en febrero 23 (marzo 8), día celebrado por los partidos socialistas como día de las mujeres. Para la mayoría de los rusos, la huelga que principió tal día fue sólo un eslabón en una cadena de huelgas. Sin embargo, a pesar del hecho de que la situación revolucionaria se sintiera y discutiera en forma general, pocos reconocieron que ésta era *la* revolución tan largamente esperada y discutida. Al llegar el momento de precipitarse, se consideró la misma como una huelga más.

El otro punto focal fue la disolución de la Duma estatal. Ya hacía algún tiempo que las lealtades habían comenzado a desplazarse del Zar a la Duma. La clase media y algunos de los representantes laborales vieron una esperanza en este cuasi-parlamento, débil y carente de representatividad. “La señal para la revolución fue dada por el gobierno mismo”, escribió el historiador ruso Miliukov.<sup>15</sup> ¿Fue la huelga o fue la disolución de la Duma el estímulo principal para la revolución? Los historiadores están divididos al respecto. Los de tendencias moderadas insisten en que la disolución de la Duma fue el factor decisivo, en tanto que los izquierdistas le conceden

<sup>13</sup> Chernov, *op. cit.*, p. 65.

<sup>14</sup> La revolución de 1917 “de febrero”, o la de ese mismo año “de octubre” derivan su nombre del calendario gregoriano. Las fechas de este capítulo, corresponden a ese calendario. Sin embargo, hemos agregado, entre paréntesis, las fechas correspondientes del calendario actual en el caso de los acontecimientos más importantes.

<sup>15</sup> P. N. Miliukov, *Geschichte der Zweiten Russischen Revolution. Gegensätze der Revolution.* Renaissance, Wien, p. 46.

primacía a la huelga.<sup>16</sup> Un estudio cuidadoso de los materiales de que se dispone parece indicar que la "precipitación" de la revolución comenzó mucho antes de que se disolviera la Duma. La disolución, sin embargo, dio un nuevo ímpetu y proporcionó un punto de reunión a las fuerzas revolucionarias que obligaron a la Duma a asumir una jefatura temporal y enfatizaron en esta forma el papel de las mismas.

Dos factores o fuerzas fundamentales —las verdaderas *dramatis personae*— estuvieron constituidas por los trabajadores y por los soldados. Por sí solos, los trabajadores no hubieran podido derribar el viejo sistema secularmente antiguo. Pero el ejército, hostil ya frente al gobierno, debilitado considerablemente en sus lealtades hacia la corona, se desintegró bajo el impacto de las masas endurecidas, y arrojó todo su peso en la balanza de los huelguistas. Conforme las huelgas adquirieron intensidad y se fue haciendo más rígida la actitud de las masas, el ímpetu en contra del régimen aumentó su fuerza. La interdependencia de actitud entre los trabajadores y los soldados fue de importancia estratégica. Fue el amotinamiento general de los soldados de San Petersburgo lo que aseguró la victoria de la revolución. El control de los medios de violencia —de las armas, principales instrumentos de poder— se desplazó del zar a los revolucionarios. El sistema zarista se quedó desprovisto de instrumentos de poder... las lealtades se habían desplazado y los valores habían cambiado.

El significado de la Duma era distinto. La mayoría de sus miembros temía la revolución. En contra del deseo de esta mayoría, este cuasi-parlamento se convirtió en el único símbolo de poder que podía identificarse con la revolución. Las lealtades y el poder se desplazaron en esta dirección.

<sup>16</sup> L. Trotsky, *The History of the Russian Revolution*, traducida por Max Eastman, London, 1932, Vol. I, cap. VIII, "Cinco Días", pp. 118 ss., menciona desnudamente la disolución. En forma semejante, la *History of the Civil War* bolchevique, en su Cap. II, "Revolución en la Capital". Sin embargo, ambas exageran el papel de los bolcheviques, y la selección está influida definitivamente por este propósito. De entre quienes sostienen opiniones contrarias, puede citarse a Miliukov, *op. cit.*; a Pares, *op. cit.*; a A. Kerensky, *The Catastrophe*. Appleton and Company, New York, 1927, todos los cuales enfatizan la importancia de la disolución de la Duma. Chernov, *op. cit.*, p. 53, señala: "Los círculos revolucionarios de izquierda repudian la versión de Miliukov. Incluso el Presidente de la Duma, Rodzianko, protestó repetidamente en contra de la aceptación dogmática del aserto (que está muy lejos de ser incontestable), según el cual la Cuarta Duma Imperial habría preparado, creado, inspirado y encarnado el *golpe de Estado* del 27 de febrero, así como la Revolución." William H. Chamberlain, en *The Russian Revolution 1917-1921*, Macmillan, New York, 1935, Vol. I, Cap. IV, "La Autocracia sufre un Colapso", pp. 73 ss., enfatiza la importancia de las acciones de las masas, aunque reconoce también la calidad focal de la Duma en la emergencia de un nuevo poder.

En todo esto, ¿cuál era el papel de los partidos? Los comités revolucionarios ni ordenaron las huelgas ni asumieron la jefatura en las calles. El movimiento fue espontáneo, nació de las masas.

*Un caso de estudio acerca de cinco días decisivos: la ignición y el proceso de la transferencia del poder.* Ahora procederemos a investigar, día por día, esta transferencia violenta del poder, ejemplo clásico de una revolución desde abajo. Enfocaremos nuestra atención en tres elementos: las masas huelguistas, los soldados y el centro emergente de poder en el Palacio Tauride, la Duma.<sup>17</sup>

El llamado del grupo de trabajadores del Comité Central de Industrias Bélicas fue orientado en el sentido de pedir una demostración al abrirse la Duma el 14 de febrero de 1917, y la respuesta que al mismo dio el gobierno consistió en grandes arrestos en masa. El grupo de los trabajadores fue desbandado, y los dirigentes fueron arrestados. Las órdenes procedentes del comandante militar de Moscú y dirigidas en contra de la demostración provocaron inquietud entre los trabajadores de la capital. El llamado original del grupo de trabajadores no tenía nada que hacer con los bolcheviques, que eran abiertamente hostiles a la demostración. Éstos habían hecho a su vez un llamado para una huelga general propia para febrero 1º, aniversario del arresto de sus representantes, pero por ser poca su influencia entre los trabajadores, la huelga no tuvo éxito. Incluso el órgano bolchevique, *Pravda*, admitió que, "a causa de desacuerdos entre los grupos radicales, el día resultó fallido, por lo que se refiere a la demostración".<sup>18</sup>

La demostración ante la Duma, el 14 de febrero fue débil. Los trabajadores de unas sesenta empresas fueron a la huelga. En la Duma, los socialistas Chkheidze y Kerensky ya estaban discutiendo la revolución por venir. La policía zarista era, con todo, optimista; los acontecimientos del 10 y del 14 de febrero parecían indicar la debilidad de las fuerzas revolucionarias y la declinación de la tendencia respectiva.

El 18 de febrero de 1917, uno de los talleres de los Trabajos Putilov se

<sup>17</sup> Las fuentes son muy extensas. Los hechos de los días cruciales han sido compilados y verificados sobre la base de los libros ya citados por Chamberlin, Chernov, Florinsky, Kerensky, Miliukov, Trotsky, Pares, *The History of the Civil War*, "The Revolution of February, 1917" (*Krashnyi Archiv.*, 1927). Núm. 21 (21), V. V. Shulgin, *Dni* (Días), Belgrado, 1925, y otros.

Para un trasfondo, véanse también: E. H. Carr, *A History of Soviet Russia*, London, 1950-1954; N. N. Sujanov, *The Russian Revolution 1917*, Oxford University Press, 1955; Pitirim A. Sorokin, *Man and Society in Calamity*, Dutton, New York, 1943.

<sup>18</sup> Chernov, *op. cit.*, p. 68.

declaró en huelga. El 22 de febrero, la fábrica fue clausurada. La precipitación de la revolución comenzó en ese día, marcado por el destino, del 23 de febrero (8 de marzo) de 1917.

*Febrero 23 (8 de marzo). El precipitante.* El día 23 de febrero era el día internacional de la mujer. Los social-demócratas no convocaron a una huelga, ni lo hicieron tampoco las organizaciones revolucionarias. Trotsky señala claramente que incluso la organización bolchevique se oponía a ese movimiento.<sup>19</sup> “La Revolución de febrero —escribe— principió por abajo, venciendo la resistencia de las mismas organizaciones revolucionarias”.<sup>20</sup>

Dos grandes generales mandaban en las calles de la capital en esa fecha: el hambre general y el invierno general. El hambre, la miseria, la guerra y la fatiga eran mucho más fuertes que los jefes revolucionarios que trataban de disuadir a los huelguistas. Las trabajadoras textiles fueron a la huelga. Debe recordarse que el día anterior uno de los talleres de los Trabajos Putilov había sido cerrado, pues las víctimas de ello —20,000 trabajadores del acero— políticamente activos y alertas, se unieron a los huelguistas textiles. Hubo aún otros trabajadores que se les unieron y cerca de 90,000 trabajadores dejaron las fábricas. Hubo en ello una huelga espontánea sin que se hubiese producido previamente una decisión por parte de una unión o de un partido. Las calles se llenaron de huelguistas y largas colas se formaron, sin esperanza alguna, ante las panaderías. La huelga era de carácter económico, pero, con todo, pronto comenzaron a aparecer latiguillos políticos como el que pedía: “¡Abajo la autocracia!” El proceso de mutación de una huelga económica en una de carácter político comenzaba. Próxima la noche, la multitud se dispersó y Petrogrado entró nuevamente en calma. Ninguno sospechaba que eso había de ser la ignición de una revolución y el final de una época. La coincidencia de la huelga de las trabajadoras textiles, el cierre de las obras de Putilov y el hambre dieron como resultado esos chispazos que hicieron que la situación revolucionaria corriente se convirtiera en una hoguera arrasante que venía desde abajo.

*Febrero 24 (marzo 9).* La huelga se extendió hasta que en sus filas formaban, según se estima, 200,000 individuos. Los piquetes militares se apostaron en los puentes. Los trabajadores cruzaron el helado río Neva y se

<sup>19</sup> Véase L. Trotsky, *The History of the Russian Revolution*, traducida por Max Eastman, Victor Gollancz, London, 1932, I, 119. Contra toda evidencia histórica, la *History of the Civil War*, versión oficial estalinista, les da a los comunistas el crédito por la huelga.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 120.

reunieron en el centro de la ciudad. La *anomia*, proceso de desintegración total de las lealtades y de los valores zaristas, avanzaba rápidamente. Se oían gritos y cantos revolucionarios: “¡Abajo el zar!”, “¡Dadnos pan!” La huelga económica se hizo política y se orientó en contra de la guerra, en contra del hambre, en contra del zar, al que se señalaba como responsable de todas las privaciones, y de la opresión política.

Se ordenó la salida de las tropas. En un sitio los cosacos rehusaron ir en ayuda de un inspector de policía; en otro no se movieron cuando la multitud atacó a la policía montada. La multitud atacaba a la policía, pero respetaba a los soldados, en un intento de dividir las fuerzas gubernativas y para ganarse a los soldados para su causa y aniquilar a la policía. Los cosacos y los soldados respondían con poco entusiasmo, pero se había establecido ya una relación entre las masas y los soldados.

Después de una reunión, los trabajadores de Erikson, una de las fábricas mayores del distrito de Viborg, llegaron a *Samposonievsky Prospect*, a donde se metieron entre los cosacos. Los oficiales cargaron contra la multitud. Los cosacos los siguieron cautelosamente en una larga línea teniendo cuidado de no herir a los trabajadores. Algunos sonreían y hacían guiños. Los oficiales renovaron sus esfuerzos, alineando a los cosacos al través de la calle. Los cosacos se mantuvieron silenciosos, en tanto que los trabajadores se colaban en las líneas sin ser perturbados.<sup>21</sup> La multitud atacó a la policía con palos, con nieve y con piedras y saludó a los soldados con sonrisas y hurras, evidente signo de peligro para el antiguo régimen.<sup>22</sup>

*Febrero 25 (marzo 10)*. La huelga se transformó de política en general. Los diarios dejaron de aparecer. Los estudiantes dejaron de asistir a sus clases. Los transportes urbanos dejaron de circular. Los negocios se suspendieron por haberlos abandonado 240,000 trabajadores. Tan pronto como se reunían multitudes en las plazas públicas, aparecían oradores que se dirigían a ellas. La policía disparaba en medio de la multitud y recibía como respuesta disparos, granadas y piedras. Había muertes por ambas partes. Por doquier la policía era atacada, golpeada, insultada. Aparecían ahora por las calles, los soldados. El zar les había ordenado terminar con la revolución en veinticuatro horas. Las filas de infantería marchaban por las calles, con las bayonetas bajas, dispuestas a la carga; los dragones disparaban en contra de la muchedumbre. La actitud de los soldados parecía

<sup>21</sup> Trotsky, *op. cit.*, I, 123. El episodio se describe también en *The History of Civil War*.

<sup>22</sup> Chamberlin, *op. cit.*, p. 76.

haber cambiado con respecto a las sonrisas de los cosacos del día anterior. En la noche, la policía arrestó a cien revolucionarios.

*Febrero 26 (marzo 11).* El 26 de febrero fue domingo. Comenzó quietamente. Las fábricas estaban cerradas. Un observador casual hubiera podido tener la impresión de que la revolución estaba liquidada. Sin embargo, ése fue el principio de un día lleno de acontecimientos en el cual los primeros motines de soldados abrieron las puertas a una final transferencia del poder.

Podían verse y oírse patrullas montadas. Se habían apostado centinelas en los cruces de las calles y en los puentes. Se habían formado cordones militares a través de las calles, y se apostaron nidos de ametralladoras en los techos de los edificios importantes. El centro de la población se aisló de los distritos de trabajadores. La ciudad estaba en calma.

Los trabajadores cruzaron sobre el hielo del río Neva que divide a la ciudad de las secciones de trabajadores y conforme los manifestantes se movían hacia el corazón de la ciudad, las tropas dispararon. Un miembro de la compañía no comisionada de entrenamiento del regimiento Volhynia describe el incidente como sigue:

“La compañía había tomado ya sus posiciones. Toda la plaza frente a la Estación Nikolayevsky estaba cubierta de trabajadores. Los soldados abrigan aún la esperanza de haber sido llamados sólo para producir un efecto, con objeto de inspirar temor. Pero cuando las manecillas del reloj de la estación se aproximaban a las doce, las dudas de los soldados desaparecieron: se había dado la orden de disparar. Se disparó una andanada. Los trabajadores empezaron a correr en distintas direcciones. Las primeras descargas prácticamente no produjeron bajas: los soldados como por consentimiento común, dispararon hacia el aire. Pero pronto una ametralladora fue dirigida por los oficiales en contra de la multitud; tras su matraqueo, la plaza cubierta de nieve se tiñó con la sangre de los trabajadores. La multitud, en forma desordenada, huyó por los patios de las casas vecinas, atropellándose por la prisa. La gendarmería montada comenzó a ‘perseguir al enemigo’ arrojado en esta forma de sus posiciones, y la persecución duró hasta bien avanzada la noche. Solamente entonces regresaron las tropas a sus cuarteles. Nuestra compañía, al mando del Vice-Capitán Laskhevich regresó al cuartel exactamente a la 1 a. m.”<sup>23</sup>

Por la tarde, una compañía del regimiento Pavlovsky se rebeló. Los sol-

<sup>23</sup> K. I. Pazhetnykh, “The Volhynia Regiment in the February Revolution: Reminiscences”, citado de *History of the Civil War*, p. 99.

dados fueron sometidos por otros regimientos, y los dirigentes quedaron prisioneros en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Durante todo el día los trabajadores e insurgentes trataron de ganarse a los soldados. Las manifestaciones amistosas de la muchedumbre produjeron algún efecto, pero la mayoría de los soldados se mantuvieron dubitativos y hoscos. Aun cuando el proceso de desintegración de la hermética organización militar continuara avanzando, aún se mantenía la disciplina. Los soldados respondían a las órdenes que se les daban, pero su ambivalencia aumentada por minutos.

Próximo a terminar el día, las multitudes habían sido dispersadas por el fuego y el gobierno se sentía más fuerte. En tanto, en los círculos revolucionarios los ánimos estaban decaídos. Es probable que, por creer que el régimen había recuperado su fuerza, el Primer Ministro haya resuelto la disolución de la Duma, símbolo involuntario de la revolución.

Este fue, con todo, el acontecimiento crucial de la revolución. El Pavlovsky inició el movimiento. El peso de las acciones revolucionarias comenzó a desplazarse de los trabajadores —cuyas únicas armas eran piedras y palos— a soldados bien armados, que contaban con fusiles y con implementos de poder. El cambio en las lealtades del ejército y en la de sus dirigentes se produjo de la noche a la mañana.

*Febrero 27 (marzo 12). Transferencia del poder.* El 23 de febrero fue el día de la ignición, en tanto que el 27 de febrero fue el día de la transferencia del poder del zar a la Duma. Pero el 27 de febrero fue también día de una segunda ignición. La revolución volvió a adquirir su ímpetu y llevó a término el drama de la destrucción del viejo y odiado régimen. De esta destrucción había de nacer un nuevo centro de poder.

Los largos días de contacto con los trabajadores afectaron a los soldados, y, al tercer día, la iniciativa se desplazó hacia ellos. Los regimientos de San Petersburgo se amotinaron lanzando el golpe decisivo en contra del régimen zarista.

¿Cómo principia un motín militar? La noche del 26 de febrero, la compañía de entrenamiento de oficiales no comisionados del regimiento Volhynsky, que había disparado contra la multitud, se reunió en las barracas y decidió no volver a disparar. Sus integrantes trazaron un plan de amotinamiento. En vez de alistarse a las siete de la mañana como de costumbre, se reunieron para pasar revista a las seis. Cuando llegó el comandante se encontraban ya formando compañía, sólo para responder a su saludo hostilmente. El capitán le preguntó a un sargento Markov qué era

lo que significaba todo eso: "Markov, tomando su rifle en las manos replicó con voz firme: 'Es una señal para no obedecer sus órdenes'... 'Salga mientras vive', gritaron los soldados."<sup>24</sup>

Las barracas militares del regimiento Volhynsky estaban colocadas precisamente atrás de la Duma (Palacio Tauride), hecho importante para la ecología de la Revolución de 1917. En el momento en que Alejandro Kerensky (el miembro socialrevolucionario de la Duma) supo del motín, telefoneó a un amigo pidiéndole que dirigiera a los soldados directamente hacia la Duma.<sup>25</sup> El regimiento, completamente armado, dejó las barracas uniéndosele las tropas selectas del regimiento Preobrazhensky. La Duma estaba cerrada hacia el suburbio de Vyborg, barrio de trabajadores de Petrogrado. Ahora una corriente de trabajadores se movía a través del puente hacia la Duma. Los insurgentes se desplazaban hacia el nuevo símbolo del poder, el Palacio Táuride, demoliendo a su paso las barracas de la gendarmería. La destrucción de los símbolos físicos del poder zarista principiaba. La corte fue quemada y saqueada; se les prendió fuego a los cuarteles generales de la policía; se atacó a los oficiales y se les arrancaron las insignias. La violencia se orientaba, así, en contra de los símbolos físicos del régimen zarista.

Otros regimientos se unieron a los revolucionarios. El gobierno envió tropas y refuerzos contra de ellos. Pero las tropas se fundían casi de inmediato sin resultado para el gobierno.

Ahora volvamos a la Duma. Cuando la revolución, a pesar de las esperanzas del gobierno, avanzaba hacia su punto crítico, el gobierno dio la orden de disolver la Duma. Las noticias respectivas se esparcieron a través de toda la ciudad y aumentaron el prestigio de ese cuasi-parlamento. Éste se convirtió en el símbolo de la libertad y en el símbolo de la revolución. Con pocas excepciones, los miembros de la Duma eran sostenedores de la monarquía. Los moderados y los *kadetes* (demócratas constitucionales) favorecían un imperio democratizado, reformado; pero un imperio bajo un zar. Pocos de entre ellos consideraban que hubiese necesidad de una república. Los socialistas de diversos grados, como Kerensky y Chkheidze, constituían excepciones a la regla.

En efecto, la Duma decidió someterse a la orden imperial de disolución. Los miembros de la misma se reunieron en otra sala para tener una conferencia privada y asumieron como compromiso irresoluto, el título de "Co-

<sup>24</sup> *The History of the Civil War*, cita de los Registros Manuscritos de la Historia de la Guerra Civil, Núm. 488, p. 104. Esta descripción se basa en una fuente tan sólo.

<sup>25</sup> Pares, *op. cit.*, p. 444.

mité Provisional de la Duma Imperial".<sup>26</sup> Kerensky escribió: "La Duma murió la mañana del 12 de marzo, día en que su fuerza y su influencia fueron máximas."<sup>27</sup>

¿Cómo se realizó la transferencia del poder? Con excepción de unos pocos, y especialmente de Kerensky, que sentía cuál era el humor de las masas, y que era partidario de una república democrática, los miembros de la Duma no deseaban apoderarse del poder y de la autoridad. Por lo tanto, no hubo "captura" del poder, sino transferencia del poder a través de la revolución. En términos de hechos, Kerensky cruzó la calle, les pidió a los soldados que entraran en el Palacio Táuride y les dio órdenes. Ellos obedecieron, reconociendo, en esta forma, su autoridad. A partir de ese momento, el Comité Provisional controló sus propias fuerzas armadas. Un importante instrumento de poder —los medios de violencia— se encontraba en manos de un grupo indeciso, dubitativo, de individuos, los integrantes de la Duma, constituyentes ahora del Comité Provisional de la Duma imperial.

Kerensky proporciona una vívida descripción del acto de aceptación más que de captura del poder.

"La reunión del Palacio Táuride me viene a la mente como envuelta en una neblina. Todos nos encontrábamos en un curioso estado mental, que no puede resultar inteligible para quien no lo haya experimentado. Estábamos como en un sueño: un sueño terrible y bello y, como cuando actúa uno en sueños, desempeñábamos nuestros papales en forma precisa, sin titubeo alguno. No era tanto mi razón la que percibía lo que se abría ante nosotros como mi ser todo que sentía y captaba instintivamente que había llegado el gran momento.

"Me inquietó mucho el retardo en la llegada de la gente y de los soldados ante la Duma, y cuando, finalmente, al pasar yo por la Sala Catalina, alguien me llamó desde la entrada principal del palacio indicándome, '¡llegan soldados!', corrí a una ventana para convencerme de que era realidad. No tenía la menor idea de lo que haría en seguida. Creo que era poco más de la una pasado meridiano. Desde la ventana vi a los soldados que venían rodeados por un tropel de civiles, y que se iban alineando en el lado opuesto de la calle. Se formaban de un modo decidido, encontrando evidentemente difícil proceder fuera de su ambiente normal y sin la guía de sus oficiales regulares. Les vi por un momento desde la ventana, y en seguida, tal y como estaba, con la chaqueta negra que utilicé durante toda

<sup>26</sup> Véase Chernov, pp. 76-77; Miliukov, pp. 46.ss.; Kerensky, p. 13.

<sup>27</sup> Kerensky, *op. cit.*, p. 13.

la Revolución, sin sombrero y sin abrigo, salí corriendo por la entrada principal dirigiéndome a los soldados a quienes había esperado y deseado tanto. Detrás de mí se encontraba un grupo de diputados. Algunos servidores asustados estaban de pie en el vestíbulo, y había un centinela a la entrada. Corrí hacia la reja central que separaba al jardín de la calle y les di la bienvenida a las tropas y al pueblo en nombre de la Duma y en el mío propio. Corrieron hacia mí atropelladamente; me rodearon en masa, y me escucharon.

"Casi al mismo tiempo, Tcheidze, Skobeleff y otros diputados llegaron hasta donde yo estaba en la reja del palacio. Tcheidze dijo también algunas palabras de salutación y entonces me dirigí a las tropas y les pedí que me siguieran a la Duma, para reemplazar la guardia y asumir la defensa del edificio frente a las tropas zaristas. Todo el tropel me empujó hacia la entrada principal. En alguna forma, los soldados se separaron por sí mismos del tropel y, caminando en forma disciplinada, me siguieron. Yo seguí caminando con alguna ansiedad hasta el puesto de guardia, en la entrada lateral izquierda de la Duma, no estando muy seguro de que no tuviéramos que pelear en contra de la vigilancia regular que cumplía su cometido en esos momentos, y acerca de cuyos posibles sentimientos poco amistosos previne a los soldados. Fuimos a 'tomar' el puesto de guardia. Sin embargo, los guardias no estaban ahí. Se habían ido antes de que llegásemos. Expliqué a un oficial no comisionado en dónde deberían colocarse los centinelas y en qué forma y regresé a la sala principal de la Duma que, por entonces, ya se encontraba llena hasta el máximo de diputados, de soldados y de civiles. Por la tarde, un destacamento de tropas del Regimiento Preobrajensk se encargó de la tarea de vigilar a los ministros y dignatarios del antiguo régimen que habían sido arrestados y que habían sido llevados a la Duma. Las tropas realizaron su tarea con una disciplina excelente y con un tacto notable."<sup>28</sup>

A la caída del sol, la capital había caído. La vieja maquinaria gubernativa era ya inexistente. Los edificios del gobierno habían sido ocupados por los revolucionarios; en cuanto símbolos del régimen odiado, las cortes inferiores y las oficinas de la policía secreta se encontraban en llamas. "En la Duma —escribe Kerensky— habíamos creado una autoridad central para controlar a las tropas y jefaturar a la revolución."

La Revolución de febrero de 1917 fue una revolución desde abajo; un acto espontáneo de las masas, dirigido por jefes que surgieron de la multitud en los momentos de la acción y que desaparecieron más tarde. Ke-

<sup>28</sup> Kerensky, *op. cit.*, pp. 13-16.

rensky ganó estatura en los días siguientes hasta convertirse en el dirigente e incluso en el símbolo de la Revolución de Febrero, permaneciendo en los salones y en las cercanías del Palacio Táuride, en donde surgía una nueva autoridad. Al respecto escribe:

“Durante todos esos primeros días de la Revolución, no salí a las calles, de tal modo que nunca vi la ciudad durante la insurrección. Sólo una vez, la noche del 15 de marzo, fui apresuradamente a casa por pocas horas antes del amanecer. Vi patrullas en las esquinas de las calles, y grupos de gentes excitadas que evidentemente habían estado despiertas durante toda la noche, los *vivacs* de vigilancia en torno de la Duma, y el cuartel general de la *gendarméie*, al que una vez había sido llevado a prisión para ser interrogado, ardiendo.

“En esos días mi trabajo no me sacó de entre los muros del Palacio Táuride. Aquí éramos como el alto mando de un ejército en batalla. No veíamos ni el campo de batalla ni oíamos los gemidos de heridos y muertos. Lo veíamos todo a través de los informes, de mensajes telefónicos y de los relatos de los testigos presenciales. No veíamos los detalles de las operaciones, pero teníamos ante nosotros la panorámica total de los acontecimientos. Tratábamos de dirigir el movimiento hacia una meta definida, de darle forma, de sistematizar las fuerzas revolucionarias.”<sup>29</sup>

El movimiento creció gracias a su propio ímpetu. Las causas eran honradas y extensas. Al quinto día, el 27 de febrero, en el momento de la victoria, emergió una jefatura organizada.

*Símbolos y conducta.* Durante los días de febrero de 1917 pudo observarse una anomia extrema —una completa desorganización social, un desplazamiento valorativo—: los símbolos y los llamados cambiaban rápidamente. Esto era, por supuesto, tan sólo el último acontecimiento dentro de un proceso prolongado. Los antiguos símbolos perdieron su atractivo y desaparecieron, mientras surgían otros nuevos, en forma de símbolos verbales, como “democracia”, “socialismo”, o de símbolos icónicos (o pictóricos) como la bandera roja, la insignia republicana, las escarapelas rojas sobre los uniformes, o de símbolos musicales, como la Marsellesa y otras canciones revolucionarias. Las canciones de este tipo constituyen un mecanismo importante para el reforzamiento de un nuevo sistema de valores. Los revolucionarios adoptaron el nuevo simbolismo, arrojando lejos de sí charreteras y águilas zaristas. Dos días después de la transferencia del poder, el embajador francés escribía en su diario:

<sup>29</sup> Kerensky, *op. cit.*, p. 19.

“El hecho de que el ejército ha monopolizado la jefatura del drama revolucionario ha sido confirmado a mis ojos por el espectáculo de tres regimientos que pasaron marchando ante la embajada camino del Palacio Táuride. Marchaban en perfecto orden, con su banda a la cabeza. Venían primero unos cuantos oficiales que usaban una gran escarapela roja en sus cachuchas, un lazo de listón rojo en sus hombros y cintas rojas en las mangas. El viejo estandarte del regimiento, cubierto de íconos, estaba rodeado de banderas rojas.”<sup>30</sup>

El día de la transferencia del poder, masas de soldados, trabajadores, estudiantes y revolucionarios se reunieron en el Palacio Táuride. Los oradores se dirigieron a las masas enfatizando los valores y símbolos que reflejaban sus ideologías. Shulgin, un agudo observador de los días revolucionarios, vio el énfasis rápidamente cambiante, el desplazamiento de los conservadores a lo socialista y democrático. Durante el período temprano de la revolución, ambos eran aplaudidos. Imaginémos a las masas ante el Palacio Táuride. Ahora, los oradores,

“lanzan arengas acerca del Pueblo y de la Libertad desarrollando todas las variantes del tema. Rodzianko, por el contrario, hablaba continuamente de la patria y del ejército con todas sus variantes posibles. Un discurso contradice al siguiente, pero en todos los casos las masas gritaban ‘¡Hurra!’... Las frases de los izquierdistas suenan en forma distinta: hablan de las fuerzas oscuras de la reacción, del zarismo y del antiguo régimen, de la revolución, de la democracia, del poder del pueblo, de la dictadura del proletariado, de la república socialista, de la tierra para el que la trabaja y, sobre todo, de la libertad, la libertad y la libertad. Y a todos se les saluda con hurras”.<sup>31</sup>

La multivalencia del período inicial es de singular interés psicológico. Los masas se rebelaron, es verdad. Pero, al principio, muchos de los soldados y oficiales seguían siendo ambivalentes. El moderado Rodzianki continuaba ejerciendo alguna influencia, pero no por mucho tiempo. En pocos días, e incluso en unas pocas horas, la revolución cambió las lealtades<sup>32</sup> de muchos que seguían dudando. El desplazamiento de los valores era general y barrió con los políticos del viejo régimen.

Si volvemos la vista a la Revolución Decembrista de 1825, el lector podrá recordar la historia de la orden dada por el zar a la multitud para

<sup>30</sup> Maurice Paleologue, *An Ambassador's Report*, Hutchinson, London, III, 231-2.

<sup>31</sup> Shulgin, *Dni* (días), Belgrado, 1925, p. 184.

<sup>32</sup> *La chute du regime tsariste, interrogatoires... par la commission extraordinaire du gouvernement provisoire de 1917. Comptes rendues stenographiques*, Payot, Paris, 1927.

que se descubriera. Los trabajadores amenazantes se descubrieron sumisamente. Hubieran podido matar al zar, pero siglos de acondicionamiento los detuvieron. El mismo truco dio resultado casi cien años después, cuando el zar le ordenó al general Ivanov recapturar San Petersburgo en febrero de 1917. El general encontró difícil la movilización de sus tropas leales, puesto que los trenes estaban llenos de soldados insurgentes. En una de las estaciones, cuando Ivanov se aproximaba a un carro abarrotado, un soldado revolucionario fuertemente armado le atacó. Instintivamente el general ordenó: "De rodillas", y el rebelde obedeció casi instantáneamente. Ivanov repitió ulteriormente la misma experiencia con soldados y oficiales y obtuvo los mismos resultados. Relató el caso detalladamente, aun cuando en forma un tanto confusa, ante una Comisión especial formada por el Gobierno Provisional.

La sociedad zarista estaba rígidamente dividida en un sistema de clases y castas, conforme a una estructura reforzada continuamente por medio de rituales, símbolos y órdenes. El campesino se arrodillaba en la iglesia. Se arrodillaba ante el zar como ante una divinidad. Se inclinaba y se hincaba ante un señor poderoso y, en caso de rehusarse a hacerlo, un castigo severo le recordaba su *status* y su papel. Como soldado, obedecía a sus oficiales en forma automática. De ahí que la orden del general Ivanov, "De rodillas", haya sido el estímulo para una respuesta inmediata (él mismo afirmaba que la orden había obrado como si fuera mágica) para un gesto simbólico que expresaba sumisión hacia una autoridad religiosa y militar. Años —o siglos— de condicionamiento no desaparecen de improviso. Los valores del soldado podían haber cambiado, pero sus reacciones automáticas sobrevivían. Todo este mecanismo psicológico se rezagaba con respecto a la revolución durante cierto tiempo.

Sin embargo, tras unos pocos días o unas pocas semanas, el condicionamiento de siglos había desaparecido. Tanto el estímulo como la respuesta formaban parte de un sistema y desaparecieron con el colapso y con la destrucción porque la respuesta se producía solamente dentro de una estructura social y política definida.

El domingo 1<sup>o</sup> de abril (del nuevo calendario) de 1917, el embajador francés escribía:

"Las tropas —diez mil hombres más o menos— tenían un tolerable porte de soldados y marchaban ordenadamente. Había muy pocos oficiales. Todas las bandas tocaban la Marsellesa, pero a un ritmo lento que la hacía sonar siniestramente. En cada compañía y en todos los escuadrones, noté varias banderas rojas que llevaban las inscripciones: '¡Tierra y Libertad!'

‘¡La Tierra para el Pueblo!’, ‘¡Viva la República Social’. En muy pocos casos podía leerse ‘¡Guerra hasta triunfar!’ Sobre el Palacio de Invierno ondeaba una enorme bandera roja.

“El espectáculo era singularmente instructivo. Desde el ángulo militar, pude resumir mis ideas del modo siguiente: se trata de una fuerza en la que el espíritu de disciplina no ha desaparecido totalmente, pero que piensa menos en sus deberes militares que en sus esperanzas de reforma política y social.

“Desde el ángulo histórico y pintoresco, estaba obsesionado por un vívido contraste. Recordaba a Buchanan y Neratov la tarde del 2 de agosto de 1914, y la escena majestuosa en la que el Emperador apareció en el balcón de este mismo palacio, después de jurar sobre el Evangelio y los íconos sagrados que no firmaría la paz mientras un solo soldado enemigo permaneciera en suelo ruso. La gran plaza estaba abarrotada de gente —mucho más que esta mañana— de soldados, de burgueses, de trabajadores, de *mujiks* (o campesinos), de mujeres, de niños y toda la multitud, arrodillada, recibía la bendición de su padre el zar y cantaba el himno *Boje Tsaria Kranie*.”<sup>33</sup>

Las actitudes habían cambiado. Los soldados y campesinos que se habían arrodillado ante el zar en 1914, y ante el general Ivanov en marzo de 1917, ahora, apenas un mes después, oían de pie el canto de la Revolución Francesa. La revolución desacondicionó los patrones de acondicionamiento político previo. Sin embargo, estos patrones de conducta política externa quizás hayan desaparecido en forma más lenta que los valores. El respeto hacia los nuevos símbolos, el permanecer de pie al entonarse los nuevos cantos revolucionarios, las nuevas formas de saludo, las nuevas expresiones de la distancia social se introdujeron después de haberse producido el cambio en los valores. Solamente entonces el “ciudadano” y el “camarada” desplazaron al “Señor” y a “Su Excelencia”. Algunos de los antiguos rituales políticos —como las manifestaciones patrióticas— se adoptaron en tanto que se cambiaban el contenido y la ideología.

¿Cuáles eran los grandes valores? ¿La Democracia? ¿La Paz? ¿La Tierra? La Paz y la Tierra, definitivamente. Los deseos, los conceptos, los anhelos personales se proyectaron sobre los mismos. Para Kerensky y Chernov, el símbolo de la libertad representaba la visión de una república democrática de estilo occidental; para Rodzianko representaba una monarquía reformada, de estilo ruso; para el soldado, la libertad con respecto a la disciplina militar y el retorno al hogar, la terminación de la guerra; para el

<sup>33</sup> Paleologue, *op. cit.*, pp. 277-8.

campesino, la redistribución de la tierra. Los símbolos cumplieron su función sociológica: integraron a las grandes masas, dándoles un sentimiento de pertenencia a algo y de unidad y, a través de una repetición continua, los símbolos reforzaron constantemente los nuevos valores, las nuevas ideas de la revolución. Pero no por mucho tiempo. Pronto surgieron divisiones entre los revolucionarios, las cuales podían observarse nuevamente en un simbolismo alterado.

*La diarquía de 1917.* La diarquía —o el poder dual— emergió desde los primeros días de 1917. Se establecieron dos centros de poder: el Comité Provisional de la Duma, ulteriormente convertido en Gobierno Provisional, y el Soviet. Ambos debían de hacerse más y más competitivos para transformarse finalmente en antagonistas.

El Soviet comenzó siendo un centro socialrevolucionario y menchevique y no un centro de poder de carácter comunista. Los bolcheviques desempeñaron un papel completamente secundario en la revolución de febrero. Sólo en la segunda etapa, entre mayo y julio, aumentó su influencia en forma considerable. Los cambios en las ideologías dominantes del Soviet deben de distinguirse con cuidado. En el primer estadio, incluso hasta los días de julio de 1917, la influencia de los socialrevolucionarios y de los demócratas socialistas fue predominante en él. La política agresiva de los comunistas con objeto de apoderarse del Soviet principió a fines de abril y durante el mes de mayo. El Soviet llegó a existir gracias a la iniciativa de los mencheviques y de los socialrevolucionarios; fue capturado pero no nació por iniciativa de los bolcheviques. Una institución revolucionaria, producto de la revolución de 1905, el Soviet era la continuación de una tradición.

Ya desde los días "candentes" de febrero 23 y 24, los representantes de los partidos socialistas discutían enfebrecidos la urgente necesidad de un centro interpartidario: un testigo escribe: "la idea del Soviet se encontraba en el aire". En esas conferencias, el menchevique moderado Cherevanin, autor de la *History of the 1905 Revolution*, reclamó la organización inmediata de un Soviet por los diputados de los trabajadores.<sup>34</sup> Hubo informes, el 24 de febrero, de que las elecciones de delegados se habían realizado en un cierto número de fábricas. El día 27 de febrero, de gran significación histórica, un cierto número de revolucionarios liberados de la prisión llegaba al Palacio Táuride, en donde se reunieron con los diputados socialistas

<sup>34</sup> Chernov, *op. cit.* La transliteración alemana del nombre de Cherevanin —Tscherevanin— se ha empleado en referencias propias a la edición alemana de su libro.

de la Duma y con algunos otros dirigentes laboristas para formar el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet o Consejo de Diputados de los Trabajadores, y para convocar a la primera reunión del Soviet de San Petersburgo esa misma tarde. Tal fue el principio de los acontecimientos históricos.

De este modo surgía un segundo centro de poder, y pronto el Soviet se vio fortalecido con delegados de varias unidades militares. El Soviet se convirtió en un punto de reunión de las fuerzas revolucionarias, pero su autoridad no estaba definida con claridad. Su función principal consistía en conducir la lucha y no en dirigir los asuntos gubernativos. El social-revolucionario Victor Chernov, personalidad dirigente del primer Soviet, escribía:

“¿Qué estaba haciendo la democracia soviética? No se estaba apoderando del poder ni se declaraba a sí misma gobierno. Actuaba como una fuerza inmediata, revolucionaria, legiferante. Involuntariamente, estaba realizando ciertas funciones gubernativas. El Comité Provisional Ejecutivo del Soviet de los Diputados de los Trabajadores era simplemente una oficina organizadora creada por sí misma y que intervenía en un gran número de asuntos simplemente porque no había nadie más que decidiera en tales materias.”<sup>35</sup>

Los dirigentes democráticos soviéticos ni deseaban el poder, ni trataron de apoderarse de él. No pensaban en sí mismos como integrantes del gobierno, ni se proponían a sí mismos en cuanto constituyentes de un gobierno. El poder fue transferido tanto a la Duma como al Soviet como resultado del desarrollo mismo del proceso revolucionario. La Duma era el único símbolo visible de poder representativo; el Soviet fue el foco de una jefatura emergente en tales momentos. El poder no fue capturado por medio de un golpe planeado por unos cuantos jefes: no hubo plan alguno para el mismo. Se movió simplemente hacia los dos centros que representaban los símbolos de la revolución, y se desplazó en contra de la voluntad y del deseo de muchos de sus dirigentes.

La fuerza del Soviet de Petersburgo creció rápidamente. El control de los destacamentos militares de varias partes de la ciudad se desplazó hacia él, así como el control de las oficinas de correo, de las estaciones de ferrocarril, de las estaciones policíacas y de los sistemas telegráficos y telefónicos. Ni un periódico podía aparecer ni moverse un tren sin su sanción, e incluso el presidente de la Duma, Rodzianko, no podía abordar un tren sin el permiso del Soviet. En esos días revolucionarios, sólo el Soviet pudo restaurar el tráfico ferrocarrilero.

<sup>35</sup> Chernov, *op. cit.*, p. 105.

Ni los miembros de la Duma, ni los jefes del Soviet, tenían experiencia en el gobierno. Y ¿cómo podían tenerla? La autocracia, durante siglos, había mantenido alejado al pueblo de cualquier responsabilidad de tal tipo. El Soviet, con sus miembros (de 2,000 a 3,000), era una asamblea numerosa, espontánea, emocional, carente de reglas establecidas. La mayoría de los miembros del Comité Provisional de la Duma esperaban algún tipo de monarquía reformada (estaban retardados cincuenta años). Los jefes del Soviet proyectaban sus miradas hacia una utopía idealista. Kerensky fue uno de los pocos que, en los primeros días decisivos, entendió el significado y las necesidades de esa época.

El Comité Provisional de la Duma se convirtió, el 2 de marzo (marzo 15), en Gobierno Provisional, centro moderadamente liberal y democrático, encabezado por el Príncipe Lvov bajo la fuerte influencia del Profesor Miliukov. El Gobierno Provisional actuó de acuerdo con las reglas y principios de un gobierno representativo. Pero las influencias conservadoras de la vieja Duma disminuyeron cuando los socialrevolucionarios y los mencheviques se apoderaron del gobierno con Kerensky, en julio de 1917. Por aquel entonces, los comunistas habían tenido éxito por lo que se refiere a su infiltración en el Soviet. De este modo, la revolución se había movido rápidamente de un punto a otro: hacia el centro democrático, y de ahí hacia los demócratas socialistas y, eventualmente, hacia los extremistas, o sea hacia los jacobinos de 1917 (los bolcheviques).

Desde las primeras etapas de la revolución democrática, cuando hombres como Chernov y ulteriormente Tseretelli eran los dirigentes prominentes de la misma, el Soviet era ya un centro competitivo de poder, pero no un centro hostil. Era, en efecto, un gobierno paralelo, con su propia rama ejecutiva. Las tendencias del Soviet eran más progresivas, y marchaban más de acuerdo con el ritmo de paso del avance popular que las del Gobierno Provisional que se rezagaba con respecto al espíritu democrático y revolucionario de las masas. El Gobierno Provisional del conservador moderado Lvov y del demócrata constitucionalista Miliukov no percibió que las demandas básicas de las masas se orientaban hacia una terminación de la guerra y hacia una redistribución de la tierra, en tanto que el Soviet era, al mismo tiempo, más sensitivo y dinámico. El período de competencia y coordinación entre los centros del poder dual terminó en antagonismo abierto seis meses después, durante los días de octubre de 1917.

En esos momentos, o sea hacia fines de abril, las cualidades revolucionarias y disruptivas de la diarquía aparecieron en un punto crítico. "Todo el poder para el Soviet", era el latiguillo de Lenin. En términos de estra-

tegia revolucionaria de poder dual, esto representaba la captura de un centro de poder, el Soviet, y, con ayuda de éste, la destrucción de otro centro de poder: el gobierno. La etapa siguiente consistiría en el establecimiento de un monopolio de poder, o sea de una dictadura. Tal curso de acción se convirtió en parte de la gran estrategia comunista tanto en Rusia como en otras partes del mundo.

Debe de hacerse una distinción entre los Soviets locales y el Congreso de los Soviets de toda Rusia. En tanto que los bolcheviques capturaron los Soviets de Petrogrado y de algunos otros lugares después del golpe de Kornilov, el Congreso de los Soviets de toda Rusia permaneció en manos de los mencheviques y de los socialrevolucionarios hasta la aprehensión del poder por los bolcheviques.

*Los comunistas.* Conforme se ha señalado, ni los miembros conservadores de la Duma, ni los socialrevolucionarios izquierdistas y democráticos, deseaban el poder. Más aún, los bolcheviques, en el primer período, se mostraban deseosos de cooperar, por lo menos hasta cierto grado, con otros partidos socialistas. En la Conferencia Pan-Rusa de los representantes de 82 Soviets, Stalin votó por la resolución socialista revolucionaria. Al mismo tiempo (en marzo-abril de 1917), se reunía una Conferencia Bolchevique, en el curso de la cual Stalin habló en favor de una propuesta bolchevique en pro del Gobierno Provisional del Príncipe Lvov. Se pronunciaron discursos en contra de la división bolchevique-menchevique. Stalin apoyó nuevamente una propuesta del menchevique Tseretelli en favor de una fusión de los mencheviques y de los bolcheviques en un solo partido.<sup>36</sup> El ambiente general del campo socialista era favorable a alguna clase de cooperación con el Gobierno Provisional, así como de un cierto apoyo —apoyo a medias— para ese gobierno.

Durante los primeros días de abril de 1917, Lenin llegó a San Petersburgo. Deseaba el poder y no temía pujar por él. Pronto se cambió al Partido el nombre de Bolchevique por el de Partido Comunista. Lenin pidió un poder absolutamente monopolístico para los comunistas.

El teórico y dirigente bolchevique viajó por Alemania, país que estaba en guerra contra la joven república rusa. Su lema para terminar la guerra contra Alemania y para obtener una paz separada obtuvo el apoyo popular en Rusia y resultó convincente para el estado mayor alemán. El gobierno alemán estuvo, por lo tanto, en la mejor disposición para facilitarle su viaje por Alemania.

<sup>36</sup> Trotsky, *op. cit.*, Vol. I, p. 317.

En el momento mismo de llegar a Rusia, rechazó claramente cualquier compromiso con el Gobierno Provisional. Lenin deseaba una revolución que llevara a su máximo la revolución social tal y como él la concebía. Los días de febrero eran sólo un paso hacia esta meta.

Rechazando cualquier solución gradual "meliorativa", hizo una licitación inmediata respecto del poder. Incluso sus amigos íntimos y sus compañeros bolcheviques le consideraron como un loco. El socialrevolucionario Zenzinov relata: "Su programa, por aquel entonces, fue visto no tanto con indignación, sino con burla, como algo ridículo. A todo mundo le parecía tan absurdo y tan fantástico que no podían menos que considerarlo así."<sup>37</sup> Sujanov, el cronista de la revolución, señala que Lenin se hizo tan ampliamente inaceptable que no era peligroso ni siquiera para Miliukov.<sup>38</sup>

Los socialrevolucionarios y los mencheviques controlaban el Soviet. Trotsky, futuro dirigente comunista (con un pasado menchevique) admite que en abril de 1917, en San Petersburgo y en Moscú los bolcheviques fracasaron por lo que se refiere a ganar cualquier apoyo importante en la lucha inicial de Lenin en contra del Gobierno Provisional. En Moscú, 74 delegados de muchos centenares de diputados soviéticos dieron un voto de falta de confianza, lo cual era una demostración real de la debilidad bolchevique. Pero Lenin ya había hecho un movimiento para controlar el Soviet.

Fue él quien cambió las actitudes políticas de los bolcheviques y los orientó por el sendero de un conflicto abierto e intransigente. Aislado en los primeros días de abril, se convirtió pronto en el principal estratega y dictador del movimiento.

El 7 de abril (del antiguo calendario) de 1917, Lenin publicó en *Pravda* su famosa Tesis de Abril.

"1. En nuestra actitud hacia la guerra, que bajo el nuevo gobierno de Lvov y Compañía sigue siendo incuestionablemente de parte de Rusia una guerra de rapiña imperialista debido a la naturaleza capitalista de ese gobierno, no se debe de hacer la menor concesión al 'defendismo revolucionario'.

"La conciencia de clase del proletariado podría consentir una guerra revolucionario que justificaría realmente el defendismo revolucionario con una sola condición: *a*) que el poder del gobierno pase al proletariado y a las secciones pobres del campesinado limítrofes del proletariado; *b*) que todas las anexiones se rechacen de hecho y no de palabra, y *c*) que haya un rompimiento real y completo con los intereses capitalistas.

<sup>37</sup> Trotsky, *op. cit.*, p. 323.

<sup>38</sup> *Ibid.*

"En vista de la indudable honradez de amplias capas de las masas que creen en el defendismo revolucionario y que aceptan la guerra en cuanto necesidad solamente, y no como medio de conquista; en vista de que las mismas están siendo engañadas por la burguesía, es necesario que, en forma persistente y con gran paciencia, se les explique su error; es necesario explicarles la conexión inseparable que existe entre el capital y la guerra imperialista, y probarles que es imposible que se dé término a la guerra mediante una paz democrática, no coercitiva, sin que haya una eliminación del capital.

"La extensa propaganda de esta opinión entre los miembros del ejército en servicio debe de organizarse convenientemente.

"Fraternización.

"El rasgo característico de la situación presente en Rusia consiste en que representa el tránsito del primer estadio de la revolución —que, debido a la insuficiencia en la conciencia y organización clasistas del proletariado, coloca el poder en manos de la burguesía— hacia el segundo estadio, que pondrá el poder en manos del proletariado y de los estratos pobres del campesinado.

"Este tránsito se caracteriza, por una parte, por un máximo de libertad (Rusia es ahora el más libre todos los países beligerantes del mundo), y por otra parte, por la ausencia de violencia en relación con las masas; finalmente, por la confianza irrazonable de las masas en el gobierno de los capitalistas, que son los peores enemigos de la paz y del socialismo.

"Esta situación específica requiere de nosotros una capacidad especial para adaptarnos a los requerimientos específicos de un trabajo partidario entre masas proletarias que no tienen antecedentes y que acaban de despertar justamente a la vida política.

"3. No debe dársele apoyo al Gobierno Provisional. La plena falsedad de todas sus promesas debe de explicarse, particularmente por lo que se refiere a la decisión de renunciar a las anexiones. Debe de exponerse —y no reducirse a alimentar una 'demanda' ilusionada— que este gobierno de capitalistas debe dejar de ser un gobierno imperialista.

"4. Debe de reconocerse el hecho de que, en la mayoría de los Soviets de Diputados de los Trabajadores, nuestro Partido se encuentra en minoría, y hasta ahora en una minoría bastante notable, frente al bloque de los pequeño-burgueses y oportunistas, que se han entregado en manos de la burguesía sometiéndose a su influencia y que han llevado dicha influencia al proletariado, desde los socialistas populares y los socialistas revolucionarios hasta el Comité de Organización (Chkheidze, Tseretelli, Steklov, etc.).

"Debe de explicarse a las masas que los Soviets de Diputados de los Trabajadores constituyen la única forma posible de gobierno revolucionario y que, por lo tanto, nuestra tarea consiste en que, en tanto este gobierno se rinde a la influencia de la burguesía, hagamos una explicación paciente, sistemática y persistente de los errores de sus tácticas y una explicación que esté especialmente adaptada a las necesidades prácticas de las masas.

"Mientras nos encontremos en minoría, debemos realizar un trabajo de crítica y de explicación de los errores y, al mismo tiempo, debemos abogar por la necesidad de que se transfiera todo el poder del Estado a los Soviets de Diputados de los Trabajadores, a modo de que las masas puedan, a través de sus propias experiencias, superar sus errores.<sup>39</sup>

"5. No una república parlamentaria —pues regresar a una república parlamentaria a partir de los Soviets de Diputados de los Trabajadores constituiría un paso atrás—, sino una república de los Soviets de los Diputados de los Trabajadores, de los Agricultores y de los Campesinos a través de todo el país y de lado a lado del mismo.

"Abolición de la policía, del ejército (o sea, reemplazo del ejército regular por el pueblo universalmente armado) y de la burocracia.

"Los salarios de todos los funcionarios elegidos y sometibles a destitución, no deberán exceder del salario medio de un trabajador competente.

"6. En el programa agrario debe enfatizarse la importancia de los Soviets de Diputados de los Trabajadores Agrícolas.

"Confiscación de todos los fundos extensos.

"Nacionalización de todas las tierras del país, debiendo encargarse a los Soviets de Diputados de los Trabajadores Agrícolas y de los Campesinos el que sean ellos los que dispongan de las tierras. La organización de los Soviets separados de Diputados de Campesinos Pobres. Creación de haciendas modelo en cada una de las propiedades extensas (y que varíen entre 100 y 300 desyatins, de acuerdo con condiciones locales y de otro tipo, y según el criterio de las instituciones del lugar) bajo el control de los Soviets de Diputados de los Trabajadores Agrícolas y por cuenta del público.

"7. Amalgamación inmediata de todos los bancos del país en un solo banco nacional sobre el que deberá ejercer control el Soviet de los Diputados de los Trabajadores.

"8. La tarea inmediata no consiste en 'introducir' el socialismo, sino en poner la producción y distribución social bajo el control del Soviet de los Diputados de los Trabajadores.

<sup>39</sup> Franca admisión por parte de Lenin de que el partido comunista estaba en minoría.

"9. Tareas del Partido:

"a) Reunión inmediata de un Congreso del Partido.

"b) Alteración del programa del Partido, principalmente por lo que se refiere:

1º Al problema del imperialismo y de la guerra imperialista.

2º Al problema de nuestra actitud hacia el Estado y de nuestras demandas de un 'Estado-comuna' (o sea, de un Estado del que la Comuna de París sea el prototipo).

3º A la enmienda de nuestro anticuado programa mínimo.

"c) Un nuevo nombre para el Partido (en vez de "socialdemócratas", nombre de aquellos cuyos dirigentes oficiales han traicionado al socialismo a través de todo el mundo, al desertar y pasarse a la burguesía ['defendistas' y 'kautskianos' vacilantes], debemos tomar el nombre de Partido Comunista).

"10. Una nueva Internacional.

"Debemos tomar la iniciativa de crear una Internacional revolucionaria; una Internacional dirigida en contra de los socio-chauvinistas y en contra del 'Centro'." 40

Ésta era una declaración de guerra en contra del lento e indeciso Gobierno Provisional. Los bolcheviques se habían separado más decididamente del resto de los partidos socialistas. Su jefatura inició una lucha intransigente en contra de los restantes.

Durante los días de octubre de 1917 —días de captura del poder— surgió un claro patrón de conducta: 1, el gobierno dual como trampolín para el golpe; captura de la iniciativa y de la jefatura por el Soviet; 2, captura de los medios de violencia: creación de un ejército privado: la guardia roja; 3, el golpe: aniquilación del Gobierno Provisional en momentos de confusión y de inquietud local mediante el uso de la fuerza armada constituida por la Guardia Roja: la Guardia Roja apoderada de los instrumentos del poder; 4, tras la aniquilación de la otra rama del poder dual, captura del Soviet y establecimiento de un gobierno monopolístico dictatorial.

Ésta fue la estrategia de la captura combinada —un golpe contra la cima en un momento de confusión. El que Trotsky haya leído o no los artículos de Tkachev no tiene importancia; pero lo que sí hay que señalar es que el golpe se ajustó a la estrategia de Tkachev.

*El ritmo de la revolución.* El Gobierno Provisional enfrentó tres problemas clave: la guerra, el problema agrario y la situación industrial. Los

40 Para el texto inglés, véase Chamberlin, *op. cit.*, I, 411-3. Reproducidos con permiso de la Macmillan Company.

hombres moderados y demócratas fracasaron en cuanto a darles solución a estos problemas, y, al fracasar, crearon condiciones favorables para el éxito bolchevique. Quizás, incluso en caso de haber triunfado, la democracia haya sido demasiado débil aún por entonces como para sobrevivir en tiempos de desintegración total de la textura misma de la sociedad rusa. En una evaluación sociológica de este fracaso, no puede pasarse por alto el que el mismo debe ponerse en términos del éxito bolchevique. Para usar la terminología técnica revolucionaria: ese fracaso contribuyó a las condiciones objetivas e hizo que triunfara la estrategia subjetiva comunista.

El deseo de los soldados, trabajadores y campesinos consistía en obtener una paz inmediata. El Gobierno Provisional, fuertemente influido por la presión de los aliados occidentales (y especialmente de los franceses y de los británicos), decidió continuar la impopular guerra. El Profesor Miliukov, Ministro de Asuntos Extranjeros del Gobierno revolucionario, en una declaración oficial (del 5 de abril, según el nuevo calendario) sostenía las reclamaciones de Rusia a las "tierras ucranianas de Austria-Hungría", a los Estrechos y a Constantinopla, "un antiguo problema nacional de Rusia". El término Rusia es un símbolo impersonal. Lo que era un "problema nacional" para los zares no interesaba para nada a los siervos o a los mineros que trabajaban duramente. Los campesinos difícilmente podían localizar Constantinopla en el mapa. Los trabajadores del acero y los mineros no habían estudiado el texto de Miliukov y se preocupaban tanto por el acceso de Rusia a los mares calientes, como por la nieve caída el día anterior. La declaración de política extranjera de Miliukov era nacionalista y discrepaba profundamente de los cantos y símbolos revolucionarios de los soldados y de los trabajadores.

Los campesinos se rebelaron en muchas partes de Rusia, pues deseaban la tierra por la que habían esperado durante generaciones. Los partidos socialrevolucionario y democráticosocialista favorecían la reforma agraria. El primero, especialmente, abogaba por la socialización y distribución de la tierra. Sus miembros pensaban que la tierra debería de convertirse en propiedad pública y que debería ser distribuida sólo entre quienes la trabajaban. El Gobierno Provisional y los partidos democráticos resolvieron, con todo, que únicamente una asamblea constituyente libremente elegida podría tener el poder de promulgar leyes relativas a las reformas agrarias. Desde el ángulo del sistema valorativo democrático estaban, por supuesto, en lo justo. Pero los campesinos se mostraban impacientes. Sabían poco acerca de los procesos democráticos: más aún, habían sufrido la opresión durante siglos. Muchos de ellos se rehusaron a seguir esperando. Los

procesos legislativos lentos se resquebrajan en tiempos de revolución. El rebelde desea acción, reformas y no leyes ordenadamente promulgadas. La revolución misma es una expresión de una tendencia agresiva orientada hacia el cambio, y solamente la acción rápida puede reducir las tensiones, cosa que no puede hacer una promesa de seguir un largo y formal proceso legal, conforme es debido. De este modo, se suscitó un conflicto entre el temperamento propio de la revolución y los valores honestos, democráticos, de los dirigentes socialistas y agrarios.

En los meses subsiguientes, la inquietud se extendió a las fábricas. Los trabajadores pidieron un control mayor sobre la producción y una extensión de medidas legislativas laborales de tipo progresista. Estas demandas se satisficieron parcialmente.

Ésta es una visión de la situación. Podemos ver ésta desde otro punto de mira, según lo hizo el historiador Miliukov. El nuevo gobierno heredó la falta de poder del gobierno zarista en tiempos de la revolución. Las decisiones no podía hacerse que se cumplieran. En algún sitio toda la maquinaria administrativa se estaba desquebrajando. El "impotente poder gubernativo" —según el decir de Miliukov—enfrentaba una falta de disciplina y de educación política de las masas. Los controles sociales autocráticos habían desaparecido; la coerción autocrática nunca había permitido la educación política apropiada del pueblo ruso. La desaparición de la autocracia dio como resultado el que se produjera un vacío. En vez del deseado consenso democrático se produjo sólo una amplísima confusión, una extensa desorganización. El gobierno se debilitó cada vez más y sus órdenes se hicieron cada vez menos efectivas. La desintegración del poder estatal estaba interrelacionado con una desintegración creciente de las disciplinas y de los valores sociales.

Lo que estaba ocurriendo se presenta como un caso empírico al través del cual estudiar la anomia de Durkheim. Los viejos valores estaban en proceso de desintegración; los nuevos no eran aún suficientemente fuertes o definidos para reemplazarlos o para hacer convergente el apoyo de todos los sectores de la sociedad rusa. La anomia aumentaba mes por mes. La desorganización social era uno de sus síntomas principales. El ritmo revolucionario en esta ocasión, reflejaba la intensificación del proceso de desintegración. Los cambios en el gobierno eran evidencias claras de la búsqueda del equilibrio social. Pero, el proceso de desorganización, tras un corto interludio, avanzó nuevamente. En esto los desarrollos bélicos fueron, obviamente, un factor de mucha influencia.

Los valores y la ideología representados por Lvov y Miliukov perdie-

ron su atractivo frente a las masas dinámicas de la capital y de los centros urbanos estratégicos. En mayo, un gobierno de coalición se formó con una participación más substancial de los socialistas democráticos y de los social-revolucionarios. La figura principal de todo ello fue el social-revolucionario Kerensky.

La desorganización empeoró. En julio, durante los llamados "días de julio", el gobierno tuvo que enfrentarse con disturbios callejeros y con motines declarados de los regimientos de ametralladoristas, así como de otras unidades militares. Un historiador objetivo y frío de los acontecimientos de julio, escribe: "Lejos de haber planeado el estallido de julio, los bolcheviques se vieron arrastrados más bien a asumir la jefatura en el grado en que puede decirse que hubo alguna jefatura."<sup>41</sup> Más aún, algunos bolcheviques trataron de pacificar a la multitud. Las masas estaban fuera de control, y los valores se desplazaban rápidamente en un huracán histórico. El gobierno había cambiado de manos a fines de julio (nuevo calendario, agosto) y se había desplazado más hacia la izquierda democrática. En consecuencia aumentó la influencia de los socialistas. La reintegración temporal se produjo cuando el gobierno provisional anunció que estaba en posesión de documentos que probaban que Lenin y sus asociados eran agentes alemanes. Los regimientos "neutrales" y los pasivos que se habían rehusado a obedecer órdenes, acudieron en apoyo del gobierno, lo cual muestra que los valores patrióticos aún tenían alguna fuerza.

El país, como un todo, apoyaba a los social-revolucionarios y a otros grupos socialistas.

La ecología de la revolución, sin embargo, desempeñó un papel importante. Los trabajadores de la capital, mejor informados, eran más inquietos, más activos y más radicales en sus demandas, de tal modo que el proceso de desorganización social afectó a la capital más agudamente que a las áreas remotas. En la capital misma, ciertos grupos eran más agresivos y dinámicos que otros; una minoría de esta clase es, a menudo, más efectiva que un cuerpo mayor, pasivo y apático. Estos grupos menores, cortejados y guiados por los bolcheviques, desataron los ataques desde abajo en contra del gobierno provisional.

El gobierno, de vía media, con una creciente participación socialista, se vio arrastrado por un *maelstrom*, en una situación revolucionaria continua, casi permanente. En la más difícil de sus posiciones, el centro democrático enfrentaba dos fuerzas sociales formidables: las unidades militares indisciplinadas, y los inquietos grupos laboristas guiados por los bolche-

<sup>41</sup> Chamberlin, *op. cit.*, p. 170.

viques, en la izquierda, y la antigua burguesía y clases poseedoras, a la derecha. Algunos regimientos cosacos, unidades militares y, sobre todo, antiguos oficiales formaban una fuerza considerable de derecha. Los días de julio representan el ataque de las masas rebeldes en contra del gobierno. En agosto (septiembre), los grupos derechistas, con unos cuantos regimientos, bajo la dirección del General Kornilov, dieron un golpe en contra del mismo gobierno. El levantamiento de julio fue una especie de rebelión desde abajo; el golpe Kornilov fue una revolución desde arriba, un intento de apoderarse del gobierno (en sentido literal) y del poder. Ambos intentos fracasaron, pero el gobierno quedó definitivamente debilitado por ellos.

El proceso de desorganización continuó. Unas cuantas semanas después, un grupo de hombres resueltos y rudos decidieron aprovecharse de la confusión y aprehender los instrumentos de poder, en un acto combinado de captura.

*Octubre de 1917. ¿Una captura combinada o un golpe de Estado?—*La captura del poder de octubre de 1917, en sus aspectos sociológicos, fue enteramente diferente de la revolución de 1905, o de la revolución de febrero de 1917, en cuanto fue un golpe cuidadosamente calculado. El elemento de espontaneidad faltó en forma considerable y esto le dio la apariencia de una captura del poder desde arriba. El énfasis de la estrategia y de la táctica se puso en el ataque desde arriba. Las masas, como veremos, desempeñaron sólo un papel pasivo y secundario.

Limitaremos nuestra discusión ahora, casi únicamente al caso de estudio de la captura o aprehensión del poder. No es ésta una historia completa de la revolución: es meramente un estudio de su estrategia y de su táctica; de acciones sociales dirigidas u orientadas hacia una meta definida.

El golpe bolchevique fue planeado cuidadosamente tanto estratégica como tácticamente. La revolución no tuvo su propio ímpetu; no hubo un "precipitante" que la hiciera dispararse; fue decidida por el partido bolchevique. El lema de "Todo el poder para el Soviet" como grito de unión para la insurrección armada había sido propuesto mucho tiempo antes por Lenin y por otros en una avalancha de discursos, artículos y planfletos.<sup>42</sup> El problema del tiempo adecuado era de primordial importancia. Lenin reconoció que era el momento de dar el golpe, y reclamó una insurrección que se produjera tan pronto como fuese posible. Pero, Zinoviev y otros pidieron un poco de tiempo, reconociendo que las masas seguían estando

<sup>42</sup> Véase el conjunto de obras de Lenin, *Toward the Seizure of Power. The Revolution of 1917*, Vol. XXI, Libros I y II, edición inglesa, 1932.

pasivas cuando no se mostraban, por lo menos parcialmente, hostiles. El problema del *momento* y de la *regulación del tiempo* necesarios para el golpe eran esenciales para lo que constituía para Trotsky el "arte de la insurrección".<sup>43</sup>

Actualmente, una documentación adecuada nos presenta una visión del "proceso decisorio". El 23 de octubre, el Comité Central del Partido Bolchevique adoptó una resolución. "*Reconociendo que un levantamiento armado es inevitable y que el tiempo es oportuno para ello*, el Comité Central propone a todas las organizaciones del partido que actúen en consecuencia y discutan y decidan desde su propio punto de vista todas las cuestiones prácticas."<sup>44</sup> (Las cursivas son nuestras.)

Esto se refería, sin embargo, sólo a la decisión acerca de la estrategia, acerca de las finalidades generales de la acción revolucionaria y de la captura del poder. Los problemas tácticos tenían todavía que ser resueltos, debiendo de decidirse problemas de acciones de detalle, de simples acuerdos, conducentes a la meta estratégica. Las técnicas de captura probablemente hayan sido examinadas durante mucho tiempo, de tal modo que puede decirse que el golpe estuvo bien preparado y con considerable anticipación.<sup>45</sup> Las reuniones decisivas se realizaron en el Instituto Smolny y desde ahí se dirigió el golpe el 24 de octubre. "Era cosa de apoderarse totalmente de Petrogrado en las próximas 24 horas." Eso significaba que había que apoderarse de aquellas instituciones políticas y técnicas que se encontraban aún en manos del gobierno.<sup>46</sup>

Al mismo tiempo el Congreso Pan-Ruso del Soviet debía de reunirse en la capital. De este modo, el poder capturado se transferiría al Soviet en el cual, entre tanto, los bolcheviques habrían adquirido una posición firme y poderosa. El plan era puramente militar, y esto lo admitía ingenuamente Trotsky.<sup>47</sup> Operar al través de las masas por el mecanismo de las huelgas

<sup>43</sup> Véase Trotsky, *op. cit.*, III, 172-3. Capítulo VI: "El arte de la Insurrección".

<sup>44</sup> Para el texto completo de las minutas de la reunión, véase James Bunyan y H. H. Fisher, *The Bolshevik Revolution, 1917-1918. Documents and Materials*. Stanford University Press, Palo Alto, Calif., 1934, p. 56.

<sup>45</sup> "Los planes tácticos para la conquista de la capital —escribía Trotsky— fueron elaborados principalmente por el personal de la organización militar de los bolcheviques... indicándose anticipadamente la meta de cada operación separada y las fuerzas necesarias para ella." De *The History of the Russian Revolution*, de Trotsky, III, 221.

<sup>46</sup> "Las minutas oficiales de la sesión son insuficientes", escribe Trotsky (*Ibid.*, p. 207). Lenin y Stalin no asistieron a la sesión. Lenin se ocultó durante toda la operación (disfrazado mediante una peluca) y volvió a salir sólo cuando el poder había sido capturado por completo.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 216.

(como en 1905 o como en febrero de 1917) no formaba parte del diseño táctico al que nos referimos.

El plan original consistía en concentrar a los marineros del Báltico y a los trabajadores armados en la estación de Finlandia. Desde esta base, se apoderarían de los puentes y avanzarían hacia el centro para dar el golpe final. Se había fijado como hora alguna de la tarde o de la mañana temprano. "Se había propuesto la ocupación, durante la noche, de todos los puntos de mando superiores, y, antes que todo, del Palacio de Invierno, en el que se había refugiado el poder central."<sup>48</sup> La concentración de fuerzas fue lenta y el Palacio no fue ocupado sino hasta en la noche del 26 de octubre. Lenin era un estratega revolucionario, y no un táctico. Las técnicas y las tácticas de aprehensión fueron preparadas por Trotsky, en tanto que las operaciones tácticas probablemente hayan sido preparadas por Antonov-Ovseienko. La jefatura militar, de acuerdo con Chamberlin, estaba en manos de un triunvirato: Antonov, Podvoisky y Chudnovsky. Los hechos parecen indicar que Antonov era el verdadero "jefe de operaciones", en tanto que Trotsky era el jefe táctico. El papel de Stalin era de tercera importancia. Lenin permanecía oculto.

El patrón táctico desarrollado bajo la forma de un esquema importante sería el que habría de servir como proyecto o plano para la captura del poder. El golpe, en la primera etapa, se concentraba en contra de los *instrumentos* del poder, y no en contra de sus *símbolos físicos* (los instrumentos gubernativos) y contra el gobierno mismo. Los bolcheviques se apoderaron primero de la fortaleza, y, ulteriormente, de las estaciones de telégrafo y de teléfono, de las estaciones de energía, del Banco del Estado y de empresas semejantes. Una vez capturados los instrumentos del poder, el gobierno estaba perdido. Es difícil asegurar si este patrón particular se desarrolló durante la operación o si se planeó de antemano. Testigos presenciales y observadores de ambos lados atestiguan la rapidez y el avance de los preparativos de acción. Ellos parecen sugerir el que el procedimiento había sido planeado.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> Trotsky, *op. cit.*, pp. 216-7.

<sup>49</sup> Curzio Malaparte, en un análisis escrito con viveza, sugiere que la víspera del golpe Trotsky le dijo a Dzerjinski que la operación clave consistía en capturar el Estado y no en combatir al gobierno por medio de las armas. La clave para el Estado, afirmaba (de acuerdo con lo que dice Malaparte), estaba constituida por sus elementos técnicos (estaciones eléctricas, teléfonos, telégrafos, puertos, instalaciones de gas) y no por sus edificios, cancillería o por sus oficinas. Malaparte estuvo en Rusia a principios de 1929. Basó su análisis e informaciones en materiales documentales, pero también tomó como

Los medios de violencia —los grupos armados disciplinados— eran una parte esencial del golpe. Fueron la Guardia Roja, el Comité Militar Revolucionario y algunas unidades y bolcheviques armados los que proporcionaron tales medios de violencia. La historia de estos grupos armados estaba conectada directamente con el sistema dual de poder. Las Guardias Rojas estaban constituidas por trabajadores fabriles entrenados militarmente. Durante las primeras etapas de la revolución se establecieron para “luchar contra la contra-revolución” y para “defender la conquista del proletariado”. Su influencia aumentó tras la derrota del golpe derechista de Kornilov. Los bolcheviques hicieron un esfuerzo especial para apoderarse de la jefatura de las Guardias Rojas, y lo consiguieron. En el sistema dual de poder, las Guardias Rojas estaban conectadas con el Soviet, careciendo el gobierno de poder sobre tales destacamentos. El Comité Militar Revolucionario fue formado originalmente a iniciativa de los demócratas, social-revolucionarios, como comité coordinador militar, y como medio de vincular al Soviet y al Gobierno Provisional. Los comunistas se apoderaron del comité, pusieron en él a sus propios hombres, y consistentemente fueron utilizándolo para infiltrarse en las unidades militares. Los bolcheviques tenían el soporte más decidido de parte de los ingobernables marineros del Báltico. La influencia bolchevique entre los soldados requiere que se dé de ella una explicación más detallada. El gobierno provisional representaba una política de guerra en contra de Alemania. El gobierno trató de transferir a los soldados de San Petersburgo a las líneas del frente, y de introducir por lo menos alguna apariencia de disciplina entre los soldados que haraganeaban en las calles de la capital. En tiempos de desorganización general, los intentos de este tipo no contribuyen ciertamente —y no contribuyeron en el caso— a la popularidad del gobierno. Los bolcheviques, contra lo que ocurría con el gobierno, estaban en contra de la guerra, prometían la desmovilización así como la entrega de tierras y de hogares a los soldados cansados, hambrientos, hastiados de la guerra.

El Partido Comunista proclamó sus títulos de único partido “proletario”, de único partido representativo de las masas. Un partido de tal índole, de acuerdo con sus propias teorías, debería de encabezar una revolución espontánea desde abajo. ¿Por qué resultaba necesaria, entonces, una “conspiración”? La generalización de acuerdo con la cual “la opinión pública conversaciones y entrevistas. Curzio Malaparte, *Coup d'Etats. The Technique of Revolution*, Dutton, New York, 1932, p. 43.

Malaparte cita a Trotsky, quien decía que, con objeto de hacer caer un Estado moderno, es necesario un partido tempestuoso, expertos técnicos y hombres armados dirigidos por ingenieros, p. 42.

blica de los trabajadores estaba, en general, mayoritariamente, en favor de los bolcheviques” es completamente falsa. Los trabajadores, los campesinos y los soldados estaban muy lejos de constituir un grupo dinámico homogéneo, siendo como eran, más bien, una masa amorfa. La guerra, la revolución y el hambre dieron como resultado la fatiga. Tras los días regocijantes de la “detente” revolucionaria y de la libertad de febrero, una gran apatía general hizo su primera aparición. Los antiguos valores se habían desintegrado; los nuevos, de carácter democrático, progresaban bajo condiciones adversas. Las masas se cansaron y se volvieron pasivas, conforme lo muestra una extensa documentación histórica.<sup>50</sup>

Durante una sesión secreta del Comité de Petrogrado del partido bolchevique, la fatiga y la apatía existentes fueron subrayadas por uno de los dirigentes bolcheviques: “La organización militar súbitamente comienza a desplazarse hacia la derecha”, dijo uno de ellos. “En general, no hay deseo de levantamiento”, dijo otro. Otro más agregó, “Incluso en el caso de que el Soviet lanzara un llamamiento para la insurrección, ciertas fábricas (las nuestras, por ejemplo) no responderían”, y, asimismo, “No hay señales de espíritu agresivo entre las masas”.<sup>51</sup> Esta era la forma en que hablaban los dirigentes bolcheviques, quienes estaban en contacto directo con la cima, y que eran representativos de la misma. En estas circunstancias, la revolución desde abajo era imposible. ¿Una huelga general? Trotsky no se atrevió a arriesgarla.<sup>52</sup> El caos estaba unido a la inercia. Las calles rebosaban de desertores y de soldados. Prevalecía una confusión general. La estrategia “clásica” para un golpe combinado consiste en una huelga general desde abajo y un golpe en la cima, subseguido de la captura del poder. Este fue el secreto del éxito de Joseph Pilsudski cuando se lanzó a la captura del poder en Polonia en mayo de 1926 (la huelga de los ferrocarriles suministró el efecto paralizador). El concepto de captura combinada es algo que equivale, según se afirma que dijo un revolucionario, “a un golpe que se da a un hombre paralizado”. El táctico bolchevique, sin apoyo de las masas, aprovechó la confusión y el desorden.

En un cierto sentido, se trató de una captura combinada del poder; pero, en un cierto sentido fue, más bien, un golpe, una revolución cuidadosamente planeada, desde la cima.

<sup>50</sup> Zinoviev y Kamenev lo citan en una carta al Comité Central. Para el texto completo de la carta, véase Bunyan y Fisher. *Op. cit.*, p. 59.

<sup>51</sup> Para el texto completo de los “Reports from the Rank and File of the Bolshevik Party”, véase Bunyan and Fisher, pp. 69 ss.

<sup>52</sup> Malaparte, *op. cit.*, p. 44, sugiere que Trotsky se opuso violentamente a la huelga general, argumentando que los bolcheviques no podían confiar en la huelga.

El apoyo activo, espontáneo de las masas, como en la revolución de febrero, estuvo ausente. Las masas no se movieron para prestar un apoyo activo a los bolcheviques, y los bolcheviques tampoco llegaron a controlar totalmente a las masas. Pero, el pueblo de San Petersburgo y de Rusia estaba cansado y confundido, y el gobierno no podía administrar efectivamente el poder. La inquietud se extendió por el campo. El aumento de las rebeliones campesinas, del apoderamiento de tierras, etc., da una visión de la desintegración social creciente que iba acompañada de una inquietud general. Unos pocos datos estadísticos pueden ilustrar mejor estos desarrollos.

Acciones campesinas del tipo del corte arbitrario de leña, del allanamiento de los campos, de la cosecha ilegal, del apoderamiento de los fundos, etc.: en mayo (259), en junio (577), en julio (1,122), en agosto (691), en septiembre (629). El movimiento campesino, con todo, cambió de forma: las fincas fueron quemadas; hubo un apoderamiento y una división de las tierras. En el otoño, los casos de destrucción y de captura de grandes propiedades aumentaron.<sup>53</sup>

Los bolcheviques no se podían arriesgar incluso a hacer un llamado a una huelga general, porque los trabajadores no hubieran respondido. Pero la confusión y el desorden general proporcionaron una situación favorable en la parte más baja, y ellos se aprovecharon de la situación y dieron el golpe, con destacamentos armados y organizados, en la parte alta, en contra de los instrumentos de poder. Esta confusión y este desorden fueron los substitutos de un movimiento de masas. La distinción entre una aprehensión combinada y un golpe es difícil de hacer aquí, y la terminología es, después de todo, de poca importancia, ya que lo decisivo son los hechos.

Los bolcheviques no podían afirmar que tenían una mayoría nacional —o sea, de toda Rusia—. Tenían sólo una pequeña representación en la Asamblea Constituyente de 1918 después de haberse apoderado del poder. La mayoría estaba constituida por los social-revolucionarios y por otros grupos democráticos. Incluso en Petrogrado, fueron incapaces de ganar una mayoría en la Asamblea Constituyente, aun cuando su influencia hubiera crecido considerablemente.<sup>54</sup> Pero en septiembre (del nuevo calen-

<sup>53</sup> Archivos Centrales, *The Peasant Movement in 1917*, Moscú, 1927. Apéndice, citado en *The History of the Civil War in the USSR*, pp. 424 y 425.

<sup>54</sup> Para resultados de la elección, véase Bunyan and Fisher, pp. 347 ss. Chamberlin establece que "62 % de los votos fueron para socialistas moderados de todo tipo, en su mayoría social-revolucionarios; aproximadamente un 25 % para los bolcheviques, y un 13 % para los partidos conservadores y liberales de clase media". *Op. cit.*, I, 365-6.

dario) los bolcheviques reunieron una fuerza suficiente como para ganar una mayoría en el Soviet de Petersburgo. Trotsky fue elegido presidente del mismo. Los bolcheviques ganaron también una mayoría en algunos Soviets provinciales. Sus votos, por ese entonces, aumentaron rápidamente, en tanto que declinaban los votos de los mencheviques.

La jefatura de los bolcheviques era fuerte y ruda, y era apoyada por un cierto número de grupos "activos". En la capital, a pesar de que los socialistas democráticos seguían siendo fuertes, los bolcheviques tenían una influencia importante entre los trabajadores industriales. Además de esto, sus lemas de terminación de la guerra y distribución de la tierra tuvieron un atractivo inmediato para las masas. El gobierno provisional era débil. En un momento de confusión paralizante, los agresores tuvieron la oportunidad que esperaban.

El momento fue elegido correctamente. En San Petersburgo sesionaba el Consejo de la República, en tanto que el Congreso del Soviet estaba por reunirse. El Consejo de la República era un pre-parlamento, una asamblea democrática. Los miembros del mismo representaban lo mejor de las tradiciones rusas liberales, socialistas, democráticas y humanas. El Congreso del Soviet (no el Soviet de San Petersburgo) era sostenido aún por social-revolucionarios y mencheviques. En tanto que los bolcheviques representaban una oposición oral, los liberales y los demócratas socialistas seguían suministrando la jefatura ideológica. Un golpe que tuviera éxito en tal momento aniquilaría al gobierno provisional y paralizaría el desarrollo de un sistema parlamentario. En consecuencia, un golpe destruiría —como destruyó— el elemento democrático del poder dual. En consecuencia, los bolcheviques podrían —y pudieron— capturar y dominar el Congreso de los Soviets, y establecer así un monopolio de poder, y una dictadura. En los Soviets, los bolcheviques tenían una oportunidad de ganar una mayoría y, en algunos de ellos, la ganaron.

La Fortaleza de Pedro y Pablo domina la capital. Antonov, un jugador de ajedrez, matemático y antiguo oficial del ejército, decidió apoderarse de la fortaleza, por la fuerza, en caso de ser necesario. Trotsky prefería utilizar las palabras. Durante la tarde del 23 de octubre (noviembre 5) se dirigió a una reunión de soldados. Las lealtades de éstos se encontraban debilitadas y divididas; los latiguillos anti-belicistas eran muy populares, y los soldados del fuerte se lanzaron a la insurrección.

El crucero Aurora estaba anclado cerca de la sede del gobierno, el Palacio de Invierno. En los marineros no se podía confiar, porque muchos de ellos eran bolcheviques y anarquistas. El almirantazgo dio órdenes lógi-

cas de abandono de la capital para un viaje de entrenamiento. El Ministro del Interior clausuró la imprenta del periódico bolchevique. El gobierno estaba reaccionando lentamente, pero el principio del poder dual respondió inmediatamente. El gobierno tenía tropas, pero el Soviet de Petersburgo, así como el Comité Militar Revolucionario mandaban también unidades militares. Trotsky, presidente del Soviet de Petersburgo, sin preguntarles a los otros partidos, le ordenó al regimiento de Lituania que se apoderara de las plantas impresoras, y el regimiento obedeció, volviéndose a abrir dichas plantas bajo las órdenes de los bolcheviques y violando, por lo tanto, las órdenes del gobierno. Desde los cuarteles generales del poder dual, Trotsky les ordenó a los marinos del Aurora que desobedecieran al gobierno, y éstos obedecieron. De este modo, se inició el golpe.

El gobierno avanzó, por su parte. Las estaciones ferroviarias fueron ocupadas por las tropas del gobierno; se elevaron los puentes sobre el Neva y se confiaron a la custodia de las tropas, lo cual, conforme escribe Trotsky "fue recibido por la población como un anuncio oficial del principio de la insurrección...". Los rebeldes reaccionaron. Aparecieron trabajadores y soldados armados en los puentes. "La lucha por los puentes adquirió los caracteres de una prueba por ambas partes... Partidas de trabajadores armados y de soldados presionaban a junkers y a cosacos, tanto persuadiéndolos como amenazándolos. La guardia, finalmente, se rindió sin arriesgarse a la lucha abierta. Algunos de los puentes se elevaron y bajaron varias veces.<sup>55</sup> El Aurora, por su parte, ayudó a restaurar el movimiento en uno de los puentes. El comandante del crucero era un prisionero virtual de los marinos bolcheviques. La acción procedió paso a paso. La estación del telégrafo fue capturada cuando el "comisario", ayudado por unos cuantos soldados, apareció en el edificio y, simplemente se posesionó de él. Fue bastante con mostrar las armas. En la tarde, otro comisario, con un pequeño destacamento de marinos bien armados, ocupó la agencia del gobierno.

La principal acción u operación militar principió a la mañana siguiente, a las dos de la mañana. Destacamentos pequeños y bien armados ocuparon simultáneamente la estación del ferrocarril, la planta eléctrica, la planta de municiones y las tiendas de comestibles, las estaciones del agua, los puentes, los teléfonos, las grandes imprentas y la oficina de correos.<sup>56</sup>

Los instrumentos del poder fueron capturados y, en esta forma, por lo mismo, se aprehendió al Estado. Este estadio de la aprehensión no fue

<sup>55</sup> Trotsky, *op. cit.*, p. 217.

<sup>56</sup> *Ibid.*, III, 221.

sangriento. Se abrieron los teatros y los cinematógrafos; los transportes se vieron tan abarrotados como de costumbre. No se produjeron huelgas. El Palacio de Invierno era símbolo físico del gobierno. Este cuartel general de la democracia fue capturado ulteriormente, al tercer día, una vez que los instrumentos de poder de la capital se encontraban en manos de los bolcheviques. Los ataques en contra de este edificio, defendido por batallones de cadetes y de mujeres hubo de pagarse con sangre y vidas.

De este modo, se capturó el poder, quedó aniquilado el doble gobierno, y el monopolio del poder se transfirió al Soviet de Petersburgo. En el Segundo Congreso del Soviet los bolcheviques tenían la mayoría. Por supuesto, el Congreso de los Soviets no representa a la totalidad de la población de Rusia. Los bolcheviques tenían unos 390 delegados de los 450.<sup>57</sup> El centro de poder se desplazó hacia el Soviet.

La Revolución de febrero fue la revolución democrática de Rusia. Nunca antes ni nunca después han sido libres los rusos en la forma en que lo fueron entre las revoluciones de febrero y de octubre de 1917. Fue ese un período penoso, pero en él, la libertad nació de la esclavitud. La revolución de febrero había derribado a la autocracia secular. La revolución bolchevique de octubre no mató a la autocracia sino a la joven democracia rusa. Una democracia que vivió poco y que era todavía débil, pero que es la única que ha tenido Rusia en toda su historia.

<sup>57</sup> Chamberlin, *op. cit.*, I, 320. Este Congreso confirmó al Primer Consejo de Comisarios del Pueblo, con Lenin como Presidente del mismo.

## CUARTA PARTE

### *LA LUCHA CONTRA EL PODER DETENTADO*

#### CAPÍTULO XVII

#### SOCIOLOGÍA DE LOS MOVIMIENTOS SUBTERRÁNEOS DE RESISTENCIA

*Un problema sociológico.*—Puede establecerse una distinción entre el poder conquistado, ejercido tradicionalmente, y el poder detentado; entre el poder conquistado por un Estado extranjero sobre otra nación, y el poder que ya se ejercía o se había detentado dentro de una misma nación. La lucha subterránea contra los nazis en Polonia o en Francia, fue una lucha contra el poder conquistado; el movimiento subterráneo antifascista se dirigía en contra de un poder detentado, en tanto que el movimiento popular subterráneo contra el régimen zarista, se dirigía en contra de un tipo de poder tradicional y establecido desde hacía mucho tiempo. Desde luego que la lucha de resistencia en contra de un invasor extranjero es, en muchos aspectos, diferente de la lucha en contra de un dictador doméstico. El grupo extranjero, más notable, es un objetivo político más sencillo de reconocer y de atacar. En general puede decirse que fue más fácil en la Europa del siglo xx organizar un movimiento subterráneo de resistencia en contra de los invasores extranjeros que en contra de los dictadores nativos.

Pero a pesar de estas diferencias, trataremos en este capítulo, generalmente, de los movimientos de resistencia en contra del poder conquistado y también en contra del poder detentado.

En el análisis práctico, frecuentemente resulta difícil establecer una diferencia entre ambos. Los gobiernos satélites de la Europa central y oriental y el régimen de Quisling en Noruega, son resultados de ambos, de la conquista y la detentación del poder.

Históricamente, las organizaciones subterráneas surgieron como ins-

trumentos de la lucha política por la democracia, por los derechos nacionales y políticos y por la justicia social, y los movimientos democráticos de resistencia se ganaron la simpatía de la opinión pública occidental; pero que esto haya ocurrido no implica imposibilidad alguna para el uso de técnicas similares dirigidas en contra de la democracia según lo ejemplifica su uso por comunistas, gobiernos democráticos, nazis y fascistas de los que particularmente los dos primeros tuvieron sus operadores subterráneos. De otra parte cabe mencionar que el ku-kux-klan se asemejó mucho, en ciertos períodos al tipo de organización subterránea. La acción política subterránea es un instrumento o técnica —por lo mismo axiológicamente neutra— que puede usarse para bien o mal y para diversos objetivos. En este capítulo concretaremos nuestro interés principalmente a la lucha subterránea en contra del poder conquistado, detentado o autocrático; y por consecuencia a los movimientos dedicados a la democracia, los derechos naturales y la justicia social.

El foco de interés de este capítulo se refiere a las normas de los movimientos subterráneos, a su impacto sobre la sociedad y la personalidad, a sus técnicas, organización y eficiencia.

*Las normas de los movimientos subterráneos.*—Los movimientos modernos de resistencia son movimientos políticos con ideología y objetivos propios, con formas definidas de organización, de técnicas y tipos de acción social. Un movimiento de resistencia no actúa abiertamente; es un movimiento al que se considera como fuera de la ley, al que consecuentemente se persigue y prohíbe y el cual naturalmente tiene que seguir métodos distintos a los de un partido político en Gran Bretaña o los Estados Unidos. La situación peligrosa, en la que incluso se arriesga la vida, atrae personalidades que frecuentemente son diferentes de las atraídas a los movimientos políticos en los países pacíficos, ordenados y democráticos, donde la dirección de estos movimientos asegura una elevada posición social.

Una organización política de resistencia también difiere tanto de los partidos políticos de un sistema democrático de muchos partidos como del partido dominante, de un sistema autoritario de un solo partido. Sin embargo, también hay diferencias entre los movimientos de resistencia de las diversas naciones, y entre los que tienen desacuerdos ideológicos fundamentales, dentro de la misma nación.

Imaginemos que los Estados Unidos de América, estuvieran dominados por un conquistador extranjero o —idea similarmente fantástica— que un dictador nativo, estableciera en ellos su dominio. Como los Estados Unidos de América son una democracia, los americanos no tienen expe-

riencia en la lucha subterránea para lograr objetivos democráticos y nacionales. Tendría que inventarse una norma de lucha subterránea la cual se desarrollaría a través de duras experiencias. Fue lo que sucedió en Francia cuando las tropas alemanas conquistaron el territorio durante la segunda guerra mundial. Se necesitó que pasara algún tiempo antes de que los *maquis* y en general la red toda de la organización subterránea pudiera llegar a formarse. En cambio, cuando el territorio polaco fue dominado por los alemanes, el movimiento de resistencia comenzó a funcionar casi al día siguiente, lo cual se explica teniendo en consideración que ahí había unos 150 años de tradiciones insurreccionistas y que se recordaban las experiencias de la insurrección de 1863 y de la revolución de 1905, conocidas no sólo a través de los libros, sino como parte integrante de la tradición general viva. Thomas Arciszewski, uno de los principales jefes del movimiento polaco de resistencia durante la segunda guerra mundial, electo por el Consejo polaco subterráneo de Unidad Nacional como primer ministro del gobierno en el exilio, había sido jefe del movimiento subterráneo anti-zarista medio siglo antes. Los jefes eran hombres que conocían la técnica y los trucos de la lucha subterránea, y que tenían gusto intelectual y devoción por la causa de la libertad. Había una norma del movimiento de resistencia establecida, históricamente aceptada, norma de lucha que se ajustó rápidamente a las condiciones cambiantes.

Mientras los polacos seguían las normas socialmente aceptadas de su resistencia insurreccionista, los yugoeslavos continuaban sujetándose a sus normas tradicionales de lucha de resistencia, formadas a través de los siglos de lucha contra los turcos. Después de que Yugoslavia fue conquistada por los alemanes, se formaron destacamentos de *chetniks* bajo el supremo mando del general Draja Mikhailovich. Los guerrilleros yugoeslavos se escondieron en montañas casi inaccesibles y desde ahí lanzaron sus ataques. Los partisanos comunistas dirigidos por Tito aparecieron mucho después y, aunque seguían la técnica de los *chetniks*, su estrategia consistía, principalmente, en eliminar a los *chetniks*, que formaban una organización militar que podría estorbar el camino hacia la dictadura comunista. En tanto que los polacos emplearon hábilmente sus bosques, los *chetniks* se aprovecharon de sus montañas.

El movimiento nacionalista ucraniano, amparado por las siglas U.P.A., se mantuvo en las laderas orientales de los Cárpatos y en las marismas de Prypet. Su lucha contra el dominio soviético continuó hasta 1950 y aún en años posteriores. Como puede verse, incluso la geografía tiene su significado en la formación de las normas de los movimientos de resistencia.

Los polacos formaron un complicado Estado subterráneo. Los yugoslavos establecieron su principal autoridad política en las montañas, mientras que los checos siguieron una norma tradicionalmente establecida de resistencia mediante el tortuguismo y el sabotaje, que Hasek ha descrito satíricamente con gran habilidad. Algunos polacos, en su dialecto especial, llegaron a llamar dicha forma de resistencia "la chequización de la resistencia"; cuando la lucha era muy desesperada y el adversario demasiado fuerte y no había esperanza de auxilio del exterior, la forma pasiva de resistencia resultaba más prudente más sutil y menos costosa.

Los belgas organizaron su movimiento de resistencia bastante pronto. Ahí, la tradición de la resistencia anti-alemana creada durante la primera guerra, aún estaba viva y la vecindad de la costa británica también desempeñó un papel significativo en su estrategia subterránea.

Durante cien años, los movimientos subterráneos habían florecido en Rusia; fue la lucha en contra del dominio nativo despótico, tradicionalmente establecido. Desde los decembristas, y a través de la tradición popular de 1860 y 70, hasta fines de siglo, se fue desarrollando el movimiento de resistencia; asimismo se fueron constituyendo sus normas por *élites* revolucionarias que, durante mucho tiempo fueron limitadas. Carentes de apoyo popular durante la primera mitad del siglo XIX, a fines del siglo los movimientos rusos de resistencia comenzaron a ganar el apoyo del público entre la clase media liberal, y también a hacer partidarios entre los trabajadores, para, por último, y en vísperas de la revolución, ganar a los campesinos.

Cada país produjo sus propias normas de movimiento de resistencia. Las tradiciones y los valores tradicionales desempeñaron un papel muy importante. La variedad de normas fue el resultado de la diversidad de experiencias históricas, así como de una gran diversidad de otros factores.

*Impacto sobre la sociedad.*—El movimiento subterráneo polaco. La falta de espacio no nos permite discutir en detalle las diversas normas de movimientos subterráneos, así como su impacto sobre diferentes naciones y culturas. Desde luego que un movimiento de resistencia puede tener en una sociedad consecuencias muy diferentes de las que tiene en otra, y, por lo tanto, es mejor concentrarse en una de sus formas, de ahí que el objeto de este artículo sea el movimiento polaco de resistencia, cuya experiencia se compara con otras con tanta amplitud como el espacio lo permite; puede decirse, por tanto, que en este estudio hemos empleado una cierta combinación de los métodos representativo y comparativo.

La lucha en contra del poder conquistado ha sido y es parte de la tradición polaca; parte de su historia oficial y nacional. El modelo de

insurrección nacional se remonta hasta el siglo XVIII y tiene ahora unos 150 años de edad. Este modelo, que se desarrolló principalmente en la parte de Polonia que estuvo dominada por los rusos en 1918, proporciona un ejemplo y una imagen romántica al resto del país, que, por diversas razones quizás sea más intenso para quienes estuvieron dominados por los austríacos, que para quienes lo estuvieron por los alemanes.

En consecuencia, el insurreccionismo ha desarrollado un complejo cultural que se refleja en las actitudes hacia los valores, la personalidad, la historia, y la política, y también en habilidades específicas, en técnicas y métodos perpetuados por la tradición; quienes participaron en las insurrecciones eran altamente respetados, y frecuentemente, reverenciados. Su posición social era muy elevada. Algunos de los insurgentes de 1863 aún vivían en mi primera infancia, y recuerdo que el simple título de insurgente (*powstaniec*) era altamente respetado. El valor y devoción a la causa de la libertad, los años pasados en el exilio de Siberia, eran parte de la conversación cotidiana, una de las historias que se contaban por la noche, y, posteriormente, tema de los trabajos de clase en la secundaria, de las disertaciones profesionales y de las tesis. Después vinieron los de la generación más joven, quienes lucharon en el movimiento subterráneo polaco a fines de siglo en contra del gobierno zarista. Desempeñaron un papel muy importante en la política interna de Polonia. El semi-dictador Joseph Pilsudski fue en una época uno de sus jefes. Este período, incluyendo la revolución de 1905, produjo una verdadera leyenda que en esa época constituyó un elemento de fuerza para el llamado ideológico de Pilsudski. Los gobiernos y ejércitos zaristas no pudieron nunca silenciar las armas de los luchadores subterráneos. Cuando Polonia quedó libre, la tradición de esas luchas subterráneas pasó a los libros de historia y al sentimiento popular. Todos los años, representantes del movimiento obrero social demócrata (P.P.S. Partido Socialista Polaco), rendían homenaje, en la ciudadela de Varsovia, cerca del sitio donde estuvo la horca donde fueron colgados los socialistas polacos por los verdugos zaristas, a los héroes de aquella lucha. Flores y coronas adornaban las tumbas de los mártires, y las banderas se izaban a media asta. Esta manifestación política, combinada con la conmemoración popular y los discursos, fue respetada incluso por los semidictadores, no obstante que el partido socialista celebrante los atacaba.

Las revistas históricas dedicadas a la historia de la moderna Polonia, publicadas hacia 1930, contienen artículos eruditos acerca de las luchas subterráneas, así como acerca de períodos anteriores. La ideología insu-

rreccionista y la lucha subterránea influyeron también sobre las bellas letras y las artes. Uno de los principales novelistas, Stefen Zeromski, dedicó su talento al romanticismo, pero también a los dilemas morales de la lucha subterránea. Su obra, *Sueño con el tema de la Espada y El Pan*, pinta el concepto específico del heroísmo de un luchador polaco subterráneo de principios de siglo. En *Roza*, presenta los grandes problemas de los movimientos subterráneos en una forma dramática. Era un llamado a la juventud lanzado desde los escenarios de los teatros nacionales. Stanislas Brzozowski, en *Llamas* (una novela) fascina al lector con la historia del movimiento subterráneo y sus temas filosóficos, mientras que Adrzej Strug, en *Hombres Subterráneos*, presenta bosquejos realistas y llenos de vitalidad acerca de la lucha y la personalidad de los hombres del movimiento subterráneo del P.P.S., a principios del siglo. Strug pertenecía a este grupo. Estos tres autores son los más grandes de la literatura polaca, y sus novelas han sido consideradas como clásicas. Arthur Grotteger, uno de los principales pintores nacionales polacos dedicó su talento a pintar la insurrección de 1863, la lucha de resistencia, la acción subterránea y el exilio en Siberia. Un transeúnte en una de las principales calles de Varsovia puede quedar impresionado por un sencillo y hermoso monumento que lleva las iniciales P. O. W., y que conmemora la organización subterránea militar de 1917 en contra de las Potencias Centrales. Hasta las calles llevaban los nombres de los héroes de la revolución de 1905. Calle de Okrzeja, calle de Mirecki, etc.

La tradición, las huellas de los héroes de la resistencia, se encontraban en todas partes, en novelas, teatros, historia, pinturas y monumentos. Las insurrecciones y el movimiento subterráneo produjeron su folklore, sus leyendas y sus cantos. Algunos de ellos, como la Varsoviana, o la lucha en Varsovia, se han cantado en muchos países. Cantos, rituales políticos (tales como la celebración de los aniversarios de las revoluciones, insurrecciones, ejecuciones de jefes del movimiento subterráneo) y obras teatrales formaron un mecanismo simbólico y ritual, por medio del cual se reforzaron los valores y la tradición, se renovó la experiencia. Al través de estas representaciones colectivas, el pueblo volvía a vivir episodios, y los héroes se levantaban de sus cenizas. Era una cosa viva.

Los valores del movimiento subterráneo y de la resistencia estaban profundamente enraizados en las tradiciones nacionales, y frecuentemente formaban parte también de las tradiciones familiares. En casa de uno de mis amigos, pude ver fijada en la pared del comedor, una página de periódico de 1831 en la que se describía la muerte de uno de sus antepasados en

una batalla insurreccionista. En la misma pared, había otro cuadro con un pedazo de tela de camisa manchada de sangre, y una leyenda, referente a otro trágico sacrificio de la insurrección de 1863, probablemente de su abuelo o de su tío abuelo; finalmente había un retrato del padre rodeado de gendarmes rusos armados con espadas, en el momento en que le conducían a Siberia, poco antes de escapar para Austria. A su madre le gustaba contarnos historias fascinantes: era una mujer dotada intelectualmente, simpática y valiente que se había dedicado a la labor del "dromader", portadora de publicaciones del movimiento subterráneo, a través de la frontera hacia la parte rusa. Ésta era la atmósfera de ese hogar, esas las conversaciones cuando se sentaban a la mesa, eso lo que se decía a los niños hacia 1930. Naturalmente esto no sucedía en todas las familias, pero sí en muchas de las que formaban parte de la "intelligentsia". Para los trabajadores —para quienes las tradiciones social-demócratas eran fuertes— las tradiciones y leyendas del movimiento subterráneo representaban una parte muy importante. Después de todo, en esta parte de Polonia, sometida a Rusia, el movimiento socialista tenía una tradición de 120 años. Sin embargo, sólo durante 20 años —de 1918 a 1939— fue reconocido legalmente el partido socialista polaco, pues durante el período anterior fue un movimiento subterráneo. Los cuatro presidentes de Polonia en el período comprendido entre las dos guerras, Narutowics, Wojciechowski, Pilsudki, Moscicki, habían sido simpatizadores o jefes del partido socialista polaco anterior a 1914.

Naturalmente que había oponentes fuertes, enemigos de esta tradición y de este pasado. Había tendencias que se esforzaban por borrar los sentimientos públicos, especialmente entre la juventud. Sin embargo, entre muchos trabajadores, estudiosos, intelectuales, etc., esos valores y tradiciones estaban firmemente arraigados e indirectamente —a través de la escuela y la educación— influyeron sobre el resto de la nación.

A fines del siglo pasado, el movimiento de los positivistas en Polonia se oponía al insurreccionismo. Los positivistas aconsejaban una labor constructiva y el adelanto económico del país. Las insurrecciones —alegaban— nunca habían tenido éxito, y sólo habían debilitado a la nación. En cada insurrección habían perecido quienes eran mejores y más valientes. Temporalmente por cierto período, los positivistas ganaron influencia entre algunas clases sociales. Durante una ocupación, durante un período de dominio extranjero, esta "voz de la razón" tenía mayor atractivo. Posteriormente, el partido nacional-democrático— movimiento derechista— se opuso violentamente a la estrategia insurreccionista del P.P.S. Sin em-

bargo, a la larga, la tradición e ideología del insurreccionismo, dio forma a los valores, tradiciones y personalidades de los polacos.

La lucha había hecho que se desarrollaran habilidades políticas específicas. Joseph Pilsudski, a fines del siglo (jefe del movimiento subterráneo "P.P.S." quien fuera posteriormente un semi-dictador) escribió entonces dos libros notables: uno sobre la organización civil de la insurrección de 1863 y otro, *Bibula* sobre la prensa subterránea. Los periódicos subterráneos se publicaban en papel delgado de la India, que era más fácil de transportar. La Movilización de la Insurrección de 1863, es un ensayo en el que se declinan las técnicas de movilización de un ejército subterráneo, describe cómo se organiza un Estado subterráneo y cómo trabaja. Durante la insurrección de 1863, se organizó un Estado subterráneo con un gobierno nacional, con un ejército, con policía y tribunales e incluso se consiguieron préstamos nacionales. El gobierno nacional fue descubierto después por la policía zarista y sus jefes fueron ejecutados. Sin duda que el modelo y las tradiciones del Estado subterráneo de 1863 influyeron sobre la formación de un Estado subterráneo bajo la ocupación nazi en 1940. Había así habilidades y tradiciones políticas desconocidas para los países que han gozado de un largo e ininterrumpido gobierno democrático. Durante el movimiento de resistencia anti-nazi, durante la segunda Guerra Mundial, se discutió en la prensa subterránea la experiencia de 1863. Dicha experiencia apoyaba los argumentos en favor de la formación de un gobierno nacional en el exilio, refugiado en Londres. El hecho de que el gobierno nacional de 1863 hubiera sido descubierto por los rusos, que los jefes hubiesen sido ejecutados y la continuidad de la lucha interrumpida, justificaba el gobierno en el exilio. La constitución polaca de 1935, tenía ya cláusulas relativas a un gobierno en el exilio. El otro libro, *Bibula*, es tanto un libro de memorias como un texto, un manual para un editor, director y distribuidor de periódico subterráneo. La prensa subterránea es la más libre del mundo; es una prensa en la que no existe censura. Desde principios de este siglo, se ha formado también literatura técnica acerca de la lucha subterránea, de carácter militar y político.

Cuando los alemanes dominaron Polonia, todas estas habilidades y tradiciones fueron sometidas a prueba. Resultaron muy fuertes. Los valores, que eran constantemente reforzados, reaccionaron inmediatamente ante la nueva situación, y las organizaciones subterráneas comenzaron a crecer. Las técnicas y habilidades antiguas se pusieron nuevamente en acción, se probaron frente a las nuevas experiencias y se les hicieron los ajustes necesarios.

*Estructura social y movimiento subterráneo.*—El movimiento subterráneo es el resultado de ciertas condiciones sociales y, por lo tanto, está arraigado en una estructura social y en la existencia de determinadas clases sociales. Los populistas, por ejemplo, los *narodniki*, en Rusia, constituyeron un movimiento de estudiantes y lo que se conoce como la “intelligentsia”. El Movimiento socialista polaco, dirigido en contra del gobierno zarista y el dominio extranjero, fue apoyado por los trabajadores y la *intelligentsia*, pero mucho más por los trabajadores.

El movimiento de resistencia polaco contra los nazis fue un movimiento subterráneo de masas, semejante al de Francia. Se extendió a todas las clases sociales, con fuertes organizaciones entre los trabajadores industriales, los campesinos y los intelectuales.

Un fuerte movimiento subterráneo, un movimiento de masas, que descansa sobre el apoyo de las masas, debe tener un atractivo a fin de que éstas le presten su apoyo. Las insurrecciones polacas de los siglos XVIII y XIX fracasaron porque los jefes, a pesar de su llamamiento democrático, no pudieron atraerse a las masas campesinas. Kosciuzko, en la insurrección, hizo un esfuerzo serio, pero ni su insurrección, ni la de 1831 pudieron abolir la servidumbre. Las sociedades secretas, y las juntas pueden operar sin el apoyo de las masas. Sin embargo, un movimiento subterráneo de resistencia debe dirigirse a las necesidades, y las esperanzas del pueblo, debe presentarles un panorama de un futuro mejor, no de un retorno a las antiguas condiciones sociales de feudalismo: condiciones de explotación y opresión.

*Valores y actitudes de los movimientos subterráneos: Autosacrificio y “Principalismo”.*—El movimiento subterráneo está íntimamente relacionado con las condiciones políticas existentes. Es imposible discutir un movimiento subterráneo, fuera de su ambiente. El gobierno autoritario crea el terreno para que fructifique un movimiento subterráneo democrático.

Los valores filosóficos de esta lucha pueden ser comprendidos sólo en forma vaga. Es una lucha por la libertad y contra un sistema de opresión. Al lado de estos valores básicos de libertad y justicia, el valor más generalmente aceptado por los polacos era y sigue siendo el *niepodleglosc*, cuya traducción más aproximada es “independencia”; pero es difícil traducir exactamente este valor simbólico que comienza con un prefijo negativo (*nie*) en lugar de un positivo y que más bien significa no estar sujeto a un dominio extranjero.

La importancia que se concede al prefijo *nie* es un fenómeno interesante. El Himno Nacional polaco está formado en torno a él y lo mismo sucede con numerosos cantos patrióticos. "Polonia no se ha perdido", es el Himno Nacional, mientras que otro canto patriótico muy popular comienza con estas palabras: "No rendiremos la tierra de nuestros padres." No son cantos de agresión, sino de defensa, en contra de la conquista y la sumisión. Cantos que nacieron durante la derrota y no durante la victoria. Reflejan el pasado y los valores. El concepto de independencia como lema y el valor nacional oficial. *Niepodleglosc*, independencia, también, de la dictadura, constituye la norma fundamental. Sin embargo, en las insurrecciones y en los movimientos subterráneos, se encontraba históricamente conectada con ideas de democracia política e igualdad. Todo esto formaba una especie de asociación de ideas.

Estos tres símbolos, "Igualdad, libertad, independencia", fueron impresos en las proclamas de los insurgentes de 1794. Fueron puestas en los sellos del Gobierno Nacional durante la insurrección de 1863. Además, dieron un nuevo nombre al movimiento polaco subterráneo socialdemocrático durante la ocupación nazi. El Partido Socialista Polaco (P. P. S.) usó en una época esas iniciales. Los mismos valores dominaron en 1905. Los polacos recordaban que estos símbolos eran históricos. Al conmemorar la insurrección de 1863, un periódico polaco clandestino publicó lo siguiente en febrero de 1942:

"Los insurgentes cayeron en los campos de batalla y en los patíbulos. Nos dejaron una página gloriosa de historia polaca, una herencia de movimiento subterráneo nacional y de valiente lucha armada. Esta página tiene un símbolo indestructible: el sello del Gobierno Nacional con su lema 'Igualdad, Libertad, Independencia'." <sup>1</sup>

Estos tres valores ejercían atracción desde hacía 150 años, sobre grandes capas sociales.

Los valores dominantes de un movimiento político generalmente se formulan en forma de lemas cortos. Esto puede observarse, por ejemplo, en los símbolos de la Revolución Francesa, lo mismo que en los del movimiento de resistencia polaco.

En la política polaca —especialmente en el movimiento obrero— el valor del autosacrificio representaba una parte significativa. El autosacri-

<sup>1</sup> Z. Pola Walki, *Cele i Drogi Podziemnego Ruchu Robotniczego, w Polsce*. (1939-1942). *Nowa Polska*, Londres, 1943, p. 50 (en polaco: Desde los campos de batalla; las sendas y objetivos del movimiento laborista subterráneo en Polonia). Esta publicación es una antología de artículos subterráneos publicados durante la ocupación nazi.

ficio es un valor trágico, un sacrificio que debe hacerse, aun cuando no dé por fruto la victoria y la liberación. Polonia, a semejanza de Servia en este aspecto, es un país curioso: las derrotas nacionales se celebraban como días de victoria. La derrota serbia sufrida en Kossovo en 1389, o la insurrección de Varsovia en 1944, fueron días de resistencia heroica sin victoria, de sufrimiento y auto-sacrificio que merecen a serbios y polacos reverencia.

Aun con mayor fuerza que en otros grupos, un jefe del movimiento laborista polaco tiene que probar su devoción a la causa con su autosacrificio. En los Estados Unidos de América, haber cumplido una sentencia en la cárcel es algo vergonzoso; entre los polacos, el haber pasado años en la penitenciaría por algún delito político, o por haber luchado por la independencia y la democracia, constituyen una distinción honorable. Esto es una prueba del espíritu de sacrificio y de la incorruptibilidad. Un líder obrero a quien se le haya conmutado la sentencia de muerte, tiene muchas probabilidades de ser candidato en Polonia, en época de elecciones. Los años pasados en la cárcel a causa de las luchas políticas, por la lucha por la independencia y la democracia, hacen aumentar las posibilidades de un candidato. Son hombres cuya devoción inspira confianza. Hombres que han probado que ponen el interés del público por encima del propio; hombres que han probado que saben sacrificarse.

El alcalde socialdemócrata de la ciudad de Radon hacia 1930 caminaba como jugador de football, moviendo las manos y con las piernas y pies torcidos a los lados. Una vez le pregunté si había sido jugador de football, pero me dijo que no. Ese modo de caminar lo había adquirido durante los largos años de prisión pasados en la cárcel zarista de Katorga, en donde cumplió sentencia por sus actividades subterráneas en contra de los zares y se le condenó al peor tipo de trabajo forzado; el haber estado encadenado con un grillo en las piernas le hacía caminar en tal forma.

La dictadura en Polonia durante el período interbélico no fue por completo régimen totalitario como el de la Alemania nazi: las elecciones municipales era una especie de válvula de escape y numerosos candidatos de oposición de los partidos democráticos fueron electos, como ocurrió con el alcalde de Lodz (uno de los centros textiles más grandes del continente), Jan Kwapinski, presidente de los sindicatos comerciales, que había sido sentenciado a muerte durante el régimen zarista. En los largos años pasados en las fortalezas de Orel adquirió la costumbre de pasearse a oscuras de un lado a otro en un pequeño cuarto, de tomar té sin azúcar y a mascar pan duro. En Orel pasó los años de su juventud cuando se le conmutó su sentencia de muerte. Cuando salió de la fortaleza era ya un

hombre maduro; por oponerse nuevamente a la dictadura en la Polonia Independiente, pasó unos cuantos meses en una cárcel polaca. Cuando las tropas soviéticas dominaron la parte oriental de Polonia, fue arrestado nuevamente. Como socialdemócrata, su historia era anticomunista.

Libertado después de que la URSS fue atacada por Alemania, Kwapiński se convirtió en Vice-primer Ministro del Gobierno en el exilio que se encontraba en Londres. En el futuro, el prisionero de Orel, el preso de los campos de concentración soviéticos, volverá a gozar de la confianza de los trabajadores si conserva sus virtudes políticas. Su expediente es bueno: sentencia de muerte, cárcel, campo de concentración. Se trata de un hombre a quien ni la tentación del dinero puede mover. Además, tuvo el valor de oponerse al acuerdo de Yalta entre las cuatro potencias en 1945, y no temió ni siquiera a los Tres Grandes. Dentro del modelo cultural polaco, es un buen candidato.

El autosacrificio y los sufrimientos no siempre conducen a la victoria. El soldado del mundo subterráneo es un soldado desconocido. Esta fue la realidad social de la lucha subterránea en Polonia, y así se refleja en las novelas escritas por los maestros de la prosa polaca: por Stefan Żeromski en su obra.

*El año de 1905.* Cuando un oficial japonés fue sentenciado por una corte marcial extranjera a ser fusilado por haber servido a su país, fue interrogado antes de la ejecución, acerca de lo que quería que se hiciera con el dinero que llevaba encima, y si quería que se le enviara a sus hijos, a lo cual respondió: "Dono ese dinero a la Cruz Roja Internacional. No necesito preocuparme por la suerte de mis hijos, pues cuando yo muera el Mikado cuidará de ellos."

El mundo abyecto sintió que se le sacudía el corazón al oír esta sencilla respuesta, y cuando ganaron los japoneses, aumentó la admiración.

Frente a ti, ¡oh soldado polaco!, cuando cuelgas sólo de lo alto de la horca, o cuando caes en la zanja ensangrentada de los condenados, con el corazón atravesado por las balas de los soldados del zar, o cuando mueres lentamente en las estepas de Siberia, no ondea el estandarte de ningún poder distante. Frente de ti no hay nada. No hay más que un hoyo del tamaño de tu cuerpo. Frente a ti están los ejércitos. Y nadie se preocupará de tus hijos cuando mueras.

Tus compatriotas te negarán, tus vecinos te olvidarán, pues en sus corazones los sentimientos no duran mucho tiempo y un pensamiento, como se descubrió hace muchísimo tiempo, no dura más de una hora.

Por eso tus hijos caerán al arroyo, su abrigo será una cueva y, cuando crezcan, les cortarán el cuello. El mundo distante y el mundo lejano no escucharán encantados la rapsodia de tu muerte, pues tu causa no ha triunfado.

Por eso tu heroísmo es mayor que el del japonés. Contra ti, detrás de las filas de los mercenarios, se encuentra todo. La aversión, el temor, el odio, los gritos de los terratenientes, la alarma de los fabricantes, las secretas intrigas de los cobardes y la profunda ignorancia de la miseria. . .

Tu suerte es morir por ideales sagrados, morir sin tener siquiera el último consuelo de un hombre valiente, sin gloria. Pero ¡tú no luchaste por la gloria! Te has dedicado a enmendar al mundo, contra la voluntad del mundo, desde el fondo de las tinieblas. Tu tarea consiste en destruir la opresión de los hombres por los hombres.

Descubrir el espíritu humano a través de los sufrimientos de la carne e implantar el amor y el derecho a la felicidad entre la gente. Por eso has desafiado el poder y la autoridad del mundo. Por eso, al lado de tu cruz de mártir, para mayor gloria, colocarán las cruces de los ladrones.

¡Solamente la poesía no te abandonará, ni te insultará, oh soldado! Ella será la única que no tema tus sueños ni tus hechos. Aun cuando se perdiera tu causa, seguiría siéndote fiel. Conservará en su memoria tus días y tus noches, tus sufrimientos, tus esfuerzos, tus trabajos y tu muerte. Colocará tu cabeza, destrozada por las balas mercenarias, bajo almohadas de los más encantadores poemas que recogerá para ti solamente en muchos años, de los esplendores de una antigua lengua. Desnudo, sin cinturón ni *kontusz*,<sup>2</sup> te sacarán de la fosa común para darte un féretro de madera de pino, lo único que puede dar la gente, con un manto de dignidad tejido en la forma más artística. . . Colocará en tus manos sin vida, tu sueño dorado, el sueño de tantas generaciones juveniles, el sueño de la espada del caballero.<sup>3</sup>

Andrzej Strug, héroe del movimiento subterráneo, sacrificó su vida a los ideales de la revolución. Su muerte sirvió a un fin. Y una batalla que tuvo lugar durante sus funerales dio mayor vigor al movimiento:

“Todo sucedió como debía. Hubo coronas, grandes listones rojos y cerca de mil personas. Cantaron el Himno rojo sobre el sepulcro. Hubo

<sup>2</sup> *Kontusz*, es un antiguo traje polaco usado por la nobleza.

<sup>3</sup> Traducido por Sanley F. Zukowski.

una oración fúnebre y la multitud escuchaba, pero esa oración no pudo ser terminada. Los cosacos entraron al cementerio y echaron sus caballos sobre la tumba... Y hubo una lucha dura, hubo varios arrestados y hubo una gran conmoción."

"Una cosa así fortalece al pueblo y lanza bocanadas de aire en el ambiente enrarecido de los sótanos de los conspiradores. Fuiste útil, aun después de muerto. Moriste en la cama de otro; para enterrarte te vistieron con el *surdut* de otro y te pusieron los zapatos de otro... Veamos, ¿qué es lo que podemos llamar nuestro? Durante años no hemos podido tener un sitio que podamos llamar propio. Un minuto que sea nuestro, asuntos personales. No pensamos mucho en esas cosas, pero siempre hemos estado sometidos... Siempre... Ha sido una vida de perros." Del *The Obituary*.

Sin embargo, después de la experiencia de la segunda guerra, puede notarse cierto cambio en las actitudes frente al sacrificio. Los polacos ya no se mostraban tan dispuestos a sacrificar la vida sin tener alguna posibilidad visible de victoria. Se desarrolló una fuerte oposición en contra de la política de "desperdiciar" la vida humana. La lucha suicida y sin esperanza ya no era aceptada; se desarrolló cierta desconfianza hacia todos aquellos que aconsejaban una acción perdida. En general, los jefes o las cabezas que se encuentran en el exilio se oponen fuertemente a una política suicida. Sin duda que la experiencia también había contribuido a la transvolación de las normas. El valor como tal permanecía, pero había sido matizado con la experiencia y la política.

Similarmente, en el sistema cultural de valores rusos, los conceptos del sufrimiento como una virtud y del autosacrificio eran muy fuertes y emanaban parcialmente de la ideología religiosa y ortodoxa.<sup>4</sup>

Penitencia, sufrimientos corporales autoinfligidos, todo esto puede encontrarse en los movimientos religiosos y sectarios. A diferencia de lo que ocurre en esta tradición, el protestantismo angloamericano está libre de esos

<sup>4</sup> Jean Decarreaux, en un interesante artículo titulado "Santa Rusia", aparecido en la *Vie Spirituelle*, vol. XCL, julio de 1954, pp. 38-60, analiza los conceptos y personalidades de los santos rusos. El autosacrificio y el sufrimiento son sus principales atributos. Trabajaban más en favor de una resurrección colectiva que de una salvación individual. La santidad de estos santos —escribe Decarreaux— es original. Una de estas características originales es podvig, un término difícil de traducir, el cual significa más o menos actuación heroica, elección de una vida que requiere sacrificios, exposición al frío y a los dolores físicos. El otro es el apasionamiento... "el cristiano que acepta sin resistencia como un sacrificio voluntario una muerte violenta, a imitación del Cordero Divino... Con excepción del último momento de su vida puede no haber tenido antes ninguna disposición particular a la santidad... Simplemente acepta —cuando se presenta—, a veces sin dolerse de dejar la vida, una muerte dolorosa en Cristo".

conceptos. Los populistas estaban separados de las tradiciones religiosas, es cierto, pero el valor del autosacrificio había penetrado en los valores culturales rusos en general.

Sergei Nechayev, cuya historia fue tema de la obra de Dostoyewsky, titulada *Los poseídos*, representó un ala extrema entre los revolucionarios rusos del período populista. Es cierto que Nechayev representaba a una minoría, y hasta cierto punto era un lobo solitario entre los revolucionarios, rechazado por el ala democrática populista, pero sus puntos de vista extremos reflejaban en forma exagerada el concepto de autosacrificio. Su famoso *Catecismo del revolucionario* comienza así:

“El revolucionario es un hombre condenado. No tiene intereses personales, ni negocios, ni sentimientos, ni propiedades, ni ligas, no tiene ni siquiera nombre propio. Todo en él está absorbido por un interés exclusivo, un pensamiento, una pasión, la revolución.”<sup>5</sup>

El mismo título de la obra de Nechayev, *Catecismo*, indica una influencia religiosa en su terminología.

Durante la primera mitad del siglo pasado, entre los emigrados rusos y polacos que estaban en París se desarrolló un movimiento llamado “Mesianismo”. Towianski y Mickiewicz, el poeta polaco, fueron los jefes. Polonia fue llamada “el Cristo de las naciones”. A través del sacrificio de Polonia (participación y dominio extranjero), llegaría la salvación. El movimiento mesiánico era místico, tanto en su aspecto religioso como político.

El concepto de autosacrificio también está relacionado con la creencia en los valores absolutos que, en una jerarquía general, son superiores a la vida humana. Este concepto es una parte de la tradición occidental.

La lucha subterránea del tipo de la que sostuvieron los polacos, no tenía oportunidad de llegar a una situación de compromiso. Pero tampoco el zar, ni los nazis, ni los comunistas, han dado ocasión para ello; la lucha ha sido sin cuartel. El tipo de las personalidades activas en la lucha subterránea, y las mismas circunstancias políticas, favorecen la importancia de principios básicos, tales como la independencia nacional, la justicia social y la igualdad. Una persona dispuesta a entenderse con los zares, o con Hitler, o con los comunistas, es considerada como traidora a dichos principios, que son los valores políticos esenciales del grupo. La importancia en política se concede a los principios y no a los arreglos. Esta posición se conoce como “principialismo”.

<sup>5</sup> Nomad, Max: *Apostles of Revolution*, Boston, 1939, p. 228. Nomad presenta la traducción completa y, según creo, la única traducción al inglés del *Catecismo* de Nechayev.

El funcionamiento de un buen sistema democrático parlamentario, requiere respeto para el concepto de compromiso. El compromiso es una importante técnica política, aplicada hábilmente en la Gran Bretaña. Lord Morley, en su clásica obra *Sobre el compromiso*, cita a Burke: "Todo gobierno, y en general todo acto prudente, se funda en el compromiso y el trueque." No podría encontrarse un escrito político polaco que expusiera una teoría semejante.

Mientras que los ingleses subrayan en política el compromiso, los polacos, rusos y yugoslavos subrayan el principio o principialismo. En las políticas nacionales de Rusia y Polonia el símbolo "Compromiso" tiene muy mala reputación. Es casi igual a oportunismo. Los estadistas que comprenden su significado tienen dificultad para utilizar la técnica del compromiso en su gobierno. Para utilizarla, tienen que disfrazarla cuidadosamente. Se da mucho más valor al principialismo y a las personalidades que no ceden al compromiso. Pasan años antes de poder dar al público una prueba adecuada de una actitud que no admite el compromiso. Se necesitan años de servicios de un jefe político para justificar la confianza del público, después de que ha demostrado que no cede al compromiso. Desde luego que es difícil —por no decir imposible— desarrollar una política sin compromisos. Sin embargo, la gran importancia concedida a los principios permitió a los polacos conservar sus valores, aun en medio de sus tribulaciones, conservar sus ideales políticos bajo la opresión y la tiranía. La lucha subterránea conduce a esta importancia concedida a los principios, y no al compromiso. La experiencia en la lucha subterránea produce también personalidades que en la política, una vez que desaparecen las condiciones de resistencia, subrayan los principios y evitan constantemente los compromisos.

Pero hay también otras actitudes que se desarrollan bajo una prolongada ocupación y bajo condiciones de una lucha subterránea intensa y extendida. Estas actitudes tienen serias implicaciones que frecuentemente son negativas. Imaginémonos un niño que tuviera nueve años en 1939, en Varsovia, cuando la ciudad fue ocupada por los nazis. Después vino la ocupación soviética y el dominio comunista. Ahora este joven, ya de veinticuatro años, creció bajo las tradiciones de la lucha subterránea. El matar a los enemigos era una virtud. La falsificación de documentos, una necesidad, y frecuentemente una condición para sobrevivir. Así sucedía bajo el gobierno de los nazis. La mentira a las autoridades impuesta por los conquistadores era una actitud natural y necesaria. Se trataba de enemigos. El gobierno era un enemigo. Pero al irse los conquistadores y formarse un gobierno libre, las actitudes no podrían cambiar repentinamente. Una

actitud negativa de desconfianza hacia el símbolo mismo del gobierno, pre-vaecía. La resistencia había desarrollado grandes habilidades para la oposición, para la lucha y el sabotaje. Una política positiva y constructiva, una oposición constructiva es algo diferente. Por otra parte, muchos de los que se habían formado en la técnica del movimiento subterráneo, al llegar al poder, usaban los métodos despiadados de la lucha de resistencia para librarse de la oposición. Los comunistas son un ejemplo.

Waclam Zagorski, capitán del ejército polaco bajo la ocupación alemana, se refirió a los elementos esenciales de este dilema: <sup>6</sup>

"Todos probamos el movimiento de resistencia, y en esta selva todos creímos, en una época, en que llegaría el tiempo en que nadie fuese perseguido, seguido y atrapado como un animal, en que nadie matara a nadie, en que nadie necesitara disfrazarse, en que nadie necesitara ni pasaportes falsos, ni buscar asilo en un hogar extraño.

"Nuestras rutas del movimiento subterráneo eran cruzadas y conducían a diversas partes. En esta lucha algunos han olvidado su verdadero objetivo; para ellos, lo único importante era matar a quienes utilizaban la opresión del hombre contra el hombre, y su objetivo era únicamente su propia libertad. Desde el movimiento subterráneo pasaron a las profundidades de esta jungla en la que solamente domina el poder del más fuerte, y en donde el agente de la Cheka se confunde con el SS nazi." <sup>7</sup>

En un sentido semejante escribió Max Nomad, maestro político escéptico, acerca de los mártires. "Un mártir —dijo— es un hombre cuya sangre —de acuerdo con una variante de un antiguo proverbio— se considera como la semilla de la libertad. Pero con mucha frecuencia es la semilla de una nueva tiranía." <sup>8</sup>

Bajo las condiciones de la lucha subterránea, las leyes sociales de selección también operan. Entre ellos es donde ocurren más desgracias, en tanto que los colaboracionistas y los oportunistas tienen más facilidades para sobrevivir.

*Tipos de personalidad.*—La resistencia contra los que se apoderaron o conquistaron el poder no es la misma en todas las clases sociales, ni entre todos los ciudadanos. En algunos, la resistencia es más fuerte, mientras que otros ceden y colaboran. A veces, la actitud hacia el conquistador o el usurpador coincide con la estratificación social. Por ejemplo, en Francia, bajo

<sup>6</sup> Max Nomad, *Apostles of Revolution*. Boston, 1939, p. 228.

<sup>7</sup> Zagorsky, Waclaw: "En el cruce de los caminos subterráneos", *Robtnik Polski*, Londres, julio de 1947.

<sup>8</sup> Max Nomad: *A Skeptic's Political Dictionary*. New York, Bookman Ass., 1953.

el dominio alemán, los colaboracionistas se reclutaban principalmente de la alta clase media y no de la trabajadora. Frecuentemente las actitudes no están necesariamente distribuidas de acuerdo con la estructura de clases: el factor personalidad tiene una gran importancia en la formación de la actitud; algunos individuos tienen valores más fuertes; otros, más débiles, o diferentes, y algunos más, conceden distinta importancia a los diferentes valores. Esta interacción entre las condiciones sociales de un individuo y la estructura de su personalidad se refleja en su actitud hacia los usurpadores.

La experiencia europea nos permite distinguir en forma general siete tipos de personalidad, que se desarrollaban bajo un gobierno extranjero o bajo una dictadura nativa.

1. *El que resiste.* Es un oponente activo del régimen. Forma y se une al movimiento subterráneo de resistencia y organiza una lucha activa.
2. *Los valenrods.* Este término se formó de la famosa balada polaca del poeta Adam Michiewicz. El héroe de esta balada, Konrad Wallenrod, era un lituano que trataba de vengar los sufrimientos infligidos a su pueblo por la orden teutónica. Lituania era demasiado débil para derrotar a los caballeros teutónicos. El héroe se une a la orden y finalmente se convierte en su gran maestro. Entonces dirige a la orden teutónica hacia la lucha contra los lituanos, llevándolos a la derrota en vez de a la victoria.

La derrota era su objetivo final, pues era la única forma de vengar a los lituanos. Derrotó a su enemigo como luchador aislado, por medio de una trampa justificada en contra de una orden que no conocía la piedad y usaba la espada y el fuego en contra de su pueblo. Konrad Wallenrod cautivó la imaginación de los polacos y hasta se formó la palabra valenrodismo. Un hombre que valenrodea colabora con el enemigo, pero con el propósito de destruirlo. Lo curioso es que en la historia de Polonia no se encuentran muchos Wallenrods, aunque se haya hablado mucho de ellos. No hubo ninguno que se pudiera comparar con el gran maestro de la orden teutónica. Sin embargo, probablemente hubo algunos de menor calibre en el movimiento de resistencia. Había algunos que poseían cafés y restaurantes y que se reunían con los altos oficiales alemanes, demostrándoles amistad, con el propósito de obtener información para el movimiento subterráneo. En la llamada policía azul, que era colaboracionista, había oficiales colocados por el movimiento de resistencia, usados para la lucha contra los nazis.

En las leyendas sobre la resistencia, circulan aún historias acerca de estos valenrods que fueron muertos por el mismo movimiento de resistencia al que sirvieron. Solamente los jefes principales del movimiento

estaban informados acerca de sus verdaderas funciones. Algunos jefes locales de la resistencia, al observar que se reunían y colaboraban con el enemigo, los mataban sin mayores averiguaciones y, de acuerdo con la trágica norma de este movimiento, su sacrificio resultaba sin gloria. Su muerte era anunciada en la prensa subterránea como la muerte de un traidor; y así quedaba la cosa, pues si se hubiera revelado su verdadero papel, se hubiera proporcionado valiosa información al enemigo.

Yo nunca tuve oportunidad de verificar estos datos, pero varios hombres bien informados que participaron en el movimiento de resistencia me los hicieron conocer. De cualquier manera, la historia polaca no tiene muchos valenrods, a pesar del atractivo de la romántica balada. El papel de valenrod requiere un carácter muy fuerte. El otro lado ofrece tantas ventajas que es fácil cambiarse al bando del conquistador que puede ofrecerlo todo en términos de posición y supervivencia. Es muy fácil doblarse y son pocos los que pueden permanecer firmes en el papel de valenrod, y éstos son los que están dispuestos a sacrificarlo todo; llega un momento en que nadie sabe cuál es la verdadera posición del valenrod. A pesar de su atractivo romántico, el papel de valenrod se encuentra básicamente en contra de la norma cultural polaca. Es un proloquio polaco el de luchar con la visera alzada, tener valor en la lucha final y mostrar la bandera.

3. *El simpatizante.* El simpatizante no se une al movimiento subterráneo, pero lo apoya, tanto en la opinión pública, como materialmente, cuando se presenta la necesidad. El término simpatizante fue usado generalmente por los polacos durante la revolución de 1905 y A. Strug, en su novela *The Underground*, proporciona una imagen de estos simpatizantes.

4. *Los positivistas.* El positivista no se siente feliz bajo el dominio extranjero, ni con un sistema semidictatorial. Sin embargo, reconoce el hecho de que los conquistadores o usurpadores son poderosos y que no puede tener éxito una lucha activa contra ellos. Por lo tanto, sugiere una especie de *modus vivendi*, que proporcione para el conquistado las mejores condiciones posibles. En la historia de Polonia, el positivismo también tiene su lugar. Antes de la insurrección de 1863, Wielopolski sugirió que se aceptara esta solución dentro del Imperio ruso, pero la juventud y el elemento insurreccionista rechazaron esa idea especialmente en vista de las medidas opresivas del régimen ruso. Después del fracaso de la insurrección, el movimiento positivista ganó ascendencia y fue conocido con dicho nombre. El término, que fue tomado de la historia

polaca, es usado en un sentido mucho más amplio y general que su sentido original. El partido conservador polaco en el imperio austro-húngaro siguió una conducta semejante. Bajo el domino nazi, el concepto positivista fue completamente rechazado. Actualmente, en los países satélites y entre *los intelectuales*, la tendencia positivista ha sido revivida en el sentido de una política que permita la supervivencia y desarrollo de la economía y cultura nativas bajo el mando comunista. Esto explica parcialmente el apoyo bastante fuerte con que cuentan los comunistas por parte de la *intelligentsia*. Este apoyo no es genuino: es el resultado de un ajustamiento a las condiciones existentes.

5. *Los creyentes*. Los verdaderos creyentes son los que realmente apoyan al conquistador o al usurpador y que comparten su ideología e intereses. Después de la ocupación nazi de Polonia, los verdaderos creyentes se encontraban casi exclusivamente entre los miembros de la minoría alemana de Polonia, que abrazaron el nazismo. En Francia, la situación fue diferente. Ahí la extrema derecha se agrupó en torno de los antiguos monarquistas (*L'action française*), la alta clase media, la burguesía, prefería la victoria de Alemania sobre Francia al gobierno liberal democrático de la República. Preferían la victoria de Hitler a Blum, y apoyaron la nueva situación. Bajo el gobierno comunista en la Europa central y oriental, el grupo de creyentes sinceros no es muy grande, pero —de todos modos— existe. En todo el partido comunista hay una parte que está formada por personas que creen en la ideología del grupo dominante y apoyan su política por razones ideológicas, mientras que otros son sólo positivistas y oportunistas.

6. *Los oportunistas*. Los oportunistas se unen a los conquistadores o usurpadores por puro interés, cínicamente, para conseguir dinero o influencia. Bajo el dominio comunista, en los países satélites, este grupo es muy grande, y abarca una parte de la alta burocracia. Las capas inferiores de este grupo están formadas por los oportunistas andrajosos, que son elementos criminales y completamente amorales. Bajo el gobierno nazi en Polonia, este grupo no fue reducido: estaba formado por numerosos tipos profesionales que recibían nombres casi imposibles de traducir. Entre ellos encontramos a los *Sznuacownik*, que cobraban por denunciar a los judíos ocultos. Los alemanes tenían bastante dificultades para distinguir en Polonia a los judíos de los no judíos. En cambio, los polacos estaban acostumbrados a los diferentes acentos en algunos grupos judíos que hablaban el *yiddish* o a la gesticulación especial conectada con dicho lenguaje. Los delatores ayudaban a descubrir a estos inocentes ju-

díos, que eran llevados a la cámara de la muerte. Muchos de estos traidores fueron muertos por el movimiento de resistencia civil. Cuando los alemanes huyeron de Polonia, estos oportunistas ganaron dinero robándose las cosas que encontraron en las casas abandonadas y vendiendo lo que robaron. Bajo el gobierno comunista, en la categoría más baja de los oportunistas se encuentra un numeroso grupo de informantes pagados.

7. *Ambivalentes*. Este numeroso grupo generalmente se encuentra confuso por la nueva situación. Quieren vivir y temen exponerse ellos mismos o sus familiares. A fin de sobrevivir, todos tienen que obedecer más o menos las leyes y órdenes del grupo totalitario. Los más valientes, tratan de seguir dando pequeñas manifestaciones de lealtad, mientras que los que temen por su vida o la de sus familiares, muestran un celo excesivo para obedecer.

Un ambivalente cambia de posición y de actitudes básicas, muchas veces en el mismo día. En su oficina, por la mañana —digamos en Yugoslavia—, es partidario de Tito, lo alaba y se hace lenguas de sus medidas políticas. En la noche, encuentra a sus antiguos amigos, que son contrarios a Tito, y entonces él también expresa su oposición.

No puede encontrarse sitio para el hombre común que en un sistema democrático es un ciudadano respetuoso de las leyes. La misma persona, que en un estado democrático, bajo el gobierno de la ley puede ser ciudadano decente y respetuoso, en un país que se encuentra bajo el dominio totalitario puede llegar a ser cómplice de la crueldad, la opresión y la brutalidad para poder sobrevivir. Los ambivalentes son, a la postre, multivalentes que siempre están luchando frente a un dilema de temores y vergüenza.

Después de la liberación, la tradición de la resistencia deforma en gran parte a las normas culturales y las actitudes de la nación. Generalmente, los jefes de la resistencia llegan al poder; los virtuosos de la resistencia adquieren importancia y participan en el culto a los héroes. Sin embargo, mientras dura la ocupación, existe una especie de estratificación moral; una estratificación según los valores y actitudes. Si la ocupación es suave, aumenta la importancia de los positivistas, pero cuando la ocupación es muy dura (como en el caso de los nazis), el movimiento de resistencia tiene mayor atractivo; aunque, por otra parte, el instinto de conservación obliga a la gente al oportunismo. Una ocupación muy larga y cruel de tipo totalitario llega a dividir a la gente en un pequeño grupo de resistentes que se afianzan a los valores básicos y un gran grupo de oportunistas.

*Lealtad.*—La ambivalencia se refleja en los problemas de lealtad. Los hombres de resistencia permanecen leales a la autoridad que reconocen; un comité subterráneo o un grupo de exiliados. Pero los habitantes, para poder sobrevivir, tienen que demostrar cierta lealtad a una autoridad que ha conquistado el poder o se ha apoderado de él. Un fuerte movimiento de resistencia influye sobre la lealtad de las personalidades débiles, especialmente de los ambivalentes que —si no fuera por él— se pasarían totalmente al usurpador. Después de todo, los dirigentes actuales no son inmortales. Quién sabe quién vendrá después. Probablemente los que ahora se encuentran en el movimiento subterráneo. Por lo tanto, es mejor ponerse abiertamente contra ellos. Es mejor hacer ahora algunos méritos y no demostrar demasiada lealtad ni demasiado fervor en favor de los que se encuentran en el poder. Esto nos explica el papel y la significación de “La Voz de América”, o de la “Radio de Europa Libre”, en los países satélites. Es una voz de advertencia, que nos dice que el poder conquistado o detentado es temporal y que es mejor no comprometerse demasiado en la colaboración. Esta transmisión sirve para dividir a los oportunistas y ambivalentes potenciales.

Durante la ocupación alemana de Polonia, el movimiento subterráneo ejerció un control social efectivo por medio de una organización especial; la resistencia civil. La organización subterránea, en una época, estuvo encabezada por un gobierno oculto, que estaba directamente conectado con el gobierno en el exilio de Londres. Este gobierno se encontraba dividido en varios departamentos, cada uno con su jefe. La lucha militar directa estaba dirigida por el ejército subterráneo: el llamado “Ejército doméstico”, conocido por el símbolo *AK*, mientras que las otras formas de lucha subterránea eran dirigidas por la resistencia civil.

La resistencia civil se dividía en activa y pasiva. La resistencia pasiva abarca actividades tales como el tortuguismo en las fábricas, el sabotaje, el sabotaje en los ferrocarriles, etcétera. Una de las funciones de la resistencia civil activa era la conservación de la lealtad hacia la República Polaca y el ejercicio del control social sobre las normas de conducta política. Por medio de la prensa y el radio subterráneos (vía Londres, escuchado en Polonia), el jefe de la resistencia civil, establecía las reglas de conducta política hacia el enemigo. Según Stefan Korbonski, antiguo jefe de la resistencia civil, se establecieron reglas especiales de resistencia civil para cada clase social; para campesinos, obreros, médicos, abogados, clérigos y otros. Por ejemplo, se establecieron reglas para que los médicos proporcionaron certificados especiales a los polacos a fin

de que se librarán de los trabajos forzados. Se dieron órdenes a los jefes de fábrica a fin de que hicieran todos los esfuerzos posibles para elevar los salarios de los obreros. Se advirtió al pueblo que debería *boycotear* ciertos sitios de diversión. Hasta se llegó a la publicación de los Diez Mandamientos de la Lucha Civil, en el *Boletín de Información*, una publicación oficial del movimiento democrático subterráneo de Polonia.<sup>9</sup>

Se establecieron tribunales especiales ocultos para juzgar los casos de los que habían roto las reglas de la resistencia civil y para los culpables de colaboración con el enemigo.

Se imponían tres castigos principales: advertencia, infamia y sentencia de muerte. La sentencia de muerte era ejecutada por los pelotones especiales de resistencia. Según Korbonski, la regla era que el mismo escuadrón no ejecutara más de tres sentencias de muerte, pues el alto mando subterráneo comprendía el peligro que había en la profesionalización de dichas actividades. La infamia nacional y las reconvenciones leves eran publicadas en la prensa subterránea y daban por resultado el *boycot*. La infamia es una antigua institución polaca.

El movimiento polaco democrático subterráneo fue un movimiento social de masas con un amplio apoyo. La lealtad hacia el movimiento de resistencia se basaba en el consenso general de resistentes y simpatizantes. Sin embargo, los elementos más débiles, los oportunistas y ambivalentes, aunque existieron, tuvieron que restringir sus actividades gracias a un sistema de severas sanciones, impuesto por la organización subterránea de resistencia civil. De esta manera, la lealtad hacia la abstracta república Polaca quedaba efectivamente controlada por el movimiento subterráneo.

*Los conquistadores y el movimiento subterráneo.*—Los valores e ideologías de la resistencia se encuentran en una interacción continua con las ideologías y valores de los usurpadores que han detentado el poder. Las tácticas estratégicas del gobierno que trata de suprimir el movimiento subterráneo influye sobre la estrategia y la táctica del mismo movimiento. Ambos se encuentran en una interacción continua y recíproca. Lo mismo que los conquistadores y conquistados que se odian entre sí y se encuentran ligados en su lucha mortal, son mutuamente interdependientes.

La ideología nazi chocaba con la ideología de la resistencia polaca. La ideología nazi hacia los polacos dio forma a la ideología polaca hacia los alemanes.

<sup>9</sup> La organización y trabajos de la resistencia civil están descritos por Stefan Korbonski, en su obra *En nombre de la República* (en polaco), París, 1954.

La táctica nazi de terror dio por resultado una reacción de lucha terrorista por parte del movimiento subterráneo polaco, en contra de los nazis. Los jefes de la Gestapo, en diversos distritos, fueron muertos por el movimiento de resistencia civil. Sus sucesores se mostraron más discretos, al principio. Sabían que las ejecuciones de rehenes no suspenderían, sino por el contrario, aumentarían, el terrorismo polaco. Además, el nuevo jefe de la Gestapo sabía que los polacos lo matarían si seguía las huellas de su predecesor. Estos respiros temporales en el terror nazi eran un resultado del contraterror polaco y constituían precisamente su objetivo. Aun en estos aspectos, resultaba esencial la visión del estadista.

El gobierno que está en el poder —especialmente si es un gobierno totalitario en su técnica y control político— crea condiciones dentro de las cuales funciona el movimiento subterráneo. Por otra parte, sin embargo, estas técnicas y tácticas no operan en el vacío. Las condiciones sociales económicas y políticas, cambiantes, tales como el desempleo, la depresión económica y la intranquilidad social (la política internacional puede ser muy importante), obligan al gobierno totalitario a cambiar de técnica y táctica, suavizándose, y dichos cambios crean nuevas condiciones para las actividades subterráneas.

*Tipos de organizaciones subterráneas.*—La teoría y la práctica contribuyeron al desarrollo de diversos tipos de organizaciones subterráneas. Nuestra clasificación, que no es el resultado de una teoría *a priori*, representa un esfuerzo para descubrir los tipos de organizaciones subterráneas tal como se han desarrollado empíricamente y como han existido en la realidad histórica. No hay claras delimitaciones que puedan establecerse entre las diferentes categorías y, por otra parte, no debe considerárseles sino como un intento, o como una hipótesis.

En sentido general, pueden distinguirse tres tipos de organizaciones subterráneas: *a*) junta (en español en el original), *b*) sociedad secreta, y *c*) movimiento subterráneo de masas.

Una junta es una conspiración militar secreta. Los miembros de la junta controlan importantes elementos estratégicos, tales como miembros del ejército o de la policía. La duración de la vida de una junta subterránea es relativamente corta y su objetivo consiste, muchas veces, en apoderarse inmediatamente del poder. El complot militar alemán antihitlerista del 20 de julio de 1944 tenía las características de una junta.

Una sociedad secreta es un movimiento subterráneo limitado, que carece de un apoyo extendido y fuerte y de contacto con la nación o con

una clase social. Podemos citar el movimiento populista en Rusia en su etapa inicial, el de los decembristas y el de los *carbonari* en Italia, como ejemplos de estas sociedades secretas. Su contacto con las masas era muy débil. Se concedía mayor importancia al desarrollo de una élite revolucionaria.

El movimiento subterráneo de masas tiene una amplia base social, amplio apoyo por parte de los miembros simpatizadores y muy buenos contactos con una clase social, con toda la nación, o por lo menos, con grandes partes de la nación. Las organizaciones subterráneas europeas en Francia, Yugoslavia y Polonia, con sus extensas ramificaciones, ejemplifican bien tales movimientos.

Las juntas están preparadas para una revolución organizada desde arriba. Una pequeña sociedad secreta, que controla a través de sus miembros regimientos de soldados acostumbrados a obedecer órdenes y a actuar lo hace rápida y eficientemente.

El movimiento subterráneo de masas es una organización dirigida hacia una revolución que se haga a partir de la base, una revolución en la que las masas son movidas a la acción. En la última etapa, la victoria requiere la transformación de un movimiento subterráneo de masas en una revolución abierta en la que participen las masas del tipo de la revolución de 1905 en Rusia y Polonia y de la rebelión de Varsovia de 1944.

La sociedad secreta puede moverse en ambos sentidos. Los decembristas, que eran una combinación de sociedad secreta y junta, eligieron la revolución desde arriba. Los populistas fueron al principio una sociedad secreta, evolucionando más tarde hasta convertirse en un Partido Social Revolucionario que, en su última etapa, en 1917, se movió sobre las olas de una revolución desde la base y se convirtió en un poderoso partido de masas. Es difícil trazar líneas de separación entre estos tres e indicar con precisión cuándo una sociedad secreta se transforma en un movimiento subterráneo de masas o cuándo este último llega a ser una revolución abierta. Sin embargo, parece ser que, en términos generales, la forma de organización del movimiento subterráneo es indicativo, y depende de la forma de lucha. La organización tipo junta indica una revolución desde arriba, un movimiento subterráneo de masas, indica una revolución desde abajo.

*Jefatura.* Por lo que se refiere a la personalidad de los jefes de los movimientos subterráneos, desde luego que se requieren determinadas habilidades y, especialmente en tiempos difíciles, devoción a la causa y

fuerza de convicción. Un juicio rápido y la habilidad para tomar decisiones, como en cualquier puesto directivo, son cualidades indispensables. Sin embargo, mientras el presidente de una gran república puede carecer de rapidez en el juicio y la decisión y —a pesar de eso— sobrevivir, un jefe del movimiento subterráneo no puede pasarse sin esas cualidades. Los medios de comunicación son distintos de los empleados en la vida política abierta. En una democracia, un gran orador puede ganarse los votos; puede ganarlos también por medio del radio. Un estadista puede ganarse al público con sus artículos o sus puntos de vista e ideas expresados en el Parlamento o en las reuniones públicas. Un jefe del movimiento subterráneo es una persona desconocida o conocida sólo por pocas personas, que se ve obligada a estar cambiando siempre de pseudónimo. A principios del siglo, Tomas Arciszewski, un jefe del movimiento subterráneo polaco, asistió a un Congreso de su partido que se celebró en territorio austríaco; un amigo quería verlo, pero nadie conocía su nombre. Un líder subterráneo no pronuncia discursos ni hace llamados. No firma artículos con su verdadero nombre. Su capacidad radica en la organización, el secreto, la estrategia subterránea, el juicio y la decisión.

El secreto es, desde luego, un elemento importante. El jefe principal de la jerarquía subterránea sabe mucho más acerca de la organización que los miembros de las células. Prácticamente, sólo los jefes principales —lo que se podría llamar el Comité Central—, que está compuesto por unos cuantos miembros, conoce los detalles de la organización. Los otros miembros saben poco: tienen detalles relacionados con sus propias funciones y participan de la ideología de la resistencia, pero el secreto es parte de su deber. No se hacen preguntas acerca de los detalles de una organización. En el movimiento polaco, por lo general, todos usaban pseudónimos. Los pseudónimos revolucionarios se han convertido en una regla general que se encuentra ya en el movimiento subterráneo socialista de la segunda mitad del siglo XIX. Durante la guerra, cualquier investigación sobre el verdadero nombre o la dirección de alguien equivalía a una traición.

El movimiento subterráneo se ve constantemente amenazado, y está espiado por todas partes. Se necesita lo que puede llamarse “conocimiento del pueblo”, que puede explicarse como conocimiento de la personalidad a fin de tomar una decisión o de iniciar a un individuo en los secretos más importantes de la organización. El que toma esta decisión acepta una gran responsabilidad, pues un solo traidor o una persona débil puede acarrear la muerte de muchos. Un jefe del movimiento subterráneo pue-

de ser considerado —en este sentido— como dirigente personal de una gran empresa que maneja productos peligrosos. En vista de estas condiciones específicas, las relaciones entre los jefes se basan en un alto grado de confianza personal y, frecuentemente, en la amistad personal.

*Base exterior.* Un movimiento subterráneo moderno difícilmente puede existir sin tener una base exterior. Esta base exterior es la representación del movimiento subterráneo en un país que tiene un gobierno partidario de la ideología subterránea o que tenga interés definido en las actividades subterráneas. El cuartel general del movimiento polaco subterráneo durante la segunda Guerra Mundial, se encontraba en Londres. Era el gobierno en el exilio. Un "Departamento Seis" estaba encargado de establecer los contactos con "Kai", que significaba el país. Se enviaban correos a Polonia y también se mantenía el contacto por medio del radio. El movimiento socialista alemán antinazi durante un poco de tiempo, tuvo su cuartel general en Praga. La base exterior tiene sus raíces generalmente en un grupo mayor de exiliados políticos. ¿Cuál es su función? Por una parte, la de presentar la causa a la opinión mundial y asegurarse el apoyo moral y frecuentemente material, para las actividades subterráneas; por otra parte, proporcionar información al movimiento subterráneo y, en caso de una lucha subterránea militarmente extensa (como en Francia, Polonia y Yugoslavia), también suministrar armas. La lucha subterránea resulta costosa. Tarde o temprano surge una clase profesional de revolucionarios que no pueden combinar sus actividades subterráneas con sus negocios. En la época moderna, la base exterior puede tener a su disposición estaciones de radio. Los periódicos clandestinos, conocidos como periódicos subterráneos, frecuentemente se imprimen en el exterior y posteriormente son enviados por diversos medios al país que se encuentra bajo el dominio totalitario; estas publicaciones son caras: frecuentemente se imprimen en el más caro papel de la India. Todas estas actividades requieren un apoyo financiero. Este apoyo, en la época moderna, proviene de la base exterior. Antes de la Primera Guerra, los revolucionarios rusos y polacos, por lo menos los constituyentes de algunas organizaciones, estaban financiados por ricos simpatizadores y obtenían asimismo elementos económico al través de asaltos de trenes y confiscaciones de propiedades zaristas (el zar era, para los polacos, un usurpador extranjero).

*Papel psicológico del punto terminal.* La base exterior tiene también un efecto psicológico: da al movimiento subterráneo un sentimiento

de fuerza, de valor, un sentimiento de que la lucha es conocida por la opinión pública del mundo. Les permite mantener la esperanza de que el mundo exterior les enviará auxilio y la convicción de que tienen el apoyo de un gobierno amigo. El tiempo tiene una significación similar. Un movimiento subterráneo no puede trabajar *ad infinitum*; tiene que indicarse el punto terminal de la lucha. La esperanza es un importante factor psicológico. Una lucha sin esperanza no puede atraer a muchos partidarios. La esperanza de que pronto se producirá un cambio es una importante fuerza motriz del movimiento subterráneo. En las publicaciones subterráneas, este elemento de esperanza y de un final de la lucha, continuamente se repite. Una lucha subterránea es muy penosa: llena de tensiones, llena de temores y ansiedades que nunca desaparecen, y que, lo mismo que la fiebre en un enfermo, acompañan siempre a la mente. El miembro del movimiento de resistencia quiere ver el fin de todo esto; sueña con el momento en que podrá librarse de todas estas tensiones.

Una etapa crítica en la política internacional, la posibilidad de una revolución, el aumento de las dificultades económicas, la lucha entre los miembros de la *élite* dominante son todos acontecimientos o situaciones que pueden tener un efecto psicológico, al tomárseles como indicativos de que se acerca el día de la liberación y de que la lucha ya será corta.

Durante la guerra, la lucha subterránea contra la potencia conquistadora tenía esta ventaja psicológica: los aliados eran poderosos y el movimiento tenía una fuerte base exterior. El tiempo de la lucha estaba limitado a la duración de la guerra: tras ella, era evidente que la liberación se produciría, ése era el punto terminal de la lucha.

*¿Qué tan efectivo fue el movimiento subterráneo?* Un mito social se ha abierto camino hacia las mentes humanas, en el sentido de que el movimiento subterráneo es un arma estratégica, decisiva y final en contra de las dictaduras y los sistemas totalitarios. Sin embargo, puede afirmarse que, no obstante ser un medio importante, no es más que complementario. El movimiento subterráneo de masas, por sí sólo (un movimiento subterráneo de masas sin apoyo exterior, sin que haya una crisis interna en la dictadura, inquietud social o derrota internacional), no tiene éxito en una lucha abierta. De hecho hay más ejemplos de derrota que de éxitos en las luchas heroicas. El movimiento subterráneo de masas no crea revoluciones; aunque sea un reflujó de la inquietud creciente, sólo proporciona la dirección, y encauza a las olas de la revolución social. Logra derribar a los conquistadores en momentos excepcio-

nales de la historia, gracias a una afortunada combinación de factores e intereses. Pero sólo, sin esta combinación de factores, difícilmente puede triunfar. Ni uno sólo de los totalitarios del siglo xx en Europa fue derribado por un movimiento subterráneo aislado. Hitler no desapareció por una revolución dirigida por el movimiento subterráneo. De hecho, por medio de terror, Mussolini y Hitler lograron exterminar a los dirigentes de un movimiento subterráneo de masas y ahogaron a las masas con su propaganda. Hitler cayó a consecuencia de la derrota militar, y lo mismo sucedió con Mussolini.

El hecho de haber quitado el poder con anticipación a este último, fue una maniobra maquiavélica, más digna del Renacimiento que de nuestro siglo. Fue el rey, como jefe del ejército y de la policía, quien logró arrestar al *duce* y restablecer una especie de sistema transitorio. La aparición de los partisanos en el norte coincidió con el momento de la derrota y la desintegración de la Italia fascista. Incidentalmente, el movimiento alemán subterráneo contrario a los nazis, obrero o militar, estaba formado por una *élite* y se asemejaba a una junta. Por muy heroicos que fueran, nunca lograron —como los polacos y los yugoslavos— echar raíces entre las masas.

Ninguno de los dictadores europeos, ninguno de los *quistings*, fueron derrocados por un movimiento subterráneo solamente; todos cayeron cuando los ejércitos aliados democráticos invadieron el continente y libertaron a los países. En dicho momento oportuno, el movimiento subterráneo entró en acción. Fue un movimiento importante, que tuvo éxito en su lucha cuando se vio apoyado por los ejércitos democráticos de liberación, pero que salió derrotado cuando careció de dicho apoyo. (Polonia, Checoslovaquia.) Los polacos, en toda su historia, han tenido una excelente organización subterránea. Desde fines del siglo xviii, organizaron revueltas o grandes revoluciones aproximadamente cada treinta años, 1794, 1831, 1863, 1904 y 1944, para no mencionar más que las principales. Todas las insurrecciones fracasaron. Ni una sola tuvo éxito, ni una sola dio por resultado el restablecimiento de un Estado independiente. En casi todas las insurrecciones, los polacos contaban con la promesa de apoyo por parte del Occidente; pero nunca se hizo efectiva.

Por el contrario, tanto el movimiento fascista como el nazi eran movimientos legales y no subterráneos, cuando llegaron al poder, por lo que se aprovecharon completamente de las instituciones democráticas, utilizando la libertad para su misma destrucción.

Lo mismo puede decirse de los comunistas. El movimiento comunis-

ta fue ilegal en sus primeras etapas; antes de llegar al poder. Pero el apoderamiento final del poder en Rusia lo logró un movimiento comunista legal. Los comunistas no hubieran podido nunca derribar a la autocracia zarista, pero pudieron derribar a la joven democracia rusa en febrero de 1917. Similarmente, en los países satélites, cuando salieron del mundo subterráneo, se apoderaron desde luego de los elementos del poder. El golpe final y mortal de la democracia fue asestado por los partidos comunistas legales, con apoyo militar de la Unión Soviética.

Es cierto que los movimientos subterráneos de Francia, Noruega y Dinamarca llegaron a conseguir el poder, pero esto sucedió con el apoyo de los poderosos ejércitos aliados en un momento de total derrota militar por parte del Eje.

Los movimientos subterráneos irlandés e israelita tuvieron éxito en contra de un gobierno democrático, pero extranjero: el inglés. Pero la independencia de Irlanda y la de Israel, resultado del éxito del movimiento subterráneo de masas, se produjo en momentos críticos. En ambos casos, la Gran Bretaña se encontraba en una situación especial como resultado de la guerra mundial. En el caso de Israel, esta situación dependía de la penetración soviética en el Cercano Oriente, de una posibilidad de ayuda rusa y, en consecuencia, del peligro de influencia soviética en el Mediterráneo, todo lo cual tuvo una significación específica. Tanto los irlandeses como los judíos tuvieron un fuerte apoyo por parte de los Estados Unidos de América. El partido del Congreso, que logró el éxito, era legal y no subterráneo. Además, el gobierno británico no puede compararse con el de la Alemania nazi, ni con la ocupación comunista. Hitler hubiera contestado con un exterminio en masa, y Stalin con la deportación, también en masa y con numerosas ejecuciones.

Las juntas y sociedades secretas, como ya dijimos, pertenecen a una categoría un poco diferente a la de los movimientos subterráneos. Las juntas, bajo condiciones específicas culturales y políticas, tales como las de América Latina o las del Cercano Oriente, en general han tenido éxito para apoderarse o reconquistar el gobierno. Su éxito se ha basado en la estrategia militar, más bien que en la dinámica de las fuerzas sociales.

Se logran victorias en los sistemas políticos en los cuales ese cambio de poder es culturalmente aceptado. Las sociedades secretas son demasiado débiles para derribar a un régimen totalitario moderno. Las sociedades secretas pueden tener una larga vida subterránea. Sin embargo, el cambio de gobierno o el éxito en el derrumbamiento de un sistema se deben a las juntas o a las revoluciones organizadas desde abajo, y no a las so-

ciudades secretas. En tales momentos, las sociedades secretas pueden evolucionar para convertirse, ya sea en una junta, ya en un movimiento de masas, o ya en una combinación de ambos.

Las trágicas experiencias nos proporcionan una base empírica bastante extensa, para inferencias. Antes que nada, es preciso determinar bajo qué condiciones la lucha subterránea de los movimientos de masas (no las juntas) ha logrado derribar a los conquistadores. Nuestras inferencias coinciden con nuestra hipótesis inicial. La crisis mortal del sistema autoritario y la vigorosa ayuda del exterior, política o militar, por parte de un poderoso aliado, han sido en el pasado, condiciones esenciales de una acción directa victoriosa por parte de los movimientos subterráneos. El movimiento subterráneo ha logrado éxito, asociándose a otros factores, y no trabajando sólo como agente independiente. Se ha transformado en una revolución abierta de las masas, sólo en ciertos movimientos oportunos, que la historia ofrece únicamente en raras ocasiones. Cuando todo el sistema totalitario —autocracia o dictadura— se encontraba en estado de crisis, cuando las guerras exteriores y las derrotas habían producido la desintegración del Estado, los ejércitos derrotados entraban a las ciudades desmoralizados, y a punto de sublevarse. Las luchas internas dentro las dictaduras o sistemas autoritarios, las crisis económicas y la presión exterior, pueden ofrecer otra oportunidad para los movimientos subterráneos, aunque ésta sea más rara.

Sin embargo, las funciones del movimiento subterráneo, por paradójico que esto parezca, son mucho más complejas que la acción directa. Algunas de estas funciones pueden ser, para los que resisten, aún más importantes.

Sobre todo, una sociedad secreta o un movimiento subterráneo de masas puede ser una organización de largo alcance. Si está bien organizada, y si como se dice en el dialecto del mundo subterráneo, es muy profunda, esto representa un ambiente de secreto que puede persistir durante años. A la larga, los movimientos subterráneos debilitan al sistema de gobierno y contribuyen a su decadencia final. Su función de largo alcance tiene, a veces, mayor significación que su capacidad para derribar a un poderoso conquistador inmediatamente.

En este sentido, el movimiento de resistencia se convierte en lo que se ha llamado aquí un medio para demoler la lealtad. La ideología y la acción de la resistencia ejerce cierto tipo de control social sobre el ambivalente, el oportunista, el colaboracionista y aun sobre el positivista. Debilita su lealtad hacia el conquistador y aminora su afán de colaboración.

Pero la resistencia tiene también importantes funciones positivistas. La perpetuación de una ideología, de un sistema moral, es una de sus principales funciones. De acuerdo con la ideología totalitaria, la reglamentación impone conformidad. El esfuerzo de los totalitarios para destruir las diferencias de ideas, para debilitar los valores básicos es, posiblemente, el más devastador a la larga. En este aspecto, una resistencia democrática realiza una función positiva, por ser un foco de perpetuación de un sistema de valores democráticos y humanitarios.

Las ideas dan nacimiento a organizaciones y acciones. Sobre el monumento de Mazzini, en Nueva York, hay una inscripción que dice *Pensiero ed Azione* (Pensamiento y Acción). Las ideas producen la acción una vez que captan la imaginación del pueblo. Sin ideas no puede existir un movimiento subterráneo de masas. Es el movimiento de resistencia el que, bajo la dictadura y el totalitarismo, perpetúa aún cuando sea una débil llama de democracia, que puede arder completamente cuando el clima político cambie y la dictadura entre en una etapa crítica. Las ideas son las semillas de las futuras acciones.

El sociólogo francés Émile Durkheim indicó ya que una organización necesita ideas y propósitos. En este sentido, el movimiento de resistencia produce una ideología que constituye el factor de integración y la base de una organización, de un aparato cuyo papel puede llegar a ser muy importante en un momento crítico, que es el momento en que la dictadura está a punto de desintegrarse. Entonces la resistencia puede apoderarse del gobierno y establecer un nuevo orden. En el momento en que se desintegró el imperio de Hitler y los ejércitos aliados avanzaron sobre París, el movimiento de resistencia se apoderó del gobierno y restableció un orden democrático. Los comunistas utilizaron sus movimientos subterráneos para apoderarse de los elementos estratégicos de poder en épocas en que avanzaban sobre los territorios de la Europa Oriental. También en este momento la desintegración del Estado nazi y de los imperios de los *quislings* sirvieron para que surgieran los comunistas, con el apoyo militar de los soviéticos.

Una vez que la estructura totalitaria se quebranta y comienza a desintegrarse, el movimiento subterráneo presenta un nuevo elemento de orden, un nuevo marco de organización que surge; toma las riendas del gobierno y establece un orden provisional. Sin el movimiento subterráneo democrático es posible que en estos momentos de crisis una dictadura sea reemplazada por otra o que la anarquía siga a la dictadura.

Cuando el movimiento subterráneo es demasiado débil o no existe,

o cuando las condiciones para una acción positiva subterránea no son favorables, puede resultar oportuno cambiar de técnica, apoderarse del gobierno desde arriba, como probablemente ha sucedido en Rusia. De esta manera se acabó con Beria. Pero este cambio hace caer el poder en manos de una nueva dictadura que, cuando más, será un poco más leve al principio.

Nuestras conclusiones se basan en la experiencia del pasado de Europa; es posible que el futuro sea distinto y que se inventen nuevas técnicas.



## CAPÍTULO XVIII

### EMIGRACIÓN POLÍTICA

Hay una tendencia bastante general a subestimar la importancia de las recientes emigraciones políticas de Europa, y especialmente de Rusia. La emigración política tiene una remota tradición histórica y, asimismo, una definida importancia política y cultural.

Un estadounidense, un inglés o un suizo pueden conocer a emigrados políticos hospedados en su país, pero un estadounidense, un inglés o un suizo tienen poca experiencia del exilio político dentro de sus propias vidas. De hecho, pueden medirse las libertades cívicas y la democracia de un país a través del tamaño o magnitud de la emigración política. Los países genuinamente democráticos en los cuales todos son libres para expresar sus opiniones sin peligro inmediato, no producen exilio político. Desde Napoleón III hasta la segunda Guerra Mundial, Francia no produjo emigración política; e incluso Alemania, desde la abrogación de las leyes antisocialistas introducidas durante el gobierno de Bismarck, prácticamente no tuvo tal experiencia hasta la victoria nazi. Esto, para no decir nada de los países escandinavos y de Suiza.

Sin embargo, después de que Hitler llegó al poder, la Europa occidental aprendió a comer el proverbial pan amargo del desterrado o exiliado. Las primeras víctimas se reclutaron entre los demócratas alemanes de varias afiliaciones. Después, tras el *Anschluss* y los sucesos de Munich, les tocó el turno a los europeos centro-orientales, y después de 1939 y 1940, la emigración política se convirtió en un fenómeno europeo general. Franceses, holandeses, belgas, polacos, checos, etc., se apiñaron en pequeños departamentos en Londres y en Nueva York, manteniendo organizaciones y contactos con los países ocupados y sosteniendo periódicos, gobiernos y ejércitos. Produjeron libros y folletos y organizaron teatros propios, así como múltiples formas de vida política y cultural. Como siempre, la emigración política fue el barómetro de la opresión en los países de los emigrados.

La experiencia de Europa Oriental y de Rusia fue diferente. Desde el

siglo XVIII en adelante, el gobierno autocrático y la subyugación nacional produjeron exiliados políticos que se vieron obligados a huir o a optar por vivir en países democráticos libres. París, Londres, varias ciudades de Suiza y, finalmente —aun cuando no en menor proporción—, las ciudades estadounidenses, constituyeron los principales refugios para estos emigrados.

*El papel histórico del emigrado.*—Casi en todo país de Europa oriental la emigración política casi forma parte inseparable de la historia oficial importante. Se les instruye acerca de ella a los escolares, y los estudiantes universitarios escriben ensayos al respecto. Desempeñó una parte importante en la historia rusa de los siglos XIX y XX. Emigrados como Herzen y Lavrov influyeron decisivamente en el pensamiento democrático y liberal ruso. Lenin, Bakunin, Koropotkin, Trotski, Bujarin y Stalin, en una o en otra época, fueron emigrados políticos.

La emigración política ha desempeñado un papel prominente en la historia de Polonia.<sup>1</sup> Durante la gran Revolución Francesa y con posterioridad a ella, la Legión Polaca —un ejército en el exilio—, conducida por el general Henryk Dombrowski, peleó en forma brillante formando parte del ejército revolucionario y, más tarde, del ejército de Napoleón. Desde fines del siglo XVIII hasta la primera Guerra Mundial, cada treinta o cuarenta años hubo levantamientos nacionales o revueltas revolucionarias en la parte de Polonia ocupada por Rusia. Ninguna de ellas triunfó, y cada uno produjo una emigración política propia. La Gran Emigración, posterior al levantamiento de 1831, constituye una parte importante de la historia polaca, tanto por razones de índole política como por otras de índole cultural. El verdadero centro político de la vida polaca, por aquel entonces, fue París y no Varsovia. Ahí, y en Londres, se encontraban los cuarteles generales de partidos políticos y de movimientos importantes en los cuales las ideas políticas se sometían a discusión fuera de cualquier censura y en los que, asimismo, la influencia de la democracia occidental se fortalecía. Los mayores poetas polacos, Mickiewicz, Slowacki, Krasinski estuvieron en Francia como exiliados, cosa que también ocurrió con el mayor compositor polaco, Chopin. Todos ellos se mezclaron con los dirigentes políticos franceses, desempeñando en esa forma un papel de carácter político. En Plymouth, Inglaterra, soldados y oficiales polacos conducidos

<sup>1</sup> La historia de los movimientos polacos de emigración forman el meollo de la historia de la democracia polaca del siglo XIX. Para un relato histórico referente a los grupos democráticos polacos exiliados, véase: Boleslaw Limanowski, *Historja Demokracji Polskiej*. (Historia de la Democracia Polaca.) Warsaw, 1946 (2 volúmenes).

por Stanislas Worcell, formaron una de las primeras asociaciones socialistas de hacia 1830. En tanto que en su patria se suprimía cualquier tendencia vigorosa de la vida nacional, en el exilio las ideas políticas, conservadoras, modernas, democráticas o socialistas, se desarrollaban libremente, y los poetas estaban en libertad para crear una literatura nacional.

El espacio no nos permite discutir adecuadamente el problema, pero, para apoyar nuestra tesis, podemos echar un vistazo a la historia de la emigración política de otros dos países: Hungría y Checoslovaquia. Después de la pugna revolucionaria por la democracia y por la independencia de 1848, y de la derrota de Vilagos, los cabecillas democráticos húngaros tuvieron que optar por el exilio. Los emigrados políticos, encabezados por Luis Kossuth, jefe de la democracia húngara y, probablemente, el representante más prominente de la misma, ejercieron una poderosa influencia en la modelación de las concepciones democráticas del pueblo húngaro y su influencia continúa siendo poderosa.

Tanto Hungría como Checoslovaquia han tenido, en tiempos modernos, mucho menos emigración política que Polonia, por ejemplo. Después de 1867, Austria-Hungría se convirtió en una monarquía constitucional. Las ideas políticas se desarrollaron dentro del marco del orden legal, y los partidos políticos tuvieron asimismo existencia legal en cuanto se respetaban las libertades cívicas. Sin embargo, Tomás Masaryk tuvo que exiliarse, y en el exilio continuó siendo una figura poderosa. La República checoslovaca nació en suelo estadounidense: en Pittsburgh, en 1918, emigrados políticos checos y eslovacos jefaturados por Masaryk y repaldados por estadounidenses de ascendencia checa, firmaron el famoso Acuerdo de Pittsburgh, uno de los documentos fundadores de la República checoslovaca.

El poderoso partido político de China —Kuomitang— fue fundado en el exilio —en Honolulu— y, en el otro lado del mundo, el partido bolchevique tuvo su origen también en el exilio: en Bruselas y en Londres.

*Emigración política de la segunda guerra mundial.*—En forma semejante, la emigración política de la segunda Guerra Mundial desempeñó un papel prominente tras la terminación de la guerra. Algunos hombres que participaban en los gobiernos en el exilio, como Mikolajcyck, de Polonia, Benes y Jan Masaryk, de Checoslovaquia, y muchos otros, regresaron a sus países nativos y desempeñaron un papel preeminente, aun cuando a menudo también haya sido trágico. Quienes prefirieron permanecer fuera conservaron su influencia principalmente entre sus compatriotas de los Estados Unidos de América y de los países latinoamericanos, así como de

algunos países europeos y, principalmente, entre los de Francia y la Gran Bretaña.

Tras la conferencia de Yalta, los emigrados de Europa oriental se dividieron profundamente. Un cierto número de jefes que habían experimentado el gobierno comunista estaban convencidos de que los acuerdos de Yalta no conducirían a la existencia independiente y democrática de los países europeos orientales. Basaban su creencia en las experiencias históricas de los Estados Bálticos durante los años de 1939 a 1940; en su conocimiento del sistema soviético y de sus prácticas en cuanto al manejo de grupos diferentes —incluso sólo ligeramente diferentes— en cuanto a sus opiniones políticas, y en su conocimiento de los métodos a través de los cuales los comunistas manipulaban el poder con el fin de establecer el gobierno de una minoría.

Un segundo grupo de emigrados prefirió regresar; muchos de ellos con ánimo pesimista e incluso percatándose de todos los riesgos que esto implicaba. Alegaban que no había alternativa posible, puesto que, por los acuerdos de Yalta, la Europa oriental se había convertido en parte de la esfera soviética y que lo único que podía hacerse era obtener de ello el mejor partido posible. Un tercer grupo se decidió a regresar y, por varias razones, a tratar de trabajar dentro de los nuevos enmarcamientos. Algunos de ellos dieron su asentimiento a las ideologías de los gobernantes; algunos no pudieron ver otra solución y hubo algunos cuya decisión de regresar se pagó con poder y prestigio.

Fue en este tiempo cuando la teoría de la "supervivencia biológica de las naciones" alcanzó tanta importancia, especialmente entre los polacos. Quienes decidieron regresar alegaron que, puesto que la ocupación nazi había diezmado, e incluso exterminado parcialmente, a las naciones europeo-orientales, y puesto que el gobierno soviético creaba un nuevo peligro —las deportaciones en masa—, el interés nacional primordial, e incluso casi la única razón de ser, se reducía a salvar la vida humana, la existencia biológica de esas naciones, puesto que, en otra forma, desaparecerían. Probablemente por primera vez en la historia de esos países se entrevió la extinción nacional como una posibilidad.

*El nuevo oleaje de 1948-50.*—Después de 1948, tras las manipulaciones comunistas y el golpe de estado, hubo una nueva oleada de emigrados políticos de Europa oriental.

La emigración política como un todo sigue siendo un factor importante tanto política como culturalmente. En Polonia, Checoslovaquia, Ruma-

nia, Yugoslavia, Bulgaria, Hungría y los países bálticos, la política y la cultura están controladas por los comunistas, y se desarrollaron sólo dentro de los límites permitidos por el partido. De este modo, no hay variedad, no hay oportunidades de oponerse o diferenciarse. En el exterior, sin embargo, en suelo democrático, tanto la política como la cultura de esos países se desarrolla dentro de la más amplia libertad de elección. Hay variedad, hay diferencias y amargo desacuerdo incluso. La emigración política se convierte en una verdadera miniatura de la vida política de esos países; un laboratorio en el cual puede observarse el dinamismo de las ideas, el cambio de las ideologías políticas y de las tendencias culturales, mientras que en los países nativos tales desarrollos son suprimidos a través de medidas políticas.

La experiencia muestra que las ideas tienen fuerza, y que en el pasado las ideas desarrolladas por los exiliados políticos alcanzaron a llegar a sus países nativos teniendo, a menudo, efectos poderosos en ellos. Puede que lo mismo ocurra en esta ocasión, así como también es posible que no ocurra.

*Competidores por el poder.* A través de la historia, los dictadores y los autócratas han mostrado una extraña preocupación por la emigración política. La mano de Stalin alcanzó a Trotsky hasta México. La policía secreta del zar gastó grandes cantidades de dinero espionando las actividades de los exiliados políticos e infiltrándose en sus rangos o filas. Hitler y Mussolini vigilaban atentamente a sus adversarios en el exilio, y tanto la Alemania nazi como la Rusia zarista ejercieron presiones políticas y diplomáticas por medio de las cuales buscaban la aniquilación de los emigrados o, por lo menos, la parálisis de sus actividades. Presiones de este tipo fueron las ejercidas por el gobierno de Hitler sobre el gobierno checoslovaco y por los diplomáticos zaristas sobre los gobiernos suizo y francés.

Los antagonismos puramente personales sólo cuentan parcialmente en esto. Las razones son de mayor envergadura. El emigrado político es un sucesor potencial; es un competidor por el poder, y a menudo alguien a quien se conoce en su país. En un momento difícil, de dureza, de opresión extensiva —y la opresión es parte de toda autocracia—, las esperanzas y expectativas de la gente se vuelven hacia símbolos visibles de competencia y libertad. Esos símbolos están representados por los hombres de la emigración democrática y de la resistencia, siendo además ordinario el que la emigración política esté o diga estar conectada con la resistencia. En muchos países —en Checoslovaquia, en Rusia, en Polonia, en Francia, en Yugoslavia— los exiliados políticos fueron competidores por el poder y se

convirtieron en sucesores; ejemplos de ello son Masaryck, Lenin, Trotsky y De Gaulle.

Los dictadores proclaman un monopolio del poder, y casi un monopolio del apoyo público. Ganan las elecciones, como ocurría en el caso de Stalin, con una sola planilla que obtenía un respaldo oficial muy cercano al 100 %. La emigración política, en tales condiciones, es un símbolo de protesta.

*Resquebrajadores de la lealtad.* Los exiliados políticos que se encuentran bien organizados son personas que a menudo constituyen una amenaza en cuanto potenciales resquebrajadores de la lealtad. Los dictadores exigen una lealtad total, respaldando sus demandas por medio del temor, del terror y de la propaganda. Los procónsules de Hitler en Checoslovaquia y en Francia les daban fuerza a sus órdenes por este mecanismo del terror. El terror, tanto como el temor, se encuentra controlado por los gobernantes en un estado totalitario; más aún, hacer cumplir los decretos requiere a menudo de una participación activa de los sujetos. Pero, en este caso, la persona ambivalente enfrenta dos temores en vez de uno: el temor de un castigo inmediato y el temor del desquite por parte de un sucesor. Un francés, bajo el régimen de Vichy, tenía que considerar sus acciones en términos de “¿qué ocurrirá cuando Hitler sea derrotado y los aliados hayan triunfado si es que esto ocurre como en la primera guerra mundial? De Gaulle puede llegar entonces y mis víctimas o sus parientes pueden convertirse en mis acusadores o en hombres en el poder”. Un colaboracionista checoslovaco debe haber tenido una experiencia más notable: Austria-Hungría fue derrotada en 1918, y Masaryck, el exiliado, asumió el poder. Naturalmente, los emigrados no podían evitar el colaboracionismo, pero, en unión con la resistencia, podían ejercer algún efecto en cuanto a frenarlo.

Tomemos un ejemplo imaginario de un campesino búlgaro de Macedonia como ilustrativo. Nuestro búlgaro tiene sesenta años, vive bajo el régimen comunista de Tshervenkov. El régimen es una dictadura. Nuestro búlgaro, sin embargo, aún recuerda el régimen turco en Macedonia y se acuerda también del antiguo Sultán, quien tuvo establecimientos en su provincia natal. Su régimen ha desaparecido y se maldice su memoria —es cierto— y, en cuanto a sus hazañas, no queda vestigio de ellas, ni siquiera en Turquía. Se acuerda entonces del viejo rey búlgaro (o zar) y de su alianza con las Potencias centrales durante la primera Guerra Mundial, cuyo poderío se derrumbó frente al jefe campesino Stambuliski. Stambu-

liski era el primer ministro, y un jefe de masas campesinas numerosas —con las que posiblemente nuestro búlgaro haya simpatizado y con las que quizás se haya identificado—. Pero incluso Stambuliski murió en un golpe militar, estableciéndose a continuación una especie de régimen de “mano fuerte”, de carácter semidictatorial. Vino la segunda guerra mundial. Bulgaria se encontraba al lado del Eje, aun cuando sin entusiasmo. Alemania e Italia fueron derrotadas; los hombres de Stambuliski llegaron de nuevo al poder durante corto tiempo y fueron derrotados por el golpe comunista. Incluso muchos comunistas no sobrevivieron a la dictadura, puesto que muchos de ellos —incluso ministros— fueron ejecutados por sus propios amigos. “Tshervenkov no es mejor que los demás” —piensa, probablemente, nuestro campesino búlgaro. ¡Ya le llegará su hora! ¿Quién será el próximo? ¿Quién ganará finalmente.” He ahí la esperanza. Las Potencias occidentales son fuertes. Los grupos y los jefes exiliados tienen el apoyo de los países occidentales hospedantes. Pueden ganar finalmente —y, de este modo, nuestro campesino racionaliza los anhelos de su pensamiento. Este modo de pensar anhelosamente y en forma esperanzada le da vigor y dota sus acciones de un sentido en cuanto persiguen un propósito, de tal modo que, gracias a ello, algunas órdenes y algunos decretos encuentran una cooperación menor.

Un exiliado de la Europa central o de la Europa oriental procede de una tierra de inestabilidad política, en la cual el ciudadano medio piensa no sólo en términos del presente, sino también en términos de los futuros gobernantes: —¿Quién viene después? ¿Quién gobernará después por el terror o, quizás, por el consenso?— Una generación recuerda el éxito y la caída de casi todos en política; en una generación los poderosos emperadores alemanes austríacos y rusos han desaparecido en la misma forma en que un poco más tarde habrían de desaparecer el Sultán, Hitler, Mussolini y otros dictadores locales menores. En tales condiciones, las actitudes políticas muestran susceptibilidad frente al temor —y frente a las esperanzas— de cambio.

Esas actitudes se fortifican por el folklore expresado en proverbios o adagios. Un campesino europeo oriental tiene un sentido de la dicotomía entre lo estable —e incluso eterno— y lo cambiante o transitorio. Un proverbio polaco dice: “El convento vivirá más que el superior del monasterio”, y otro, “No estábamos aquí y ya estaba el bosque; ya no estaremos, y el bosque continuará ahí”. En un país políticamente inestable, para un campesino, un gobierno es tan transitorio como una peste, como una tormenta, como un desastre. Un cambio constituye, por lo menos, un alivio

temporal. Porque, para un campesino, casi cualquier gobierno constituye un mal.

Uno de los objetivos de los ideólogos totalitarios consiste en extirpar los valores disidentes o, por lo menos, en debilitar su atractivo. Gracias a los exiliados políticos, los valores sobreviven en el extranjero. El exiliado búlgaro del régimen comunista encuentra apoyo ideológico entre estadounidenses de origen búlgaro; el campesino perteneciente a un partido social-democrático prohibido en su patria establece sus comités en el exterior, entre grupos étnicos búlgaros. Los valores sobreviven y reciben un envigoramiento, y se preserva de ese modo una ideología. Así, por ejemplo, ciertos grupos de social-demócratas alemanes formaron en el exilio una fuerza ideológica destinada a combatir el nazismo, a despecho de las proclamas de monopolio ideológico nazi.

*Ideologías competidoras.* No todos los emigrados políticos son demócratas. Los nazis y los fascistas derrotados tienen también sus grupos de exiliados. La Alemania nazi y la Italia fascista fueron refugio de totalitarios de muchas nacionalidades. Los nazis austríacos formaron comités en Alemania y radiaron propaganda hacia Austria; ciertas tropas de choque de los nazis austríacos fueron entrenadas en Alemania antes de que se apoderaran de Austria, y muchos miembros del partido nazi (la minoría alemana) de la Checoslovaquia democrática, encontraron refugio y base de operaciones en Alemania. Nunca perdieron todos ellos su estatuto legal en la república de Masaryk, y, hasta el último momento disfrutaron de libertad completa en cuanto a actividades políticas. Antes de la invasión de Yugoslavia, Italia fue un centro de grupos croatas pro-fascistas, y los asesinos del rey Alejandro de Yugoslavia volaron a Italia.

La captura del poder por los comunistas —primero en Rusia; más tarde, en Europa Centro-Oriental y posteriormente en Asia— provocó un éxodo extensivo de jefes políticos de izquierda y de derecha. Los revolucionarios sociales rusos y los mencheviques emigraron a París junto con quienes apoyaban tradicionalmente la autocracia zarista. Semanarios y revistas mensuales socialistas rusos aparecieron en el exilio, al mismo tiempo que aparecían también periódicos monárquicos, tradicionalistas hasta el extremo. Este grupo total diversificado recibe a menudo, erróneamente, la denominación de "Rusos blancos", nombre que puede aplicárseles a los monarquistas moderados y constitucionalistas, pero no a los demócratas, republicanos, federalistas y socialistas. Las diferencias ideológicas entre ambos grupos son fundamentales.

Los exiliados de Europa Centro-Oriental presentan una imagen un tanto semejante. En una ultrasimplificación estos diferentes grupos se representan erróneamente como si fueran uno solo, y a toda la emigración política se la califica de democrática o de "blanca" reaccionaria. Ideológicamente hablando, los emigrados ni han estado ni están unidos por un solo credo político. Tienen sus propias pugnas y divisiones internas. Desarraigados y colocados en un ambiente extranjero, con un sentimiento de fracaso en la lucha, debatiéndose con dificultades económicas, rehuídos por quienes en alguna ocasión fueron amigos en el país hospedante, los emigrados tienden a una hipersensibilidad. Los años de exilio agregan los frutos amargos de la futilidad y de la desesperanza. A menudo se presenta con mucha insistencia la pregunta de si "¿He perdido o malgastado mi vida?" La frustración relaja los mecanismos de ajuste más simples, produciéndose agresiones en forma de disensiones, divisiones y discusiones.

No todo los cismas surgen de esta "enfermedad del emigrado" (que es como la llaman los polacos), puesto que muchos desacuerdos ideológicos son genuinos y profundos. Las ideologías políticas corresponden generalmente a intereses económicos. Los líderes sindicales y socialistas representan los intereses del trabajo y de las demandas políticas y económicas laborales. Los líderes campesinos exiliados representan los intereses del campesinado y se muestran favorables a reformas agrarias, a la división de los latifundios, etc., en tanto que, en ocasiones, el partido conservador exiliado de la clase media y los grandes propietarios defienden los antiguos sistemas de división territorial. Los intereses económicos a menudo son difíciles de reconciliar. Por ejemplo, si los exponentes de la reforma agraria radical llegan a un compromiso o a una transacción con representantes de la clase media propietaria de tierras, tendrán muchas probabilidades de perder todo el apoyo de sus partidarios exiliados y de sus seguidores potenciales que siguen viviendo en el país natal.

Las ideologías políticas tienen elementos de estabilidad tanto como elementos dinámicos de cambio. Se ven afectadas constantemente por revoluciones políticas, por guerras y por adelantos tecnológicos. Las ideologías de los grupos exiliados no se ven libres de estas influencias. Algunos de los grupos socialdemocráticos alemanes en el exilio (durante el período nazi) se denominaban a sí mismos el "Neu Beginnen", el nuevo principio, o sea una consideración fresca, nueva, de la teoría política.

La conquista alemana de Polonia en 1939 afectó profundamente a los partidos políticos polacos, tanto por lo que se refiere al movimiento subterráneo como a las actividades en el exilio. Los llamados "partidos histó-

ricos" (el Partido Campesino, el Partido Polaco Socialista, el Partido Nacional Democrático y el Partido Cristiano-Demócrata), junto con algunos grupos menores (como el Partido Democrático), llegaron a una transacción ideológica o, bien, a una plataforma ideológica común.

Oponerse al conquistador era lo primero; pero no era suficiente. Cuando la segunda aplanadora —la soviética— volvió a moverse a través de Polonia, los cambios ideológicos se hicieron mucho más explícitos. La clase media desapareció. Se construyeron nuevas industrias por parte del gobierno y los latifundios, o fueron divididos en pequeñas haciendas nacionalizadas o colectivizadas. Pero una vez que la tierra está dividida entre el campesinado, no puede regresarse a sus antiguos propietarios. Los campesinos que trabajan actualmente en las tierras colectivas, quieren tierras, pero no desean a los antiguos propietarios a su lado. Los socialistas, los agraristas, los demócratas cristianos o nacionalistas demócratas de la derecha, probablemente estén de acuerdo en aspectos tales como los de la reforma agraria y la nacionalización de minas, ferrocarriles (que antes de los comunistas ya habían sido nacionalizados), participación de utilidades en la industria pesada, en tanto que los socialistas podrían estar de acuerdo en que se conservara la empresa privada en las industrias ligeras y, hasta cierto punto, en el comercio y en la distribución, o sea, en otras palabras, que un género mixto de economía podría tener un atractivo general.

Esta aproximación ideológica no previene necesariamente un proceso corrosivo de división política: la "enfermedad del emigrado". Siempre brotan nuevos problemas y divergencias de opinión con respecto a ellos, las cuales conducen a nuevos cismas. La mayor representación política polaca en el exilio (socialistas polacos, demócratas cristianos y agraristas) se dividieron a causa de un problema constitucional: el problema de derecho constitucional del carácter del Estado polaco en el exilio y de su continuación. De este modo, los del Partido Socialista Polaco, en el exilio, los cristiano-demócratas y los agraristas se dividieron. El Partido Polaco Socialista se dividió en tres grupos, con uno de ellos como núcleo sustantivo. Estos problemas constitucionales y anti-constitucionales en ocasiones proporcionan una pantalla para ocultar ambiciones personales, complejos de poder y problemas de personalidad.

La división ideológica constituye una característica de las más importantes en una emigración política. Problemas insignificantes para el observador del exterior que no se identifica con ellos y puede observarlos friamente, a menudo tienen una gran importancia emocional y filosófica para un exiliado. Más aún, problemas carentes de significación práctica

en el presente, pueden convertirse en otros de primario relieve en el futuro. De este modo, el concepto de dictadura del proletariado que era puramente académico en el Congreso Social-Democrático Ruso de 1903 y que no podía proporcionar encabezados importantes a los periódicos por aquel entonces, resultó ser de una importancia política y práctica prominente a partir de 1917.

Actualmente los exiliados rusos moderados, demócratas y socialistas están divididos de nuevo, principalmente por lo que se refiere al problema de la nacionalidad. Los derechistas orientan sus miradas, después del comunismo, hacia un estado centralista ruso. Un segundo grupo, transformaría los estados soviéticos en algún tipo de sistema verdaderamente federal, mientras que otros concederían a los grupos nacionales pleno derecho de secesión. Muchos de los ucranianos, caucásicos (georgianos y otros) que se encuentran en el exilio, muestran fuertes tendencias hacia una separación de Rusia y hacia la formación de repúblicas independientes o de federaciones (en el Cáucaso). El futuro es el único que puede decir si éste es o no un debate académico.

*La base exterior.*—Los comités políticos del exilio, después de estar activos por un cierto período de tiempo, alcanzan la magnitud de lo que puede denominarse una base exterior. Esta base realiza tres funciones principales: la consolidación y la organización ideológica del grupo exiliado; las actividades relacionadas con los grupos y gobiernos amistosos del extranjero; los contactos con el país natal.

Grupos de exiliados de un país centroamericano han preparado a menudo, en países comarcasos asilantes, un levantamiento o una operación militar que habría de realizarse en su propio país. De este modo, la captura del poder y las operaciones militares en contra del gobierno de Arbenz en Guatemala, se iniciaron por el grupo de Armas en 1954 desde las repúblicas vecinas, y las operaciones militares en contra del régimen democrático de Figueres en Costa Rica, en 1955, fueron iniciadas por sus oponentes desde su base en Nicaragua.

Polonia tiene una tradición de siglo y medio por lo que se refiere a actividades en el exilio y en la resistencia. La base exterior de la emigración política ha desempeñado siempre un papel importante, ya sea a fines del siglo XVIII, en tiempos de la Revolución francesa, o setenta años después, en 1863. Este papel fue múltiple y complejo. Durante la Revolución francesa, los exiliados políticos apremiaban para que se apoyara la causa polaca en la Convención Francesa y ante el gobierno revolucionario, y al-

gunos de los grupos exiliados polacos cortejaban a los jacobinos. Los emigrados polacos contrarrestaban las actividades del gobierno ruso, y durante un siglo les produjeron dificultades a los diplomáticos rusos acreditados ante diversos gobiernos. En forma análoga, los exiliados antifascistas de Italia y de España, y los antinazis de Alemania, despertaron la opinión pública democrática del extranjero en contra de los gobiernos que empezaban a surgir en sus países; formaron comités y apelaron —algunas veces con éxito— a las grandes minorías de sus compatriotas que vivían en el extranjero. Por su parte, los fascistas y los nazis trataron de emplear a sus compatriotas en el extranjero para sus propias finalidades políticas. De este modo, los exiliados políticos contraatacaron contrarrestando las actividades nazis y fascistas.

La otra función de base exterior —los contactos con el país nativo— se mantuvo con éxito e intensidad variable mediante un cierto número de técnicas. La más antigua probablemente sea la del emisario. En la tradición polaca, un emisario del país natal o del exterior durante ciento cincuenta años despertaba respeto y disfrutaba de un rango elevado. Desde fines del siglo XVIII, a través de los años turbulentos de la segunda Guerra Mundial, se enviaron emisarios de Polonia a la base en el exilio y de los exiliados al país nativo cuando el país se encontraba bajo un régimen extranjero.

Debe de distinguirse entre el emisario y el correo. El emisario, en tiempos recientes, ha recibido también el nombre de "delegado", y representado a un movimiento, o a un gobierno subterráneo o exiliado. Tiene autoridad para tomar decisiones, y su organización le inviste de determinados poderes. Un correo transmite informaciones, órdenes, sugerencias y también puede interpretar su significado, pero no tiene autoridad para tomar decisiones.

Durante la segunda guerra mundial, el trabajo de los emisarios y de los correos era extremadamente peligroso. A pesar de que el Estado-policía nazi fue mucho más cruel y opresivo que la Rusia zarista, hubo jóvenes que viajaron entre Polonia y la base exterior, constituida por el gobierno exiliado en Londres.<sup>2</sup> En Inglaterra se entrenaba a los correos en escuelas especiales, y en un estadio ulterior se les lanzaba en paracaídas sobre

<sup>2</sup> Jan Karski fue correo durante la guerra. Escribió acerca de sus actividades, en un interesante volumen intitulado *The Secret State*. Los delegados y emisarios eran gente de edad madura o de edad avanzada. El Dr. Retinger, antiguo ministro polaco en Moscú, a la edad de cincuenta y siete años se presentó como voluntario y se le lanzó en paracaídas sobre Polonia.

Polonia. La salida de Polonia hacia Inglaterra era mucho más difícil; sin embargo, se establecieron rutas y se mantuvieron contactos en diversos puntos.

La tecnología moderna proporciona, al través del radio, un instrumento poderoso para el intercambio de información entre los exilados y para la jefatura de la resistencia. Durante la guerra, el contacto radial diario entre la resistencia polaca y los cuarteles generales subterráneos proporcionaba un elemento de fuerza al movimiento y constituía una amenaza potencial para los usurpadores del poder.<sup>3</sup>

Los contactos secretos entre grupos de oposición organizada dentro y fuera del país deben distinguirse de la comunicación destinada a las masas, que constituye un gran atractivo para el populacho. Para ganar prosélitos y para cambiar la actitud del pueblo se utiliza un cierto número de técnicas aplicadas desde la base exterior. El radio ha sido uno de los elementos más importantes para la consecución de dos propósitos: el intercambio de información altamente secreta transmitida en código, y los mensajes abiertos para el público en general. Y, por supuesto, se utilizan en todos estos casos y para todos estos propósitos, diferentes instrumentos y varias longitudes de onda.

Conforme se agravaba el conflicto, las actividades de los emigrados durante el período anti-nazi cobraron ímpetu. Los intereses y la ideología común de la democracia por una parte y los de los exiliados coincidían y de ello resultó una acción concertada entre ambos. Actualmente, los grupos exiliados de Europa Centro-Oriental encuentran un apoyo considerable en los Estados Unidos de América.

*La incipiente diarquía.*—Para quienes conquistan el poder, los emigrados políticos representan una diarquía incipiente o, por lo menos, potencial. La historia muestra que la emigración política ha sido en ocasiones un elemento victorioso en el proceso dialéctico conocido por los revolucionarios rusos como *dvo-vesti* o poder dual. Un patrón básico es el que sugiere la experiencia de las dos guerras mundiales. En el primer estadio, grupos exiliados disidentes acuerdan formar un comité nacional. Este es un compromiso o una transacción que tiene como objetivo político esencial la independencia nacional. En la segunda Guerra Mundial el denominador común de los grupos exiliados políticamente disidentes era:

<sup>3</sup> Stefan Korbonski, que contribuyó considerablemente al establecimiento de los contactos radiales, describió las operaciones radiales en *Inieniu Rzeczypospolite* (En Nombre de la República).

independencia nacional con restauración de los derechos cívicos, y democracia. El Comité Nacional aún no era un gobierno, pero era un poder dual incipiente, sostenido por aliados poderosos.

El segundo estadio consistió en reunir un ejército voluntario entre los nacionales que vivían en el extranjero. Cuando se consiguió esto, el comité nacional pudo decir que había obtenido un instrumento de poder, control sobre un establecimiento militar y, a partir de ese momento pudo convertirse en una autoridad civil que mandaba y podía exigir lealtad a un ejército exiliado. Éste era el principio de una especie de Estado en el exilio.

En el tercer estadio, el comité nacional recibió el reconocimiento de los aliados de los países hospedantes en su calidad de gobierno en el exilio, y de este modo se transformó en un gobierno polaco, con embajadas y consulados en el extranjero. Éste fue el momento en que se estableció en un modo formal la diarquía.

Después de la liberación, los gobiernos en el exilio se convirtieron en sucesores lógicos de los regímenes derrotados. El patrón es, por lo menos, de siglo y medio de edad. Ya los integrantes del comité polaco habían formado, durante la gran Revolución francesa, un ejército en el exilio comandado por el general Henryk Dombrowski. Después de muchas tribulaciones y batallas, los regimientos polacos, durante el gobierno de Napoleón Bonaparte, regresaron al suelo nativo, y por un corto período el Ducado de Varsovia estuvo de nuevo bajo el gobierno polaco. La formación de la "Legión Polaca" constituía ya una amenaza de diarquía para los tres emperadores que departieron la declinante república real.

Los emigrados políticos checoslovacos de la primera Guerra Mundial, encabezados por Masaryk, formaron su comité nacional. Los prisioneros de guerra checos y eslovacos que sirvieron antes en el ejército austro-húngaro, y los emigrantes checos llegados a América, formaron la Legión Checoslovaca, sustancialmente un ejército exiliado. Después de la derrota de las Potencias centrales, el Comité Nacional y la Legión llegaron a Bohemia. Los miembros de este Comité —Masaryck y el joven Benes— desempeñaron de este modo, los papeles directivos principales en el gobierno de la República checoslovaca.

En la segunda Guerra Mundial, Polonia estableció un nuevo patrón: la oposición democrática polaca estableció en Francia un gobierno que casi inmediatamente fue reconocido por las Potencias occidentales y que era un competidor virtual de la ocupación alemana. El gobierno en el exilio formó un ejército con quienes habían escapado, y con los polacos residentes en Francia. Este gobierno y este ejército en el exilio, junto con el gobierno

subterráneo y el ejército del país existentes en Polonia, con todas sus embajadas, consulados y representaciones, formó una fuerte diarquía frente a la administración alemana.

Francia Libre, encabezada por el general De Gaulle, proporciona un ejemplo más de lo dicho. Francia Libre se originó como un Comité Nacional que extendió su control sobre un cierto número de territorios coloniales y organizó un ejército y una armada. Las tropas de Francia Libre entraron en París formando parte del ejército aliado invasor, apoyadas por fuerzas del interior, estableciéndose un gobierno compuesto por el comité exiliado y por la jefatura de la resistencia. El gobierno de Vichy sufrió un colapso con los alemanes. Los competidores se apoderaron del poder. Por supuesto, sin el apoyo militar de los países que asilaban a los grupos emigrados —Gran Bretaña y los Estados Unidos de América— tal cambio en la distribución del poder no hubiese sido posible. El gobierno democrático español en el exilio se estableció durante la guerra en México, y fue un caso de poder dual establecido en contra de un poder nativo y no extranjero.

El gobierno exiliado es ordinariamente mucho más que una amenaza para quienes han conquistado el poder. Manda y puede exigir ciertas lealtades, y en algunas áreas debilita las lealtades que pudieran brindarse a los vencedores. El gobierno chino de Formosa es, en cierto sentido, un gobierno exiliado. A través de sus consulados y representaciones diplomáticas, el gobierno de Formosa ejerce medidas de control sobre millones de chinos en el extranjero, quienes tienen que depender de los servicios consulares o incluso de la protección diplomática de los representantes del gobierno de Chiang. En esta forma, los chinos que se encuentran en el extranjero se encuentran asimismo libres del control político que el reconocimiento del gobierno comunista chino podría traer consigo.<sup>4</sup> Si se produce un reconocimiento, las lealtades de muchos chinos, por razones prácticas o de oportunismo, tendrían que desplazarse hacia el gobierno de Peiping. De este modo el sistema de poder dual desempeña un papel importante y práctico en la política corriente, y los grupos exiliados constituyen una parte de este mecanismo político.

La secuencia típica ideal es: 1, grupos emigrados; 2, comité nacional; 3, gobierno en el exilio, y se ha presentado frecuentemente en el pasado, pero no es el único patrón de evolución de los grupos competitivos por el poder.

<sup>4</sup> Hugh H. Smythe, "Japan and China", *Phylon*. Atlanta University, Vol. 16, Núm. 4, 1955.

*El país asilante.*—El gobierno del país asilante de los comités de emigrados, por lo general, aunque no siempre, se muestra amistoso hacia la causa que dichos emigrados representan. El gobierno estadounidense en 1955 no favoreció la causa de los irlandeses irredentistas, quienes volvieron a utilizar la violencia en contra de los británicos (aun cuando Irlanda del Norte no mostró entusiasmo por la República Nacionalista de Irlanda). Sin embargo, una de las bases exteriores para el movimiento subterráneo nacionalista irlandés estuvo constituida por los Estados Unidos de América, y se recolectó dinero en Filadelfia y en otras ciudades destinándolo a apoyar dicho movimiento. Las tradiciones de Suiza han asegurado un refugio para los exiliados políticos, aun cuando en ocasiones sus actividades hayan producido trastornos al gobierno suizo. En las últimas décadas del siglo XIX, los exiliados rusos hicieron de Ginebra uno de sus centros principales —una parte de la población aún se llama la “Pequeña Rusia”— y Kropotkin intervino en actividades revolucionarias suizas y francesas. De este modo, las tradiciones democráticas occidentales aseguraron a los exiliados políticos derechos extensivos.

En nuestro tiempo, con frecuencia mayor, la causa de los exiliados políticos es favorecida por el gobierno y por sectores de la opinión pública del país asilante. En caso de que no reciban este apoyo, se ven forzados a discontinuar sus actividades o a abandonar el país de asilo.

*La lucha en contra de la emigración política.*—Temprano o tarde, los poderosos enemigos de los exiliados comienzan su contraataque dentro de una lucha desigual. Hombres y mujeres sin un país que llamar suyo, que reciben poco apoyo exterior, que se encuentran a menudo en difíciles condiciones personales —carentes de ingresos y domicilio seguro— luchan en contra de gobiernos poderosos, que poseen ejércitos y representantes diplomáticos. Pero la importancia de estas ideas de los exiliados deben haber sido poderosas a través de los siglos, puesto que se han gastado millones para contrarrestar las actividades políticas de esos hombres que carecen de un país y a menudo de medios adecuados de acción.

Los conquistadores del poder han tenido y tienen sus propias técnicas —más bien simples— de contraataque.

El país conquistado es sellado: la propaganda de quienes disienten, procedente del exterior, es eliminada; se establece una censura rígida, y la importación de libros y periódicos extranjeros es controlada y prohibida. De este modo, en la Alemania nazi escuchar emisiones radiales extranjeras estaba prohibido. Las transmisiones de las estaciones radiales extranje-

ras eran y son bloqueadas. De acuerdo con estimaciones estadounidenses, Voice of America y Radio Free Europe han sido bloqueadas por más de un millar de estaciones del bloque comunista.

Una contrapropaganda se organiza dentro del país. En Polonia, en Checoslovaquia y en otros países que se encuentran bajo el régimen comunista, aparecen artículos en la prensa diaria, e incluso en los órganos o publicaciones de las sociedades científicas y asociaciones culturales en contra de la emigración política. Las emisiones radiales truenan en contra de los emigrados y los poetas proporcionan productos anti-emigrantes. Un poeta ruso prominente escribió sus versos refiriéndose al "cadáver del malvado emigrante de Trotsky". Una revista filosófica polaca publicó un artículo acerca de los "agentes del imperialismo estadounidense" envileciendo el socialismo humanitario y democrático del grupo emigrado.<sup>6</sup> Tanto la propaganda comunista como la nazi representaban a los emigrados como:

1. traidores a la patria y agentes de la inteligencia extranjera (pues los comunistas y los nazis resultarían ser los verdaderos patriotas).
2. mercenarios de una potencia extranjera (el gobierno nazi o comunista es la única potencia nacional).
3. mercenarios o "lacayos" del capital extranjero y de los intereses capitalistas (en cuanto el gobierno italiano totalitario representa completamente los intereses del pueblo).
4. enemigos del pueblo (pues los totalitarios son sus amigos).
5. dentro de la propaganda comunista, fascistas que cooperan con ex-nazis y con ex-fascistas.
6. dentro de la propaganda nazi, comunistas que cooperan con Stalin y sus agentes y sucesores y aceptan dinero de ellos.
7. manirroto que viven servilmente de las dádivas recibidas por sus traidoras y "gansteriles" actividades (los individuos de tropa del país asilante viven en la miseria).
8. belicistas (pues los totalitarios son los únicos pacifistas).

La propaganda comunista ha desarrollado el estereotipo de que todo exiliado es un fascista. Algunos de los emigrados principales viven cómodamente, pero algunos otros tropiezan con dificultades financieras y la mayor parte de ellos vive probablemente en condiciones más bien modes-

<sup>6</sup> "Trotskyego Trup Zlo-Emigrantsky", en el trabajo de Deman Biedny, "Mi informe al XVII Congreso", *Pisatiele XVII Part-Syesdu*, Moskva, 1934, p. 24.

tas. Sin embargo, se presenta un estereotipo, según el cual todo jefe exiliado disfruta de riquezas, en tanto que el común de la gente sufre miseria. Pero la gente común y corriente, en los Estados Unidos de América y en Gran Bretaña disfruta de un alto nivel de vida. Un exiliado anti-nazi alemán, en tiempos de Hitler, fue tildado de belicista y espía por haber expuesto los preparativos de guerra alemanes.<sup>6</sup>

El contra-ataque se extiende a los países extranjeros en una gran variedad de formas. La amenaza, la persuasión, incluso el terror, se van usando a su tiempo. Los agentes de la policía política nazi y soviética se han mostrado y se muestran activos o se mostraron entusiastas en cuanto a ahogar las actividades de los emigrados. En un cierto número de casos, algunos de los exiliados políticos han sido secuestrados o asesinados.

Después de la segunda guerra mundial, Berlín se convirtió en un gran terreno de caza de emigrados. El secuestro de los exiliados y refugiados políticos que habían encontrado asilo en Berlín Occidental fue un acontecimiento diario. Los agentes comunistas se convirtieron en cazadores. Hace 50 años, la Ojraza zarista hacía lo mismo, con menos tenacidad.

Una política más efectiva parece ser la de la nueva defección. Las condiciones en el país nativo la facilitan un poco; la actitud oficial se vuelve más liberal, y a pesar de que no se toleran diferencias de opinión, se suelta a los disidentes que permanecían prisioneros, y el régimen llega a ser menos opresivo. Estas medidas de suavizamiento se pregonan por los medios de comunicación para las masas, y se invita a los exiliados a que regresen; sus faltas previas —se les promete— serán perdonadas. En esta forma se estimula una nueva defección de los emigrados.

La liberalización de la política puede ser el resultado de un cierto número de consideraciones. La dictadura puede haberse debilitado, o bien puede ocurrir que la política más moderada se instituya tras la muerte de un dictador. Por otra parte, quienes firman los llamados a los emigrados pueden hacerlo por razones patrióticas o humanitarias; puede ser que deseen el retorno de antiguos amigos y de sus familias, etc. Todo esto es posible. Sin embargo, no debe desatenderse una consideración: los exiliados son elementos políticos; su regreso a la patria puede servir para fortalecer la posición del régimen, debilitar a sus oponentes en el exterior y disponer de una diarquía potencial.

<sup>6</sup> Jan Jaroslawski, "Ideologia WRN—Ideologia agentury amerykanskiego imperializmu". *Mysl Filozoficzna*, Núm. 1-3. Warsaw, 1952. "Ideology of WRN" (ed demócratas socialistas). *Ideología de una Agencia del Imperialismo Americano*, *Philosophical Thought*, Núms. 1-3, Warsaw, 1952.

En 1955 el bloque comunista inició una política de redefección. Los dirigentes democrático-socialistas y campesinos fueron libertados en Polonia y en Hungría. Una cierta crítica literaria empezó a hacer su aparición en los periódicos soviéticos, hecho desconocido en los días de Stalin, en que el crítico de arte propagaba, sin ninguna vergüenza, los dictados del partido o sea, las órdenes de Stalin. Los artículos de ese año, escritos por compositores prominentes —especialmente por Jachaturian— indicaban que a los músicos se les permitía tocar a su modo, en tanto que, hasta entonces se les forzaba a retractarse de la originalidad y de cualquier tributo a las tendencias modernas.

En el verano de 1955, la radio soviética y los periódicos hicieron un llamado a los emigrados políticos para que regresaran a la patria. Un poco más tarde, se hicieron llamados semejantes por parte de los regímenes de los países controlados por los comunistas, incluyendo a Hungría, Polonia y los países bálticos. Se enviaron cartas personales a los dirigentes emigrados estimulando su regreso y, en Polonia, una de esas cartas la firmaron estudiosos y políticos conocidos como no-comunistas. El régimen polaco construyó una estación radial especial llamada Kray (la patria), palabra simbólica de un fuerte sentimiento nacional. Kray distribuye por todo el mundo un boletín en el cual se enfatizan los logros culturales y económicos de la Polonia de posguerra, re-imprimiendo radiaciones cálidas y amistosas en cuanto al tono, bien escritas y con un buen entendimiento de los valores polacos e incluso de las sutilezas psicológicas. Esos boletines probablemente hayan tenido algún efecto. El gobierno dio un decreto concediendo empleos, seguridades en contra de cualquier persecución y ayuda financiera para los exiliados que regresaran.<sup>7</sup> La siguiente es una de las transmisiones.

“De las cartas recibidas resulta que parece necesario que nos expliquemos a nosotros mismos y que les expliquemos a nuestros parientes en el exterior un cierto número de cosas prácticas, aparte de las cosas políticas, conectadas con su repatriación. Pienso, por ejemplo, que, a pesar de varias experiencias de los años pasados deberíamos de asegurar —y estamos en posibilidad de hacerlo— en favor de los emigrados, el destino que les espera a su llegada. Si nuestras autoridades estimulan actualmente a los emigrados a regresar y si fuentes confiables declaran en público que todos los pecados serán perdonados, debería de aclararse que ninguno de los que regresara a casa será perseguido.

”Más aún, pienso que está claro el que quienquiera que regrese a casa

<sup>7</sup> *Biuletyn Rozglosni Kraj*. Warszawa, Núms. 1 y 2. Decreto del Presidium del Gobierno Polaco, Núm. 739/55 (septiembre 10, 1955).

encontrará en Polonia un empleo, en la mayor parte de los casos dentro de su propia profesión. La Polonia popular se está desarrollando a un ritmo tan rápido que no hay duda por lo que respecta al problema de los empleos profesionales para especialistas.”

La re-defección formaba parte de la línea general de la política comunista durante el período de Ginebra. Esta política produjo un aflojamiento de las tensiones, sin cambiar mucho las realidades de la política internacional.

Fue también un resultado de cambios políticos e ideológicos detrás de la Cortina de Hierro. Esos cambios —la liberalización— tuvieron algún efecto sobre los grupos exiliados. Ante el problema de las transacciones, algunos prefirieron esperar y ver, en tanto que otros regresaron.

*Desorganización social de los grupos políticos exiliados.*—Las organizaciones de exiliados políticos del siglo pasado tuvieron a menudo una vida considerablemente larga. En forma semejante, los grupos emigrados políticos anti-stalinistas del período interbélico tuvieron y aún tienen una vitalidad desusada, pudiendo decirse lo mismo de los grupos exiliados anti-nazis. Aquí, sin embargo, el elemento de esperanza en una catástrofe por venir se encontró siempre presente. La política nazi fue una política de continua intensificación de los conflictos, de inseguridad general rápidamente expandente, de tal modo que las advertencias hechas por los exiliados políticos no tardaron en ser justificadas por los hechos corrientes. La política soviética, en cambio, ha tenido sus altas y sus bajas, oscilando del terror a la política más suave de NEP, con un aflojamiento de la tensión y con un nuevo movimiento hacia un terror creciente bajo el gobierno de Stalin. Durante la guerra, la política comunista sufrió algunas correcciones; el régimen se hizo más liberal (si es que puede usarse este término para esos cortos períodos de cambio) sólo para volver a hacerse más tirante y opresiva, desembocando en una guerra fría.

Todos esos cambios tienen su efecto sobre los grupos emigrados. Pero el tiempo también tiene su impacto. El tiempo es el gran desorganizador e incluso la vitalidad y la tenacidad de los grupos exiliados no puede detener su fuerza corrosiva.

Los exiliados envejecen, y algunos mueren. Muchos de ellos encuentran mejor salida a sus talentos en el exterior que la que podrían encontrar en su tierra nativa. En términos generales, Occidente abrió para muchos —no para todos— oportunidades más numerosas y plenas en campos como el de las ciencias, el del periodismo, el de la publicidad, e incluso el de los negocios y el de la ingeniería. El exiliado debe ganarse la vida. La vida y

la cultura del nuevo país a menudo le absorbe y le atrae grandemente. Un socialista exiliado que no hubiera podido conseguir una cátedra universitaria en su propio país, se convierte en un estudioso conocido al que se le ofrecen puestos de investigación y enseñanza en su nuevo país. Un médico o un técnico exiliados, que no pudieron quizás convencer a sus compatriotas acerca de la bondad de sus proyectos y de sus talentos obtienen medios adecuados y pueden realizar sus prospectos. Después de todo, sólo unos pocos eran *únicamente* políticos. Con pocas excepciones eran también estudiosos y escritores, ingenieros, médicos, geógrafos y trabajadores especializados o incluso hombres de negocios. Pero, hasta la política misma les ofreció oportunidades a muchos de ellos en los nuevos países que los acogieron. De este modo, muchos de ellos en los nuevos países, dejan los grupos a los que pertenecían y las agrupaciones de exiliados se empequeñecen en vez de crecer. Por supuesto no puede afirmarse esto de todos los exiliados, pero, con todo, es cierto el que una buena parte de ellos fue absorbida en esa forma por los países asilantes.

La generación joven —formada por los hijos de los mencheviques, de los revolucionarios sociales, de los socialistas polacos o de los socialistas alemanes— por regla general no se unen nunca a los grupos exiliados. Educados en un ambiente distinto —en Inglaterra, en los Estados Unidos de América o en Francia— se sienten atraídos naturalmente por el país en el que la mayoría de ellos nació. Conocen el idioma del nuevo país mejor de lo que conocen el del país de sus padres. Sus amigos son franceses, británicos o estadounidenses. Tienen algún vago y lejano sentimiento de afecto hacia el viejo país, pero sus verdaderas lealtades se orientan hacia el nuevo. Puede ser que, como indica un escritor, algunos de ellos tengan algún recuerdo —un águila polaca de la cachucha militar del padre, o un *Pan Tadeus* de Adam Mickiewicz, el Walt Whitman de los polacos— pero lo más probable es que no compartan los intensos intereses y las fuertes emociones políticas de sus padres. Incluso los hábitos cambian y, en tanto que el viejo emigrado ruso continúa bebiendo su te de una *stakan* o sea, en un vaso, el joven prefiere una *taza* de te. Los jóvenes polacos educados fuera de su país nativo, hijos de quienes escaparon y de quienes se exiliaron no pueden distinguirse de entre los miembros de la juventud del nuevo país. Un polaco educado en Cambridge habla con acento de Cambridge y se comporta como un “buen británico”; quienes estudian en una *high school* estadounidense visten como los jóvenes estadounidenses, disfrutan del baseball, etc. en tanto que sus padres, tanto como nuestro estudiante polaco de Cambridge, aún sienten fascinación por el soccer. Esas diferencias en cuanto a

la apariencia, el vestido, el modo de hablar, la gesticulación, son notables para quienes por razones profesionales tienen oportunidad de tratarlos de tiempo en tiempo.

Los valores de los exiliados y de sus hijos se ven separados entre sí. Problemas y dificultades que eran de primordial importancia para los padres son más bien de carácter secundario para sus hijos. Los cambios internos que se han producido en la Unión Soviética y que pueden haber repercutido en las amistades personales de los dirigentes exiliados son de interés secundario para la generación más joven, que conoce a las víctimas sólo al través de conversaciones telefónicas oídas a los mayores, o al través de las largas pláticas vespertinas de los viejos amigos —historias más o menos distantes en el tiempo y en el espacio, semejantes a las obras de Gogol o Dostoyevsky—. Y las historias son terribles, trágicas, llenas de sufrimientos; historias en las que figuran pelotones de ejecución y sórdidas prisiones. Sus padres les escuchan con compasión y simpatía; los muchachos con temor y horror. “¡No hablen de eso en presencia de mi hija!”, dijo un exiliado durante una de esas conversaciones ¿para qué ha de saber acerca de ello y sufrir por ello? ¿para qué han de destrozar sus nervios? Ella debe de permanecer fuera, para que crezca feliz, lejos de todas esas tragedias”. En otra ocasión, un visitante exiliado que acababa de llegar de París a Nueva York, tomó a su amigo por el brazo y le dijo: “Hablemos a solas, en la cocina; dejemos que la niña juegue —es mejor que juégue.” Emocionalmente, la generación más vieja y la más joven se separan entre sí.

La generación más joven, como admite un exiliado patriota con cierta repugnancia, está perdida para el antiguo país. Un exiliado polaco hablará con tristeza acerca del proceso de “des-nacionalización” (*wynarodowienie*).

Los exiliados se encuentran lejos de la patria y muchos de ellos que son suficientemente reflexivos, se percatan de que la patria ha cambiado, de que muchos de ellos ya son desconocidos y extranjeros para su propio pueblo. Sus ideas y sus opiniones se desarrollan en un ambiente diferente y están moldeados por una cultura diferente. El tiempo y la distancia pesan como un fardo. Con el tiempo, crecen las diferencias y disidencias personales. Las diferencias comienzan a menudo dentro de un grupo exiliado consolidado y por lo que se refiere a problemas menores. Las opiniones de quienes disienten ideológicamente pueden estar aún próximas y ser semejantes en sus términos a los de la política y las condiciones normales. Pero, en el exilio, las disensiones y resquebrajaduras —como ya se dijo— constituyen una enfermedad social general. En consecuencia, los grupos exiliados se dividen en grupos menores, a menudo a causa de problemas

de menor cuantía. En otras palabras, como dice Adolf Berle, la ideología se vuelve más fuerte que el aparato (organización) — y las cuestiones ideológicas sobrecargan al grupo, con lo cual éste se desintegra.<sup>8</sup> Los problemas y dificultades personales también intervienen.

La época de soledad y de depresión puede que llegue. Día a día, un exiliado comienza a preguntarse a sí mismo ¿cuál es el sentido de la lucha? ¿Cuál es el sentido de eso que un polaco llamaría *poniewierka*,<sup>9</sup> palabra creada por una nación de exiliados para describir un exiliado abandonado, carente de sentido y de esperanza, carente de amistades y de raíces, siempre extranjero, siempre en el exilio, siempre interrogado por la policía y por las autoridades de inmigración, viajero indeseable, huésped difícil para el país. . . En un momento de depresión, puede decidir regresar. Ahora, puede empezar a racionalizar y a justificar las condiciones existentes en su tierra nativa. Una política más liberal del gobierno que se encuentra en el poder, un cambio temporal, pueden precipitar su decisión. Otros, sin embargo, no dudarán jamás, y en momentos de depresión tratarán más bien de descubrirle un nuevo sentido a su vida en el exilio y de repetirse una y otra vez cuál es el papel y la importancia que tiene el continuar fieles a sus ideales y a sus valores.

<sup>8</sup> Adolf A. Berle, Jr., *Natural Selection of Political Forces*. University of Kansas Press, 1950, p. 44.

<sup>9</sup> La lengua polaca tiene símbolos para emigraciones y viajes, que contienen fuertes enjuiciamientos valorativos de infelicidad, humillación, descuido, carencia de hogar. Tal es el significado de *poniewierka* y *tulaczka*. Ninguno de esos términos pueden traducirse en forma literal a otras lenguas. Hay en polaco palabras —nombres y verbos— que reflejan de un modo fiel y acentuado los perfiles de la cultura de la nación, su historia y sus valores. La patria es, para un polaco, algo fuertemente acentuado axiológicamente, y la emigración *per se* se considera entre ciertas clases sociales como una desgracia. La literatura polaca es abundante en novelas y cuentos que describen los sufrimientos mentales y psicológicos, y no los económicos, de los emigrantes. Henryk Sienkiewicz, en su *Latarnih* (El Hombre del Faro), presenta una de las historias más conmovedoras en la que se retratan la nostalgia, el recuerdo del hogar lejano y el deseo de volver a él: una especie de anhelo obsesivo por la patria lejana. Históricamente, los polacos han emigrado por razones políticas y económicas. Mientras que el campesinado emigró a los Estados Unidos de América para ganarse la vida, la nobleza inferior y la *intelligentsia* emigraron a principios del XIX, en la mayoría de los casos, por causas políticas. Posteriormente, ya para principiar este siglo, muchos trabajadores —socialistas— emigraron por razones políticas similares. Bajo la ocupación rusa, muchos polacos fueron desterrados a Siberia. En consecuencia, un desarrollo histórico, en combinación con valores nacionales básicos, contribuyó a dar un significado particular a estos términos, los cuales contienen tanto los hechos de la emigración y del viaje como los valores combinados del desamparo hogareño, de la humillación y del desprecio.

Como resultado de este proceso de desintegración, los grupos políticos exiliados se hacen más pequeños y débiles desmembrándose a causa de las disenciones, mal entendidos por el ambiente extranjero, mal adaptados a él. Los cambios que se produzcan dentro de sus países nativos o los cambios internacionales pueden producir, con todo, nuevas oportunidades. Esos son los momentos de re-integración en que los grupos tratan de zanjar las diferencias, de consolidar sus filas y de continuar nuevamente con sus actividades.

## CAPÍTULO XIX

### LA DEMOCRACIA Y EL CAMBIO VIOLENTO

Dos tipos poderosos de técnica política han hecho su aparición en nuestro siglo: la moderna manipulación de las masas y las nuevas formas de apoderarse del poder. La manipulación de las masas fue perfeccionada por los nazis y por los fascistas; las nuevas formas de apoderarse del poder, por los comunistas. Ambos tipos de técnica han sido hostiles para la democracia. Los teóricos democráticos fracasaron en cuanto a producir medidas adecuadas para hacerles frente. El nazismo y el fascismo fueron derrotados por la guerra.

La tendencia a eliminar de la política la violencia refleja los valores fundamentales de las ideologías democráticas. Esencialmente, una de las metas de una democracia política consiste en gobernar con un mínimo de coerción y de fuerza. Una disciplina basada en el consenso más que en el temor y en la fuerza es lo que constituye el ideal de la democracia. Probablemente, en este sentido, los británicos sean quienes más se aproximen a esta norma.

Más aún, un sistema democrático proporciona el clima necesario para un cambio político y social no violento. Las instituciones políticas y sociales se conciben en forma tal que pueda servir a estos propósitos. Sin embargo, las instituciones forman solamente un mecanismo político y no constituyen en forma alguna un implemento automático. El factor humano, los patrones culturales nacionales, el interjuego de fuerzas tienen su impacto en el comportamiento institucional real, el cual puede diferir mucho de las indicaciones constitucionales.

En nuestro siglo, las democracias tienen que enfrentar dilemas nuevos y difíciles planteados por la fuerza y por la violencia, y que aún se encuentran esperando las respuestas adecuadas. El problema de la fuerza y de sus límites en una democracia es de tal naturaleza que el mismo no puede resolverse con respuestas simples y consistentes. ¿Cómo se pueden defender las instituciones democráticas sin recurrir a la fuerza y a la violencia frente a quienes utilizan la fuerza y la violencia con objeto de destruir esas mis-

mas instituciones? ¿Cómo pueden defenderse los derechos civiles en contra de quienes se amparan en los derechos civiles, incluso cuando tratan de destruirlos? En una ocasión, pude presenciar, en Londres, un interesante episodio: un grupo de jóvenes, con camisas negras, gritaban contra la democracia y contra los derechos civiles, en tanto que recibían protección de decenas de policías, quienes, cumpliendo celosamente con su deber alejaban de ellos a una multitud hostil, asegurándoles de este modo los derechos civiles a los que en forma tan sincera y violenta decían oponerse. Más aún, aquellos jóvenes no dudaban en utilizar la protección policiaca de una democracia parlamentaria para repetir sus latiguillos, para buscar la liquidación de los derechos civiles mismos.

Los fascistas, los nazis, los comunistas, rechazan los principios de la democracia política, incluso mientras hacen uso de sus instituciones, incluso cuando utilizan las leyes electorales y los privilegios de la inmunidad. El Parlamento de la República de Weimar frecuentemente se vio paralizado por los diputados nazis que se presentaban uniformados y participaban en los procedimientos sólo con el objeto de envilecer y debilitar al Parlamento mismo.

¿Qué es lo que debe de hacer una democracia? ¿Revocar o suspender los derechos electorales y cívicos? Tal paso debilitaría el principio mismo de la igualdad de derechos, así como el derecho a disentir de la opinión de los demás. Más aún, una limitación impuesta a ciertos individuos o a ciertos grupos podría conducir a limitaciones arbitrarias ulteriores. ¿Cuál es, entonces, la otra alternativa? ¿Permitiremos la destrucción de las instituciones democráticas? No, por supuesto. La teoría y los principios, por elevados que sean, no deben de paralizar nuestro pensamiento y nuestra acción cegándonos frente a la realidad. Pero, con todo, el dilema subsiste.

El concepto democrático de legitimidad se basa en el concepto de gobierno de la mayoría. Los principios de libertad, sin embargo, garantizan los derechos de las minorías disidentes. La mayoría, en tiempos de tensión emocional puede aceptar ideas totalitarias; puede decidir la destrucción o la expulsión de todos los disidentes. De ahí que los problemas políticos no puedan decidirse con base en estadísticas simplemente, pues el juicio de una mayoría puede ser un juicio éticamente equivocado. ¿Qué ocurriría si una mayoría vota por la expulsión de los protestantes, o de los católicos, o por el exterminio de los judíos, o por la abolición de los derechos civiles? ¿Qué hará entonces la minoría? ¿Recobrará o deberá recobrar sus derechos por la fuerza o por la violencia?, ¿o deberá someterse como cordero a la voluntad de la mayoría?

La experiencia del pasado sugiere un cierto número de indicadores y de señales de peligro frente a la posibilidad de un próximo cambio violento. Una revisión sumaria de algunos de ellos, pueden sugerir cuáles son las condiciones necesarias para un cambio no violento, pacífico pero dinámico de carácter político.

La estabilidad de la democracia política está en peligro en cualquier sociedad que se base en tajantes y muy notables desigualdades económicas y diferencias de clase. Italia y, más aún, la India, pueden servir de ejemplos. El bajo nivel de vida de las clases trabajadoras, la miseria del campesinado y el lujo de unos pocos que se encuentran en buena situación son otras tantas indicaciones de inestabilidad para una democracia política.

Un sistema parlamentario puede introducirse, incluso, en una sociedad de grandes terratenientes y de campesinos carentes de tierras, pero a una falta de equilibrio socio-económico tendrá que corresponder necesariamente una falta de estabilidad socio-política. Tal democracia puede crear o no condiciones de cambio favorable a un reparto más igualitario en la distribución de los ingresos y de la propiedad, pero, en caso de que dicha reforma fracase, queda abierta la puerta hacia el cambio violento.

El marco ideológico e institucional de una autocracia ha sido y es diferente del de una democracia, y proporciona un tipo específico de estabilidad.

En los estados autocráticos y feudales, grandes masas carecían de privilegios, y en el Oriente sufrían una miseria especialmente opresiva. La miseria y la escualidez de las masas contrastaba tajantemente con el excesivo bienestar de los pocos privilegiados. A pesar de estas discrepancias clasistas, el sistema feudal y autocrático sobrevivió durante siglos, a causa del monopolio de las armas y de los instrumentos de poder que permanecían en manos de una clase privilegiada. Una ideología aceptada que consideraba como sobrenatural el origen de un sistema político de desigualdad suministraba autoridad y aseguraba la estabilidad. Las masas del pueblo eran mantenidas en la oscuridad y en la ignorancia. El prejuicio y las supersticiones eran válvulas de escape, y las insatisfacciones podían canalizarse en contra de quienes disentían en lo religioso o en lo político. Los herejes eran quemados, y se iniciaban guerras santas. Con todo, las frecuentes revueltas campesinas evidenciaban la inquietud social en la Europa del Medioevo.

La educación general —por lo menos en un nivel elemental— es una de las condiciones de la democracia moderna tanto como el principio de la libre circulación de las informaciones y la libre competencia de varias

ideologías, todo lo cual debe de considerarse como esencial para el sistema social. Quienes disfrutan de pocos privilegios en una verdadera democracia política tiene el derecho de formar partidos políticos. La política se vuelve secular. El Estado y la Iglesia se separan y el poder del rey no se mantiene ya por gracia de Dios. El racionalismo y el empirismo penetran en la política.

Cuando las diferencias de clase son profundas en un Estado democrático y el bienestar se encuentra vecino de la miseria, un rápido cambio social hacia una mejor distribución de los ingresos y hacia un adelanto económico y social general se convierte en condición de supervivencia para una democracia política. Por lo tanto, una democracia política estable necesita avanzar firmemente hacia una democracia económica.

La aparición y el crecimiento de una clase considerable y amenazante de "catilinas" y de individuos ideológicamente insatisfechos es otro de los síntomas de peligro. ¿Quiénes son los catilinas? Son jóvenes intelectuales, seguidores hambrientos de poder, insatisfechos e incapacitados para encontrar empleo. Los catilinas no son necesariamente una especialidad de nuestro tiempo. Su nombre deriva del de Catilina, el oponente radical de Cicerón, aquél que hizo un llamado a hombres jóvenes, hambrientos de poder, entre quienes se encontraba Julio César. Los catilinas aparecieron en gran número en Bucarest y Varsovia, en Kaunas y Roma. Entre los integrantes de esta clase se encuentran frecuentemente estudiantes y jóvenes oficiales demovilizados.

Las universidades europeas del período interbélico produjeron un número excesivo de graduados en derecho y en filosofía, muchos de los cuales no podían ser absorbidos por la enfermiza economía de la Europa de postguerra. Las oportunidades eran pocas y limitadas. Las universidades, osificadas, se preocupaban poco por cambiar y ajustar los currículos educativos a las necesidades de la sociedad moderna. Facultades tradicionales y conservadoras proyectaban patrones educativos que se habían gestado en épocas medievales a una sociedad que atravesaba un período revolucionario. Los profesores de historia alimentaban a los estudiantes mentalmente inquietos, evocando las tradiciones del nacionalismo —con las conquistas gloriosas y la subyugación y el dominio sobre los demás— y en Europa se menospreciaban los patrones estadounidenses encaminados a satisfacer las demandas prácticas de la vida diaria. En tanto las escuelas estadounidenses enseñaban a sus estudiantes la forma de ganarse la vida, las europeas hacían que sus estudiantes adquirieran, sobre todo, conciencia de su elevado *status*. Comenzó a crecer una clase de estudiantes insatisfechos

en Berlín y Heildelberg, en Bucarest y Varsovia, en Kaunas y en Roma. Fueron ellos quienes engrosaron las filas de la falange, de los SS, de la guardia de hierro. Poetas y escritores fracasados (dotados pero carentes de quien publicara sus producciones), teóricos e ideólogos fallidos ocupaban la cúspide de la pirámide catilínica. Estudiantes fanáticos y algunos oficiales demovilizados y desempleados de la generación más joven, así como empleados que progresaban lentamente formaban entre sus seguidores. Un cambio hacia un Estado nacionalista, corporado, burocrático podría abrirles las puertas hacia el poder y el prestigio. El hambre de poder, de *status* y de seguridad económica no eran necesariamente conscientes, y tampoco constituían la única fuente motivacional: la insatisfacción ideológica también estaba presente y ambos conjuntos de factores interactuaban.

Todo sistema social sano tiene su parte de catilinas, y un grupo considerable de idealistas moralmente insatisfecho. Es cierto que, con la mayor frecuencia son ellos los que constituyen el fermento de la sociedad. Proporcionan chispas morales y políticas. Muchas de sus ideas penetran en la sociedad y, más temprano o más tarde, se incorporan en los programas políticos prácticos. Otros son rechazados y por un proceso dialéctico se desarrollan ideas nuevas y contradictorias.

Sin embargo, el aumento y la fusión, con frecuencia, de los catilinas y de los ideológicamente insatisfechos dentro de grupos y clases poderosos se convierte en una señal de inquietud social y política. Los catilinas formaban una fuerza formidable para los nazis y los fascistas del período interbélico. Dinámicos y rudos, capaces y ambiciosos, llenaban los "cuadros" del partido, se apoderaban de las oficinas editoriales y de los estudios radiofónicos y finalmente trepaban hasta el extremo mismo de la escalera constitutiva de las jerarquías del poder.

Después de la segunda guerra mundial, los comunistas en Italia y Francia lograron gran participación del grupo de intelectuales catilinarrios. En la Unión Soviética disfrutaban de un elevado *status* y de una posición económica privilegiada. Una Europa empobrecida, cansada y saqueada podía ofrecerles poco a los escritores, a los poetas, a los pintores, y a algunos de los estudiantes ambiciosos o hambrientos de poder. Moscú, con su táctica efectiva, con sus habilidades políticas y con su fuerte atractivo ideológico ofrecía en cambio una alternativa tentadora.

Muchos se unieron a él porque el comunismo tenía un atractivo emocional e ideológico en tanto las ideologías europeas pasaban por una etapa crítica. La experiencia del fascismo y del nazismo, y el derrumbamiento

de la social-democracia alemana —que formó el meollo del socialismo democrático internacional— debilitaron considerablemente la atracción de la ideología prebélica. El comunismo ofrecía un sistema listo para usarse, ya elaborado; tenía respuesta para todas las preguntas en tiempos de duda. Y, *lo que muchos de esos intelectuales deseaban era una respuesta* —no necesariamente cierta— y, sobre todo, una respuesta a un dilema moral.

La aparición de una inquietud ideológica sustantiva puede indicar la necesidad de introducir cambios en la ideología, en los valores o en la estructura social.

Los sociólogos y los psicólogos contemporáneos tuvieron muchas oportunidades de observar un frenesí político, un despertar patológico de la emoción, inspirado por Hitler y Goebbels. Incluso antes de que los nazis llegaran al poder, las reuniones masivas del partido se cuidaba que tuvieran el adecuado escenario. Los conductores nazis hablaban del *animalische Hitze* (del calor animal que barre a una multitud apiñada en una sala). Ese era el momento en que el cuello estirado y tieso del ciudadano alemán se ajaba sobre su cuello sudoroso y en el que sus controles se relajaban bajo el impacto de palabras soberbias, de símbolos, de música, de banderas, de “vivas” o “Heils”. Las tensiones ideológicas son —por supuesto— normales en toda democracia que trabaje adecuadamente; en cambio, el choque del fanatismo es algo completamente diferente. El fanatismo es en ocasiones una indigestión o, con mayor frecuencia, una enfermedad mortal de la democracia. Los parlamentos no han sido hechos para soportar tales erupciones de masas ni tales choques emocionales frecuentes. “Es peligroso cualquier vínculo que pueda unir a muchos millones de seres humanos para vivir o morir” observaba Charles M. Doughty en sus anotaciones sobre la Arabia Deserta.

Las formas opresivas de gobierno alimentan el fanatismo.

En países de tradición religiosa autocrática, las ideologías antirreligiosas parecen tener una calidad más violenta y fanática que en los países de moderación y tolerancia religiosas.

Es difícil valorar, en forma precisa y cuantitativa, el fanatismo en el trasfondo político y cultural que a él conduce. En una lista de caracteres que incluye el escritor español José María Gironella al final de su novela *Los cipreses creen en Dios*, muchas de las notas biográficas terminan: ejecutado, muerto en prisión, condenado a muerte, exiliado, y no pocas: canonizado, santo, estudioso. El glosario es la parte más interesante de la historia relativa a la España contemporánea, en la cual hay tantos que o son héroes o son villanos, santos o grandes sabios. En estas condiciones ¿hay

oportunidades para un hombre "regular" y productivo? España, con su agricultura anticuada, el bajo *status* de un campesinado que tiene que trabajar duramente, con una clase trabajadora que recibe bajos salarios, y con un ejército que disfruta de elevado prestigio y de privilegios, con una clerecía y una burocracia asimismo prestigiosas es un lugar difícil para un mortal ordinario del siglo xx.

En una nación, una ideología tiende hacia expresiones fanáticas; en otra, la restricción en las expresiones externas parece gobernar incluso a los votantes radicales.

El control de armas y de otros instrumentos estratégicos es crucial para la captura y ejercicio del poder. La penetración de los partidarios de una ideología autoritaria a los establecimientos militares y a las fuerzas policíacas de una democracia es un signo claro de estrategia orientada hacia la captura del poder. Los militares, en algunas ocasiones pueden prepararse a apoderarse del poder mediante un proceso extensivo de debilitamiento e incluso de eliminación de los controles civiles. Los dictadores en proyecto fortifican su posición envileciendo los poderes civiles democráticos (o el control parlamentario del ejército como en el caso del continente). Este control civil de los militares, junto con un sistema operante de pesos y contrapesos, proporciona seguridad frente a los riesgos de una captura violenta del poder.

La aparición de ejércitos políticos privados del tipo de los Stormtroopers alemanes, de la Falange española, de los Fascisti italianos, es también una señal de peligro. Nadie organiza ejércitos privados para jugar fútbol. Los ejércitos privados se reclutan y pagan con un propósito a la vista: el de apoderarse o el de consolidar el poder. La República de Weimar fue un experimento de democracia puesto en peligro desde sus principios mismos por los poderosos ejércitos privados de monarquistas y, ulteriormente, de nazis, la S.S. (*Sturm Staffel*) y la S.A. (*Sturm Abteilungen*) de Alemania y los más moderados *Stalhelms* eran sintomáticos de un desasosiego social profundo.

Atrapados entre dos fuerzas peligrosas (los ejércitos privados antidemocráticos y un establecimiento militar hostil), los elementos democráticos en Alemania formaron su propio ejército privado, *Reichsbanner*, como un contramovimiento en tanto que en Austria se organizaba la *Schutzbund*. Una vez que los nazis se apoderaron del poder, la *Reichsbanner* fue derrotada y desbandada. La *Schutzbund* luchó heroicamente, pero sin éxito en una guerra civil en contra de la dictadura nativa de Dollfuss.

El poder dual es poder competitivo. Una diarquía establecida contra

un gobierno democrático es una indicación más de que se aproximan la pugna política y la violencia. En los tiempos modernos, el poder dual ha sido a menudo un síntoma de preparación para un apoderamiento combinado con presión militar e invasión extranjera. Como ejemplo de ello: Hitler sostuvo un comité competidor nazi en contra del gobierno austriaco. El surgimiento de un gobierno autoritario en otro país —particularmente si es vecino— es, por sí mismo, una llamada de atención. La presencia de un partido político totalitario —incluso aunque sea débil— en una república democrática puede volverse peligrosa si obtiene un apoyo considerable del exterior y desarrolla la técnica del poder dual.

Un gobierno democrático puede entrar en un colapso a causa de su propia incompetencia o incapacidad para enfrentarse con dificultades crecientes en forma abrumadora. En Latinoamérica, algunos de los gobiernos elegidos democráticamente en cuanto se mostraron corrompidos, incompetentes e incapaces para resolver problemas nacionales básicos dieron lugar a que el que había de convertirse en dictador, de alto rango en el ejército, recibiese el apoyo de las masas en la creencia de que un gobernante militar podría instituir un gobierno enérgico deseoso de iniciar reformas.

Cuando la administración civil fracasa, el ejército es el sustituto ordinario. El ejército no lucha todo el tiempo; en la actualidad, en la mayoría de los países latinoamericanos, las únicas guerras que conocen los oficiales del ejército son las guerras civiles. Sin embargo, el ejército tiene una burocracia y una administración propias que en ocasiones es eficiente. Hay que alimentar a miles de soldados; hay que vestirlos y alojarlos, lo cual constituye tarea diaria de muchos de los oficiales. Cuando fracasa el gobierno democrático, el ejército en Latinoamérica posee un aparato listo para reemplazarlo. De este modo, una democracia puede ser una víctima de su propia indolencia. En tales casos, los militares brindan el drama histórico de un *coup de grace* más que de un *coup d'état*. Por supuesto, seguidamente lo que hacen, por lo general, es establecer una dictadura propia.

Un sistema democrático puede asimismo llegar a un colapso cuando las mayorías son ingobernables e incapaces de alcanzar cualquier forma de consenso y cooperación. Una democracia tampoco puede permanecer si siendo la población heterogénea racialmente, la mayoría de los ciudadanos apoyan y estimulan los prejuicios raciales.

Las anteriores, son algunas y no todas las indicaciones del cambio violento potencial en un sistema democrático. En habla revolucionaria, prác-

ticamente todos pueden dividirse en factores objetivos y subjetivos. Las condiciones objetivas que predisponen al cambio son todos esos desplazamientos sociales, económicos e ideológicos que producen el clima apropiado para ese cambio violento. Los factores subjetivos son acciones organizadas y planeadas de apoderamiento o captura violenta del poder.

Las condiciones objetivas de desigualdad económica y social, de miseria y desempleo, al combinarse con tensiones ideológicas pueden dar como resultado procesos de desorganización social y de anomia ilustrados por el advenimiento del nazismo. Los viejos valores republicanos no eran suficientemente fuertes, y los de su competidor, el Estado nazi, hicieron erupción con virulencia desacostumbrada. La aparición de los catilinas, las manifestaciones de los fanatismos latentes, la emergencia de ejércitos privados, los llamados de los demagogos al odio y al prejuicio —son todos síntomas enraizados en una crisis social, en las “condiciones objetivas”. El ideal democrático ya no satisface a las masas. Frustradas, insatisfechas, miopes o ciegas, están maduras para el cambio violento.

Para capear la crisis se necesita una fuerte jefatura, una enérgica conducción democrática con objeto de desarrollar una estrategia constructiva y *ofensiva* que se combine con una de carácter *defensivo*. La estrategia ofensiva en el dominio de los problemas sociales, económicos y políticos, debe de abrir nuevos horizontes y soluciones constructivas para las masas. La finalidad suprema del *primer estadio* consiste, sobre todo, en el problema de la unidad de los partidos democráticos. Una alianza de estos partidos —que comparten los valores de los derechos cívicos y de la democracia— y un acuerdo en cuanto a dar su apoyo a un programa de cambios sociales así como en cuanto a defender las instituciones democráticas, deben ser las metas estratégicas del primer estadio. El atomizar o dividir a los partidos democráticos constituye un método antiguo y eficaz de los totalitarios.

La experiencia de Europa indica que los pequeños partidos totalitarios son peligrosos, sobre todo en tiempos de desorganización social o en combinación con un poder agresor o totalitario. En donde las discrepancias de clase no son grandes y notables; en donde los trabajadores están pagados adecuadamente y se disfruta de derechos políticos y sociales; en donde el campesinado no carece de tierras y se respetan los derechos cívicos, los pequeños partidos fascistas o comunistas carecen de importancia. Gran Bretaña, Suecia y los Estados Unidos de América pueden servir de ejemplo de ello.

Sin embargo, la defensa en contra de las acciones violentas requiere

de acciones políticas apropiadas. Aquí el problema estriba en asegurar una protección adecuada a los instrumentos del poder. Incluso a un paranoico puede permitírsele el que se dirija a una multitud en Hyde Park o en Union Square, siempre y cuando los instrumentos del poder se encuentren bajo un control sano y democrático y mientras los totalitaristas no tengan acceso a él. Cuando aparezcan signos de peligro. ¡Cuidese mucho de quién es quien tiene los instrumentos del poder!

El deseo de eliminar la violencia no es sinónimo de su liquidación. Los gobiernos y los partidos democráticos tienen que enfrentar y enfrentarán intentos bien planeados y organizados de capturar el poder y consolidar una dictadura o una tiranía (o algo análogo sea cual fuere el nombre que reciba en el futuro) y el problema de enfrentarse a los azares de la violencia y del terror en la política seguirá subsistiendo para las generaciones venideras. En realidad sólo una "democracia" débil y corrupta se sometería a un régimen de tiranía sin ofrecer una resistencia, sin ofrecer una oposición. En consecuencia, una ideología democrática no puede excluir la posibilidad de aplicar la fuerza en contra de cualquier intento de destruir la democracia, ni puede ignorar la necesidad de la revolución en contra de la tiranía. Sin embargo, esto no puede dejar en la sombra la tendencia dominante de la democracia moderna y de nuestra civilización: la tendencia hacia la eliminación gradual de la fuerza y de la violencia del campo de las relaciones político-sociales. La abolición de la pena capital en algunos países no es sino una evidencia de que esas tendencias se dan verdaderamente. Los intentos de eliminación de la guerra como instrumento de la política nacional, constituyen otra evidencia de lo mismo. Aun cuando no siempre tenga pleno éxito, esto es, con todo una indicación de las tendencias ideológicas y políticas que nos interesa resaltar. Más aún, para muchos es un principio-guía de desarrollo democrático y una esperanza de supervivencia en una época de armas y dispositivos nucleares.

## ÍNDICE

Introducción .....	9
Reconocimientos .....	19

### PRIMERA PARTE

#### EL MARCO DE REFERENCIA: SIGNIFICADO SOCIOLÓGICO DEL PODER

I. Poder, Sociedad y Cultura .....	21
El poder como un valor.—Filosofía de la fuerza y del poder.—El individuo y la sociedad.—El poder y los valores nacionales.—Las ideologías y las condiciones sociales y económicas.—Personalidad.—Multivalencia.—Interrelaciones.	
II. Instrumentos de Poder .....	43
Los instrumentos de poder en los tiempos medievales. Desarrollo de las armas de fuego y cambio en las técnicas militares.—Surgimiento de los poderes militares.—Instrumentos de poder en la Revolución Francesa.—Instrumentos de poder en las democracias.—Instrumentos de poder en los regímenes totalitarios.	
III. Tipos de Transferencia de Poder .....	53
Proyecciones de nuestros conceptos.—Tipos de transmisión no violenta del poder.—Transferencia violenta.—Tipos de transferencia violenta del poder.—Revolución desde la cima.—Temor y revolución desde la cima: el 18 Brumario.—La revolución desde abajo.—Captura combinada.—La revolución palaciega.—Las revoluciones rusas.	
IV. Cuando los Hombres Alcanzan el Poder .....	77
Golpe de Estado y revolución.—Cuna de la revolución.—Los retadores.—La fe revolucionaria.	

## SEGUNDA PARTE

EL LOGRO DEL PODER EN LA SEGUNDA  
REVOLUCIÓN MEXICANA

V. Preludio a la Revolución .....	87
Fundamentos de la lucha por el poder.—Retroceso a la dictadura.	
VI. Dónde se Gestó la Revolución .....	99
Génesis de la Revolución.—Voces contra la dictadura.	
VII. Aspectos Ideológicos y de Jefatura de la Revolución Mexi- cana .....	113
La sucesión presidencial en 1910.	
VIII. Organización del Movimiento Nacional .....	131
Orígenes del movimiento.—Fundamentos del movimiento.—El Movi- miento Nacional.	
IX. La Popularización del Movimiento .....	143
La Convención Nacional.—La campaña posterior a la Convención.	
X. Asalto al Poder .....	161
La campaña militar.—Maniobras políticas durante la campaña militar.	

## TERCERA PARTE

## EL DESARROLLO DE LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA RUSA

XI. El Período Decembrista .....	189
La revolución militar desde arriba.—El trasfondo social y político.— La organización: Las asociaciones secretas y la forma en que se des- arrollaron.—Teoría de las acciones sociales: estrategia revoluciona- ria.—La lógica del Movimiento Decembrista.—El golpe: diciembre de 1825.—Las masas.	
XII. El Primer Período Populista .....	205
La Revolución desde abajo.—Precusores de los populistas: el Nihi- lismo.—Los orígenes del populismo.—La ideología populista.—Las	

semillas de las ideologías anarquistas y bolcheviques.—Estrategia y táctica; migración hacia el pueblo. Revolución desde abajo.—Las masas: el campesinado.

XIII. El Segundo Período Populista ..... 219

El terror individual: revolución por el temor.—Se inicia el terror.—La teoría del terror individual.—Terror de masas.—Teoría de la captura combinada del poder.—La organización de la fuerza revolucionaria.—La estructura del Partido Revolucionario.—Tipos de personalidad y de motivación.—El experimento en el terrorismo.

XIV. La Evolución de la Estrategia Revolucionaria de 1875 a 1905 251

Los partidos socialistas de Rusia.—Los revolucionarios sociales.—Los demócratas sociales.—La escisión.—El principio "vanguardista".—La revolución permanente.—Los problemas ideológicos de la revolución de 1905.—La teoría bolchevique de captura del poder.—Uniones controladas por la policía.—Partidos democráticos.

XV. El Período Socialista ..... 267

La conquista del poder desde abajo.—Una nueva arma técnica: la huelga.—Huelgas en Rusia.—La situación revolucionaria. El principio de la Revolución: El sangriento domingo de 1905.—La transformación de las huelgas y la fatiga.—Aparición de un nuevo centro de poder.—El poder dual de 1905.—La ecología de la revolución.—Las reacciones del Gobierno.—La significación sociológica y política de 1905.

XVI. El Período Democrático: La Revolución de 1917 ..... 297

El proceso y la situación revolucionarios.—Actitud del trabajador en vísperas de la revolución.—La desintegración del ejército.—Las huelgas y el trabajo.—La Revolución desde abajo. Un caso de estudio acerca de cinco días decisivos: la ignición y el proceso de la transferencia del poder.—Febrero 23 (8 de marzo). El precipitante.—Febrero 24 (marzo 9).—Febrero 25 (marzo 10).—Febrero 26 (marzo 11).—Febrero 27 (marzo 12).—Transferencia del poder.—Símbolos y conducta.—La diarquía de 1917.—Los comunistas.—El ritmo de la revolución.—Octubre de 1917. ¿Una captura combinada o golpe de Estado?

CUARTA PARTE

LA LUCHA CONTRA EL PODER DETENTADO

XVII. Sociología de los Movimientos Subterráneos de Resistencia.. 341

Un problema sociológico.—Las normas de los movimientos subterráneos.—Impacto sobre la sociedad.—Estructura social y movimiento subterráneo.—Valores y actitudes de los movimientos subterráneos: auto-sacrificio y "principalismo".—Tipos de personalidad.—Lealtad.—Los conquistadores y el movimiento subterráneo.—Tipos de organizaciones subterráneas.—Jefatura.—Base exterior.—Papel psicológico del punto terminal.—¿Qué tan efectivo fue el movimiento subterráneo?

XVIII. Emigración Política ..... 375

El papel histórico del emigrado.—Emigración política de la segunda guerra mundial.—El nuevo oleaje de 1948-50.—Competidores por el poder.—Resquebrajadores de la lealtad.—Ideologías competidoras.—La base exterior.—La incipiente diarquía.—El país asilante.—La lucha en contra de la emigración política.—Desorganización social de los grupos políticos exiliados.

XIX. La Democracia y el Cambio Violento ..... 399

La impresión de este libro se terminó  
el día 12 de octubre de 1959 en los  
talleres de Gráfica Panamericana, S. de  
R. L., Parroquia 911, México 12, D. F.  
De él se tiraron 1,000 ejemplares.





## FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.



JC 491

G7

1917

DS 1758

6746

GROSS Y HOPPER

UN SIGLO DE  
REVOLUCION

JC491  
G7  
1917